ALFONSO SOLÍS

O REY O NADA

Un rey sin heredero, un reino sin rey

O rey o nada

Alfonso Solís

¡GRACIAS POR LEER MI LIBRO!

Únete a mi lista de correo, para estar informado de las últimas novedades

Lista de Correo

Copyright © Alfonso Solís

www.alfonsosolis.net

Twitter: @AlfonsoSolism

Mail: alfonsosolisescritor@gmail.com

Diseño de portada: https://selfpubbookcovers.com/billwyc

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Libros de Alfonso Solís

Encuéntralos en

Amazon

Dedicado a ti.
Gracias por compartir
conmigo tu valioso tiempo.

PERSONAJES HISTÓRICOS

Abu Hassan Ali (1408-1419) Almirante de Granada Yusuf III

Abu Hassan Ali (1408-1419) Emir de Granada Yusuf III

Aragón (1410) Papa de la Iglesia Católica entre 1409 y 1410 durante el Cisma de Occidente

Alfonso (1365-1428) Aragón Gandía

Alfonso (1388-1419) Pedro IV de Ribagorza. Era conde de Ribagorza y duque de Denia. Fue uno de los candidatos a rey de Aragón tras la muerte de don Martín de Aragón

Alcaide (?) Alcazarí de Antequera

Álvaro (1385) Castilla

Ángel de Bona (?) Obispo de Oviedo

Arnau de Bonnacid (1410) Arnau de Bonnacid y Pola. Firme partidario del conde de Urgel

Arquimbaldo de Valbiera (1413-1418) Partidario del conde de Urgel

Atalaya (?) Alagón partidario de don Jaime de Urgel

Bernardo Cánovas (?) Servicio de don Jaime de Urgel

Benedicto XIII (1328-1423) Papa como el papa Luna, fue el último papa de Aviñón durante el Cisma de Occidente

Berenguer Rojas (?) Confesor del rey Martín de Aragón

Berenguer de Oliva (?) Oliva

Berenguer Catalán (?) Catalán. Uno de los nueve compromisarios de Caspe

Catalina de Lancaster (1372-1418) Reina de Castilla. Esposa del rey Enrique III de Castilla

Clemente VII (1342-1394) Papa durante el Cisma de Occidente

Diego (1357-1407) Diego Maldonado

Diego (1377-1434) Diego Maldonado, consejero de Fernando de Trastámara

Diego (1385-1454) Diego Sanz, adelantado mayor de Castilla

Diego (1450-1476) Diego Castilla

Diego (1432-?) Diego Sarmiento, Fresno y Varea. Partidario de Fernando de Trastámara

Fernando del Arenado (?) Fernando de Trastámara

Fernando Díaz de Sahagún (?) Fernando de Trastámara

Enrique (1379-1406) Enrique Castilla

Enrique (1425-1468) Enrique Castilla

Fabrique (1401-1489) Fabrique Martín el Joven, rey de Sicilia e hijo del rey Martín de Aragón

Fernando (1380-1416) Fernando de Trastámara, infante de Castilla

Fernando (1346-1406) Fernando del rey Juan I de Castilla

Gaspar (?) Gaspar de Malta

Gaspar (1412-1438) Gaspar Bonanyes, alguacil del rey Martín de Aragón

Gaspar de Berganova (1395-1415) Vill
Alonso Martínez de Heredia (1395-1411) Zaragoza
Gonzalo Ruiz de Villagarcía (1395-1411) Vill
Gonzalo Ruiz de Villagarcía (1395-1411) Vill
Gonzalo Ruiz de Villagarcía (1395-1411) Vill

1

Toledo, febrero de 1407

Desde la ventana de sus aposentos en el alcázar de Toledo, don Fernando de Trastámara contemplaba cómo la lluvia caía empapando las empedradas calles y formaba sucios charcos de mugre y barro. Sostenía una copa de vino inmerso en sus pensamientos. El infante de Castilla era alto, de figura esbelta, tez clara y ojos verdes de mirada intensa. Sin llegar a ser rubio, sus cabellos eran más claros que castaños. Se trataba de un apuesto y rico noble de veintisiete años. Su hermano, el rey Enrique III, había muerto y contra toda lógica en su testamento había determinado que debía compartir la regencia de Castilla con su cuñada doña Catalina de Lancaster. Don Enrique también dispuso que no sería él quien se ocuparía de la educación y custodia del nuevo rey, el pequeño don Juan, que contaba con menos de dos años. Bebió un trago de vino y torció el gesto con desagrado. Estar a cargo del niño era fundamental para satisfacer sus ambiciones. Tendría ocasión de moldearlo a su conveniencia desde su más tierna infancia para, llegado el momento, orientar sus decisiones hacia sus propios intereses cuando tuviera edad de gobernar. Debía estar a su cargo. Negó con la cabeza cuando volvió a recordar que su hermano resolvió que la regencia fuera compartida con la reina Catalina de Lancaster. Para compensarle dispuso que la infanta María se casara con su hijo don Alfonso. Una suerte de premio de consolación que de ningún modo colmaría sus ambiciones a no ser que don Juan falleciera. Entonces doña María sería la reina de Castilla y su hijo el rey consorte... Bueno, quizá después de todo no había salido tan mal parado del testamento de su hermano. La puerta de la estancia se abrió de pronto, desvaneciendo de golpe sus pensamientos. Tal era el estado de tensión que se vivía en Castilla tras la muerte del rey, que el infante se giró sobresaltado echando mano de la empuñadura de la espada.

—La reina Catalina se niega a entregar el niño a don Diego López de Estúñiga y don Juan de Velasco, los preceptores que determinó vuestro hermano en su testamento para que se ocuparan de su custodia.

Don Fernando soltó un largo suspiro y con tono de reproche espetó al recién llegado:

—Os pediría, condestable, que no irrumpierais de esta forma en mi cámara. Mi ánimo ya está lo suficientemente alterado.

Quien entró atropelladamente en la estancia fue don Ruy López Dávalos, camarero mayor, adelantado de Murcia y condestable de Castilla, uno de los nobles más poderosos e influyentes del reino. Tenía la nariz alargada, ojos marrones, cabellos rizados y canos, y barba abundante. Aún disfrutaba del porte de un fornido soldado a pesar de haber sobrepasado los cincuenta años. Había luchado contra los moros en Granada y en las guerras contra Portugal, cuando don Juan de Gante, duque de Lancaster, invadió Castilla para reclamar los derechos de su esposa, doña Constanza, hija del rey Pedro I, al trono de Castilla. El valor demostrado durante la defensa de Benavente durante el asedio inglés fue premiado por el rey Juan I con el nombramiento de camarero mayor de don Enrique, en aquel momento príncipe de Asturias, cargo que mantuvo cuando este fue proclamado rey.

—Si la reina no cumple con su parte del testamento, vos tampoco tenéis porqué hacerlo —prosiguió don Ruy, mirándole con los brazos cruzados y labios arrugados, esperando algún tipo de reacción por parte del infante.

Don Fernando se aproximó a él y le preguntó:

—¿Qué insinuáis que debo hacer?

—Lo sabéis muy bien, mi señor; reclamar el trono para vos.

—Medid vuestras palabras si deseáis mantened la cabeza pegada a vuestro cuello —le espetó el infante sin ocultar la irritación que le había causado su sugerencia.

Don Ruy sostuvo con calma la mirada furiosa del infante. No era hombre que se amedrentara con facilidad.

—Don Juan no ha cumplido los dos años, faltan más de doce para que alcance la mayoría de edad y pueda reinar, ¿qué será de Castilla durante todo este tiempo? Que la reina se niegue a aceptar las últimas voluntades del difunto rey os concede a vos la oportunidad de reclamar el reino.

Comenzó a andar por la sala. No podía negar que había meditado alzarse con el trono tras el fallecimiento de don Enrique. Muchos eran los nobles que se lo habían sugerido, cuando no propuesto abiertamente como acababa de hacer el condestable. Pero don Juan era el legítimo sucesor de su hermano. Si intentaba arrebatarle el trono sería considerado un usurpador, un tirano. No sería aceptado por gran parte de la nobleza ni del clero. La guerra civil se cerniría sobre Castilla. Además, en don Juan, bisnieto del rey Pedro I, convergerían las dinastías petristas y trastamaristas cerrando las cicatrices provocadas por la guerra civil que desangró Castilla hacía poco más de cuarenta años y que concluyó con el asesinato en Montiel de don Pedro a manos de su hermano don Enrique de Trastámara. Pudo ser rey, pues la reina Catalina tardó trece años en engendrar a su

primera hija, doña María, cuando en la Corte ya se temía que don Enrique moriría sin dejar descendencia. Dos años después de doña María nació doña Catalina y al año siguiente don Juan, el heredero. Sus esperanzas de sentarse en el trono de Castilla se evaporaron como el rocío con las primeras luces del amanecer. La Providencia le había negado ser rey y contra los designios de Dios no hay más opción que plegarse.

—Tuve mi oportunidad, pero el nacimiento de doña María me la arrebató —dijo en apenas un susurro, como si hablara para sí mismo. Soltó un largo suspiro y añadió—: Asumiré mi condición de regente.

—Pero mi señor…

—¡No! —interrumpió don Fernando con un gesto de mano—. No seré yo quien arrastre a Castilla a la guerra civil.

Don Ruy negó decepcionado con la cabeza comprendiendo que la decisión del infante era definitiva. El condestable había servido con lealtad al rey Juan I y luego a su hijo Enrique III, pero don Juan no era más que un niño en manos de nobles poderosos como don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga. Él era condestable de Castilla, el adelantado mayor de Murcia. ¿Quién sino él debería haber sido el designado para custodiar al rey-niño? ¿Por qué el rey Enrique le despreció? Fue una humillación, una injusticia hacia un hombre que había entregado su vida y vertido su sangre por la corona. El condestable advertía que su posición en la Corte castellana estaba siendo gravemente amenazada. En la negativa de la reina a ceder su custodia encontró una inmejorable oportunidad para persuadir a don Fernando para que reclamara el trono. Muchos nobles y clérigos le apoyarían. No obstante, el infante tenía razón. Si intentaba arrebatarle el trono al rey-niño, Castilla sería de nuevo azotada por los abrasadores vientos de la guerra civil. Pero los grandes proyectos requieren de grandes sacrificios y don Ruy López Dávalos estaba dispuesto a sacrificar lo que fuera necesario por mantener sus responsabilidades y privilegios.

—¿Sabéis que el rey de Portugal ha ofrecido su apoyo a la reina Catalina? —le preguntó don Fernando.

Don Ruy negó con la cabeza.

—Si reclamara el trono por las armas, no sólo tendría que enfrentarme a los nobles leales a la reina-regente, sino también al ejército portugués. Antes de iniciar una guerra es conveniente haber calculado con qué apoyos se cuenta y contra quién hay que enfrentarse, ¿no creéis? —el condestable asintió. La reflexión del infante reveló que en algún momento se había planteado reclamar el trono de Castilla, pero hombre inteligente y cauto la desestimó—. Luchar por un trono que no me corresponde me convertiría en un usurpador. No es mi deseo pasar a la historia como el rey que le robó

el trono a un niño. Eso sin tener en cuenta que las opciones de lograr mi propósito serían muy escasas.

—Entonces, ¿qué vais a hacer respecto a doña Catalina? —preguntó el condestable. La amenaza de la intervención del rey de Portugal en los asuntos castellanos complicaba cualquier intento de derrocar al rey-niño Juan.

El infante meditó la respuesta antes de contestar. La negativa de la reina-regente a entregar a su hijo a los nobles tenía un aspecto positivo que podría aprovechar en su propio beneficio. Don Fernando se giró y dijo:

—Apoyaremos a doña Catalina.

—¿Cómo? —preguntó confuso don Ruy López Dávalos, sin entender muy bien al infante.

—Es conveniente y justo satisfacer los deseos de una madre que lo único que pretende es cuidar de su hijo —le explicó—. Doña Catalina sabrá como agradecerme que en este asunto haya estado de su parte.

—Estará en deuda con vos —observó don Ruy, entendiendo los verdaderos motivos que llevaban al infante a apoyar a la reina-regente.

Don Fernando sonrió.

—Así es, pero no sólo pretendo con mi apoyo que doña Catalina me deba, digamos, un favor. En los asuntos de gobierno es conveniente ser prácticos y siempre será mejor negociar con una sola persona, en este caso doña Catalina, que con tres; la reina-regente, don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga.

—El camarero mayor y el justicia ya reúnen demasiado poder y dejar al pequeño don Juan a su merced no hará más que acrecentarlo.

Don Fernando asintió confirmando las palabras del condestable.

—La ambición es un río difícil de contener —afirmó—. Serán muchos los nobles que estén de acuerdo en que sea doña Catalina quien se ocupe de la custodia de don Juan. Y si no me equivoco, vos estáis entre ellos.

Don Ruy esbozó una media sonrisa. Don Enrique III le relegó en su testamento de las responsabilidades próximas al heredero. Sus cargos y privilegios estarían comprometidos si el rey-niño era sometido a la influencia de don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga.

—Creo que tenéis razón —reconoció—. Cuando habléis con la reina-regente, recordadle que cuenta con todo mi apoyo. Es naturaleza propia de los hombres y voluntad de Dios que sean las madres quienes se ocupen del cuidado de sus hijos —sus labios dibujaron una sonrisa cínica—. Aunque mucho me temo que don Diego y don Juan se resistirán. Al fin y al cabo, fue deseo de don Enrique que ellos cuidasen del rey-niño.

—Son personas sensatas, razonables. No será difícil persuadirlos —

aseguró don Fernando con la confianza de quien tiene muy definidos sus objetivos y ha desarrollado un elaborado plan para conseguirlos.

2

Segovia, marzo de 1407

Era una mañana fría y lluviosa. El invierno se negaba a abandonar las tierras castellanas. Doña Catalina de Lancaster leía un libro junto al fuego de la chimenea. Procuraba abstraerse de sus preocupaciones. Pero, aunque lo intentaba con insistencia, no lo conseguía. Suspiró. Se preguntó una vez más porqué don Enrique había determinado en su testamento que la custodia de su hijo don Juan recayera en sus consejeros don Diego López de Estúñiga y don Juan de Velasco, y porqué debía compartir la regencia de Castilla con su cuñado don Fernando. ¿Acaso su marido no confiaba en que fuera capaz de velar por su propio hijo o de gobernar el reino con justicia y sabiduría? Las preguntas se agolpaban en su mente invadiendo su ánimo de impotencia, frustración y, sobre todo, de tristeza. Negó con la cabeza. Concluyó que su marido dudaba de sus capacidades como madre y como reina-regente. Así lo había expuesto con manifiesta y descarnada claridad en su testamento. Las lágrimas humedecieron sus ojos y cerró el libro. No pudo seguir leyendo. Aceptó ceder y compartir la regencia con don Fernando de Trastámara, pero jamás entregaría a su hijo a don Juan de Velasco y a don Diego López de Estúñiga. No dudaba de la valía de los consejeros, pues habían servido con lealtad y buen criterio a don Enrique, pero don Juan tenía sólo dos años, y con esa edad, nadie podría velar más por un niño que su madre. No, jamás cedería la custodia de su hijo.

Doña Catalina era hija de doña Constanza de Castilla y de don Juan de Gante, duque de Lancaster, por lo tanto, era nieta de don Pedro I de Castilla y del rey Eduardo III de Inglaterra. Su madre, doña Constanza, fue jurada por las Cortes castellanas como heredera a la Corona de Castilla junto con su hermana mayor doña Beatriz, pero cuando esta decidió recluirse en el convento de Santa Clara de Tordesillas, doña Constanza quedó como única heredera al trono de Castilla. Así pues, habría sucedido a don Pedro I si este no hubiera sido asesinado por su hermano bastardo don Enrique de Trastámara. Don Juan de Gante se casó con doña Constanza en 1371. Al año siguiente el rey Eduardo III de Inglaterra les reconoció como reyes de Castilla. En 1385 los castellanos sufrieron una terrible derrota frente a los portugueses en Aljubarrota, desastre que fue aprovechado por don Juan de Gante para desembarcar en La Coruña con un ejército inglés

con el propósito de derrocar a don Juan I y proclamar a su mujer, doña Constanza, reina de Castilla. Aliado con los portugueses, don Juan de Gante invadió León. Después de tres años de deambular por Castilla sin demasiado éxito, en 1388 don Juan de Gante y don Juan I firmaron el tratado de Bayona, por el cual, el duque de Lancaster y doña Constanza renunciaban a sus derechos a la Corona de Castilla a cambio del generoso pago de seiscientos mil francos, de una renta anual de cuarenta mil y del acuerdo de matrimonio de doña Catalina de Lancaster con don Enrique, el primogénito del rey Juan I. De este modo se unirían las dos ramas sucesorias del rey Alfonso XI, la legítima de don Pedro I y la bastarda de don Enrique II. Doña Catalina sonrió con ternura al recordar su boda con don Enrique en Palencia en 1388. Ella tenía quince años y su esposo apenas nueve. Era toda una mujer; alta, rubia, blanca como la nieve y muy hermosa, y él era apenas un chiquillo asustadizo y delgaducho dominado por los nervios. Fueron los primeros príncipes de Asturias, título que les reconocía como legítimos herederos a la Corona de Castilla. Al ser don Enrique menor de edad, la pareja vivió separada hasta que en 1393 se consumó el matrimonio. La unión de doña Catalina y don Enrique nacía con la promesa de cerrar viejas heridas y rencores entre petristas y trastamaristas. Pero la temprana muerte de don Enrique, con tan sólo veintisiete años, dejó como heredero a un niño de menos de dos años. Castilla, una vez más, estaba amenazada por la incertidumbre y la inestabilidad, a merced de las ambiciones y recelos de notables y clérigos. Doña Catalina exhaló un largo suspiro mientras contemplaba cómo las pavesas ascendían por el tiro de la chimenea en un hipnótico baile en espiral. Era una mujer culta, inteligente y sensata, a quien la muerte de su marido había sumido en un mar de dudas y temores. Se hallaba inmersa en sus pensamientos, con la mirada perdida en el fuego de la chimenea, cuando alguien llamó a la puerta de su cámara.

—Adelante.

—Mi señora, don Juan duerme plácidamente.

Era don Juan Hurtado de Mendoza, ayo y mayordomo del rey. Cada noche informaba a la reina-regente cuando el pequeño quedaba al resguardo de los brazos de Morfeo. Sirvió al rey Juan I como alférez mayor y posteriormente fue mayordomo de don Enrique III, cargo que ahora desempeñaba con don Juan. Se trataba de un noble de unos cincuenta años, de gesto amable y mirada clara y serena. Había servido a los últimos tres reyes castellanos, lo que revelaba su entregada y sincera lealtad a la corona. En 1389 se casó con doña María de Castilla, hija del conde Tello y sobrina por tanto del rey Enrique II de Trastámara. Doña María era una de las mujeres más ricas de Castilla. Su boda no sólo le dotó de una inmensa fortuna, sino que le permitió asumir una importante responsabilidad en la

educación del príncipe Enrique. Doña Catalina le tenía un gran afecto y estima, aunque no olvidaba que su padre apoyó a don Enrique II en la guerra que este libró contra su abuelo, el rey Pedro I. El padre de don Juan Hurtado de Mendoza pagó con creces su traición, pues murió en la batalla de Nájera de 1367, donde don Pedro I, apoyado por el ejército inglés de su tío el príncipe Eduardo de Woodstock, consiguió una aplastante victoria sobre el usurpador y las tropas mercenarias del bretón Bertrand du Guesclin. Pero aquellos eran otros tiempos. Lejanos, sí, pero no olvidados. No obstante, no es justo culpar a los hijos de los errores de sus padres.

—Gracias —dijo la reina. Don Juan Hurtado de Mendoza se despidió con una ligera inclinación y se dirigió hacia la puerta—. ¿Por qué mi esposo, el rey, decidió arrebatarme el cuidado de mi hijo? —el mayordomo escuchó a sus espaldas el lamento de doña Catalina, detuvo el paso y se giró. La luz ambarina que irradiaba la chimenea iluminaba unos ojos anegados de lágrimas contenidas—. ¿No confiaba en mí como madre?

El corazón se agitaba nervioso en su pecho. La reina-regente necesitaba una respuesta, pues la incertidumbre y la sospecha la estaban devorando las entrañas. Don Enrique la amaba. No tenía ninguna duda. Por tal motivo no entendía porqué en su testamento había elegido a otros para que cuidaran de su pequeño. Al igual que tampoco entendía que no la hubiera considerado válida para gobernar Castilla en solitario durante la minoridad de su hijo y que tuviera que compartir la regencia con su cuñado don Fernando. Pero este era otro asunto. El que verdaderamente le martirizaba era que su marido había pretendido separarle de su hijo.

—Si Juan tuviera diez o incluso ocho años, lo habría entendido y aceptado —prosiguió doña Catalina con la voz tomada por la tristeza —. Pero sólo tiene dos años. Es una criatura indefensa que necesita a su madre. No, no pienso apartarme de él.

Don Juan Hurtado de Mendoza tomó una silla y se acercó a la chimenea. Se sentó junto a la reina-regente. Estaba informado de la resistencia de doña Catalina a entregar a don Juan al cuidado de don Diego López de Estúñiga y don Juan de Velasco, contraviniendo las últimas voluntades de don Enrique. Al principio intentó persuadirla para que acatara el testamento del rey, pero finalmente decidió que la apoyaría. Don López de Estúñiga y don Juan de Velasco ya tenían demasiado poder en la Corte castellana para dejar al rey-niño a su merced y voluntad.

—Mi señora, entiendo que no sea de vuestro agrado la decisión de vuestro esposo, el rey —comenzó a explicar don Juan—, pero os puedo asegurar que no fue carente de buen juicio.

—¿Entonces soy una mala madre? —preguntó espantada doña

Catalina.

—Nada más lejos de la realidad —respondió con voz cálida don Juan mostrando una sonrisa conciliadora—. Vuestras hijas, las infantas María y Catalina, son ejemplo de lo buena madre que sois, pero don Juan está destinado a reinar. Aún le faltan doce años para alcanzar la mayoría de edad. Y doce años, mi señora, es mucho tiempo. Bien sabéis por vuestra propia experiencia que los reyes deben enfrentarse a enemigos implacables. Tanto internos como externos. Y con don Juan no va a ser distinto. Con su decisión, don Enrique no pretendía apartarlo de vos, sino protegerlo.

—Explicaos —ordenó doña Catalina.

—Vuestro cuñado, don Fernando de Trastámara, es el hombre más poderoso de Castilla después del rey. Incluso rivaliza con él en riquezas, pues fue inmensa la fortuna que doña Leonor de Alburquerque, esposa del infante, heredó de su padre el conde Sancho. Don Fernando ha actuado siempre con lealtad hacia su hermano y no ha dudado un instante en jurar a don Juan como rey, pero no son pocos en la Corte quienes consideran que el infante debería reinar.

—¡Pero Juan es el legítimo rey de Castilla! —exclamó doña Catalina escandalizada.

—La legitimidad no garantiza un reinado largo y tranquilo. Vos lo sabéis muy bien —replicó don Juan. Doña Catalina asintió, recordando que su abuelo, el legítimo rey don Pedro I, fue asesinado y derrocado por don Enrique II—. Para evitar o contener traiciones y revueltas, el rey-niño necesita soldados, armas, oro y, por encima de todo, de valiosos aliados como don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga.

—Pero don Fernando es leal…

—Lo es, sin duda alguna que lo es, pero ha sido hijo de rey, hermano de rey y es tío de rey. Puede ser tentado por quienes aseguran que él debería ser quien reinara en Castilla, pues don Juan es apenas un niño y doce años de interregno es mucho tiempo para solventar con éxito las dificultades y amenazas que se ciernen sobre Castilla. Don Fernando puede ser arrastrado por nobles sin escrúpulos a la traición y tentado a reclamar el trono haciendo uso de la fuerza. Hay ciertas ambiciones que son difíciles de contener.

—Entiendo…

—Don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga son nobles poderosos, inmensamente ricos y con numerosos soldados a su servicio. Al cederles la custodia de don Juan, don Enrique pretendía protegerlo no sólo de don Fernando, sino de cualquier otro noble que se aventurara a intentar usurparle el trono.

—Entonces, si no les concedo la custodia, ¿estoy poniendo en peligro a mi hijo? ¿A Castilla? —preguntó doña Catalina. En su

interior bullían sentimientos encontrados.

Don Juan Hurtado de Mendoza respondió con una sonrisa:

—Quizá don Enrique se excedió al concederles la custodia de don Juan al camarero mayor y al justicia. Un hijo debe estar con su madre.

La reina regente sonrió agradecida.

—¿Y si don Fernando o cualquier otro noble reclamara el trono? —preguntó

—No han pasado muchos años desde que Castilla fuera devastada por la guerra civil. Su triste recuerdo aún perdura en la memoria de muchos de nosotros —comenzó a responder don Juan, recordando la muerte de su padre en Nájera—. El reinado de don Juan unirá por fin la dinastía petrista con la trastamarista. Nadie, en su sano juicio, se aventurará a provocar una nueva guerra. Nadie —repitió con vehemencia, persuadido de que quien lo intentara tendría que enfrentarse a la nobleza y al clero castellano.

—Entonces, mi esposo en ningún momento concluyó que yo no era la persona adecuada para cuidar del futuro rey de Castilla… —observó doña Catalina.

—Así es, mi señora, sólo perseguía proteger a vuestro hijo.

—¿Hago pues lo correcto reclamando su custodia? —preguntó más sosegada doña Catalina.

—Lo hacéis, mi señora.

Doña Catalina se enjugó sus ojos vidriosos y sonrió. Se alegraba enormemente de haber mantenido esa conversación con don Juan Hurtado de Mendoza. Sus dudas se habían disipado como por ensalmo. Ahora entendía la decisión de su marido sobre quién debía ocuparse de la custodia de don Juan. No tenía nada que ver con ella como madre, sino con don Juan como futuro rey. Un rey-niño al que era necesario proteger de sus poderosos enemigos. Solventada esa duda, doña Catalina quería esclarecer los motivos que habían llevado al rey Enrique a nombrar dos regentes durante la minoridad de don Juan en lugar de nombrarla sólo a ella, pues como reina-viuda y madre del rey, consideraba que en justicia le correspondía ocupar en solitario tal dignidad. Y así se lo hizo saber a don Juan.

—¿Y cuál fue el motivo que llevó a nombrar a dos regentes? ¿No confiaba en mis habilidades de gobierno?

—Si lo pensáis con calma entenderéis que la decisión del rey fue muy sensata —la reina-regente hizo un ademán para que continuara—. Os ruego que os pongáis en el lugar de don Fernando de Trastámara, que como dije antes es hijo de rey, hermano de rey y tío de rey.

—Continuad.

—Al igual que os sucede a vos, don Fernando tiene derecho a

considerar que él debería haber sido el elegido por don Enrique para ocuparse de la custodia y protección de don Juan, en lugar de don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga. Entenderéis por tanto que el infante esté muy molesto con esta decisión —la reina regente asintió y don Juan prosiguió—: Bien, ahora contemplad la posibilidad de que don Enrique os hubiera nombrado a vos única regente de Castilla durante la minoría de edad de don Juan. Don Fernando, el hermano del rey, el hombre más rico y poderoso de Castilla, habría sido alejado del futuro rey y apartado de toda responsabilidad de gobierno —el mayordomo hizo una pausa para que doña Catalina asimilara la importancia de sus palabras—. No sólo él, sino muchos nobles clamarían para que se alzase en armas y arrebatara el trono a vuestro hijo, pues había sido injustamente despojado del poder y la responsabilidad que por razones de cuna y parentesco le corresponden.

—El infante se hubiera sentido humillado y despreciado por Enrique —afirmó doña Catalina—, cuando, y esto es cierto, siempre ha actuado con prudencia y lealtad.

—Hasta en el corazón del más leal de los vasallos puede anidar la traición cuando este se siente maltratado.

Doña Catalina asintió varias veces y desvió la vista hacia el fuego. La nobleza y la monarquía castellana llevaban siglos conviviendo en un frágil equilibro. Un noble herido en su orgullo podría ser extremadamente peligroso si disponía de oro, tropas y de los aliados oportunos. Doña Catalina sintió como un escalofrío recorría su cuerpo. Le aterraba la posibilidad de que se desencadenara la guerra en su amada Castilla.

—¿Y por qué Enrique no nombró único regente al infante? —preguntó—. Así, quizá, hubiera calmado sus ambiciones al trono en el caso de que las tuviera, claro.

Don Juan Hurtado de Mendoza sonrió.

—O quizá las hubiera avivado —respondió enigmático—. Mi señora, vuestro marido tomó una sabia decisión al instaros a vos y al infante a compartir las labores de gobierno. El exceso de poder nubla el entendimiento y conduce a tomar erráticas decisiones como, por ejemplo, considerar la posibilidad de robarle el trono a su legítimo dueño. La tentación sería demasiado grande y si la voluntad del infante fuera débil, Castilla sería conducida al infierno de la guerra —los ojos de don Juan quedaron velados por la preocupación. La reina-regente no era la única que temía que en Castilla se desatara una guerra por el trono. Se trataba de una posibilidad nada descabellada.

—Ambos nos contrarrestamos —observó doña Catalina.

—Ambos, mi señora, estáis obligados a colaborar por el bien de Castilla y de vuestro hijo, el rey Juan.

Doña Catalina asintió con los labios apretados. Don Juan Hurtado de Mendoza tenía razón. Era un hombre juicioso e inteligente con mucha experiencia a sus espaldas. Se alegraba enormemente de tenerlo a su lado y de poder contar con sus sabios consejos.

—Gracias, amigo mío —dijo la reina regente con una sincera sonrisa. La conversación con el mayordomo de su hijo había dado respuesta a sus interrogantes, desvaneciendo todos sus temores.

—Siempre a vuestro servicio, mi señora. —Don Juan Hurtado de Mendoza se incorporó de la silla y se dirigió hacia la puerta de la estancia—. Os deseo buenas noches —la reina regente le despidió en silencio con un leve asentimiento.

¿Cumpliría el infante su juramento de fidelidad? ¿Y la nobleza? ¿Y el clero? ¿También serían leales? Se cuestionaba la reina-regente. Ya era tarde. Estaba cansada. Lo mejor era ir a la cama y descansar. Demasiados eran los desafíos que se cernían sobre Castilla. Sus labios esbozaron una sonrisa. Había imaginado que dormía y que al despertar el rey-niño ya era mayor de edad y podía reinar sin necesidad de regentes. Todo sería más sencillo. Mucho más sencillo.

3

Segovia, marzo de 1407

Era un día fresco pero despejado, doña Catalina paseaba por los jardines del alcázar con doña Leonor López de Córdoba, quien fuera hija de don Martín López de Córdoba, privado del rey Pedro I, y con doña Inés de Torres, a quien doña Leonor había introducido recientemente en el reducido séquito de la reina-regente. Doña Catalina estaba preocupada. Retenía a su hijo don Juan en Valladolid a pesar de las continuas reclamaciones de don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga. El infante don Fernando aún no se había pronunciado al respecto. Temía su decisión. No por ella, pues se trataba de una mujer osada, valiente y con carácter, sino por Castilla. Doña Catalina era una mujer hermosa, de piel blanca como la nieve, cabellos dorados y ojos claros. Destacaba por su inteligencia, su cultura y su arrolladora personalidad. Además de por su talla, pues superaba en altura a todas las mujeres y a la mayoría de los hombres. Proclive a las comidas copiosas y al vino, después del nacimiento de su primera hija doña María en 1401, comenzó a sufrir una enfermedad que fatigaba sus músculos y le obligaba a permanecer largas temporadas postrada en sus aposentos. Pero aquella cristalina mañana de invierno, la reina-regente se encontraba con ánimo de tomar un poco de aire fresco y de alejarse de sus consejeros; los obispos de Mondoñedo, Sigüenza y Cuenca, y el doctor Pedro Sánchez del Castillo, que le hostigaban sin descanso para que meditara con más prudencia su decisión y cumpliera con lo establecido por don Enrique en su testamento, cediendo el cuidado de su hijo al camarero mayor y al justicia de Castilla. Doña Leonor y doña Inés entendían su decisión de no desprenderse de la compañía de su hijo. Estaban sentadas en un banco de piedra, riendo y charlando sobre asuntos de poca enjundia cuando apareció el infante.

—Mi señora —don Fernando saludó a doña Catalina, y mirando a doña Leonor y a doña Inés, añadió con una leve inclinación de cabeza —, señoras.

—Saludos, mi señor. He de reconocer que esperaba vuestra visita —dijo doña Catalina.

Doña Leonor y doña Inés, prudentemente, se incorporaron del banco y se despidieron en silencio. Los regentes de Castilla tenían que tratar asuntos urgentes y privados.

—¿Me permitís? —preguntó cortésmente el infante, pidiendo

permiso para tomar asiento en el banco. Doña Catalina le autorizó con un movimiento de mano. Don Fernando se sentó y dijo—: Lo que quizá desconozcáis es el motivo que me ha traído a Segovia.

—¿Acaso no es persuadirme para que entregue mi hijo a don Juan Velasco y a don Diego López de Estúñiga? —preguntó llena de desdén.

Los labios del infante esbozaron una sutil sonrisa.

—Bien sabéis, mi señora, que fue voluntad de vuestro esposo hacer la guerra a Granada y que a este noble propósito dedicó los últimos años de su vida —la reina-regente asintió—. En noviembre, don Enrique comunicó al mariscal García de Herrera su decisión de atacar Granada. Las Cortes celebradas en diciembre concedieron al rey cuarenta y cinco millones de maravedíes para financiar la guerra. Importe que sería ampliado si el rey lo solicitaba, pues tal era su interés en vengar la toma de Ayamonte y la devastación que los moros causaron en Baeza. Todo estaba preparado, pero el desgraciado fallecimiento de nuestro rey evitó que Castilla se tomara cumplida venganza por las tropelías cometidas por los infieles.

La reina-regente entornó los ojos en una mezcla de desconfianza y sorpresa. No entendía qué pretendía el infante. En Castilla reinaba el recelo y la desconfianza, no parecía ni mucho menos el mejor momento para entrar en guerra con Granada. Decidió guardar silencio y esperar a que don Fernando se explicara convenientemente. No obstante, que no reclamara a primeras la entrega de su hijo era una buena noticia.

—Mi señora, es mi deseo concluir lo que vuestro marido, el rey, dio comienzo. Os pido vuestra autorización y permiso para invadir Granada.

—¿Justo ahora? —preguntó no muy convencida doña Catalina.

—No encontraremos mejor ocasión.

—Explicaos.

—La muerte de un rey suele ir acompañada de tiempos de incertidumbre y, evidentemente, en el caso del rey Enrique no podría ser de otra manera —doña Catalina asintió—. Pero las guerras tienen la virtud de unir a los reinos. Nobles y reyes pueden tener distintos criterios, pero cuando se trata de defender el reino y la fe cristiana de sus enemigos, los objetivos, los propósitos, coinciden. La guerra con Granada unirá a los nobles que ahora se encuentran un tanto preocupados como es el caso de don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga.

Doña Catalina le miró con los ojos muy abiertos. Eran de un azul cristalino que refulgían en un rostro ovalado y blanco. Don Fernando advirtió el brillo de sus ojos y entendió que había llegado el momento de desvelar sus propósitos.

—Sí, mi señora, el justicia y el camarero mayor irán a la guerra

conmigo. La defensa de nuestra fe y de Castilla, y la promesa de prestigio y de un generoso botín distraerá sus mentes y apaciguará sus ánimos.

—¿Queréis decir…?

—Que contáis con mi apoyo en vuestro propósito de cuidar de vuestro hijo, el rey Juan —terminó de decir don Fernando.

Doña Catalina asintió varias veces y soltó un largo suspiro de alivio. Jamás hubiera imaginado que el infante le apoyaría, pero era una mujer inteligente y sensata y sabía que los favores de los poderosos nunca eran gratuitos.

—Os lo agradezco —dijo sin preguntar qué esperaba a cambio de su apoyo. Le dejaría hablar, pues estaba segura de que el infante no tardaría en saciar sus dudas.

—Hablaré con don Diego López de Estúñiga y con don Juan de Velasco —comenzó a decir—. Aceptarán vuestra voluntad, os lo prometo. Una vez hayamos resuelto este asunto y, con vuestro permiso, retomaremos los preparativos de la guerra con Granada.

«Así que era eso», pensó doña Catalina: don Fernando solicitaba su aprobación para atacar Granada. Un precio más que razonable por disfrutar de su apoyo en su conflicto con el camarero mayor y el justicia de Castilla. En las Cortes reunidas en diciembre ya se abordó el asunto de la guerra y se determinaron las consiguientes partidas económicas. Sólo la prematura muerte del rey Enrique evitó lo que eran hechos consumados. Si daba su aprobación al infante, no haría más que dar continuidad a los deseos de su marido. La guerra reordenaría las prioridades de la nobleza castellana, uniéndola frente a un enemigo común.

—Bien, tenéis mi aprobación. Que Dios os conceda la victoria frente a los enemigos de Castilla y de la fe verdadera.

Don Fernando asintió en señal de gratitud. Apretó los labios intentando contener la sonrisa que luchaba por brotar de sus labios. La guerra siempre es una magnífica oportunidad para hacer dinero y labrarse prestigio. Don Fernando había decidido no reclamar el trono de Castilla para no arrastrar a todo el reino a una devastadora guerra civil, pero eso no significaba que no tuviera sueños y ambiciones. Y una aplastante victoria sobre los moros de Granada colmaría parte de ellos. Pero antes de embarcarse en tal empresa, debía persuadir a don Diego López de Estúñiga y a don Juan de Velasco para que abandonaran su propósito de velar por don Juan. Una tarea no exenta de dificultades. Pero don Fernando se cuidó mucho de compartir sus temores con doña Catalina.

4

Segovia, marzo de 1407

Don Francesc Climent Sapena era obispo de Mallorca y legado del papa Benedicto XIII en los asuntos de Castilla y Aragón. De algo más de sesenta años, era un hombre entrado en carnes, de ojos pequeños y redondos, nariz ancha y papada generosa. Ejercía una gran influencia en la Corte y sus recomendaciones eran escuchadas y respetadas por la nobleza castellana. Aunque don Fernando había conseguido el respaldo de doña Catalina a la guerra con Granada, también necesitaba el apoyo de la Iglesia y de la nobleza. La mediación del obispo podría ayudarle a conseguir sus propósitos.

—Creo que obráis prudentemente al defender la causa de doña Catalina. —Don Fernando había puesto en antecedentes al obispo y revelado su intención de apoyar a la reina-regente, pues con ello limitaba el poder de don Diego López de Estúñiga y de don Juan de Velasco, al tiempo que se ganaba el favor de doña Catalina.

—¿Puedo contar con vuestro apoyo y con el del papa Benedicto XIII en este asunto? —preguntó don Fernando.

Ambos paseaban por las calles de Segovia acompañados de una reducida escolta. El empedrado estaba resbaladizo por las últimas lluvias y el cielo estaba cubierto de nubes negras.

—Supongo que no sólo deseáis contar con el apoyo de la Iglesia para ese digamos, conflicto, con los tutores del rey-niño designados por don Enrique, ¿verdad?

—Así es —confirmó don Fernando con una inclinación de cabeza. No cabía duda de que el obispo estaba bien informado. Con ese hombre no tenía sentido divagar, sino ir al grano del asunto—. Tengo intención de invadir Granada y necesito del apoyo, tanto espiritual como económico del papa Benedicto XIII.

Don Francesc detuvo el paso y dijo:

—Sois un aliado fiel en esta absurda pugna que divide el seno de nuestra Santa Madre Iglesia, con un papado legítimo en Aviñón, regido por Benedicto XIII y otro en Roma, ilegítimo y manejado al antojo de los franceses, bajo la autoridad de Gregorio XII.

—Y lo seguiré siendo, no os quepa la menor duda —aseguró con determinación el infante.

El obispo de Mallorca agradeció sus palabras con un asentimiento. Puso su mano sobre el hombro del infante y dijo:

—Vos necesitáis al papa y el papa os necesita a vos.

—Decidme qué puedo hacer por su santidad.

—El arzobispado de Toledo lleva huérfano desde hace ocho años —comenzó a explicar el prelado retomando el paseo—, siendo actualmente administrado por el obispo de Sigüenza, don Juan de Illescas. Don Enrique siempre se opuso a que la vacante fuera ocupada por el candidato de Benedicto XIII, su sobrino don Pedro de Luna. El rey alegaba que era un aragonés, un extranjero. Según sus propias palabras, era como dejar a la zorra al cuidado de las gallinas —sonrió—. Pues bien, creo que ha llegado el momento de tomar una decisión a este respecto. —Don Francesc se detuvo y mirando a don Fernando con firmeza, le dijo—: Contaréis con mi apoyo y haré todo lo que esté en mi mano para que sea doña Catalina de Lancaster quien se ocupe del cuidado de don Juan. Y también conseguiré el apoyo económico y espiritual del papa para vuestra cruzada contra los moros en Granada.

—Os lo agradezco, reverendísimo señor —dijo humilmente el infante, aguardando con serenidad el pago a tan grandes favores.

—El papa Benedicto os estaría muy agradecido a vos y a la reina-regente si fuerais tan amables de observar con generosidad que don Pedro de Luna sea nombrado arzobispo de Toledo. No tiene sentido que una diócesis tan importante para Castilla, para el cristianismo, siga sumida en el desgobierno después de ocho años, ¿no estáis de acuerdo conmigo?

Don Fernando había conseguido el apoyo del papado de Aviñón a todas sus pretensiones. Ceder el arzobispado de Toledo al sobrino del papa Benedicto era un precio más que razonable. Posiblemente encontraría la oposición de una parte del clero y de la nobleza castellana, pero no había nada que no se pudiera solucionar con la cantidad oportuna de oro y con alguna que otra prebenda.

—Totalmente de acuerdo, reverendísimo señor, Toledo necesita con urgencia un arzobispo, y quién mejor que don Pedro de Luna —aceptó el infante.

—Bien, me complace comprobar que ambos estamos en total sintonía.

—No podía ser de otro modo. Como bien sabéis, soy un ferviente servidor de Cristo y de la Virgen María.

Don Francesc esbozó una sonrisa de satisfacción. El apoyo del infante garantizaba que Castilla defendería la causa del papa Benedicto XIII frente a sus adversarios. Hombre poderoso y de gran influencia, don Fernando sería un magnífico aliado tanto para estos asuntos como para otros que sin duda surgirían en el futuro.

El obispo retomó el paso.

—Cuando os reunáis con don Diego López de Estúñiga y don Juan de Velasco hacedles entender que es voluntad de su santidad que sea doña Catalina quien se ocupe de la custodia de don Juan —don

Fernando asintió agradecido—. Hoy mismo enviaré una carta a Benedicto para concretar su apoyo a vuestra cruzada contra los nazaríes. Os mantendré debidamente informado —miró a don Fernando y añadió—: Ruego a Dios porque la amistad entre Su Santidad y el infante don Fernando sea larga y próspera.

—No tengáis la menor duda de que así será, Reverendísimo Señor —confirmó el infante con una sonrisa henchida de satisfacción.

5

Segovia, Marzo de 1407

Doña Catalina de Lancaster leía aprovechando la luz del atardecer que entraba por uno de los amplios ventanales de la sala. La conversación que mantuvo con el infante la tranquilizó. Contaba con su apoyo para cuidar de don Juan. Ella a cambio, le autorizaba a emprender la guerra contra Granada. La decisión no le había agradado especialmente, pues no era amante de guerras y conflictos, pero era cierto que don Enrique ordenó que se prepararan los ejércitos para la guerra poco antes de morir. Además, los musulmanes habían atacado Ayamonte y otras villas fronterizas, violando las treguas y los pactos firmados. Quizá el emir Muhammad VII había concluido que la muerte de don Enrique había sumido a Castilla en la inestabilidad y el desgobierno y que no encontraría mejor ocasión para ampliar sus territorios. No sabía el nazarí lo equivocado que estaba. Doña Catalina estaba acompañada de sus damas de más estrecha confianza; doña Inés de Torres y doña Leonor López de Córdoba.

—Es de agradecer el apoyo de don Fernando a vuestros deseos de cuidar a vuestro hijo —dijo distraída doña Inés, mientras bordaba sentada en un escabel junto a la reina regente. Tenía unos treinta años, cabellos largos, lisos y castaños, y ojos brillantes y almendrados. Emparentada con una familia de la baja nobleza castellana, llevaba sirviendo a doña Catalina algo más de dos años.

—No os fieis, es un Trastámara y los Trastámara no son dignos de confianza —espetó doña Leonor López de Córdoba, quien compartía con doña Inés de Torres una constante rivalidad por ganarse el afecto de la reina-regente.

Doña Catalina alzó la vista del libro y la miró con severidad. Doña Leonor López de Córdoba odiaba a los Trastámara. Motivos no le faltaban. Era hija de don Martín López de Córdoba, privado de don Pedro I y maestre de las Órdenes de Alcántara y Calatrava. Don Martín se encontraba en Carmona con su familia custodiando el tesoro real y a las infantas doña Constanza y doña Isabel, cuando don Pedro I fue asesinado en Montiel por su hermano bastardo don Enrique II. En Carmona resistió los ataques del ejército de don Enrique II hasta que en 1370 negoció con don Fernando Osórez, maestre de Santiago, su rendición a cambio de que le perdonara la vida a él y a sus hijos don Lope y doña Leonor, y permitiera el traslado de las infantas a Inglaterra. Una vez rendida la ciudad, don Enrique liberó a las

infantas, pero no respetó los acuerdos en lo referido a don Martín y sus hijos. Don Martín fue ejecutado en la plaza de San Fernando en Sevilla y sus hijos don Lope y doña Leonor fueron encarcelados. Don Lope murió poco después en Carmona y doña Leonor fue encerrada en las Atarazanas de Sevilla durante nueve años, hasta que en 1379 murió don Enrique II. En su testamento el rey había dispuesto que tras su muerte fuera liberada. Así pues, doña Leonor López de Córdoba entró en prisión con sólo ocho años y salió con diecisiete. Grande era el resentimiento que sentía por don Enrique II y por su descendencia.

—Os recuerdo que mi marido era un Trastámara y, como es natural, mi hijo también lo es —observó doña Catalina. La reina-regente sentía una gran tristeza por la desgraciada vida que había llevado doña Leonor, que sin tener ninguna culpa y siendo apenas una niña había sido encerrada en una sombría y lúgubre prisión durante nueve años siendo testigo de la ejecución de su padre y de la muerte de su hermano. Doña Leonor tenía los cabellos canos, el rostro arrugado y la mirada cansada. Aparentaba mucha más edad de la que realmente tenía. La vida no había sido clemente con ella. Por tal motivo doña Catalina no dudó en aceptarla a su servicio cuando un día llamó a la puerta del palacio en Valladolid, y se anunció como la hija de don Martín López de Córdoba, privado de don Pedro I y el más leal de sus consejeros. Era el último vínculo que le unía a su abuelo y compartió penurias y tristezas con su madre doña Constanza, durante el largo asedio al que fue sometida Carmona.

—Cierto, no todos los Trastámara son iguales. Y gracias a Dios por las venas de vuestro hijo no sólo fluye la sangre del usurpador, sino también las de las ilustres Casas de Borgoña y Plantagenet. Simplemente mi señora, os aconsejo que seáis cuidadosa con don Fernando y no le perdáis de vista.

—Quizá doña Leonor tenga razón —intervino doña Inés mirando a doña Leonor con una sonrisa—. Vivimos tiempos convulsos donde las lealtades son volubles y traidoras. Es de prudentes andarse con tiento.

Doña Catalina de Lancaster bajó la vista hacia el libro. La conversación le incomodaba. Aunque don Fernando se había mostrado en todo momento leal, no dejaba de ser un Trastámara. Su abuelo asesinó cobardemente al suyo y obligó a su madre a exiliarse en Inglaterra. Imaginó las pestes que tuvo que tragar doña Constanza para aprobar el tratado de Bayona por el que renunciaba a sus legítimos derechos al trono y acordaba el matrimonio de su hija con don Enrique, un Trastámara. Pero doña Constanza era una mujer sensata. Jamás podría arrebatar el trono a don Juan I por las armas. No tenía más opción que ceder si deseaba que su hija doña Catalina fuera reina, y que un posible nieto heredara la corona de Castilla. Y esta era precisamente la mayor preocupación de la reina-regente: que

su hijo don Juan reinara en Castilla una vez hubiera alcanzado la mayoría de edad. Sí, tendría bien vigilado a don Fernando, pero era una insensatez buscar el enfrentamiento continuo con el infante. Cedería a sus propuestas siempre y cuando las considerase convenientes y no amenazaran el futuro reinado de su hijo. Doña Catalina lanzó un largo suspiro. Le aguardaba una regencia terriblemente larga y angustiosa.

6

Segovia, marzo de 1407

—El próximo mes de abril se celebrarán las Cortes. Este asunto deberá quedar resuelto para entonces.

Don Fernando se encontraba reunido en sus aposentos del alcázar de Segovia con don Diego López de Estúñiga y don Juan de Velasco. Les había compartido su propósito de apoyar a doña Catalina en su rechazo a entregarles la custodia de su hijo, el rey Juan.

—Me sorprendéis, mi señor —dijo negando con la cabeza don Diego López de Estúñiga. El justicia mayor de Castilla tenía casi sesenta años, ojos oscuros, cejas profusas y nariz prominente. Sus labios, finos y torcidos, mostraban un gesto de desagrado, como si hubiera comido carne en descomposición—. Fue voluntad del rey que tanto el camarero mayor como el justicia de Castilla nos ocupásemos del cuidado del rey Juan. Si desobedecéis las últimas voluntades de un rey moribundo, ¿qué no haréis sobre las de un niño de dos años? Entenderéis que vuestra decisión pueda generar cierta inquietud entre la nobleza y el clero.

—Mi lealtad hacia don Juan está fuera de toda sospecha —repuso con rotundidad el infante, tolerando, de momento, el tono ofensivo y desconsiderado empleado por el justicia mayor—. En cuanto a la Iglesia, debéis saber que el papa Benedicto está de acuerdo con que sea doña Catalina quien se ocupe del rey durante su minoridad.

—Os felicito —intervino don Juan de Velasco dando palmas. El camarero mayor tenía los cabellos y la barba castaña y los labios gruesos. Sus ojos, negros como ala de cuervo, miraban con firmeza bajo unas cejas pobladas—. Habéis conseguido el beneplácito del papa, pero esto no cambia nada: don Juan debe quedar bajo nuestro resguardo.

Don Fernando imaginaba que la negociación con los nobles no sería fácil, pero jamás concluyó que llegara al extremo del más intolerable descaro. Él era el regente de Castilla y los nobles que tenía enfrente le debían respeto. Ahora más que nunca estaba convencido de que era imprescindible que don Juan no cayera en sus manos, pues su poder sería colosal. Pero debía obrar con cautela, pues al igual que numerosos nobles recelaban del camarero y justicia mayor de Castilla, otros tantos estaban a favor de que se respetase el cumplimiento íntegro del testamento del rey Enrique III. No podía forzar la situación. Debía encontrar un consenso o aquella reunión podría dar

origen un conflicto de consecuencias inimaginables. Frágil era el equilibrio en el que se movía el infante. Debía ser más astuto y taimado que los dos bribones con los que negociaba. Pero don Fernando era buen conocedor de las motivaciones de la nobleza e introdujo en la conversación una cuestión que no esperaban.

—En unos meses emprenderé la campaña contra los moros que la muerte de nuestro rey Enrique dejó pendiente —el infante logró captar la atención de ambos nobles—. Benedicto XIII me ha confirmado que colaborará con dineros e indulgencias. La guerra contra el infiel tendrá carácter de cruzada. Todo el que participe en ella merecerá sus bendiciones y dispensas. Desafortunadamente, vos estaréis demasiado ocupados protegiendo al rey para participar en ella. Será la campaña más importante contra los moros desde que el rey Alfonso XI tomara Algeciras allá por el 1344. Vuestros nombres, vuestros apellidos quedarán fueran de tan histórico acontecimiento. Cuando vuestros nietos os pregunten por qué no participasteis en la guerra contra el moro, les responderéis que estabais cuidando de un niño de dos años. Sin duda se sentirán muy orgullosos —los labios del infante dibujaron una sonrisa ladina.

Don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga intercambiaron una mirada. Hacía años que no se guerreaba contra los moros más allá de las habituales escaramuzas fronterizas. Y en las guerras se consigue botín. Y tierras. Y renombre. Y el perdón de los pecados. Que tuvieran a su cargo a don Juan no era impedimento para luchar contra los musulmanes. Don Fernando pretendía castigarlos, dejarlos fuera del botín, apartarlos de la gloria.

—Esta campaña será la primera de muchas otras. —Don Fernando tomó un vaso de vino y le dio un trago. Esperaba con calma la reacción de sus interlocutores.

Fue don Juan de Velasco quién habló:

—Sabéis muy bien que podemos participar en esta guerra.

—No, no podéis hacerlo —replicó con contundencia el infante—. Don Juan ya ha perdido a su padre y no toleraré que también pierda a sus tutores. En las Cortes que se celebrarán el próximo mes propondré que permanezcáis en Castilla protegiendo al rey-niño, alejados todo lo posible de las fronteras nazaríes. Y os puedo asegurar que las Cortes aceptarán mi propuesta, porque es razonable y justa. Propuesta que, por cierto, repetiré en cada campaña hasta que don Juan sea mayor de edad y no necesite de vuestros cuidados. Sí, así será, os esperan doce años de aburrida y pacífica vida alejados de guerras y conflictos, pero también de las riquezas y de la gloria que de común revisten las victorias.

Un espeso silencio envolvió la cámara. Don Diego López de Estúñiga tragó saliva y se frotó nervioso las manos. Reflexionaba si

compensaba quedarse fuera de las guerras durante doce años por cuidar al rey. Su hija, doña Mencía, era aya de doña María, la hermana mayor del rey Juan. Su apellido tenía un peso importante en la Corte castellana. Un peso que sin duda menguaría si quedaba fuera de las guerras que durante doce años libraría Castilla. Don Fernando advirtió cómo su ánimo se resquebrajaba. Y si lograba someter la voluntad de don Diego, sin duda también lo haría con la de don Juan, pues una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil.

—Ahora bien —prosiguió don Fernando mirando fijamente al justicia mayor—, si en un alarde de generosidad, de sacrificio y de amor desinteresado por Castilla, cedéis el cuidado del rey Juan a su madre, doña Catalina, seréis recompensados con seis mil florines anuales.

—¿Cada uno? —preguntó ávido don Diego. Don Fernando les proponía doblar los ingresos que obtenían de sus rentas.

—Por supuesto.

—¿Y podremos participar en esta campaña? —preguntó don Juan.

—En esta y en las venideras, pues si cedéis la custodia de don Juan no habría obstáculo alguno para hacerlo —don Fernando se incorporó de la silla frailera donde estaba sentado y prosiguió—: Señores, la reina Catalina, la nobleza y la Iglesia de Aviñón os estarían tremendamente agradecidos por vuestra generosidad. No tengáis la menor duda de que vuestro sacrificio será recompensado.

Don Diego López de Estúñiga respiró hondo y dijo:

—Sólo me mueve la prosperidad de Castilla y la defensa de nuestra fe. Si tanto los regentes como el papado de Aviñón consideran que lo más conveniente para el reino es que don Juan permanezca con su madre, por mi parte no encontrarán más que una colaboración absoluta.

Don Fernando asintió agradecido y desvió la vista hacia don Juan de Velasco. Su mirada estaba aún turbia por la indecisión, pero se había quedado solo en su pretensión de cuidar del rey Juan. Y si persistía, la nobleza y el clero castellano le culparían de todos los males que a partir de ese momento se abatiesen sobre Castilla. No le agradó la sucia maniobra de la que se sirvió don Fernando para doblegar su voluntad, pero no tuvo más remedio que claudicar.

—Todo sea por el bien de Castilla —aceptó cínicamente don Juan de Velasco.

—En tal caso, señores, preparad vuestras huestes, pues pronto partiremos a la guerra. —Don Fernando logró reprimir el enorme placer que recorría todo su ser por haber logrado persuadir a aquellos dos ambiciosos nobles. Ya no había impedimento alguno para marchar contra el moro. La guerra contra Granada le colmaría de oro y reputación. Sólo el rey-niño podría rivalizar contra su inmenso poder.

Y don Juan tenía sólo dos años…

7

Segovia, marzo de 1407

Don Juan de Velasco paseaba con doña Leonor López de Córdoba por los jardines del alcázar. Había cedido la custodia de don Juan a doña Catalina de Lancaster. Como buen estratega, sabía que, para avanzar, a veces es necesario dar algunos pasos hacia atrás. Sus ojos miraban al suelo mientras su mente no dejaba de cavilar. El ejército castellano pronto marcharía contra Granada comandado por el infante. Era la campaña más importante de los últimos cincuenta o quizá cien años. Si don Fernando tenía éxito, regresaría lleno de honores y lo que era peor; de prestigio y oro. ¿Quién podría hacerle frente si embriagado por el triunfo se atreviera a proclamarse rey? Don Juan era el legítimo heredero. Unía la Casa de Borgoña de don Pedro I con la de Trastámara de don Enrique II. Su reinado era una promesa de paz. Enterraba años de guerras, de desconfianzas, de traiciones. Doña Catalina había demostrado tener valor y decisión. Durante el reinado de don Enrique III, había asumido un papel secundario en el reino, preocupándose exclusivamente de la crianza de sus hijos y relegando en el rey las decisiones de gobierno. Parecía una mujer fácilmente manipulable. Don Juan de Velasco se había equivocado. Ocuparse del rey-niño le ofrecía la posibilidad de manejarlo a su antojo, de dirigir sus decisiones una vez alcanzase la mayoría de edad. Pero la determinación de doña Catalina y el sorprendente apoyo de don Fernando habían truncado sus planes. Pero don Juan era aún un niño. Posiblemente el tiempo le concedería nuevas oportunidades para encargarse de su custodia y protección. Otras eran las preocupaciones que atormentaban el ánimo del camarero mayor de Castilla.

—Doña Catalina confía en vos, ¿verdad? —preguntó de pronto don Juan, desviando la mirada hacia doña Leonor. Mujer prudente y sensata, había permanecido en silencio advirtiendo que su acompañante estaba sumido en profundas reflexiones.

—Desde que tuve la suerte de entrar a su servicio, mi señor —respondió.

Don Juan asintió. Conocía muy bien el pasado atormentado de doña Leonor López de Córdoba y su más que justificado odio a los Trastámara. Don Enrique III intentó echarla de la Corte en varias ocasiones, pues consideraba que no era buena influencia ni para su esposa, ni para sus hijas las infantas doña María y doña Catalina. Aunque en su presencia se mostraba sumisa y obediente, en sus ojos

ardían las llamas de la venganza. Pero la reina regente siempre la defendió. Consideraba que los Trastámara estaban en deuda con ella por haber ejecutado a su padre y haberla encerrado en la cárcel. ¿Qué peligro podría suponer para don Enrique II una niña de ocho años? Sólo la muerte del rey la liberó de su cautiverio.

—¿Qué opináis de don Fernando? —Don Juan entornó los ojos.

La pregunta sorprendió a doña Leonor, que apretó los labios suspicaz.

—¿A qué os referís, mi señor? —quiso saber desconfiada.

—No me interpretéis mal, mi señora —comenzó a responder don Juan con una sonrisa tranquilizadora—. Ambos estamos en el mismo bando, que no es otro que el de doña Catalina.

—Pues según tengo entendido, porfiasteis con la reina-regente por la custodia de don Juan —apostilló sin amedrentarse doña Leonor. Sufrir la pérdida de seres queridos a muy corta edad y haber permanecido encerrada largos años en las Alcazabas de Sevilla endurecía el carácter.

—Os confundís, mi señora, en ningún momento fue mi intención enfrentarme a doña Catalina. Sólo pretendía que se cumpliera el testamento del rey Enrique —explicó con sosiego don Juan—. Pero si doña Catalina y don Fernando están de acuerdo en quebrantarlo, que así sea. Nada más puede hacer este humilde servidor a la corona que plegarse ante los deseos de los regentes. Aunque considero que es un grave error. Don Fernando de Trastámara —don Juan pronunció el apellido del infante con un tono elevado para que fuera bien escuchado por doña Leonor, despertando en sus recuerdos, adormecidos odios y rencores— es un riesgo para don Juan y para doña Catalina. Por desgracia, creo que la regente aún no es consciente de ello. Espero que al menos las personas que velan por su seguridad y sus intereses tengan la habilidad y el buen criterio para hacérselo entender —sacó de la camisa interior una bolsa y se la ofreció—. Castilla os estaría muy agradecida.

Doña Leonor miró la bolsa y a don Juan de Velasco alternativamente. ¿Pretendía sobornarla para que malmetiera a doña Catalina contra don Fernando? Sonrió. Era lo que hacía prácticamente a diario. Y gratis. Odiaba a los Trastámara. Tomó la bolsa y la ocultó con agilidad entre sus ropajes. Nada había de malo en seguir haciéndolo y cobrar sus buenos dineros por ello.

—No tengo mayor desvelo que cuidar y proteger a doña Catalina de Lancaster, quien me ha aceptado a su servicio a pesar de la opinión en contra de numerosos nobles de la Corte, el difunto rey Enrique entre ellos.

—Por el bien del reino, os ruego que lo sigáis haciendo con tanta pasión y diligencia.

—Y yo espero que el reino me lo siga agradeciendo… —Los ojos de doña Leonor brillaban iluminados por la certeza de que recibiría futuras bolsas llenas de maravedíes como la que guardaba entre los pliegues de su vestido. No consideraba que estuviera traicionando a su señora, sino todo lo contrario; recibiría un pago añadido por velar por sus intereses y resguardarla de sus poderosos e implacables enemigos.

—Sin duda que lo hará —confirmó don Juan de Velasco, satisfecho por haber ganado para su causa a la privada de la reina-regente—. Castilla será extremadamente generosa con quienes ayuden a doña Catalina a entender que ni don Diego López de Estúñiga ni el camarero mayor somos sus contrarios, pues servimos con lealtad al rey Enrique durante su reinado y haremos lo propio con don Juan. Son de los que pretenden perjudicar al rey-niño de quienes la reina-regente debe guardarse, ¿no estáis de acuerdo?

Doña Leonor de Córdoba asintió varias veces. Sabía perfectamente a quiénes se refería don Juan de Velasco o, mejor dicho, a quién.

—Velaré por mi señora y la protegeré de toda adversidad. No tengáis cuidado de ello.

Don Juan de Velasco asintió satisfecho.

—Doña Catalina debe sentirse afortunada de teneros a su servicio.

Los labios de doña Leonor esbozaron una sonrisa al tiempo que se palpaba el vestido y notaba la bolsa que ocultaba en su interior. Estaba segura de que haría buenos negocios con el camarero mayor.

—Y por teneros a vos, mi señor —apostilló con una media sonrisa.

8

Segovia, abril de 1407

Las Cortes se celebraron en abril y, entre otros muchos asuntos, se acordaron las partidas económicas con las que se sufragaría la campaña contra Granada. El papa Benedicto concedió al infante las tercias de fábrica de lo recaudado por las diócesis castellanas durante tres años, así como los bienes de los maestrazgos de las órdenes militares de Alcántara y Santiago. Además, concedió ayuda espiritual e indulgencias a los participantes en la cruzada, perdonándoles todos sus pecados. Las Cortes ratificaron los cuarenta y cinco millones de maravedíes que fueron acordados en tiempos del rey Enrique III. También se negoció el reparto administrativo de Castilla entre los dos regentes; doña Catalina y don Fernando. Después de no pocas discusiones, se acordó que, tomando como referencia la Sierra de Guadarrama, doña Catalina se ocupara del gobierno del norte de Castilla y don Fernando del sur, para poder hacer frente con mayor autonomía a la guerra con Granada. De este reparto doña Catalina fue la gran perjudicada, pues la mayoría de las posesiones de don Fernando se encontraban en el norte de Castilla. Pero la prioridad de la reina era el cuidado y bienestar de su hijo, el rey, cediendo, de manera evidente pero digna, las labores de gobierno en su cuñado el infante.

Puestos en orden los negocios de la Corte, el infante don Fernando se dirigió hacia Granada comandando un colosal ejército de cincuenta mil peones, diez mil lanceros y cuatro mil jinetes. Le acompañaban don Ruy López Dávalos, condestable de Castilla; don Diego López de Estúñiga, justicia mayor; don Juan de Velasco, camarero mayor; don Lorenzo Suárez, maestre de Santiago; el almirante don Juan Enríquez, hijo de Alfonso Enríquez, almirante de Castilla, al mando de treinta galeras y cincuenta naves; y un nutrido número de nobles y clérigos entre los que se encontraban don Sancho de Rojas, obispo de Palencia y don Lope de Mendoza, arzobispo de Santiago.

La mayor preocupación del infante era evitar que el emir Muhammad VII recibiera refuerzos de África y ordenó a don Juan Enríquez que vigilara las costas nazaríes mientras el grueso de sus tropas se dirigía a Setenil.

Las plazas musulmanas eran conquistadas sin resistencia ante la implacable marcha del ejército castellano hasta que llegaron al castillo de Zahara. La torre del homenaje se erigía sobre un impresionante

peñasco de roca. Don Fernando detuvo la marcha para contemplar con detenimiento la inmensa mole erigida sobre aquella roca de aspecto inexpugnable. Hasta ese momento apenas había librado alguna que otra escaramuza con avanzadillas musulmanas, pues las villas, pequeñas y de escaso valor, se rindieron nada más advertir por el horizonte las enseñas castellanas. Pero Zahara era otra cosa. Conquistar la ciudad sería tarea laboriosa no exenta de largas fatigas.

—Se podría decir que la guerra empieza ahora —observó don Sancho de Rojas. El obispo de Palencia tenía algo más de treinta años, complexión fornida, hombros anchos y manos grandes como las de un marinero. Más que clérigo, parecía un aguerrido soldado.

Don Fernando asintió con gesto preocupado. Se jugaba su prestigio y reputación en la campaña contra el moro. Si esta fracasaba, sus enemigos, que no eran pocos, se lanzarían sobre él y lo despedazarían. En la Corte de Castilla no había lugar para la piedad.

—Sitiaremos la ciudad y no cejaremos en el empeño hasta que sea castellana —dijo con rotundidad.

El sol se ocultaba tras el horizonte tiñendo de rojo las tierras musulmanas cuando don Fernando ordenó que se montaran los campamentos y se pusiera sitio a la ciudad. Don Diego López de Estúñiga y don Juan de Velasco se encontraban reunidos alrededor de una hoguera. Los acompañaba don Diego Demano, comandante de las tropas. Don Juan de Velasco comía en silencio un pedazo de queso. Aún barruntaba la conversación que mantuvo con don Fernando. No le perdonaba que se hubiera puesto de parte de doña Catalina en el asunto de la custodia de don Juan y mucho menos que le amenazara con impedirle participar en todas las campañas mientras el rey-niño fuera menor de edad. En las guerras los nobles consiguen riqueza y prestigio, y don Fernando le había amenazado con privarle de lo que por derecho le correspondía. Los seis mil florines no eran suficientes. Don Diego López de Estúñiga le contemplaba con atención. No necesitó preguntarle cuáles eran las inquietudes que le atormentaban, pues se conocían desde hace años.

—Déjalo pasar —le dijo en tono compasivo.

—Jamás —replicó don Juan con desdén sin apartar la vista del fuego mientras masticaba.

Don Diego Demano los miraba sin entender de qué estaban hablando. Era cliente de don Juan de Velasco, a quien debía el cargo que ocupaba en el ejército castellano. Era un hombre reservado de treinta años, buen soldado, valiente, leal y sabía obedecer. Don Juan no necesitaba más.

—Si don Fernando vence a los moros en esta guerra su prestigio y poder serán inmensos, colosales. ¿Quién de nosotros, de los nobles castellanos, podría poner límite a sus ambiciones? ¿Quién podría

evitar que se alzara con la corona? —Don Juan lanzaba estas preguntas a la noche oscura de Zahara sin esperar respuesta. Cortó un pedazo de queso y se lo metió en la boca.

—Fue leal a su hermano don Enrique y nada hace indicar que no lo vaya a ser también a su sobrino don Juan. No creo que las ambiciones de don Fernando sean motivo de nuestros desvelos —replicó don Diego López de Estúñiga. Escrutó a don Juan con una mirada indagadora—: ¿No insinuarás que a Castilla le conviene ser derrotada por Muhammad VII?

Don Juan tragó el pedazo de queso y bebió un poco de vino. No respondió. Permaneció mirando fijamente al fuego de la hoguera. Se negó a compartir sus oscuros pensamientos.

9

Zahara, julio de 1407

El asedio a Zahara fue terrible. Los musulmanes se defendían con ferocidad para defender su ciudad, sus hogares, sus familias. Desde las almenas arrojaban piedras, arena ardiente, agua hirviendo, lanzas, flechas emponzoñadas y todo objeto arrojadizo que llegaba a sus manos. Durante treinta días no cesaron los combates produciéndose una gran mortandad en ambos ejércitos. Los arietes golpeaban las puertas de la ciudad y las máquinas de guerra lanzaban proyectiles sin descanso hasta que finalmente las murallas se agrietaron. Pronto colapsarían. Los musulmanes temían que una vez que los castellanos hubieran cruzado sus muros se entregaran al asesinato, a la violación y al saqueo. Temían por sus mujeres e hijos. Una delegación mora partió hacia el campamento castellano para negociar la rendición. Ambas partes no tardaron en llegar a un acuerdo. Don Fernando permitió a los musulmanes abandonar Zahara y buscar refugio en Ronda. Llevarían consigo sus vestimentas como único y exiguo equipaje. Tres mil musulmanes, entre ellos numerosos ancianos y niños, marcharon hacia Ronda ante la mirada de desprecio, los insultos y los escupitajos de las tropas castellanas, que bien hubieran deseado pasar a cuchillo a todos aquellos infieles. La decisión de don Fernando, aunque sensata, no fue aceptada por parte del ejército ni de la nobleza, que la tildó de débil y permisiva. Esa misma noche la ciudad fue entregada a los soldados como recompensa por las penurias sufridas durante el largo y duro asedio.

Era noche cerrada. En un cielo despejado titilaban las estrellas, testigos mudos de la victoria castellana. Sobre la rama de una encina un autillo contemplaba a las tropas castellanas persuadido de que el alboroto que causaban asustaría a algún apetecible ratoncillo. Don Juan de Velasco paseaba por entre las tropas acompañado de don Diego Demano. Este ya le había compartido las quejas de los soldados al no poder ajusticiar a los moros de Zahara. Además, llevaban meses sin probar mujer y divertirse con las moras había supuesto un justo y bien merecido premio. Los soldados estaban más furiosos por no haber podido violentar a las musulmanas que satisfechos por haber conquistado la ciudad después de treinta días de fatigoso asedio. Don Fernando era débil. Su autoridad como comandante de los ejércitos estaba siendo cuestionada. Castilla podría ganar la guerra, pero de

ningún modo el infante debía salir reforzado de la victoria sobre los nazaríes. Había llegado el momento de actuar.

***

El anciano contemplaba con ojos húmedos y el alma encogida cómo el sol ascendía lentamente por el horizonte bañando de claridad un cielo rosado. Miró a su nuera y a sus dos nietos, de tres y cuatro años. Dormitaban abrazados cubiertos con una manta. Lanzó un suspiro largo, ahogado, lleno de lamentos. En Zahara yacía su hijo, enterrado a toda prisa ante la inminente llegada de los cristianos. Desvió la vista hacia el resto de los refugiados. La mayoría iban descalzos y vestían ropajes sucios y raídos. Eran las únicas pertenencias que los castellanos les habían permitido llevarse en su diáspora hacia Ronda. Al menos habían salvado la vida. Un espeso y triste silencio embalsamaba al campamento musulmán, sólo roto por alguna tos, el llanto de un niño y los lejanos lamentos de una anciana. Los cristianos les habían arrebatado todo y ahora marchaban a Ronda desconociendo qué sería de ellos. Habían pasado la noche a la vera del río Guadalete. Discurría sereno y ligero de caudal en aquella época del año. El anciano contempló el río y recordó que su abuelo le contó una historia sobre un mítico guerrero que al mando de un puñado de soldados venció en aquel mismo lugar al rey cristiano don Rodrigo. Aquel fabuloso guerrero se llamaba Tariq Ibn Ziyab. Esa victoria fue la primera de otras muchas. Los musulmanes dominaron prácticamente toda la península, pero con el paso de los años los cristianos fueron arrebatándoles territorio hasta que quedaron arrinconados en el sur, en el reino nazarí de Granada. Aquellos grandes y gloriosos tiempos habían quedado casi olvidados. El anciano miró a los cielos con sus ojos acuosos velados por las lágrimas y rogó a Alá por la salvación de sus nietos, de su nuera y de todos aquellos que le acompañaban en aquel viaje sin retorno que les alejaba de su ciudad, de sus hogares y de las tierras que les daban sustento. Un destello en una colina le alarmó. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Se frotó los ojos y se incorporó. Aguzó el oído sin apartar la vista de una colina iluminada por los incipientes rayos del amanecer. Vio un nuevo destello y otro más.

—¡Huid! ¡Huid! ¡Nos atacan! —gritaba el anciano, al tiempo que despertaba a su nuera y a sus nietos.

—¿Qué sucede? —preguntó aterrada la mujer.

El anciano musulmán no necesitó responder. Dando feroces gritos, centenares de jinetes castellanos cruzaron el Guadalete, espadas y

lanzas en ristre. El anciano cogió un cayado de avellano y se dirigió hacia ellos dando largas zancadas.

—¡Vuestro señor nos permitió irnos! —gritaba, alzando el cayado a los jinetes que se aproximaban a galope hacia el campamento musulmán—. ¡Fue parte del acuerdo para rendir Zahara!

Sentía cómo el suelo temblaba bajo sus pies. Los jinetes avanzaban a toda velocidad. Sus yelmos, sus escudos, sus espadas brillaban en plata acariciadas por la luz del amanecer.

—Alá, protege a mi familia —musitó.

Los jinetes le pasaron por encima aplastándole con los cascos de sus monturas. En el campamento musulmán las mujeres corrían de un lado a otro con sus hijos en brazos sin encontrar un lugar donde esconderse. No lo había. Los pocos hombres que lograron escapar de Zahara se armaron con palos y piedras. Exiguas armas para enfrentarse a la caballería castellana. Fue una masacre. No sobrevivió nadie. Ancianos, mujeres y niños fueron pasados a cuchillo. El río Guadalete quedó teñido de sangre musulmana. Cientos de cadáveres se agolpaban en las orillas o discurrían lentamente por su cauce como leños inertes a merced de la corriente. Desde su montura, don Diego Demano observaba complacido el terrible espectáculo. Ya no se escuchaban gritos ni lamentos. El campamento musulmán quedó envuelto en un tétrico silencio. Tres mil musulmanes menos de quien preocuparse. Don Diego Demano, comandante de los ejércitos cristianos de don Fernando de Trastámara, escupió al suelo, sobre el cadáver de uno de esos infieles. Quizá su hazaña no había sido gloriosa, pero había librado a la cristiandad de la perniciosa existencia de todos aquellos moros. Dios sabría recompensarle.

10

Zahara, julio de 1407

Don Fernando se encontraba en su tienda. Bebía meditabundo un vaso de vino sentado en un escabel. Era media mañana y el sol golpeaba sin clemencia aquellas tierras que ahora pertenecían al reino de Castilla. Zahara había sido entregada al saqueo, el botín había sido cuantioso, pero los soldados no estaban satisfechos. No aceptaron de buen grado que el infante hubiera permitido a los musulmanes abandonar la ciudad. Por tal motivo, cuando llegaron las noticias de la masacre de Guadalete los soldados rompieron en vítores y gritos de júbilo. Don Diego Demano desobedeció al infante, pero era aclamado como un héroe. Un héroe que había asesinado a sangre fría a gente inocente e indefensa. Gente a quien el infante había asegurado que podrían marcharse en paz. Y ahora estaban muertos. La autoridad de don Fernando había sido cuestionada. En la tienda escuchaba las exclamaciones de alegría y las ovaciones de los soldados. Él había conquistado la inexpugnable ciudad de Zahara, pero a quien aclamaba la tropa era a un comandante indisciplinado y cobarde cuyo mérito consistía en haber asesinado a centenares de mujeres y niños que dormían indefensos a la vera del Guadalete. Esos eran sus logros. Pero el ejército lo vitoreaba. El infante se incorporó del escabel y comenzó a andar inquieto por la tienda. En ese momento entraron don Sancho de Rojas, obispo de Palencia; don Juan de Velasco, don Diego López de Estúñiga y don Lorenzo Suárez, maestre de Santiago. El infante había reclamado su presencia para tratar la masacre cometida por don Diego Demano, a quien, de momento, había dejado en libertad para evitar un más que probable motín entre las tropas.

—¡Debéis castigarlo! —prorrumpió don Sancho de Rojas nada más entrar en la tienda—. Ningún soldado puede actuar sin consentimiento de sus superiores.

—Tranquilizaos, reverendísimo señor —apaciguó don Juan de Velasco.

—¿Acaso pretendéis que la anarquía reine entre las tropas? Un ejército sin liderazgo es un ejército derrotado.

Don Fernando tomó asiento en un escabel y sus acompañantes hicieron lo propio.

—Don Diego encontró oro y joyas entre los moros —intervino el maestre de Santiago. Tenía más de sesenta años, pero aún conservaba el porte recio y la mirada fría y severa de un aguerrido soldado.

—Los nazaríes no cumplieron con su parte del acuerdo, ¿por qué deberíamos hacerlo nosotros? —preguntó don Juan de Velasco.

—Si eso fuera cierto, cosa que dudo, habría sido suficiente con ejecutar a los que escondían el oro, no a todos —replicó desconfiado don Sancho de Rojas—. Por Dios, don Juan, ese asesino ha matado a más de tres mil inocentes.

—Infieles, enemigos de la fe —corrigió el camarero mayor.

—Y es aclamado como un héroe —intervino con calma don Lorenzo Suárez—. Este es un detalle que no deberíamos obviar.

—¿Creéis que debe quedar sin castigo porque el ejército lo ensalce? Debemos ser firmes ante la insubordinación si pretendemos evitar que esta se extienda entre la tropa —sentenció el obispo de Palencia mirando con severidad al maestre de Santiago.

—Toda desobediencia debe ser castigada en su justa medida —afirmó don Lorenzo Suárez—, pero debemos obrar con sensatez. Aún queda mucha guerra por librar. Muchos de esos hombres que están ahí fuera —señaló con el dedo la entrada de la tienda—, que claman voz en grito a don Diego Demano, a su comandante, no regresarán a sus hogares cuando concluya esta campaña. Su criterio debe ser valorado y no me negaréis que están muy contentos y satisfechos por la muerte de esos infieles.

Don Fernando permanecía en silencio escuchando los argumentos de unos y de otros. Su posición era delicada. Estaba convencido de que su decisión de dejar escapar a los musulmanes sin sufrir castigo no había agradado a numerosos nobles y soldados, pues estaban seguros de que Zahara estaba a punto de ser conquistada. Pero el infante no quería malgastar ni tiempo ni recursos y ni mucho menos soldados. La campaña no terminaba en Zahara, sino que continuaba hasta Setenil, su verdadero objetivo. Si Setenil no caía en manos castellanas consideraría que la campaña había sido un fracaso. Y para lograr su propósito necesitaba de numerosas tropas y víveres. Una colosal cantidad de víveres. Esta era su mayor preocupación. Poder abastecer a un ejército tan numeroso durante varios meses después de la terrible sequía que padecía Castilla no era tarea fácil. Pero sus inquietudes no eran entendidas por parte de la nobleza.

—La insubordinación de don Diego Demano debe ser castigada —dijo don Diego López de Estúñiga, distrayendo a don Fernando de sus pensamientos—. Ningún oficial puede actuar por su cuenta. Sí, su castigo debe ser ejemplar para que sirva de escarmiento al resto del ejército. La desobediencia debe ser cortada de raíz o se extenderá por todo el ejército como una mala hierba —y mirando al infante, añadió—: No es posible alcanzar la victoria cuando los soldados dudan de la firmeza y del liderazgo de su comandante.

Sus palabras confundieron a los allí presentes. Don Fernando

arrugó las cejas confuso. Don Diego López de Estúñiga y don Juan de Velasco siempre estaban de acuerdo en todo. Que don Juan de Velasco estuviera a favor de perdonar a don Diego Demano era comprensible, pues era cliente suyo. Y el infante esperaba que el justicia mayor fuera de la misma opinión, pero no fue así. Don Fernando se mesó pensativo la barba mientras negaba con la cabeza. Algo pretendían esos dos, pero ¿el qué? Entonces comprendió. En sus labios asomó una amarga sonrisa. Concluyó que el ataque de don Diego Demano a los musulmanes no había sido por iniciativa propia. Posiblemente fue instigado por don Juan de Velasco y por don Diego López de Estúñiga para minar su liderazgo y perjudicar su autoridad entre las tropas. Era una trampa. Haber liberado a la población civil de Zahara no fue del agrado de las tropas y ahora el camarero mayor y el justicia pretendían sacar provecho de ello. Si ejecutaba a don Diego Demano se granjearía la enemistad del ejército y de parte de la nobleza, que le acusaría de ser tolerante con los moros, pero implacable y cruel con un oficial cristiano. Pero si dejaba sin castigo tan grave acto de insubordinación y rebeldía, le acusarían de débil, asustadizo y cobarde. Don Fernando reconoció que el plan perpetrado por esos dos ladinos nobles no era malo. Don Juan y don Diego le habían acorralado. O eso pensaban ellos. Don Fernando se incorporó del escabel, se sirvió un vaso de vino y después de darle un buen trago, dijo:

—He tomado una decisión —los nobles y el clérigo le miraban con interés—. Don Diego Demano será castigado.

—¡No podéis ejecutarle! —exclamó colérico don Juan de Velasco, levantándose de un salto del escabel, como si hubiera estado sentado sobre un brasero de ascuas incandescentes. Simulaba sentirse indignado cuando en su interior sonreía dichoso. El ejército jamás entregará a su comandante para ser ajusticiado por haber matado a un puñado de infieles. Era el fin del incómodo infante.

—Nadie ha dicho que vaya a ser ejecutado —replicó con calma don Fernando.

Don Juan tomó asiento en silencio. Un gesto de sorpresa y confusión arrugó su entrecejo.

—¿Cuál es el castigo que tenéis pensado infligirle? —preguntó el obispo de Palencia.

Don Fernando dio un nuevo trago. Disfrutaba con esas leves pausas. Enardecían a un don Juan de Velasco impaciente porque dictara sentencia. En cambio, don Diego López de Estúñiga le miraba con atención, pero también con serenidad. En sus ojos no leyó impaciencia ni inquietud, ¿quizá no estaba al corriente de lo que tramaba su amigo? Poco importaba. No se fiaba de ellos. De ninguno. Los tendría bien vigilados.

—Será licenciado con deshonor —comenzó a decir el infante—. Abandonará inmediatamente la campaña y regresará a sus propiedades o adónde le quieran acoger. Devolverá la parte del botín que le corresponde y no volverá a participar en ninguna campaña en los próximos diez años.

—¡Le estáis condenando a morir de hambre! —protestó don Juan de Velasco—. ¡Es un soldado, no entiende de otra forma de vida que la guerra!

—Quizá hubierais preferido una ejecución pública —repuso con acritud don Fernando.

—Es un castigo excesivo —dijo don Juan con el ánimo más templado. Don Fernando le miraba con abierta hostilidad, ¿habría descubierto su plan? Sí, era probable que así fuera. Lo mejor era callar y esperar una mejor ocasión para intentar destruir el prestigio del infante. Seguro que el tiempo se la concedería.

—Es un castigo justo —replicó don Diego López de Estúñiga.

—Estoy de acuerdo —aceptó el maestre de Santiago.

—Las insolencias se pagan —afirmó don Sancho de Rojas—. Valga su castigo como ejemplo para el resto de la tropa.

Don Juan de Velasco se limitó a asentir aceptando su derrota. La decisión de don Fernando le costaría una fortuna. Debía premiar con generosidad la ciega obediencia que había arrastrado a don Diego Demano a la ruina y al deshonor.

—Bien, estamos todos de acuerdo. La sentencia se ejecutará de inmediato —anunció satisfecho don Fernando. No había caído en la trampa en la que el camarero mayor había pretendido atraparle. Era consciente de que su castigo no gustaría a muchos, pero nadie podría recriminarle que no fuera justo, incluso generoso teniendo en cuenta la gravedad de la falta. Algunos creerán que había actuado con demasiada indulgencia y que el comandante merecía ser ejecutado. Posiblemente su decisión no agradaría a nadie por uno u otro motivo, pero concluyó que había logrado salvar una delicada situación que podría haber derivado en una sublevación. Eso sí que sería un grave problema de difícil solución. Él no comandaba aquellas tropas para ganarse la simpatía de la nobleza y del ejército, sino para derrotar a los nazaríes. Su trabajo era solventar los problemas que fueran surgiendo. Confiaba que la insubordinación de don Diego Demano había sido corregida y castigada. Nada le impedía proseguir la campaña contra el moro y conquistar con éxito Setenil. Pero en el campo de batalla no siempre el enemigo se encuentra en el lado acostumbrado, sino que a veces es preciso mirar hacia atrás para descubrirlo.

11

Setenil, agosto de 1407

El ejército castellano marchaba lentamente hacia Setenil. El inclemente sol de agosto abrasaba a los soldados que se asaban a fuego lento embutidos en sus yelmos y cotas de malla. Aunque la decisión de don Fernando de licenciar con deshonor a don Diego Demano no gustó a la tropa, en pocos días esta fue olvidada. Otras eran las preocupaciones de unos soldados que en breve se disponían a batirse contra los musulmanes. Don Diego Demano protestó airadamente negándose a aceptar el castigo. Don Juan de Velasco tuvo que intervenir ofreciéndole una fortuna para que abandonara la campaña y no complicara más la situación. Don Juan de Velasco le prometió recomendarlo a un noble aragonés que estaría dispuesto a contratar sus servicios. A regañadientes y sintiéndose traicionado por el camarero mayor, don Diego Demano aceptó marcharse a Aragón con la bolsa colmada de maravedíes y jurando odio eterno a don Fernando. Don Juan de Velasco soltó una larga exhalación de alivio cuando don Diego Demano abandonó el campamento. No obstante, quien fuera comandante del ejército castellano se había convertido en un peligroso escollo que era conveniente sortear.

El ejército serpenteaba por entre un bosque de alcornoques y encinas. Don Diego López de Estúñiga cabalgaba en silencio con los labios fruncidos y arrugas en la frente. El justicia mayor de Castilla no podía ocultar su irritación. Estaba tremendamente disgustado con don Juan de Velasco, que cabalgaba a su lado.

—No te conté nada porque quería dejarte al margen de todo esto —comenzó a explicar el camarero mayor, leyendo un terrible enfado en el gesto del justicia mayor.

—Somos amigos y don Fernando lo sabe. Cualquier cosa que hagas me afecta —refunfuñó don Diego López de Estúñiga.

Don Juan asintió.

—Tienes razón —reconoció.

—Entiendo que tu propósito era sacrificar a don Diego Demano para que el ejército se amotinara. —Don Juan asintió—. Ordenar el vil asesinato de la población musulmana de Zahara fue un error. Un gravísimo error. He de reconocer que don Fernando actuó con prudencia y sabiduría. Siento no poder decir lo mismo de ti.

—Juramos fidelidad al rey Juan en el lecho de muerte de don Enrique. Debemos evitar que don Fernando triunfe en esta campaña o

correremos el riesgo de que borracho de poder y gloria reclame el trono de Castilla. Lo que he hecho, querido amigo, ha sido por don Juan y por Castilla. Para cumplir nuestro compromiso con don Enrique.

—Las tierras que arrebatemos a los moros no serán propiedad de don Fernando, sino del rey Juan y de Castilla —replicó don Diego—. El propio infante lo ha asegurado en numerosas ocasiones. Se ha emprendido esta campaña para mayor gloria de Dios y de nuestro rey. Es su propósito la destrucción de los enemigos de la fe, los mismos que persisten en amenazar nuestras fronteras. El obispo Sancho de Rojas lo explicó en las Cortes de Segovia cuando dijo que la guerra era la oportunidad concedida por Dios para que todos demostremos nuestra lealtad al rey.

—El obispo de Palencia es partidario de don Fernando —protestó con un mohín de desprecio don Juan—. Esta campaña se ha emprendido no para mayor gloria de Dios y de nuestro rey, como tú dices, sino para ensalzar la figura de don Fernando. Y si tiene éxito, no dudará en reclamar el trono de Castilla. Es nuestra obligación evitarlo.

—¿Aunque nuestro ejército sea derrotado por los infieles? —preguntó alarmado don Diego, dirigiendo una mirada reprobatoria a don Juan.

—A veces es necesario tolerar pequeños sacrificios para lograr un bien superior.

El justicia mayor negó con la cabeza y dijo:

—El infante no disfruta de mis simpatías, pero hasta ahora ha demostrado ser leal a don Juan. En cambio, tú estás dispuesto a sacrificar cientos de soldados por alcanzar tus propósitos.

—Por proteger a nuestro rey y a Castilla —corrigió el camarero mayor—, por cumplir un juramento a un rey moribundo. No lo olvides.

—No te quepa duda de que yo también cumpliré mi juramento. Tendré bien vigilado a don Fernando y me opondré a cualquier iniciativa que perjudique al rey o a Castilla, pero hasta ahora no he encontrado motivo alguno para desconfiar de sus intenciones.

—Si tiene éxito en esta campaña los encontrarás.

—Sé prudente con tus maniobras o nos conducirán al cadalso. —Don Diego López de Estúñiga espoleó su montura y se alejó de don Juan de Velasco, dando la conversación por terminada.

El camarero mayor observó cómo su amigo se perdía entre las tropas. Comprendió que no podría compartir sus planes con él. Al menos, hasta que don Fernando se desprendiera de la máscara de lealtad con la que pretendía ocultar sus ambiciones. Asintió varias veces con los labios apretados. Había sido un imprudente en Zahara. No debió incitar a don Diego Demano para que matara a los moros. La

próxima vez debería ser más sutil y comedido en sus intentos de perjudicar a don Fernando. Aún no había concluido la campaña contra el emir Muhammad VII. Tenía tiempo. Debía aprovecharlo.

12

Setenil, agosto de 1407

La fortaleza de Setenil se erigía en la cima de una elevada y agreste peña rocosa incrustada entre profundos desfiladeros y precipicios horadados por el lento discurrir del río Trejo. Su conquista no sería fácil. El campamento castellano se dispuso en la base del cerro, en un lugar alejado de las flechas y escaramuzas musulmanas. Don Fernando reunió a su consejo y después de valorar todas las opciones, concluyó que la complicada orografía dificultaba el uso de las bombardas y que lo más conveniente era construir una bastida que avanzaría por el estrecho camino que conducía a la entrada principal del castillo. Sería una tarea ardua no exenta de peligros, pues la puerta del castillo estaba protegida por un muro elevado y franqueada por dos torres defensivas. Pero era el único lugar accesible, pues el resto del castillo estaba circundado por murallas construidas sobre un escarpado desfiladero.

Setenil fue inmediatamente asediada por miles de soldados castellanos y don Fernando dio orden de construir una bastida. Durante los días siguientes se produjeron varias escamaruzas entre sitiados y sitiadores, unos para tantear la firmeza del cerco y encontrar fisuras por donde recibir suministros, y otros para estimar los soldados moros que custodiaban la plaza, así como su vigor y entusiasmo a la hora de defenderla.

Don Fernando supervisaba la construcción de la bastida acompañado del obispo de Palencia cuando un mensajero le informó de la victoria del almirante don Juan Enríquez sobre las galeras musulmanas.

—La batalla se libró frente a las costas de Málaga —comenzó a relatar el mensajero casi sin resuello; un soldado sucio de polvo y sudor que no había tomado apenas descanso en los últimos días para llegar cuanto antes a Setenil e informar a don Fernando de la magnífica noticia.

—¡Traed agua! —ordenó el infante, al poco uno de sus sirvientes ofreció un odre de agua al soldado que bebió con avidez.

—Gracias, mi señor —dijo una vez hubo saciado su sed.

—Contadnos cómo se desarrolló la batalla —dijo interesado don Sancho de Rojas.

El soldado se secó los labios con la manga de la camisa y comenzó a relatar:

—Fue cruel, sangrienta, despiadada. Los muertos se podrían contar por centenares. El propio almirante fue herido en la encarnizada lucha.

—¿Don Juan Enríquez se encuentra bien? —preguntó preocupado el infante.

—Sí, mi señor. La Providencia desvió la pérfida flecha de un perro infiel y sólo le rozó el hombro.

—Demos gracias al Señor —dijo el obispo santiguándose.

—Proseguid —ordenó el infante.

—Nos encontramos con la armada nazarí a pocas leguas de las costas de Málaga. Eran doce galeras acompañadas por varias naves de transporte y apoyo. Nada más divisarlas por el horizonte, el almirante dio orden de ir a su encuentro. Nuestras galeras eran más veloces y los moros, temiendo ser atacados por la popa, viraron sus naves y dirigieron sus proas hacia nosotros. La batalla era ya inevitable —el soldado hizo una pausa y bebió un trago de agua. Seguía con la garganta seca después de la larga cabalgata—. Una lluvia de flechas cayó sobre una y otra armada causando una gran mortandad. El almirante ordenó a los remeros que bogaran con mayor intensidad y en pocos minutos una de sus galeras ya se encontraba al alcance de nuestros garfios. Flechas, lanzas y jabalinas cruzaban de un lado a otro de las galeras, pero nuestros soldados eran superiores en destreza y valor y logramos abordarles. Don Juan Enríquez fue el primero en saltar al barco moro. Con su espada se deshacía de todo infiel que se atrevía a interponerse en su camino. La batalla se libró entonces en la cubierta de la galera musulmana. Ellos luchaban por sus vidas, pero nosotros lo hacíamos por un bien superior; la defensa de nuestra fe.

—Dios siempre protege a los suyos —afirmó don Sancho de Rojas.

—Nuestras vidas no importaban —prosiguió el soldado mirando al obispo—, pues sabíamos que de un modo u otro alcanzaríamos la inmortalidad —sus ojos brillaban henchidos de orgullo—. Fue entonces cuando una flecha rozó el hombro del almirante. Por suerte fue apenas un rasguño. La herida encendió aún más su ánimo y profiriendo aterradores gritos se lanzó sobre el enemigo esgrimiendo su ensangrentada espada que con la velocidad del rayo lo mismo rajaba cuellos, que pinchaba corazones, que rasgaba vísceras. Enardecidos por nuestro almirante, arremetimos contra los moros como si fuéramos una jauría de lobos hambrientos. No tardó la cubierta de la galera de llenarse de cadáveres. Algunos moros, comprendiendo que la derrota era inevitable y que su falso dios les había abandonado, se arrojaron al mar siendo fácilmente alcanzados por nuestras flechas. Las aguas se tiñeron de sangre musulmana, de sangre infiel.

—Su dios no les había abandonado, porque simplemente no existe

—corrigió con gesto serio el obispo—. Solo hay un Dios y este es Jesucristo, Nuestro Señor.

—Así es, reverendísimo señor, os ruego que me disculpéis —se lamentó azorado el soldado.

—Continuad con vuestro relato —apremió el infante, impaciente por conocer los detalles de la batalla.

—Sí, mi señor. Tomamos la galera musulmana y el almirante, con un aparatoso vendaje en el hombro, ordenó que veinte marineros se ocuparan de ponerla a salvo de la lucha. Sería la primera de muchas naves capturadas. Regresamos a nuestro barco y nos dispusimos a seguir abordando más galeras enemigas, pero ya no fue necesario. La batalla había concluido, pues mientras nosotros nos ocupábamos de abordar la galera mora, el resto de nuestra flota daba buena cuenta de las naves enemigas. En total capturamos diez galeras moras, otras tres fueron entregadas a las llamas y dos lograron llegar a la costa malagueña, quedando varadas en la playa. El almirante ordenó que las capturásemos, pero no pudimos desencallarlas. La marea era baja y desde la costa los moros nos arrojaban flechas y lanzas. Finalmente las prendimos fuego para que no pudieran ser aprovechadas por el enemigo.

—La armada nazarí ha sido destruida —observó el infante.

—Ahora está en nuestro poder —dijo el soldado—, pues no sólo capturamos diez galeras, sino también varias naves de apoyo que transportaban víveres, armas y caballos. Mi señor, el botín ha sido cuantioso.

Don Fernando asintió y esbozó una gran sonrisa. Muhammad VII carecía de armada. Estaba solo. Ya no podría recibir soldados ni oro de África. Que la campaña contra el moro fuera un éxito sólo dependía de la conquista de Setenil. Y vive Dios que pondría todo su empeño en conseguirlo.

—Habéis hecho un gran trabajo —reconoció el infante—. Ahora marchaos y descansad. Ordenaré que os lleven vino y comida.

—Gracias, mi señor—. El soldado se despidió con una inclinación de cabeza.

—Dios nos ha bendecido con esta gloriosa victoria —dijo el obispo de Palencia mientras contemplaba cómo varios soldados se acercaban al mensajero ávidos de noticias.

—Dios suele bendecir al ejército más numeroso —matizó el infante con una sonrisa—, y nuestra flota era superior a la musulmana en naves y soldados —el obispo reprobó con la mirada lo que consideraba casi una blasfemia. Don Fernando, ufano, continuó—: Pero también, sin lugar a duda, éramos superiores en fervor religioso.

—Sin fe en Dios es imposible lograr el triunfo sobre el infiel —insistió el obispo.

—Tampoco ayuda no tener suficientes soldados, lanzas y espadas —replicó el infante con una sonrisa—. Sólo con fe y con rezos quizá se pueda ganar una batalla, pero difícilmente se podrá ganar una guerra.

—Dios agradece la ayuda de sus fieles para obrar sus milagros —aceptó don Sancho de Rojas.

—Y en eso estamos, reverendísimo señor —dijo el infante señalando a los carpinteros que trabajaban afanosamente en la construcción de la bastida—. Dios se servirá de esa torre para bendecirnos con su favor, con su gloria, y con la victoria.

—Qué así sea, mi señor —dijo el obispo santiguándose.

Don Fernando se cruzó de brazos y miró a los carpinteros y al medio centenar de soldados que ayudaban en la construcción de la bastida. En una semana estaría lista. En una semana Setenil sería conquistada.

13

Setenil, agosto de 1407

Don Diego López de Estúñiga se disponía a entrar en la tienda de don Juan de Velasco cuando tropezó con el maestro carpintero, que justo en ese instante descorría las telas que cubrían la entrada. Unas monedas de oro cayeron al suelo y el maestro las cogió con avidez.

—Disculpad, señor. —El maestro guardó las monedas a buen recaudo en un bolsillo interior de la camisa.

Don Diego contempló cómo se marchaba dando largas zancadas.

—Pasa, mi buen amigo, no te quedes en la puerta.

El justicia mayor escuchó la invitación y entró en la tienda.

—¿Qué negocios te traes con el maestro carpintero? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Un vaso de vino? —preguntó a su vez el camarero mayor—. Queda poco y cualquier momento es bueno para disfrutarlo y más cuando se está en guerra, donde es criterio sensato vivir cada instante como si fuera el último —sirvió dos vasos y le ofreció uno a don Diego—. Mi castillo de Villalpando necesita de serias reparaciones y he contratado al maestro para que se ocupe de llevarlas a cabo cuando concluya la guerra contra el moro.

El castillo de Villalpando fue un regalo que el rey Enrique II de Trastámara concedió a Arnau de Solier, capitán francés de *las compañías*, por sus servicios en la guerra contra don Pedro I de Castilla. Don Juan de Velasco se casó con doña María de Solier, hija del mercenario francés, y el castillo, junto con toda la villa, pasó a formar parte del Señorío de los Velasco.

—El infante está preocupado —afirmó don Diego tomando asiento en una silla frailera.

—¿Qué es lo que perturba el ánimo de nuestro comandante en jefe? —preguntó don Juan con sorna.

—La falta de víveres.

Don Velasco asintió.

—Nuestro ejército es muy numeroso y por tanto costoso de mantener.

—Si don Fernando no lo remedia, pronto empezará a faltar la comida —comenzó a explicar don Diego—. La sequía y las plagas han diezmado las cosechas, no sólo de Castilla, sino también de Granada. Han salido varias partidas de forrajeadores, pero poca cosa han logrado saquear. En Zahara podíamos recibir suministros de Castilla con regularidad, pero nos hemos adentrado demasiado en territorio

nazarí, sólo podemos abastecernos de lo que aquí podamos obtener.

—Don Fernando debió meditar con sabiduría si para este viaje eran necesarias estas alforjas. Ahora estamos pagando las consecuencias de haber armado un ejército tan colosal como innecesario. —Don Juan no desaprovechaba ocasión para criticar las decisiones del infante.

Don Diego asintió. El camarero mayor tenía razón. No es suficiente con armar un gran ejército para vencer al enemigo. Hay que obrar con inteligencia y calcular con tiento sus necesidades de alimento, agua y armas, así como de forraje para los animales. La correcta gestión de la logística es fundamental en toda guerra. Una campaña mal planificada puede acabar en un desastre total sin haber sufrido derrota alguna por el enemigo.

—¿Cómo pretende corregir el infante tan grave error? —preguntó don Juan.

—En un par de días la bastida estará construida. Entonces lanzará el ataque definitivo sobre Setenil.

Don Juan se lamió los labios y sintió el regusto dulzón del vino.

—¿Y si el ataque fracasara? —preguntó.

—Nuestras fuerzas son muy superiores a las del enemigo, podríamos desgastarlos con ataques continuos, pero…

—… pero el asedio podría alargarse durante semanas y no hay comida suficiente —terminó de decir don Juan. Don Diego asintió con los labios apretados. El camarero mayor prosiguió—: Don Fernando tendrá que conseguir víveres en poco tiempo o tendrá que levantar el asedio.

—Confiemos en que la bastida cumpla con su cometido y logremos cruzar las murallas de Setenil —deseó el justicia mayor sin demasiado convencimiento, pues los muros de la ciudad musulmana se advertían inexpugnables desde la distancia.

—Por la victoria —brindó don Juan de Velasco alzando su vaso. Sus labios dibujaron una sonrisa cínica.

—Por la victoria —le siguió don Diego, escrutando con la mirada a su amigo. ¿Realmente deseaba la victoria del infante? Lo dudaba.

***

La bastida avanzaba lentamente por el estrecho y elevado camino que conducía a las puertas del castillo de Setenil gracias al esfuerzo de doce bueyes y de una decena de soldados. Desde el adarve los musulmanes contemplaban el paso de los animales con sus arcos armados. Esas bestias junto con los soldados que empujaban la torre

serían un blanco fácil. No había nada que temer. Esa noche cenarían buey asado.

—¡Avanzad! —gritaba el oficial encargado de conducir la bastida hacia las murallas de Setenil—. ¡Avanzad!

Detrás de la bastida marchaban los soldados castellanos en una larga hilera, esperando que, en cualquier momento, cayera sobre ellos un granizo de flechas musulmanas. Según avanzaba la torre, la pendiente se hacía más empinada y la marcha más fatigosa, dificultando los esfuerzos de bestias y hombres. Desde su montura, armado con yelmo y cota de malla, don Fernando contemplaba la bastida con preocupación. Era primera hora de la mañana y el calor aún era soportable. Los moros lanzaron las primeras flechas y estas se clavaron en el suelo, a pocos pasos de los bueyes. Había llegado el momento de desuncir a los animales. La torre avanzaría con el empuje de los soldados. Carente de la fuerza de los bueyes, el avance de la máquina de guerra fue más lento y penoso. Los soldados se turnaban con agilidad para que la marcha de la torre no decayera. La lluvia de flechas arreció. Los arqueros moros eran diestros en su oficio. Pero protegidos y aprovechando la elevación de la bastida, los arqueros castellanos lanzaron varias descargas de flechas que obligaron a los moros a protegerse tras las almenas.

—¡Al ataque! —ordenó un oficial, cuando las tropas ya se encontraban próximos a Setenil.

Decenas de soldados tomaron largas escalas y corrieron hacia las murallas. Las tropas castellanas eran muy superiores a las musulmanas. Un ataque masivo, apoyado por los arqueros y ballesteros parapetados en la bastida, debería ser suficiente para superar las murallas. Una vez dentro de la ciudad, se desataría un infierno de fuego y muerte.

Los castellanos gritaban terribles aullidos. Varios lograron esquivar las flechas moras y apoyaron las escalas sobre las murallas. Don Fernando observaba el avance de sus hombres con expectación. Haber llegado hasta los muros había sido todo un éxito. El asalto marchaba bien.

—¡Empujad, bastardos hijos de perra! —se desgañitaba el oficial al mando de la bastida—. ¡Vamos ya estamos cerca! ¡Ballesteros, enviad al infierno a esos malditos infieles hijos de mil padres!

Desde las estrechas aspilleras de la bastida, los ballesteros castellanos disparaban sin descanso sobre los musulmanes que defendían las murallas. El sol avanzaba sobre el firmamento y el calor comenzaba a ser asfixiante en el interior de la torre de asalto. Don Fernando contemplaba cómo las flechas salían disparadas de la bastida. En pocos casos acertaban en su objetivo, pero obligaban a los moros a guarecerse tras las almenas, desprotegiendo la defensa de las

murallas. Los soldados castellanos ascendieron con rapidez por las escalas. Un capitán logró alcanzar el adarve. Varios moros fueron a su encuentro. Se defendía con ferocidad protegiéndose con su escudo y dando certeras estocadas. Dos soldados acudieron en su ayuda. Y otros dos más. Si el capitán sobrevivía sería recompensado por su hazaña. La bastida se encontraba a algo más de doce pasos de las almenas moras. Un poco más, sólo un poco más y podrían desplegar la pasarela sobre la muralla. Entonces un desbordado río de soldados se derramaría sobre Setenil. Sería el fin de los musulmanes. De pronto un atronador crujido resonó en el fragor de la batalla deteniendo el ánimo y los corazones de los soldados. La bastida se inclinó ligeramente antes de desmoronarse estrepitosamente sobre el suelo. El mundo se detuvo a los ojos de don Fernando. No podía dar pábulo a lo que estaba contemplando y escuchando. Desoladores gritos de sufrimiento y dolor inundaron el cielo de Setenil, provocando la mofa y las risas de los musulmanes. Brazos, piernas, cabezas asomaban mutiladas y ensangrentadas entre los maderos de la bastida derruida. Decenas de soldados quedaron aplastados, atrapados en un amasijo de hierro y madera.

—¡No! —gritó don Fernando, negando con la cabeza.

Los castellanos quedaron petrificados ante la terrible escena. Los nazaríes aprovecharon su desconcierto para lanzarles una incesante lluvia de flechas, lanzas y jabalinas. Sin el apoyo de la bastida, los castellanos estaban a merced de las armas arrojadizas musulmanas. Desde el adarve, el capitán castellano y un puñado de soldados se batían con los moros con el valor que nace de la desesperación. Una lanza acabó con su vida. El resto de los castellanos fue masacrado o hecho prisionero. Los que se rindieron fueron despeñados al abismo para mayor gozo y disfrute de los moros.

—¡Retirada! —gritó don Fernando. El asalto había sido un fracaso. Ahora el objetivo era salvar el mayor número de vidas posible.

Los castellanos se retiraron protegiéndose con los escudos de las flechas moras. Las puertas de la muralla de Setenil se abrieron y un centenar de jinetes moros atacó sin compasión a los castellanos en su huida. Don Fernando contemplaba sobrecogido cómo sus soldados morían atravesados por las saetas y lanzas musulmanas.

—¡Ballesteros, proteged la retirada! —exclamó uno de los capitanes.

Los ballesteros castellanos alzaron sus armas a los cielos y dispararon a discreción, evitando herir a los compañeros que huían en desorganizada desbandada.

Don Juan de Velasco observaba la escena con los labios apretados. Su gesto no revelaba ninguna emoción ante el fracaso castellano. Don Diego López de Estúñiga desvió la vista hacia el camarero mayor.

Recordó que hacía un par de días se cruzó con el maestro carpintero en su tienda. Se preguntaba si don Juan de Velasco tendría algo que ver con el colapso de la bastida. Posiblemente un error en su construcción había provocado la rotura de un eje y su posterior desmoronamiento. Negó con la cabeza. No quiso saberlo. Concluyó que a veces es más sensato no hacer preguntas.

Los restos de la bastida se amontonaban a pocos pasos de las murallas de Setenil. Desde el adarve los musulmanes se reían a carcajadas, jactándose de que había sido Alá quien había destruido la torre de asalto, al tiempo que preguntaban con arrogancia a los castellanos dónde se encontraba su Dios. Sus carcajadas se confundían con los gritos de auxilio y dolor de los castellanos supervivientes atrapados entre los maderos de la bastida

—Debemos enviar soldados para que auxilien a los heridos y recuperen los muertos —dijo don Fernando, mirando con ojos llenos de ira y frustración los restos de hierro y madera en los que se había transformado su imponente bastida. Testigo mudo y desolador de la derrota castellana.

—Mucho me temo que no sea posible, mi señor —discrepó el obispo de Palencia, no menos consternado que el infante ante la terrible escena que estaba presenciando, al tiempo que señalaba a un soldado que había sido alcanzado por una flecha cuando trataba de auxiliar a un compañero herido—. Los arqueros moros harán blanco fácil en ellos. Los heridos, mi señor, ya están muertos. Rezaré por ellos.

Don Fernando apretó los dientes y cabeceó afirmativamente ante las prudentes palabras de don Sancho de Rojas. Enviar más soldados sólo agravaría el desastre. Desde las murallas los musulmanes disparaban sus flechas rematando a los heridos entre risas y chanzas. Una insoportable sensación de angustia y rabia oprimió su garganta. Desplazó la vista hacia los soldados que, en retirada, pasaban a su lado dirigiéndose al campamento. Estaban sucios de sangre y polvo. Muchos eran llevados a hombros por sus compañeros o sobre las grupas de los caballos. Nadie hablaba. Caminaban en silencio con la mirada fija en el suelo. Sólo se escuchaba el lamento de algún herido. Sus ojos estaban impregnados por el desánimo que siempre acompaña a las derrotas.

—Regresemos al campamento —dijo el infante—. Convocaré al consejo de guerra.

El infante giró su montura y el obispo le siguió. A cierta distancia don Juan de Velasco observaba la retirada de don Fernando. Sus labios reprimieron la sonrisa que luchaba por asomar en sus labios. Ante aquel espectáculo tan desolador, ante la terrible derrota que llenó de cadáveres cristianos las tierras de Setenil, lo mínimo que

podía hacer el camarero mayor era no revelar sus sentimientos.

14

Valladolid, agosto de 1407

A oídos de la reina-regente llegaron ciertas maniobras de don Fernando que despertaron en ella recelo y desconfianza. El infante había hecho uso del Tesoro Real para la campaña contra el moro, a pesar de los ingentes recursos que le habían concedido las Cortes castellanas y la Iglesia, incluido el papado de Aviñón. El Tesoro Real era parte de la herencia del rey-niño Juan II y era protegido con celo por doña Catalina. Don Fernando, como corregente, tenía derecho a hacer uso de él en casos excepcionales e interpretó, por su propio interés, que la guerra era uno de ellos. Pero en ningún momento pidió permiso a doña Catalina de Lancaster o al menos tuvo la cortesía y delicadeza de informarle. ¿Qué otras decisiones habría tomado a sus espaldas? ¿Cuáles eran sus verdaderas intenciones? ¿Podría confiar en él? Haber hecho uso del Tesoro Real para la guerra contra Granada sin su consentimiento no había sido la única audacia del infante, pues antes de partir se había servido de su influencia para que su hijo don Alfonso, formara parte del Consejo Real.

—En el caso de discrepancias entre vos y don Fernando, tendrá que ser el Consejo Real quien decida. De ahí el interés del infante en que don Alfonso sea uno de sus miembros —le recordó a doña Catalina su privada doña Leonor López de Córdoba mientras bordaba a la luz del atardecer en la sala mora del alcázar de Segovia—. Si controla el Consejo, controlará el gobierno de Castilla.

Doña Catalina, sentada sobre unos cojines, bordaba en silencio escuchando a doña Leonor, que hablaba con voz pausada, tranquila, como si sus palabras carecieran de importancia en lugar de estar impregnadas con el más letal de los venenos.

—Ahora lo prioritario es la guerra con Granada —dijo doña Catalina sin alzar la vista del bordado—, cuando el infante regrese me reuniré con él y trataremos con detalle estos asuntos.

Las noticias que le llegaban de la guerra de Granada eran alentadoras. Don Fernando le estaba arrebatando territorio a los moros para mayor gloria y esplendor de Castilla. Pero que hubiera tomado parte del oro del Tesoro Real para financiar la campaña y que además pretendiera que su hijo, de apenas quince años, fuera aceptado en el Consejo Real la confundía e irritaba a partes iguales. No eran pocas las voces que le avisaban de que el infante pretendía tener acceso libre al Tesoro y controlar al Consejo Real. Si lo

conseguía, su autoridad como reina-regenta sería decorativa, simbólica. Ya había transigido en el reparto administrativo de Castilla, cediendo el sur del reino al infante y ocupándose únicamente de regir el norte, donde precisamente don Fernando y doña Leonor de Alburquerque tenían sus principales posesiones. Poca autoridad y poder tenía la reina-regente en ese territorio. Pero lo había aceptado como aceptaría otras muchas insolencias si con ello evitaba la guerra civil y, sobre todo, si servían para asegurarle a su hijo un reinado tranquilo. Este era su máximo anhelo, su máxima preocupación y el propósito que guiaba su existencia.

—Ruego a Dios porque don Fernando triunfe en la guerra contra el moro —comenzó a decir doña Leonor—. Aunque si os sois sincera, mi señora —alzó la vista y miró a doña Catalina con gesto de preocupación—, no sé si será bueno para el pequeño don Juan que el infante regrese victorioso de Granada.

—¿Sugerís que nos conviene que nuestros ejércitos sean derrotados por los infieles? —le preguntó doña Catalina lanzándole una mirada severa—. Vuestras palabras suenan a traición en mis oídos, doña Leonor. Os recomiendo que las midáis.

—Disculpadme, mi señora, lo que pretendo decir es que la gloria de la victoria, los aplausos del pueblo, los incontables festejos, un cuantioso botín, un ejército entregado a su comandante, toda esa fanfarria que acompaña siempre a los vencedores puede embriagar al más sereno de los hombres y arrastrarle a tomar decisiones que de otro modo jamás habrían considerado.

—¿Dudáis de la lealtad del infante? —preguntó doña Catalina mirándola con firmeza.

—Mi opinión no importa, mi señora, yo no soy la madre del rey de Castilla —respondió doña Leonor con una media sonrisa.

Doña Catalina la miró durante unos instantes y luego continuó bordando en silencio. Mascaba con inquietud cada una de las palabras de su privada. La conversación la incomodaba porque las verdades incomodan. Doña Leonor bordaba lanzándola discretas miradas de soslayo. Los labios apretados y la frente arrugada de la reina-regente confirmaban que había conseguido su propósito de sembrar la duda en su ánimo. Ahora sólo era cuestión de regarla convenientemente para evitar que don Fernando, un maldito Trastámara, gobernara en solitario en Castilla o peor aún, que se atreviera a usurpar el trono a su legítimo dueño como ya hicieron en el pasado.

15

Setenil, agosto de 1407

El infante convocó al consejo de guerra en su tienda. El asalto fue un fracaso. Era necesario determinar los siguientes pasos. Centenares de soldados habían muerto o estaban heridos. Peor suerte corrieron los castellanos que tuvieron la desdicha de ser capturados por los moros. Los que no fueron arrojados al abismo, acabaron colgados de los pies de las murallas del castillo de Setenil hasta morir. Sus gritos de dolor, de auxilio, de desesperación, aún resonaban en los oídos de los soldados castellanos. El infante desvió la vista sobre los allí presentes; don Diego López de Estúñiga, don Juan de Velasco, don Lorenzo Suárez y don Sancho de Rojas. Pretendía evaluar sus ánimos, su confianza en la victoria para valorar si merecía la pena persistir en el asalto. Negó con la cabeza. Sus consejeros, al igual que sus soldados, estaban afligidos, cansados, desmoralizados. Contemplaban cabizbajos el suelo evitando mirarle a los ojos. Miradas esquivas, gestos derrotados, ánimos abatidos. Si los comandantes no creían en la victoria difícilmente lo haría el resto de la tropa. Su ejército estaba abocado al fracaso, a estrellarse una y otra vez contra los infranqueables muros de Setenil, cosechando más muertes y desgracias. Fue don Lorenzo Suárez, maestre de Santiago, quien rompió el denso silencio que envolvía al consejo con el manto del infortunio y la humillación.

—Podríamos construir una nueva bastida —propuso sin mucho convencimiento.

Las miradas de los consejeros confluyeron en él. Estaban impacientes porque alguien hablara y les distrajera de sus sombríos pensamientos.

—Es demasiado costoso —repuso el infante.

—Además no hay tiempo —intervino el obispo de Palencia—. Los víveres escasean.

Don Fernando asintió. Las provisiones durarían cuatro o cinco días. Una semana a lo sumo si las racionaban con mesura. Tiempo del todo insuficiente. Sus esperanzas de conquistar Setenil estaban puestas en la bastida y ahora esta no era más que un amasijo de maderos cubiertos de polvo y sangre. Una improvisada tumba donde yacían decenas de soldados.

—¿Cómo ha podido desmoronarse la torre? —preguntó don Fernando, incorporándose del escabel. Buscaba una explicación al

desastre que había llevado a la muerte a decenas de soldados. Sólo una persona podría arrojar algo de luz en aquella infausta y oscura noche. Miró a los consejeros y ordenó—: Traedme al maestro carpintero. Debemos saber exactamente qué ha sucedido para que esta desgracia no vuelva a repetirse.

—Mucho me temo que no será posible —dijo el obispo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó don Fernando.

—Su cuerpo ha aparecido junto al río. Ha sido degollado —respondió don Sancho de Rojas.

Don Diego López de Estúñiga lanzó una mirada indagadora a don Juan de Velasco. El rostro del camarero mayor era impenetrable, frio, distante. No mostraba ninguna emoción por la noticia. Tampoco sorpresa.

—¿Degollado? —preguntó el infante sin entender—. El maestro, como todos los artesanos y obreros que acompañan al ejército, se encontraba en la retaguardia alejado del peligro del campo de batalla.

—Quizá fue a beber agua al río o a refrescarse para aliviarse del insoportable calor y fue sorprendido por una patrulla de moros —sugirió don Juan de Velasco.

Aunque el castillo de Setenil estaba cercado, la orografía y lo escarpado del terreno permitía que pequeños grupos de musulmanes sorteara la vigilancia castellana y saliera de la fortaleza para hostigar a los sitiadores y robarles alimentos y pertrechos. Durante el asedio ya había sucedido en varias ocasiones.

—¡Maldita sea! —prorrumpió don Fernando. Sin un maestro carpintero que dirigiera la construcción, se desvanecía, por remota que fuera, la posibilidad de erigir una nueva torre de asalto y lo que era más grave, sin saber qué había sucedido, por qué la bastida se había desplomado con tanta facilidad.

—Este fracaso sólo tiene un culpable; el maestro carpintero —afirmó con rotundidad don Juan de Velasco. Realmente el camarero mayor consideraba que era don Fernando quien debía asumir su responsabilidad en el desastre, pero era conveniente distraer la atención para no generar sospechas—. Su incompetencia ha provocado que la bastida se desmorone sobre nuestros soldados, privándonos de una victoria segura. Sí, él es el único responsable.

—Encontrar culpables no soluciona los problemas, pero alivia las conciencias —dijo don Sancho de Rojas mirando al camarero mayor con frialdad.

—Mi conciencia está muy tranquila, reverendísimo señor —repuso don Juan con sosiego, sin apartar la mirada del obispo.

—Os recuerdo que sólo Dios está en disposición de juzgar las conciencias —objetó a su vez el obispo.

—De nada sirve lamentarse de los fracasos —intervino don

Fernando—, sólo nos queda aprender de ellos. Ahora lo esencial es decidir qué vamos a hacer; si continuamos con el asedio o por el contrario abandonamos la campaña contra los nazaríes y regresamos a Sevilla.

—El maestro carpintero está muerto, los alimentos escasean y no podemos abastecernos. —Diego López de Estúñiga comenzó a explicar con despiadada precisión la situación en la que se encontraba el ejército castellano—. Los moros están bien pertrechados tras las murallas de Setenil y su moral es alta. Se consideran victoriosos y bendecidos por su falso dios. En cambio, nuestros soldados están exhaustos y abatidos tras el fallido intento de asalto. Y pronto, muy pronto, el hambre se cernirá sobre nosotros —miró a don Fernando y concluyó su exposición—: Mi señor, quizá lo más sensato sea retirarnos y evitar males mayores. Ya regresaremos a Granada cuando las condiciones sean más propicias. Como bien decís, aprendamos de nuestros errores. La experiencia de esta campaña nos será tremendamente útil para las próximas que emprendamos.

Don Juan de Velasco estaba completamente de acuerdo, pero se cuidó mucho de expresar su opinión. Su rivalidad con don Fernando era conocida. La derrota del infante en Setenil suponía para él una gran victoria. Don Fernando regresaría a Sevilla demostrando una manifiesta incapacidad para comandar ejércitos, para defender a Castilla de los enemigos del cristianismo y de cualquier otro que osara cruzar sus fronteras. Y un regente que no es capaz de defender a su reino no merece gobernarlo. Si por la mente de don Fernando había asomado la insensata ocurrencia de reclamar el trono de Castilla, esta se había estrellado contra los muros de Setenil. Don Juan de Velasco calló. Mantener su silencio era más conveniente que pronunciar el más persuasivo de los discursos.

—Mi señor, el malogrado asalto a los muros de Setenil no estaba en nuestros planes, pero juzgar esta campaña como desastre me parece injusto y precipitado —comenzó a decir el obispo de Palencia—. Hemos destruido a la armada nazarí y tomado las plazas de Pego, Pruna y Zahara. Hacía decenios que un ejército castellano no se aventuraba a penetrar con tanta contundencia en territorio musulmán.

—Éxitos del todo insuficientes —replicó don Fernando. El infante tomó asiento e inspiró profundamente, negando con la cabeza. El propósito de la campaña era conquistar Setenil. El resto de las plazas arrebatadas a los moros o la batalla naval de Málaga habían sido importantes logros, pero carecían de la suficiente relevancia como para que pudiera regresar triunfante y lleno de gloria a Sevilla. Si Setenil hubiera caído, doña Catalina de Lancaster no tendría otra opción que cederle las responsabilidades de gobierno y dedicarse exclusivamente al cuidado de su hijo, el rey-niño Juan. El infante

tendría a su disposición todo el reino y el Tesoro Real. No sería el rey de Castilla, pero obraría como tal. Lo importante no son los títulos, sino ejercer el poder. Y más si este es absoluto. Pero si regresaba a Castilla sin haber tomado Setenil, sus enemigos se lanzarían sobre él y lo despedazarían al igual que los buitres devoran los restos de un venado muerto abandonado en el monte. Pero sin la bastida, la toma de la ciudad nazarí era casi imposible. Y no por falta de soldados o bosques con los que construir otras torres de asalto, sino por el hambre. Había calculado mal las necesidades de la guerra. Su ejército era demasiado numeroso. Suponía muchas pagas que satisfacer y lo que era aún más urgente, muchas bocas que alimentar. Tomó buena cuenta de ello para siguientes ocasiones.

—Mi señor, debemos obrar con prudencia —prosiguió el obispo de Palencia—, nosotros asediamos Setenil, pero el hambre nos asedia a nosotros. El hambre será implacable con nuestros ejércitos y nos vencerá antes de que podamos cruzar las murallas de la ciudad.

—Todos sabemos que escasea la comida y que no hay modo de conseguirla —intervino el maestre de Santiago—. No podemos obsesionarnos con llevar a cabo lo que no está al alcance de nuestras manos. Mi señor, debemos regresar a Sevilla.

Don Fernando desplazó la vista hacia sus consejeros. Estos asentían cabizbajos reconociendo la despiadada realidad.

—Os ruego que no advirtáis el regreso a Sevilla como una derrota —dijo don Sancho de Rojas—. No habrá vergüenza ni deshonor en vuestra decisión. Os recuerdo que hacía muchos años que ningún rey castellano había osado invadir Granada. Y si no hubiera sido por la incapacidad del maestro carpintero a la hora de construir la bastida, habríamos tomado Setenil. Hemos estado cerca, muy cerca de disfrutar de una aplastante victoria. No es por vuestra culpa que ahora estemos aquí lamentándonos de nuestras desdichas en lugar de disfrutar de los alimentos que se encuentran detrás de esas murallas —el obispo de Palencia señaló con el dedo en dirección a Setenil—. Volvamos a Castilla. No perdamos un minuto para preparar la próxima campaña. Esta, mi señor, es mi recomendación.

—Estoy de acuerdo —dijo con celeridad don Juan de Velasco, después de advertir que el resto de los consejeros eran de la misma opinión.

Pero don Fernando dudaba. Volver a Sevilla sin haber tomado Setenil era una humillación, un verdadero desastre. Pero continuar con el asedio sólo podría empeorar la situación. Don Sancho de Rojas advirtió la desazón que devoraba el pecho del infante y dijo:

—Mi señor, lo importante no es lo que vos penséis sobre cómo se ha desarrollado la campaña y los magros éxitos cosechados en ella, sino lo que piense el pueblo. Y al pueblo, mi señor, le llegará que

hemos vencido a los moros por tierra y por mar, y que las fronteras castellanas son ahora más seguras gracias a vos. Esto, mi señor, es lo que ha sucedido. Os puedo asegurar que el pueblo os recibirá en Sevilla con gran alegría y profusión de festejos. Me ocuparé personalmente de que así sea.

Don Juan de Velasco entornaba preocupado los ojos según escuchaba las palabras del obispo. Bien que podía don Sancho de Rojas alentar al ejército de sacerdotes que celebraban misas y sacramentos por toda Castilla para que desde los púlpitos de las iglesias proclamaran y se congratularan con vehemencia del falso triunfo de don Fernando sobre los enemigos de Cristo. El pueblo, siempre ignorante y desinformado, es proclive a creer las buenas noticias, aunque estas sean burdas y colosales patrañas.

—Bien, creo que estamos todos de acuerdo. Volveremos a Sevilla —decidió al fin don Fernando. Se hallaba más sosegado después de escuchar la hábil propuesta del obispo. Quizá no había logrado el éxito esperado, pero si la información se manejaba con tiento y sabiduría, al menos no regresaría a Sevilla con el honor mancillado por la vergüenza de la derrota—. Pero antes ordenaré que los campos y los bosques de Setenil sean devastados. Si el hambre nos ha vencido, pues que sea el hambre el que nos vengue. Preparad a los ejércitos. Partiremos en tres días.

—Tiempo más que suficiente para devastar la región y enviar mensajeros a Sevilla para informar de nuestro triunfal regreso —dijo el obispo.

Don Fernando asintió, pues tal era su propósito al demorar la marcha de las tropas.

Tres días después del fallido intento de conquistar Setenil, el ejército castellano regresaba a Sevilla. Durante ese tiempo don Fernando conversó largamente con don Sancho de Rojas. El obispo logró apaciguar sus inquietudes y temores. Quizá sus objetivos habían sido demasiado ambiciosos. Tal y como le remarcó el obispo en varias ocasiones, hacía casi cincuenta años que ningún ejército castellano había cruzado las fronteras granadinas con intención de arrebatarle territorios. Y él lo había conseguido. Ahora, Pego, Pruna y Zahara pertenecían a la Corona de Castilla, al rey Juan II. Nadie podría dudar de su fidelidad. Además, la flota nazarí había sufrido una terrible derrota frente a las costas malagueñas. Cuando los hechos se miran con la perspectiva que concede el tiempo y la mesura, adquieren una relevancia más precisa y atractiva. El talante huraño y el gesto tosco y airado de don Juan de Velasco eran señales incontestables de que la campaña no había sido tan funesta como él había concluido. El infante sonrió desde su montura al recordar el rostro malhumorado del camarero mayor. De esa campaña había aprendido muchas cosas,

entre ellas, a tenerle bien vigilado. Aún con la sonrisa en los labios, detuvo a su caballo y miró a sus espaldas. Contempló cómo las tropas castellanas serpenteaban en un camino de terrenos devastados. Los árboles frutales habían sido arrancados de las raíces o cortados con el filo del hacha. Se prendió fuego a los bosques y se contaminó el río con excrementos y animales muertos. Una cortina de humo negro se elevaba sobre el cielo azul de Setenil anunciando tiempos de hambre y carestía para los nazaríes. Las carcajadas de los soldados moros todavía resonaban en sus oídos cuando la bastida se derrumbó arrastrando en su caída a decenas de soldados y cayendo sobre otros tantos. No se reirán con tanto gusto cuando vieran impotentes morir de hambre a sus mujeres e hijos. El infante esbozó una cruel sonrisa. Este pensamiento le consolaba. Espoleó su montura y prosiguió el camino convencido de que algún día regresaría a Granada al mando de otro ejército. Y en esa ocasión volvería a Sevilla con un cuantioso botín y con la gloria de una formidable e indiscutible victoria. Tenía una deuda pendiente con los nazaríes y estaba dispuesto a saldarla.

16

Segovia, septiembre de 1407

Doña Catalina de Lancaster y doña Leonor López de Córdoba paseaban por los pasillos del alcázar de Segovia. Su intención había sido caminar por los jardines exteriores, pero el día amaneció con el cielo cubierto de densas nubes grises y soplaba el viento frío del norte. No era un día apacible para dar paseos. En el interior del alcázar las chimeneas estaban bien alimentadas y la temperatura era mucho más agradable. Hacía pocos días llegaron a Segovia confusas noticias de Sevilla informando del fin de la campaña contra el moro y del triunfal regreso de don Fernando.

—Parece que vuestros más profundos temores se han hecho realidad; el infante ha vuelto de la guerra contra el moro colmado de victorias y prestigio —dijo doña Catalina de Lancaster, calculando la reacción de su privada.

—Los éxitos de don Fernando son los éxitos de vuestro hijo el rey, mi señora —concedió doña Leonor con un leve asentimiento. Doña Catalina la miró con ojos arqueados. No esperaba una afirmación tan complaciente, pero sus sospechas no tardaron en confirmarse—. Pero según tengo entendido los triunfos del infante en la guerra contra los nazaríes son un tanto… digamos, discutibles.

Doña Catalina detuvo el paso y preguntó:

—¿Qué queréis decir?

La privada carraspeó y respondió:

—Si bien la armada ha derrotado a la flota mora en Málaga y los ejércitos del infante han tomado algunas insignificantes villas, lo cierto es que ha fracasado en la conquista de Setenil, que según tengo entendido era su principal objetivo.

—Es cierto que tuvieron que abandonar el asedio de Setenil, pero don Fernando ha derrotado a los moros y conquistado nuevos territorios para Castilla —replicó doña Catalina—. En Sevilla fue aclamado por una muchedumbre que arrojaba flores a su paso. Se celebraron lidias de toros y toda clase de festejos en su honor. No hay homilía en la que no se ensalce al infante y se le agradezca su triunfo sobre los enemigos de Dios.

—El obispo de Palencia estará detrás de toda esa campaña, pues es ferviente partidario del infante. —Doña Catalina sonrió—. Pero en mi humilde opinión, don Fernando ha movilizado un colosal ejército que ha costado una verdadera fortuna, incluyendo parte del Tesoro Real,

para tomar un par de villas y hundir media docena de barcazas moras. Considerar un éxito la guerra contra el moro me parece un exceso que no pretende más que engrandecer la figura del infante y sólo Dios sabe para qué oscuros propósitos.

Doña Catalina reanudó el paseo.

—Os veo muy bien informada en asuntos de guerras… —observó la reina regente, fingiendo no haber escuchado la última frase.

—Me limito a repetir lo que se oye en la Corte, mi señora —dijo doña Leonor, omitiendo que había recibido una carta de don Juan de Velasco explicando con detalle cómo se había desarrollado la campaña, al tiempo que la exhortaba a ningunear los logros del infante en sus conversaciones con la reina-regente.

—En tal caso, os alegrará saber que los resultados de la guerra contra Granada no son tan impresionantes como para nublar el juicio del infante, avocándole a reclamar lo que de ningún modo le pertenece.

—Para mí no hay mayor satisfacción que serviros, mi señora —apostilló doña Leonor—, pero considero que un triunfo mesurado del infante es lo más conveniente que ha podido suceder, pensando en vuestros intereses y, por supuesto, en los del rey Juan.

Doña Catalina esbozó una media sonrisa. Quizá su privada tuviera razón. El infante había derrotado a los moros, pero no había tomado Setenil. Ese fracaso debía prevenirle de embarcarse en audaces y peligrosas aventuras.

—Hay otro asunto mucho más delicado que los supuestos logros del infante del que quizá deberíais preocuparos… —dijo de pronto doña Leonor.

Doña Catalina detuvo el paso, miró fijamente a su privada y preguntó:

—¿Qué asunto es ese?

—Es una cuestión que trae en vilo a los obispos de Sigüenza, Cuenca y Mondoñedo, y que de ser cierta puede suponer un desafío para el reinado de vuestro hijo.

—¿A qué os referís? —preguntó preocupada doña Catalina, aunque ya imaginaba la respuesta.

—Don Fernando cuestiona la legitimidad del difunto papa Clemente VII, el predecesor de Benedicto XIII.

Doña Catalina cabeceó afirmativamente con los ojos cerrados. Los obispos ya le habían manifestado sus inquietudes, pero ella no quiso concederle mayor importancia, pues no se trataban más que conjeturas sin fundamento, habladurías lanzadas en la Corte con la intención de erosionar la relación entre ambos regentes.

—El papa Clemente VII fue quien os concedió la dispensa para que os pudieseis casar con vuestro primo el rey Enrique —comenzó a

explicar doña Leonor—, si don Fernando no le considerase el legítimo papa y reconociera a Gregorio XII en su lugar, vuestro matrimonio sería ilegítimo y vuestro hijo, el rey Juan, un bastardo sin derecho al trono. Vuestro hijo, mi señora, sería despojado de la corona y esta sería entregada a don Fernando.

—El rey Enrique II de Trastámara y los clérigos castellanos reconocieron a Clemente VII como legítimo papa en 1381. No tienen ningún sentido las inquietudes de los obispos de Sigüenza, Mondoñedo y Cuenca. Declararse partidario de uno u otro papa no depende de don Fernando, sino del reino y de sus clérigos.

—Pero don Fernando es regente y tiene muchos partidarios entre los obispos castellanos. Don Sancho de Rojas es un buen ejemplo de ello. El infante podría convocar un sínodo y replantear las lealtades del reino.

Un escalofrío recorrió el espinazo de doña Catalina. Las conjeturas de su privada eran improbables, pero no imposibles. El papa Benedicto XIII había apoyado la campaña contra el moro de don Fernando y su sobrino, don Pedro de Luna, en unos meses sería nombrado arzobispo de Toledo. No tenía sentido que don Fernando renegara del papa que tanto le había favorecido. Salvo que hubiera una corona de por medio…

—Mi señora, lo cierto es que desconozco con detalle qué es lo que sucede en la Iglesia para encontrase tan dividida y a qué se debe que en estos momentos haya dos papas rigiendo el destino del cristianismo, uno en Roma y otro en Aviñón —dijo doña Leonor.

Doña Catalina reanudó el paso y doña Leonor la siguió. Explicar porque la Iglesia católica se encontraba dividida y enfrentada quizá le ayudaría a organizar sus ideas.

—En marzo 1378 murió el papa Gregorio XI y en abril se reunió en Roma el cónclave para elegir un sucesor —comenzó a explicar doña Catalina—. Los romanos no querían que el nuevo papa se instalase en Aviñón y exigieron a los cardenales, incluso haciendo uso de las amenazas, que el elegido debería ser romano o al menos italiano.

—¿Los romanos amenazaron a los cardenales? —preguntó escandalizada doña Leonor.

—Los romanos impidieron a los cardenales abandonar Roma. Alguno de ellos fue agredido. Las autoridades romanas estaban sobrepasadas. Hablaron con los cardenales y les confesaron que no podían contener a la población ni garantizar su seguridad en el caso de que eligieran a un papa no romano o italiano.

—¿Y qué pasó? —preguntó intrigada.

—El 7 de abril se reunieron en la basílica de San Pedro dieciséis cardenales, de los cuales once eran franceses, cuatro italianos y uno aragonés, don Pedro de Luna. A instancias de don Pedro de Luna se

eligió a Bartolomé Prignano. Era romano y arzobispo de Bari, pero proclive a los intereses franceses. Prignano fue nombrado papa con el nombre de Urbano VI.

—Entonces los romanos quedaron satisfechos con la elección ¿verdad?

—Hubo cierta confusión, pues el pueblo creyó que el elegido había sido el francés Jean de Bar, en lugar del arzobispo de Bari. Se desataron tumultos y revueltas. Algunos cardenales huyeron de Roma temiendo por sus vidas, pero pocos días después la situación se normalizó.

—Urbano VI no fue elegido libremente, sino que fue designado pensando en la reacción de la muchedumbre si se elegía un papa no romano o italiano —observó acertadamente doña Leonor.

—Así es, de hecho, en agosto se reunieron en Anagani, una villa próxima a Roma, varios cardenales para analizar la elección de Urbano VI y concluyeron que debía considerarse inválida, pues esta se realizó ante una evidente falta de libertad. En circunstancias normales Urbano VI jamás hubiera sido el elegido. Se propuso convocar un nuevo concilio, pero Urbano VI se negó, pues se consideraba el legítimo papa. Ante su persistente negativa, los cardenales se trasladaron a Fondi, en Nápoles, y eligieron papa a Roberto de Ginebra, un francés que tomó el nombre de Clemente VII.

—Entiendo, los franceses temían perder su tradicional influencia sobre el papa si este se trasladaba a Roma —dijo doña Leonor.

Doña Catalina asintió ante la precisa observación y prosiguió:

—De hecho, Clemente VII se trasladó a Aviñón un año después de su elección.

—Entonces la cristiandad estuvo regida por dos papas, uno en Roma y otro en Aviñón.

—La elección de Clemente VII desencadenó el cisma que perdura hasta el día de hoy en la Iglesia católica.

—Según tengo entendido, este cisma también dividió a los reinos europeos.

—Cierto. Ambos papas enviaron legados por toda Europa para ganarse adeptos a sus respectivas causas. Francia, Castilla, Aragón, Nápoles y Escocia se alinearon con Clemente VII, mientras que Génova, Inglaterra, el imperio germánico, los reinos escandinavos, Hungría y Polonia, obedecieron a Urbano VI.

—¿Y Portugal?

—Al principio el rey Fernando apoyó a Clemente VII, luego reconoció a Urbano VI, posteriormente volvió con Clemente VII. Ahora, su sucesor, Juan I, obedece al actual papa de Roma, Gregorio XII.

Doña Leonor sonrió ante el voluble criterio de don Fernando I de

Portugal.

—En 1389 murió Gregorio VI y le sucedió Bonifacio IX, que falleció, creo recordar, en 1404 —prosiguió la reina-regente—. A Bonifacio IX le sucedió Inocencio VII y a la muerte de este, fue elegido papa de Roma Gregorio XII.

—Y a Clemente VII le siguió Benedicto XIII, el papa de Aviñón —intervino doña Leonor.

—Son los papas actuales: Gregorio XII en Roma y Benedicto XIII en Aviñón.

—¿Y cuál es el verdadero? —preguntó doña Leonor.

—Probablemente los dos, o quizá ninguno de ellos, pues ambos se han excomulgado mutuamente. Esto es algo que tendrán que discernir los propios clérigos. Aunque en mi opinión lo más sensato es que ambos renuncien a sus cargos y se elija un nuevo papa. Mientras tanto, el daño que se está haciendo a la religión es irreparable.

—Estos enfrentamientos suponen también un riesgo para la estabilidad de los reinos. Si Castilla cuestionara la legitimidad de Clemente VII y, por tanto, la de Benedicto XIII el reinado de vuestro hijo se hallaría amenazado.

Doña Catalina soltó un largo suspiro.

—Como tú muy bien has expuesto, si Castilla hiciera como don Fernando de Portugal y se decantara por el papado de Roma, mi matrimonio con Enrique sería declarado nulo y nuestra descendencia bastarda y sin derecho a reinar.

—Don Fernando sería el legítimo heredero a la corona de Castilla.

—De este asunto, como de otros muchos, hablaré en su momento con el infante.

Doña Leonor le tomó las manos a la reina-regente y con sincera preocupación en los ojos, le dijo:

—Mi señora, no confiéis en él. Recordad que es un Trastámara. Recordad que su abuelo mató al vuestro para robarle el trono forjando la dinastía bastarda que ahora nos gobierna. Os lo ruego, no olvidéis que obligó a vuestra madre a huir de Castilla para salvar la vida y refugiarse en Inglaterra. No confiéis en él —insistió con los ojos anegados por las lágrimas.

Doña Catalina la miró con ternura. Se preguntaba cuánto habría sufrido esa mujer para tener el corazón tan lleno de odio y rencor. No la culpaba. Don Enrique de Trastámara mató a su padre y la encerró en un calabozo robándole la infancia, arrebatándole gran parte de su vida, de sus esperanzas, de sus ilusiones. No, no podía juzgarla, pero el odio y el rencor no son buenos consejeros y en su privada tales sentimientos rezumaban por cada poro de su piel.

—Estad tranquila, ya sabéis que mi prioridad es mi hijo. Lucharé con uñas y dientes contra quienes se atrevan a desafiar su reinado.

Sean quienes sean.

17

Guadalajara, febrero de 1408

Había sido una agotadora jornada de caza. De regreso a Guadalajara, don Fernando, acompañado de don Ruy López Dávalos, don Fadrique y don Diego Pérez Sarmiento, se detuvo en una posada en busca de descanso y refrigerio. Los nobles entraron en la posada y tomaron asiento en una esquina. Dos hombres que jugaban a los dados, otro que dormitaba con la cabeza en la mesa y la mano aferrada a una jarra de vino como si de ello dependiera su vida y un clérigo que comía sopa en la parte más sombría de la estancia completaba la clientela. Los parroquianos miraron a los recién llegados y al advertir por sus ropajes y ademanes que se trataba de clientes de calidad continuaron con sus quehaceres. Salvo el campesino que seguía dormido indiferente a todo lo que acontecía a su alrededor, emitiendo estentóreos ronquidos. El mesonero abandonó raudo la barra y se aproximó a los nobles.

—¿En qué puedo serviros, mis señores? —preguntó con una exagerada inclinación de cabeza.

—Trae vino. El mejor que tengas, ¿me has entendido, tabernero? —ordenó don Fadrique, conde de Trastámara. El posadero asintió varias veces—. Y trae también carne asada.

—¿Cordero, mi señor?

—Mientras no sea ni gato ni perro nos puedes traer lo que te plazca —el conde de Trastámara rompió en carcajadas, riendo su propia gracia. Era un hombre de mediana estatura y algo entrado en carnes, con una nariz prominente, barba recortada y puntiaguda, y ojos pequeños, negros y vivaces. En 1405 se casó con doña Aldonza de Mendoza, nieta del rey Enrique II, boda que fortaleció su posición en la Corte castellana.

El mesonero desapareció tan pronto como había aparecido y regresó poco después con una jarra de vino y cuatro cubiletes. Sirvió el vino y volvió a desaparecer. Hombre precavido, la experiencia le había demostrado que los nobles sólo se entienden con nobles, y los villanos debían alejarse de su presencia si pretenden evitar insultos, humillaciones y palos. Y más cuando había vino de por medio.

—Brindemos por la guerra —dijo don Diego Pérez Sarmiento, alzando su cubilete.

—¡Por la guerra! —exclamaron al unísono sus compañeros de mesa.

Vaciaron de un trago el cubilete y el mesonero, atento a todo lo que acontecía en su negocio, acudió presto con dos jarras más.

—Regresaremos victoriosos de la guerra contra el moro —dijo don Ruy López Dávalos, condestable de Castilla, mirando fijamente a don Fernando.

—Y con un cuantioso botín —intervino don Fadrique alzando el cubilete.

—¿Para qué deseáis más riquezas? —preguntó con una media sonrisa, don Diego Pérez Sarmiento—. Sois conde de Trastámara, Lemos y Sarria. Tomasteis como esposa a la nieta de un rey. Ya sois escandalosamente rico.

—A vos tampoco os va mal. Os habéis casado con doña Mencía, la hija de don Diego López Estúñiga, justicia mayor de Castilla —replicó don Fadrique.

—Es cierto. Ninguno de los dos podemos quejarnos de nuestros esponsales —brindó con el conde. Don Diego rondaba los cuarenta años, tenía el rostro rasurado, labios finos, cejas profusas y mirada astuta. Era señor de Añastro, Varea y Fresno, y fiel partidario de don Fernando.

—Don Fadrique tiene razón —dijo don Ruy desplazando la vista hacia sus compañeros de tertulia—. Es conveniente regresar de Granada con un cuantioso botín, por lo que pudiera acontecer.

—¿Qué insinuáis? —preguntó don Fernando, aunque temía la respuesta.

Don Ruy bebió un trago de vino y paseó la mirada por aquel antro impregnado con el olor a vino rancio, sudor y comida, cuyas paredes estaban barnizadas de mugre, el techo decorado con telarañas y el suelo pegajoso. Cuando se aseguró que los parroquianos que allí se encontraban estaban a lo suyo, respondió mirando a don Fadrique y a don Diego:

—Amigos, tenéis que ayudarme a persuadir a don Fernando para que reclame el trono. —Don Ruy apuró su cubilete y lo llenó de vino.

—Dejadlo estar, condestable —refunfuñó el infante. Era un tema del que habían hablado en infinidad de ocasiones y su decisión a ese respecto siempre había sido precisa y tajante. Le incomodaba que insistiera sobre él y más delante de terceros.

Don Ruy se incorporó ligeramente en la mesa, como si se dispusiera a desvelar un trascendental secreto. Don Fadrique y don Diego se aproximaron.

—Debemos convencedle para que se proclame rey de Castilla.

Don Diego y don Fadrique se reclinaron en la silla soltando un largo soplido mientras hacían aspavientos con las manos.

—¡Basta, don Ruy! —exclamó furioso don Fernando en un tono más alto del que hubiera deseado—. Ya cerramos ese asunto hace

tiempo. Os prohíbo que volváis a abrirlo.

El clérigo que comía sopa en una esquina del mesón detuvo una cucharada a medio camino al escuchar el reproche del infante. Desplazó la vista hacia los nobles y aguzó el oído. El tema del que hablaban parecía interesante.

—Ciertamente es un plan osado, pero no está exento de toda lógica —intervino don Diego Pérez Sarmiento con los ojos entornados, como si su mente analizara sus probabilidades de éxito—. El rey tiene ¿dos, tres años?

—Casi tres —respondió don Fadrique.

—Bueno, da igual, el hecho es que es un niño. Hasta dentro de once años nos será mayor de edad y ya podrá reinar. Once años, amigos míos, es mucho tiempo para un reino sin rey.

—Os equivocáis —le espetó el infante—. Castilla no está desatendida de gobierno, pues el rey Enrique tuvo a bien nombrarnos a doña Catalina y a mí regentes. Me ofendéis.

—Disculpadme, mi señor, me he explicado mal. Lo que pretendo decir es que todo reino necesita un rey adulto, maduro y con responsabilidad de gobierno. O al menos de un regente absoluto. Castilla está dividida entre los partidarios de doña Catalina y los de vos, donde naturalmente nos encontramos los que compartimos esta mesa. Un reino dividido es difícil de gobernar y once años es mucho tiempo. Es natural que surjan desavenencias. Todo sería más sencillo y beneficioso para Castilla si vos, fuerais rey o al menos, el único regente.

Don Fadrique estalló en carcajadas aliviando un poco la tensión.

—¿Qué pensará vuestro suegro, don Diego López de Estúñiga, entusiasta partidario de doña Catalina, de vuestro parecer en todo este asunto? —preguntó con sorna.

—Mi suegro y yo mantenemos una relación muy cordial: apenas nos hablamos —respondió don Diego Pérez Sarmiento acompañándole en las risas.

—No me extraña si pensáis de forma tan distinta —observó don Fadrique.

En ese momento llegó el mesonero con una bandeja de cordero asado, varios platos de barro cocido y una hogaza de pan caliente.

—Espero que disfruten de la comida, señores —dijo con una sonrisa desdentada.

Fue despedido con un ademán desdeñoso y los nobles se lanzaron hambrientos a por el asado. Entretenidos con la comida, don Fernando confió en que dejaran de hablar de un tema que tanto le molestaba, pero se equivocaba. Fue don Ruy quien, mientras masticaba un pedazo de carne, sacó a relucir la cuestión.

—Gran parte de la nobleza castellana os apoyará y estoy seguro de

que también lo hará la Iglesia, incluida su santidad Benedicto XIII. —El clérigo dejó de comer sopa y empezó a jugar distraído con un pedazo de pan—. Debéis dar el paso, mi señor.

Don Fadrique y don Diego dejaron de comer y fijaron la mirada en el infante.

—Y es más sencillo de lo que parece —insistía don Ruy inasequible al desaliento—. El papa Clemente VII dispensó la bula para que doña Catalina se pudiera casar con su primo don Enrique. Si rechazáis al papa Clemente y os alineáis con Gregorio XII, el papa de Roma, el matrimonio entre doña Catalina y el rey Enrique sería declarado nulo y su descendencia bastarda. Vos seríais el legítimo rey de Castilla. Convocad las Cortes, mi señor, convocadlas y que sean los notables y clérigos de Castilla quienes decidan. Nadie jamás podrá reprocharos nada, pues serían las Cortes quienes determinarían quién debe reinar en Castilla.

El clérigo había escuchado suficiente. Se incorporó de la silla, arrojó dos maravedíes sobre la mesa y abandonó el mesón a toda prisa lleno de inquietud y preocupación.

Los nobles pausaron la conversación y desviaron la vista hacia el clérigo hasta que este hubo abandonado la estancia.

—¡Ya es suficiente, don Ruy! —espetó entonces don Fernando—. No es la primera vez que me sugerís que rechace a Benedicto XIII y espero por vuestro bien que sea la última —le lanzó una mirada tan gélida que sería capaz de apagar las llamas. Le preocupaba que el condestable se hubiera ido de la lengua en la Corte y que sus palabras hubieran llegado ya a oídos inoportunos. La discreción era una virtud que debía cultivar—. Mi hermano don Enrique me nombró regente para que velara por los intereses de mi sobrino, ¿y vos me pedís que le traicione? ¿Qué escupa sobre las últimas voluntades de mi hermano? —el infante estaba enfadado. Ya había hablado largo y tendido con el condestable sobre un tema que le hastiaba y enardecía, pero don Ruy López Dávalos seguía persistiendo una y otra vez. Había llegado el momento de zanjar esa cuestión definitivamente—. Escuchadme bien, condestable, escuchadme muy bien todos porque no pienso repetirlo; don Juan es el rey de Castilla y lo defenderé con mi vida de todos los que se atrevan a cuestionar su reinado. De vos dependerá que os incluya o no en la lista de traidores a ajusticiar —añadió señalando con un dedo acusador a sus compañeros de mesa.

—A mí no me miréis —dijo don Fadrique alzando ambas manos, esbozando una sonrisa desenfadada—. Ese es un asunto de estos dos.

—¡Eh, eh, eh, a mí tampoco, mi señor! —replicó don Diego Pérez Sarmiento mostrando las palmas de sus manos—. No quiero disputas con mi suegro que luego Mencía está semanas sin hablarme y, lo que es mucho peor, ¡alejada de mi lecho!

Los nobles rieron las gracias de don Fadrique y don Diego. El ambiente encrespado se estaba relajando. Don Fernando miró fijamente a don Ruy. El condestable escupió un hueso de cordero en un plato y, a regañadientes y con la boca llena de carne y un hilo de aceite corriendo por la comisura de sus labios, dijo:

—Sea, mi señor, sea. Si esta es vuestra decisión, no se hable más —y con la manga de la camisa se limpió la grasa que brillaba en su barbilla.

Don Fernando asintió con los labios apretados y gesto severo, dando ese espinoso asunto por concluido.

—Entonces, ¿todos amigos? —preguntó socarrón el conde de Trastámara. Los nobles asintieron—. Brindemos, pues por don Juan, rey de Castilla y por los regentes doña Catalina y don Fernando. Que Dios les guíe para que gobiernen juntos en paz y armonía.

—¡Por el rey Juan! —exclamaron los nobles al unísono, despertando al borracho, que alzó la vista asustado mirando hacia todos los lados con los ojos abiertos por el espanto. Cuando advirtió que todo estaba en orden, volvió a sumergirse en el sopor etílico del vino.

Don Fernando miró a don Ruy y este asintió varias veces dando a entender que no volvería a hablar del asunto. El condestable estaba convencido de que era un error, de que el infante se equivocaba. Don Juan era un niño y, como bien había destacado don Diego, once años es mucho tiempo. Tarde o temprano entre la reina-regente y el infante surgirían graves discrepancias, quizá alguna de ellas insalvable, que pondrían en serio riesgo el buen gobierno de Castilla. Pero la decisión de don Fernando era inapelable y no tenía intención de volver a cuestionarla, pues el infante no era hombre que advirtiera en vano.

Don Fernando bebía un trago de vino cuando el recuerdo del clérigo que había abandonado el mesón acudió a su mente. Se encontraba a cierta distancia, pero ¿habría escuchado la conversación? Se encogió indiferente de hombros, ¿para qué preocuparse? No era más que un simple e inofensivo clérigo de pueblo. No merecía la pena regalarle un instante de sus pensamientos. Tenía una larga regencia por delante y los problemas y dificultades surgirían solas, sin que tuviera que imaginárselas.

18

Guadalajara, febrero de 1408

Don Diego de Anaya Maldonado, obispo de Cuenca, caminaba con pasos apresurados por los pasillos del alcázar. Casi sin resuello, llegó a la cámara de la reina-regente. Llamó a la puerta y escuchó la voz de doña Catalina autorizándole a entrar.

—Mi señora. —El obispo de Cuenta era de mediana edad, de nariz larga y puntiaguda, ojos grandes y oscuros enmarcados en profusas cejas, y barbas y cabellos castaños, casi cobrizos. Perteneciente a una ilustre familia salmantina, fue ayo de los infantes don Enrique y don Fernando. En 1402, el rey Enrique III le nombró presidente del Consejo Real. Se trataba de uno de los hombres más influyentes y poderosos de Castilla.

—Reverendísimo señor —dijo doña Catalina—. Por favor, pasad y acompañadme, ¿unas rosquillas?

Doña Catalina se encontraba sentada frente a una mesa comiendo rosquillas que mojaba en un vaso de vino.

—Gracias, mi señora, pero no tengo hambre —dijo don Diego de Anaya tomando asiento frente a la reina-regente.

—Como queráis, pero ya os advierto que están deliciosas.

Doña Catalina comía y bebía con fruición, detalle que no le pasó desapercibido al obispo.

—Mi señora, asuntos urgentes me han traído a Guadalajara.

—Hablad entonces —dijo masticando una rosquilla.

Don Diego carraspeó un par de veces antes de hablar con la intención de captar la atención de doña Catalina, más interesada en degustar el dulce bañado en vino que en su visita. La reina-regente desvió la vista hacia el prelado y dejó un dulce medio mordisqueado sobre el plato.

—Ha llegado a mis oídos una inquietante conversación que don Fernando mantuvo hace unas semanas con algunos de sus parciales en un mesón —comenzó a explicar don Diego. Doña Catalina le miró con interés—. En ella, don Ruy López Dávalos, condestable de Castilla…

—Sé muy bien quien es don Ruy, os ruego que me ahorréis ese tipo de detalles —interrumpió doña Catalina incapaz de ocultar su nerviosismo, pues mucho temía que las noticias que portaba el obispo eran de extrema gravedad.

—En dicha conversación —prosiguió don Diego con una leve inclinación de cabeza— el condestable sugirió a don Fernando que

convocara las Cortes con el propósito de desautorizar al papa Benedicto XIII y aceptar al papa de Roma, Gregorio XII.

Doña Catalina cabeceó afirmativamente con los ojos cerrados, asimilando la gravedad de sus palabras. Varios de sus consejeros ya le habían hablado sobre ese asunto. Incluso su privada, doña Leonor López de Córdoba, estaba al tanto de esas habladurías. Hasta ese momento no le había concedido mayor importancia. Pero la información que ahora le compartía don Diego no era un simple rumor de alcahueta. Alguien había sido testigo de una conversación del infante con sus amigos en la que salió a relucir ese espinoso tema.

—Si vuestra información es cierta, don Ruy pretende que se considere ilegítimo el papado de Clemente VII, el predecesor de Benedicto XIII —razonó doña Catalina dominada por una terrible inquietud—. Si las Cortes acordaran renunciar a Benedicto y rindieran obediencia a Gregorio XII, mi matrimonio sería considerado nulo y mis hijos ilegítimos. Juan no podría reinar.

—Así es, mi señora —confirmó el obispo de Cuenca.

Doña Catalina se incorporó de la silla y comenzó a pasear. Necesitaba tiempo para aclarar sus ideas. La luz del atardecer entraba por los amplios ventanales iluminando la estancia de tonos dorados. Doña Catalina se aproximó a uno de los ventanales y contempló en silencio cómo el sol se ocultaba por el horizonte tiñendo de malva el cielo y de naranja las nubes. Sin apartar la vista del hermoso atardecer, preguntó:

—Vos sois el presidente del Consejo Real, ¿qué posibilidades tiene de ser aceptada la ocurrencia de don Ruy López Dávalos?

—En este momento ninguna, mi señora —respondió con seguridad don Diego—, pues vuestros partidarios en el Consejo son más numerosos que los del infante, pero esta situación puede cambiar en muy poco tiempo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó doña Catalina con los ojos entornados.

—Don Fernando me ha insistido que incluya en el Consejo Real a su hijo don Alfonso. De momento estoy demorando mi respuesta, pero su petición es totalmente lícita y se ajusta a derecho. Pronto tendré que aceptarlo. Y entiendo que tal petición se repetirá con sus hijos don Juan y don Enrique. En pocos años, mi señora, don Fernando controlará las decisiones del Consejo.

—Lo tendrá a su merced y podrá disponer de él a su antojo —observó doña Catalina.

Don Diego de Anaya asintió y dijo:

—Don Enrique dispuso en su testamento que, en caso de desacuerdo entre los regentes, la última decisión recaería en el Consejo Real. Un Consejo que, en un futuro inmediato, será

controlado por el infante. Y cuando esto ocurra, mi señora, vuestro poder como regente será extremadamente limitado. Casi, me atrevería a decir, que inexistente.

Doña Catalina se acercó con gesto cansado a la mesa y tomó asiento. Se sirvió un vaso de vino y lo apuró de un trago. Reflexionaba sobre los aciagos augurios del obispo y concluyó que no eran más que suposiciones. Lo que era innegable era la manifiesta deslealtad de don Ruy, quien había servido con fervor y sincera fidelidad al rey Juan I y luego a su hijo don Enrique III. Entonces recordó que el condestable luchó contra su padre, el duque de Lancaster, durante el asedio inglés a Benavente en 1387. El rey Juan premió el coraje mostrado por el condestable en la batalla nombrándole camarero del infante Enrique. Doña Catalina asintió. En sus labios asomó una triste sonrisa cuando entendió que don Ruy López Dávalos, condestable de Castilla, había sido siempre fiel, sí, pero a los Trastámara, no a ella, a quien, posiblemente, consideraba una regente extranjera, una inglesa miembro de una familia enemiga de los Trastámara. A quien guardaba fidelidad don Ruy era a don Fernando, por cuyas venas corría la sangre limpia y pura de los Trastámara, mientras que la sangre de su hijo estaba mancillada por la estirpe de los Borgoña, la Casa de su abuelo don Pedro I de Castilla. Pero don Ruy era el condestable de Castilla, camarero y adelantado de Murcia. Carecía de título, pues no era pariente de reyes, pero este detalle no mermaba un ápice su poder en la Corte. Doña Catalina era una mujer astuta y prudente. No le convenía desafiarlo. Al menos, de momento. No tenía más alternativa que limitarse a tenerlo vigilado. Las preocupaciones de doña Catalina iban por otros derroteros que sí estaban en su mano reconducir. Y estos confluían en el infante.

—No me habéis explicado cuál fue la respuesta de don Fernando a la propuesta de don Ruy.

Don Diego carraspeó un poco azorado y respondió:

—La desconozco, mi señora, el sacerdote que fue testigo de la conversación abandonó el mesón nada más escuchar las intenciones del condestable.

—Hubiera sido interesante conocer la opinión del infante a ese respecto, ¿no creéis?

—Por supuesto, mi señora.

Doña Catalina tomó la jarra y se sirvió otro vaso de vino. Le dio un trago y dijo:

—Si he entendido bien, la conversación del infante con don Ruy y sus amigos… por cierto, ¿quiénes eran? —recordó de pronto que el obispo no había informado del resto de los acompañantes de don Fernando en el mesón.

—Don Fadrique de Trastámara y don Diego Pérez Sarmiento.

—Los habituales, sólo faltaba el obispo de Palencia —observó con desdén doña Catalina, provocando la sonrisa de don Diego de Anaya—. Bueno como os decía, la conversación que me habéis referido se mantuvo en un mesón, donde no debía faltar la comida y, sobre todo, el vino.

—Supongo que fue tal y como vos describís, mi señora.

—En este ambiente distendido y posiblemente caldeado por la ingesta de vino, el condestable propuso convocar las Cortes para discutir cambiar la obediencia de Castilla del papado de Aviñón al de Roma, pero desconocemos la respuesta de mi cuñado, pues vuestro sacerdote no consideró oportuno conocerla —detalló con precisión doña Catalina.

—El clérigo se sentía incómodo escuchando la conversación…

—Pero no tuvo ningún reparo en acudir a vos y relatárosla con todo lujo de detalles.

—Entendió, con buena lógica, que era información de sumo interés tanto para la Corona como para la Iglesia.

—Cierto, cierto —aceptó doña Catalina—. El cambio de lealtades de Castilla respecto al papa no sólo afectaría a la legitimidad de mi hijo como rey, sino a numerosos prelados que fueron investidos en sus cargos tanto por Clemente VII como por su sucesor Benedicto XIII.

—Así es, mi señora —confirmó don Diego. Él mismo fue refrendado obispo de Tuy, posteriormente de Orense, Salamanca y recientemente de Cuenca por Benedicto XIII.

—¿Alguien más está al corriente de esa conversación?

—No, mi señora. Sólo vos y yo. Bueno y naturalmente el sacerdote que fue testigo de ella.

—Pues preocupaos de que siga siendo así.

Don Diego la miró con ojos entornados y confusos. La reina-regente se explicó:

—Según vuestro informante, el encuentro del infante con sus amigos tuvo lugar en un mesón —el obispo asintió y doña Catalina prosiguió—: Estaréis de acuerdo conmigo en que tan importante es la información como el contexto en la que se obtiene y más cuando se trata de una información incompleta, pues desconocemos cuál fue la respuesta del infante.

—Totalmente de acuerdo, mi señora —confirmó don Diego.

—Podríamos acusar a don Ruy de deslealtad, no hacía mi persona, sino hacia el rey Juan, mi hijo, pero entenderéis que las palabras de un clérigo son de poco valor frente a las de un condestable de Castilla. Vos sabéis muy bien las tonterías que pueden lanzar unos amigos que se divierten en torno a una mesa donde no faltan la comida y el vino. Los efluvios del alcohol tienen la capacidad de desatar a la más hermética de las lenguas, alentándolas a soltar la más burda de las

estupideces. Esto, reverendísimo señor, es precisamente lo que ha sucedido. Os agradezco vuestra información, pero considero que no hay motivo de qué preocuparse. Podéis marcharos.

—Mi señora. —Don Diego se incorporó de la silla y abandonó la cámara confuso y aturdido. Bien era cierto que la información que había obtenido el clérigo había sido en un mesón. Al igual que era cierto que el muy necio abandonó el local sin haber escuchado al infante, pero el simple hecho de que varios nobles del reino confabularan para cuestionar la legitimidad al trono de don Juan, ya le parecía un hecho de extrema gravedad. Pero doña Catalina había decidido conducirse con sorprendente negligencia ante tan graves acusaciones. Don Diego de Anaya no estaba dispuesto a perder su cargo de obispo de Cuenca a consecuencia de la dejadez de la reina-regente. Tendría que maniobrar para evitar que don Fernando se hiciera con el control del Consejo Real. Doña Catalina era muy libre de poner en riesgo el reinado de su hijo. Ese era asunto suyo, pero don Diego no estaba dispuesto a sacrificar su obispado, pues le era necesario para satisfacer su gran ambición; ser nombrado arzobispo. Si el papado de Clemente VII era reprobado por las Cortes castellanas, todos sus sacrificios, todos sus años de esfuerzo no habrían servido para nada. Absolutamente para nada. Ese pensamiento le atormentaba. El obispo cruzaba los pasillos del alcázar preocupado por el futuro de Castilla, pero, sobre todo, por el suyo.

Doña Catalina exhaló un largo suspiro nada más perder de vista al obispo de Cuenca. Había mantenido la calma, pues una reina jamás debe exhibir inseguridad y temor en público, sino confianza y fortaleza. Es lo exigible a todo líder. Pero lo cierto era que se hallaba terriblemente preocupada por el relato de don Diego de Anaya, pues primero; revelaba que Castilla estaba infestada de espías de uno y otro bando, y que los confabuladores no dudaban en servirse de clérigos para conseguir información, y segundo; que el trono de su hijo estaba en serio riesgo, ya fuera a corto plazo; si don Ruy lograba su propósito de que se convocaran las Cortes para que Castilla renegara del papado de Aviñón, como a largo plazo si don Fernando conseguía hacerse con la mayoría de votos en el Consejo Real. Bebió un trago de vino. Su máxima ambición era ver reinar a su hijo en su mayoría de edad y haría cualquier cosa para lograrlo. Incluso sacrificarse si fuera necesario. ¿Qué madre no se sacrificaría por el bien de sus hijos? Dio otro trago. El vino le confortaba, le ayudaba a pensar con mayor claridad o al menos, a relativizar las dificultades. Entonces su mano derecha tembló. Incapaz de sostener el vaso, este cayó derramando el vino sobre la mesa. La mano se derrumbó inerte en la mesa empapada de vino. Respiró hondo y esperó unos instantes hasta que logró recomponerse. Colocó el vaso con la mano izquierda. Era la segunda

vez que le pasaba algo similar en pocos días. Las preocupaciones le estaban pasando factura. Cuando el alma sufre, el cuerpo se resiente. Había llegado el momento de hablar con el médico.

19

Guadalajara, febrero de 1408

La reina-regente recibió a don Fernando de Trastámara en el alcázar de Guadalajara, donde se celebrarían en pocos días las Cortes castellanas. Los atronadores ecos de su supuesto triunfo sobre los nazaríes habían enmudecido y la tozuda realidad se había abierto paso entre las sombras de las falsedades y mentiras de la propaganda difundida por el obispo Sancho de Rojas. La campaña de Setenil había costado una fortuna y sus resultados habían sido cuanto menos discutibles. Su prestigio y dotes como militar habían quedado en entredicho.

—Mi señora —saludó el infante con una inclinación de cabeza al entrar en la sala principal del alcázar.

—Mi señor —saludó doña Catalina.

La sala era amplia, pendones y reposteros con las enseñas castellanas colgaban de sus gruesas paredes. Por los amplios ventanales entraba la luz del mediodía. Fuera el cielo estaba cubierto y anunciaba lluvia. Doña Catalina estaba sentada en un solio elevado sobre dos escalones. El infante miró en rededor, pero no encontró ningún asiento. Tendría que departir de pie con la reina-regente. Se auguraba una reunión complicada.

—El emir de Granada nos ha propuesto una tregua —anunció doña Catalina.

Don Fernando se aproximó al trono y se detuvo a tres pasos de la reina-regente.

—Muhammad ha fracasado en su intento de asediar Alcaudete. Su posición entre la nobleza nazarí es débil y comprometida. Por eso nos ha propuesto una tregua que confío que rechacéis. Ahora es precisamente cuando debemos reanudar la guerra contra el moro.

—La decisión de aceptar o no la propuesta del emir es de las Cortes —repuso doña Catalina.

—Pero vuestro criterio será determinante en la opinión de nobles y clérigos.

—Habéis tomado parte del Tesoro Real sin mi consentimiento para la campaña de Setenil —le espetó doña Catalina cambiando de tema. Sus labios apretados y su frente arrugada revelaban su enfado.

Don Fernando asintió levemente y entornó los ojos. Sus sospechas habían sido confirmadas: la reunión sería complicada, terriblemente complicada.

—El dinero concedido por las Cortes y por la Iglesia no era suficiente para armar un ejército lo suficientemente poderoso para vencer a los musulmanes —se justificó.

—El dinero del Tesoro Real pertenece a mi hijo, es su herencia. Ni siquiera yo puedo hacer uso de él sin la autorización del Consejo Real. Vos lo sabéis y aun así lo habéis tomado.

—La guerra contra el moro es causa más que justificada para obrar como lo hice, mi señora.

—¡Habedme consultado! —exclamó furiosa, incorporándose del solio—. ¡Por Dios, armasteis un ejército colosal para tomar un par de villas y hundir un puñado de barcas! ¿De tal hazaña presumís? —exclamó doña Catalina menospreciando los triunfos del infante. Había desafiado su autoridad. No lo podía consentir—. Vuestras guerras consumen los recursos de Castilla, ¿y ahora pretendéis iniciar otra? ¿De dónde tenéis pensado conseguir el dinero? ¿Del papa Benedicto? ¿Del papa cuya legitimidad cuestionáis?

Don Fernando torció el gesto confuso. No esperaba que la reina-regente le felicitara por la campaña contra el rey de Granada, tampoco lo merecía, pero de ningún modo imaginaba que sería víctima de un ataque tan furioso.

—No os entiendo, mi señora —se limitó a responder, intentando que doña Catalina se explicara, mientras ganaba tiempo para aclarar sus ideas.

—¿Acaso vais a negar que cuestionáis al papa Clemente VII? ¿El papa que nos dispensó la bula a mi esposo don Enrique y a mí para poder casarnos? ¡Anheláis el trono que legítimamente corresponde a mi hijo! —Le señaló con el dedo—: ¡Confesadlo!

La reina regente miraba al infante con ojos llenos de furia y hostilidad. Doña Leonor López de Córdoba le recordó que era un Trastámara y los Trastámara eran unos cobardes y mezquinos perros traicioneros. Se le rompía el alma sólo de pensar que Castilla podría ser devastada por la guerra civil, pero si por defender los derechos de su hijo tenía que arrastrar al reino a la guerra, lo haría sin dudarlo por mucho dolor que le produjera. Un Trastámara había robado el trono a su abuelo y no consentiría que otro se lo arrebatara a su hijo. Jamás se lo perdonaría. Su madre, doña Constanza, desde el cielo se lo recriminaría por toda la eternidad. Había consentido su matrimonio con don Enrique, un Trastámara, un descendiente del asesino de su padre, para que un miembro de la Casa de Borgoña reinara en Castilla, restableciéndose así el orden y la legitimidad. Si toleraba que don Fernando despojara de la corona a su hijo sin presentar batalla, sería tan traidora como él. Don Fernando sostenía la mirada furiosa de doña Catalina. Sus ojos, cristalinos y azules, proyectaban enfurecidas llamas que ansiaban calcinarlo. El infante asintió con los ojos cerrados.

Comenzaba a entender. Alguien del círculo cercano a doña Catalina se había propuesto envenenar sus oídos con rumores malintencionados y calumnias sin sentido. Pretendían sembrar la cizaña y la desconfianza entre ambos regentes, posiblemente para favorecer sus propios intereses. Pero ¿quién? Entonces recordó un día de caza y una posada cercana a Guadalajara. Regresaba de una partida de caza con don Ruy López Dávalos, don Fadrique y don Diego Pérez Sarmiento. El necio de don Ruy volvió a sacar el tema del trono de Castilla y la posibilidad de negar la obediencia al papa Benedicto XIII. Y recordó a un sacerdote que comía muy cerca de ellos. Tan cerca como que posiblemente había escuchado parte de la conversación. Justo la que le incriminaba, pues él rechazó la absurda sugerencia de don Ruy, pero el misterioso sacerdote ya no se encontraba en el mesón para escucharle. Un simple rumor, un simple comentario de borrachos había traspasado los mugrientos muros de una sórdida taberna y llegado con extrema celeridad a sus oídos. ¿Qué otros engaños y falsedades le habrían contado? ¿Con qué propósito?

—Me temo que estáis siendo mal aconsejada, mi señora —comenzó a explicar el infante. Su voz trasmitía la seguridad y confianza de quien considera que ha obrado con lealtad y justicia—. La guerra de Granada se inició para proteger las fronteras de Castilla y para que vuestro hijo, el rey Juan II, disfrute de un reinado más tranquilo, sin necesidad de preocuparse en exceso de los musulmanes. No tengo mayor ambición que servir como regente al rey hasta que sea mayor de edad y pueda tomar sus propias decisiones.

Doña Catalina le dispensó una áspera sonrisa. No creía una sola palabra. La desconfianza le devoraba las entrañas. La sombra de don Enrique de Trastámara flotaba perversa en su memoria.

—¿También vais a negar que tenéis pensado incluir a vuestro hijo don Alfonso en el Consejo del Rey?

¿Otro ataque más? Se preguntó don Fernando. ¿Cuántos había sufrido en ese encuentro? ¿Cuántos le quedaban por soportar? Instintivamente miró a su espalda esperando ser apresado por la guardia. La reina-regente hervía en cólera y temía que fuera capaz de cometer cualquier insensatez. Su hermano le había confiado la regencia de Castilla hasta la mayoría de edad de su sobrino. Se había comprometido a cumplir con sus responsabilidades sin exigir más de lo que como infante de Castilla le correspondía. A él y a sus hijos. Don Fernando se preguntaba de dónde nacía tanta rabia acumulada. La relación con su cuñada había sido cordial hasta ese momento. Incluso compartió su propósito de detentar la custodia del rey Juan y la apoyó para conseguirlo. Posiblemente la reina-regente estaba siendo mal aconsejada y no sería difícil averiguar por quién. Por el bien de Castilla, era necesario apartar de su Corte privada a esas personas.

—Todas vuestras conclusiones son precipitadas, mi señora, y tienen su explicación —comenzó a aclarar don Fernando con tono conciliador, sin apartar la vista de los ojos azules de doña Catalina—. El Tesoro Real está para servir al reino y no al capricho de un rey o de uno de sus regentes, como vos erróneamente habéis concluido. Convendréis conmigo en que no hay mayor servicio a la corona que financiar las guerras que, como vos podréis presumir, son extremadamente caras. Pero asumo mi responsabilidad, pues es cierto que debí haberos informado de su uso. Os ruego aceptéis mis disculpas. —Don Fernando inclinó ligeramente la cabeza y prosiguió sin dar lugar a doña Catalina a la réplica—: Es cierto que la campaña contra el emir de Granada no ha sido tan fructífera como se esperaba, pero ahora nuestras fronteras son más seguras y el reinado de vuestro hijo será más sosegado al haberse neutralizado la amenaza que siempre suponen los musulmanes. Os pido, mi señora, no despreciéis a los soldados que han sacrificado sus vidas en esta guerra por Castilla y por su rey, don Juan. —El infante repetía el nombre del rey de Castilla para que en la mente de la reina regente se fuera asentando que él reconocía a don Juan como legítimo rey y que de ningún modo tenía planeado arrebatarle el reino—. Por otro lado, me acusáis de cuestionar la legitimidad del papa Clemente VII y, por lo tanto, de su sucesor, Benedicto XIII. ¿Cómo, mi señora, voy a cuestionar al papa que tanta ayuda nos ha prestado en la guerra contra los nazaríes? Su sobrino don Pedro pronto será el nuevo arzobispo de Toledo, el primado más importante de Castilla. ¿Qué interés puedo tener en granjearme la enemistad de quien he ayudado a satisfacer sus ambiciones? No hagáis caso a rumores de taberna, mi señora. Los efluvios del vino y las conversaciones fuera de contexto conducen siempre a engaño. En todo caso, si alguna vez vuelven a llegar a vuestros oídos rumores semejantes, os ruego que los compartáis conmigo para evitar que un simple malentendido emponzoñe nuestra regencia.

La reina-regente tomó asiento sin apartar la mirada del infante. Sus argumentos eran sólidos, pero dudaba de sus intenciones. Doña Leonor López de Córdoba había hecho un magnífico trabajo.

—Por último, me juzgáis porque pretendo que mi primogénito sea aceptado como miembro del Consejo Real —prosiguió don Fernando—. Bueno, mi señora, estaréis de acuerdo conmigo en que, por derecho, mi hijo debe formar parte del Consejo. Entiendo que no hace falta que os explique los motivos.

Doña Catalina asintió. Don Fernando tenía razón. Su hijo, don Alfonso, era nieto, sobrino y ahora primo de reyes. Era un Trastámara y pertenecía a una de las familias más ricas y poderosas de Castilla. En justicia debía formar parte del Consejo. Cegada por una incontrolable

furia, había errado al utilizar este argumento para descalificar al infante y cuestionar su lealtad.

—Contra las mentiras se combate con argumentos veraces y sinceros —continuó don Fernando—. No albergo ningún interés en enfrenarme a vos, mi reina —omitió intencionadamente la dignidad de «regente» con el propósito de remarcar, una vez más, que ella era la reina de Castilla—, a quien respeto y quiero, pues somos familia —las arrugas que rodeaban los labios y remarcaban la frente de doña Catalina se fueron suavizando. El infante advirtió con alivio que su ánimo se estaba apaciguando y prosiguió—: Jamás, escuchadme bien, mi señora —en esta ocasión su tono era serio, autoritario, contundente—, jamás cuestionaré el reinado de don Juan, vuestro hijo, el legítimo rey de Castilla. No toleréis que os engañen, que os mientan, que os predispongan en mi contra, pues estas pérfidas maniobras nos perjudican a todos, mi señora, a todos, incluido a vuestro hijo el rey. —En ningún momento el infante pretendía amenazar o advertir a la reina regente de las consecuencias que tendría para el reino tomar en consideración las falsedades con las que sus allegados pretendían reconducir su criterio, simplemente describía una indiscutible y despiadada realidad—. Os ruego que tengáis bien vigilados a quienes con mentiras y engaños procuran debilitar nuestro gobierno, perjudicando con ello a Castilla. Os repito que no pretendo ser proclamado rey, pues Castilla ya tiene su rey. Un rey ungido por Dios. Y no seré yo quien quebrante sus designios. En lo que a mí respecta, mi señora, asumiré el lugar que me corresponde en la Corte con humildad y responsabilidad. Ahora si me disculpáis.

El infante inclinó la cabeza y abandonó la sala sin dar lugar a la réplica, dejando a doña Catalina sumida en un mar de dudas. La reina-regente contempló cómo don Fernando se marchaba. Mejor así. La conversación la había agotado y no tenía ni fuerzas ni ánimo para continuar discutiendo con el infante. Sus brazos temblaban. Apenas podía sostenerlos. Intentó incorporarse del sitial, pero no pudo. Debería permanecer sentada unos minutos hasta que pudiera recobrar las fuerzas. Se alegró de que el infante no fuera testigo de los terribles efectos de la enfermedad que la estaba consumiendo. Sólo rogaba a Dios porque la permitiera vivir hasta ver a su hijo reinar con firmeza y sin ayuda de regentes. Reflexionó sobre los argumentos de don Fernando. No carecían de lógica. Quizá debería haber esperado a tener más pruebas para acusarle de delitos tan graves. Sin duda se había precipitado. Pero su impaciencia no borraba las oscuras maniobras de don Fernando. Todas eran sospechosas y estaban dirigidas a controlar el gobierno de Castilla. Quizá no como rey, pero sí como regente único y absoluto. Doña Catalina dejó de confiar en él. Y la confianza rota es muy difícil de recomponer.

Don Fernando caminaba dando largas zancadas por los pasillos del alcázar. Estaba persuadido de que el fracaso en la conquista de Setenil sería aprovechado por sus enemigos, pero había calculado mal su magnitud. Ahora urgía descubrir quiénes confabulaban en su contra, quiénes llenaban los oídos de la reina-regente con engaños y falsedades. De algunos ya sospechaba, como de don Juan de Velasco o don Diego López de Estúñiga, pero temía que hubiera más. Muchos más. ¿Cuántos? Era lo que se disponía a averiguar. Debía apartarlos de la Corte, alejarlos de la compañía de doña Catalina. Once años de regencia serían extremadamente largos, imposibles de concluir en una Corte invadida de intrigas, desconfianzas y mentiras. Muchos eran los que le incitaban a proclamarse rey de Castilla, pero el infante había rechazado tales ambiciones. Jamás alzaría un ejército contra el legítimo rey como en su día hizo su abuelo el rey Enrique II, pero temía que la reina regente, manejada al antojo de sus privados, se atreviera a ordenar su detención o a atentar contra él o contra alguno de sus parciales. Un fuerte dolor oprimió su pecho y detuvo su paso ante este nefasto pensamiento. Respiró hondo intentando apaciguar sus exaltados ánimos. Debía obrar con sensatez y cordura si pretendía evitar la guerra. Una guerra cuyo propósito no sería la conquista de un trono, sino su propia supervivencia.

20

Guadalajara, junio de 1408

El 11 de mayo murió por envenenamiento el emir Muhammad VII. Dos días después ascendería al trono su hermano, Yusuf III. Las Cortes castellanas reunidas en Guadalajara aceptaron la tregua propuesta por el difunto emir. Yusuf III, más interesado en afianzar su reciente reinado que en entablar nuevas guerras con Castilla, recibió con sumo agrado la decisión castellana, pues dispondría de todo su tiempo y recursos para deshacerse de sus adversarios políticos y de acallar los rumores que le acusaban de ser el instigador del asesinato de Muhammad VII.

La tregua con los granadinos frustró las aspiraciones de don Fernando de retomar la guerra. Sus rivales habían impuesto su criterio. La reina-regente también se opuso a reanudar la guerra. Esta decisión disgustó a don Fernando, pues él la apoyó en su pretensión de cuidar de don Juan y no entregárselo a los tutores que don Enrique había determinado en su testamento. Después de las Cortes, la relación con doña Catalina fue aún más fría, tensa, distante, al igual que con sus partidarios como don Juan Hurtado de Mendoza, don Juan de Velasco, don Diego López de Estúñiga y los obispos de Sigüenza, Cuenca y Mondoñedo. El obispo de Cuenca, don Diego de Anaya, presidente del Consejo Real, fue particularmente duro en su discurso en las Cortes. Quien en su día había sido ayo del infante, no se ahorró apelativos y le acusó de regresar de Granada con una vergonzosa y humillante derrota para regocijo de los infieles y tristeza de los buenos cristianos. De poco sirvió el vehemente discurso de don Sancho de Rojas, obispo de Palencia y testigo de la campaña, que afirmó que don Fernando había logrado una gran victoria frente a los moros, y que gracias a su valentía y audacia las fronteras de Castilla eran ahora más seguras y don Juan gobernaría en su mayoría de edad un reino más extenso y poderoso. Como prueba de la debilidad musulmana presentó la tregua ofrecida por el emir. El obispo se lamentaba de que los sacrificios del infante y de los soldados que perdieron la vida en Granada sólo disfrutaran del reconocimiento de sus enemigos y no de los nobles cristianos presentes en las Cortes. Pero la decisión ya estaba tomada. No tenía sentido lamentarse por lo que no se podía cambiar. Los escasos resultados obtenidos en la campaña de Granada habían desgastado la posición del infante en la Corte y sus enemigos se habían aprovechado de ello. Pero don

Fernando no era un hombre que se abatiera ante el primer contratiempo. Estaba persuadido de que el tiempo le concedería la oportunidad de resarcirse. Ahora era momento de replegarse en sus cuartales de invierno y esperar una mejor ocasión. Mientras tanto, debía descubrir quiénes envenenaban con mentiras y falsedades los oídos de la reina regente. Y no tardó en desenmascararlos...

La tensión entre los partidarios de ambos regentes amenazaba con romper el ya de por sí frágil gobierno castellano. Y el 19 de junio en Guadalajara se produjo el desastre. Lo que fue una simple discusión entre dos mozos, uno al servicio de don Rodrigo de Perea, noble partidario de doña Catalina, y el otro al de don Diego Pérez Sarmiento, derivó en una cruel batalla campal que se extendió por las calles de Guadalajara, dejando ocho muertos y varias decenas de heridos. Si no se ponía remedio a las rivalidades existentes entre ambos regentes, nada podría evitar que estallara una espantosa guerra de consecuencias impredecibles. El rey Enrique III había encomendado a su esposa, la reina Catalina, y a su hermano, el infante Fernando, la responsabilidad de gobernar Castilla conjuntamente y en buena sintonía, y ambos estaban fracasando estrepitosamente en su empeño. Tanto don Fernando como doña Catalina se sentían avergonzados por su incapacidad para cumplir la voluntad de don Enrique. Ninguno de los dos tenía deseos de que Castilla fuera devorada por las llamas de la guerra. Estaban convencidos de que era prioritario poner fin a las desconfianzas y sospechas que se extendían como la peste por toda la Corte antes de que fuera demasiado tarde. Recelos que ellos mismos, de forma intencionada o accidental, habían favorecido. Para reconducir la relación, don Fernando y doña Catalina se reunieron en el alcázar de Guadalajara el 23 de junio. Decidieron reunirse solos, sin consejeros ni testigos. Sin nadie que pudiera perturbar con recelos enquistados su propósito de no abandonar el alcázar hasta que llegaran a un acuerdo que devolviera la paz y la tranquilidad a Castilla. El encuentro tuvo lugar en la cámara privada de la reina-regente. Un espacio relativamente pequeño y sobrio, decorado con reposteros y pendones con las enseñas castellanas, donde doña Catalina recibía las visitas privadas y se reunía con sus consejeros de más estrecha confianza. Los dos regentes se sentaron frente a frente en una mesa oscura de nogal. Fue don Fernando quien rompió el espeso silencio que les envolvía.

—Creo, mi señora, que ha llegado el momento de honrar la memoria del rey Enrique, mi hermano y vuestro esposo, y de demostrar al reino que no se equivocó cuando delegó en nosotros las responsabilidades de gobierno durante la minoridad de vuestro hijo, don Juan, el rey de Castilla —doña Catalina asintió con los labios apretados y don Fernando prosiguió—: Los hechos acontecidos hace

pocos días no deben repetirse. Me han llegado informes que aseguran que son decenas los nobles que permanecen acuartelados en sus castillos en espera de recibir la orden de ataque. Esto, mi señora, es intolerable. No podemos permitir que las sombras de la guerra se ciernan sobre Castilla.

—Después del altercado entre los soldados de don Rodrigo de Perea y don Diego Pérez Sarmiento, es normal que entre nuestros partidarios exista cierta desconfianza e intranquilidad —dijo la reina-regente—, pues lamentablemente son reflejo de nuestra rivalidad. Sólo resolviendo nuestras diferencias podrá volver la paz a Castilla.

—Cierto, pero es nuestra obligación disipar esos temores, esas sospechas. Debemos trabajar unidos por el bien del reino.

—¿Qué proponéis? —preguntó la reina-regente.

Don Fernando bajó la vista hacia la mesa y dilató su respuesta unos segundos. Tenía ideas muy claras de lo que necesitaba Castilla, de lo que necesitaba él, para llegar a un acuerdo que evitara un terrible baño de sangre. Pero ¿y si doña Catalina se negaba? En ese caso serían las armas quienes hablarían y el infante y sus partidarios ya se habían preocupado en armar un poderoso ejército. Y doña Catalina lo sabía. Siempre es preferible negociar en una posición de fuerza que de debilidad.

—Una de vuestras inquietudes está relacionada con el uso del Tesoro Real, ¿me equivoco? —preguntó don Fernando. La reina-regente asintió—. Bien, os propongo que no se pueda hacer uso de él salvo necesidad y únicamente para beneficio y defensa del reino. Si fuera necesario tomarlo y vos y yo no nos pusiéramos de acuerdo, sería el Consejo Real quien finalmente decidiera.

«Un Consejo Real que en pocos años estará bajo vuestro control», pensó doña Catalina. En cuanto los hijos del infante, don Juan y don Enrique, fueran mayores de edad, pues ya se había aprobado que don Alfonso formaría parte del Consejo en unos meses. Pero a doña Catalina no le preocupaban el poder, el dinero y la gloria que acompaña a las victorias en las guerras. Su único desvelo era que su hijo don Juan pudiera reinar y estaba dispuesta a aceptar las exigencias del infante, si este le aseguraba que así sería.

—Me parece oportuna vuestra propuesta —aceptó doña Catalina.

Don Fernando asintió satisfecho. La reunión se conducía por buen camino.

—Es necesario preparar tropas, armas y pertrechos durante el tiempo que dure la tregua con Yusuf III, pues ambos sabemos que la guerra es inevitable y debemos prepararnos para ella —la reina-regente asintió—. Os pido autorización, mi señora, para ocuparme de todos los asuntos relacionados con la administración de la guerra en Granada, así como para comandar las tropas.

—Contáis con mi permiso para administrar los ejércitos y comandarlos, llegado el momento.

—Por último, mi señora —prosiguió don Fernando agradeciendo la generosidad de doña Catalina con un leve asentimiento—, fue voluntad del rey Enrique que vos y yo gobernáramos como si fuéramos uno. Por tal motivo no tiene sentido que tengamos consejos apartados. Consejos que no siembran más que la discordia entre nosotros, como desafortunadamente hemos podido comprobar recientemente.

Doña Catalina comprendió que don Fernando le estaba pidiendo que se deshiciera de sus privados.

—Bien, estoy dispuesta a aceptar vuestras propuestas, pero vos debéis aceptar también las mías —dijo la reina regente.

—Por favor —el infante hizo un gesto de mano para que las expusiera.

—Debéis prometer que seréis leal a mi hijo, el rey Juan, tanto en vuestra regencia como durante su reinado.

El infante podría sentirse ofendido, pues la petición de doña Catalina cuestionaba su fidelidad. Pero ella había cedido en sus propuestas y era momento de mostrar generosidad y pulir desconfianzas.

—Mi hermano me encomendó la responsabilidad de gobernar Castilla junto a vos durante la minoridad del rey y no tengo más ambición y voluntad que cumplir sus deseos —comenzó a decir—. Soy un fiel servidor del rey y os prometo que lo seguiré siendo cuando vuestro hijo, mi sobrino, tenga la edad suficiente para reinar.

—Bien —aceptó sosegada doña Catalina—, por otro lado, estoy de acuerdo en que ambos —pronunció con un énfasis especial la palabra «ambos»— prescindamos de nuestros consejos privados y discutamos los asuntos concernientes a Castilla en el Consejo Real, que es donde corresponde, pero os pido que redactéis cartas de seguro para don Juan de Velasco, don Diego López de Estúñiga, así como para el resto de mis consejeros, pues tienen derecho a viajar libremente por todo el reino sin temer ser agredidos o apresados. Os ruego que no me malinterpretéis, pues no dudo de que vos no tramáis nada en contra de ellos, pero no puedo asegurar lo mismo de alguno de vuestros partidarios. —Doña Catalina no tenía ninguna duda de que los altercados que habían dejado ocho muertos en las calles de Guadalajara se repetirían incluso con más violencia si sus parciales eran despojados de su protección—. Es mi obligación no dejarlos desamparados.

El rostro del infante se tornó sombrío y respondió:

—Me temo, mi señora, que eso no va a ser posible.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida doña Catalina. No esperaba que

don Fernando fuera a rechazar una petición tan simple y sensata.

—Entenderéis, mi señora, que difícilmente podemos evitar que forméis un consejo privado si permitimos que alguno de vuestros parciales permanezca cerca de vuestra Corte.

La expresión del rostro de doña Catalina cambio por completo a una furia espantosa.

—¿Pretendéis alejarme de mis amigos y consejeros? ¿Queréis aislarme? —la reina regente se incorporó de la silla. Fijó una mirada colérica en el infante.

Don Fernando exhaló un largo suspiro sin apartar la vista de los ojos azules de la reina regente. Sirviéndose de su tono de voz más persuasivo y conciliador le preguntó:

—¿Sabéis, mi señora, que vuestra privada doña Leonor López de Córdoba está a sueldo de don Juan de Velasco?

Doña Catalina sintió como la sangre se helaba en sus venas y tomó asiento. Don Fernando aprovechó el momento de confusión en que se hallaba la reina-regente para proseguir:

—Sí, mi señora, dos de vuestros más estrechos colaboradores llevan años confabulando en mi contra, derramando insidiosas mentiras en vuestros oídos con el propósito de enfrentarnos sin preocuparse de que con sus miserables engaños perjudican el buen gobierno de Castilla —el infante leyó desconcierto, tristeza y decepción en los ojos de la reina-regente—. Por vuestra expresión, entiendo que desconocíais esta información.

La enmarañada red de confidentes y espías que tenía el infante desplegada por toda Castilla no tardó en informarle de los negocios que llevaban entre manos doña Leonor López de Córdoba y don Juan de Velasco, así como de que fue don Diego de Anaya, obispo de Cuenca, quien reveló a doña Catalina los detalles de la conversación que mantuvo con sus parciales en un mesón de Guadalajara y que llegó a los oídos de un clérigo indiscreto y desinformado. Pero el infante prefirió omitir este último detalle, el semblante de doña Catalina ya mostraba suficiente desconsuelo y aflicción como para ensañarse más con ella.

—No os culpo, mi señora —prosiguió el infante en un tono amable —. Rodeada de tan malas compañías, entiendo que hayáis dudado de mi lealtad y de mis intenciones para con vuestro hijo, el rey de Castilla. No, nada debo reprocharos. Pero por vuestro bien y por el del reino, vuestros consejeros deben ser apartados de vos. Este, mi señora, y no otro, es el motivo por el que no puedo firmar las cartas de seguro que me habéis solicitado.

Doña Catalina arrugó los labios en un gesto que revelaba una profunda angustia y decepción. Si aceptaba sus propuestas, don Fernando tendría el control del ejército, del tesoro regio y del Consejo

Real. Su poder en Castilla sería absoluto. ¿Y ella? ¿Qué sería de ella? Su papel en la Corte sería irrelevante, prescindible. Realmente esta no era su mayor preocupación. Si renunciando a sus responsabilidades de gobierno se aseguraba de que su hijo reinaría en Castilla, que así fuera. Estaba dispuesta a sacrificarse, pero se sentía personalmente herida por el comportamiento desleal de don Juan de Velasco y, sobre todo, por el de doña Leonor López de Córdoba, con quien había compartido sus temores y confidencias. Doña Catalina se sentía manipulada, traicionada, engañada por todos. ¿En quién podía confiar? Las dudas volvieron a asaltar el ánimo de la reina-regente. Probablemente debería prescindir de doña Leonor López de Córdoba, de don Juan de Velasco y de algún que otro consejero, pero eso lo decidiría ella, no el infante. Debía ser ella quien determinara quiénes pertenecían a su séquito y de quiénes debía prescindir, ¿quién había concedido al infante esa prerrogativa? ¿Acaso era una niña obligada a seguir las directrices de sus mayores? No, no era una niña. Hacía muchos años que había dejado de serlo. Sus compañías las elegía ella. Nadie más. Tenía derecho a equivocarse, así como a tomar las medidas que considerase oportunas con los consejeros desleales.

—De la decisión de prescindir de los servicios de mis consejeros me ocuparé yo, no vos —repuso al fin doña Catalina con voz vibrante, serena, henchida de orgullo y dignidad—. Si no firmáis esas cartas de seguro, no accederé a ninguna de vuestras peticiones.

Don Fernando arqueó los ojos contrariado y sorprendido. Después de sus sólidos argumentos, concluyó que la reina-regente no pondría ningún reparo en prescindir de sus consejeros, es más, estaría tremendamente agradecida de poder desprenderse de su perniciosa presencia, pero se equivocaba. El carácter de doña Catalina estaba lleno de imprevistos.

—¿Es vuestra última decisión? —preguntó el infante, concediendo a la reina-regente una última oportunidad para retractarse.

—Sí —respondió de inmediato doña Catalina, sin pensárselo un instante.

—Como decidáis, mi señora, pero tened por seguro que alejaré a vuestros consejeros de vuestra compañía. De un modo u otro —sus ojos oscuros refulgían desafiantes bajo la pálida luz del sol.

El infante se incorporó, se despidió con una leve inclinación de cabeza y abandonó la cámara privada con paso resuelto y decidido, como si ya tuviera perfectamente calculado lo que iba a suceder. La reina-regente contempló en silencio cómo se marchaba. Negaba con la cabeza al tiempo que se preguntaba si había hecho lo correcto, si con su empeño por proteger a unos consejeros desleales había desatado la guerra en Castilla. Las dudas y la incertidumbre le mordían las entrañas. Tomó una jarra de vino. Se sirvió un vaso, pero la jarra se

resbaló de su mano y cayó estrepitosamente sobre la mesa, barnizándola con el rojo líquido. Con impotencia contempló el incontenible temblor que dominaba su mano. Sus hermosos ojos azules se llenaron de lágrimas.

21

Medina del Campo, junio de 1408

La reacción del infante fue inmediata, contundente, brutal. En los cinco días siguientes a la reunión que mantuvo con doña Catalina de Lancaster, expulsó de la Corte a don Álvaro de Isorna, obispo de Mondoñedo; a don Juan de Illescas, obispo de Sigüenza; a don Diego de Anaya Maldonado, obispo de Cuenca y presidente del Consejo Real; y a doña Leonor López de Córdoba, sin que una exhausta y enferma doña Catalina pudiera hacer nada por evitarlo. Don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga huyeron de la Corte temiendo por sus vidas y se refugiaron en Hita en espera de que el paso del tiempo apaciguara los ánimos revanchistas del infante. Pero el rotundo golpe de mano de don Fernando no fue del agrado del papa Benedicto XIII, quien tenía en gran estima a doña Catalina. Pero, sobre todo, al papa Luna le convenía que en Castilla reinara el orden y la estabilidad, pues su dignidad como papa de Aviñón dependía en gran medida de ello. Benedicto XIII había acordado un encuentro con su máximo rival, Gregorio XII en la ciudad italiana de Savona para dirimir diferencias y llegar a un acuerdo que posiblemente no fuera otro que un papa convenciera al otro para que dimitiera, pero la reunión no llegó a celebrarse debido al asesinato en Paris del duque de Orleans, uno de los principales partidarios del papa Luna. Gregorio XII no acudió al encuentro temiendo ser secuestrado o asesinado como represalia por el asesinato del duque. Francia retiró su apoyo a Benedicto e instó a los dos papas a llegar a un acuerdo que pusiera fin al cisma de la Iglesia católica. Sin la obediencia de Francia, era de vital importancia para el papa Luna mantener el apoyo de la corona castellana y encomendó a su sobrino, don Pedro de Luna, asentado desde febrero en el arzobispado de Toledo, la misión de mediar entre ambos regentes para lograr una reconciliación que pusiera fin a sus constantes disputas.

Don Fernando y don Pedro de Luna paseaban por la plaza Mayor de Medina del Campo. Era día de mercado y la plaza estaba llena de mercaderes que anunciaban voz en grito sus productos y de clientes dispuestos a comprarlos. El arzobispo de Toledo, después de agradecerle al infante su apoyo para conseguir el cargo que ocupaba, fue directamente al asunto que le había llevado a visitar los dominios del infante.

—Castilla anda revuelta —comenzó a explicar mientras paseaba

por entre tenderetes y puestos de especias y baratijas. El arzobispo tenía poco más de treinta años. Era alto, de facciones agraciadas, rostro rasurado y mentón ancho. Su mirada era despierta y su sonrisa amable—. Prueba de ello es que vos os encontréis aquí, en Medina, en lugar de en Toledo, Valladolid o Guadalajara, rigiendo el destino de Castilla con doña Catalina, como os encomendó el rey Enrique en su lecho de muerte.

Después de expulsar de la Corte a los partidarios de doña Catalina, don Fernando se marchó a Medina del Campo para poner en orden sus asuntos y organizar sus tropas en previsión de una airada respuesta por parte de los fieles a la reina-regente. Pero las semanas pasaban y doña Catalina, recluida en Guadalajara, no daba impresión de tener fuerzas suficientes para emprender acción alguna contra el infante por haberla privado de la compañía de sus consejeros.

—Todo lo que hecho hasta ahora sido por el bien de Castilla —se exculpó don Fernando.

—Nadie lo pone en duda, pero expulsasteis de la Corte a tres obispos —el arzobispo de Toledo detuvo el paso y le miró con determinación y repitió—: ¡Tres obispos! Y uno de ellos, además, presidente del Consejo Real, ¿no creéis, infante, que os extralimitasteis en vuestras responsabilidades?

—Esos obispos, como doña Leonor López de Córdoba o como don Juan de Velasco o don Diego López de Estúñiga, emponzoñaban la voluntad de doña Catalina. Tuve que extirparlos como si fueran un apestoso furúnculo para evitar males mayores.

Don Pedro torció el gesto en señal de desagrado ante la impertinente comparación.

—De nada sirve lamentarse por lo que no se puede cambiar —observó el primado retomando el paseo—, pero sólo la indisposición de doña Catalina ha evitado la guerra en Castilla.

—Nunca ha sido mi intención…

—¡Pues demostradlo, infante! —interrumpió el arzobispo en un inesperado tono que sorprendió a don Fernando—. Constantemente aseguráis que no deseáis el trono de vuestro sobrino y que jamás conduciréis a Castilla a la guerra, pero vuestras palabras no corresponden con vuestros actos. Castilla se encuentra en serio peligro y vos, infante, sois en gran parte responsable de ello.

Don Fernando arrugó los labios en un evidente gesto de enfado. No estaba de acuerdo con las palabras del primado, pero tampoco tenía interés en mantener una discusión con el sobrino del papa de Aviñón. Ya tenía suficientes enemigos. Don Pedro espero a que el infante se apaciguara y prosiguió:

—Es deseo de mi tío que aceptéis el regreso a la Corte de los obispos y de don Juan de Velasco y de don Diego López de Estúñiga.

Es preciso que la situación en Castilla vuelva a la normalidad.

—¿Y doña Leonor López de Córdoba?

Don Pedro se encogió de hombros y respondió:

—También. Que sea doña Catalina quien decida si perdona su traición y la acepta de nuevo en su Corte.

Los labios del infante esbozaron una media sonrisa. Los consejeros de doña Catalina eran todos renombrados clérigos y nobles, salvo doña Leonor, que era la hija del notable petrista ajusticiado por el rey Enrique II. Carecía de títulos e importancia. El destino que corriera les era completamente indiferente.

—Don Fernando. —Don Pedro se detuvo y le tomó del hombro—. Permitid que regresen a la Corte los consejeros de doña Catalina. Os prometo que no volverán a conspirar contra vos. Mi tío sabrá recompensar vuestro sacrificio y generosidad.

Don Fernando recordó que recientemente había fallecido don Fernando Rodríguez Villalobos, maestre de la orden de Alcántara y que los freires y caballeros de la orden aún no habían elegido sucesor. Quizá fuera el momento para llegar a un entendimiento.

—Como bien sabéis, el cargo de maestre de la Orden de Alcántara sigue vacante —observó don Fernando retomando el paseo. Don Pedro asintió y sonrió al mismo tiempo, adivinando sus intenciones—. Hablad con vuestro tío, trasmitidle que es mi deseo que mi hijo Sancho sea nombrado maestre y permitiré que los obispos y los nobles regresen sin temor a la Corte de doña Catalina.

—Pero vuestro hijo tiene sólo siete años…

—Por tal motivo necesito que Benedicto XIII le otorgue la correspondiente dispensa de edad, para que pueda ser elegido.

Don Pedro asintió. Don Alfonso, el primogénito de don Fernando, era miembro del Consejo Real y estaba prometido a la infanta María. Ahora el infante proponía a don Sancho, su cuarto hijo, como maestre de la Orden de Alcántara. Quizá don Fernando no tuviera interés en ocupar el trono de Castilla, pero sin duda pretendía dejar bien situados a sus vástagos.

—Bien, hablaré con mi tío —aceptó el arzobispo de Toledo—. Contad con la dispensa y con el apoyo del papa para que vuestro hijo sea elegido maestre de Alcántara.

—En tal caso, eminencia, no dudéis de que la paz volverá a reinar en Castilla —confirmó don Fernando con una sonrisa embaucadora.

Don Fernando y don Pedro continuaron el paseo satisfechos. El arzobispo había culminado con éxito el mandato que le había encomendado el papa, y el infante había conseguido que su cuarto hijo fuera uno de los candidatos para el maestrazgo de Alcántara. Y con el apoyo del papa de Aviñón, ese cargo era prácticamente suyo. Ahora tenía que pensar en el porvenir de don Juan y don Enrique, su

segundo y tercer hijo. Tenía muchas esperanzas puestas en ellos, quizá otro maestrazgo, como el de Santiago, ahora en posesión de don Lorenzo Suárez. Sí, realmente sería muy conveniente para sus intereses que dos de sus hijos ocuparan los maestrazgos más poderosos de Castilla. Bueno, tiempo al tiempo —pensó—. Ahora lo importante era que en Castilla reinara de nuevo la tranquilidad. Que doña Catalina se rodeara de sus parciales ya no suponía un problema. El arzobispo tendría bien vigilados a los obispos más díscolos, y don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga habían puesto de manifiesto que huirían como liebres asustadas ante la primera contrariedad. Don Fernando de Trastámara controlaba al Consejo Real y tenía acceso al Tesoro. No era rey, pero disfrutaba del poder absoluto. Castilla era suya. Completamente suya.

22

Valladolid, septiembre de 1408

Desde que dio a luz a su primera hija en 1401, doña Catalina de Lancaster se entregó al vino y a las comidas copiosas. Los médicos le aconsejaron moderación, pero la reina-regente fue incapaz de contener sus inclinaciones. En pocos meses ganó mucho peso. No tardaron en aparecer temblores y debilidad muscular en piernas y brazos. Eran episodios esporádicos donde sus piernas flaqueaban y tenía que encontrar asiento con rapidez o terminaba derrumbándose contra el suelo. En otras ocasiones sus manos se debilitaban de tal modo que eran incapaces de sostener el más liviano de los documentos. Con el nacimiento de la infanta Catalina, su segunda hija, sus problemas de salud se acentuaron. Los médicos que la atendían persistieron en que, aunque dudaban de que pudiera curarse de sus males, al menos podría aliviar sus efectos si comía con moderación y eliminaba el vino de su dieta. La reina-regente lo intentó durante unas semanas, pero el vino templaba sus nervios y la comida su estómago. Doña Catalina era una mujer fuerte, pero de voluntad débil.

La reina-regente se hallaba en su cámara. Tumbada en la cama leía unos documentos sin mucho interés. Acababa de sufrir uno de esos inesperados pero cada vez más frecuentes temblores y los médicos le habían aconsejado que guardara reposo. ¿Pero cómo podía descansar si su cuñado el infante no hacía más que conspirar para alejarla de la Corte y del poder? Doña Catalina le culpaba de todos los males que le aquejaban. Siempre ayuda a aplacar nuestra conciencia culpar a los demás de nuestros errores y limitaciones. La reina-regente soltó un largo suspiró y arrojó los documentos sobre la cama. Por las ventanas entraba el tibio sol del atardecer, acariciando la estancia con pinceladas ocres y doradas. Estaba cansada de luchar. De pronto quedó embargada por un profundo sentimiento de soledad. Su marido había muerto con sólo veintisiete años, dejándole la responsabilidad de cuidar a sus tres hijos, uno de ellos destinado a ser rey, y de gobernar Castilla con un cuñado hostil. Su familia se encontraba en Inglaterra y su más querida y cercana consejera, doña Leonor López de Córdoba era una vil traidora a sueldo de otro supuestamente partidario; don Juan de Velasco. De don Juan podría esperar tal comportamiento, pues era el camarero mayor de Castilla y su obligación era estar informado. Quizá se había excedido al comprar la voluntad de su privada, pero entendía sus razones, aunque ¿qué

necesidad tenía doña Leonor de traicionarla? Vivía en la Corte acompañada de sirvientes y sus emolumentos eran considerables. ¿Fue la codicia lo que arrastró a la privada a comportarse de forma tan mezquina? Sí, la codicia, fue la codicia. Después de tantos años de sufrir carencias y penalidades en las cárceles de Sevilla, doña Leonor se aplicó con esmero en amasar una pequeña fortuna de la que poder vivir si en algún momento perdía el favor de la reina-regente o de sus sucesores. Quedó prisionera de una obscena y descontrolada codicia. No tardaron en llegarle rumores a doña Catalina que aseguraban que quien había sido su privada, su amiga, traficaba con sus audiencias privadas y nadie se reunía con ella sin haber satisfecho previamente el correspondiente pago. Doña Catalina tenía los ojos tapados con el velo del afecto, de la amistad, de la confianza, pero ahora que se lo había arrancado, veía con toda claridad que su privada la había utilizado para enriquecerse. Inspiró con profundidad y exhaló lentamente, tal y como le había aconsejado el médico para calmar sus nervios. Lo hizo varias veces, pero sus inquietudes no le abandonaban. Estaba inmersa en sus pensamientos cuando don Juan Hurtado de Mendoza hizo acto de entrada en la estancia.

—Mi señora, ¿qué tal os encontráis? —preguntó don Juan con expresión preocupada, con su voz grave y potente. Próximo a los sesenta años, el ayo y mayordomo del rey tenía una profusa barba blanca que ocultaba un rostro surcado por algunas arrugas y le confería un aspecto venerable. Sus ojos eran oscuros y cálidos, de mirada intensa y tranquilizadora. A pesar de su avanzada edad, andaba erguido y lucía el porte del buen guerrero que fue en su juventud.

—Mejor, supongo… —doña Catalina advirtió que los ojos de don Juan brillaban como si fuera portador de alguna buena noticia. Deseó que así fuera—. ¿Tenéis algo que decirme? —preguntó entornando los ojos.

—¡Cómo me conocéis, mi señora! —exclamó el mayordomo con una sonrisa que mostró una hilera completa de dientes, algo muy poco común en alguien de su edad.

—Necesitada estoy de buenas noticias —suspiró doña Catalina.

Don Juan se aproximó a la cama y dijo:

—Y estas lo son, mi señora, pues apaciguarán a un reino sediento de paz y serenidad. —La reina regente asintió y le pidió que continuara con un gesto de mano—. Don Fernando está dispuesto a que don Juan de Velasco, don Diego López de Estúñiga, doña Leonor López de Córdoba y los obispos de Mondoñedo, Sigüenza y Cuenca regresen a la Corte.

Doña Catalina le miró con suspicacia y preguntó:

—¿Y qué pide a cambio mi cuñado? Vos sabéis mejor que nadie

que sus prebendas nunca son gratuitas.

Una media sonrisa asomó en los labios del mayordomo.

—Que aceptéis el nombramiento de su hijo don Sancho como maestre de la Orden de Alcántara.

—Pero ¿qué edad tiene? ¿Siete, ocho años? Es sólo un niño… —replicó doña Catalina con una expresión de asombro reflejada en su rostro.

—Eso no es problema. El papa Benedicto le ha concedido la dispensa por edad. Don Sancho puede ser elegido por los freires y caballeros.

Doña Catalina negó admirada mientras sonreía. Nunca dejaría de sorprenderla la capacidad de don Fernando de lograr todos sus propósitos.

—¿Y lo será? —preguntó, aunque imaginaba la respuesta.

—No os quepa la menor duda, mi señora.

—Entonces, ¿para qué necesita de mi aprobación?

—Sois la reina-regente, mi señora, y aunque vuestra relación con el infante no disfrute de su mejor momento, por el bien de Castilla es conveniente que ambos estéis de acuerdo en quién debe ocupar las altas dignidades de Castilla, incluidos, lógicamente los maestrazgos.

—¿Un niño es la persona más adecuada para ocupar tan alta responsabilidad?

—No sería la primera vez que un niño es nombrado maestre de una orden de singular importancia. Por ejemplo, don Fadrique de Castilla fue elegido maestre de Santiago con sólo nueve años...

—El hermano de don Enrique de Trastámara, el asesino de mi abuelo —observó la reina regente—. Conozco bien la historia y las presiones de las que se sirvió su madre, doña Leonor de Guzmán, para que ocupara tal dignidad. Mucho se preocupó doña Leonor de que sus hijos ostentaran cargos relevantes en la Corte de Castilla. Y, por lo que advierto en don Fernando, dejar bien posicionados a los hijos debe tratarse de una tradición familiar. Pero esto es otra historia que no viene al caso. Por favor, don Juan, proseguid.

El mayordomo real cabeceó afirmativamente, agradeciendo que los pensamientos de doña Catalina regresaran al presente, alejándose así de las rivalidades y odios de unos hermanos que llevaron a Castilla a una sangrienta guerra civil, que sólo concluyó cuando uno de los dos asesinó al otro a traición.

—El maestrazgo de Alcántara será regido por los comendadores mayores y por don Fernando hasta que don Sancho alcance la mayoría de edad.

—Entiendo… el infante acumulará más poder en Castilla, pero escudándose en la engañosa sombra de su hijo —observó la reina regente—. ¿Y a vos os parece bien? —su voz revelaba cierto tono de

hastío.

Don Juan Hurtado de Mendoza se paseó la lengua por sus labios resecos antes de responder. Lo que se disponía a decir no sería del agrado de la reina-regente, pero el mayordomo siempre había sido fiel a Castilla y a los reyes castellanos y la fidelidad absoluta conlleva la responsabilidad de decir lo que uno opina, aunque no guste.

—Necesitamos una regencia fuerte y decidida que solvente con determinación y coraje todas las dificultades y amenazas que se ciernen sobre Castilla. Don Fernando tiene treinta años, es joven, enérgico y ambicioso. Ha demostrado su lealtad al rey Juan y aunque en la campaña de Setenil no obtuvo el éxito esperado, lo cierto es que los moros no han vuelto a cruzar las fronteras andaluzas…

—El infante es joven, enérgico y ambicioso… —repitió doña Catalina con cierto tono de desdén— mientras que yo estoy postrada en la cama débil y enferma.

—Mi señora, yo…

—No, no sigáis, evitaré haceros pasar este mal trago —interrumpió la reina-regente con un movimiento de mano. Se incorporó ligeramente de la cama y después de unos instantes prosiguió—: Bien, informad al infante de que su hijo disfruta de mis bendiciones. No me opondré a que sea el próximo maestre de Alcántara si así lo deciden los freires y caballeros de la orden.

Don Juan asintió algo azorado, pero también agradecido, pues tales eran sus impresiones. La intervención de doña Catalina había evitado tener que expresarlas explícitamente. Por supuesto era leal a doña Catalina y a don Juan, el legítimo rey, pero Castilla necesitaba un gobierno fuerte y capaz y, hasta que la reina-regente pudiera recuperarse de sus dolencias —si es que lo conseguía—, este sólo podría recaer en el infante.

—En cuanto a mis consejeros —prosiguió doña Catalina—, podrán regresar a la Corte todos menos doña Leonor. No quiero volver a saber nada de ella. Jamás.

—Como ordenéis, mi señora.

—Podéis marcharos.

Don Juan inclinó la cabeza y se dispuso a salir de la estancia. Doña Catalina desvió la vista hacia los ventanales. El sol se hundió en el horizonte y la alcoba quedó sumida en las tinieblas. Es difícil reparar un corazón roto en mil pedazos por la traición de un ser cercano y querido. Una lágrima se desplazó por su mejilla.

23

Valladolid, mayo de 1409

Tal y como estaba previsto, don Fernando hizo uso de toda su influencia, sobornos incluidos, para que su hijo don Sancho fuera elegido maestre de Alcántara por los freires y caballeros de la orden. Doña Catalina aceptó el nombramiento y sus consejeros, incluidos don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga, regresaron a la Corte. Dolida por su traición, doña Catalina rechazó mantener cualquier contacto con quien fuera su privada de más estrecha confianza, doña Leonor López de Córdoba, y esta quedó postergada en el olvido. Nunca más volvió a saber de ella. Siguiendo las estipulaciones que el rey Enrique III dejó por escrito en su testamento, la reina-regente y el infante firmaron el acuerdo de matrimonio entre la infanta María y don Alfonso de Trastámara. Las capitulaciones incluían la cesión del extenso y próspero marquesado de Villena como dote. Con este matrimonio don Alfonso se convertiría en uno de los nobles más ricos de Castilla. Sólo el rey y su propio padre, don Fernando, podrían rivalizar con él en riquezas y dominios.

En mayo de 1409 murió don Lorenzo Suarez, maestre de la Orden de Santiago y don Fernando, con el beneplácito de doña Catalina, volvió a hacer uso de su influencia, dinero y poder para conseguir que su hijo, don Enrique, que contaba con tan sólo nueve años, fuera elegido maestre. El poder de don Fernando era total y quienes en su día se erigieron como rivales, ahora se tornaron en sus más fieles partidarios. Así fue como sucedió con don Juan de Velasco, don Diego López de Estúñiga y el obispo de Cuenca, don Diego de Anaya Maldonado, entre muchos otros. Emprender un conflicto con el infante estaba llamado al fracaso y lo más conveniente para Castilla y, sobre todo, para sus propios intereses era reconocer la realidad de los hechos y unirse al bando del ganador. Doña Catalina observaba los movimientos del infante plácidamente desde la Corte de Valladolid. Castilla estaba en paz y su hijo reinaría sin oposición. Esta era su máxima prioridad. No obstante, su opinión era escuchada y valorada, pues don Fernando no era necio y sabía cuándo debía ceder y plegarse a la voluntad de la reina-regente para no herir su orgullo y dignidad.

Con el control del Consejo Real, el mando absoluto de los ejércitos y el acceso al tesoro regio, don Fernando simplemente tuvo que esperar a que concluyera la tregua de dos años firmada con el emir de Granada, Yusuf III, para retomar las hostilidades con el reino nazarí.

El infante tenía poder, influencia, una inmensa fortuna, pero carecía de fama, prestigio y gloria y estas sólo se podían alcanzar en el campo de batalla, combatiendo a los enemigos de Castilla y del cristianismo.

En febrero salió don Fernando de Valladolid con el propósito de llegar a Andalucía en abril, fecha en la que vencía la tregua con Yusuf III, pero en su camino fue informado de la sublevación de don García Fernández de Villagarcía, comendador mayor de la Orden de Santiago en Castilla, que se hizo fuerte en el castillo de Montánchez, en Cáceres. El comendador consideraba que no era de recibo que un niño de nueve años ocupara el cargo de maestre, dignidad que, por otro lado, consideraba que en justicia le correspondía. Argumentaba que don Fernando, escudándose en sus hijos, pretendía reunir todo el poder de Castilla. El infante desvió sus tropas hacia Montánchez para sofocar una revuelta que corría el riesgo de extenderse por otras plazas de la orden, pues el comendador no fue el único al que disgustó sobremanera el nombramiento de un niño como maestre. Pero don Fernando no necesitó poner cerco al castillo. Don García Fernández de Villagarcía carecía del apoyo de la orden, así como de gran parte de la nobleza castellana que se había embarcado en la guerra contra el moro y que advertían en la sublevación del comendador un obstáculo que les retrasaba satisfacer sus ambiciones de botín y renombre. Los partidarios de doña Catalina, como don Juan Hurtado de Mendoza o don Juan de Velasco, la urgieron a intervenir en el conflicto. Había una guerra que librar y por el bien de Castilla era conveniente evitar cualquier tipo de distracción. Finalmente, la disputa por el maestrazgo de Santiago se solucionó como se solían solventar los asuntos en Castilla; con dinero. El comendador entregó el castillo de Montánchez y aceptó a don Enrique como maestre a cambio de quinientos mil maravedíes. Don García Fernández de Villagarcía se unió entonces muy satisfecho al ejército de don Fernando. Había conseguido un suculento botín antes incluso de que se iniciaran las hostilidades.

El emir Yusuf III estaba informado del movimiento de las tropas castellanas y no esperó a que estas cruzaran sus fronteras. Sobornó a un escudero, de nombre Andrés Hernández de Beteta, para que les facilitara la entrada en Zahara, ciudad que don Fernando había reconquistado para Castilla hacía tres años. Pero el castillo resistió y los moros, ante la presencia del ejército castellano, desistieron del cerco y abandonaron Zahara con un cuantioso botín y con sesenta mujeres y ciento veinte niños que llevaron cargados con cadenas a Granada.

La guerra con los moros había comenzado.

24

Balaguer, Lérida, septiembre de 1409

Era una calurosa tarde de agosto. El conde Jaime de Urgel se encontraba en la sala principal del castillo de Balaguer, una antigua fortaleza musulmana del siglo IX que los Urgel se habían preocupado en reformar para convertirla en su residencia, desde que don Armengol de Urgel conquistara Balaguer en 1105, estableciendo en esta plaza la capital del condado. El conde tenía algo menos de treinta años, cabellos y barba cobriza, casi roja, ojos claros, piel blanca y labios gruesos y bien dibujados. Le acompañaban en la estancia su esposa doña Isabel de Aragón; su madre, doña Margarita de Montferrato, y uno de sus más fieles parciales, don Antonio de Luna. El conde de Urgel estaba satisfecho. El rey Martín de Aragón le nombró lugarteniente de Aragón el 15 de junio de 1408 y, gracias a la persistencia de doña Margarita, hacía un mes le otorgó el cargo de gobernador general de la Corona de Aragón, dignidad tradicionalmente reservada al heredero y que había quedado vacante tras la muerte en julio de don Martín *el Joven,* único hijo del rey. Don Jaime disfrutaba de una copa de vino mientras contemplaba cómo el sol acariciaba el horizonte, barnizando las nubes del atardecer con una tonalidad rosácea.

—No hay duda de que seréis rey —dijo don Antonio de Luna, señor de Almonacid y Pola. Era un noble aragonés de algo más de cuarenta años, de cabellos y barba castaña, ojos oscuros, frente despejada, alto de talla y hombros anchos. Se trataba de un leal partidario de don Jaime, entregado por completo a su causa.

—Siempre y cuando el rey no tenga descendencia —apostilló con voz aguda, casi chirriante, doña Margarita de Montferrato. La madre del conde contaba con unos sesenta años, pelo largo y cano, rostro macilento y ajado, y ojos grises y acuosos.

El 17 de septiembre el papa Benedicto XIII ofició el matrimonio de don Martín con doña Margarita de Prades en el palacio de Bellesguard. La inesperada muerte de don Martín *el Joven* en Cerdeña precipitó el enlace. Urgía que don Martín tuviera un nuevo sucesor. La familia Urgel guardaba cierto resentimiento hacia rey de Aragón, pues le ofrecieron en matrimonio a doña Cecilia de Urgel, hermana de don Jaime, pero el rey se decidió finalmente por doña Margarita de Prades.

—¿Descendencia? —preguntó don Jaime arrugando los labios con

desprecio—. Todo el mundo sabe en la Corte que el rey es impotente.

—Jaime… —protestó molesta doña Isabel, hermana del rey. Estaba sentada frente a una ventana y sostenía en brazos a su hija Isabel, de apenas seis meses.

—Es verdad, querida mía —don Jaime se acercó a doña Isabel y la acarició el rostro con ternura—. Será vuestro hermano, pero eso no lo libra de ser un obeso impotente. Todo habría sido más fácil si hubiera elegido esposa a Cecilia, pero sus consejeros decidieron que doña Margarita suponía un matrimonio más conveniente.

—Mi hermano sería igual de impotente si se hubiera casado con vuestra hermana —repuso doña Isabel. La hermana del rey tenía treinta y cuatro años, tez blanca, ojos color miel, nariz pequeña y labios carnosos. Era una mujer muy bella, pero su verdadero valor residía en que era la hermana de don Martín.

—Efectivamente —confirmó don Jaime—, Cecilia es hermosa, pero dudo mucho que pudiera obrar el milagro de levantar a los muertos —don Jaime rio su propia gracia que fue seguida por las carcajadas de don Antonio de Luna—, pero habría sido reina de Aragón. Dormiría todas las noches con él y le susurraría al oído que me nombrara su sucesor. Todas las noches.

—Casi lo que he tenido que hacer yo para que te nombrara lugarteniente primero y gobernador general después—terció doña Margarita.

—Pero no habéis tenido necesidad de acostaros con él —observó socarrón don Jaime.

—¡Dios me libre! —exclamó escandalizada la condesa-viuda.

«Dios os libre a ambos», pensó el conde de Urgel.

—¿Cuándo tenéis pensado acudir a Zaragoza para tomar posesión de vuestro cargo? —preguntó don Antonio de Luna.

Don Jaime debía acudir a Zaragoza y jurar el cargo de gobernador general de la Corona de Aragón ante don Juan Jiménez Cerdán, justicia mayor de Aragón, para hacer efectivo el nombramiento.

—Es un mero trámite —afirmó don Jaime.

—Cierto, pero importante. No deberíais demorarlo, pues hasta que no juréis ante el justicia mayor, no podréis ejercer como gobernador general —le recordó don Antonio de Luna.

—Debes ir a Zaragoza, y cuanto antes —intervino doña Margarita—. El rey está enfermo de mente y cuerpo. Dios lo puede reclamar en cualquier instante.

—¡Doña Margarita! —exclamó indignada doña Isabel.

La condesa-viuda sacudió la cabeza y dijo:

—No afirmo más de lo que tú sabes. Tú hermano está aquejado del mal de la melancolía desde que murió su primera esposa, doña María de Luna, y la muerte de su hijo y heredero lo ha hundido más en su

tristeza. En los últimos meses ha ganado mucho peso. Su salud, querida hija, está muy mermada. No exagero cuando afirmo que nos puede dejar en cualquier momento. Y debemos estar preparados —desvió la vista hacia su hijo y prosiguió—: Jurar tu cargo te garantiza prácticamente la sucesión. Debes marchar a Zaragoza.

Don Jaime asintió. Había demorado su viaje a Zaragoza porque no se sentía cómodo alejado de Cataluña. En Aragón contaba con el apoyo de la facción Martínez y Ferrench de los Luna, pero también tenía peligrosos adversarios, como la familia Urrea, el gobernador don Gil Ruiz de Lihori y el arzobispo de Zaragoza don García Fernández de Heredia. Aragón era territorio hostil, pero las sugerencias de su madre y de don Antonio de Luna eran más que acertadas. Debía acudir a Zaragoza y jurar sus nuevas responsabilidades. Sólo así, podría considerarse sucesor de don Martín.

—Yo os acompañaré con varios de mis hombres de confianza —dijo don Antonio de Luna, leyendo sus pensamientos.

Don Jaime esbozó una sonrisa. Sabía muy bien a qué se refería don Antonio de Luna cuando hablaba de «hombres de confianza». Se trataba de asesinos, violadores y ladrones de la peor clase y condición, que habían vendido sus servicios al señor de Almonacid a cambio del perdón de sus deudas con la justicia y de una más que generosa retribución. Eran criminales sin escrúpulos, pero extremadamente fieles y eficaces en su cometido.

—Bien, partamos pues cuanto antes a Zaragoza y cumplamos con este maldito trámite —aceptó don Jaime.

***

Mientras en Balaguer don Jaime preparaba su viaje a Zaragoza, en el palacio de la Aljafería, don Gil Ruiz de Lihori, gobernador de Aragón, leía una carta urgente del rey Martín. Con él se encontraba don Juan Jiménez Cerdán, justicia mayor de Aragón. Don Gil Ruiz de Lihori terminó de leer la carta y la dejó sobre la mesa. Su semblante revelaba una honda preocupación.

—¿Qué noticias nos trae el rey? —preguntó inquieto el justicia mayor.

El gobernador de Aragón exhaló un largo suspiro y respondió:

—Nos esperan problemas. Graves problemas.

25

Zaragoza, septiembre de 1409

Don Jaime se dirigía ufano hacia las dependencias de don Gil Ruiz de Lihori, en el palacio de la Aljafería. Le acompañaba don Antonio de Luna. Ambos caminaban confiados por los pasillos del palacio dispuestos hacer cumplir un trámite que erigiría al conde de Urgel como heredero de facto si don Martín no conseguía embarazar a doña Margarita de Prades. Una circunstancia harto improbable teniendo en cuenta su estado físico y mental. Don Jaime y don Antonio entraron en el despacho del gobernador de Aragón. Don Gil Ruiz de Lihori se encontraba sentado frente a un escritorio lleno de documentos y legajos. Alzó la vista y apretó los labios cuando advirtió su visita. Intentó sonreír, pero no pudo. La antipatía que sentía por don Jaime era bien conocida y ni siquiera se molestó en enmascararla con palabras amables.

—Don Jaime, don Antonio —saludó fríamente, ofreciéndoles asiento con un gesto de mano. Don Gil Ruiz de Lihori tenía en torno a cincuenta años, cabellos grisáceos, rostro alargado y barba rala y blanca. Sus ojos eran claros y trasmitían una gran autoridad.

—Don Gil —dijo el conde tomando asiento, don Antonio se limitó a asentir y permaneció de pie detrás de don Jaime, como si pretendiera proteger sus espaldas.

—Confío en que hayáis tenido un buen viaje —dijo el gobernador, pretendiendo ser cortés.

—No ha estado mal, ¿supongo que habéis recibido mi carta? —preguntó don Jaime, yendo directamente al asunto que le había alejado de Balaguer. No se sentía cómodo ante la presencia del gobernador a quien tenía por enemigo. Realmente no se sentía cómodo en Aragón.

El gobernador asintió y desvió la vista hacia un documento que reposaba sobre la mesa.

—¿Y bien? —preguntó don Jaime.

—Mucho me temo que no va a ser posible.

—¿Qué queréis decir? —preguntó don Antonio de Luna con gesto adusto.

Don Gil Ruiz de Lihori carraspeó antes de responder.

—Don Juan Jiménez Cerdán ha tenido que marcharse. Asuntos urgentes reclamaban su presencia.

—En mi carta os avisé de mi llegada y de mis intenciones de jurar mi cargo de gobernador general ante el justicia mayor de Aragón —

dijo el conde de Urgel con tono reprobatorio.

—Deberéis esperar su regreso —se limitó a decir el gobernador con serenidad.

—¿Cuándo volverá? —preguntó don Antonio alzando la voz.

Don Gil desvió la vista hacia el señor de Almonacid y demoró unos instantes su respuesta, dejando claro que no toleraría otra insolencia. No era hombre que se amedrentara con facilidad.

—Lo desconozco.

Don Jaime y don Antonio intercambiaron una mirada. Ambos convinieron en que aquella ausencia era muy sospechosa.

—Vos sabéis que el rey Martín me ha nombrado gobernador general de Aragón. —Don Gil de Lihori asintió varias veces con los ojos cerrados, como si lamentara tal decisión—. A pesar de haber notificado mis intenciones de jurar mi cargo ante el justicia mayor, este ha decidido marcharse de Zaragoza para evitar cumplir con sus obligaciones.

—Aunque os parezca extraño, no todos los asuntos de Aragón giran en torno a vos —replicó don Gil—. Entiendo que las circunstancias que han reclamado la presencia del justicia mayor son más urgentes que tomaros juramento de vuestro cargo.

Ahora fue don Jaime quien apretó los dientes. Empezaba a aflorar la abierta hostilidad que existía entre ambos.

—Si el justicia mayor considera que el juramento carece de importancia no habrá ningún impedimento en que asuma mis nuevas responsabilidad sin necesidad de jurarlas. —Las palabras de don Jaime sonaron a desafío en los oídos de don Gil Ruiz de Lihori. La conversación iba ganando en temperatura según avanzaba.

—Sabéis muy bien que eso no es posible —repuso con sosiego don Gil—. Los fueros aragoneses exigen que el gobernador general de Aragón jure su cargo ante el justicia mayor para hacerlo efectivo.

—¡Maldita sea, pues que el justicia venga aquí ahora y juraré el maldito cargo! —exclamó el conde levantándose de la silla como un resorte. Estaba fuera de sí. Completamente descolocado. No estaba en sus cálculos que el justicia mayor no se encontrara en Zaragoza. Lo que había considerado que sería un simple trámite se había complicado hasta límites insospechados. Necesitaba con urgencia ejercer de gobernador general para poder ser considerado el legítimo sucesor de don Martín. Entonces empezó a entender. Entornó los ojos y lanzándole miradas llenas de reproche le dijo—: Vos y el justicia mayor os habéis confabulado para que yo no pueda tomar posesión del cargo. ¡No queréis que yo sea el sucesor de don Martín! —exclamó, apuntándole con un dedo acusador.

Don Gil Ruiz de Lihori encaró con serenidad los ojos desafiantes del conde y dijo:

—Será mejor que os marchéis. Esta conversación ha terminado.

Don Jaime apretó los dientes y levantó el mentón. Sus ojos lanzaban brasas incandescentes. Desconocía qué tramaban el gobernador y el justicia mayor y si había alguien más involucrado en todo ese asunto como los Urrea o el arzobispo de Zaragoza, uno de sus contrarios más peligrosos. Pero lo averiguaría. No obstante, de ningún modo podría regresar a Balaguer sin haber jurado el cargo. Sería una humillación insoportable. ¿Qué clase de rey es aquel que no logra hacerse respetar por sus vasallos? Tomó buena cuenta de la actitud de don Gil Ruiz de Lihori. Cuando fuera proclamado rey recibiría su recompensa.

—Os equivocáis, gobernador, esto no ha hecho más que empezar —advirtió don Jaime, masticando entre dientes cada una de sus palabras. Sin esperar respuesta, se giró y encaró la salida de la cámara seguido de don Antonio de Luna.

El gobernador exhaló con profusión y alivio cuando el conde y don Antonio cerraron la puerta a su paso. Desvió la vista hacia un documento que se hallaba oculto bajo unos legajos. Lo tomó y lo releyó. Era la carta del rey Martín en la que le conminaba a servirse de las argucias que considerase oportunas para evitar que el conde de Urgel jurara el cargo de gobernador general. La orden debía mantenerse en el más estricto secreto. Don Gil y don Juan Jiménez Cerdán acordaron que lo más sensato era que el justicia mayor se alejara de Zaragoza esgrimiendo cualquier pretexto y que no regresara hasta que el conde se hubiera marchado a Balaguer. No parecía un plan excesivamente desarrollado, pero no tenían otro. Pero ¿cuánto tiempo esperaría el conde el regreso del justicia mayor? La paciencia no era su mayor virtud. Don Gil negó con la cabeza al recordar la mirada colérica y cargada de odio que derramó sobre él antes de marcharse. Una mirada que anticipaba serias dificultades.

El conde caminaba con pasos apresurados por los pasillos del palacio. En su mente aún rumiaba la conversación con el gobernador. Sentía como su pecho ardía lleno de ira. Apretó los puños. Todo aquello era una farsa, una pantomima para evitar que pudiera hacerse con el cargo que el rey le había otorgado. Pero ¿don Gil se atrevería a desobedecer un mandato del rey? Imposible. Siempre había actuado con lealtad. ¿Entonces? Don Jaime detuvo el paso. ¿Estaría el rey Martín involucrado en ese asunto? Sacudió la cabeza. No tenía sentido. Pero algo se le escapaba. Retomó el paso. Su cabeza trabajaba afanosamente. Don Antonio de Luna le miraba sin atreverse a interrumpir sus pensamientos.

—El justicia mayor no se encuentra en Zaragoza y yo no puedo jurar el cargo —comenzó a explicar para sí mismo, intentando reorganizar sus ideas—. Pero si regresa, este asunto quedará resuelto.

—Así es —confirmó don Antonio, como si el conde se hubiera dirigido a él.

Don Jaime detuvo de nuevo el paso. Sus labios mostraron una inquietante sonrisa.

—Llamad a vuestros parciales en Aragón. ¡Llamadlos a todos! —Don Antonio de Luna arrugó las cejas sin entender—. Daremos razones al justicia mayor para regresar a Zaragoza.

26

Zaragoza, octubre de 1409

Cualquier pretexto era aprovechado por los hombres de don Antonio de Luna para provocar algaradas y disturbios. Una mirada turbia, un gesto desconsiderado, el más leve encontronazo bastaba para hacer aflorar el hierro de puñales y espadas. Los muertos se contaban por decenas. Las autoridades eran incapaces de poner orden en un terrible caos que amenazaba con empujar a la ciudad y a todo Aragón a la guerra.

Don Jaime de Urgel se encontraba en el salón principal de su palacio de Zaragoza. Contemplaba por la ventana cómo varias columnas de humo se elevaban oscuras hacia el cielo anunciando muerte y desgracias. Bebió un trago de vino.

«¿Cuánto tardará en aparecer el justicia mayor?», se preguntaba.

La ciudad había sido tomada a sangre y fuego por sus hombres y por los de don Antonio de Luna. Don Gil Ruiz de Lihori era incapaz de evitar las peleas, los robos, las violaciones y los asesinatos. Don Jaime había entregado la ciudad a la violencia y la locura para forzar el regreso del justicia mayor. ¿Cuántas personas más deberían morir? ¿Cuántas casas y comercios debían saquear y quemar para que don Juan Jiménez Cerdán se decidiera por fin a regresar a Zaragoza? Que la ciudad estuviera sometida al desorden y a la barbarie no era responsabilidad suya, sino del gobernador y del justicia mayor. El conde de Urgel no tenía ni interés ni ganas de enfrentarse a la mirada reprobatoria y decepcionada de su madre en el caso de que tuviese que volver a Balaguer sin haber tomado posesión de su cargo. Antes destruiría la ciudad hasta sus cimientos si fuera necesario. Bebió otro trago. No le agradaba esta perspectiva, pero las grandes recompensas requieren de grandes sacrificios. Escuchó el estridente chirrido que emitieron los goznes de la puerta al abrirse. Entró en la sala don Antonio de Luna.

—Mi señor.

—¿Alguna novedad? —preguntó el conde, girando de nuevo la vista hacia la ciudad de Zaragoza. El sol se ocultaba tras unas nubes grises que auguraban lluvia.

—No, mi señor, seguimos sin noticias del justicia mayor. Pero han llegado a mis oídos ciertos rumores que estoy seguro de que serán de vuestro interés.

El conde se acercó a una mesa e hizo un gesto a don Antonio para

que le acompañara. Ambos tomaron asiento. Don Jaime sirvió dos vasos de vino. El señor de Almonacid tomó uno y lo vació de un trago. Destruir, quemar y asesinar es una actividad agotadora y da mucha sed.

—¿Y bien? ¿Qué noticias son esas? —preguntó el conde.

Don Antonio se sirvió otro vaso y le dio un largo trago antes de responder. Don Jaime le miraba con impaciencia.

—No habéis jurado vuestro cargo por orden del rey —respondió después de limpiarse los labios con el antebrazo.

—¿Qué queréis decir?

—El rey ha ordenado a don Gil Ruiz de Lihori que os impida jurar vuestro cargo de gobernador general.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó impaciente el conde, pero acto seguido hizo un ademán con la mano. Don Antonio de Luna tenía espías repartidos por todo Aragón. Sus fuentes eran del todo fiables. Se incorporó de la silla y comenzó a andar por la sala. Se preguntaba qué motivos tendría el rey para tomar tan extraña decisión.

—Hay algo más —dijo don Antonio. El conde de Urgel detuvo el paso y le miró con atención—. Don Martín está negociando con el papa Benedicto la legitimación de su nieto Fadrique.

—¿Cómo? —preguntó don Jaime sin poder dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Las negociaciones se están desarrollando en Barcelona. Y parece ser que están muy avanzadas.

—Fadrique dejaría de ser un bastardo… —musitó para sí mismo don Jaime.

La revelación de don Antonio causó una gran conmoción en el conde. Ahora no sólo debía preocuparse de tomar posesión del cargo de gobernador general, sino también de la posibilidad de que el papa legitimara al nieto bastardo del rey. Era como si el destino se hubiera confabulado en su contra para impedirle reinar.

—El nieto de don Martín sería el legítimo sucesor al trono de Aragón. —Don Antonio puso voz a los pensamientos del conde—. Todo nuestro esfuerzo habría resultado inútil.

Don Jaime arrojó con furia el vaso contra el suelo rompiéndolo en mil pedazos. Quizá por tal motivo don Martín había impedido que pudiera tomar posesión de su cargo de gobernador general. El rey pretendía ganar tiempo. Si el papa borraba todo rastro de bastardía en don Fadrique, este sería su heredero. Y la dignidad de gobernador general correspondía al sucesor a la corona, a don Fadrique. De pronto todo cobraba sentido. Pero ¿legitimaría Benedicto XIII a un bastardo? El conde sonrió con desgana. Claro que lo haría. Pocos eran los reinos que le apoyaban y si perdía el favor de Aragón tendría que desistir y renunciar sin remedio a su fraudulento papado. Benedicto era capaz

de hacer cualquier cosa por mantener su poder en Aviñón y legitimar a un bastardo podría ser fácilmente una de ellas.

—El rey no os quiere como heredero —afirmó don Antonio de Luna.

El conde le lanzó una mirada reprobatoria. A nadie le agrada que le recuerden que ha sido despreciado y humillado. Don Antonio se podría haber ahorrado tal obviedad.

—Si el papa legitima al pequeño bastardo será el fin —prosiguió don Antonio.

Don Jaime levantó molesto la mano invitándolo a callarse y dejar de proferir simplezas. Debía encontrar una solución y sus continuas impertinencias interrumpían sus pensamientos. Don Antonio era el más fiel de entre sus partidarios. Obedecía sus órdenes sin cuestionarlas. Disponía de poder, oro y soldados. Tenía muchas virtudes, pero la sutileza no era precisamente una de ellas.

—No tenemos tiempo —dijo al fin el conde—. Vuestros hombres tendrán que emplearse con más entusiasmo en su oficio.

Los labios de don Antonio dibujaron una extraña sonrisa. Don Jaime fijó en él una mirada sombría, cruel, despiadada.

—Sin contemplaciones, sin clemencia, sin compasión —comenzó a decir, arrastrando entre dientes cada palabra con una mueca de odio y rencor—. Reduciré Zaragoza a cenizas si es necesario, pero no regresaré a Balaguer sin haber tomado posesión de las responsabilidades que por derecho me corresponden.

Don Antonio se despidió en silencio y encaró la puerta con pasos rápidos. Había recibido una orden y se disponía a ejecutarla con su habitual diligencia.

27

Zaragoza, octubre de 1409

—¡Han tomado la ciudad y asesinado a varios de mis hombres! ¡Mi familia se niega a salir del palacio! ¡Ese maldito bastardo de don Antonio de Luna los tiene atemorizados!

Quién así hablaba era don Pedro Jiménez de Urrea, vizconde de Rueda y acérrimo enemigo de don Antonio de Luna. Se trataba de un hombre menudo, algo encogido de hombros, ojos pequeños y oscuros como los de un ratón, y barba escasa y desaliñada. El vizconde tenía poco más de cuarenta años, pero el paso del tiempo no le había tratado con indulgencia. Se encontraba en el palacio episcopal de Zaragoza, en las dependencias privadas del arzobispo García Fernández Heredia. Con ellos estaba el gobernador don Gil Ruiz de Lihori. El vizconde se movía de un lado a otro de la sala. Estaba muy nervioso y preocupado. Decenas de hombres de don Antonio de Luna habían tomado la ciudad. Asaltaban comercios, violaban a mujeres y asesinaban con saña a pobres desgraciados con total impunidad. Zaragoza había sido abandonada a su suerte y nadie era capaz de evitarlo.

—Es evidente que pretende forzar el regreso de don Juan Jiménez Cerdán —dijo don Gil Ruiz de Lihori.

—Algo que debemos evitar —afirmó con serenidad don García Fernández de Heredia. El arzobispo era cuñado del gobernador, tenía más de setenta años, cabellos escasos y canos, y ojos marrones y acuosos de los que colgaban bolsas macilentas. Una barba descuidada y grisácea asomaba en un rostro marchito, consumido por los estragos de la edad. Pero su mirada era enérgica, firme, intensa, y su voz, grave y poderosa, vibró con autoridad en las paredes en la sala. La fortaleza de su espíritu no guardaba proporción con la debilidad de su cuerpo.

—¿Ha respondido el rey? —preguntó don Pedro Jiménez de Urrea. El gobernador había enviado mensajeros a Barcelona denunciando la situación en la que se encontraba Zaragoza y suplicando el envío de soldados.

Don Gil Ruiz de Lihori asintió con los labios apretados y respondió:

—Dice que debemos ocuparnos nosotros de resolver este asunto con los medios de los que dispongamos.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido el vizconde. Su pecho se hinchaba con intensidad en cada respiración.

Un elocuente silencio inundó la cámara.

—¿El rey nos ha abandonado? —preguntó el vizconde con gesto de angustia y desesperación.

El arzobispo le miró con determinación y respondió:

—Tendrá sus motivos.

—¿Motivos? ¿Qué motivos?

Don García Fernández de Heredia sospechaba las razones que habían conducido a don Martín a desentenderse de la guerra velada que se estaba fraguando en Zaragoza entre los partidarios del conde de Urgel y sus rivales. El rey estaba persuadido de que la permisividad de don Jaime ante los crímenes perpetrados por sus parciales le granjearía la enemistad de los notables del reino. Don Martín había ofrecido a Zaragoza en sacrificio para evitar que el conde pudiera ser considerado su sucesor. Un precio excesivamente alto para un rey cuya máxima prioridad debería ser proteger a sus súbditos. Pero las prioridades de los reyes son inescrutables. El arzobispo se negó a verbalizar sus opiniones. La decisión ya estaba tomada y los ánimos lo suficientemente encrespados. No era prudente alimentar aún más el fuego de la ira, la venganza y el temor que ardía en terribles llamas en el corazón del vizconde.

—Llamad a vuestro hijo, mi sobrino. —Don García Fernández de Heredia ignoró la pregunta del vizconde y desvió la vista hacia el gobernador—. Que acuda con urgencia a Zaragoza con todos los peones y hombres de armas que pueda reclutar. No os preocupéis por el dinero. Lo urgente ahora es echar de Zaragoza al conde y a su *perro*.

Don Juan Fernández de Heredia, hijo del gobernador, se encontraba en Valbona, una de las baronías de su padre próxima a Valencia. Las rivalidades entre las familias valencianas de los Vilaragut y los Centelles amenazaban con extenderse por tierras aragonesas. Don Juan Fernández había marchado a Valbona con una partida de hombres de armas para evitar males mayores. Si los Vilaragut y los Centelles querían matarse entre ellos que lo hicieran, pero en sus propios territorios.

El gobernador dudó, pues temía que su hijo abandonara Valbona y que esta fuera víctima involuntaria de las guerras entre las familias valencianas. Pero el rey había eludido intervenir en Zaragoza y pocas eran las opciones que les quedaban si pretendían evitar el desastre.

—Bien —aceptó al fin don Gil Ruiz de Lihori, soltando un largo suspiro—. Enviaré un mensajero a mi hijo con urgencia. Le apremiaré para que regrese cuanto antes a Zaragoza con todos los hombres de armas.

El arzobispo cabeceó varias veces con gesto adusto y preocupado. Se preguntaba si su sobrino llegaría a tiempo. Los hombres de don Antonio de Luna se estaban entregando a su oficio con esmero.

¿Cuánto tiempo más podrían aguantar? La pesadilla terminaría si reclamaba la presencia del justicia mayor. Pero esta era una posibilidad que de ningún modo se había planteado. Antes permitiría que Zaragoza fuera inmolada en un fuego purificador, en un alarde de honor y dignidad. Zaragoza sería el ejemplo de lo que le sucedería a Aragón si don Jaime se alzaba con el trono. Quizá la decisión del rey de no acudir en su auxilio no fuera tan descabellada.

—Ruego porque las tropelías que está cometiendo don Antonio de Luna en Zaragoza con el consentimiento del conde Jaime de Urgel no queden en el olvido —deseó el vizconde, distrayéndole de sus pensamientos.

—Vigilaremos para que jamás sean olvidadas —aseguró el arzobispo con determinación—. El conde recibirá el correspondiente pago por sus crímenes. En esta vida y en la otra.

28

Zaragoza, octubre de 1409

Don Jaime dormía plácidamente en su alcoba al calor de dos barraganas que esa noche le calentaron el lecho. Eran altas horas de la madrugada. Habían cesado los habituales tumultos y algaradas con las que los hombres de don Antonio de Luna se empeñaban en perturbar la paz y tranquilidad de los zaragozanos. Hasta los rufianes y criminales tienen derecho al descanso. En el exterior de la alcoba se escuchaba el ladrido de un perro solitario. Su eco reverberara en las calles solitarias. Pero a nadie le preocupó. Los que estuvieran aún despiertos habrían concluido que se trataba de un perro callejero ladrando a una rata o a un gato. ¿Qué importaba? El perro seguía ladrando. Y su ladrido fue seguido por el sonido de unos pasos apresurados. Los pasos entraron en el palacio de don Jaime, un edificio de tres plantas próximo al río Ebro. Subieron las escaleras y llegaron a la segunda planta, donde se encontraba la alcoba del conde. Se detuvieron frente a la puerta. Un hombre tomó un poco de aire y la empujó con fuerza.

—¡Mi señor, debemos huir!

Las barraganas se despertaron voz en grito y cubrieron sus partes pudendas con una sábana. El conde se incorporó desconcertado con ojos soñolientos sin saber casi dónde se encontraba. Durante la cena y en compañía de las mujeres había dado buena cuenta de varias jarras de vino. La cabeza le daba vueltas y amenazaba con estallar. Alzó la vista y advirtió la presencia de don Antonio de Luna.

—¿Qué sucede? —balbució.

—Decenas de hombres de armas de don Juan Fernández de Heredia han cruzado las murallas y se dirigen al palacio.

—¡Maldita sea!

El conde se levantó de la cama desnudo y sumergió el rostro en una jofaina. Sintió como el agua fría le despejaba.

—Daos prisa, mi señor —apremiaba don Antonio con gesto apresurado, sin dejar de mirar por la ventana.

—¿Tantos son? ¿Realmente debemos huir durante la noche como perros? —preguntó don Jaime. Se disponía a huir de Zaragoza sin tomar posesión de su cargo de gobernador general. Se le helaba la sangre ante la perspectiva de tener que enfrentarse a los terribles y decepcionados ojos de su madre.

—¡Muchos más que nosotros!

El valor es la virtud que define a los bravucones que cuentan con numerosas espadas y dagas a su favor, pero suele evaporarse con sorprendente rapidez ante la perspectiva de verse superado en número por el adversario. Y ahora el corazón de don Jaime tenía que decidir si enfrentarse a los soldados de don Juan Fernández de Heredia o a la mirada furiosa de su madre. Cogió nervioso sus calzas y comenzó a vestirse con celeridad.

—¡Vámonos! —dijo una vez se hubo puesto el jubón, la pelliza y se armó con espada y daga.

—¿Y nosotras? —preguntó una de las mujeres con ojos aterrados.

Don Jaime salió de la alcoba sin molestarse en responder. El destino que les aguardara a las dos rameras cuando los hombres de don Juan Fernández de Heredia asaltaran el palacio no era de su incumbencia. El conde y don Antonio descendieron las escaleras y salieron del palacio. En la puerta les esperaba media docena de valentones con antorchas montados a caballo.

—¡Ahí están!

Don Jaime se giró y observó cómo un grupo de hombres armados se dirigía hacia ellos. Con pavor advirtió que por el otro lado de la calle cabalgaba una veintena de jinetes de don Juan Fernández de Heredia.

—¡Huyamos por el río! —señaló don Antonio.

El conde desvió la mirada hacia una barca amarrada en la orilla de la imponente y negra lengua de agua que era el Ebro. Tragó saliva. No sabía nadar. Le aterraba ser engullido por la tenebrosa y furiosa corriente, embravecida por las lluvias de otoño. La respiración se aceleraba y el corazón golpeaba con fuerza las paredes de su pecho. Entonces sintió como alguien le tomaba del brazo y casi a arrastras lo subía a la barca.

—¡Que no escapen!

—¡Matadlos a todos!

Los gritos de los hombres de armas le devolvieron a la realidad. Dos valentones empujaban la barcaza mientras que el resto aguardaba la llegada de los soldados de don Juan Fernández Heredia. Las antorchas iluminaban la oscuridad de la noche. Hacía frio. Don Jaime estaba asustado.

—¡Vamos, subid! ¡No hay tiempo! —gritó don Antonio empujando al conde hacia la barca.

Una flecha silbó cerca de sus oídos y se hundió en la oscuridad del río. Entre dos males siempre hay que elegir el menos dañino y don Jaime decidió que si subía a la barca sus probabilidades de sobrevivir serían mayores que si permanecía en la orilla. Eran un puñado de hombres frente a decenas de enemigos armados con lanzas, espadas y ballestas. Los masacrarían sin piedad. Con el corazón intentando salir

de su garganta y las manos temblorosas por el miedo y el frio, don Jaime subió a la barca.

—¡Agggh!

Los ballesteros del hijo de gobernador dispararon sus armas y uno de los valentones fue alcanzado por una flecha. Cayó al agua y su cuerpo se perdió arrastrado por la corriente. Los hombres de don Antonio cubrieron su huida con los caballos y subieron a la barca. Un caballo fue herido en el lomo. Su relincho resonó desgarrador en la noche. Agitó nervioso la cabeza, liberándose de las riendas. Emitiendo un estremecedor bufido, corrió impetuoso alejándose de aquellos hombres empeñados en matarse.

—¡A los remos! ¡Rápido! —se desgañitaba don Antonio—. ¡Tirad al agua las antorchas!

Las gentes de armas de don Juan Fernández Heredia estaban muy cerca. Los ballesteros no dejaban de disparar, pero el miedo infundió renovados ánimos a los remeros que bogaban en un desatado frenesí persuadidos de que sus vidas dependían de ello. Las flechas silbaban y desaparecían engullidas por el río sin causar daño. Atrás dejaron los gritos de los soldados que maldecían y proferían toda suerte de amenazas e insultos. En un breve instante los huidos se pusieron a distancia y se desvanecieron en la oscuridad de la noche.

—Lo hemos conseguido —dijo don Antonio de Luna soltando un largo suspiro de alivio. Los hombres de don Juan Fernández de Heredia habían dejado de vocear y se marchaban frustrados por la pérdida de su codiciada presa. Sólo se escuchaba el batir de los remos al hundirse en el agua. El conde de Urgel se arrebujó en su pelliza. Estaba helado de frio. Miró hacia un cielo sin luna, sin estrellas. Las nubes habían oscurecido aún más la noche protegiendo su huida. Su huida… ¿Era digno de un rey huir en medio de la noche como un vulgar criminal? ¿Temblando de miedo y frio? Esbozó una triste sonrisa. Miró las negras aguas y sintió un estremecimiento. Alzó la vista y suspiró más sosegado cuando advirtió que la orilla se encontraba a pocos pasos. Don Antonio conseguiría monturas y podría regresar a Balaguer. Intentó tragar saliva, pero su garganta estaba seca. En Balaguer estaba su madre. Y sus furiosos y decepcionados ojos grises. Ese fracaso tendría terribles consecuencias y enfrentarse a doña Margarita de Montferrato era la más espantosa de todas.

29

Córdoba, abril de 1410

Yusuf III, aprovechando que el grueso de las tropas del infante se encontraba en Córdoba, envió un numeroso ejército desde Baza a la frontera murciana al mando de su hermano, Abu-I-Hassan Alí. El príncipe musulmán entró a la fuerza por el valle del Segura. Incendió Génave y asesinó a mujeres y niños, sembrando un horrible caos y destrucción a su paso. Los pocos supervivientes de sus tropelías fueron capturados y llevados a Granada y a Fez, donde serían vendidos como esclavos. Sin nadie que se interpusiera en su irrefrenable avance, el príncipe llegó a las murallas de Caravaca, donde se encontró con la feroz resistencia de la población y de las tropas que la guarnecían que, comandadas por don Pedro López Fajardo, comendador de la villa, lucharon con coraje y desesperación por sus vidas y por las de sus familias, persuadidos del terrible destino que les aguardaba si los moros lograban cruzar sus murallas. Incapaz Abu-I-Hassan Alí de tomar la villa e informado de la inminente llegada de refuerzos cristianos, abandonó el asedio y se replegó a territorio nazarí no sin antes aplicarse con especial saña en asolar toda la comarca, condenando así a morir de hambre a los pocos que habían sobrevivido al filo de sus cimitarras.

En Córdoba, donde don Fernando había establecido su real, llegaban las noticias de las incursiones moras por las fronteras castellanas. Pensaban que Yusuf III iba a permanecer agazapado como un cervatillo asustado, mientras ellos invadían impunemente sus tierras, pero se habían equivocado. El saqueo de Zahara, la destrucción de Génave y el asesinato y rapto de decenas de mujeres y niños cristianos enardecieron los ánimos de venganza de los caballeros castellanos. Don Fernando desplazó la mirada sobre los nobles que le acompañaban. Sus miradas reflejaban tensión, inquietud y preocupación, pero también rencor, rabia y furia. Emociones que bien encauzadas conducirían hacia la victoria. Con el infante se hallaban sus más leales partidarios; don Ruy López Dávalos, don Diego Pérez Sarmiento, don Fadrique y el obispo de Palencia, pero también los parciales de doña Catalina como don Juan de Velasco, don Juan Hurtado de Mendoza y don Diego López de Estúñiga. Incluso el comendador mayor de Castilla, el rebelde don García Fernández Villagarcía, reconciliado con el infante a cambio de un generoso pago, participó con especial entusiasmo en la guerra. Ningún noble de

Castilla estaba dispuesto a ser desplazado de la campaña contra el moro, a ser ignorado en una guerra que estaba destinada a ser escrita con letras de oro en la historia de Castilla. Sobre una mesa había desplegado un enorme mapa de la frontera castellana con Granada. Don Fernando lo contempló durante unos instantes y luego habló:

—Bien, es evidente que nuestro avance no ha intimidado a Yusuf —comenzó a explicar—. He de reconocer que me ha sorprendido su osadía. Ahora no sólo debemos preocuparnos de la invasión de Granada, sino también de proteger nuestras fronteras —miró con determinación a sus capitanes—. De nada sirve avanzar por territorio nazarí si estos nos arrebatan las villas fronterizas de Murcia y Jaén. La determinación de Yusuf nos obliga a replantearnos la campaña.

—¿Qué queréis decir? —preguntó con voz potente y preocupada el comendador mayor de Castilla, temiendo por un instante que el infante hubiera considerado abandonar la guerra y ordenara el repliegue de las tropas en espera de una mejor ocasión.

—No temáis, no es mi intención rendirme antes de entablar batalla —dijo el infante, leyendo en los ojos del comendador sus preocupaciones—. La guerra seguirá adelante, pero hay varias cuestiones que debemos valorar.

Don García Fernández de Villagarcía asintió varias veces con los labios muy apretados. El comendador rondaba los cuarenta años, era alto, de hombros anchos y manos grandes como palas. Su barba era abundante y muy negra. Era un enemigo implacable en el campo de batalla. El infante se alegró de contar con su participación en la guerra.

—En primer lugar, debemos decidir si continuamos con la campaña o esperamos unas semanas. Estamos en abril, los caminos están aún anegados por las lluvias y no hay suficiente forraje para los caballos —comenzó a explicar el infante—. En segundo lugar, en vista de las incursiones moras por Jaén y Murcia, quizá deberíamos plantearnos nuestros objetivos y, por último, debemos decidir si atacamos una ciudad o bien si nos limitamos a asolar los campos y las pequeñas villas nazaríes hasta que Yusuf se decida a presentar batalla —el infante concluyó su intervención y desvió la vista hacia los consejeros en espera de su opinión.

—Hay que atacar ya, ahora —dijo con determinación el comendador—. ¿Para qué esperar? Cualquier demora en nuestro avance será interpretada por Yusuf como una muestra de debilidad. ¡Venguemos la afrenta de Zahara y Génave! —exclamó dando un manotazo sobre la mesa que templó como si hubiera sido sacudida por un terremoto.

Se desató un murmullo entre los partidarios y los contrarios de la propuesta del comendador.

—Este ejército no ha sido armado para saquear, sino para conquistar tierras moras en nombre de Dios —intervino don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, alzando la voz para hacerse oír—. Y en nombre de Dios debemos proteger a los buenos cristianos que están siendo asesinados y esclavizados por los infieles.

—¿Qué proponéis? —preguntó el infante.

—Partamos hacia Baza y protejamos la frontera murciana.

—O a Gibraltar —propuso don Juan de Velasco—. Si conquistamos la plaza dominaremos el Estrecho. Granada tendrá serias dificultades para recibir refuerzos de los benimerines africanos. Nuestra flota nos abastecería durante el asedio. No tendríamos que retirarnos por la falta de víveres —añadió, con la perversa intención de recordarle a don Fernando los motivos del fallido asalto a las murallas de Setenil.

El infante reprimió una mirada asesina y digirió con calma la mordaz observación de don Juan. No obstante, hubo de reconocer que su propuesta no estaba exenta de lógica militar.

—Sin el apoyo de los infieles africanos, Granada, tarde o temprano, sucumbirá. Creo que la sugerencia de don Juan es muy acertada —intervino don Diego López de Estúñiga.

Sus palabras fueron refrendadas por don Juan Hurtado de Mendoza. Se evidenciaba que los partidarios de doña Catalina habían hecho causa común en la campaña.

—¿Y Antequera? —preguntó con los ojos entornados don Fadrique. Las miradas de los nobles castellanos se dirigieron a él—. Antequera es la puerta de Málaga —comenzó a explicarse el conde de Trastámara —. Se encuentra a medio camino de Córdoba y Sevilla. Podemos recibir refuerzos y víveres sin problema. Baza y Gibraltar son muy buenas opciones, pero son plazas muy alejadas de Córdoba. Tendríamos dificultad para transportar las bombardas, los pertrechos para la construcción de bastidas y los alimentos para soldados y bestias. El camino sería largo y fatigoso. Seríamos constantemente hostigados por avanzadillas musulmanas. Sin lugar a duda, considero que atacar Antequera es la mejor opción.

La tienda del infante quedó sumida en el silencio. Los nobles reflexionaban sobre la propuesta de don Fadrique. Don Fernando miró al obispo de Palencia y este asintió. Al infante le pareció acertada la idea de don Fadrique, aunque sólo fuera por llevar la contraria a los parciales de doña Catalina.

—Está decidido; marcharemos a Antequera —dijo al fin.

Los asentimientos y las miradas de confianza de unos se mezclaron con los cabeceos y expresiones de dudas de otros. Antequera era una ciudad importante. Su alcazaba, erigida sobre un cerro de piedra, estaba protegida por altas torres y gruesas murallas. Un río y varios arroyos le abastecían de agua y desde las colinas próximas los

antequeranos podían recibir refuerzos y víveres. Su asedio se advertía complejo y fatigoso. De éxito incierto. Se trataba pues de un objetivo audaz y ambicioso, propio de un rey. Nadie en Castilla había osado acometer una empresa similar desde que el rey Alfonso XI tomara Algeciras en 1344. Y de esta proeza habían trascurrido más de sesenta años. Un triunfo colmaría de reputación y gloria a su conquistador. Don Fernando sonrió. Antequera colmaría todas sus expectativas y ambiciones. Se prometió a si mismo que no cejaría en su empeño hasta cruzar sus murallas. Aunque tuviera que asediarla durante meses, durante años. Aunque perdiera la vida en el intento. Las arenas del tiempo no hacen distinción entre nobles y plebeyos, entre ricos y pobres. A todos iguala tras su muerte, relegándoles al más cruel de los olvidos. Pero el infante no era un hombre más. Anhelaba pasar a la posteridad, lograr que su nombre jamás fuera olvidado. Dios le había llamado para emprender grandes e inmortales hazañas y conquistar la ciudad nazarí sería la primera de ellas.

—¿Cuándo, mi señor? —preguntó el comendador, distrayendo al infante de sus ensoñaciones—. ¿Cuándo partiremos? —la pregunta vibró en la tienda revelando excitación e impaciencia a partes iguales.

—¿No esperaremos a que escampen las lluvias y se sequen los caminos? —preguntó don Juan Hurtado de Mendoza.

Don Fernando miró con férrea determinación al mayordomo del rey-niño Juan:

—No —respondió con rotundidad sin dar lugar a la réplica—, no podemos demorar más tiempo la invasión de Granada o Yusuf seguirá enviando tropas para devastar nuestras fronteras y esclavizar a nuestra gente. ¡Debemos actuar ya! —hizo una pausa y desviró la mirada hacia sus capitanes, intentando escrutar en sus ojos su confianza en la victoria. Tal y como esperaba, encontró seguridad entre sus partidarios y temor entre quienes no hacía mucho tiempo fueron sus rivales. No les culpaba, pues él mismo tenía sus dudas. Su plan era tremendamente ambicioso y el desastre de Setenil aún pesaba en su ánimo. Pero Antequera no era Setenil. Es precisamente en las derrotas donde se cosechan los más valiosos aprendizajes. En Antequera no cometería los mismos errores—. Mañana —prosiguió el infante—, mañana partimos hacia Antequera.

30

Antequera, abril de 1410

El día 26 de abril llegaron a Antequera las tropas castellanas. Inmediatamente los soldados cavaron fosos y elevaron empalizadas para proteger el campamento de las incursiones moras y evitar que los antequeranos pudieran recibir ayuda exterior. La actividad en el real castellano era frenética. Don Fernando contemplaba cómo los soldados sudaban copiosamente mientras picaban piedra y extraían la tierra. Pero lo hacían sin quejas ni protestas, pues estaban convencidos de que sus vidas dependían de ello. Desde las murallas de la ciudad, los musulmanes contemplaban sus trabajos con preocupación, midiendo el número y la calidad de las tropas cristianas allí congregadas y calculando el éxito de lanzar un ataque sorpresa ahora que acababan de llegar y que posiblemente se encontraran exhaustas y desorganizadas después de la larga marcha. Pero don Fernando había dispuesto varias compañías de jinetes que patrullaban por los alrededores de Antequera y a centenares de ballesteros que protegían el trabajo de los zapadores.

El sol se ocultaba tras una sierra cercana que los moros llamaban Abdalajis. Don Fernando concluyó que desde esas colinas los nazaríes podrían recibir fácilmente refuerzos y víveres, información que le fue corroborada por una patrulla de exploradores que además añadió que en lo más alto de la loma había erigido un monasterio fortificado. Al día siguiente de la llegada a Antequera, don Fernando convocó en su real al consejo de guerra.

—Debemos tomar el monasterio que se encuentra en la sierra de Abdalajis —comenzó a explicar a sus capitanes—. Las patrullas nos han informado de que ese antiguo cenobio está ocupado por los moros, pero desconocemos su número. Su conquista es imprescindible si pretendemos que el asedio de Antequera tenga éxito.

—Al estar amurallado su conquista no será fácil… —comentó don Juan de Velasco con voz temblorosa e insegura.

—Nada será fácil en esta campaña —repuso el infante. El tono titubeante y asustadizo del camarero mayor no fue de su agrado. Lo que menos necesitaba don Fernando en esos momentos era que alguno de sus capitanes revelara flaqueza y debilidad.

—Quizá se trate de un simple puesto de vigilancia —observó don Ruy López Dávalos.

—Puede ser —dijo don Fernando—, pero también es posible que

detrás de esos muros haya agazapado un poderoso ejército en espera de lanzarse contra nosotros en el momento más oportuno.

—Podríamos dividir las tropas y establecer dos campamentos —propuso don Juan Hurtado de Mendoza—. Uno aquí y otro en ese monasterio.

Don Fernando negó con la cabeza y dijo:

—No dispongo de soldados suficientes. Debemos tomar el monasterio y establecer allí una guarnición. En el caso de sufrir un ataque enviaremos rápidamente a la caballería. ¿Algún voluntario para comandar la misión?

Don Fernando podría haber ordenado a cualquiera de sus capitanes que tomara el monasterio, pero si enviaba a algún partidario de doña Catalina, podrían acusarle de pretender deshacerse de sus rivales enviándolos a misiones imposibles. Pero si enviaba a alguno de sus parciales, habría quienes le señalarían por encomendar a sus leales las operaciones más arriesgadas y peligrosas, aquellas donde los héroes cosechan la gloria y el prestigio. Hiciera lo que hiciera, sus enemigos le cuestionarían, por lo tanto, decidió que fueran voluntarios quienes se ocuparían de la arriesgada empresa. Don Fernando desvió la vista hacia cada uno de sus capitanes, pero estos esquivaron su mirada fijando distraídamente sus ojos en el suelo o en las paredes de tela de la tienda.

—¿Nadie? —preguntó perplejo don Fernando con las cejas arrugadas—. ¿En serio que en esta tienda no hay nadie con el suficiente valor para comandar la toma del monasterio? —su rostro estaba tornándose rojizo por la ira y la vergüenza. ¿Con esos capitanes se disponía a emprender la más ambiciosa de las campañas militares en cincuenta años?—. ¿Llevamos apenas un día de campaña y ya rehuís enfrentaros con el infiel?

Don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, miró a los notables de Castilla que se hallaban en el real. Tenía los brazos cruzados y la expresión severa de quién se disponía a regañar a un niño por haber cometido una travesura. Al igual que don Fernando, empezó a subírsele por el rostro los calores propios de quien siente cómo la ira va dominando su templanza. Negó varias veces con la cabeza y dijo:

—Contad conmigo, yo comandaré las tropas.

El infante asintió y le tomó agradecido del hombro.

—Iré con vos —dijo entonces don Juan Hurtado de Mendoza. El mayordomo del rey no estaba menos decepcionado que el obispo por la apatía mostrada por el resto de los capitanes. Tenía sesenta años y la vida resuelta. No necesitaba ni fama con la que engrandecer su ya ilustre apellido ni botín con el que aumentar su inmensa fortuna. Luchaba contra los moros porque era su obligación como caballero castellano y como piadoso cristiano. Había permanecido en silencio en

espera de que alguno de los nobles que allí se encontraba, mucho más joven, resuelto y ambicioso, se ofreciera voluntario, pero ante el elocuente y bochornoso silencio decidió intervenir y acompañar al obispo en tan peligrosa misión.

—Gracias, don Juan —dijo don Sancho con el brillo del orgullo reflejado en los ojos.

—¿Con cuántas tropas contamos? —preguntó el mayordomo del rey.

—Con quinientos lanceros y mil peones —respondió don Fernando —. Por lo escarpado del terreno, no tiene sentido enviar a la caballería.

—Mañana la cruz de Cristo y las enseñas de Castilla se alzarán en lo más alto del monasterio —dijo con seguridad el obispo—. Será la señal que confirme que hemos tenido éxito en su conquista.

—Dios así lo quiera —deseó don Fernando y mirando al resto de los capitanes, añadió—: Y vosotros no volváis a decepcionarme. No volváis a hacerlo porque os devolveré a vuestros hogares. Y no regresaréis cargados de gloria y botín, sino de vergüenza y deshonor. ¡Miradme bien y escuchadme porque no voy a repetirlo! No regresaré a Castilla hasta que haya conquistado Antequera. Y si es voluntad de Dios que aquí muera, os puedo asegurar que no encontraré ni mejor ocasión ni mejor lugar. Vuestra será la decisión de vivir sin honra, como perros cobardes o de morir como héroes, como buenos cristianos. Pero si la victoria nos sonríe, si conseguimos cruzar los muros de Antequera, vuestros nombres pasarán a la posteridad, nuestra hazaña será narrada durante siglos y el botín —hizo una pausa para que sus palabras fueran calando en la quebradiza voluntad de los capitanes— será cuantioso, formidable. Volveréis a vuestras tierras llenos de gloria y oro.

—No os defraudaremos, mi señor —dijo don Fadrique con una leve inclinación de cabeza, humillado porque fueran un anciano y un obispo quienes habían ocupado el lugar que les correspondía por juventud y apellido.

No tardó el resto de los notables de Castilla en unirse a las palabras del conde de Trastámara. Don Fernando asentía aceptando disculpas y justificaciones. La campaña se auguraba larga y no exenta de fatigas. Los nobles castellanos tendrían tiempo más que de sobra para demostrar su valía.

***

Al día siguiente las tropas castellanas del obispo y del mayordomo del

rey desalojaron sin dificultad a los moros que ocupaban el monasterio, pues huyeron nada más advertir la llegada de los cristianos. Como observó don Ruy López Dávalos, se trataba de un puesto de vigilancia guarnecido por un par de docenas de soldados. Don Fernando se cubrió los ojos para protegerse del sol y sonrió cuando divisó las banderas castellanas y una gran cruz de madera erigida sobre el campanario de lo que volvía ser un templo cristiano. Ahora sí, Antequera estaba definitivamente sitiada.

Durante los siguientes días se cavaron minas, se llenaron con escombros y maderos los fosos y se allanaron los caminos para facilitar el transporte de las bombardas, bastidas y torres de asalto que se afanaban en construir los maestros carpinteros. Los artilleros dispusieron las bombardas en posición para proteger el avance de las máquinas de guerra y de los zapadores, pero no pudieron evitar que, aprovechando la altura de las torres de vigilancia, los arqueros moros causaran estragos entre los zapadores cristianos. No menos terrible fue un ataque nocturno de los sitiados que, amparados por una noche sin luna, asesinaron a los soldados de guardia y prendieron fuego a una bastida.

La mañana siguiente, don Fernando, acompañado de don Ruy López Dávalos, contemplaba con expresión severa y preocupada los rescoldos humeantes de la bastida. Los aciagos recuerdos del asedio a Setenil nublaron su mente y su ánimo. Y las dudas comenzaron a debilitar lo que hacía sólo unos días era una férrea determinación. Si no había conseguido conquistar Setenil, ¿cómo pretendía asaltar los muros de Antequera, una ciudad más grande y mejor protegida? Sacudió la cabeza intentando apartar aquellos pensamientos de su mente. Sabía que la conquista de Antequera no sería una empresa fácil. ¿Acaso pretendía tomar la ciudad en dos días? Sus labios esbozaron una media sonrisa. Paciencia. Debía tener paciencia y no desfallecer ante el mínimo percance, pues sería el primero de otros muchos y posiblemente de mayor envergadura. Tal y como no tardó en comprobar pocos minutos después.

—Mi señor.

El infante se giró y desvió la vista hacia quien le había distraído de sus pensamientos. Se trataba de un jinete sucio de sudor y polvo. Estaba exhausto por el esfuerzo y daba apresuradas bocanadas de aire. Sus urgencias no auguraban buenas noticias.

—Un ejército moro. Son muchos. Miles. En Archidona...

—Explícate —ordenó inquieto el infante, interrumpiendo las palabras atropelladas del soldado.

El jinete tomó un poco de aire e intentó serenarse. No sólo estaba agotado por la cabalgada, sino atemorizado por lo que sus ojos habían presenciado.

—Miles de soldados moros acuden en auxilio de Antequera —comenzó a explicar—. Han partido de Archidona y están comandados por los príncipes Abu-I-Hassan Alí y Abu-I-Abbas Admad.

—Los hermanos de Yusuf… —anunció don Ruy López Dávalos con expresión sombría.

—¿Cuántos son? —preguntó el infante, sin ocultar el enfado que le causaba un informe tan impreciso proveniente de un explorador.

El jinete meditó su respuesta durante unos instantes y luego se aventuró a decir un número.

—Cinco mil jinetes y quince mil peones y lanceros, pero no os lo puedo asegurar, pues las tropas serpenteaban entre desfiladeros y espesos bosques. Pueden ser más. Muchos más.

—¿A dónde se dirigen?

—Hacia una sierra llamada la Boca del Asno. Se encuentra a una legua de nuestro campamento —respondió el explorador.

—Conozco esa sierra —comentó don Ruy—. Es un sitio elevado y paso obligado para llegar a Málaga. Desde allí podrán vigilar nuestras tropas. Estoy seguro de que los príncipes moros establecerán allí su real hasta entablar batalla.

No era de sorprender que Yusuf III enviara un ejército para socorrer a los antequeranos, pero el infante había calculado mal su número. Además, si iban comandados por dos príncipes nazaríes era porque confiaban ciegamente en la victoria. De pronto un clamor procedente de las murallas de Antequera llegó a los oídos del infante. Eran gritos de júbilo y alabanzas a Alá. La noticia de la llegada del ejército moro había llegado tan pronto a la ciudad como al real castellano. ¿Realmente Antequera estaba completamente cercada? ¿Cómo los nazaríes habían sido informados? Los trabajos en el campamento cristiano cesaron y los soldados dirigieron preocupadas miradas hacia Antequera. Don Fernando temía que la llegada de los príncipes nazaríes afectara a su moral. Debía actuar con rapidez.

—Ordena a don Pedro Ponce de León que al mando de ochocientos lanceros y trescientos soldados confirme dónde han asentado los príncipes su campamento —dijo al condestable de Castilla—. Debemos controlar con precisión todos sus movimientos o quedaremos atrapados entre los muros de Antequera y las tropas moras de Archidona.

Don Ruy se despidió en silencio y se marchó a cumplir el mandato. Don Fernando desvió entonces la mirada hacia Antequera. Los gritos de júbilo de los antequeranos arreciaron. Llegaban a sus oídos y al campamento castellano cargados de confianza y seguridad en la victoria. El infante se lamió los labios resecos y se dirigió hacia la tienda ante la mirada atenta y asustada de soldados y caballeros, que buscaban en el comandante una explicación al clamor que procedía de

Antequera. Don Fernando miraba al frente con gesto serio sin interés en saciar su curiosidad. Pronto, muy pronto, lo sabrían.

31

Antequera, mayo de 1410

Oculto tras la arboleda, don Pedro Ponce de León, señor de Marchena, observaba el campamento moro. Efectivamente, los príncipes nazaríes habían establecido su real en la Boca del Asno. Y eran miles.

—Bien, ya hemos visto suficiente —dijo el señor de Marchena a uno de sus oficiales.

Se disponía a regresar al campamento cuando quedó envuelto en un griterío ensordecedor. Habían sido descubiertos por una patrulla de vigilancia mora que se lanzó sobre ellos blandiendo cimitarras y lanzas.

—¡Nos atacan! —gritó don Pedro defendiéndose del ataque de un nazarí.

Lo escarpado del terreno y la frondosidad del bosque impedía saber con precisión el número de adversarios. Pero los feroces gritos procedentes del combate llegaron al campamento nazarí y los príncipes ordenaron que fueran enviadas tropas de refuerzo, pues habían concluido que se trataba del infante. Los castellanos fueron superados por los musulmanes y el señor de Marchena ordenó el repliegue al campamento del obispo de Palencia, pues se encontraba más próximo que el real del infante y estaba protegido por recios muros.

—¡Retirada! ¡Retirada! —gritó don Pedro alzando su espada ensangrentada, después de deshacerse de un soldado moro—. ¡Todos al campamento del obispo!

Los terribles ecos del clamor de la lucha también llegaron al campamento del infante, que miraba en dirección a la Boca del Asno temiendo por la vida del señor de Marchena y de los soldados que estaban bajo su mando. «Quizá debería haber enviado más tropas», pensaba preocupado.

—¡Preparad a los soldados! —ordenó a don Ruy.

—¿A todos, mi señor?

—No, sólo a la mitad de las tropas. Desconocemos cuántos moros se ocultan tras los muros de Antequera y pueden aprovechar para destruir nuestro campamento.

Ajeno a lo que sucedía en el real del infante, don Pedro Ponce de León se replegaba hacia el campamento del obispo perseguido por decenas de soldados musulmanes que salían de entre los matorrales y los árboles enarbolando lanzas y cimitarras. Los lanceros castellanos se

defendían con valentía, pero si no lograban escapar y refugiarse tras los muros del monasterio, serían masacrados. Al fin, entre la espesura del bosque, el señor de Marchena pudo ver el monasterio. Se encontraba en la cima de una explanada. Por unos instantes dudó. El llano era un lugar expuesto y los arqueros moros harían blanco fácil en ellos, pero los gritos que escuchaba a sus espaldas le advirtieron de que no tenía más alternativa que asumir el riesgo. Respiró hondo y cuando sus pulmones ya estaban llenos de aire gritó con todas su fuerzas:

—¡Adelante!

Seguido de sus hombres, don Pedro corrió hacia el monasterio zafándose de todo moro que se interponía en su camino. Entonces las flechas zumbaron en sus oídos. Miró atrás y con horror vio cómo una docena de arqueros nazaríes disparaban hacia los castellanos que huían en busca de refugio. Un soldado cayó a su lado con la flecha clavada en la espalda.

—¡Corred, malditos, corred! —gritaba desesperado el señor de Marchena, arengando a sus soldados mientras corría hacia la puerta de los muros del monasterio que justo en ese instante se abría franqueándoles el paso.

Doscientos soldados, encabezados por don Sancho de Rojas, salieron en tropel del monasterio profiriendo aterradores gritos y acudieron en ayuda de don Pedro y sus hombres. Varias decenas de arqueros lanzaron sus dardos, cubriendo su huida. Los moros quedaron sorprendidos por la inesperada irrupción del obispo y sus hombres, y detuvieron la persecución, replegándose en el bosque.

—¡Vamos, vamos, entrad! —gritaba el obispo, espada en ristre, sin apartar la vista del bosque.

Poco después, el último soldado cruzó el umbral de la puerta del muro del monasterio, cerrándose esta su paso.

—¡Traed agua! ¡Asistid a los heridos! —ordenó el obispo y mirando al señor de Marchena, le preguntó—: ¿Os encontráis bien?

Don Pedro Ponce de León asintió entre jadeos. Tenía el rostro y las manos manchadas de sangre, pero afortunadamente no era suya. Bebió un trago de agua de un odre. Cuando hubo saciado su sed, dijo:

—Los moros nos han sorprendido vigilando su campamento. Son miles.

El obispo asintió preocupado. En ese momento llegó don Juan de Velasco que, avergonzado por no haber participado en la conquista del monasterio, pidió autorización al infante para unirse al obispo y a don Juan Hurtado de Mendoza para protegerlo.

—Ahora saben dónde encontrarnos. Volverán —observó convencido don Juan de Velasco.

—Debemos pedir ayuda inmediata al infante —dijo el obispo.

—Iré yo —se ofreció don Juan.

El obispo le miró y asintió con admiración. Aunque el campamento de don Fernando se encontraba muy próximo, el bosque estaba infestado de moros. Era una misión tremendamente arriesgada. Pero debían pedir ayuda o serían aniquilados por las huestes nazaríes. El obispo tomó de los hombros a don Juan y le dijo:

—Tu valentía no quedará sin recompensa, ya sea en esta vida o en la otra.

—A ser posible, espero que sea en esta.

El obispo de Palencia esbozó una sonrisa y haciendo el signo de la cruz, dijo:

—Tenéis mis bendiciones. Qué Dios os proteja

Don Juan respiró hondo, asintió y subió a su montura.

—¡Abrid la puerta! —ordenó el obispo.

A todo galope, don Juan de Velasco abandonó el cenobio agazapado sobre el lomo del caballo, procurando evitar las flechas que le lanzaban los nazaríes desde la espesura del bosque. Una docena de moros salió en su persecución.

32

Monasterio de Valldonzella, Barcelona, Mayo de 1410

El rey Martín de Aragón se encontraba en sus aposentos del monasterio de Valldonzella, donde se había refugiado intentando huir de la peste que, una vez más, volvía a azotar con saña Barcelona. Eran altas horas de la madrugada y sintió un insoportable dolor de estómago. La noche anterior había cenado ganso asado untado en su propia grasa. Era costumbre que le prepararan cenas suculentas con la creencia de que despertarían su lívido, prácticamente extinto desde hacía años. Entre retortijones de dolor recordó a su primera esposa, doña María de Luna. Su recuerdo acudía constantemente a su mente y más en los momentos de dolor y sufrimiento como cuando le informaron de la muerte de su único hijo don Martín *el Joven* hacía casi un año. Dios se llevó a su esposa, a su consejera, a su amiga, en 1406 y tres años después le arrebató a su hijo, a su heredero. El rey sintió un pinchazo de dolor en el estómago, pero más doloroso fue el que le atravesaba el alma. Con ojos húmedos recordó la cálida sonrisa de doña María de Luna, sus ojos negros y almendrados, su rostro blanco como la nieve y dulce como la miel. El pueblo afirmaba jocoso que don Martín reinaba en Aragón, pero doña María gobernaba en él. Sonrió con amarga tristeza al recordar esa frase.

—María… —musitó el rey de Aragón empapado en sudor, tiritando de frío y de miedo, consumido por la fiebre.

Doña María de Luna, mujer culta, generosa, sobria en el vestir y templada en sus decisiones. La más inteligente y capaz de entre sus consejeros. Protectora del pueblo y de los desfavorecidos. Los aragoneses la amaban. No habría reina igual. Por sus mejillas se deslizó una lágrima. La muerte de su esposa le sumió en una profunda melancolía agravada años después por la inesperada muerte de su hijo en Cerdeña, derrotado por la enfermedad después de haber sometido a los levantiscos sardos. Nunca ningún rey había sentido tanta soledad. Su muerte le hundió aún más en un terrible abismo de desesperación y dolor. Su hijo, su heredero, había muerto. Oscuros nubarrones se cernían en el horizonte de Aragón. Era necesario encontrar una esposa que le diera un sucesor. De todas las candidatas que le presentaron se decantó por dos. Una era doña Cecilia de Urgel, hermana del conde de Urgel y la otra era doña Margarita de Prades, joven emparentada por vía paterna con el rey Jaime II de Aragón y que sirvió en la Corte de doña María de Luna. Ambas eran hermosas y de ilustre familia, pero

finalmente don Martín se decantó por doña Margarita de Prades, no porque doña Cecilia no cumpliera con todas sus expectativas, pues era joven y hermosa. Su mayor inconveniente era su madre; doña Margarita de Montferrato, mujer intrigante, manipuladora y ambiciosa que pretendía con esa boda acrecentar aún más el inmenso poder de su hijo, don Jaime de Urgel. La desestimó porque temía que doña Margarita obligara a su hija a tomar alguna pócima que le impidiera concebir con la esperanza de que muriera sin dejar sucesor y así su hijo pudiera hacerse con el trono. Tales eran las elucubraciones que atormentaban al rey. Apretó los dientes por el dolor y se echó las manos al estómago. Sólo pensar en don Jaime de Urgel le causaba un gran malestar. Le había nombrado lugarteniente y gobernador general de Aragón hacía menos de un año para apaciguar a los notables catalanes, insaciables a la hora de exigir prebendas, pero poco dados a colaborar con el reino cuando más se les necesitaba. Don Martín se arrepentía de haberle concedido tan importantes cargos, pues don Jaime actuaba con la autoridad de un rey cuando no lo era. Aprovechando su debilidad, manejaba el reino a su antojo otorgando regalos y privilegios a sus parciales, sin ni siquiera consultarle. No se había comportado como su digno sucesor. Sus desmanes le irritaban, pero estaba demasiado enfermo y débil como para enfrentarse al notable más poderoso de Cataluña. Le faltaban fuerzas y ánimos. No obstante, ya se ocuparía de castigar su soberbia y sus desprecios como bien merecían.

La muerte de don Martín *el Joven* dejaba el trono de Aragón sin sucesor legítimo. En septiembre de 1409 don Martín tomó por esposa a doña Margarita de Prades. Don Martín y doña Margarita debían engendrar un heredero o la Corona de Aragón quedaría sumida en el caos y el desgobierno tras la muerte del rey. Para despertar el adormecido apetito sexual de don Martín, los médicos le administraban toda clase de infusiones, brebajes y ungüentos, y no había noche que no se acostara después de haber engullido las más grasientas y especiadas carnes durante la cena. Don Martín era de complexión gruesa. Las cenas copiosas no sólo no reanimaron su lívido, sino que hincharon desmesuradamente su ya oronda figura. Llegó un momento en el que ni siquiera podía levantarse de la silla sin ayuda. ¿Cómo podría cumplir con sus obligaciones en el lecho si apenas podía mantenerse en pie? Todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Su incapacidad para copular con su mujer hundió su amor propio, arrastrando su ánimo a un infierno de angustia, melancolía y tristeza. Negó varias veces con pesar. La fiebre le llenaba la cabeza de pensamientos sombríos. Respiraba con la boca muy abierta dando grandes bocanadas. Pero el aire no entraba en sus pulmones a pesar de que su abultada panza se hinchaba como un tonel de vino en cada

inspiración.

—Socorro… —susurró. Las fuerzas le flaqueaban. Intentó serenarse, respiró profundamente y gritó—. ¡Socorro! ¡Me muero!

Al momento entró en la estancia su médico personal, que guardaba vigilia en una estancia contigua.

—Mi señor. —El médico le tomó del brazo que lo había levantado como si intentara coger algo que sólo habitaba en su mente. El camisón del rey estaba empapado en sudor. El médico le tocó la frente; ardía consumida en llamas.

En ese instante apareció la reina Margarita.

—¿Qué sucede? —preguntó angustiada.

El médico, con el ánimo abatido, negó con la cabeza como respuesta. La reina corrió hacia el lecho de su marido. Nunca sintió amor por él, pero había sido educada para aceptar con dignidad todas sus responsabilidades. Cuando se casó con don Martín tenía veintidós años y él cincuenta y tres. Ya por aquel entonces era un orondo anciano castigado por la vida y ella una joven hermosa llena de ilusiones y esperanzas. A don Martín le costaba caminar debido a su enorme envergadura, y una gelatinosa papada colgaba vibrante de su cuello. No le agradaba precisamente meterse en la cama con él, pero era su obligación. Como reina de Aragón su única responsabilidad era engendrar un hijo, un heredero. Por tal motivo fue elegida, pues incluso los médicos concluyeron que de entre todas las candidatas presentadas era la más idónea. Y no lo había conseguido. Ella ponía todo de su parte. Se contorsionaba en el lecho, gemía, fingía disfrutar de sus caricias y de sus besos. Hacía todo lo que una barragana, a la que había pagado generosamente para que compartiera con ella todos sus secretos y conocimientos, le aconsejaba para excitarlo, aunque muchas de esas cosas no eran dignas de una mujer de su posición y dignidad. Pero su máxima prioridad era engendrar un heredero y los medios que utilizara para lograrlo era lo de menos. Pero el miembro de don Martín pocas veces reaccionaba y cuando lo hacía, en cuestión de segundos volvía a quedar adormecido. Entonces el rey se giraba en la cama humillado y frustrado, y la reina se bebía las lágrimas en silencio. Doña Margarita sentía una sincera compasión por aquel pobre infeliz. La tristeza y la melancolía se habían adueñado de su voluntad y ella, en la plenitud de su vida, sólo podía acompañarle y ofrecer algo de consuelo a su atormentada alma.

El médico se apartó unos pasos del lecho y la reina le siguió.

—Mi señora, es cuestión de horas, quizá de días, pero su muerte es inevitable —susurró el físico. Su voz vibraba dominada por una profunda emoción—. Hay que llamar a su confesor con urgencia.

La reina desvió la vista hacia su marido y asintió. De nada servía preguntar si estaba seguro. La respiración del rey era una

concatenación de irregulares estertores. Cada exhalación parecía ser la última.

—Y a los representantes de las Cortes catalanas…—añadió el médico.

Doña Margarita volvió a asentir. Su marido se moría sin haber dejado cerrada su sucesión. Don Martín persiguió que su nieto ilegítimo fuera su heredero, pero la división entre el clero y los notables del reino lo impidió. Y ahora don Jaime de Urgel, como lugarteniente y gobernador general de Aragón, se erigía como principal candidato. Pero el conde de Urgel no era del agrado de don Martín, ni contaba con la simpatía de la mayoría de los consejeros de las Cortes catalanas. Debía avisarlos para que acudieran cuanto antes al monasterio de Valldonzella. Quizá fuera tarde para que don Martín determinara con precisión quién era su sucesor, pero no para que, al menos, este no fuera don Jaime de Urgel.

—Daré orden de que avisen al abad de Ripoll y a los consejeros.

El médico asintió y se dirigió de nuevo al lecho del rey.

***

Don Ferrer de Gualbes, consejero en jefe del Parlamento de Cataluña, caminaba apresuradamente por el claustro del monasterio de Valldonzella. No había un minuto que perder. Los consejeros que le acompañaban tenían dificultad en seguir sus apresurados pasos a pesar de contar ya con sesenta años. El mensaje que había recibido de la reina Margarita era tan breve como alarmante: «el rey se muere, acudid inmediatamente al monasterio». Su corazón golpeaba con furia en su pecho. Temía que fuera demasiado tarde y que el rey ya hubiera muerto. Negó con la cabeza intentando desechar tan aciagos pensamientos. No, el rey no podía morir. Todavía no. Si así fuera, don Jaime de Urgel, amparándose en sus responsabilidades como lugarteniente y gobernador general de Aragón, podría atreverse a autoproclamarse rey de Aragón. De hecho, ya actuaba como tal. Sería el desastre. La guerra. Don Jaime de Urgel contaba con el apoyo de los magnates catalanes y de las familias más ilustres y ricas de la alta nobleza. Despreciaba a las Cortes, a las que consideraba una institución parásita y prescindible, cuyo único propósito era entorpecer las decisiones del rey. Don Fadrique o don Luis de Anjou eran candidatos más apropiados para suceder a don Martín. El conde de Urgel era un terrible riesgo para la estabilidad del reino. Don Martín lo despreciaba. Pero todavía había una última oportunidad para evitar que el conde de Urgel se alzara con el trono de Aragón.

Don Ferrer de Gualbes confiaba que don Martín aún tuviera las fuerzas suficientes para designar a su sucesor. Era su última esperanza. Pero ¿seguiría vivo? Aceleró aún más el paso distanciándose del resto de consejeros. Un grupo de notables se encontraba en la entrada de la cámara del rey. Murmuraban con gesto preocupado. La mirada de don Ferrer se cruzó con la de don Pere de Cervelló, consejero y mayordomo del rey. Este le miró con ojos tristes y negó apesadumbrado con la cabeza. Don Ferrer aceleró el paso temiendo que se hubieran cumplido sus más aciagos temores.

—¿Ha muerto? —preguntó agitado como saludo.

—No, pero está muy mal —respondió don Pere de Cervelló.

Don Ferrer exhaló un largo suspiro de alivio y saludó al grupo de notables con un leve movimiento de cabeza. En la entrada de la cámara se encontraban don Guerau Alemany de Cervelló, gobernador de Cataluña; el letrado micer Francisco de Aranda y don Ramon de Sentmenat, camarero del rey. Ninguno era partidario de don Jaime de Urgel. Eso era bueno. Se acercó a la entrada de la cámara. No podía ver el lecho del rey, pues la estancia estaba atestada de gente. Pudo sin embargo reconocer a don Berenguer de Rajadell, abad de Ripoll y confesor del rey; a la reina Margarita; a don Roger de Moncada, gobernador de Mallorca, y a don Guillem Ramón de Moncada, copero del rey. Don Ferrer torció el gesto en señal de desagrado; don Roger y don Guillem eran partidarios del conde de Urgel. Entonces, de entre aquellas personas surgió una figura frágil, de corta estatura, vestida con un sobrio vestido negro: era doña Margarita de Montferrato, madre del conde de Urgel. Tenía algo menos de sesenta años, pelo largo, encrespado y cano, rostro macilento y ajado, y unos ojos grises y acuosos cargados de maldad. A su lado apareció de pronto doña Isabel de Aragón, hermana del rey y esposa de don Jaime de Urgel.

—¿Cómo permitís que los partidarios del conde se encuentren tan próximos al rey en su lecho de muerte? —preguntó don Ferrer a los consejeros congregados en la puerta.

Los consejeros desviaron avergonzados la mirada al suelo. Don Ferrer no necesitó que le respondieran. A pesar de su aspecto frágil e inofensivo, doña Margarita de Montferrato tenía un carácter irascible, tormentoso e iracundo. Intentó en infinidad de ocasiones que don Martín designara públicamente a su hijo como heredero, pero el rey se negó, pues su único candidato era su nieto don Fadrique. Y ahora la condesa-viuda se encontraba allí, en el lecho de muerte del rey. ¿Qué estaría urdiendo su mente mezquina y perversa?

—Supongo que os ha echado de la cámara, ¿verdad? —preguntó don Ferrer.

Don Pere de Cervelló asintió varias veces y respondió:

—Entró hecha una furia haciendo aspavientos y nos acusó de

pretender manipular las últimas voluntades del rey. Nos echó a patadas. Literalmente.

Don Ferrer escuchó el relato y entró en la cámara. Doña Margarita abrió los ojos llena de espanto cuando advirtió la llegada del consejero en jefe. Tomó a doña Isabel de la mano y se aproximó al lecho de don Martín.

—Mi rey —comenzó a decir la condesa-viuda en apenas un susurro—, ya que Dios ha decidido que muráis, os ruego que nombréis a mi hijo vuestro sucesor.

Don Martín se hallaba adormecido, con los ojos entreabiertos. No parecía que hubiera escuchado sus ruegos. Doña Margarita de Montferrato, invadida por una incontrolable impaciencia, le tomó de la solapa y empezó a zarandearle con violencia.

—¿Por qué os negáis a concederle lo que por derecho le corresponde? ¿Por qué?

Las voces y las sacudidas de doña Margarita reanimaron al rey, despertándolo de sus ensoñaciones. Miró con ojos velados y confusos a la madre del conde Jaime de Urgel y susurró:

—Desconozco de qué derecho me habláis.

Doña Margarita sintió como el fuego de la ira envolvía todo su ser. Lo habría estrangulado allí mismo si don Guillem de Moncada y don Ferrer de Gualbes no la hubieran tomado de los brazos y apartado de su lecho.

—¡Tratad al rey con más respeto y consideración! —le espetó furioso don Ferrer.

—Mi señora, será mejor que os retiréis —dijo con tono conciliador don Guillem de Moncada—. Vuestra actitud no ayuda al conde.

Doña Margarita estaba fuera de sí. Sus ojos grises ardían en terribles llamas. A su lado, doña Isabel no dejaba de gimotear. El rey agonizaba y las esperanzas de que designara a su hijo como su sucesor se desvanecían como el rocío acariciado por las primeras luces del alba.

—Por favor —insistió el copero del rey. Con un movimiento de mano le señaló la salida de la cámara. La miró con sus ojos oscuros, honestos y cargados de autoridad. Era un hombre de alta talla, frente despejada y mentón ancho cubierto por una recortada barba de la que asomaban mechones de hebras plateadas. Tenía más de cincuenta años, pero el paso del tiempo le había tratado con benevolencia.

Doña Margarita pareció calmarse. Don Guillem de Moncada era partidario de don Jaime de Urgel.

—¿Velareis por sus intereses? —preguntó.

—Velaré porque se cumpla la ley, mi señora.

La respuesta no satisfizo a la condesa-viuda. ¿Sería don Guillem otro traidor? ¿Cuántos traidores habría en aquella cámara? ¿No era

acaso su hijo lugarteniente y gobernador general de Aragón? ¿Quién, sino su hijo, tenía más derecho a ocupar el trono? ¿Un bastardo como don Fadrique? ¿Un extranjero como don Luis de Anjou? ¿O un anciano como don Alfonso de Gandía? ¿Se habían vuelto todos locos? Las preguntas se arracimaban atropelladamente en su cabeza. Desvió la vista hacia los consejeros y notables que se encontraban en la cámara. Todos le miraban con sorpresa y estupor. Aunque sus arrebatos de ira eran bien conocidos en Cataluña, no esperaban que se atreviera a zarandear al rey en su lecho de muerte, exigiéndole que designara a su hijo como su sucesor. Se había puesto en evidencia víctima de un incontrolable acceso de cólera.

—Vámonos, madre —sugirió prudentemente doña Isabel a su suegra, tomándole suavemente del brazo.

Doña Margarita lanzó una mirada asesina a don Ferrer, dio media vuelta y encaró la puerta de la cámara. Atrás escuchó los murmullos de asombro y desconcierto de los notables del reino.

—Mi hijo será proclamado rey de Aragón —comenzó a decir apretando sus ajados y huesudos nudillos, mientras caminaba por el pasillo—. Aunque tenga que prender fuego a todo el reino, aunque deba cortar la cabeza de todos los que ahora se encuentran en esa cámara —en su mente surgió la imagen decapitada de don Ferrer y sus labios dibujaron una siniestra sonrisa—, pero te juro que Jaime será rey.

Doña Isabel caminaba a su lado en silencio. Le preocupaba que la desmedida ambición de su suegra arrastrara a la familia al desastre. Sintió un profundo temor por su marido y por su hija Isabel, de sólo un año. Pero poco más podía hacer que dejarse arrastrar por su impetuosa personalidad.

Don Ferrer de Gualbes suspiró aliviado cuando doña Margarita se marchó. Su carrera hasta la cámara del rey y la escena de la condesa-viuda le habían agotado. Sesenta años pesaban mucho en sus espaldas. El consejero en jefe tenía los cabellos rizados y canos, unas cejas prominentes que enmarcaban unos ojos claros y penetrantes, y una nariz angulosa sobre unos labios finos. A pesar de su avanzada edad, su rostro apenas presentaba arrugas, salvo en torno a los ojos y en la comisura de los labios.

—Por el bien de Aragón, el rey debe pronunciarse sobre este maldito asunto de la sucesión antes de morir o nos enfrentaremos a graves problemas —afirmó desplazando la vista a don Guillem.

El copero del rey asintió.

—Hablemos con él. Parece que doña Margarita ha conseguido despertarle de su duermevela.

Don Martín tenía los ojos abiertos y respiraba con cierta normalidad. Don Ferrer se acercó a él. No había tiempo para cortesías

ni para conversaciones triviales. Ni siquiera para preguntarle cómo se encontraba. Cada minuto de vida era un regalo de Dios que debían aprovechar.

—Mi señor —comenzó a decir el consejero en jefe—, ¿es vuestra voluntad que vuestro sucesor sea aquel que en justicia y por derecho le corresponde?

El rey le miró con ojos inexpresivos y respondió:

—*Hoc.*[1]

Don Ferrer miró a don Guillem y este asintió, confirmando que había escuchado la respuesta del rey.

—¿Deseáis que vuestra última voluntad quede reflejada en acta notarial? —preguntó don Ferrer a don Martín.

—*Hoc* —volvió a responder el rey.

En la cámara se elevó un murmullo similar al zumbido de un millar de abejas. La respuesta del rey satisfizo a los consejeros y notables allí presentes. A los antiurgelistas porque habían evitado que don Jaime fuera designado automáticamente sucesor, y a los partidarios del conde, porque consideraban que contaba con más y mejores opciones.

—Don Martín no ha dispuesto un sucesor claro —observó don Guillem.

—Así es —confirmó don Ferrer—. Será en las Cortes donde los letrados y juristas aragoneses determinarán a quién, en justicia, corresponde regir el destino del reino.

—Y este no puede ser otro que don Jaime de Urgel —afirmó don Guillem con una sonrisa victoriosa.

—No adelantemos acontecimientos, pues bien sabéis que esta decisión no depende ni de vos ni de mí —replicó don Ferrer—. No confundáis vuestros deseos con la realidad. Lo cierto es que se avecinan tiempos complejos para el reino y sólo obrando con cordura, sabiduría y justicia, podemos evitar que Aragón sea conducida al caos, al desgobierno y quien sabe si a la guerra.

Don Guillem de Moncada desvió la vista hacia los notables que cuchicheaban en la cámara y asintió. Allí había partidarios de los cuatro candidatos al trono. Nobles con diferentes preocupaciones que no tenían precisamente que coincidir con las de Aragón. ¿Realmente el elegido sería a quién en justicia le correspondía o sería quién mejor satisficiese los intereses y ambiciones de los electores? Don Jaime de Urgel reunía todas las condiciones para ser proclamado rey de Aragón, pero debía actuar con prudencia y astucia. Don Guillem negó con la cabeza, temió que la influencia que doña Margarita ejercía sobre su hijo le condujera a tomar erráticas decisiones. Sí, el mayor rival de don Jaime, era el propio don Jaime. O quizá la enfermiza ambición de su madre.

***

Al día siguiente, el 31 de mayo, acudieron a la cámara del rey los embajadores sicilianos. Entre lágrimas desconsoladas le suplicaron que designara a su nieto don Fadrique como su sucesor. Don Martín, en un hilo de voz, les respondió que había hecho todo lo que estaba en su mano y que ahora debían ser otros quienes decidieran quién debía reinar. Ante los notables congregados en la cámara del rey, don Ferrer de Gualbes volvió a preguntar a don Martín:

—¿Deseáis que vuestro sucesor sea aquel que por derecho le corresponde?

Y el rey respondió:

—*Hoc.*

El notario don Ramón de Sescomes escribió en un documento las últimas voluntades del rey.

Esa misma tarde don Martín falleció sin haber designado con precisión a un sucesor. ¿Quién sería el nuevo rey? ¿A quién le correspondía por derecho regir el destino de Aragón? Nadie tenía respuesta a estas preguntas. Aragón quedaba sumida en la confusión y el desconcierto.

33

Antequera, mayo de 1410

Informados los príncipes Abu-I-Hassan Alí y Abu-I-Abbas Asmad de que había un campamento castellano en la sierra de Abdalajis, concluyeron que se trataba del real de don Fernando y ordenaron un feroz ataque, persuadidos de que se trataría de la batalla definitiva. Miles de moros partieron raudos al encuentro del cristiano dispuestos a inmolarse por su dios, con la certeza de que serían bendecidos en la otra vida como premio a su generoso sacrificio. Desde los muros del monasterio, don Sancho y don Pedro escuchaban los gritos de las hordas musulmanas. Sus terribles gritos reverberaban en las montañas y atemorizaban hasta al más audaz de los hombres.

—¡Arqueros y ballesteros, preparados! —ordenó el obispo.

Los soldados cargaron sus armas y apuntaron las flechas hacia los árboles, esperando con el corazón en un puño y las manos temblorosas la llegada del enemigo. El suelo temblaba bajos sus pies y el bosque se movía y rugía como si fuera un colosal monstruo dispuesto a devorarlos. Entonces aparecieron. Centenares, miles de musulmanes montados a caballo y corriendo como almas poseídas por mil demonios se precipitaron contra el monasterio como una jauría de lobos hambrientos.

La batalla fue terrible, encarnizada, feroz. Arqueros y ballesteros castellanos disparaban sus armas a discreción, con la seguridad de que no podían errar pues su enemigos se podían contar por miles. Pero los moros también disponían de arqueros. Y muy buenos. Una lluvia de flechas cayó sobre el monasterio y aunque algunos pudieron protegerse con los escudos, otros fueron heridos o cayeron muertos. Los moros rodearon los muros del monasterio y comenzaron a asaltarlo con escalas. Don Sancho se defendía con valor de las acometidas moras. Se protegía con un escudo y daba contundentes mandoblazos. Su hábito estaba sucio de sangre. Como hombre de Dios no tenía reparo alguno en enviar al infierno a todo infiel que se cruzaba en su camino. Se deshizo de un moro al que atravesó de parte a parte y tomó un poco de aire. Con ojos desorbitados contemplaba cómo centenares de nazaríes saltaban los muros que circundaban el monasterio. Los castellanos luchaban con ferocidad por sus vidas, pero el enemigo les superaba en número. Si no recibían refuerzos pronto sería el fin.

Campamento de don Fernando.

Don Juan de Velasco cabalgaba a toda velocidad sin mirar atrás. Desconocía si le perseguían jinetes moros o si habían desistido de su empeño. Esto no importaba. Su único propósito era llegar cuanto antes al real de don Fernando. Espoleaba con violencia su montura sin reparar en que esta podría reventar exhausta por el esfuerzo. Pero no tenía un minuto que perder. La vida del obispo, del señor de Marchena, de don Juan Hurtado de Mendoza y de centenares de soldados castellanos dependía del socorro de don Fernando. Tenía la boca seca y el corazón latía con fuerza en su pecho. A lo lejos escuchaba los salvajes gritos de los soldados que se batían en feroz carnicería. Llegaban a sus oídos en un presagio de muerte y destrucción. Sus peores temores se habían cumplido: las tropas musulmanas estaban asaltando el monasterio. ¿Llegaría a tiempo para avisar a don Fernando?

—¿Quién es… ese? —preguntó don Fadrique señalando a un jinete que cabalgaba hacia ellos a toda velocidad.

—Creo que es don Juan de Velasco —observó don Diego López de Estúñiga.

—¡Alto! —ordenó don Fernando a las tropas.

Los nobles encabezaban la marcha del ejército castellano. Se dirigían a la Boca del Asno, al encuentro de las tropas de los príncipes nazaríes.

—¡Sí, es don Juan! —confirmó don Ruy López Dávalos.

Don Juan de Velasco llegó a su altura y casi sin resuello exclamó:

—¡Están atacando el monasterio! ¡Hay que auxiliarles!

—¿Cuántos son? —preguntó don Fernando.

—¡Miles, mi señor, miles!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el condestable de Castilla.

—Don Pedro Ponce de León fue sorprendido mientras espiaba a los moros de la Boca del Asno y le atacaron. Logró escapar de milagro y refugiarse en el monasterio. Fue perseguido por los nazaríes y ahora el monasterio está siendo atacado. ¡Si no acudimos en su auxilio morirán todos!

—Entonces no hay un minuto que perder —dijo el infante—. ¡Al monasterio! ¡Al galope!

Campamento del obispo de Palencia.

Desde sus monturas y a una distancia prudencial, los príncipes Abu-I-Hassan Alí y Abu-I-Abbas Admad contemplaban con regocijo el asalto al monasterio persuadidos de que en su interior se encontraba el infante Fernando. No sólo los príncipes habían liberado a Antequera

del asedio, sino que derrotarían al regente de Castilla. Sólo esperaban que pudieran capturarlo vivo. Podrían así negociar unas condiciones fabulosas con Castilla a cambio de su rescate. En caso contrario, enviarían su cabeza a la reina-viuda como una seria advertencia de lo que les sucedería a todos los cristianos que osaran cruzar de nuevo las fronteras de Granada.

—Nuestro hermano nos estará muy agradecido por esta victoria —dijo el príncipe Abu-I-Hassan Alí sin apartar la mirada del monasterio. Los nazaríes trepaban los muros sin que nadie pudiera interponerse en su camino. Que aquel templo cayera en sus manos era cuestión de minutos.

—Será la primera de muchas —dijo Abu-I-Abbas Admad, lanzando a su hermano una mirada extraña.

Ambos ambicionaban el poder que ahora ostentaba su hermano mayor Yusuf III y que antes perteneció a su otro hermano Muhammad VII. La cuestión era saber quién de los dos lograría arrebatárselo y si el otro viviría para contarlo. Abu-I-Hassan Alí ya había regresado victorioso de la frontera murciana. Un nuevo éxito le granjearía el favor del ejército y de los nobles nazaríes. Su hermano, Yusuf III, era un hombre culto, inteligente y amante de la poesía. Podría haber sido un reconocido consejero, pero jamás sería un buen emir. Los buenos emires son amantes de la guerra, no de las letras. Yusuf III estaba llamado a ser eunuco, no a comandar ejércitos. El príncipe nazarí estaba perdido en sus ensoñaciones, cautivado por el fragor de la batalla, cuando reparó en la llegada de decenas de jinetes castellanos que, lanzas en ristre, pasaron por encima de una infantería mora que no esperaba un ataque tan brutal desde la retaguardia.

—¡Regresemos a la Boca del Asno! —le gritó Abu-I-Abbas Admad —. ¡Allí nos defenderemos!

Abu-I-Hassan Alí tardó un instante en reaccionar. Un mar de cristianos había inundado el prado que circundaba el monasterio. Asintió y espoleó con fuerza su montura dirigiéndola hacia el campamento nazarí.

—¡Retirada, retirada! —gritó Abu-I-Abbas Admad—. ¡Todos a la Boca del Asno! ¡Retirada!—. El príncipe giró su montura y se perdió en la profundidad del bosque, poniendo tierra de por medio con las espadas y lanzas cristianas.

En el interior del monasterio los castellanos se defendían de las acometidas moras, pero un terrible rugido procedente del exterior del muro les advirtió de la llegada de nuevas tropas. Si eran más musulmanes sería el fin, pero ¿y si se trataba del ejército de don Fernando? No tardaron en hallar respuesta a sus dudas cuando los moros empezaron a huir del monasterio.

—¡Es el infante! —gritó llenó de júbilo el obispo—. ¡Alabado sea el

Señor!

Los cristianos se enseñaron con los moros que se encontraban extramuros del monasterio. Don Fernando cruzó con su caballo la puerta del cenobio. A su encuentro fueron don Sancho, don Juan Hurtado de Mendoza y don Pedro Ponce de León. Todos estaban exhaustos, empapados en sangre, pero ilesos. Don Fernando se alegró.

—¿Os encontráis bien?

—No os preocupéis por nosotros, mi señor —respondió don Sancho de Rojas—. Perseguid a los moros. Id tras ellos y destruir su real en la Boca del Asno.

Don Fernando asintió. Los nazaríes estaban desorganizados y aturdidos. No encontraría mejor ocasión para destruirlos.

—¡Por Santiago! —gritó don Fernando alzando su espada a los cielos—. ¡Por Santiago!

No necesitó dar más órdenes. Todo soldado castellano sabía perfectamente lo que significaba esa llamada. El infante salió a todo galope del monasterio seguido de los jinetes y peones castellanos que se lanzaron en implacable persecución de los musulmanes.

A los príncipes no les dio tiempo a organizar la defensa de su campamento.

—¡Debemos huir! —exclamó Abu-I-Abbas Admad, una vez hubieron llegado a la Boca del Asno.

Su hermano Abu-I-Hassan Alí se negaba a reconocer la evidencia. Sus sueños de grandeza habían durado apenas un suspiro.

—¿No me oyes? —preguntó su hermano.

—No hay honor en la huida… —musitó el príncipe nazarí.

—Tú haz lo que quieras, yo prefiero la salvación al honor —y sin esperar respuesta de su hermano, Abu-I-Abbas Admad abandonó el campamento musulmán, dejando a los soldados musulmanes a merced del enemigo.

Abu-I-Hassan Alí dudó unos instantes. A su alrededor todo era muerte y destrucción. Los ballesteros y jinetes cristianos segaban vidas con una facilidad prodigiosa. Eran miles cuando establecieron su real en la Boca del Asno. ¿Cómo era posible que ahora sólo permanecieran en pie unos centenares? El desastre era total y nadie, absolutamente nadie, podría remediarlo. Soltó un grito lleno de rabia, de desesperación, de una insoportable frustración. Hacía apenas unos minutos se había imaginado en la Alhambra, sentado en el trono del emir, pero ahora todo era muerte, sangre y caos a su alrededor. Negó con la cabeza. Espoleó su montura y siguió la grupa de su hermano, que ya se perdía engullida por la espesa arboleda.

No hubo prisioneros, no hubo clemencia. Los castellanos pasaron a cuchillo a todos los musulmanes que no lograron escapar. Sólo la llegada de la noche y el saqueo del campamento nazarí evitaron que

les persiguieran hasta la mismísima Alhambra. La victoria había sido aplastante. Desde su montura, don Fernando contemplaba cómo el campamento era entregado al pillaje. El botín sería cuantioso. Sus hombres bien que merecían ese premio. Perseguir a los moros a través de estrechos desfiladeros y cuando la luna asomaba por entre las montañas suponía un riesgo innecesario. Un buen comandante sabe que las victorias deben ser administradas con cautela, pues una mala decisión las puede convertir en fatales derrotas. La línea que separa el éxito del fracaso es muy fina. Los príncipes nazaríes eran buen ejemplo de ello.

—Ha sido un milagro —escuchó decir a don Sancho de Rojas. El obispo de Palencia se encontraba de pie, al lado de su montura. Su rostro y su túnica estaban cubiertos de sangre—. Nunca he estado más cerca de morir —prosiguió con esa sensación que sólo conocen los que eluden la muerte justo en el último instante, cuando el verdugo agarra con fuerza la espada y el condenado tiene el cuello posado sobre el tocón de madera—. Dios misericordioso y la Virgen María han obrado el milagro.

«¿Algo habremos hecho nosotros?», se preguntó el infante, pero no tenía tiempo ni ganas de iniciar una discusión teológica.

—Descansemos, querido amigo, esto no ha hecho más que empezar.

El obispo contempló en silencio cómo el infante regresaba al campamento. Se arrodilló y rezó una plegaria mirando a la luna con forma de hoz que asomaba por el horizonte. El brazo ejecutor de Dios aplastaría a los moros de Antequera como había hecho con las tropas de los príncipes nazaríes en la Boca del Asno. Don Sancho estaba seguro. Era su Voluntad que don Fernando conquistara Antequera para mayor gloria de Dios y de Castilla. Y contra su Voluntad nadie, absolutamente nadie, puede hacer nada salvo aceptarla.

34

Antequera, junio de 1410

Animadas por la victoria en la Boca del Asno, las tropas castellanas persistieron en el asedio a Antequera. Don Fernando ordenó traer de Sevilla más bastidas y torres de asalto que fueron montadas por los maestros carpinteros próximas a las murallas de la ciudad, pero lo suficientemente alejadas de las certeras flechas musulmanas. No así de las bombardas, que a pesar de su falta de precisión, algún que otro bolaño causaba enormes destrozos en las torres de asalto y entre zapadores y soldados. Se intentaron varios asaltos, más para calcular la determinación de los defensores, que por verdadera intención de tomar la plaza. Día y noche trabajaron los zapadores para allanar el camino que conduciría a las torres de asedio hasta las murallas. Cuando ya estaba todo listo para el asalto definitivo, don Fernando fue informado de la existencia de un nuevo foso frente a la torre albarrana. Fueron enviados zapadores para rellenarlo con tierra y escombros, pero desde las almenas los arqueros moros hacían blanco fácil en ellos. El infante envió ballesteros y arqueros para que protegieran a los zapadores, pero estos, terriblemente asustados, estaban más preocupados de sufrir el impacto mortal de una flecha que de rellenar el foso. Las semanas pasaban y los trabajos de rellenado no concluían. Don Fernando se exasperaba. Un día que supervisaba las faenas de rellenado con don Diego Pérez Sarmiento, cansado de la lentitud con la que se estaban desarrollando los trabajos, se dirigió donde se encontraban los zapadores, tomó una espuerta llena de tierra y la vertió al foso.

—¿No os da vergüenza que tenga que ser vuestro comandante quien haga vuestro trabajo? —espetó a los zapadores.

—Mi señor, no debéis exponeros de esta manera —le reprendió don Diego Pérez Sarmiento, protegiéndole con un escudo.

Don Fernando lo rechazó con un movimiento de mano y vertió otra espuerta al foso. Desde las murallas los arqueros moros disparaban sus flechas a discreción, pues habían reconocido al infante por sus vestimentas y por la autoridad de sus órdenes. Acudieron decenas de ballesteros para proteger al comandante de las tropas castellanas, que persistía en arrojar espuertas al foso. Los zapadores, espoleados por el ejemplo del infante, formaron varias hileras y mientras unos llenaban las espuertas de tierra, otros las arrojaban al foso.

—¡Disparad las bombardas! —ordenó desde el real don Ruy López

Dávalos, que desde la distancia había advertido la situación de extremo riesgo en la que se encontraba el infante.

Un ruido atronador irrumpió de pronto en el valle. Un bolaño salió despedido de una bombarda e impactó con brutalidad contra una almena, causando grandes daños y la muerte de dos arqueros moros. Los zapadores lanzaron aullidos de júbilo. Desde las murallas los nazaríes continuaron disparando sus armas, pero la amenaza de ser asaetados por los ballesteros castellanos o reventados por el impacto de los bolaños les atemorizó y su frecuencia de disparo se redujo notablemente. El sol comenzaba a declinar tras las cimas más altas cuando el foso quedó completamente cubierto.

—Buen trabajo. Que los zapadores reciban una ración extra de vino —dijo don Fernando a don Diego Pérez Sarmiento.

El infante regresó al campamento. Entró en su tienda y se refrescó con el agua de una palangana. Don Ruy López Dávalos entró poco después.

—Vuestra temeridad podría haberos costado la vida —le espetó con gesto severo.

—Estamos en manos de Dios —replicó el infante.

—Cierto, no en vano, vuestra determinación ha infundido el valor necesario a los zapadores para concluir el trabajo.

Don Fernando terminó de lavarse la cara y el cuello y dijo:

—No son las circunstancias, sino nuestra falta de voluntad lo que nos impone nuestros límites. A veces todos necesitamos de un empujoncito.

Don Ruy sonrió y cambiando de tema dijo:

—Tengo noticias de Aragón. Y son importantes.

El infante desvió la mirada hacia el condestable mientras se secaba los brazos.

—Don Martín, el rey de Aragón, ha muerto.

—Vaya es una verdadera lástima. Dios lo guarde en su Gloria. Enviad mis condolencias a… —don Fernando se detuvo.

—Exactamente, mi señor, ¿a quién debemos enviar las condolencias? —don Ruy esbozó una malévola sonrisa llena de complicidad.

Don Martín I de Aragón era viudo. No tenía ni hijos ni hermanos vivos. El rey de Aragón se casó con doña María de Luna con quien tuvo cuatro hijos; don Martín, don Jaime, don Juan y doña Margarita, pero ninguno de ellos sobrevivió a su padre. El último en fallecer fue don Martín, conocido como *el Joven*. Don Martín *el Joven* reinó en Sicilia tras contraer matrimonio en 1390 con doña María de Sicilia, con quien tuvo un hijo, don Pedro, pero este murió en 1400. Casado en segundas nupcias con doña Blanca de Navarra, tuvo otro hijo, pero también murió en 1407. *El Joven* tuvo un hijo más, don Fadrique de

Aragón, resultado de sus encuentros amorosos con una amante siciliana. Por lo tanto, era ilegítimo. El rey Martín de Aragón necesitaba con urgencia un heredero y se casó con doña Margarita de Prades, pero el matrimonio no tuvo descendencia. Don Martín intentó legitimar a su nieto bastardo, don Fadrique, pero murió sin conseguir los apoyos suficientes ni de la Iglesia ni de la nobleza aragonesa y, lo que era aún más grave, sin haber nombrado de forma precisa un sucesor.

—Vos sois nieto del rey Pedro IV de Aragón y sobrino del rey Martín I… —dejó caer don Ruy López Dávalos.

—Conozco muy bien quienes fueron mis ancestros, condestable. —El infante sirvió dos copas de vino y le ofreció una a don Ruy—. Según tengo entendido, don Martín nombró a don Jaime de Urgel lugarteniente del reino de Aragón y gobernador general de todos los reinos. Cargos que, por costumbre entre los reyes aragoneses, son ocupados por el heredero a la corona.

—Cargos reservados al primogénito, mi señor, y don Jaime de Urgel no lo es —puntualizó el condestable—. Lo cierto es que don Martín ha muerto sin nombrar sucesor. Si tanto interés tenía en que el conde fuera su heredero, ¿por qué no lo dejó por escrito en su testamento? —el infante se encogió de hombros ante el sólido razonamiento. Don Ruy prosiguió—: El conde de Urgel es bisnieto de don Alfonso III de Aragón, mientras que vos sois nieto de Pedro IV y sobrino de Martin I. Por parentesco no me negaréis que os encontráis mejor posicionados que el conde para reclamar el trono de Aragón.

—¡Ja, ja, ja! —rio de buena gana el infante—. Olvidáis que don Jaime está casado con mi tía doña Isabel, la hermana del rey Martín I. Además, ¿un castellano sentado en el trono de Aragón? ¡Imposible! —se sentó en un escabel entre incontenibles carcajadas y dio un trago de vino—. No os voy a negar que vuestra propuesta es muy sugerente. Tanto como irrealizable. En ausencia de hijos y hermanos, varios serán los candidatos que aspiren al trono que ha dejado desierto don Martín al cometer la imprudencia de no designar a un sucesor.

—Lo sé, mi señor, lo sé —el condestable hizo un poco de memoria y comenzó a enumerar—: Tenemos a don Jaime de Urgel; a don Luis de Calabria, sobrino nieto de don Martín; a don Fadrique de Aragón, su nieto bastardo; incluso a don Alfonso de Gandía, su tío abuelo…

—¿Cuántos años debe tener don Alfonso? ¿Ochenta? ¿Noventa? Olvidadlo, él no cuenta. Es demasiado viejo. Pero hay un nombre que oportunamente habéis omitido —el condestable sonrió—. Y vuestros labios revelan que el descuido no ha sido casual.

Don Ruy asintió varias veces y dijo:

—Vuestro sobrino, el rey Juan II, es otro candidato, sin lugar a duda. Es bisnieto de don Pedro IV y sobrino-nieto de don Martín I,

pero su elección la encuentro un tanto improbable, pues ya es rey de Castilla.

—No lo desestiméis. De la unión de las coronas de Castilla y Aragón nacería el reino más poderoso de Europa. Cosa bien distinta sería que los aragoneses lo aceptaran por ser castellano, como sería mi caso.

—Hace unos momentos habéis afirmado que no son las circunstancias, sino nuestra falta de voluntad lo que nos impone nuestros límites. Y que todos, a veces, necesitamos de un empujoncito —el infante sonrió—. Pues bien, mi señor, no os voy a negar que las posibilidades de que seáis proclamado rey de Aragón son escasas, pero no son nulas. Sólo os pido que no las desestiméis.

—Ahora mi máxima prioridad es conquistar Antequera —repuso el infante.

—Conquistar Antequera y velar por vuestros derechos al trono de Aragón no son realidades incompatibles —insistió el condestable.

Don Fernando reflexionó las palabras de don Ruy. De todos los candidatos al trono de Aragón sólo dos tenían verdaderas posibilidades de ser elegidos; el conde de Urgel y don Luis de Calabria. Ser proclamado rey de Aragón era una posibilidad. Remota y descabellada, incluso absurda, pero seguía siendo una posibilidad. Y todo aquello que no es imposible es factible de ser conseguido. La dinastía que instauró Wilfredo el Velloso en el siglo IX estaba predestinada a desaparecer, a ser sustituida por otra más joven, más fuerte y capaz. ¿Sería reemplazada por un Trastámara? ¿Por un castellano? Recordó cómo su abuelo, don Enrique de Trastámara, arrebató el trono al tirano y cruel don Pedro I. La estirpe joven, poderosa y audaz de los Trastámara sustituyó a la antigua y decadente Casa de Borgoña. ¿Podría repetirse la misma historia? ¿Podría él desplazar a una dinastía que llevaba gobernando quinientos años en Aragón? Don Fernando negaba con la cabeza inmerso en sus pensamientos. Su mente bullía en una agitada y confusa tormenta de ambiciones, deseos y realidades. Don Ruy López Dávalos no perdía detalle de su turbación. El condestable había sembrado la semilla de la duda en la mente del infante y ahora era cuestión de dejarla germinar y regarla oportunamente con unas gotas de confianza y ambición.

—Según dicen, cuando don Martín se encontraba en su lecho de muerte —comenzó a relatar don Ruy ante la atenta mirada del infante —, sus consejeros le preguntaron quién sería su sucesor y don Martín respondió que le sucedería aquel que entre sus parientes tuviera más derecho a la corona —el condestable hizo una pausa para que sus palabras se fueran asentando en la mente y en la voluntad del infante —. Este mi señor, no es otro que vos.

35

Valladolid, julio de 1410

La muerte de don Martín I no sólo causó un gran revuelo en Aragón. En Castilla también se observaba con expectación los acontecimientos que se sucedían en el reino vecino. Ante la indecisión de don Jaime de Urgel y de don Luis de Calabria para postularse como candidatos al trono de Aragón, la Generalidad de Cataluña designó una comisión de doce notables cuya misión era velar por el reino y garantizar las posesiones aragonesas en el Mediterráneo. Esta comisión envió delegaciones a Aragón y a Valencia para tratar el problema de la sucesión, pero aragoneses y valencianos estaban tremendamente divididos, lo que dificultó que se convocaran parlamentos unitarios. La situación se tornaba confusa, irresoluble. No se descartaba ningún escenario, incluido el de la guerra civil.

La reina-regente paseaba por los jardines del palacio de Valladolid con don Diego de Anaya, obispo de Cuenca. Era media mañana de un día claro y despejado de verano. A doña Catalina le aconsejaron los médicos que diera cortos paseos al menos una vez al día. Pero se cansaba con facilidad y tenía pavor a que sus piernas, cada vez más débiles y gruesas, no tuvieran las fuerzas suficientes para sostenerla y acabara derrumbándose en el suelo. Tomó asiento en un banco de piedra. Había dado apenas trescientos pasos y ya estaba exhausta. Una dama acudió rauda con un cubilete de agua. La regente dio dos tragos y puso cara de asco.

—Como echo de menos el vino —refunfuñó.

—No os quejéis. Sé muy bien que no habéis eliminado el vino de vuestra dieta. Sólo habéis reducido su consumo —replicó el obispo, tomando asiento a su lado.

—Malditos médicos —protestó doña Catalina.

—Sólo se preocupan por vuestro bienestar.

Doña Catalina cabeceó negativamente. Los médicos le prohibieron el vino, la carne de caza y las comidas copiosas. Ella siguió todas sus recomendaciones, pero apenas había adelgazado y los temblores de sus brazos seguían martirizándola. Quizá había detenido o ralentizado el inexorable avance de su enfermedad, pero de ningún modo la había superado. Sus dolencias, la debilidad de sus músculos, sus terribles limitaciones, le frustraban y agriaban su carácter.

—¿Tenemos alguna noticia de Antequera? —preguntó, intentando cambiar de tema.

—Los moros son muy contumaces. Se niegan a rendirse.

—Ya son tres meses de asedio...

—No es fácil conquistar una ciudad tan grande e importante.

—Las cosas fáciles no suelen merecer la pena —observó doña Catalina—. No obstante, estoy segura de que el infante logrará su propósito de tomar Antequera. No puede permitirse otro fracaso como el de Setenil. Un triunfo sobre los nazaríes le colmaría de gloria y prestigio si decidiera postularse como candidato a la corona de Aragón.

—Bueno, a ese respecto, aún no sabemos cuáles son sus intenciones.

—Pero sabemos que ha enviado a don Fernán Gutiérrez de Vega y al doctor Juan González de Acevedo a Aragón.

—Como meros observadores, según tengo entendido.

—Todos los movimientos de don Fernando están fríamente calculados. No es un hombre que se deje guiar por la improvisación. Si ha enviado a Aragón a tan notables embajadores será porque algo tiene entre manos.

—El infante es un hombre prudente y sólo presentará su candidatura si considera que tiene verdaderas opciones de ser elegido.

Doña Catalina asintió y esbozando una sonrisa perversa, dijo:

—Ser rechazado por los aragoneses sería una intolerable humillación para el regente de Castilla —esta perspectiva le consolaba. Sufrir un contratiempo de esa magnitud heriría el orgullo y la vanidad del infante hasta límites insospechados. Aunque ambos regentes habían resuelto sus problemas y reconducido su relación por el bien del reino, entre ellos aún existía una enconada y latente rivalidad que amenazaba con estallar en el momento más inesperado.

—Sin duda un fracaso en Aragón afectaría a su influencia en la Corte castellana —observó oportunamente el obispo, y añadió—: Pero por otro lado, si fuera proclamado rey de Aragón, tendría que abandonar inmediatamente Castilla y renunciar a la regencia del reino. Seríais vos, mi reina, la única regente de Castilla…

Doña Catalina enarcó una ceja. No había calculado esa posibilidad. Quizá, después de todo, no sería tan mala idea que don Fernando se sentara en el trono de Aragón. Doña Catalina sonrió. Si don Fernando presentaba su candidatura, independientemente de la decisión de los aragoneses, ella saldría beneficiada.

—¿Cuál sería vuestra posición en tal caso? ¿Apoyaríais la candidatura del infante? —preguntó el obispo advirtiendo que sus conjeturas habían llamado su atención.

—Mi hijo también tiene legítimo derecho a ser elegido rey de Aragón —respondió la reina-regente.

El obispo negó con la cabeza.

—Demasiados pretendientes para una sola novia.

—¿No creéis que mi hijo, el rey de Castilla, debería de velar por sus derechos en Aragón?

—Digo, mi reina, que ya hay suficientes candidatos para complicar aún más la sucesión de don Martín. De momento parece que los mejor posicionados son el conde de Urgel y don Luis de Calabria.

—Tampoco podemos desestimar a don Fadrique —observó doña Catalina.

—Un bastardo jamás debería ser proclamado rey. Iría en contra de las leyes de Dios y las de los hombres —prorrumpió con gravedad don Fernán. Doña Catalina le fulminó con la mirada. El obispo entendió el motivo de su enojo—. Bueno, mi señora, el reinado de don Enrique de Trastámara fue un caso excepcional…

—Pero no está libre de repetirse.

—No, es cierto, no lo está —reconoció el obispo.

Doña Catalina se encontraba algo más repuesta y retomó el paseo. Don Fernando era un hombre inteligente, sagaz y ambicioso. Sin duda presentaría su candidatura, aunque sus esperanzas de alzarse con el trono de Aragón fueran en principio remotas. Pero el infante casi siempre lograba sus propósitos. Disponía de mucho dinero, de un poderoso ejército y, posiblemente, del favor del papado de Aviñón. Si se proponía ser rey de Aragón, posiblemente lo conseguiría. Doña Catalina sintió un escalofrío al pensar en los medios que utilizaría para lograrlo, pues estaba segura de que el infante no dudaría de hacer uso incluso de las armas. Don Fernando disponía de todos los recursos para presentarse ante los aragoneses como el candidato que pondría orden y serenidad en un reino sumido en la división, el desgobierno y el caos. ¿Y su hijo? ¿Debería presentar la candidatura de don Juan? Posiblemente los aragoneses no aceptarían a un rey castellano. Y Castilla no podía presentar dos candidatos. Tendrían que decantarse por uno; don Fernando o don Juan. Pero estaba divagando. Aún don Fernando no se había pronunciado. Doña Catalina y el obispo de Cuenca sólo conjeturaban. Pero conjeturar sobre hechos que no han sucedido, pero que pueden suceder, nos prepara para tomar decisiones correctas si se presentara el caso.

—Castilla sólo deberá proponer un candidato al trono de Aragón —dijo de pronto doña Catalina.

—¿Y este sería…? —preguntó don Diego con curiosidad.

—Serán los obispos y letrados de Castilla quienes deben decidir sobre este asunto, pero por el mayor grado de consanguinidad, entiendo que el candidato castellano debería ser don Fernando.

El obispo asintió y exhaló un largo suspiro de alivio. Temía que la reina-regente se hubiera planteado presentar la candidatura de su hijo, lo que provocaría un nuevo enfrentamiento con el infante, en el caso

de que este finalmente se decidiera a postularse como candidato.

—Estoy de acuerdo con vos. El infante es sobrino y nieto de reyes aragoneses, mientras que vuestro hijo es bisnieto y sobrino-nieto. El parentesco del infante con los reyes aragoneses es mucho más cercano.

—Esto está fuera de toda discusión —reconoció la reina-regente.

—¿Y si así fuera? —el obispo detuvo el paso y fijó la mirada en doña Catalina—. Si don Fernando se postulase como candidato al trono de Aragón, ¿le apoyaríais?

—¿Qué haríais vos en mi caso? —preguntó divertida la reina-regente.

—No está en mi mano tomar esa decisión —rezongó don Fernán intentando eludir la respuesta.

—Bien, es cierto, evidentemente vos no sois la reina-regente —el obispo sonrió—, pero sois mi consejero y como tal os pido vuestra recomendación. ¿Debería apoyar a don Fernando en sus pretensiones a la corona de Aragón?

El obispo había caído en su propia encerrona y ahora no tenía más opción que compartir su parecer. Carraspeó y respondió:

—Castilla tiene dos regentes y Aragón ninguno. Es evidente que las responsabilidades de gobierno están mal repartidas. Sería provechoso tanto para Castilla como para Aragón equilibrar la balanza y repartir los dos regentes entre los dos reinos. Un reino, un rey, y para vos la regencia única de Castilla. Esta, mi señora, es mi opinión.

Doña Catalina sonrió.

—Y ha quedado clara, reverendísimo señor, completamente clara.

36

Antequera, septiembre de 1410

Los embajadores don Fernán Gutiérrez de Vega y el doctor Juan González de Acevedo mantenían una correspondencia fluida con el infante Fernando. La división entre Aragón, Cataluña y Valencia y la enconada rivalidad entre los partidarios de los dos principales candidatos, don Jaime de Urgel y don Luis de Calabria, había bloqueado toda negociación. Era difícil gobernar un reino tan fragmentado y con fueros y leyes tan dispares. Esa situación beneficiaba a don Fernando que podía concentrar todos sus esfuerzos en conquistar Antequera. Después de varios intentos frustrados de asalto, el infante decidió que fueran las bombardas quienes desquebrajaran el ánimo de los sitiados y las murallas de la ciudad. Día y noche Antequera fue bombardeada. Centenares de bolaños reventaban en sus muros, pero estos eran gruesos y robustos, y resistían con perseverancia el constante impacto de los proyectiles. Para no desmoralizar a los soldados, al tiempo que conseguía botín y víveres, el infante ordenó varias cabalgadas por tierras granadinas. En Loja, don Pedro Ponce de León derrotó a doscientos jinetes moros y se hizo con seiscientas vacas que abastecieron al ejército castellano. En Setenil una patrulla castellana fue aniquilada. Entre los muertos se encontraba un noble de nombre don Fernando de Saavedra. Para vengar el ataque, don Fernando envió a don Fernán Arias de Saavedra, padre de don Fernando de Saavedra, a Ronda, donde se encontraban los moros que habían asesinado a su hijo. Los castellanos los derrotaron y regresaron al campamento con una veintena de prisioneros y más de mil vacas. En Montefrío, don Alonso Fernández de Córdoba derrotó a las tropas musulmanas que estaban bajo el mando de Mofarrach, suegro y alguacil de Yusuf III. Don Alonso Fernández ordenó que le cortaran la cabeza y se la envió a don Fernando junto con el pendón nazarí.

El 10 de septiembre unos jinetes llevaron el pendón de San Isidoro desde León al campamento. Se trataba de una imagen del santo montado a caballo, vestido de arzobispo y portando la cruz y la espada. En la parte superior del pendón sobresalía una estrella y una nube con el brazo de Santiago Apóstol blandiendo una espada de fuego. El pendón estaba bordado en hilos de oro y plata sobre una fina y exquisita seda de color carmesí. La llegada del pendón de san Isidoro subió la moral de las tropas, pues era conocido por todos que en 1147

cuando las tropas de Alfonso VII marchaban hacia Almería, se vieron detenidas en la ciudad musulmana de Baeza. Don Alfonso ordenó el asedio de la ciudad, pero al igual que sucedía en Antequera, la resistencia de los moros fue pertinaz hasta el punto de hacer desistir al rey. Una noche, don Alfonso invocó a san Isidoro y este se le pareció en sueños conminándole a tener fe en la victoria. Le aseguró que al día siguiente Baeza sería cristiana. Don Alfonso compartió su sueño con los notables y soldados castellanos, infundiéndoles renovados ánimos y confianza. Así pues, tal y como había asegurado el santo, al día siguiente, 25 de julio, día de Santiago, las tropas cristianas tomaron el castillo de Baeza. Don Alfonso hizo bordar en el propio campo de batalla un pendón en honor al santo, sin cuya milagrosa aparición no habría sido posible la victoria.

Mientras don Fernando persistía en el asedio de Antequera, en Cataluña las Cortes se preparaban para recibir a finales de mes a los embajadores de los candidatos al trono aragonés. Don Fernán Gutiérrez de Vega y el doctor Juan González de Acebedo informaron a don Fernando que don Jaime de Urgel, don Luis de Calabria y don Alfonso de Gandía ya habían presentado su candidatura.

El infante pidió a don Vicente Arias de Balboa, obispo de Plasencia y reconocido jurista, que evaluara sus posibilidades de ser elegido rey de Aragón, pero aún no había recibido respuesta. La espera le confundía y martirizaba. ¿Debía rendir Antequera o abandonar su asedio y reclamar sus derechos al trono aragonés? No sabía qué hacer. De hecho, aún desconocía si realmente tenía alguna posibilidad. Si abandonaba el asedio de Antequera y finalmente no era elegido rey, su prestigio y su honor serían arrastrados por el fango. Su fracaso sería doble. No podría mirar a doña Catalina a los ojos. Ni a la reina-regente ni a nadie en toda Castilla. No, su prioridad era Antequera. Debía asegurarse al menos de conseguir ese propósito. Pero si pretendía disfrutar de alguna opción al trono aragonés debía darse prisa, pues a finales de mes las Cortes catalanas escucharían los argumentos de los representantes de los candidatos. Tenía menos de veinte días para tomar Antequera. Durante ese tiempo, los juristas y letrados valorarían sus posibilidades al trono. No, no era tiempo suficiente. ¿Tomar la ciudad en veinte días cuando llevaba cinco meses de asedio? Era una tarea imposible, ¿imposible?

—¡Adelante! —gritó don Fernando.

A la orden del infante de Castilla, bestias y hombres tiraron de la bastida y de las torres de asalto elevando a los cielos el rugido ensordecedor de centenares de soldados dispuestos para luchar, preparados para morir. Parapetados tras las máquinas de guerras y los escudos avanzaron los peones castellanos. Era el asalto definitivo. Don Fernando ordenó que las tropas rodearan por completo las murallas de

Antequera. Las bombardas y las ballestas de torno fueron puestas en posición. El bombardeo sería constante hasta que la bastida dejara caer la rampa sobre las almenas. Entonces las bombardas dejarían paso a la infantería castellana. Soldados y ballesteros se lanzarían en tropel a la conquista de los muros. Luego abrirían las puertas de la ciudad y entraría la caballería. Sería el fin del asedio. Este era el plan. Ahora había que llevarlo a cabo.

Desde la torre albarrana, Alkahmen, alcaide de Antequera, contemplaba con gesto grave pero sereno el avance de las tropas castellanas. Era un hombre de unos sesenta años, de alta estatura y ligeramente encorvado. Sus ojos eran negros y profundos, y su barba espesa y cana. Su ciudad ya había resistido cinco meses de asedio y docenas de asaltos. Ese ataque no sería distinto, aunque advirtió que las tropas que se dirigían hacia las murallas eran más numerosas de lo habitual. ¿Sería el ataque definitivo? Podría ser. En uno o dos meses llegarían el frío y las lluvias. Los castellanos tendrían que levantar el cerco y regresar a Castilla derrotados y humillados. Sólo tenía que aguantar dos meses más. Sólo dos meses. El tiempo jugaba a su favor. Su ánimo jamás flaquearía. Alá estaba con él y con su pueblo.

—Que los artilleros y los arqueros se preparen —ordenó a uno de los oficiales que observaba a su lado la llegada de los castellanos.

El oficial asintió y gritó la orden. Al punto los arqueros armaros sus arcos y los artilleros prendieron las mechas. Las bombardas ya estaban cargadas con bolaños y cebadas con pólvora. Sólo aguardaban impacientes la orden de disparo. Alkahmen respiró hondo. Olía a brea y madera quemada. Sonrió. A los cristianos les aguardaba una sorpresa.

Un ruido brutal y ensordecedor irrumpió de pronto y una bandada de asustadas chovas sobrevoló el cielo azul profiriendo estridentes chillidos. Una decena de bolaños chocaron con estrépito contra las murallas de Antequera.

—¡Disparad! —ordenó el alcaide.

El intercambio de bolaños fue salvaje. Las almenas reventaban por el impacto de los proyectiles castellanos esparciendo miles de pedazos de piedra que destrozaba la carne y despedazaba brazos, piernas y cabezas. Las ballestas de torno cristianas nublaron el cielo con enormes flechas que se clavaban con brutalidad en los musulmanes atravesándoles de parte a parte, empujándoles hacia atrás como si fueran arrastrados por cuerdas invisibles.

La lluvia de bombardas y de flechas sobre las murallas de Antequera fue constante. Don Fernando contemplaba el lento avance de la bastida con tensión. Los arqueros nazaríes disparaban flechas incendiarias, pero la bastida estaba protegida por cueros y telas mojadas que dificultaban que el fuego se propagara. Los artilleros

moros dirigieron las bombardas hacia la bastida, pero sus disparos fueron poco precisos y los bolaños se perdían en el horizonte sin causar daño alguno. Los soldados castellanos lograron llegar a las murallas y ascendieron con escalas. Eran centenares. Desde las almenas, los moros les arrojaban flechas, lanzas, rocas, inmundicias, incluso valioso aceite hirviendo. Pero eran demasiados. Entonces la bastida llegó a la torre albarrana y desplegó la pasarela.

—¡Al ataque! ¡Por Santiago! —exclamó el capitán don Diego Fernández de Quiñones, el primer castellano en pisar las murallas de Antequera.

Setenta castellanos le siguieron en tropel arrasando a los arqueros y soldados musulmanes que encontraban a su paso. Desde el adarve, Alkahmen contemplaba con espanto cómo los cristianos superaban sus defensas y se batían con furia contra sus soldados.

—¡Prended la hoguera! —gritó.

En la base de la torre albarrana los defensores habían reunido una gran cantidad de leña y brea. Al prenderle fuego, una enorme llamarada salió disparada de un orificio de la torre y se dirigió con violencia hacia la bastida, envolviéndola en llamas. Varios castellanos quedaron abrazados por un fuego imposible de sofocar y se arrojaron al vacío para poner fin a sus tormentos.

—¡Apagad del fuego! ¡Apagad el fuego! —gritaban los oficiales castellanos, pero las llamas lamían el cuero mojado y devoraban la madera con ferocidad.

Don Diego Fernández de Quiñones miró a sus espaldas y con horror vio cómo la bastida era engullida por una nube de negro y espeso humo. Una veintena de soldados le seguían, pero eran del todo insuficientes. Se detuvo y tomó un poco de aire. Los moros que habían salido en fuga los miraban a unos pasos sin atreverse a atacarlos. Esperaban a que la bastida se desmoronara y quedaran aislados. Entonces se escuchó un sonido terrible, atronador. Don Diego temió que se tratara de la bastida, que consumida por las voraces llamas hubiera colapsado, pero sus temores se tornaron en esperanzas cuando comprobó que la parte izquierda de la muralla de la torre albarrana se había derrumbado. El agujero no era excesivamente grande, pero lo suficiente para permitir el paso de las tropas castellanas. La buena labor de las minas y de las bombardas por fin estaban dando sus frutos. Centenares de gritos avisaban de la entrada de los cristianos a la ciudad de Antequera.

—¡Por Santiago! —gritó don Diego lanzándose contra los soldados moros que, advirtiendo que la batalla estaba perdida, huyeron a refugiarse a la alcazaba.

Alkahmen se negaba a aceptar lo evidente. Sus hombres ya no se preocupaban en defender las murallas de Antequera, sino de

salvaguardar sus vidas y corrían desesperados por las callejuelas de la ciudad hacia la alcazaba. La fortaleza estaba erigida en un alto y protegida por gruesos muros. Su conquista no sería fácil. Quizá aún hubiera esperanza de salir de aquel infierno con vida.

—¡A la alcazaba! —gritó el alcaide nazarí—. ¡Todos a la alcazaba!

Los musulmanes no necesitaron de más indicaciones. Abandonaron sus puestos en el adarve, descendieron por las escaleras de piedra y corrieron a poner a salvo sus vidas. Mientras los moros huían, los castellanos derribaron una puerta de las murallas y entraron en Antequera como un torrente desbocado.

—Matad a los hombres y perdonad la vida a las mujeres que acepten abrazar la fe de Cristo —ordenó don Fernando a don Ruy López Dávalos.

—¿Y si se niegan? —preguntó el condestable.

El infante desvió la mirada hacia don Ruy y con gélida determinación le respondió:

—Qué su dios las proteja, porque el nuestro no lo va a hacer.

Los castellanos entraron victoriosos en Antequera profiriendo aterradores gritos de júbilo, de rabia y de conquista, y se entregaron al más cruel y despiadado saqueo. Los musulmanes que, imprudentemente habían decidido permanecer en sus hogares en el vano intento de proteger sus pertenencias, fueron pasados a cuchillo. Ríos de sangre musulmana corrieron por las calles de la ciudad. No hubo clemencia, ni misericordia. Sólo sangre y muerte. Desde su montura, don Fernando fue testigo de cómo sus hombres ultrajaban a las mujeres, aunque estas hubieran jurado por sus hijos que se convertirían al cristianismo, y cómo asesinaban a sus maridos y luego les desvalijaban, despojándoles hasta de sus ropajes y calzados. Quedaban entonces abandonados en el suelo, muertos, desnudos y ensangrentados. Los niños no sufrieron un mejor destino que sus mayores y fueron asesinados sin piedad. «Los cachorros se convierten en feroces lobos cuando alcanzan la madurez. Es conveniente exterminarlos cuando aún carecen de colmillos». Aseguraban los oficiales cristianos. El infante era ajeno al sufrimiento del enemigo. Eran infieles y su destino le era del todo indiferente. Cinco largos meses había permanecido acechando sus murallas. Meses de dudas, de incertidumbres y de miedos. Sí, don Fernando tuvo miedo. Miedo al fracaso, a la humillación, al deshonor de regresar a Sevilla como lo hizo hacía tres años cuando fue incapaz de tomar Setenil. Cerró los ojos y lanzó un largo suspiro de alivio espantando de su ánimo todos sus temores. A su espalda escuchó cómo la bastida se desmoronaba con un estruendo ensordecedor consumida por el fuego. Poco importaba: Antequera ya era suya.

—Mi señor, los moros se han refugiado en la alcazaba.

El infante bajó la vista y se encontró el rostro sucio de polvo, cenizas y sangre de don Diego Fernández de Quiñones. Los ojos del capitán revelaban una profunda decepción.

—Hemos intentado tomarlo, pero sus muros son altos y los arqueros nos recibieron con centenares de flechas. Son muchos los moros que allí han encontrado refugio. Su asalto no será fácil. Lo siento, mi señor —anunció con amargura.

—No tenéis motivo del qué lamentaros —dijo don Fernando con afecto—. Habéis sido el primero en pisar las murallas de Antequera —miró hacia la torre albarrana y apretó los puños lleno de júbilo cuando vio ondear, entre la humareda y la ceniza incandescente, su estandarte, el de Santiago y el de San Isidoro—. Que la alcazaba caiga en nuestras manos es sólo cuestión de tiempo. Gracias a vuestra valentía y fe en Dios y en la victoria, Antequera ahora es cristiana.

—¡Vuestra es la victoria, mi señor! —exclamó, don Ruy López Dávalos, menospreciando los méritos en la conquista de don Diego Fernández de Quiñones, que ante la llegada del condestable y de varios notables castellanos, consideró oportuno marcharse y perderse entre las calles de la ciudad. En las batallas los soldados entregaban sus vidas y los nobles se llevaban la gloria. Siempre había sido así y en el horizonte no se atisbaba ningún indicio que sugiriera que las cosas podrían cambiar. Quizá en alguna casa nazarí hubiera escondida una botella de vino. Si daba con ella bebería con gozo y sin rencores. Estaba vivo. Había mucho que celebrar.

—La victoria ha sido de Dios —corrigió don Fernando—, siempre es de Dios, querido amigo. ¿Cuál es la situación?

—La ciudad está siendo saqueada —respondió don Fadrique.

—Eso ya lo veo —replicó con desagrado don Fernando, cuando vio a don García Fernández de Villagarcía, comendador mayor de la Orden de Santiago, asesinar a un musulmán para robarle las babuchas. Los gritos de sufrimiento y pánico de las mujeres llegaban sin cesar a sus oídos y se confundían con los desgarradores aullidos de dolor de los hombres cuando eran ensartados por las lanzas y las espadas. Antequera olía a orines, ceniza y muerte.

—Los supervivientes se han refugiado en la alcazaba —intervino don Juan Hurtado de Mendoza. El mayordomo tenía la sobrevesta rasgada y sucia de sangre. A pesar de su avanzada edad, había luchado con arrojo y determinación, sin mostrar el mínimo temor ante el infiel.

Don Fernando desvió la vista hacia una mujer que huía aterrorizada de dos castellanos.

—Reparad las puertas y las murallas, y reforzad las guardias. No podemos arriesgarnos a sufrir un ataque y perder lo conseguido —ordenó el infante—. Una vez hayamos tomado el control de la ciudad,

descansaremos. Mañana, negociaremos la rendición de la alcazaba.

—¡Viva don Fernando! —gritó don Diego Pérez Sarmiento—. ¡Viva el infante de Castilla!

Los notables y las tropas castellanas se unieron a los vítores. Miles de gargantas gritaron con fuerza el nombre de quien les había conducido a la victoria cristiana más gloriosa desde la batalla del Salado o la conquista de Algeciras. Un impresionante clamor ahogó los lamentos de los antequeranos.

—¡Viva don Fernando, conquistador de Antequera! —gritó don Ruy—. ¡Viva don Fernando de Antequera!

—¡Viva don Fernando de Antequera! ¡Viva don Fernando de Antequera!

Gritaban los castellanos alzando victoriosos sus ensangrentadas y aún goteantes espadas y lanzas.

—Parece que tenéis nuevo nombre —observó el condestable mirando al infante con una sonrisa.

—Fernando de Antequera… —dijo con agrado el infante—. Me gusta.

—¡Viva don Fernando de Antequera! —rugían sin descanso los soldados castellanos desde las murallas, desde las torres, desde las calles y plazas de Antequera, derramando en cada grito la tensión y el miedo acumulados tras cinco largos y fatigosos meses de asedio, de batallas encarnizadas y de un sinfín de intentos frustrados de asalto, donde murieron centenares de compañeros, de amigos. Al fin, habían conseguido cruzar los muros de aquella maldita ciudad infestada de infieles. Ahora podrían dedicarse despreocupados a matar musulmanes desarmados, a violar moras indefensas, a asaltar hogares, comercios, templos… a enriquecerse con la sangre de los derrotados, pues en toda conquista era la justa recompensa de los vencedores. Y tan glorioso triunfo se lo debían al infante, a don Fernando de Antequera.

37

Antequera, septiembre de 1410

Don Fernando estableció su real en el palacio de un notable nazarí que había sido asesinado o que quizá había logrado huir y refugiarse en la alcazaba. Lo desconocía. Poco importaba. Como era norma en los saqueos, los soldados respetaron los palacios y edificios más ricos y lujosos, pues eran el premio de los comandantes y capitanes. El infante comía cordero asado en una de las salas del palacio. Tenía el techo alto y estaba adornado con elaborados mosaicos de coloridos azulejos. Se extendían amplios arcos ojivales a lo largo de unas paredes decoradas con madera tallada con formas geométricas y versículos del Corán. Don Fernando estaba acompañado de todos sus capitanes, salvo don Ruy López Dávalos, pues le había encomendado la responsabilidad de negociar con el alcaide de Antequera la rendición de la alcazaba. Charlaba con sus compañeros de banquete cuando don Ruy hizo acto de presencia.

—Podíais haberme esperado —prorrumpió el condestable tomando asiento y cogiendo un pedazo de carne—. Estoy muerto de hambre.

—¿Y bien? —preguntó el infante.

—Estos moros son agotadores —respondió don Ruy con la boca llena de cordero asado. Se sirvió un cubilete de vino y lo vació de un trago.

Don Fernando le miraba impaciente con los brazos en jarra.

—Alkahmen, pues así se llama el alcaide de Antequera, entregará la alcazaba si se respeta la vida de todos los moros que allí se refugian y se les permite marchar a Archidona con sus pertenencias. ¡Ah! Y que puedan vender a las tropas lo que no puedan llevarse.

—¡Esto es intolerable! ¡Cree ese moro que esto es un maldito bazar! —estalló don García Fernández de Villagarcía incorporándose de la silla como un resorte—. Somos los conquistadores de Antequera. ¡Todo, absolutamente todo lo que hay en el interior de estas murallas nos pertenece! ¡Incluso sus míseras vidas!

—Relajaos —dijo el infante con un leve movimiento de mano. No le agradaba el comendador mayor y no sólo porque se hubiera opuesto a la elección de su hijo don Enrique como maestre, sino porque era evidente que no observaba con el debido rigor muchos de los votos que juró cuando se ordenó caballero de Santiago. Pero en este caso tenía razón. Don Fernando podría perdonar la vida a los antequeranos refugiados en la alcazaba, pero no podía permitir que se marcharan

con sus bienes. Estos eran parte del botín y pertenecían a las tropas vencedoras—. Sólo aceptaré la rendición incondicional de la alcazaba.

—Mi señor, la alcazaba está muy bien protegida y el invierno se acerca… —comentó don Juan de Velasco.

—En la alcazaba hay centenares, miles de nazaríes. Pronto escasearán el agua y los alimentos —intervino don Diego Pérez Sarmiento—. Y sin agua ni comida no resistirán mucho tiempo.

—Tenéis razón, pero han tenido tiempo para llenar los almacenes de comida y los aljibes de agua. Los nazaríes son muy tercos. Este asedio aún puede alargarse varias semanas —afirmó don Juan Hurtado de Mendoza.

—¡La alcazaba caerá y todos los moros que en ella se esconden como apestosas ratas serán ajusticiados! —exclamó de nuevo el comendador mayor, achispado por la ingesta de vino.

Don Fernando desvió la vista hacia los comensales. Unos, como don García Fernández de Villagarcía, persistían en continuar con el asedio, mientras que otros, como don Juan de Velasco, se inclinaban por aceptar las condiciones de Alkahmen. El infante se debatía entre las dos opciones. De momento no tenía prisa por tomar la alcazaba. La elección de rey en Aragón estaba bloqueada hasta que las Cortes catalanas se reunieran a finales de mes y aún no había recibido respuesta de don Vicente Arias Balboa sobre sus opciones al trono aragonés. Podría esperar. Quizá una o dos semanas. Estaba seguro de que en la alcazaba se custodiaba una fortuna en oro, joyas y piedras preciosas que le sería de gran utilidad en el caso de que finalmente propusiera su candidatura al trono aragonés.

—Sólo aceptaremos su rendición incondicional —decidió al fin el infante.

—¡Bien dicho! —exclamó el comendador alzando complacido su vaso de vino. Fantaseaba con más moras a las que forzar y riquezas que saquear.

***

Desde su montura, don Fernando contemplaba las murallas de la alcazaba. Le acompañaban el obispo de Palencia y el conde de Trastámara. Alkahmen les observaba con atención lanzándoles miradas desafiantes desde el adarve. Habían pasado seis días desde la toma de Antequera y el alcaide persistía en no rendir la fortaleza. El infante escrutó los rostros de los arqueros nazaríes intentando descubrir alguna señal de flaqueza, de debilidad, pero no la encontró. Sus rostros no estaban demacrados por la falta de alimento. Y sus ojos

no estaban hundidos en cuencas macilentas como el infante hubiera deseado, sino que lanzaban miradas cargadas de odio. La gran mayoría lo había perdido todo. Los cristianos se lo habían arrebatado. Sus mujeres, sus hijos, sus hogares, sus bienes. Todo. Sólo les quedaba sus vidas y unos insaciables deseos de venganza. Alkahmen tomó un odre de agua y bebió con fruición derramando por su pecho parte de su contenido. O se trataba de un hábil impostor o el agua no escaseaba dentro de esos muros. Si el infante no aceptaba sus condiciones, se auguraba un asedio largo y fatigoso. Las terribles miradas de los arqueros musulmanes así lo revelaban. El bufido de un caballo distrajo a don Fernando de sus pensamientos. Era un mensajero.

—Mi señor —saludó el jinete al tiempo que entregaba un documento al infante.

Don Fernando lo tomó con curiosidad. Lo abrió y lo leyó. Sus labios esbozaron una gran sonrisa. Miró a don Fadrique y a don Sancho y les dijo:

—Negociad de nuevo con el alcaide la rendición de la alcazaba.

Y sin añadir palabra, se dirigió a toda prisa al palacio donde se había establecido el cuartel general castellano. Su corazón se agitaba impaciente en su pecho. Había mucho por hacer y muy poco tiempo. Muy poco. En algo más de una semana se reunirían en Barcelona los parlamentarios catalanes con los embajadores de los candidatos llamados a suceder al rey Martín. Y la alcazaba seguía en poder los nazaríes. Debía librarse de ese contumaz escollo cuanto antes. El documento que acababa de recibir procedía del obispado de Plasencia. Don Vicente Arias Balboa manifestaba sus conclusiones sobre sus derechos al trono de Aragón.

38

Sevilla, septiembre de 1410

Don Fadrique y el obispo de Palencia negociaron con Alkahmen la rendición de la alcazaba. El alcaide nazarí no daba su brazo a torcer y mantuvo sus condiciones. Insistía en que jamás aceptaría una rendición incondicional. Advirtió con vehemencia a los castellanos que sus hombres lucharían hasta la muerte y cuando ya no hubiera más esperanza, ordenaría quemar la alcazaba con todas sus riquezas. Esta postura irritó a don Fernando. No tenía tiempo para continuar con el asedio. Sus prioridades eran otras, pero se cuidó mucho de expresarlas. Debía evitar que sus capitanes concluyeran que su decisión estaba sujeta a sus conveniencias y ambiciones personales, y en perjuicio, por tanto, de los intereses de Castilla. El infante convocó al consejo de guerra una vez que don Fadrique y don Sancho de Rojas le informaron de la determinación del alcaide. Dejó entonces que hablaran unos y otros. Los que estaban a favor de continuar el asedio aseguraban que la alcazaba estaba próxima a rendirse pues el agua y los alimentos ya debían escasear y que entre las tropas y la población había cundido el desánimo ante la imposibilidad de recibir refuerzos de Granada. Por el contrario, los que estaban impacientes por concluir el asedio y regresar a sus hogares argumentaban que pronto llegarían el frio y las lluvias, haciendo aún más penoso el asedio. Insistían en que realmente se desconocía la cantidad de agua y víveres de las que disponían los asediados y que cada día de campaña costaba a las arcas reales medio millón de maravedíes. Este último fue un argumento de peso para el infante, pues para sufragar sus próximos proyectos necesitaría de una ingente cantidad de dinero. Escuchadas las razones de unos y otros, y advirtiendo que era mayor el número de consejeros que estaban a favor de aceptar el acuerdo con Alkahmen y, sobre todo, que sus argumentos eran más proclives a sus intereses, el infante tomó su decisión.

El 24 de septiembre, Alkahmen abandonaba la alcazaba con los dos mil quinientos nazaríes que se protegían tras sus murallas y establecieron un campamento extramuros de Antequera, donde vendieron a los castellanos las pertenencias que no pudieron llevarse a Archidona. Don Fernando se comprometió a entregarles mil acémilas para el trasporte de sus bienes, a cambio, los musulmanes entregaron sus armas y los cautivos cristianos. Don Rodrigo de Narváez, al mando de dos mil quinientos soldados, quedó a cargo de la defensa de la

ciudad.

Don Fernando entró en Sevilla flanqueado por dos caballeros que portaban orgullosos los pendones de Santiago y San Isidoro. Los sevillanos ignoraban la intensa lluvia que caía sobre ellos. Nadie en la ciudad quería perderse el glorioso desfile donde marchaban centenares de carretas cargadas de telas, armas, cofres de oro, plata y joyas, muebles de exquisita factura, miles de cabezas de ganado, diecisiete moros capturados en la Boca del Asno y lanceros castellanos ondeando victoriosos los pendones del ejército derrotado. Sevilla era una gran fiesta y más lo sería por la noche, cuando gran parte de esa fortuna acabara en las tabernas y lupanares de la ciudad.

—¡Viva don Fernando de Antequera! ¡Viva don Fernando de Antequera! —gritaban exultantes y agradecidos los sevillanos. Sus fronteras ahora estaban más protegidas y los maravedíes que llenaban las faltriqueras de los soldados pronto cambiarían de manos. Así son las guerras; las desgracias y ruinas de unos son las riquezas y beneficios de otros.

El infante saludaba bajo el persistente aguacero. Su gesto preocupado quedaba velado por la lluvia que empapaba su rostro. Detrás desfilaba el ejército. El suelo temblaba al paso de los cascos de los caballos, las ruedas de las carretas y las pisadas de los soldados, inundando el plomizo cielo sevillano con la poderosa sinfonía de un ejército victorioso. Pero don Fernando estaba inquieto. En unos días se reunirían en Sevilla los obispos, juristas y letrados de Castilla para determinar quién sería, entre el infante y el rey Juan II, el candidato castellano designado para competir por el trono de Aragón. Don Vicente de Arias Balboa le había dado muchas esperanzas. En su carta no sólo justificaba sus derechos al trono, sino que los anteponía a los del propio rey: «La lejanía en el parentesco de vuestro sobrino, el rey, es superior a la vuestra, de igual modo que no le ha beneficiado que la muerte de don Martín I haya sido posterior a la de su padre, don Enrique» —le escribía el obispo de Plasencia y luego le animaba a reivindicar el trono aragonés—: «Es vuestra obligación reclamar vuestros derechos, pues igual de infame es quien reclama un reino que no le corresponde, como quien correspondiéndole se niega a demandarlo». Posiblemente los obispos y gran parte de los juristas estuvieran de su parte, pero ¿qué opinaría de todo este asunto doña Catalina? Castilla necesitaba presentar una candidatura unida y esta sólo se podría conseguir si contaba con el incondicional apoyo de la reina-regente. Doña Catalina debía reconocer que su candidatura era más justa y factible que la de su hijo. ¿Sería tan generosa como para sacrificar los derechos de su hijo por el bien de Castilla? Era posible. Si era elegido rey por los aragoneses, tendría que renunciar a la regencia de Castilla. Doña Catalina ostentaría todo el poder durante la

minoridad de su hijo. O eso creería ella. En los labios del infante asomó una sonrisa nerviosa. Su corazón se agitaba con fuerza en su pecho. Su ánimo se batía en un mar infinito de sentimientos encontrados que le impedían disfrutar el baño de honores, aplausos y alabanzas que le regalaban los sevillanos. Alzó de nuevo el brazo. Lo había bajado sin darse cuenta y se obligó a esbozar la más amplia de sus sonrisas.

—Estamos en manos de Dios. Sea pues Él quien determine a quién corresponde ser rey de Aragón —susurró, intentando desprenderse de los pensamientos obsesivos. Pero no lo consiguió. La posibilidad de sentarse en el trono de Aragón había penetrado como un furioso torrente desbordado en su mente y no era capaz de pensar en otra cosa. Había logrado una victoria histórica frente a los nazaríes y conquistado una de sus principales ciudades, pero ¿qué era una victoria o una conquista comparada con un reino? En ese mismo instante decidió que lucharía por el trono de Aragón. Lo haría por él, pero también por sus hijos, por don Alfonso, pues sería su primogénito quien heredaría la corona. Respiró muy hondo y cuando sintió que los pulmones ya no aceptaban más aire, exhaló lentamente con la paz que concede tener un proyecto muy claro y un plan establecido para conseguirlo.

39

Sevilla, octubre de 1410

—No ha sido fácil, pero la reina-regente ha entendido que vos sois el candidato más conveniente para Castilla. Y no sólo ha retirado la candidatura de su hijo, el rey, sino que ha asegurado que podéis contar con su apoyo y el de la corona.

Quien hablaba era don Vicente Arias de Balboa, obispo de Plasencia. El prelado tenía unos sesenta años, complexión gruesa, rostro rasurado y frente despajada. Sus ojos, indagadores y audaces, transmitían una gran confianza y dignidad. Hombre instruido y experto en leyes, don Fernando recurría a sus sabios consejos cuando le asaltaba algún asunto de naturaleza jurídica. El obispo se encontraba en los aposentos privados de don Fernando en el alcázar. Estaba sentado en una silla frailera frente al calor de la chimenea. El frío y las lluvias habían llegado antes de lo previsto a tierras andaluzas. El infante, que se encontraba a su lado, se alegraba de haber aceptado las condiciones de Alkahmen para la rendición de la alcazaba. Había ganado un tiempo precioso para preparar su nuevo proyecto. Ser el segundo hijo del rey Juan I y que su hermano don Enrique hubiera tenido descendencia le privó en dos ocasiones de sentarse en el trono de Castilla, pero ahora, Dios le concedía una tercera oportunidad para reinar y no la dejaría escapar.

—¿Ha sacrificado doña Catalina la candidatura de su hijo por la mía? —preguntó incrédulo don Fernando arqueando una ceja—. ¿Estáis seguro?

Una intensa emoción recorrió el espinazo del infante. Si eran ciertas las palabras del obispo, Castilla presentaría una única candidatura para el trono de Aragón; la suya. No habría divisiones ni rivalidades ni diferencias. Sólo unidad. De ser así, las opciones de ser elegido rey por los juristas aragoneses se multiplicaban.

—Como os comenté en mi carta, el parentesco del rey con don Martín es más lejano que el vuestro —el obispo bebió un trago de vino dulce y continuó—. Si don Martín hubiera fallecido antes que don Enrique, don Juan podría haber reclamado el trono, pues todavía no era rey, pero al fallecer después y ser ya don Juan, rey de Castilla, sus posibilidades de ser elegido son prácticamente nulas. Los notables aragoneses no lo tolerarían y podría estallar la guerra entre Castilla y Aragón. Recordad cuando vuestro padre el rey Juan I de Castilla reclamó el trono de Portugal tras la muerte del rey portugués

Fernando I.

—Estalló la guerra entre Portugal y Castilla.

El abad asintió y dijo:

—Como bien sabéis, el 22 de octubre de 1383 don Fernando de Portugal murió sin dejar sucesor varón. Su única hija y heredera, doña Beatriz, era esposa de vuestro padre don Juan I de Castilla.

—Fue la segunda esposa de mi padre —puntualizó don Fernando.

—Sí, claro, vuestra madre doña Leonor murió en 1382 y vuestro padre se casó con doña Beatriz en mayo de 1383.

—Así es.

—Bueno, según las estipulaciones matrimoniales —prosiguió el abad—, en el caso de que don Fernando falleciera sin dejar hijos varones, el trono recaería en su hija doña Beatriz, pero los reinos de Castilla y Portugal no se unirían. Doña Leonor Téllez de Meneses, la esposa de don Fernando, sería la regente hasta que doña Beatriz tuviera un hijo varón, que asumiría el título de rey cuando alcanzase la mayoría de edad. Pero don Juan se proclamó rey de Portugal, quebrantando las disposiciones matrimoniales y los tratados firmados en Badajoz en 1382, y los portugueses se levantaron en armas. La aristocracia portuguesa apoyó al rey castellano, pero el pueblo y la burguesía reclamó a don Juan de Avis, maestre de la Orden de Avis e hijo bastado del rey Pedro I de Portugal, que se proclamara regente y defendiera al reino de las aspiraciones de vuestro padre. En 14 agosto de 1385 las tropas del maestre de la Orden de Avis y del rey de Castilla se enfrentaron en Aljubarrota. El resultado de la batalla no pudo ser más desastroso para el rey Juan, pues fue derrotado y obligado a huir para salvar la vida. Esta derrota puso fin a sus ambiciones de ser rey de Portugal.

—Pero yo también soy castellano. ¿Elegirán los juristas y parlamentarios aragoneses a un castellano para ocupar el trono vacante de don Martín? ¿No puede repetirse en Aragón lo que ya sucedió en Portugal? —preguntó el infante receloso. Aún no las tenía todas consigo.

—Sois castellano, eso es innegable, pero no sois rey. Este matiz es muy importante, fundamental. Si lo fuerais, las coronas de Aragón y de Castilla reposarían en la misma cabeza y esto, infante, dudo mucho que fuera aceptado por los aragoneses, como no lo fue en su día por los portugueses —hizo una pausa para beber un trago de vino dulce y prosiguió—: Desconozco a quién elegirán los representantes aragoneses, pero estoy seguro de que tomarán partido por el candidato que sea más conveniente.

—¿A ellos o a Aragón? —preguntó don Fernando con una malévola sonrisa.

El obispo frotó su dedo índice con el pulgar como respuesta y

sonrió. Don Fernando asintió varias veces devolviéndole la sonrisa. Si tenía que hacer uso de su fortuna para comprar la voluntad de los parlamentarios aragoneses lo haría. No sería la primera vez. Se serviría de todas sus armas para lograr su propósito. Y el dinero era una de ellas. Quizá la más valiosa.

—Escribiré a la reina-regente agradeciendo su generosidad —dijo sincero el infante.

—Hacedlo, hacedlo, pues en esta vida hay que ser agradecido, pero no olvidéis que si vos sois elegido rey de Aragón deberéis abandonar la regencia de Castilla.

—Doña Catalina sería la única regente —afirmó don Fernando.

—Exactamente. Vos no seríais el único beneficiado si fuerais el elegido —el obispo esbozó una sonrisa—. Doña Catalina es una mujer astuta. Apoyando vuestra candidatura, también defiende sus propios intereses.

Don Fernando asintió, pues ya había llegado a esa misma conclusión, pero las decisiones de doña Catalina solían ser imprevisibles y bruscas, difíciles de aventurar.

—Pero ¿realmente consideráis que puedo ser elegido? —El infante aún era escéptico ante la posibilidad de sentarse en el trono de Aragón. Le parecía tan increíble, tan irreal. Tan maravilloso. Era un sueño del que no quería despertar.

Don Vicente se incorporó ligeramente de la silla y respondió:

—Antes de hablar de vuestras posibilidades, analicemos las de vuestros rivales —el infante hizo un ademán para que continuara—. Tenemos a don Jaime de Urgel, a don Luis de Calabria, a don Alfonso de Gandía y a don Fadrique de Aragón.

—Son muchos… —observó el infante.

—No importa su número, sino su calidad —replicó el obispo—. Hablemos primero de don Alfonso de Gandía —don Fernando asintió—. Es nieto de Jaime II de Aragón y tío abuelo de don Martín I. Es cierto que por consanguinidad es el más cercano a don Martín, pero las herencias suelen recaer en descendientes, hijos, nietos, sobrinos… no en ascendientes y, además, don Alfonso tiene… —hizo memoria— … setenta y siete años. No tardará mucho Nuestro Señor en reclamar su presencia. Su reinado sería efímero. Considero que sus posibilidades de ser el elegido son muy escasas.

—Estoy de acuerdo con vos. El candidato más idóneo no tiene por qué ser el más legitimado —afirmó don Fernando.

Don Vicente asintió convencido de sus palabras.

—Ahí precisamente radican vuestras esperanzas, pero no divaguemos. Otro candidato es don Fadrique de Aragón, el único hijo vivo de don Martín *el Joven*, rey de Sicilia y, por lo tanto, nieto del rey Martín I. Don Fadrique sería sin duda el heredero a la corona

aragonesa si no fuera porque fue fruto de los amoríos de su padre con una siciliana.

—Es hijo ilegítimo de don Martín *el Joven*, pero no sería la primera vez que un bastardo es proclamado rey —observó don Fernando.

—Supongo que os referís a vuestro abuelo, ¿verdad? —el infante asintió—. ¿Fue don Enrique elegido rey de Castilla por una asamblea de juristas o consiguió el trono a través del uso de las armas y la violencia?

—Se desató una guerra por el trono.

—Así fue, gracias a Dios ahora estamos hablando de situaciones bien distintas. Pero regresemos a don Fadrique. El rey Alfonso IV de Aragón, abuelo de don Martín, promulgó una ley que impedía heredar el trono a todo hijo ilegítimo y aunque tengo constancia de que el rey Martín mantuvo negociaciones con juristas, obispos y prohombres aragoneses con el propósito de que aceptaran a su nieto como heredero, la muerte le sorprendió sin que pudiera formalizarse ningún tipo de compromiso. Incluso don Martín envió cartas al papa Benedicto XIII para que legitimara los derechos de su nieto bastardo a la corona. Si bien el papa veía con buenos ojos a don Fadrique, nunca llegó a pronunciarse.

—¿Entonces?

—Su parentesco con don Martín es incuestionable, pero la ley no le ampara. Además, sólo tiene nueve años. No creo que tenga muchas opciones.

—Entonces, estos dos candidatos quedan descartados ¿verdad?

—Bueno, nunca se sabe, pues la decisión no depende de mí, pero yo me atrevería a asegurar que de los cinco candidatos al trono son los que menos posibilidades tienen de suceder a don Martín.

«Dos rivales menos», pensó esperanzado don Fernando.

—Vayamos ahora con don Luis de Calabria. Este, mi señor infante, si es un rival de envergadura —el obispo asentía lentamente con los labios muy apretados, dando gravedad a sus palabras—. Es nieto de don Juan I y, por lo tanto, sobrino-nieto de don Martín. Su madre es doña Violante de Aragón y su padre es don Luis II de Anjou, conde de Provenza, duque de Anjou y rey nominal de Nápoles, pues en el trono napolitano está sentado ahora Ladislao de Durazzo. Don Luis de Calabria es el candidato preferido de los aragoneses, ya que algún día heredará los títulos y propiedades de su padre para mayor gloria de la Corona de Aragón. Es más, don Luis de Anjou, con la ayuda de las tropas aragonesas podría plantearse derrocar a Ladislao de Durazzo y anexionar Nápoles a Aragón. Su candidatura cuenta con importantes apoyos en Aragón como la familia Urrea y el arzobispo de Zaragoza don García Fernández de Heredia, y en Valencia cuenta con el favor de numerosos notables. Su mayor inconveniente es que tiene sólo siete

años.

El infante asentía con gesto preocupado ante las explicaciones del obispo. Ciertamente, don Luis de Calabria se trataba de un rival complicado. Pero sólo contaba con siete años y sería su padre, don Luis de Anjou, quien se encargaría de los asuntos de gobierno durante su minoría de edad. Confiaba en que este matiz fuera determinante para los electores aragoneses.

—¿Con qué apoyos cuenta en Cataluña? —preguntó.

—La burguesía y numerosos síndicos y parlamentarios catalanes como don Guerau Alemany de Cervelló, gobernador de Cataluña, sienten predilección por don Luis. Pero los catalanes son proclives a cambiar sus preferencias según se desarrollen los acontecimientos. Pero don Luis de Calabria no sólo cuenta con importantes apoyos en Aragón, sino también en Francia. Es el candidato del rey Carlos.

—Con don Luis en el trono de Aragón, Francia se aseguraría un aliado fiel en la guerra contra los ingleses —observó don Fernando. Don Luis de Calabria tenía partidarios en todos los territorios de la Corona de Aragón, contaba con el favor del rey de Francia y, además, su padre era un noble rico y poderoso. El infante soltó un bufido y negó con la cabeza—. Los apoyos de don Luis son muchos y de calidad —dijo preocupado.

—Es cierto, pero aun así, no es el adversario que más os deba inquietar.

—¿Consideráis que don Jaime de Urgel supone una amenaza más preocupante? —preguntó alarmado el infante—. Según vos, don Luis cuenta con importantes apoyos en la Corona de Aragón y en Francia. ¿Qué tiene el conde de Urgel que le hace tan peligroso?

—Don Luis nació en Nápoles, vos en Medina del Campo y don Jaime de Urgel en Lérida. De los tres candidatos principales, es el único nacido en el reino de Aragón. Vos y don Luis sois extranjeros. Y para complicar las cosas, vos, además, sois castellano…

—No seré aragonés, pero don Martín era mi tío. Soy el pariente más cercano —protestó don Fernando.

—Por vía materna —puntualizó el obispo—. Vuestra madre, doña Leonor de Aragón, era su hermana. Y como bien sabéis y si no yo os lo explico, los criterios que determinan la sucesión al trono de Aragón se rigen por la línea paterna y favorece a los descendientes varones. Don Jaime es bisnieto del rey Alfonso IV y todos sus predecesores eran hombres; su padre era don Pedro de Urgel y su abuelo don Jaime. Como podéis apreciar, la elección de rey de Aragón está llena de matices importantes que hay que tener muy en cuenta.

Don Fernando chasqueó los labios contrariado. Si los juristas aragoneses priorizaban la descendencia masculina desde don Alfonso IV, elegirían sin duda a don Jaime de Urgel, pues don Luis de Calabria

era hijo de la infanta Violante y él de la infanta Catalina. Este era un contratiempo que el infante no había calculado convenientemente y que podía arruinar definitivamente sus aspiraciones al trono aragonés. Pero don Fernando no estaba dispuesto a rendirse ante la primera dificultad. La carrera por la corona de Aragón no había hecho más que empezar.

—¿Qué apoyos tiene el conde de Urgel? —preguntó don Fernando.

—En Aragón cuenta con el favor de una de las ramas de los Luna, la Martínez y Ferrech; en Valencia le apoyan las familias Vilaragut y Centelles, y en Cataluña están de su lado gran parte de los magnates y notables.

—Pero antes habéis dicho que don Luis también tiene muchos partidarios en Cataluña… —objetó el infante.

—Cierto. Sus parciales se encuentran entre los síndicos, la burguesía y la baja nobleza. De esta división, mi señor, podéis sacar provecho.

—¿Qué queréis decir?

—Los aragoneses están tremendamente fragmentados. No cuentan con que irrumpa un tercer candidato capaz de hacerse con el trono. Para vos es conveniente que sigan entretenidos en sus guerras y rivalidades, y no os presten la debida atención. Nadie fuera de Castilla cuenta con vos para alzarse con el trono aragonés. Y esta, mi señor, será vuestra mejor baza.

—Pero vos afirmasteis que…

—Y lo sigo manteniendo —interrumpió el prelado con una sonrisa afable—. De todos los candidatos, sin lugar a duda, vos sois mi favorito.

—¿Por qué? —preguntó don Fernando encogiéndose de hombros, sin advertir qué posibilidades tendría él de alzarse con el trono de Aragón frente a rivales tan poderosos—. Según vos, don Jaime es el más legitimado a ocupar el trono y además es aragonés, y don Luis de Calabria cuenta con importantes apoyos tanto dentro como fuera de Aragón. ¿Por qué los juristas y letrados aragoneses se iban a decantar por mi candidatura?

El obispo soltó un largo soplido y como si se dispusiera a explicar a un novicio testarudo la misma lección por tercera vez, respondió:

—Vos mismo lo habéis dicho; no elegirán al más legitimado, sino al más conveniente.

Don Fernando asintió. ¿Sería él el más conveniente de entre todos los candidatos para reinar en Aragón? Desvió la vista hacia la chimenea y contempló en silencio cómo la resina chisporroteaba elevando en espiral pequeñas y bailarinas pavesas. Quizá no era el candidato que disfrutara de más apoyos en Aragón, pero era el regente de Castilla. Tenía prestigio y dinero. Mucho dinero. Pero, sobre todo,

tenía ambición y unos deseos irrefrenables de portar una corona. Y si no podía ser la de Castilla, bienvenida sería la de Aragón.

—No será tarea fácil, pero lo conseguiréis si en verdad creéis en vos —prosiguió el obispo como si leyera sus pensamientos.

El infante asintió, miró a don Vicente Arias de Balboa y preguntó con determinación:

—¿Qué debo hacer para ser el sucesor de don Martín?

El obispo le señaló con el dedo como si por fin hubiera hecho la pregunta correcta.

—Debéis retorced las leyes hasta que se plieguen a vuestros intereses —comenzó a responder el obispo—, debéis serviros de vuestra influencia y de vuestros éxitos militares para encontrar partidarios entre las familias más poderosas y ricas de los reinos aragoneses —se levantó y comenzó a andar por la sala alzando los brazos en un cierto gesto teatral—. ¡Comprad favores y voluntades! Sobornad a funcionarios, juristas, nobles, clérigos, a todo aquel que consideréis que pueda seros de utilidad.

—¿Un clérigo me aconseja que utilice el soborno para conseguir mis propósitos? —preguntó don Fernando con una media sonrisa.

El obispo se aproximó al infante y le susurró al oído como si fuera a revelarle un enigmático secreto:

—Haced uso de las armas si fuera necesario.

Tomó de nuevo asiento y bebió un largo trago de vino. Don Fernando negaba con la cabeza, mientras sus labios esbozaban una amplia sonrisa. Esa era una opción sobre la que ya había reflexionado. Dinero, influencias, sobornos, la guerra… El infante había tomado una determinación; lucharía por el trono de Aragón y utilizaría todos los recursos que tuviera a su alcance para conseguirlo, incluso las armas. Pero no era suficiente. No, no lo era. Necesitaba de las bendiciones del papa Benedicto XIII, quien, en su momento, contempló legitimar a don Fadrique de Aragón.

—¿Y Benedicto XIII? —preguntó entonces el infante—. El papa era partidario de don Fadrique… ¿Vos creéis que le sigue apoyando?

Don Vicente dejó el vaso de vino sobre una mesa auxiliar y respondió:

—Este es un tema complejo del que creo que vos podéis sacar partido —se sirvió un vaso y se aclaró la garganta. Se disponía a dar una extensa explicación—. Como bien sabéis, en marzo de 1409 se convocó el Concilio de Pisa para intentar poner remedio a la división que amenaza por destruir a nuestra Iglesia —el infante asintió—. Pues bien, ni el papa Gregorio XII de Roma ni el papa Benedicto XIII de Aviñón acudieron. Ambos fueron acusados de herejes y cismáticos por los cardenales allí reunidos y fueron depuestos. Entonces, el Cónclave eligió a un franciscano como papa que tomó el nombre de Alejandro

V. La triste realidad es que ese Cónclave no sólo no solucionó las diferencias entre Gregorio y Benedicto, sino que complicó la situación al incluir a un nuevo papa en escena —hizo una pausa, bebió un sorbo de vino y prosiguió—: Alejandro V murió en mayo de este año y fue sustituido por Juan XXIII. Los papas o antipapas, dependiendo de dónde partan las obediencias, temiendo por sus vidas, huyeron de Aviñón y de Roma. Benedicto se refugió en Barcelona, mientras que Gregorio se marchó a Rímini. ¡Ahora hay tres papas rigiendo el destino de la Iglesia católica! —el obispo soltó un largo suspiro cargado de tristeza y desesperación—. Pero, en fin, de lo que a vos os atañe de todo este embrollo, que por otro lado yo veo de difícil solución, es que don Jaime de Urgel mantiene buenas relaciones con Gregorio XII y que don Luis de Anjou es partidario de Juan XIII. El papa Benedicto XIII se está quedando solo, pues apenas le prestan obediencia los reinos de Castilla, Navarra, Aragón y Escocia.

—Si don Jaime o don Luis fueran elegidos para ocupar el trono, probablemente las Cortes de Aragón le retirarían su apoyo —observó don Fernando.

—Su papado estaría definitivamente herido de muerte.

—Benedicto me necesita —dijo el infante con determinación.

—Y vos a Benedicto.

Entonces don Fernando recordó que el papa de Aviñón se planteó legitimar a don Fadrique, lo que le habría despejado el camino a la sucesión.

—¿Y don Fadrique? ¿No apoyará el papa al nieto bastardo de don Martín?

El obispo de Plasencia negó con la cabeza.

—La muerte del rey de Aragón impidió que se llevara a cabo el proceso de legitimación. Además, recordad que don Fadrique tiene sólo nueve años y vos sois el famoso conquistador de Antequera. ¡El adalid del cristianismo! —exclamó con una sonrisa—. El papa es un hombre práctico. Estoy convencido de que contaréis con su favor.

El infante asintió persuadido de que el papa Benedicto XIII sería un magnífico aliado.

—Me pondré en contacto inmediatamente con él. Le aseguraré la fidelidad de Aragón si apoya mi candidatura.

—Estoy seguro de que lo hará. No tiene otra alternativa.

40

Zaragoza, noviembre de 1410

Aragón era un reino sin rey, sin gobierno, sin orden. Ante el vacío de poder se multiplicaron las pendencias y rivalidades entre los notables aragoneses. Rancias enemistades, que sólo la larga sombra de la monarquía había logrado contener, despertaron de su prolongado letargo. Enfrentamientos, venganzas y odios heredados sumían a Aragón en una velada guerra civil. En Valencia la familia Centelles se enfrentaba a muerte con el linaje de los Vilaragut, en Aragón los Luna con los Urrea, y en Calatayud los Liñanes disputaban el control de la ciudad a los Sayas. Con la muerte del rey y la ausencia de un sucesor, los notables aragoneses se entregaron a una espiral de disputas y conflictos que se extendieron desde las tabernas hasta las plazas y mercados, convirtiendo las principales ciudades en escenarios de violencia y terror. La ley y la justicia no existían y la verdad pertenecía a quien tuviera más soldados, más dinero o más ambición.

El papa Benedicto XIII se hallaba en Zaragoza. Contemplaba con honda preocupación la confusión en la que estaba sumido el reino. La Corona de Aragón era uno de los pilares sobre los que sustentaba su papado. Si Aragón se inclinaba por alguno de los papas rivales, su papado se desmoronaría como un castillo de arena barrido por las olas del mar. No podía permanecer impasible mientras el reino se autodestruía. Su propia supervivencia como papa dependía de ello. Era preciso actuar, poner orden y someter a los notables más ambiciosos y violentos. Apremiaba poner fin al desgobierno. Aragón necesitaba de un rey fuerte, valiente y capaz. En su momento Benedicto XIII consideró legitimar a don Fadrique, pero la muerte del rey Martín impidió concluir el proceso. Pero ahora las cosas eran distintas. Muy distintas. Aragón ardía en llamas y un niño de nueve años de ningún modo podría resolver los graves problemas que abrumaban al reino.

El papa se encontraba en las dependencias privadas del palacio arzobispal, las que ocupaba habitualmente cuando se hallaba en la ciudad de Zaragoza. Había pasado un año desde que don Juan Fernández de Heredia, hijo del gobernador de Aragón y sobrino del arzobispo de Zaragoza, entrara en la ciudad acompañado de docenas de hombres de armas y pusiera en fuga al conde de Urgel. La llegada de lanzas y espadas lograron aplacar su insoportable soberbia, su supuesta valentía, su insaciable ambición. Don Jaime huyó a Balaguer

y se refugió bajo las faldas de su madre como un niño asustado. Desde la apresurada huida del conde, Zaragoza vivía en una tensa calma.

Hacía frío en la cámara. Benedicto se acercó a la chimenea y arrojó un leño al fuego. Chispas incandescentes se elevaron en espiral hacia el tiro de la chimenea. Tomó asiento en una silla con respaldo y se frotó las manos. Sus ojos brillaban iluminados por las llamas. La puerta se abrió y una figura enjuta y encorvada entró en la estancia.

—Santidad —saludó don García Fernández de Heredia, arzobispo de Zaragoza.

—Eminencia. Acercaos y tomad asiento cerca de la lumbre —dijo el papa con un gesto de mano—. Hace demasiado frío para nuestros cansados y ancianos huesos.

—Vos todavía sois joven, santidad, en cambio yo sólo espero con impaciencia el momento en el que Nuestro Señor me reclame a su lado. —El arzobispo tomó una silla y se sentó frente a la chimenea junto al papa.

El sol se había ocultado tras el horizonte y la sala quedó iluminada por el caprichoso baile de las llamas.

—No habléis así. Nuestro Señor todavía os tiene reservadas importantes responsabilidades por el bien de la cristiandad —afirmó Benedicto mientras vertía vino en un vaso.

El arzobispo asintió con cierto pesar. Tomó el vaso y le dio un sorbo.

—Quizá tengáis razón —comenzó a decir—. No me gustaría abandonar este mundo hasta ver asentado en el trono de Aragón a un rey prudente, justo y, sobre todo, buen cristiano.

—Aquel a quien en justicia le corresponda, como dispuso el rey Martín.

—Así es, santidad —corroboró el arzobispo.

El papa se lamió los labios y fijó en él sus ojos castaños, fríos y penetrantes.

—De ese asunto precisamente quería hablaros.

—¿Por tal motivo habéis reclamado mi presencia?

El papa asintió en silencio.

—Tengo entendido que sois partidario de don Luis de Calabria —el arzobispo se disponía a hablar, pero el papa le detuvo con un movimiento de mano—. ¿Consideráis que un niño de ocho años puede solucionar los graves problemas a los que se enfrenta Aragón?

—Tal y como determinó el rey Martín, considero que en justicia es a don Luis a quien corresponde ocupar el trono.

—Sobre ese tema tendríamos mucho que discutir. Recordad que soy doctor en derecho civil y canónico, pero valorar la legitimidad de uno u otro candidato no es el caso que nos ocupa.

—¿Cuál es entonces, santidad?

—Muy sencillo; debemos discernir si el rey más adecuado para Aragón es también el más legítimo.

—¿No es lo mismo?

—No, no lo es.

El papa se puso en pie y se acercó a la chimenea. Puso sus manos cerca del fuego y las frotó. El frio y la humedad de Zaragoza habían invadido sus huesos y era incapaz de entrar en calor.

—Don Fernando de Antequera ha presentado su candidatura —dijo el papa sin apartar la mirada del fuego.

—¿Insinuáis que un extranjero reine en Aragón? —preguntó el arzobispo con gesto confuso.

—Vos pretendéis lo mismo con don Luis. —Ahora el papa se giró y lo miró con severidad—. Pero mi candidato ha arrebatado la ciudad de Antequera a los musulmanes, ostenta infinidad de títulos y tiene a su disposición al ejército castellano. En cambio, don Luis es un niño de ocho años y está a merced de su padre y de cuidadores franceses —hizo una pausa y volvió a tomar asiento en la silla. El arzobispo le miraba con atención reflexionando sus palabras—. Eminencia —prosiguió Benedicto—, si volvierais a tener dificultades con el conde de Urgel, ¿pediríais auxilio a un niño o a un soldado?

El arzobispo comenzaba a entender qué quería decir el papa cuando distinguía entre legitimidad y conveniencia. Don Fernando era un hombre maduro de treinta años, experimentado en guerras, inmensamente rico y regente de Castilla. Tenía poder, riqueza y soldados. Muchos soldados. En cambio, don Luis de Calabria era un niño y se encontraba lejos, en la Provenza. ¿Podría recurrir a él en caso de necesidad?

—Don Fernando era sobrino del rey Martín —continuó Benedicto, distrayéndole de sus pensamientos—. Está legitimado para sucederle.

—Es descendiente de don Martín por línea materna —matizó oportunamente el arzobispo.

—Sé muy bien que en Aragón prevalecen los herederos por línea paterna, pero nos encontramos en una situación excepcional que requiere de soluciones excepcionales —negó con la cabeza y exclamó —: ¡Por todos los santos, arzobispo, vuestro candidato es hijo de doña Violante, la sobrina de don Martín! ¡La misma circunstancia de don Fernando! Los argumentos que pronunciáis en contra del infante también son válidos para don Luis de Calabria —el papa se serenó y volvió a tomar asiento—. Debéis apoyar a quien realmente pueda evitar que Aragón caiga en manos de don Jaime. Vos fuisteis testigo de los crímenes que sus parciales cometieron hace un año en esta misma ciudad. ¿Podéis siquiera imaginar de lo que sería capaz si fuera proclamado rey?

Los argumentos del papa eran de peso, pero don García no era

necio. Castilla le rendía obediencia, su sobrino don Pedro de Luna era el arzobispo de Toledo y su relación con don Fernando era muy estrecha. Si el infante era proclamado rey de Aragón, se garantizaría su apoyo frente a unos enemigos cada vez más fuertes y poderosos. ¿El papa defendía los intereses de Aragón o los suyos? Posiblemente ambos, pero no por ese orden. El infante tenía el inconveniente de ser castellano, pero cualquier rey era mejor que el conde del Urgel. Así pues, la irrupción de don Fernando como candidato al trono no era una mala noticia.

—Creo que habéis expresado claramente vuestras preferencias —afirmó el arzobispo.

—Espero que sean las vuestras.

Don García Fernández de Heredia negó con la cabeza.

—No está en mi mano decidir quién debe reinar.

—Pero sois un hombre sabio y respetado. Vuestra opinión será escuchada.

El arzobispo asintió y dijo:

—La compartiré muy gustoso con quien quiera oírla.

—Y qué mejor que declararla en un parlamento —el arzobispo arrugó el entrecejo. El papa se explicó—: Voy a solicitar a don Gil Ruiz Lihori, gobernador de Aragón y a don Juan Jiménez Cerdán, justicia mayor, que convoquen en Calatayud a los notables aragoneses para determinar el procedimiento de elección del nuevo rey. Seréis los aragoneses quienes decidáis quién se sentará en el trono de Aragón. Sólo espero que obréis con prudencia y sabiduría.

El arzobispo cabeceó entusiasmado. La propuesta del papa arrojaba algo de luz sobre las tinieblas que envolvían al reino de Aragón. Por fin, alguien con poder y autoridad se decidía a tomar decisiones.

—Es una gran iniciativa, santidad.

—Me alegro de que os plazca, querido amigo. Ahora bien, recordad, eminencia, que no siempre la opción más acertada es la más justa. —El papa desvió la vista hacia la chimenea y bebió un sorbo de vino. La conversación había terminado.

El arzobispo se incorporó, se despidió en silencio y encaró la puerta de la estancia. Tendría muy presente la reflexión de Benedicto XIII en sus deliberaciones.

41

Balaguer, febrero de 1411

Los embajadores de Cataluña llegaron a Calatayud el 1 de febrero, y el 7 lo hicieron don Gil Ruiz de Lihori y don Juan Jiménez Cerdán acompañados de don Ramón de Palafox y fray Íñigo Alfaro, comendador de Ricla. Al día siguiente, la iglesia de San Pedro de los Francos se preparaba para recibir a los parlamentarios cuyas deliberaciones determinarían el procedimiento a seguir para elegir al nuevo rey de Aragón.

Desde Balaguer, don Jaime de Urgel observaba los acontecimientos con extrema preocupación. Que el parlamento hubiera sido convocado por el gobernador y por el justicia mayor de Aragón a instancias del papa Benedicto XIII no presagiaba nada bueno. Su primer impulso había sido acudir a la ciudad aragonesa con sus huestes, pero don Gil Ruiz de Lihori, presidente del parlamento, había prohibido a los candidatos que se acercaran a Calatayud para evitar que pudieran influir en la decisión de los parlamentarios.

Don Jaime se encontraba en la sala principal del castillo. Le acompañaba su madre, doña Margarita de Montferrato. La noticia de que don Fernando de Trastámara, el conquistador de Antequera, había presentado su candidatura al trono de Aragón causó malestar e inquietud entre los Urgel, principalmente en doña Margarita. Ya no sólo debían preocuparse de don Luis de Calabria, de don Fadrique y de don Alfonso de Gandía, sino también del infante castellano.

—El papa Benedicto está de su parte y seguro que el arzobispo de Zaragoza también.

Doña Margarita envenenaba los oídos de su hijo mientras miraba distraída por la ventana. Negros nubarrones se cernían sobre los cielos de Balaguer.

—El arzobispo apoya a don Luis de Calabria —replicó don Jaime. El conde estaba sentado frente a una mesa revisando unos documentos.

—¡El arzobispo apoyará a cualquiera antes que a ti! —le espetó doña Margarita dirigiéndole una mirada llena de rabia. Estaba furiosa desde que su hijo huyera de Zaragoza sin haber jurado el cargo de gobernador general ante el justicia mayor, lo que supuso un inesperado y grave contratiempo. Había subestimado a sus rivales. No volvería a suceder—. Hijo mío, en Calatayud están reunidos tus principales enemigos —prosiguió en un tono más conciliador con su

peculiar voz aguda y recalcitrante—, gente que te odia.

—Están presentes algunos de mis parciales —afirmó el conde, fingiendo que leía un pergamino.

Doña Margarita se acercó a él y le tomó de los hombros por la espalda.

—No son suficientes. Ahora en Calatayud están decidiendo el procedimiento para elegir al sucesor de don Martín, y estoy convencida de que la fórmula que elijan no te va a beneficiar en absoluto.

El conde soltó un largo suspiro y preguntó con cierto desdén:

—¿Qué sugerís?

Doña Margarita esbozó una sonrisa victoriosa y comenzó a andar por la sala.

—Tú no puedes acercarte a Calatayud, pero don Antonio de Luna sí —hizo una pausa y desplazó la vista hacia su hijo. El conde había dejado el pergamino sobre la mesa y la miraba con curiosidad y temor a partes iguales—. Si toma sus murallas nadie podrá entrar ni salir de la ciudad. El miedo persuadirá a los parlamentarios a tomar decisiones más afines a tus intereses.

—¡Pretendéis que don Antonio tome Calatayud! —exclamó don Jaime incorporándose de la silla.

—No me escuchas, hijo mío, ese es tu gran defecto: que no escuchas a tu madre —repuso doña Margarita con semblante teatral y condescendiente—. Don Antonio sólo debe tomar las torres de las murallas.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó el conde—. Tendría que asaltarlas a sangre y fuego. ¿Qué pensarán de mí los parlamentarios?

—¡Qué eres el rey que necesitan! —respondió doña Margarita con un desagradable chillido. Cuando gritaba, su aguda y desagradable voz atravesaba los tímpanos de quienes tuvieran la desdicha de escucharla, como si hubiera sido ensartados por afilados e incandescentes alfileres—. ¡Que eres un hombre con arrestos y decisión! ¡Eso es lo que pensarán! Qué eres el mejor rey que Aragón pudiera tener. El trono te corresponde por derecho y has de hacer todo lo que esté en tu mano por conseguirlo —se acercó a su hijo y tomándole de las mejillas con sus dedos menudos y huesudos dirigió su mirada hacia la enseña familiar de los Urgel; un blasón dimidiado con una mitad conformada por tres barras doradas y dos rojas, y la otra por un ajedrezado en oro y negro—. Esta es tu enseña. Los colores que representan a tu familia, a tu noble linaje. ¿Vas a permitir que sea pisoteado por tus enemigos? ¿Qué un castellano sea elegido rey de Aragón?

—Eso nunca pasará —protestó el conde, zafándose de su madre—. El parlamento jamás elegirá a un castellano como rey. Jamás.

Doña Margarita estalló en carcajadas abriendo de forma desmesurada su boca desdentada como si hubiera perdido la razón.

—¿Qué sabrás tú lo que elegirán los parlamentarios? —le preguntó—. ¿Qué sabrás tú que regresaste de Zaragoza sin haber tomado posesión de tu cargo de gobernador general?

El conde estaba rojo de ira. Apretó dientes y puños, pero poco más podía hacer que aguantar la reprimenda de su madre.

—Escúchame bien, hijo mío, escúchame bien por una vez en tu vida —doña Margarita Montferrato clavó sus ojos grises en su hijo—. Don Fernando es el regente de Castilla, el héroe de Antequera. Tiene dinero, títulos, propiedades y ahora también un enorme prestigio. ¿Tú que tienes? Nada —prosiguió antes de que su hijo respondiera cualquier insensatez—. No tienes absolutamente nada. Huir como un perro apaleado de Zaragoza ha sido tu mayor proeza en los últimos años, mientras que tu rival comanda poderosos ejércitos y conquista ciudades musulmanas. ¿Sabes cómo logró que don Juan de Velasco y don Diego López de Estúñiga cedieran la custodia del rey Juan a su madre doña Catalina? —el conde negó resignado con la cabeza. Doña Margarita exhaló un largo suspiro de desesperación—. No hay en el mundo necio que no se crea sabio —musitó con los ojos en blanco—. Los sobornó. Don Fernando no tuvo escrúpulos en sobornar al justicia y al camarero mayor de Castilla para conseguir sus propósitos. Sí, hijo mío. Te enfrentas a un hombre capaz de conquistar ciudades, de dirigir ejércitos y de sobornar a los notables más ricos e influyentes de Castilla. Este es tu rival.

—Es castellano… —refunfuñó el conde.

—¡Como si además tiene cuernos! —replicó doña Margarita haciendo aspavientos—. ¿Qué más da que sea castellano? O actúas con urgencia o te arrebatará el trono.

El conde meditó los negros augurios de su madre. Sin duda don Fernando se erigía como el más peligroso de sus oponentes, por encima incluso de don Luis de Calabria. No había contado con él a pesar de ser sobrino de don Martín. Grave error. Se había confiado. Como se confió cuando acudió a Zaragoza para tomar posesión de su cargo. Un simple trámite que casi le cuesta la vida. Miró a la esbelta, ajada y encorvada figura de su madre. Se preguntaba como un ser de apariencia tan frágil podría causarle tanto pavor. Respiró hondo y decidió seguir sus consejos.

—Sea, ordenaré a don Antonio de Luna que tome las murallas de Calatayud.

Doña Margarita cabeceó lentamente con los ojos cerrados. Parecía que al fin su hijo había entendido la gravedad de la situación. Se aproximó a él y tomándole de las manos, le dijo:

—*Fill, o rei o res.*[2]

—O rey o nada… —repitió en un susurro don Jaime.
—No hay término medio. O todo o nada.
Don Jaime asintió, persuadido de la gravedad del desafío.
—Así será madre, os lo prometo. Seré rey o nada.

42

Toledo, mayo de 1411

Don Antonio de Luna, apoyado por tropas del castellán de Amposta fray Pedro Ruiz de Moros, marchó a Calatayud. Si dominaba sus murallas, controlaría la voluntad de los parlamentarios y don Jaime sería proclamado rey de Aragón. Sus soldados acamparon a pocas leguas de Calatayud ante el temor y la inquietud de don Gil Ruiz de Lihori y don Juan Jiménez Cerdán.

Alentados por don Antonio, los seguidores del conde provocaron enfrentamientos y disturbios que tiñeron de sangre las calles de Calatayud. El gobernador ordenó que se cerrasen las puertas de la ciudad y armó y organizó patrullas vecinales para garantizar el orden. Se construyeron barricadas y empalizadas en las calles principales y desde las torres de las murallas se apostaron vigías para controlar el movimiento de las huestes de don Antonio. Un ejército apostado a pocas leguas de las murallas y la ciudad tomada por patrullas armadas dificultaba que los parlamentarios pudieran deliberar en libertad. El arzobispo de Zaragoza culpó al conde de Urgel de la situación de alarma y coacción en la que se encontraba el parlamento y presionó a los embajadores catalanes partidarios de don Jaime para que persuadieran a don Antonio a abandonar Calatayud. Después de largas negociaciones, los embajadores catalanes consiguieron que don Antonio retirara sus tropas y los parlamentarios retomaron las deliberaciones en relativa calma.

A propuesta del gobernador de Aragón, se acordó que se nombraran nueve nuncios que decidirán el modo en el que se convocaría el Parlamento General que resolvería definitivamente el derecho de sucesión. Los nueve nuncios designados fueron don García Fernández de Heredia, arzobispo de Zaragoza; don Juan de Valtierra, obispo de Tarazona; don Berenguer de Almenara, don Juan Cid, don Gil de Vayo, don Juan Fernández de Sayas, don Antonio del Castillo, don Ramón de Torrellas y don Berenguer de Bardají. Después de varios días de discusiones y debates, los nueve representantes resolvieron que se celebraría en Alcañiz el Parlamento General donde se elegiría al rey de Aragón.

El doctor Juan González de Acevedo viajó a Toledo para informar al infante Fernando de las deliberaciones y de los pactos acordados en Calatayud. El doctor y el infante estaban sentados alrededor de una mesa de nogal en las dependencias privadas del arzobispo, en el

palacio arzobispal de Toledo. Los acompañaba don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, y don Pedro de Luna, arzobispo de Toledo y sobrino del papa Benedicto XIII. La estancia estaba levemente iluminada por la pálida luz del atardecer. La conversación discurría en voz baja y en penumbra, alejada de oídos y miradas inapropiadas.

—Dada la relevancia de la información, he considerado oportuno viajar a Toledo y trasladárosla personalmente. Don Ferrán Gutiérrez de Vega permanece en Calatayud, observando con atención todo acontecimiento y velando por vuestros intereses —explicaba el doctor Juan González de Acevedo. El embajador castellano era un hombre grueso, de mandíbula ancha, labios finos y rostro rollizo. Experto en leyes y de opiniones sensatas y conciliadoras, era el letrado perfecto para ejercer la enorme responsabilidad de defender los derechos del infante al trono de Aragón.

—Habéis hecho lo correcto —confirmó don Fernando con gesto grave, satisfecho por el trabajo que estaban llevando a cabo sus embajadores.

—Aragón es un hervidero sometido al caos y al desgobierno —intervino el obispo de Palencia—. Los notables aragoneses están más preocupados en resolver sus disputas personales que en elegir a un rey. No nos conviene que nuestro vecino sea consumido por las llamas de la guerra civil.

—Tanto don Ferrán como yo hemos mantenido numerosos contactos con notables, magnates y prelados aragoneses y os puedo asegurar que vuestra candidatura está siendo observada con muchísimo interés —afirmó el doctor Juan González Acevedo—. No gustó que don Antonio de Luna marchara con gentes de armas a Calatayud y jamás le perdonarán los crímenes que cometió en Zaragoza. No son pocos en Aragón los que culpan al conde de Urgel de sus desmanes, pues es bien conocido que don Antonio no mueve un solo dedo sin que don Jaime se lo ordene.

—También contáis con el favor de mi tío —intervino don Pedro de Luna mirando al infante.

Don Fernando asintió, agradeciendo al arzobispo de Toledo el valioso apoyo del papado de Aviñón y dijo:

—Según tengo entendido, el arzobispo y el gobernador de Zaragoza son partidarios de don Luis de Calabria.

—Es sólo un niño y sus ejércitos se encuentran muy lejos de Aragón. Vuestras tropas, en cambio, están acampadas en Soria, a muy pocas leguas de la frontera —comenzó a explicar el obispo de Palencia. Posó los codos sobre la mesa y añadió—: Quizá haya llegado el momento de que mostréis un poco más de entusiasmo en vuestra candidatura.

—¿Qué insinuáis? —preguntó el infante, siempre interesado en las

habitualmente lúcidas propuestas del obispo.

—Ha llegado el momento de pescar en las turbulentas aguas en las que Aragón persiste en navegar —respondió—. El conde de Urgel no hace más que tomar decisiones desafortunadas. Su candidatura se está debilitando. Colecciona enemigos al tiempo que pierde partidarios. Debéis tomar partido de sus flaquezas, de sus errores.

—¿Qué tenéis en mente? —preguntó el arzobispo de Toledo.

—Las Cortes de Valladolid os han concedido cuarenta y cinco millones de maravedíes para financiar la próxima guerra contra Granada —respondió el obispo.

—Cierto, pero juré que sólo utilizaría el dinero para ese fin. De ningún modo en beneficio propio —repuso el infante.

—Eso tiene fácil solución —intervino don Pedro de Luna—. Conseguid que doña Catalina acepte entregaros esos maravedíes y el papa Benedicto os liberará del juramento.

—¿Qué mayor beneficio podría suponer para Castilla que un castellano se sentara en el trono de Aragón? —preguntó el doctor Juan González de Acebedo—. Se desvanecerían los conflictos, desconfianzas y recelos que desde hace siglos han ensombrecido las relaciones entre ambos reinos. Si los parlamentarios eligen a otro que no seáis vos, resurgirán las discordias que son origen de todas las guerras. La reina-regente es una mujer prudente. Bien sabe que el reinado de su hijo será más placentero si en Aragón reina un pariente castellano, que si lo hace un niño medio francés o un tirano catalán.

—El dinero no debería suponer ningún problema para vos —dijo el obispo de Palencia—. No sólo poseéis una inmensa fortuna, sino que además administráis los bienes de las órdenes de Alcántara y de Santiago.

—Pero…

—Mi tío, el papa, también os puede ayudar en ese asunto —interrumpió el arzobispo de Toledo—. Os concederá una dispensa para que hagáis uso de los recursos de las órdenes militares para lo que estiméis oportuno —se cruzó de brazos y sus labios sonrieron—. Benedicto XIII hará todo lo que esté en su mano para que seáis el rey de Aragón. Y ya sabéis que mi tío es muy testarudo.

Las palabras del arzobispo despertaron una sonrisa en don Fernando. Benedicto seguía empeñado en considerarse el único y legítimo papa a pesar de que fue depuesto y excomulgado por hereje y cismático durante el Concilio de Pisa de 1409. Que don Fernando se alzara con el trono de Aragón era su última oportunidad para retener un papado que dirigía con determinación desde Barcelona y Peñíscola.

—Los nobles aragoneses son inconstantes y frágiles al compromiso —aseguró el doctor Juan González de Acebedo—. Sus voluntades están abiertas a escuchar ofertas.

—Vos conocéis muy bien a los aragoneses, ¿qué nos aconsejáis? —preguntó el obispo.

El doctor apoyó los codos sobre la mesa y respondió:

—Bien, lo primero sería despejar de adversarios el camino hacia el trono.

—Os escucho —dijo interesado el infante.

—Convendremos en que vuestros máximos rivales son don Jaime y don Luis de Calabria —don Fernando asintió—. La candidatura del niño es defendida por su padre, don Luis de Anjou, y por el rey Carlos de Francia, quien pretende con esta coronación sentar en el trono de Aragón a un aliado. Como bien sabéis, don Luis de Anjou es rey nominal de Nápoles, pues en 1399 fue depuesto por Ladislao de Durazzo.

—Don Luis ha intentado recuperar el trono en varias ocasiones —observó el obispo.

—Cierto y no lo ha conseguido.

—Si su hijo es proclamado rey de Aragón podrá contar con su ejército para recuperar el trono —dijo don Pedro de Luna.

—También es cierto, pero dudo mucho de que las Cortes acepten enviar soldados y dinero a una guerra que no es la suya.

—¿Entonces? —preguntó el infante sin saber a dónde quería llegar el doctor.

—Debéis pactar con don Luis de Anjou —comenzó a explicar—. Acordad con él el pago de… pongamos… ciento cincuenta mil florines, que deberá pagar quién sea el elegido a suceder a don Martín, al que haya quedado fuera de la disputa por el trono.

—Entiendo —dijo don Fernando—. En tal caso, don Luis siempre saldrá ganando; si su hijo es proclamado rey, quizá pueda servirse de los recursos y soldados aragoneses para intentar recuperar el trono de Nápoles, pero si fracasa dispondrá de ciento cincuenta mil florines para contratar *compañías* de gentes de armas.

—Así es. Don Luis tendría su premio independientemente de quién reinase en Aragón. Sus motivaciones para que su hijo fuera proclamado rey podrían flaquear.

—Don Luis deberá decidir entre la seguridad de contar con ciento cincuenta mil florines para sus guerras o la incertidumbre de depender de lo que decidan las Cortes aragonesas —observó don Pedro de Luna.

El infante asintió. La perspectiva de disfrutar de una cantidad de dinero tan importante distraería los intereses de don Luis de Anjou.

—Es una propuesta muy ingeniosa —admitió don Fernando mirando al doctor.

—Neutralizada la candidatura del pequeño, ahora debemos concretar qué voluntades debéis comprar —prosiguió el doctor—. Es cierto que contáis con ingentes recursos, pero estos no son infinitos.

—Continuad —dijo el infante.

—Sería conveniente ganar para vuestra causa a la familia Pallars, a los Sesé y al conde de Prades, entre muchos otros. Por otro lado, debemos fomentar la disensión en Aragón y para lograrlo, no hay mejor estrategia que apoyar a los rivales del conde de Urgel —hizo una pausa, desvió la vista hacia cada uno de los allí presentes y prosiguió—: Como, por ejemplo, a los Urrea y a los Heredia en Aragón, a los Sayas en Calatayud y a los Centelles en Valencia.

—¿No apoya don Bernardo de Centelles a don Jaime? —preguntó extrañado el infante.

—En Valencia la situación está muy revuelta. La ausencia de un rey que ponga un poco de orden y serenidad en el reino ha despertado odios y recelos que habían permanecido largos años aletargados. Los Vilaragut son declarados urgelistas y acérrimos enemigos de los Centelles. Han atacado varias de sus villas y propiedades, y asesinado a sus parciales. Don Bernardo de Centelles recurrió a don Arnau Guillem de Bellera, gobernador de Valencia y reconocido urgelista, en busca de auxilio, pero este no sólo ha ignorado sus denuncias, sino que ha apoyado abiertamente a los Vilaragut. Sintiéndose indefenso y abrumado ante los abusos de los Vilaragut y del gobernador, don Bernardo acudió a don Jaime, pero, según tengo entendido, este también se ha desentendido del asunto. Debemos aprovechar este distanciamiento para acercarnos a los Centelles, para ganarnos su favor —hizo una pausa para que sus palabras fueran calando en la mente del infante y prosiguió—: Mi señor, si contamos con el apoyo de las familias más importantes de los reinos aragoneses, tendremos de nuestra parte a sus embajadores y parlamentarios, que serán quienes, muy probablemente, en el futuro elijan al sucesor de don Martín.

El infante meditó las palabras del embajador castellano. Disponía de dinero, de soldados y del apoyo del papado de Aviñón, pero no debía confiarse. Despreciar al enemigo es el camino más directo al fracaso. El conde era fuerte y poderoso. Contaba con el apoyo de la alta nobleza catalana y de importantes magnates aragoneses, como don Antonio de Luna. Además, era aragonés. Y él castellano. Extranjero. Este era su mayor inconveniente. Los aragoneses temían que un rey castellano implantara en el reino las costumbres, leyes y prácticas propias de Castilla, limitando las decisiones y libertades que emanaban de sus fueros y parlamentos. Pero el infante era un hombre hábil y prudente. Estaba persuadido de que no todo se podía conseguir con dinero. Sería demasiado fácil. Era necesario trasladar a los aragoneses tranquilidad, seguridad y, sobre todo, que estaba dispuesto a acatar y respetar sus leyes, usos y costumbres.

—Sea, reuníos con los adversarios aragoneses de don Jaime —

comenzó a decir don Fernando, mirando al doctor Juan González de Acebedo—. Ofrecedles mi apoyo tanto económico como militar. Y no sólo eso —el doctor le miraba con atención con los ojos entornados—. Confirmadles que, si soy proclamado rey de Aragón, juraré y respetaré sus privilegios y libertades. Mi reino será garantía de paz y prosperidad. Ahora marchaos y regresad cuanto antes a Calatayud. Los acontecimientos se suceden con presteza y debo estar informado de todo lo que acontezca en Aragón.

—Vuestra decisión es sabia y acertada —aceptó don Sancho de Rojas—, mitigará recelos e inquietudes, y acercará a vuestra causa a los aragoneses más indecisos.

El doctor y el arzobispo de Toledo corroboraron la opinión del obispo de Palencia con varios asentimientos.

—Mi señor. —El doctor Juan González de Acebedo se despidió con una leve inclinación de cabeza y abandonó la estancia presto a cumplir el mandato recibido. En Aragón le esperaban innumerables reuniones por mantener, ambiciones por satisfacer y sobornos por liquidar. Sobre sus anchas y cansadas espaldas reposaba la inconmensurable responsabilidad de fabricar a un rey.

43

Balaguer, mayo de 1411

En el *castell Formós*[3] observaban con preocupación los sucesos que acontecían en Calatayud. En la sala principal de la torre del homenaje, doña Margarita de Montferrato miraba con ojos brillantes y labios apretados a don Antonio de Luna, quien había sido llamado al castillo de los Urgel para dar explicaciones por no haber cumplido la orden de tomar las murallas de Calatayud. La madre del conde refunfuñaba entre dientes palabras ininteligibles. Estaba colérica, frustrada, asqueada de tanta incompetencia. ¿Es que nadie era capaz de cumplir una maldita orden?

—¿Por qué abandonaste el asedio? —Doña Margarita estaba sentada en una silla frailera. Agarraba con sus huesudos dedos los brazos de la silla como un águila aprisiona un gazapo; con violencia y sin piedad, cuidando mucho de dejar escapar a la presa.

Don Antonio de Luna soltó un largo suspiro de aburrimiento, escupió en el suelo entablado y si apartar la vista del esputo, respondió:

—Os envié un mensajero informando de mis motivos, pero no tengo inconveniente en repetirlos las veces que haga falta.

—¡Pues hazlo! —ordenó la chillona voz de doña Margarita.

Don Antonio alzó la vista y la miró con sus malignos y crueles ojos. Eran negros como la noche. Capaces de helar la sangre y anudar de puro pavor la garganta de cualquiera. De cualquiera menos de doña Margarita de Montferrato. La enjuta anciana fijó en el aragonés sus desafiantes ojos grises. El intercambio de miradas duró apenas un instante. Don Antonio arrugó los labios con asco, como si a sus fosas nasales hubiera llegado algún olor pútrido y nauseabundo. Cada día aguantaba menos a aquella vieja loca. Pero era la madre del conde y a pesar de sus impertinencias merecía un respeto.

—Recibí en el campamento la visita de don Guillem Ramón de Moncada y de los embajadores catalanes enviados a Calatayud en representación de las Cortes —comenzó a explicar—. Me dijeron que debía alejar las tropas de las murallas de la ciudad, pues su presencia perturbaba el buen desarrollo de las deliberaciones de los parlamentarios allí reunidos. Naturalmente me negué, pero me amenazaron con retirar su apoyo a don Jaime si persistía en mi actitud. Me informaron que don Gil Ruiz de Lihori había armado a la población y que las murallas y las torres de vigilancia estaban bien

guarnecidas de ballesteros. Era imposible tomar la ciudad y mi presencia perjudicaba los intereses del conde. Hice lo correcto.

—Otro que piensa que huir es lo correcto —musitó con desprecio doña Margarita poniendo los ojos en blanco.

Don Antonio apretó puños y mandíbulas, pero se abstuvo de hacer algún comentario. A cierta distancia, sentado en una silla de tijera, el conde de Urgel escuchaba el intercambio dialéctico entre la condesa-viuda y el más fiel y poderoso de sus parciales. Cerró los ojos e imaginó por un instante que don Antonio se levantaba de la silla hecho una furia y estrangulaba a su madre. Sus dedos grandes y fuertes apretaban su frágil y arrugado gaznate. La rosácea lengua asomaba por una boca incapaz de inhalar una brizna de aire. Los ojos muy abiertos, llenos de sorpresa y espanto. Su garganta profiriendo angustiosos y desagradables sonidos guturales. Los labios del conde esbozaron una perversa sonrisa. Se hallaba embriagado ante un pensamiento tan cautivador. Abrió los ojos cuando cesaron sus ensoñaciones y se encontró con la mirada indagadora y los labios ceñudos de su madre. El conde carraspeó y apartó la vista. Se sentía como un niño que hubiera sido sorprendido cometiendo una travesura.

—Es cierto, hicisteis lo correcto —dijo entonces el conde, intentando distraer sus pensamientos y acercarlos a la realidad de aquel momento. El gesto de don Antonio de Luna se relajó—. No tiene sentido librar una batalla cuando la victoria es prácticamente imposible. Es más sensato replegarse y aguardar a una mejor ocasión.

—Tanto te vas a replegar que vas a dar con tu culo en el mar —le espetó doña Margarita—. Maldita sea, hijo mío, ¿no ves que la candidatura de tus rivales se fortalece entre notables y clérigos?

Don Jaime esbozó una sonrisa de desprecio y respondió:

—Mis rivales son extranjeros. Nada he de temer de ellos. Yo soy el legítimo sucesor de don Martín. Por cuna y títulos merezco ser el rey de Aragón.

—Eso es lo que no entiendes: no basta con ser el legítimo sucesor de don Martín para ser elegido rey de Aragón por los parlamentarios.

—Madre, ¿qué queréis decir? —El conde cruzó los brazos y miró a doña Margarita con desdén.

La anciana ignoró la desidia que impregnaba el ánimo de su hijo. El muy necio pensaba que por ser catalán y por contar con el apoyo de un puñado de magnates catalanes y de algunas familias valencianas y aragonesas sería más que suficiente para alzarse con el trono de Aragón, pero estaba muy equivocado. Debía hacérselo entender antes de que fuera demasiado tarde.

—Benedicto XIII apoya a don Fernando. Al menos esta es la información que me ha llegado —el conde asintió, confirmando sus

sospechas—. Bien, ahí tienes un problema. El papa es valenciano y ejerce una gran influencia sobre el clero no sólo de Valencia, sino de todo el reino —hizo una leve pausa para pasarse la lengua por sus resecos y arrugados labios y prosiguió—: El papa ha encomendado la celebración del parlamento de Calatayud a don Gil Ruiz de Lihori y a don Juan Jiménez Cerdán, ambos peligrosos enemigos tuyos. Es decir, en Calatayud tus máximos rivales están decidiendo el modo de elegir al sucesor del rey Martín. No hace falta ser muy avispado para comprender que el procedimiento que acuerden no será el que más te convenga, sino el más propicio para tus rivales. De ahí mi insistencia en que don Antonio tomase las murallas de Calatayud, pero como no lo ha conseguido —le lanzó una mirada cargada de reproche—, deberemos encontrar otras fórmulas para que los parlamentarios abandonen Calatayud sin llegar a un acuerdo.

—¿Y cuál es vuestra propuesta? Porque entiendo que ya habréis pensado en algo —replicó, refunfuñando el conde, algo ofuscado por la acertada reflexión de su madre.

A los labios de doña Margarita asomó una sonrisa victoriosa.

—Don Juan de Valtierra, arzobispo de Tarazona, ha sido designado como uno de los nueve nuncios que deberán decidir el procedimiento de elección del nuevo rey.

—El arzobispo es pariente nuestro… —observó don Jaime entornando los ojos.

Doña Margarita asintió.

—Le he enviado una carta conminándole a que se oponga a cualquier acuerdo. El parlamento de Calatayud tiene que concluir en un estrepitoso fracaso.

—El arzobispo de Tarazona es fiel a Benedicto XIII —apostilló don Antonio.

—Es fiel a los Urgel y cumplirá con sus obligaciones para con la familia —le espetó tajante doña Margarita, sin dar lugar a la réplica, con la certeza de que cada mañana el sol asoma por el horizonte—. Pero su colaboración sólo servirá para retrasar el procedimiento de elección del nuevo rey, no para que tú seas el elegido.

—¿Entonces?

Doña Margarita soltó un bufido de desesperación, ¿es que sólo ella pensaba en esa sala? Tomó asiento en una silla de tijera con respaldo de cuero. Los años no pasaban en balde y comenzaba a sentirse cansada.

—Debes reunirte con el arzobispo de Zaragoza y persuadirle para que favorezca a Jaime. —Doña Margarita miraba a don Antonio con determinación—. Es un Heredia. Si él nos apoya, toda la familia lo hará.

Don Antonio chasqueó los labios y negó con la cabeza.

—Los Heredia, junto con esos perros de los Urrea, son vuestros más implacables enemigos. Es conocida la simpatía que el arzobispo siente por la candidatura de don Luis de Calabria. ¿Por qué iba a cambiar de parecer?

—El arzobispo apoyará a cualquiera que no sea mi hijo, incluso a una cabra borracha si sus parciales presentaran a una como candidata —bramó—. Olvida las preferencias de don García Fernández de Heredia. No son relevantes. Utiliza tus bien conocidas dotes de persuasión —respondió doña Margarita, tamborileando con sus huesudos dedos en los reposabrazos de la silla—. Y esta vez procura no fracasar —añadió con su voz chillona, torciendo los labios en una desdentada mueca de desprecio.

44

Nules, Valencia, mayo de 1411

Fueron ahorcados en las ramas de las encinas o decapitados y sus despojos abandonados en los campos para mayor satisfacción de las alimañas. Cuarenta hombres. Todos vasallos de la familia Centelles. Ejecutados por orden de don Arnau Guillem de Bellera, gobernador de Valencia. Fueron acusados de robar seis mil cabezas de ganado del subgobernador Juan de Vilaragut. Los soldados del gobernador los capturaron en una celada. Se dictó sentencia sin mediar juicio de por medio. Sentencia y ejecución. El cielo estaba cubierto por oscuras nubes. Olía a lluvia. Pero también a sangre, a orines, a heces. A muerte. Desde su montura, don Bernardo de Centelles contemplaba los cuerpos colgados de las ramas. Sus rostros hinchados, morados, con la lengua asomando de forma grotesca de las bocas. A algunos les faltaban los ojos. Las urracas y los cuervos se los habían arrancado. Se balanceaban y giraban sobre sí mismos mecidos por la suave caricia del viento. Las ramas crujían al roce de las cuerdas. Escupió al suelo y desvió la vista hacia los cadáveres que yacían en el barro. Habían sido mutilados y decapitados. Los soldados de don Arnau Guillem de Bellera se habían empleado con especial saña con ellos. La lluvia de la noche no había logrado borrar los restos de sangre. Su muerte debió ser lenta, atroz, terrible. El cabeza de familia de los Centelles entendió el mensaje que el gobernador había dejado impreso en aquel monte de retamas, jaras y encinas. Aquel campo colmado de cadáveres mutilados.

—Que descuelguen a los ahorcados y encuentren las cabezas de los decapitados. Merecen recibir cristiana sepultura —la orden de don Bernardo de Centelles irrumpió con gravedad en el espeso silencio que envolvía la escalofriante escena. Se trataba de un hombre de gran alzada y anchas espaldas, de cabellos largos y castaños de los que asomaban hebras plateadas por las sienes. Las cejas, muy pobladas, coronaban unos ojos oscuros, grandes y profundos. Ocultaba el rostro con una barba profusa de la que brotaban mechones canosos en mejillas y barbilla. Don Bernardo de Centelles había sido chambelán de don Martín *el Joven*. Luchó a sus órdenes en la campaña de Cerdeña contra los rebeldes sardos. Sintió terriblemente su pérdida, pues además de su consejero también era su amigo. Regresó a Valencia tras su muerte y se hizo cargo de los señoríos de Nules y Oliva heredados de su padre. Desde entonces, como cabeza de la familia Centelles, hizo

frente a la enconada rivalidad que su linaje mantenía con los Vilaragut. Al principio se trataba de asuntos de escasa enjundia; peleas de borrachos en sórdidas tabernas y lupanares o encontronazos e insultos por las calles de Valencia. Pero tras la muerte de don Martín y amparados por el gobernador, las maniobras de los Vilaragut contra los Centelles se tornaron más violentas y preocupantes. Los hombres de los Vilaragut robaron ganado, quemaron cosechas y granjas, y asesinaron a vasallos de los Centelles. Don Bernardo pidió amparo y justicia a don Arnau Guillem de Bellera, gobernador de Valencia, pero este se desentendió, amenazándolo incluso con prenderlo y ejecutarlo si persistía en sus exigencias. Don Bernardo de Centelles decidió entonces tomarse la justicia por su mano; armó a sus hombres y atacó las haciendas de los Vilaragut. Una de ellas fue la de don Juan de Vilaragut. En esa cabalgada participaron algunos de los hombres que ahora yacían sobre el barro o se balanceaban colgados de las ramas de las encinas. No todos. El resto eran inocentes. Habían sido vilmente asesinados por orden del gobernador, posiblemente para infundirle temor y disuadirle para que cesaran los ataques a los intereses de los Vilaragut.

—El conde de Urgel debe intervenir.

Don Bernardo apartó la vista de los muertos y la dirigió hacia su hermano menor, don Gilabert. Estaba a su lado, montado en un alazán negro como una noche sin luna.

—No recuerdo cuantas veces le he pedido que intervenga en esta guerra, pero ha ignorado mis cartas, mis súplicas —repuso don Bernardo.

—De ningún modo podremos vencer a los Vilaragut si estos bastardos cuentan con el favor del gobernador —afirmó don Gilabert, señalando los cuerpos que eran descolgados de las encinas y arrojados a los carros.

Don Bernardo miró hacia el cielo plomizo. Los buitres volaban en círculos sobre ellos impacientes por darse un festín. Tendrían que esperar otra ocasión. Quizá cuando los muertos que tapizaban el monte fueran los hombres de Vilaragut y del gobernador, no los suyos.

—Esto no quedará así —mascullaba don Bernardo entre dientes—. Juro por lo más sagrado que los Vilaragut y el bastardo del gobernador pagarán por esto.

—¿Cómo? —quiso saber su hermano. El menor de los Centelles tenía los ojos de un profundo azul cristalino, nariz recta y cabellos largos y castaños—. No podemos hacerles frente. No tenemos tantos soldados. ¡Nos aplastarán! —exclamó con voz vibrante por la angustia y el miedo.

Don Bernardo se llevó la mano al pecho. Sintió el documento que guardaba en el interior de su jubón. Era una carta del doctor Juan

González de Acebedo, el embajador del infante de Castilla para el asunto de la sucesión. Le exhortaba a mantener una reunión con él. El valenciano aún no se había pronunciado. Su familia siempre había sido fiel a la Casa Urgel. Siempre. Pero ahora se sentía abandonado, indefenso, perdido. Don Jaime había tomado partido por los Vilaragut o esa al menos era su impresión. Pero estaba dispuesto a concederle una nueva, una última oportunidad de mediar en la guerra. De hacer justicia.

—Escribiré al conde Jaime de Urgel. Le exigiré que intervenga de una maldita vez y que castigue a los Vilaragut y al gobernador como merecen. Deben pagar por este crimen.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si nos ignora como ha hecho hasta ahora?

Don Bernardo miró a su hermano. Sus ojos estaban henchidos de rabia y deseos de venganza.

—Si el conde no nos ayuda, si no acude en nuestra defensa, encontraremos a otros que lo hagan.

45

Calatayud, junio de 1411

Todo fue muy extraño. Parecía que por fin los legados habían llegado a un acuerdo. En unos meses, el Parlamento General se reuniría en Alcañiz, donde se elegiría al sucesor de don Martín. Pero el 28 de mayo, congregados los nueve nuncios en la residencia del obispo de Tarazona en Calatayud, se desató una grave discusión. Don Juan de Valtierra se negó a que el Parlamento fuera presidido por un catalán. Su cambio de actitud sorprendió al resto de los nuncios, pues esta cuestión ya había sido discutida y resuelta. ¿Qué habría llevado al arzobispo de Tarazona a cambiar de opinión? El 30 de mayo, en la iglesia de San Pedro, se reanudaron las negociaciones. Pero todo fue inútil. Los embajadores catalanes se remitieron a lo acordado; un catalán debía presidir el Parlamento General de Alcañiz. O se respetaba este punto o no habría parlamento. Pero don Juan de Valtierra se negó. Consideraba que sólo un aragonés debía ocupar esa responsabilidad. El arzobispo de Zaragoza intentó mediar entre las intransigentes posturas de unos y otros, pero el arzobispo de Tarazona rechazó seguir deliberando con los catalanes y se marchó de Calatayud. Ante la ausencia del arzobispo y la imposibilidad de llegar a algún acuerdo, los nuncios resolvieron que se convocaran parlamentos separados en Cataluña, Valencia y Aragón. El parlamento de Calatayud resultó completamente inútil. Lo único que consiguió fue dilatar aún más el proceso de elección del rey. Aragón seguía sumida en un profundo caos. Al borde de la guerra civil.

Don García Fernández de Heredia cavilaba desde su montura sobre los últimos acontecimientos. Era 1 de junio, el mismo día que se había disuelto el parlamento. Los nuncios y parlamentarios volvían cabizbajos y frustrados a sus lugares de origen. Habían sido largos meses de esfuerzo, de infatigable trabajo. Y todo para nada. La inflexibilidad del arzobispo de Tarazona había impedido alcanzar el más mínimo compromiso. No entendía su cambio de actitud. Se trataba de un hombre juicioso, prudente, temeroso de Dios y partidario de Benedicto XIII. Bien era cierto que también era pariente del conde de Urgel y, por lo tanto, uno de sus parciales. Pero dilatar la elección de rey también le perjudicaba. ¿Acaso consideraba que el Parlamento General de Alcañiz elegiría a otro candidato? ¿Pretendía ganar tiempo? Negó con la cabeza. Estaba convencido de que don Jaime tenía mucho que ver en el fracaso de las negociaciones de

Calatayud, pero desconocía sus motivos. Y eso le perturbaba.

El arzobispo marchaba con su escaso séquito de regreso a Zaragoza. Se encontraba cerca de la Almunia de doña Godina, tierras bajo dominio de don Antonio de Luna. Su séquito estaba formado por el sacristán de la iglesia mayor de Zaragoza, el capellán don Juan Bonet; don Pero Díaz Garlón, los hermanos don Tomás y Alonso de Liñán, don Pero Fernández de Felices, y don Jaime Cerdán, hijo del justicia mayor de Aragón, además les acompañaban cinco escuderos.

Hacía calor. El sol coronaba un cielo despejado de nubes. El arzobispo se hallaba agotado y triste. Habían estado tan cerca de llegar a un acuerdo. Pero eran muchos los reinos que formaban la Corona de Aragón, demasiados notables con demasiados intereses enfrentados. Pocos eran los que realmente se preocupaban por la prosperidad y la paz del reino. Clérigos, nobles, caballeros. No importaba. Todos eran esclavos de sus propios intereses y ambiciones. Sólo les inquietaba mantener sus privilegios y aumentar sus propiedades, títulos y riquezas. Así era imposible llegar a un consenso. El arzobispo exhaló un largo suspiro lleno de desilusión y amargura.

El camino serpenteaba entre encinas, olivos y campos de labranza. A lo lejos ya se divisaba la villa de la Almunia de Doña Godina. Allí tomarían un descanso antes de proseguir su viaje a Zaragoza.

—Mirad, eminencia —dijo don Juan Bonet señalando con el dedo hacia el camino.

Don García Fernández de Heredia aguzó la vista y advirtió cómo dos hombres a caballo se dirigían hacia ellos. Por sus ropajes no parecían ni soldados ni salteadores de caminos. El arzobispo echó la vista a su espalda. Un puñado de hombres de armas, cinco escuderos y varios clérigos eran su exiguo séquito. Poca y mal armada escolta si sufrían un asalto, pero pocos eran los insensatos que osarían atacar a un arzobispo.

—Son hombres de don Antonio de Luna —afirmó don Jaime Cerdán, uno de los pocos que portaban armas. El hijo del justicia mayor de Aragón era un joven bien parecido, de manos y brazos fuertes, nariz recta y mentón anguloso. Sus cabellos, largos y oscuros, caían sobre los hombros. Montaba en un hermoso bayo de crines y cola blancas como la nieve.

El arzobispo confirmó con un gruñido. Se trataba de don Francisco de Belcayre y el notario micer Miguel de Mazas.

—Saludos, eminencia. —Micer Miguel de Mazas detuvo su montura y saludó con una inclinación de cabeza. El notario era un hombre de mediana edad y entrado en carnes. Su cara era redonda y de su cuello colgaba flácida una inmensa papada.

—Saludos, señores —dijo el arzobispo.

—Traemos un encargo de don Antonio de Luna, señor de estas

tierras —informó sin más preámbulos don Francisco de Belcayre. Se le advertía incómodo ante el séquito del arzobispo. Sus ojos, pequeños y negros como los de un cuervo, miraban nerviosos en derredor y se pasaba constantemente la lengua por los labios. Sus maneras eran un tanto desagradables.

—Hablad pues —apremió don García Fernández de Heredia, impaciente por llegar a la Almunia de Doña Godina y conceder algo de descanso a sus agotados y viejos huesos.

Don Jaime Cerdán reclamó la presencia de los cinco hombres de armas que escoltaban al arzobispo con un movimiento de cabeza. En un instante se encontraban a sus espaldas con sus manos en las empuñaduras de sus espadas. Este gesto no pasó desapercibido a los enviados del señor de Almonacid.

—Don Antonio de Luna se lamenta de lo sucedido en Zaragoza —comenzó a decir el notario—. Le complacería pediros sinceras disculpas. De hecho, esta era su intención cuando acudió a Calatayud, pero como bien sabéis, el gobernador y el justicia de Aragón le obligaron a marcharse.

El arzobispo le miró con suspicacia y preguntó:

—¿Y dónde está ahora don Antonio? ¿Me espera en la Almunia?

Don Francisco de Belcayre asintió y respondió:

—Sería del agrado de don Antonio que compartieseis mesa durante la cena, pero le urge limar asperezas, reconciliarse con vos. Su alma sufre por este desencuentro. Os aguarda detrás de esa colina.

El arzobispo desvió la vista hacia una pequeña loma coronada de pinos y retamas.

—¿Está allí? —preguntó el arzobispo. Don Francisco confirmó con un asentimiento.

Don García Fernández de Heredia entornó los ojos con desconfianza, pero estaba agotado y quería acabar cuanto antes con ese asunto y así poder descansar. Todavía le esperaba un largo viaje.

—Vayamos a su encuentro entonces.

Espoleó a su mulo. Su séquito comenzó a seguirle.

—Eminencia, como podéis ver, estamos desarmados —micer Miguel Mazas alzó las palmas de sus manos y don Francisco hizo lo propio—. Se trata de un encuentro entre viejos amigos que pretenden reconciliarse. No es de recibo que acudáis acompañado de una escolta armada.

—Creo que sí que lo es —terció don Jaime Cerdán—. Don Antonio de Luna es un cobarde y un traidor. De ese perro se puede esperar cualquier fechoría.

El hijo del justicia mayor escupió con rabia y rencor cada una de sus palabras. No olvidaba los estragos que causaron en Zaragoza los valentones del señor de Almonacid.

—Don Antonio es un bruto, un arrogante y un pendenciero, pero no es tan estúpido como para atentar contra un arzobispo —repuso don García Fernández de Heredia.

—No emponzoñéis los oídos del prelado con vuestras falsedades —le espetó micer Miguel de Mazas a don Jaime Cerdán—. No trunquéis una reconciliación que sin duda hará mucho bien a Aragón. Don Antonio de Luna sólo pretende purgar sus errores y redimir sus pecados.

—Qué son muchos —afirmó el arzobispo.

—Lo sabe y sufre por ello —admitió don Francisco de Belcayre—. Os ruego, mi señor, que no le neguéis el perdón que merece todo buen cristiano.

—¿Quiere ser perdonado? —preguntó el prelado.

—Con toda su alma —respondió micer Miguel Mazas.

—Su mayor deseo es que le confeséis para poner en orden sus asuntos con Dios —dijo don Francisco.

Don García Fernández de Heredia dirigió la vista hacia la colina. Justo detrás le esperaba el señor de Almonacid. El más fiel y entregado partidario del conde de Urgel. Si le persuadía para que se apartara de él, sus posibilidades de ser elegido rey de Aragón se desvanecerían como la nieve en primavera. Don Antonio de Luna era poderoso y rico. Un enemigo feroz que podría tornarse en un magnífico aliado. Simplemente había que encauzar sus formas y carácter. Él sabría cómo hacerlo.

—Bien, me acompañarán sólo los clérigos y escuderos —decidió al fin.

—Eminencia…

Don Jaime Cerdán intentó protestar, pero el prelado le detuvo con un movimiento de mano.

—¡Aguardad aquí! —le ordenó.

El prelado espoleó a su mulo y se dirigió hacia la colina. Le acompañaba el sacristán mayor de Zaragoza, don Juan Bonet; cuatro sacerdotes y cinco escuderos desarmados. Don Jaime Cerdán observaba cómo el arzobispo se alejaba seguido de los enviados del señor de Almonacid. Su padre, el justicia mayor de Aragón, le había encomendado la responsabilidad de escoltarlo hasta Zaragoza. Y ahora el prelado se dirigía desarmado e indefenso al encuentro del más terrible de sus enemigos. Le sudaban las manos. No se sentía cómodo. Se hallaba muy lejos. Acudiría demasiado tarde a su auxilio si don Antonio de Luna intentaba alguna oscura maniobra contra el prelado. Don Jaime Cerdán sentía cómo su corazón golpeaba con fuerza en sus costillas. Desenfundó la espada.

—Preparad vuestras armas y estad muy atentos —ordenó a los cinco caballeros que le acompañaban.

El sonido metálico de cinco espadas deslizándose por las vainas rasgó el silencio que abrazaba aquellos campos. El arzobispo y sus acompañantes se perdieron engullidos en el bosque de pinos. Don Jaime Cerdán tragó saliva y rogó a Dios porque las intenciones del señor de Almonacid fueran honestas. Su corazón así lo deseaba, pero su mente y su puño aferrando con fuerza la empuñadura de la espada, le dictaban lo contrario.

—Os agradezco humildemente que hayáis acudido a mi llamada, eminencia. —Don Antonio de Luna saludó al arzobispo con un tono amigable, conciliador. Estaba montado en un enorme caballo de guerra blanco cubierto con una gualdrapa blanca con el emblema de los Luna; una luna menguante en plata sobre un campo de gules. El señor de Almonacid vestía armadura completa y sobrevesta roja con la enseña de la familia en el pecho. Le escoltaba una docena de caballeros protegidos con escudos y armaduras.

El arzobispo soltó un gruñido cuando advirtió que, en una arboleda próxima, había unos doscientos soldados enarbolando pendones y lanzas. Estaban preparados para librar batalla.

—Son parte de mi escolta personal —explicó don Antonio de Luna al leer la desconfianza en los ojos del prelado—. Vos, mejor que nadie, sabéis que mis enemigos son muchos y muy poderosos. Pero entiendo vuestros recelos. Por favor, padre, seguidme. Hablaremos a solas —acompañó sus palabras con un gesto de mano y una amable sonrisa.

Don Antonio de Luna y el arzobispo espolearon sus monturas y se alejaron unos pasos. Se guarecieron de los rayos del sol bajo la sombra de una higuera. El prelado miró a sus espaldas y contempló a los clérigos y escuderos que le acompañaban. Se encontraban frente a doce caballeros bien armados y adiestrados para la guerra. Los masacrarían en el caso de que hubieran caído en una celada. Don García Fernández de Heredia intentó desechar tan aciagos pensamientos. El agradable y dulzón olor de la higuera logró apaciguar sus ánimos.

—Entonces, hijo mío, ¿es cierto que estáis dispuesto a pedir perdón y a confesar vuestros pecados?

El señor de Almonacid asintió varias veces con gesto compungido.

—Así es, padre, así es.

El prelado exhaló un largo suspiro de agradecimiento a Dios, pues en su infinita bondad había logrado reconducir a la oveja más díscola de su rebaño.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo el arzobispo, alzando los brazos hacia los cielos.

—Alabado sea.

Al arzobispo le brillaban los ojos de la emoción.

—He rogado largamente a Nuestro Señor para que ablandase

vuestro corazón, para que encauzara vuestra ira, vuestro resentimiento y vuestra violencia y os guie por el sendero de la paz y la conciliación. Mi corazón llora de júbilo al comprobar que mis plegarias han sido escuchadas. Nada hace más feliz a este humilde anciano que oíros en confesión. Todos vuestros pecados serán perdonados si vuestra voluntad es verdadera y vuestro arrepentimiento sincero.

—Sois muy generoso, padre.

—No me deis las gracias a mí, sino al Altísimo. Él se sirve de nosotros para obrar sus milagros y derramar sobre sus hijos su inagotable amor y generosidad. Dios te ama, hijo mío, y ahora Dios te escucha. ¿Qué quieres decirle? —preguntó con una afable sonrisa dibujada en sus viejos labios.

Ambos se miraron a los ojos en silencio durante unos instantes. El arzobispo esperaba que don Antonio de Luna iniciara el rito de la confesión con el habitual: «Ave María Purísima», al que él respondería «sin pecado concebida», pero el señor de Almonacid permanecía mudo. En la distancia se escuchó el relincho inquieto de un caballo. Algo presentía aquella bestia acostumbrada a la guerra. Fue entonces cuando don Antonio habló:

—Veréis, padre, antes de abrir mi corazón a Dios, me gustaría saber si don Jaime de Urgel será el nuevo rey de Aragón.

El arzobispo arrugó la frente al escuchar la pregunta.

—No os comprendo —dijo confuso.

Don Antonio carraspeó y miró de soslayo a sus caballeros. Cuatro de ellos se dirigían hacia ellos. El resto rodeó a los clérigos y escuderos. El prelado cerró los ojos y negó con la cabeza. Su corazón se agitaba con fuerza en su pecho.

—¿Será el conde de Urgel el elegido por los parlamentarios para suceder a don Martín? Creo, padre, que mi pregunta es muy fácil de entender —su tono era tosco, agresivo, y su mirada se tornó oscura y tenebrosa.

Los cuatro jinetes ya casi habían llegado a su altura. Los clérigos y escuderos, presintiendo que algo no marchaba bien, intentaban zafarse de los ocho caballeros que les custodiaban. Dos de ellos desenfundaron sus espadas. No dudarían en usarlas para mantener el orden. El arzobispo los miraba con temor. Había sido conducido a una trampa de la que muy difícilmente podría escapar. Con sus argucias y mentiras, el señor de Almonacid lo había separado de su escolta para amedrentarlo e imponerle su candidato al trono. A sus labios asomó una triste sonrisa. Era un necio, un ingenuo. Los deseos de convertir a don Antonio le habían cegado la razón. Tarde comprendió que no es suficiente con tener buena voluntad para cambiar la naturaleza de una bestia salvaje y sanguinaria. Temió por la suerte de los hombres que le

acompañaban. Por su bien, aquel encuentro debía concluir lo antes posible.

—¿Me preguntáis si don Jaime será rey de Aragón? —preguntó el prelado. Don Antonio de Luna asintió—. Pues bien, os respondo que jamás lo será mientras yo viva.

Don Antonio de Luna se removió inquieto en su montura. No esperaba esa respuesta.

—Os equivocáis, padre. Don Jaime será rey de Aragón ya estéis vos muerto o preso —sus ojos lanzaban centelladas llenas de ira.

—Muerto tal vez, pero preso jamás —replicó el arzobispo con la serenidad que le concedía saber que su destino estaba en manos de Dios.

El prelado tiró de las riendas de su mulo dispuesto a marcharse, pero don Antonio de Luna se acercó a él con celeridad y le propinó un brutal puñetazo. El rostro ajado del arzobispo sangró con profusión, pero aún tuvo fuerzas para no desvanecer, para mantenerse en la montura. Llegaron a sus oídos gritos y voces confusas y alteradas. Eran los clérigos y escuderos que, incapaces de zafarse de los jinetes, proferían insultos, ruegos y prometían infernales y eternas condenas.

Don Jaime Cerdán escuchó el alboroto y advirtiendo que el arzobispo se encontraba en serio peligro, espoleó con fuerza a su bayo y salió a galope seguido de los otros caballeros. Sus ojos quedaron horrorizados por el espanto cuando vio cómo uno de los caballeros de don Antonio golpeaba con la bola de pinchos de su mangual la cabeza del mulo de don García Fernández de Heredia. La bestia profirió un desgarrador bufido de dolor y cayó malherida al suelo, arrastrando al arzobispo en su caída.

—¡Bastardos hijos de puta! —gritó, presto a proteger la vida del prelado, pero decenas de lanceros y jinetes del señor de Almonacid se lo impidieron.

Los gritos de miedo, rabia y furia irrumpieron con estrépito en aquel monte de pinos y chaparros. Una bandada de cornejas surcó asustada los cielos emitiendo agudos graznidos. Don Jaime Cerdán se defendía con denuedo de las acometidas de dos caballeros. Pero eran muchos. Demasiados. Uno de sus hombres, Pedro Díaz Garlón fue ensartado por una lanza. Cayó de su montura y varios peones le remataron con saña propinándole decenas de lanzadas y cuchilladas. El hijo del justicia mayor de Aragón intentaba zafarse de sus enemigos. Su vista no dejaba de desviarse hacia el mulo muerto y el arzobispo, que permanecía atrapado sin poder liberarse. Varios hombres le rodeaban. Entre ellos don Antonio de Luna. El señor de Almonacid había descabalgado y desenfundado su espada. Don Jaime Cerdán jadeaba lleno de angustia con su corazón agitándose frenético en el pecho.

—No se atreverá —musitó, protegiéndose con el escudo sin dejar de mirar hacia el arzobispo, poniendo en peligro su propia vida.

Don Antonio de Luna alzó la espada. El arzobispo tenía el rostro magullado por el puñetazo y la caída. La sangre ensuciaba su grisácea y escasa barba. No se podía mover. Tenía la pierna aprisionada por el mulo. Le dolía horrores. Posiblemente estuviera rota, aplastada. Pero este era el menor de sus problemas.

—¿Será don Jaime rey de Aragón? —preguntó el señor de Almonacid con voz bronca, apolillada por el odio y el desprecio.

El arzobispo resoplaba exhausto. El aire se negaba a entrar en sus pulmones. Miró en derredor. Su escolta se batía con valor contra decenas de soldados de don Antonio de Luna. Pedro Fernández de Felices, miembro de su escolta, aullaba de dolor sujetándose un brazo amputado. Poco duró su sufrimiento. Una lanza clavada en su rostro puso fin a su agonía. El arzobispo cerró sus ojos húmedos y afligidos. A sus oídos llegaba el clamor del desigual combate.

—Vuestra alma infecta y pútrida se consumirá lentamente en el más terrible y profundo de los infiernos —le respondió con voz grave y poderosa, señalándole con un dedo acusador.

El señor de Almonacid, invadido por una irrefrenable cólera, alzó su espada y segó la mano acusadora del prelado.

—¡Agghh! —gritó el arzobispo. Sus ojos desgarrados miraron con espanto el chorro de sangre que brotaba del brazo amputado.

Los labios de don Antonio dibujaron una cruel y demencial sonrisa. Disfrutaba causando dolor al viejo clérigo. Clavó la espada en su muslo. Tantos eran los sufrimientos que abrumaban al arzobispo que esta vez no gritó. Estaba desangrándose, a punto de perder el conocimiento. El señor de Almonacid había perdido interés en torturarle.

—¡Matadlo! —ordenó.

La media docena de peones y caballeros que se encontraba con él obedecieron con presteza y empezaron a clavarle con saña sus lanzas y espadas. Un valentón alzó el rostro inerte y ensangrentado del prelado y le degolló con su puñal.

Don Jaime Cerdán apenas podía ver lo que acontecía debajo de la higuera. Bastante tenía con soportar los ataques del enemigo y contraatacar cuando advertía oportunidad. Entonces los peones y caballeros de don Antonio de Luna abrieron paso y pudo ver el cuerpo del prelado. Yacía muerto debajo del mulo. Había sido masacrado sin piedad.

—¡No! —gritó, espoleó su montura y, sin hacer caso a la prudencia, se dirigió hacia donde yacían los restos del arzobispo de Zaragoza.

Un soldado trabó con su lanza las patas de su caballo y este se

estrepitó con brutalidad contra el suelo, arrastrándole en su caída. Aturdido, don Jaime Cerdán intentó incorporarse. En su desconcierto no advirtió la llegada por la espalda de un soldado de don Antonio de Luna. Este alzó su poderoso martillo de guerra y lo dejó caer con violencia sobre la cabeza del hijo del justicia mayor. Los gritos cesaron. Don Jaime Cerdán quedó envuelto en sombrías tinieblas. Todo había terminado.

46

Zaragoza, junio de 1411

El salvaje asesinato del arzobispo de Zaragoza causó una gran conmoción en todo el reino. Nadie podía creer que alguien fuera capaz de cometer tal tropelía. Pero la tristeza y el dolor se tornaron en vergüenza y rabia cuando fue conocida la carta que el señor de Almonacid envió al parlamento catalán justificando el crimen. En ella aseguraba que fue el arzobispo quien inició la discusión, pues se trataba de un hombre bullicioso y pendenciero que ardía en deseos de matarle. Don Antonio de Luna aseguraba que intentó apaciguar sus ánimos, pero el prelado estaba hecho una furia y llamó a su escolta, unos treinta caballeros, mientras él se encontraba sólo con un par de jinetes. Entonces se desató un confuso tumulto de insultos y golpes. El arzobispo alentó a sus hombres, que enardecidos por sus palabras desenfundaron sus espadas y les atacaron con violencia. Ante la desaforada e injustificada agresión, don Antonio requirió el auxilio de los soldados que le aguardaban en la retaguardia. Se libró entonces una terrible lucha en la que finalmente vencieron sus soldados. Cuando terminó el combate, el cuerpo del arzobispo yacía en el suelo con una horrible herida en el cuello. Don Antonio de Luna insistía en su carta que los hechos fueron tal y como los había relatado y desafiaba a todo aquel que dudase de su palabra. Sólo sus parciales quisieron creer una historia tan absurda e inverosímil y entre los aragoneses corrió el dicho: «*con don Antonio te topes*», cuando se deseaba que alguien sufriera una desgracia.

Don Antonio de Luna envió la carta al parlamento catalán desde Almonacid, donde se había refugiado después del asesinato del arzobispo. Allí estaba protegido por sus soldados y por las tropas de sus partidarios como don Pedro Fernández de Hijar, comendador mayor de Montalbán; don Artal de Alagón, don Garcí López de Sesé y don Fernán López de Luna entre otros muchos notables aragoneses. Además, se extendieron rumores que aseguraban que don Antonio había contratado *compañías* de gentes de armas de Gascuña y Aquitania y que muy pronto cruzarían las fronteras aragonesas. Tal era el temor que suscitaba, que fueron muy pocos los que persiguieron someterle a juicio. Entre estos últimos se encontraban don Gil Ruiz de Lihori y micer Juan Jiménez Cerdán. El gobernador y el justicia mayor de Aragón se encontraban en la cámara privada de la residencia de don Gil, un sobrio edificio de tres plantas próximo al palacio de la

Aljafería. Los acompañaba don Juan Fernández de Heredia, señor de Mora e hijo del gobernador. El justicia mayor se movía inquieto de un lado a otro de la estancia. Su hijo don Jaime Cerdán sobrevivió a la refriega, pero fue capturado por don Antonio de Luna. El señor de Almonacid no había pedido rescate y se desconocía cuáles eran sus intenciones para con su hijo. Era su prisionero, su rehén, ¿pretendía chantajearle? (,) ¿doblegar su voluntad? Era absurdo. Micer Juan Jiménez Cerdán era el justicia mayor, un cargo de relevancia en el reino, pero no estaba en su mano decidir quién reinaba en Aragón. Le torturaba una angustiosa sensación de miedo e incertidumbre. Sentado tras un escritorio, don Gil Ruiz de Lihori le contemplaba impotente. Nada podía hacer salvo concederle palabras de aliento. ¿Qué otras atrocidades podría cometer quién ya ha asesinado a un arzobispo? ¿A un hombre de Dios? Suspiró y desvió la vista hacia un documento que estaba en el escritorio. Lo tomó y comenzó a releerlo con gesto adusto. En ese pergamino el justicia había dejado por escrito los nombres de los asesinados por don Antonio de Luna. Suspiró y los leyó en silencio: don García Fernández de Heredia, Pedro Díaz Garlón, Pedro Fernández de Felices y los hermanos Tomás y Alonso de Liñán. Además, en el ataque fue herido el capellán Juan Bonet, y don Jaime Cerdán fue capturado. No se sabía nada de él salvo que fue herido de gravedad en la cabeza, aunque no se temía por su vida. Micer Juan Jiménez Cerdán envió varias cartas a don Antonio de Luna y a don Jaime de Urgel, exigiendo su inmediata liberación, pero no había obtenido respuesta. Don Gil Ruiz de Lihori dejó de leer y desvió la vista hacia su hijo. Don Juan Fernández de Heredia estaba sentado en una silla frailera. Con la mirada le exigía a su padre una rápida respuesta por el asesinato de su tío el arzobispo. Era un joven alto y fornido, de barba corta y castaña, mandíbula ancha y ojos oscuros. Era valiente y decidido, como bien demostró cuando expulsó de Zaragoza al conde, al señor de Almonacid y a su pandilla de bravucones. De su padre había heredado el odio a la Casa de Urgel. Un odio que se había preocupado en alimentar y del que se hallaba henchido tras el ruin asesinato de su tío.

—¿Tenemos alguna noticia de don Luis de Anjou? —preguntó micer Juan Jiménez Cerdán deteniendo el paso.

—No, no la tenemos. Y sinceramente no creo que la tengamos —respondió el gobernador negando con la cabeza.

Don Gil envió una carta al padre de don Luis de Calabria suplicando su ayuda para contener a los parciales del conde de Urgel y ante la amenaza de invasión de las *compañías* gasconas e inglesas, pero don Luis de Anjou no había respondido.

—Quizá aún sea pronto —dijo el justicia mayor, sin mucho convencimiento.

Don Luis de Anjou estaba armando un ejército para recuperar el trono que su primo Ladislao Durazzo le arrebató en 1399. Posiblemente no tenía ni recursos ni interés en intervenir en una guerra que, de momento, no era la suya. Quizá más adelante, cuando hubiera resuelto sus asuntos con Ladislao Durazzo, estuviera dispuesto a participar con renovado entusiasmo en defensa de los derechos de su hijo al trono aragonés. Pero en esos momentos sus prioridades eran otras.

—No podemos seguir esperando —intervino don Juan Fernández de Heredia—. La situación en Aragón es insostenible. Nuestras fronteras están siendo amenazadas por tropas extranjeras y los candidatos al trono no dudan en asesinar para lograr sus propósitos. Es urgente poner orden en todo este desastre o la guerra se desatará sobre el reino arrasándolo hasta sus cimientos —hizo una pausa y miró a micer Juan Jiménez Cerdán con determinación—. Y sólo encuentro una solución.

—Debemos actuar con prudencia —dijo el justicia, temiendo que cualquier decisión precipitada fuera respondida por don Antonio de Luna con la ejecución de su hijo.

—Debemos actuar con contundencia. —Don Juan Fernández se incorporó de la silla. Se acercó al escritorio donde se encontraba su padre, y poniendo las manos sobre el mueble dijo—: Padre, pedid auxilio al infante Fernando de Antequera. Él es el único que puede hacer frente a don Jaime, el único que puede arreglar este caos.

—Los castellanos son tan extranjeros como los gascones o los aquitanos —protestó el justicia mayor.

—¿Qué otras opciones tenemos para evitar que un tirano como el conde se haga con el poder? —preguntó el gobernador. Se reclinó sobre la silla de tijera y prosiguió—: Don Luis de Calabria es un niño y su padre está más interesado en recuperar el trono de Nápoles que en luchar por el de su hijo. El resto de los candidatos carecen de suficiente apoyo, tropas y recursos para competir con don Jaime y sus parciales. Sólo don Fernando puede disputarle el trono. Sólo él.

Micer Juan Jiménez Cerdán se debatía entre lo certero de sus argumentos y el riesgo que corría la vida de su hijo si autorizaba la entrada de tropas castellanas en Aragón. El miedo le roía las entrañas. Estaba aturdido, desesperado. Tomó asiento en un banco de madera y ocultó su rostro entre las manos. Se debatía en un torbellino de sentimientos y emociones. El gobernador y su hijo le miraban en un respetuoso silencio. Durante unos instantes el justicia mayor de Aragón permaneció en silencio, inmerso en un turbulento mar de reflexiones. Cuando hubo aclarado sus ideas, alzó la mirada y exhalando un largo suspiro dijo:

—Nada garantiza que mi hijo esté hoy, ahora mismo, vivo. Como

nada garantiza que el señor de Almonacid lo mate o lo mantenga con vida pidamos auxilio a don Fernando o no. Lo único cierto es que don Antonio de Luna, un partidario de los Urgel, ha asesinado al arzobispo de Zaragoza, a un hombre bueno, justo y sabio. Vuestro cuñado y tío. —El justicia hizo una leve pausa. Una sensación dolorosa le oprimía el pecho y le impedía hablar. Intentó tranquilizarse. Se aclaró la garganta y prosiguió—: Aragón está en grave peligro. De poco importa que mi hijo viva si el conde de Urgel es proclamado rey. De muy poco, pues pronto don Jaime se abalanzará sobre nosotros para despedazarnos como la fiera sanguinaria que es. Y si él no lo hace, si no se atreviera a ensuciar sus manos con nuestra sangre, enviará al bastardo del señor de Almonacid. Como justicia mayor siempre he intentado conducirme con prudencia, pero en este caso, como bien habéis dicho —dirigió la mirada hacia don Juan Jiménez de Heredia —, debo ser contundente, implacable y no dejarme confundir por los sentimientos. Las circunstancias nos están indicando el camino que debemos seguir si pretendemos evitar un gobierno tiránico y cruel —hizo una nueva pausa y se pasó la lengua por los labios—. Llamemos al infante, al conquistador de Antequera. Nadie más podrá evitar que don Jaime se siente en el trono de Aragón.

—Los graves problemas requieren de decisiones audaces y arriesgadas —apostilló don Juan Jiménez de Heredia.

El justicia mayor de Aragón asintió en silencio y dijo:

—Sólo espero que mi hijo viva. Sólo eso.

Don Gil Ruiz de Lihori se acercó a él y posando con suavidad su mano sobre su hombro le dijo:

—Ruego a Dios porque así sea, pero en caso contrario, os puedo asegurar que nuestra venganza será terrible e implacable. Tenéis mi palabra.

—De eso estoy seguro —confirmó el justicia mayor. La venganza era lo único que le concedía las fuerzas suficientes para no desfallecer y derrumbarse en un mar de lágrimas.

—Enviaré inmediatamente emisarios a Valladolid —dijo el gobernador.

—Hacedlo, no hay un minuto que perder —insistió el justicia mayor.

Don Juan Fernández de Heredia contemplaba a ambos hombres con los brazos en jarra. Estaba satisfecho ante la promesa de volver a enfrentarse a los Urgel. Ya los había expulsado de Zaragoza y estaba dispuesto a arrojarlos al mar o a enviarlos al más profundo de los infiernos si fuera necesario. La muerte de su tío sería vengada.

47

Balaguer, junio de 1411

—Ya era hora de que don Antonio hiciera algo bien.

Doña Margarita de Montferrato disfrutaba de una copa de vino sentada en un banco de piedra en los jardines del *castell Formós*. Se deleitaba contemplando las bellas formas labradas en la copa de plata. El sol declinaba por el horizonte, alargando las sombras de los cipreses y refrescando el tórrido ambiente. A su lado, con gesto contrariado, se hallaba doña Isabel de Aragón. La esposa del conde sintió un profundo y sincero dolor al conocer la muerte del arzobispo. Era una mujer creyente y piadosa. El cruel asesinato del prelado le había horrorizado.

—¿Cómo podéis decir que está bien matar a un arzobispo? —miró a su suegra con los ojos abiertos por el espanto.

—Mi niña, ¿no has escuchado el relato de don Antonio? —preguntó—. Fue el clérigo quien le atacó. No tuvo más opción que defenderse —sus labios esbozaron una sonrisa cínica.

—¡Tenía casi ochenta años! —exclamó doña Isabel incorporándose del banco como un resorte.

En ese momento llegó don Jaime. Sus ojos se desviaron del rostro complaciente de su madre al furioso de su esposa.

—¿Va todo bien? —preguntó, tomando de la mano a su esposa.

—Isabel nos reprocha la muerte del arzobispo —respondió doña Margarita poniendo los ojos en blanco.

—Yo no reprocho nada —repuso doña Isabel—, pero matar a un hombre de Dios, a un arzobispo, sólo beneficia al diablo. Ruego a Nuestro Señor porque este crimen no se revuelva contra nosotros —miró a su marido con ojos suplicantes y le apretó con fuerza las manos—. Temo por nuestra familia. Estoy segura de que la muerte de don García Fernández de Heredia enfurecerá a muchos notables aragoneses y a la mayoría de los clérigos, sino a todos.

Don Jaime desvió la vista hacia doña Margarita y dijo:

—Eso es cierto.

La condesa-viuda bebió un trago de vino y se deleitó con el regusto dulzón que le dejó en el paladar. Chasqueó los labios y, sin abandonar su tono cínico, preguntó:

—¿Qué es cierto?

El conde bufó exasperado.

—La muerte del arzobispo perjudicará mi candidatura al trono.

Pondrá en mi contra a los notables y a los clérigos aragoneses.

—Hace mucho tiempo que perdiste el favor de los aragoneses. Si el arzobispo de Tarazona no hubiera vetado las resoluciones del parlamento de Calatayud, Aragón tendría ahora un rey y ten por seguro que este no serías tú. No se puede perder lo que no se tiene.

—¿En qué me puede beneficiar que haya muerto el arzobispo de Zaragoza?

—Ha desaparecido uno de tus contrarios. El más peligroso. Con él vivo, jamás serías proclamado rey. ¡Jamás! —comenzó a explicar la anciana como si estuviera impartiendo clase a un párvulo—. Ahora tus enemigos te temen. Saben que eres capaz de hacer cualquier cosa por alcanzar el trono. Saben, querido hijo, que eres el rey que Aragón necesita. Un rey valiente y capaz. Que no le temblará el pulso y ni balbuceará como un niño asustado cuando deba tomar graves decisiones. Aragón necesita de una mano firme que la sostenga, que la cuide, que la proteja. Y esa mano, hijo mío, esa mano sólo puede ser la tuya. Ahora, por fin, los notables y clérigos del reino lo saben.

El conde tomó asiento junto a su madre. Ponderaba sus argumentos. El asesinato del arzobispo era un hecho. Quizá don Antonio se había excedido al asesinarle, pero de poco servía lamentarse. El pasado no se puede cambiar y era necesario meditar con cautela sobre el futuro. Había un trono en juego. Los notables, clérigos y letrados aragoneses pretendían que el rey fuera elegido por un parlamento, pero era imposible. ¿Cuándo un rey fue elegido por sus vasallos? Habría que remontarse a la lejana época de los godos, cuando los reyes eran elegidos por un consejo de notables y obispos. Costumbres bárbaras que los invasores godos pretendieron implantar con escaso éxito en sus reinos, pues en no pocas ocasiones el rey elegido era asesinado por sus rivales, desatándose el caos y la guerra. Justo lo que pretendían evitar. No, un rey jamás debería ser elegido. Era absurdo. Un rey debe reinar por derecho de cuna o por las armas. No había otra posibilidad: linaje o guerra. Y si le negaban su legítimo derecho a reinar como descendiente del rey Alfonso IV, exigiría lo que en justicia merecía sirviéndose de las armas. La muerte del arzobispo de Zaragoza había sido el primer sacrificio de otros muchos que estaban por llegar.

—¿Te has puesto en contacto con los capitanes de *las compañías*?

La pregunta de su madre le distrajo de sus pensamientos. Cada día estaba más convencido de que la muy bruja era capaz de leer sus pensamientos.

—He enviado emisarios al gascón Menaut de Favars y a Basilio de Génova. No tardarán en responder a mis propuestas.

Doña Margarita de Montferrato asintió satisfecha. Doña Isabel tomó asiento en el banco. Su rostro había perdido el color. Le aterraba

la guerra. El conde la tomó de la mano y la consoló con una sonrisa tranquilizadora.

—Todo irá bien —le aseguró.

Doña Isabel apoyó la cabeza sobre su pecho. Doña Margarita se incorporó. Se disponía a marcharse dejando a solas a la pareja, cuando de pronto se detuvo y dijo:

—Olvidaba que don Antonio tiene prisionero al hijo del justicia mayor de Aragón.

Don Jaime alzó la vista y la preguntó:

—¿Qué quieres que hagamos con él?

—Ordena a don Antonio que lo mantenga con vida. Podría sernos muy útil en el futuro.

La anciana se alejó con su copa de vino en la mano. En sus labios se dibujaba una perversa sonrisa.

48

Valladolid, junio de 1411

Don Fernando de Antequera se despidió con un afectuoso abrazo del doctor Juan Rodríguez de Salamanca, embajador castellano en Aragón, a quién don Gil Ruiz de Lihori había solicitado la inmediata intervención de las tropas castellanas. Se encontraban en el palacio de don Fernando en Valladolid, en una amplia sala donde el infante solía recibir las visitas privadas. Por las ventanas entraba el sol del medio día, iluminando dos reposteros bordados con las enseñas castellanas que colgaban de las paredes. Con el infante se encontraba don Diego Gómez de Fuensalida, abad de Valladolid. El clérigo tenía poco más de cuarenta años, frente despejada, rostro rasurado y barbilla con hoyuelo. Destacaba por su sonrisa amable, su mirada inteligente y su habilidad en el manejo de la palabra. Era diestro en leyes y cánones, y muy cercano al papa Benedicto XIII, pues le unían estrechos lazos familiares. Había escuchado con suma atención la intervención del embajador aragonés. En ella, don Juan Rodríguez de Salamanca describió con detalle la alarmante situación en la que se encontraba Aragón, con familias nobiliarias enfrentadas en terribles guerras, tropas mercenarias amenazando las fronteras y un demente como don Antonio de Luna dispuesto a cometer terribles crímenes para satisfacer las ambiciones del conde de Urgel.

—En pocos meses Aragón será devastada. No exagero si afirmo que corre el riesgo de desaparecer como reino. Es imprescindible actuar con presteza y determinación —les decía don Juan Rodríguez de Salamanca—. Todo reino necesita de un rey, pues en su ausencia imperan la tiranía y el desorden. La muerte de don García Fernández de Heredia es un claro ejemplo. ¿Quién sería capaz de matar a un arzobispo? Sólo un trastornado, sólo un loco se atrevería a considerar que puede cometer los más terribles crímenes sin recibir castigo. Don Gil Ruiz Lihori y don Juan Jiménez Cerdán me han enviado para suplicaros vuestra ayuda. Necesitan que tropas castellanas pongan freno a los desmanes de los urgelistas y defiendan sus fronteras de la inminente invasión de tropas mercenarias. Sois uno de los candidatos al trono, pero si no intervenís con presteza, no habrá reino sobre el que gobernar. Mi señor, Castilla no pude permitir que Aragón sea destruida. El caos es un río incontrolable que anega y devasta todo a su paso. Si no enviáis tropas a Aragón, nada podrá impedir que las desgracias que ahora se abaten sobre nuestros vecinos crucen nuestras

fronteras y nos arrastren a la ruina. Aragón es un espejo en el que debemos mirarnos. Dadle la espalda, ignorar su sufrimiento es condenar a Castilla a padecer sus mismos males.

Sus palabras vibraron en la sala cargadas de urgencias. De sus ojos colgaban bolsas macilentas por la falta de sueño, y su rostro, enjuto y verdoso, reflejaba los estragos de un profundo pesar. Todo su ser era fiel reflejo de lo que acontecía en Aragón.

Don Fernando repasaba mentalmente su discurso. Estaba sentado en torno a una larga mesa de roble. A su lado el abad de Valladolid contemplaba en silencio una copa de vino. Su frente arrugada y sus ojos entornados revelaban que, al igual que hacía el infante, reflexionaba sobre las palabas de auxilio del doctor Juan Rodríguez de Salamanca.

—Exagera un poco —observó don Fernando rompiendo el espeso silencio.

—Quizá —dijo el abad tamborileando la copa con los dedos.

—¿Realmente creéis que la situación en Aragón es tan grave?

Don Diego Gómez de Fuensalida miró el fondo en su copa. Confirmó que estaba vacía y se sirvió un poco de vino. Bebió un trago. Degustó su sabor y respondió:

—Don Fernando es doctor por Salamanca y un experto en asuntos aragoneses. No es un necio.

—¿Entonces?

—Hemos escuchado con atención la exposición que ha hecho de los acontecimientos y ahora debemos obrar en consecuencia.

—Enviar soldados a Aragón podría considerarse un acto de guerra. Debemos ser muy cautos —dijo receloso don Fernando.

El abad negó con la cabeza.

—En ausencia de un rey, las responsabilidades de gobierno recaen en el gobernador de Aragón, y es precisamente el gobernador quien os está reclamando ayuda. Nadie os podrá acusar de intervenir sin motivo en Aragón, pues son las propias autoridades quienes os lo han solicitado.

—¿Pero por qué a mí y no a don Luis de Anjou? Su hijo era el candidato del arzobispo al trono aragonés, y probablemente también lo fuera del gobernador.

—Es posible que le hayan pedido ayuda. Quizá don Luis de Anjou esté demorando su respuesta o directamente no tenga pensado intervenir. Mirad —el abad se lamió los labios y apoyó los codos sobre la mesa—. Os están brindando la oportunidad de deshaceros de vuestros dos principales rivales al trono aragonés. No sería sensato desaprovecharla.

—No es legítimo tomar el trono por la fuerza —repuso don Fernando.

—¿Os imagináis a don Jaime rigiendo el destino de Aragón? —preguntó el abad mirando con gesto serio y preocupado al infante—. Castilla vivía en continuo peligro. ¿Qué se puede esperar de un rey que ampara, sino promueve, el asesinato de un arzobispo? Digamos, mi señor, que vuestros futuros súbditos os están reclamando protección y vuestra obligación es concedérsela. Si lo veis de esta manera, entenderéis que enviar tropas a Aragón no es una idea nada descabellada. Esos soldados serían bien recibidos por los aragoneses, pues pondrían orden en todo aquel caos y contendrían los abusos de los urgelistas. Aragón se encuentra el borde de la guerra y acosada por tropas mercenarias dispuestas a cruzar sus fronteras. El reino necesita paz y orden y sólo vos se la podéis conceder. No sois un invasor, sino un salvador.

Don Fernando alzó la vista y la perdió en las enseñas castellanas que colgaban de las paredes; dos castillos dorados y dos leones púrpura cuartelados sobre un campo de gules y plata respectivamente. ¿Realmente un castellano podría ser elegido rey por los parlamentarios aragoneses? Era una pregunta que se había hecho cientos, miles de veces. Era algo inverosímil, pero sus rivales se habían empeñado en que así fuera por sus erráticas decisiones. Don Jaime estaba actuando como un tirano antes incluso de ser rey y don Luis había obviado los intereses de su hijo priorizando los suyos. El deseo de recuperar el trono de Nápoles le había cegado. Bien empleados estaban los ciento cincuenta mil florines prometidos para quien quedara fuera del trono.

—Don García Fernández de Heredia era vuestro amigo —comentó el abad. El infante apartó la vista de las insignias castellanas y la dirigió hacia el clérigo. Asintió con un profundo y sincero pesar. Conocía al arzobispo de Zaragoza desde hacía años. Le consideraba un hombre sabio y justo. Un buen amigo—. Y ha sido cruelmente asesinado. Su muerte exige ser vengada. Y si las autoridades aragonesas no castigan a sus asesinos, deberéis hacerlo vos. Sus familiares así os lo han requerido. No ignoréis las voces que claman vuestra ayuda, que exigen justicia —el abad tomó del hombro a don Fernando—. Mi señor infante, no es prudente que los criminales adviertan que sus delitos quedarán impunes o sus excesos no tendrán límite.

Don Fernando asintió y aceptando al fin la sugerencia del abad, dijo:

—Sea, pero antes hablaré con doña Catalina. Enviar tropas más allá de las fronteras castellanas es un asunto extremadamente grave y costoso. Muy costoso. La reina regente deberá estar de acuerdo.

El abad cabeceó repetidas veces.

—Como siempre, obráis con prudencia y sabiduría. Si me lo

permitís, me ofrezco a acompañaros a la audiencia con la reina-regente.

—Vuestra presencia será de gran ayuda. Seguro que sabréis cómo persuadirla… —apostilló el infante con una sonrisa.

El abad estalló en carcajadas. Alzó los brazos y con tono solemne, dijo:

—Es voluntad de Dios que seáis rey de Aragón. Vos simplemente debéis dejaros guiar por sus designios.

El infante alzó su vaso y brindó:

—¡Por el reino de Aragón!

—¡Por el reino de Aragón! —le secundó el clérigo.

Don Fernando bebió un trago y se recostó en la silla. La sangre le ardía en las venas impaciente por reunirse con doña Catalina. De forma inesperada, su candidatura al trono de Aragón estaba siendo considerada por un buen número de notables aragoneses. Ahora debía actuar con mesura, sentido común y astucia. Sus rivales no dejaban de cometer errores. Y cuando el enemigo se equivoca, es mejor no distraerle.

49

Peñíscola, enero de 1412

Doña Catalina aprobó el envío de tropas castellanas a Aragón, y a finales del mes de junio tres mil peones y cuatrocientos jinetes cruzaron las fronteras aragonesas al mando de don Juan Hurtado de Mendoza y del adelantado de Castilla don Diego Gómez de Sandoval. El ejército castellano puso orden en las ciudades de Zaragoza, Alcañiz y Morella, y sometió a las tropas rebeldes de don Antonio de Luna, a quien persiguió hasta sus señoríos de Alcalá, Morés y Pola. Incapaz de contener a las tropas castellanas, el señor de Almonacid huyó a Loarre. Se refugió tras las altas y gruesas murallas de su inexpugnable castillo, mientras aguardaba con impaciencia la llegada de *las compañías* procedentes de Gascuña.

La llegada del ejército castellano fragmentó la Corona de Aragón en dos bandos enfrentados e irreconciliables; los urgelistas, partidarios de don Jaime, y los trastamaristas, seguidores de don Fernando. Don Luis de Anjou, enfrascado en sus guerras en Nápoles, no prestó atención a los intereses de su hijo y don Fadrique y don Alfonso de Gandía apenas contaban con partidarios de relevancia que defendieran sus candidaturas. Así pues, de todos los aspirantes al trono de Aragón, sólo dos se perfilaban con verdaderas posibilidades; el conde de Urgel y el infante de Castilla.

Los aragoneses fueron incapaces de congregar un parlamento común para dejar resuelto el problema sucesorio y celebraron parlamentos individuales en Aragón, Cataluña y Valencia. Pero igualmente estas asambleas concluyeron en sonoros fracasos. En Aragón se celebraron dos parlamentos, uno en Alcañiz, donde se reunieron los partidarios de don Fernando, y otro en Mequinenza, donde lo hicieron los urgelistas. Lo mismo sucedió en Valencia, donde los parciales de don Jaime se congregaron en Vinaroz, mientras que los trastamaristas lo hicieron en Traiguera. Los nuncios catalanes se reunieron en un único parlamento en Tortosa, pero las deliberaciones concluyeron sin el más mínimo acuerdo debido a la profunda división entre los parlamentarios.

Mientras unos y otros parlamentos se reunían con nulo éxito, el papa Benedicto XIII dispensaba a don Fernando de su juramento para utilizar los cuarenta y cinco millones de maravedíes concedidos por las Cortes castellanas para la guerra contra Granada, permitiéndole disponer de esta fortuna en su pugna por el trono aragonés. Don

Fernando se sirvió del dinero para armar tropas, financiar a los adversarios políticos del conde de Urgel y para comprar voluntades de notables, clérigos y parlamentarios. Don Fernando usaba la fuerza de la espada con la misma habilidad que la diplomacia, el derecho y el dinero.

El papa repasaba los últimos acontecimientos con su consejero y privado don Francisco de Aranda, donado del monasterio de la cartuja de Portaceli. Paseaban por el adarve del castillo, una fortaleza emplazada en un peñón elevado desde el que se divisaba toda Peñíscola. Era una mañana fresca, pero despejada. Desde las murallas se contemplaba la inmensidad de un mar en calma que reverberaba en plata y oro acariciado por el tibio sol de invierno.

—Las tropas de don Fernando han sido de gran utilidad para poner algo de cordura en Aragón, pero su presencia molesta a los parlamentarios catalanes —comenzó a explicar don Francisco de Aranda, cartujo de avanzada edad, de rostro enjuto, cabeza tonsurada y barba escasa y blanca.

—No sé de qué protestan los catalanes. Las tropas castellanas no han cruzado sus fronteras —replicó el papa. Paseaba con las manos entrelazadas en la espalda. Una fresca y salitre brisa acariciaba su rostro.

—Ya sabéis que la alta nobleza catalana es partidaria de don Jaime —el papa asintió—. Advierten en las tropas castellanas una suerte de ejército invasor, cuyo propósito es amedrentar y condicionar la voluntad de los parlamentarios. También les acusan de causar graves molestias y daños.

—Don Fernando es el único que puede poner orden en Aragón. Gracias a la protección de las tropas castellanas, el parlamento de Alcañiz se ha atrevido por fin a pronunciar sentencia contra don Antonio de Luna y sus cómplices por su terrible crimen.

El 26 de agosto, don Juan Jiménez de Huguet, vicario general de Zaragoza, publicó la sentencia contra don Antonio de Luna y contra quienes participaron en el asesinato del arzobispo. Fueron declarados culpables y condenados a la pena de excomunión, privados de sus feudos, confiscados todos sus bienes y multados con doscientos cincuenta mil florines. Pero sólo se ejecutó la condena de excomunión por el papa Benedicto XIII. Don Antonio y sus cómplices eran demasiado ricos y poderosos. Las autoridades aragonesas fueron incapaces de hacer cumplir la sentencia. Sólo las tropas castellanas se atrevían a hostigar las huestes del señor de Almonacid, lo que desataba el malestar y las protestas de los parciales de don Jaime, entre los que se encontraba gran número de notables catalanes.

—Nos guste o no, necesitamos a los castellanos —prosiguió el papa —. Don Antonio de Luna ha recurrido a los servicios de mercenarios

gascones y los nobles aragoneses se matan entre ellos en absurdas guerras heredadas —se detuvo y miró al cartujo con gravedad—. Por si fueran pocos los problemas que abruman al reino, he sido informado de que una delegación francesa se ha reunido en Tortosa con los parlamentarios catalanes. Les han ofrecido tropas para expulsar a los castellanos de Aragón, y la cesión a Cataluña de la Provenza y del condado de Anjou a cambio de su apoyo a la candidatura de don Luis de Calabria.

—Una oferta más que generosa —afirmó don Francisco de Aranda.

—Aunque ahora les unan pactos y treguas, no hay que olvidar que Francia es una seria amenaza para Aragón. No sólo comparten frontera, sino que ambos reinos rivalizan por el dominio del Mediterráneo. ¿Realmente estaría Francia dispuesta a ceder esos territorios? ¿A fortalecer a un futuro enemigo? No seamos necios. Los franceses sólo pretenden dividirnos, desatar una profunda disensión entre los territorios de la Corona. El condado de Anjou y la Provenza son un cebo. Carnaza arrojada al mar para atraer al confiado pescado. Debemos evitar que los catalanes piquen el anzuelo o toda Cataluña será arrastrada por las insaciables redes francesas.

El papa retomó el paseo. Por el horizonte se perfilaban nubes oscuras henchidas de agua. La brisa se tornó en viento y el mar comenzó a agitarse inquieto.

—Apremia poner fin a esta situación —dijo el papa. Empezaba a refrescar y se dirigió hacia el interior del castillo.

—¿Tenéis algo en mente?

Benedicto asintió.

—Enviaré una carta al parlamento de Alcañiz, instando a los parlamentarios a que elijan un número reducido de nuncios. Estos decidirán en cónclave quién deberá sentarse en el trono de Aragón.

—Sin duda es más sencillo que unos pocos se pongan de acuerdo, a que lo hagan muchos —observó el cartujo—. Pero ¿creéis que os obedecerán?

El papa se detuvo y miró al cartujo con determinación.

—Por su bien espero que así sea, pues estoy dispuesto a excomulgarlos a todos.

Don Francisco de Aranda sonrió. Benedicto le tomó del hombro y le dijo:

—Vos leeréis mi carta ante los parlamentarios. Estoy seguro de que lograréis persuadirlos para que tomen la decisión más acertada.

—Su santidad me honra con su confianza —dijo el cartujo con una suave inclinación de cabeza.

El papa desplazó la vista hacia el cielo. Se estaba cubriendo de nubes negras. El tiempo es muy voluble en aquellas tierras en invierno. Casi tanto como la voluntad de los nobles aragoneses.

—Regresemos, empieza a refrescar.

Benedicto XIII descendió por las escaleras de piedra del adarve. Con una sonrisa forzada intentó ocultar los temores que le angustiaban. Demasiados ejércitos, demasiada gente extranjera se estaba inmiscuyendo en los asuntos aragoneses. Como si no tuvieran bastante con sus enfrentamientos, rivalidades y odios. Si los parlamentarios no llegaban pronto a un acuerdo y se cerraba definitivamente el problema de la sucesión, Aragón desaparecería como reino, arrastrando en su ruina y desastre al papado de Aviñón, a su papado.

50

Alcañiz, enero de 1412

Don Francisco de Aranda leía la carta de Benedicto XIII ante los parlamentarios congregados en la iglesia de Santa María la Mayor. Su tono serio, grave, solemne, resonaba en el templo con ecos de urgencia y temor. Los representantes y juristas le escuchaban con suma atención en un espeso silencio cargado de tensión e incertidumbre, pero con la certeza de que urgía tomar una decisión. La elección del rey no podía demorarse por más tiempo. Don Francisco terminó de leer y desvió la vista hacia los rostros de los parlamentarios. En su misiva, el papa Benedicto XIII les recordaba la antigua ley goda que establecía que, tras la muerte de un rey, nadie podía tomar el reino por la fuerza, pues sería considerado un tirano; les explicaba los peligros de las discordias y de la división, y les anunciaba los beneficios de resolver las disputas por el camino de la justicia y el diálogo. Las disensiones y discordias sólo conducen al desastre de la guerra civil. Les apremiaba a que olvidasen pasiones, odios y afectos particulares, pues un grave y mayor problema se cernía sobre Aragón, pues no sólo había muerto su rey, sino que lo había hecho sin haber manifestado una clara y evidente sucesión. Y ahora se encontraban con varios candidatos, todos ellos dignos y válidos. Era su obligación determinar a quién en justicia correspondía el trono. Y como eran muchos los llamados a decidir, los exhortó a que «*entre todos ellos eligiesen entre sí algunas personas temerosas de Dios, que supiesen los derechos y leyes de sus reinos y fuesen celosas del bien público, en cuyo entendimiento se abrazasen la verdad y la justicia y quisiesen y pudiesen lanzar de sus ánimos todo amor, odio y temor humano y menospreciasen las dádivas y sobornos y supiesen excusar cualquier acechanza y engaño, y con gran sabiduría proveer y prevenir de remedios a los casos que en semejantes negocios suelen suceder. Por estos medios se reducirían las cosas a buen fin y gloriosa conclusión, pues no se debía esperar ni creer que este reino ni esta patria, que hasta ahora nunca crio ni mantuvo tiranos, ahora los comenzase a producir*».[4]

Los parlamentarios admitieron que las palabras del papa Benedicto XIII estaban llenas de sabiduría y de buenas intenciones. Acuciantes problemas se cernían sobre Aragón y ellos no eran capaces de ponerse de acuerdo ni siquiera en el procedimiento de elección del rey. Una vez más, los intereses y ambiciones individuales prevalecían sobre el interés de un reino que se desangraba y se autodestruía en rivalidades

y guerras internas. Los parlamentarios deliberaron largamente sobre la carta del papa y finalmente decidieron que fueran don Gil Ruiz de Lihori, gobernador de Aragón y micer Juan Fernández Cerdán, justicia mayor, quienes nombraran a nueve electores.

En Balaguer, el conde de Urgel hacía balance de lo acontecido en Alcañiz. Aún desconocía el nombre de los nueve compromisarios elegidos por el justicia y el gobernador, pero no era difícil de entender que no serían precisamente partidarios suyos. Debía intervenir antes de que fuera demasiado tarde.

—El justicia y el gobernador deberán presentar los nombres de los compromisarios a los parlamentos de Aragón, Cataluña y Valencia para su aprobación. Aún tenemos tiempo —dijo don Jaime.

—Aragón está prácticamente perdida, Valencia se encuentra muy fragmentada entre las distintas familias nobiliarias, pero Cataluña os apoya —observó Ramón de Perellós, un alto y aguerrido capitán de brazos fuertes, espaldas anchas y mirada gélida como la muerte.

Se encontraban en el *castell Formós*. Había anochecido y la amplia sala estaba iluminada por el fuego de la chimenea y por los hachones que colgaban de las paredes. Con ellos se encontraba doña Margarita de Montferrato. Discutían las medidas a tomar tras la decisión del parlamento aragonés.

—El gobernador y el justicia tienen un plazo máximo de veinte días para presentar su propuesta —comenzó a decir doña Margarita—. No tienes tanto tiempo como crees. Sino todo lo contrario, debes actuar con rapidez.

—¿Qué he de hacer? —preguntó don Jaime.

—Ramón de Perellós te ha dado la clave —la anciana miró al apuesto capitán y le regaló una sonrisa desdentada—. Aragón está en manos de los trastamaristas, la irresponsabilidad de don Antonio de Luna al asesinar al arzobispo nos ha negado su favor. —Don Jaime arqueó una ceja. Doña Margarita eludía su responsabilidad en la muerte del prelado, derramando las nefastas consecuencias del crimen en las espaldas del señor de Almonacid—. Cataluña es leal y lo seguirá siendo hasta que te hagas con el trono. Es en Valencia donde se decidirá quién sucederá a don Martín.

—El parlamento de Vinaroz nos es favorable —admitió don Jaime.

—Pero el de Morella es trastamarista… —dijo Ramón de Perellós.

—Tendrás que intervenir y romper ese equilibro —interrumpió la anciana—. Deberás eliminar a tus adversarios y hacerte con el control de Valencia. Entonces poco importará esa lista que están preparando esos necios de don Gil Ruiz de Lihori y don Juan Jiménez Cerdán, porque el trono será tuyo —hizo una pausa para que sus palabras se fueran asentando en la mente de su hijo y añadió—: El gobernador Arnau Guillem de Bellera está impaciente por deshacerse de los

molestos Centelles, cuya lealtad, por otro lado, es bastante discutible. No puedes seguir mirando hacia otro lado en ese asunto. Debes intervenir.

Don Jaime arrugó los labios. Don Bernardo de Centelles le había pedido en repetidas ocasiones su mediación en los enfrentamientos que mantenía con el gobernador y los Vilaragut, pero se había desentendido. La demora en su respuesta había provocado que varios miembros de la familia Centelles abandonaran su causa por la del infante Fernando. Pero una cosa era inhibirse en el conflicto y otra apoyar descaradamente a los Vilaragut y al gobernador. Su madre, una vez más, leyó la duda en los ojos de su hijo.

—¿No quieres ser rey? —le preguntó con las cejas arrugadas. Don Jaime asintió—. Pues actúa de una vez como tal —bebió un trago de vino y prosiguió—: En ocasiones, un rey debe tomar decisiones que no son del todo cómodas. Esta es una de ellas.

—Lo sé, madre —repuso el conde con gesto hastiado.

—Pues entonces sabes que los Centelles han de ser sacrificados por el bien del reino.

El conde miró a Ramón de Perellós y le dijo:

—Ve a Gascuña y contrata mercenarios.

—¿A cuántos?

—Cuatrocientos jinetes serán más que suficientes para exterminar a los Centelles y hacerme con el poder en Valencia —respondió al capitán. Miró a su madre como si la decisión de combatir a los Centelles hubiera sido suya.

Doña Margarita sonrió y mostró sus desiertas y rojizas encías.

—Una decisión muy acertada, hijo mío —dijo la anciana—. Ya piensas como un rey. Cuando Valencia sea tuya, lo serás.

—¡Por el rey de Aragón! —brindó Ramón de Perellós.

—¡Por el rey! —se unió al brindis doña Margarita.

Don Jaime alzó su cubilete y dio un trago. Su corazón brincaba gozoso, emocionado, impaciente en su pecho. Pronto eliminaría toda resistencia en Valencia. Ahora más que nunca estaba convencido de que nada ni nadie podría impedirle ser proclamado rey de Aragón. Sintió el regusto del vino deslizarse por su garganta y se recostó complacido en la silla. Sacrificar a los Centelles era un precio más que razonable por alzarse con el trono. Los hombres poderosos no tienen amigos, ni siquiera aliados, si no instrumentos que utilizan a su antojo y que desechan una vez dejan de serles útiles.

—No hay ley escrita que afirme que los reyes debamos ser justos —musitó, sus labios esbozaron una sonrisa cínica.

51

Murviedro, febrero de 1412

Don Bernardo de Centelles, barón de Nules, contemplaba desde su montura a las tropas del gobernador. Eran cientos, miles de peones y jinetes que les observaban con gesto confiado e imperturbable ante la inminencia de la batalla. Miró a su derecha, hacia su hermano don Gilabert. Tenía la visera de la celada levantada para no perder detalle del movimiento del enemigo. A la izquierda del cabeza de familia de los Centelles se encontraba el aragonés don Juan Fernández de Heredia y el castellano don Diego Gómez de Sandoval, conde de Castrojeriz y adelantado mayor de Castilla. Le acompañaban en el mando de las tropas castellanas su hermano, el mariscal don Pedro García de Herrera; don Luis de la Cerda y don Diego de Escobar.

Don Bernardo de Centelles suplicó de nuevo a don Jaime su intervención en el conflicto con los Vilaragut y con el gobernador de Valencia. Pero el conde de Urgel no se limitó a hacer caso omiso a sus ruegos como en otras ocasiones, sino que reforzó a las tropas de don Arnau Guillem de Bellera con mercenarios gascones. Le había traicionado. Don Bernardo debía encontrar otros aliados o sería aplastado por el enemigo. Recurrió entonces a aragoneses y castellanos. El gobernador de Aragón le envió tropas de a pie y jinetes comandados por su hijo don Juan Fernández de Heredia. El infante Fernando también acudió en su ayuda con un importante contingente de tropas al mando del adelantado de Castilla y de experimentados capitanes castellanos, bregados en la guerra contra el moro. Don Bernardo de Centelles no necesitó de muchos esfuerzos para que el infante le ofreciera su ayuda; bastó con declararle públicamente su apoyo al trono y jurarle lealtad. Don Fernando, al igual que los Urgel, estaba convencido de que sus probabilidades de ser rey dependían de tener el control de Valencia y de sus Cortes.

—Son muchos… —observó don Gilabert de Centelles con la voz vibrante por el temor. Había participado en alguna que otra escaramuza, pero nunca en una batalla de esas proporciones.

Frente a ellos se encontraban unos veinte mil peones y doscientos jinetes. Las enseñas de don Arnau Guillem de Bellera, de los Vilaragut y del conde de Urgel tremolaban mecidas por el viento de levante. El cielo estaba abigarrado de nubes grises cargadas de agua y el mar se batía furioso contra la costa como si hubiera sido infectado por el odio que impregnaba aquellas tierras pantanosas donde se libraría la

batalla definitiva entre los Centelles y el gobernador de Valencia.

—Más habrían sido si hubieran llegado las tropas gasconas —repuso con severidad don Bernardo. Había sido informado de la inminente llegada de Ramón de Perellós al mando de los mercenarios gascones a sueldo de don Jaime. La noticia le causó un gran impacto y decepción. No tenía muchas esperanzas en que el conde de Urgel le ayudara, pero jamás habría sospechado que llegaría a traicionarle. Ver las enseñas del conde ondear amenazantes junto a las del gobernador de Valencia le estremeció el alma. Al menos se había movido con la suficiente agilidad para anticipar la llegada de los mercenarios gascones; cuatrocientos aguerridos jinetes hábiles en su oficio y acostumbrados a la guerra.

Empezó a llover. Don Bernardo miró a su espalda como si esperase que la lluvia hubiera multiplicado sus tropas. Eran muy inferiores en número, pero superiores en caballería y calidad, pues contaba con el experimentado ejército castellano y con los setecientos jinetes del aragonés don Juan Fernández de Heredia. El odio que el señor de Mora profesaba a los Urgel multiplicaría su número en la batalla. La lluvia salpicaba las marismas y pantanos de agua salubre que les circundaba. Sólo una estrecha lengua de tierra cubierta con abundante vegetación les separaba del enemigo. El terreno beneficiaba a los Centelles, pues disponía de menos tropas y un frente angosto es más fácil de defender que uno amplio. Los flancos de ambos ejércitos estaban delimitados por marismas y pantanos que desembocaban en una playa de arenas blancas sobre la que se batía un mar enérgico e impaciente. La lluvia arreció. La tierra firme se confundió con las lagunas cenagosas, y las marismas con la orilla del mar. Una inmensa cortina de agua repiqueteaba en celadas, escudos y armaduras. Los caballos piafaban y bufaban inquietos, como si anticiparan una masacre de muerte y destrucción.

Don Arnau Guillem de Bellera aspiró el olor a cieno y tierra mojada que embalsamaba las marismas. Escupió al suelo. Estaba furioso. Había reconocido las enseñas del gobernador de Aragón que ondeaban en comunión con las de los Centelles y las del infante de Castilla. ¿Qué demonios hacía don Gil Ruiz de Lihori inmiscuyéndose en los asuntos de Valencia? Tuvo que reconocer la audacia de don Bernardo de Centelles al recurrir al auxilio de tan poderosos aliados. Sin su ayuda el mayor de los Centelles ya habría sido aplastado como un insecto, como una de las babosas que se arrastraban en aquellos lodazales. El gobernador de Valencia levantó la visera y entornó sus sombríos y tenebrosos ojos. Calculaba el número de enemigos. Su caballería era superior en número, pero ellos tenían más lanceros y peones. Muchos más. Sus labios sonrieron perfilando una delgada raya en una tupida barba. Suya sería la victoria.

—Quizá deberíamos haber esperado la llegada de los gascones.

El gobernador desvió una mirada furiosa y reprobatoria a su hijo, don Arnau, un joven de algo menos de veinte años, de mirada insegura y labios temblorosos.

—Si esperamos más tiempo el bastardo de Centelles podría recibir más refuerzos de Castilla —le espetó con voz gruesa, sin ocultar el desagrado que le causaba que cuestionaran sus decisiones.

—Pero ellos tienen más jinetes…

—¡Basta! —le interrumpió su padre lanzándole una mirada fulminante. El gobernador de Valencia era un hombre de extraordinaria talla, frente ancha, rostro anguloso y pómulos prominentes. Lucía un aspecto terrible, feroz, implacable. Su hijo tragó saliva y desvió la vista hacia los soldados. El gobernador acercó su montura a la de su hijo y hablándole casi en susurro le dijo—. Tienes miedo, es normal. Es tu primera batalla seria, pero eres mi hijo, es tu obligación guardarte tus temores. Los soldados deben estar seguros de la victoria y somos nosotros, sus capitanes y generales los primeros que debemos estar seguros de ello. Si nosotros dudamos, con mayor motivo lo harán nuestros peones y jinetes. Y en la batalla no se puede dudar, pues quien duda, muere, ¿me has entendido?

—Sí, padre.

—El miedo es amigo de la derrota. No lo olvides.

Su hijo asintió varias veces en silencio. Miró a sus espaldas, a las tropas valencianas. Muchos eran soldados bregados en cien batallas que habían hecho de la guerra y la muerte su profesión, pero la mayoría eran campesinos obligados a luchar en contra de su voluntad, sin experiencia de armas y cuya única motivación era no ser acusados de traición y morir decapitados. Su lealtad era cuestionable y más si se complicaban las cosas durante la lucha. Pero su padre se obstinó en librar batalla sin esperar la llegada de los cuatrocientos mercenarios gascones al mando de Ramón de Perellós. El hijo de don Arnau conocía muy bien sus motivos. El gobernador de Valencia no tenía ningún interés en que Ramón de Perellós le arrebatara la gloria de la victoria. Don Jaime no debería tener ninguna duda de a quién debía agradecer que Valencia se hubiera rendido a sus pies. Y una vez fuera proclamado rey de Aragón, sabría cómo recompensárselo. El gobernador de Valencia se bajó la visera del bacinete y alzó su espada en lo más alto.

—¡Adelante! —ordenó.

La primera hilera de jinetes valencianos enfiló lanzas y espadas y encaró, primero al paso y luego al trote, la lengua de tierra formando una punta de flecha. Don Arnau Guillem de Bellera los lideraba con su hijo a su derecha. La batalla había comenzado. Detrás de la caballería y con el miedo marcado a fuego en sus rostros y en sus corazones,

marchaban los peones. La intensa lluvia y el paso de la caballería volvió aún más intransitable el cenagal y los peones resbalaban o se hundían hasta las rodillas en charcos ocultos en la maleza dificultando su avance.

Don Bernardo de Centelles lanzó un largo suspiro, esperó a que el enemigo avanzara hasta el paso más estrecho del grao y dio la orden:

—¡Al ataque!

Espoleó su montura y se lanzó sobre las tropas del gobernador enarbolando su espada a los cielos seguido de don Juan Fernández de Heredia, don Diego Gómez de Saldoval y el resto de los capitanes castellanos. La lluvia no dejaba de caer, dificultando la visibilidad de los jinetes y el gobierno de sus monturas. Algunos caballos, poco acostumbrados al alboroto de las batallas, cayeron a las marismas arrastrando a sus jinetes que, revestidos con pesadas armaduras y con los escarpes enganchados en los estribos, se hundían en los pantanos muriendo ahogados antes de que comenzara la batalla. Otros caballos se frenaban asustados y se revolvían y piafaban inquietos hiriendo con las patas o golpeando con las grupas a los peones que se arracimaban en el estrecho paso que separaba a ambos ejércitos.

—¡Al ataque! —gritó con toda su alma el gobernador de Valencia con los ojos inyectados en sangre y el corazón embriagado de furia y odio. Los Centelles sucumbirían aplastados por el ímpetu arrollador de sus tropas.

El choque entre la caballería valenciana y aragonesa fue brutal, espantoso, atroz. El estrépito de lanzas, espadas, martillos y escudos reverberó en metálicos ecos de muerte en el cenagal. Ni siquiera la persistente lluvia logró acallarlos. Don Arnau Guillem de Bellera golpeaba con saña a un castellano con un hacha de guerra, hasta que logró hundir el arma en su pecho. La coraza del castellano se desquebrajó y este cayó malherido al suelo siendo rematado por los peones, cuyo principal cometido en esa fase de la lucha era rematar a los jinetes que caían de sus monturas, levantándoles la visera del bacinete y clavándoles afilados puñales en el rostro. La guerra convierte a los hombres en monstruos insaciables de sangre y muerte. Los lanceros y peones valencianos hostigaban a los jinetes aragoneses mutilando y destripando sus monturas. La lengua de tierra que atravesaba la marisma como una gruesa lanza quedó obstruida por un muro de caballos y soldados muertos. Los jinetes no podían atravesarlo.

—¡Peones y lanceros al ataque! —ordenó el gobernador de Valencia.

Cientos de soldados ascendieron por aquella improvisada muralla de animales y hombres muertos. Don Bernardo de Centelles advertía con espanto cómo su caballería era inútil y además estaba

completamente atrapada, a merced de las lanzas enemigas.

—¡Retirad los cadáveres! ¡Maldita sea! ¡Retirad los cadáveres!

Desde las monturas hicieron frente a los peones valencianos, mientras que, por los flancos, los aragoneses arrojaban a la marisma los cadáveres de animales y hombres para abrir paso a la caballería. Los soldados resbalaban en charcos de lodo y sangre, en una barahúnda de golpes de espada y gritos de dolor, miedo y rabia. En la terrible confusión y sucios de barro y sangre, los castellanos no lograban diferenciar quiénes eran Centelles, Vilaragut o soldados del gobernador y se batían sin contemplación sobre aquel que tenían delante sin reparar si era amigo o enemigo. Don Gilabert de Centelles se defendía con ferocidad de las acometidas de dos lanceros, cuando don Arnau Guillem de Bellera distinguió el bacinete y la sobrevesta que le identificaban como un Centelles. Sonrió. Agarró con fuerza su hacha de guerra y abriéndose paso entre cadáveres y enemigos, se lanzó sobre él con la furia de mil titanes. Don Gilabert giró la vista. Sus ojos se abrieron de espanto.

—¡No! —gritó don Bernardo de Centelles al ver a don Arnau cabalgar hacia su hermano.

El gobernador alzó su hacha y profiriendo un terrible grito hundió su filo en el bacinete de don Gilabert. El menor de los Centelles arrojó la espada al suelo y cayó de la montura. No fue necesario rematarlo. Don Arnau le había abierto la cabeza. La lluvia limpió la sangre que brotó del rasgado bacinete.

Don Bernardo espoleó su montura y se dirigió hacia el gobernador. Las sienes le palpitaban y el corazón le latía con furia, rabia y odio en sus costillas. Respiraba agitadamente. No escuchaba el caos desatado a su alrededor, no veía a los soldados que se batían por defender sus vidas y por acabar con la de sus enemigos, no olía la pestilencia de heces, orines y sangre que impregnaba las marismas. A su alrededor no existía nada más que aquel jinete armado con un imponente hacha y que embrazaba un escudo con barras doradas y rojas; el asesino de su hermano. Nada más. Don Arnau se deshizo de un soldado castellano. Tomaba un poco de aire para seguir en la brega, cuando por las estrechas rendijas de la visera del bacinete vio cómo un caballero se dirigía hacia él acuchillando el aire con su espada. Sus labios esgrimieron una terrible sonrisa.

—Hoy voy a matar a dos Centelles. Dios me adora.

De pronto sintió un golpe en un costado. Miró a su derecha y con horror advirtió que una lanza había atravesado su coraza. Miró al enemigo. En su sobrevesta, sucia de barro y sangre, se distinguía un blasón con una franja diagonal de color negro y cinco estrellas azules sobre un fondo dorado. Era la enseña de don Diego Gómez de Sandoval.

—Maldito castellano —masculló al tiempo que intentaba levantar el hacha. Pero no pudo. Las fuerzas le flaqueaban.

El adelantado mayor de Castilla retiró la lanza y un enorme chorro de sangre empapó la sobrevesta del gobernador. Pero en las batallas los acontecimientos se suceden con extrema agilidad y no suele sobrar tiempo para contemplaciones. Un caballero castellano aprovechó el momento de desconcierto y debilidad del gobernador para asestarle un contundente golpe en la cabeza con un martillo de guerra. Don Arnau se tambaleó ligeramente en su montura antes de derrumbarse con estrépito contra el barro.

—¡El gobernador era mío! —exclamó con furia don Bernardo de Centelles a don Diego Gómez de Sandoval, intentando hacerse oír entre gritos de rabia y aullidos de dolor—. ¡Ha matado a mi hermano!

—Ya han muerto suficientes Centelles por hoy —repuso el castellano.

Don Bernardo de Centelles bufaba en el interior del bacinete con las fosas nasales abiertas y una expresión de asco en los labios. Miró fijamente al adelantado mayor de Castilla y apretó con fuerza su espada. Deseaba derramar toda su cólera sobre aquel maldito castellano que le había privado de sus derechos de venganza. Cuando la ira se inflama, la sangre hierve y la razón se nubla. Pero afortunadamente logró contenerse. Respiró hondo y desvió la mirada hacia los restos del gobernador. Descabalgó. Alzó su espada y cercenó la cabeza del asesino de su hermano. Sacó la cabeza del bacinete como quien se desprende de la cáscara de un fruto maduro y la levantó de los cabellos hacia el brumoso cielo. Profirió un terrible grito que heló la sangre hasta del más audaz y valiente de los guerreros que allí se batían.

Don Arnau hijo contempló con horror cómo el mayor de los Centelles sostenía la cabeza sanguinolenta de su padre. El gobernador de Valencia, el general de los ejércitos, quien debía comandarlos en la batalla, había muerto. Miró en rededor. Jinetes y peones valencianos detuvieron el avance. En sus ojos advirtió el temor y la duda. Recordó las palabras de su padre: «Y en la batalla no se puede dudar, pues quien duda, muere». Fue apenas un breve instante de incertidumbre entre las tropas valencianas, pero fue muy bien aprovechado por la caballería castellana y aragonesa.

—¡Adelante! ¡A por ellos! —gritó don Diego Gómez de Sandoval a los castellanos que se batían en el flanco derecho.

Sin desearlo, don Arnau hijo quedó al mando de las tropas. Y era demasiado joven e inexperto. Y tenía miedo. Mucho miedo. Él no era su padre. Castellanos, aragoneses y valencianos partidarios de los Centelles se arrojaron sobre ellos profiriendo terribles gritos. Ver la cabeza cercenada del gobernador les confirió renovados ánimos. El

joven Arnau no tuvo tiempo de ordenar una retirada organizada. Fueron arrollados por una caballería implacable. Los peones valencianos reclutados por la fuerza arrojaron sus lanzas y escudos al suelo y huyeron con la vana intención de escapar de aquel infierno, pero fueron ensartados por la espalda con las lanzas de la caballería castellana y aragonesa. Otros intentaron huir hacia el mar o hacia las marismas cenagosas, pero su destino no fue muy distinto, aunque sí su agonía, pues murieron engullidos por las negras aguas de las lagunas.

—¡Retirada! —se atrevió por fin a ordenar el hijo del gobernador. Giró su montura dirigiéndola hacia la retaguardia, pero un soldado clavó su lanza en el vientre de su caballo. Un saco de vísceras y sangre se derramó sobre el barrizal levantando un vaho impregnado del acre olor a entrañas. Don Arnau hijo fue arrastrado al suelo por su montura. Se incorporó con dificultad apoyándose sobre el lomo del caballo muerto. Estaba rodeado de soldados valencianos, pero no eran de los suyos. Jadeaba aterrado. Aferró la espada con ambas manos. Pesaba horrores. Porque el miedo pesa. Y mucho. A través de la rendija en cruz de su visera distinguía los feroces rostros de media docena de soldados que le apuntaban con sus espadas y lanzas. No tenía ninguna opción de salir con vida de aquel entuerto. O quizá sí. Era un caballero, un noble. Pertenecer a la nobleza siempre supone una importante ventaja en cualquier lance de la vida. El joven Arnau arrojó la espada al suelo y se arrodilló. Levantó la visera del bacinete y miró al grisáceo cielo. Seguía lloviendo con fuerza. La lluvia resbalaba por su rostro ocultando las lágrimas de miedo que horadaban sus mejillas. Derrotado, encomendó su destino a Dios y a la piedad del enemigo.

—¡Soy Arnau de Bellera, soy Arnau de Bellera! ¡La recompensa por mi vida será cuantiosa!

Los soldados sonrieron. La codicia pesó en su voluntad más que los deseos de matar al hijo de quien les había arrastrado a aquel lodazal.

—Se lo entregaremos a don Bernardo. Él sabrá qué hacer con el hijo del asesino de su hermano —dijo un oficial valenciano. Don Arnau intentó tragar saliva, pero su garganta estaba seca.

La batalla se tornó en sangrienta carnicería. Se luchó en la estrecha lengua de tierra, en las marismas, en la playa. Unos intentando zafarse del enemigo y escapar para salvar la vida, otros, sintiéndose victoriosos, se esforzaban en aniquilar a los que huían. Don Bernardo contemplaba exhausto desde su montura cómo los valencianos rivales eran masacrados sin piedad. Los gritos de dolor y espanto de los derrotados se mezclaban con los feroces aullidos de rabia de los vencedores.

—¡Detengamos esta masacre! —exclamó don Juan Fernández de

Heredia. El hijo del gobernador de Aragón se había levantado la visera del bacinete para tomar un poco de aire—. Hemos vencido —y señalando a los valencianos que huían, añadió—: Son campesinos que sólo huyen aterrados a sus hogares —acercó su montura a la de Centelles—. Son valencianos, como vos. Os ruego seáis compasivo con ellos.

A don Bernardo de Centelles le sorprendió la muestra de clemencia del aragonés. No era habitual permitir escapar al enemigo cuando este huía derrotado.

—El hijo del gobernador ha sido capturado. No hay motivo para continuar la lucha —insistía don Juan Fernández de Heredia, señalando a un caballero valenciano arrodillado en el barro rodeado de varios peones y jinetes.

Don Bernardo levantó la visera del bacinete y asintió. Don Juan Fernández de Heredia tenía razón. Aquellos peones que huían llenos de barro y miedo no eran sus enemigos, si no simples campesinos armados con lanzas. Su enemigo, o concretamente la cabeza de su enemigo, colgaba de la grupa de su montura dentro de una bolsa de tela. La victoria era aplastante, total. No era necesario derramar más sangre valenciana en aquel cenagal.

—¡Alto! —ordenó, pero sus palabras no fueron escuchadas en el terrible fragor de la batalla—. ¡Alto, malditos! ¡Por todos los Santos!

—¡Deteneos! —gritó el aragonés a los suyos.

Soldados aragoneses y valencianos se detuvieron, permitiendo escapar a los jinetes y peones del gobernador. Algunos, exhaustos y asqueados de tanta muerte, agradecieron la orden, mientras que otros obedecieron de mala gana. Sobre el cenagal reposaban los restos sucios y ensangrentados de amigos y familiares y sus espadas reclamaban venganza.

—¿Por qué les habéis dejado escapar? —quiso saber don Diego Gómez de Sandoval. Su tono no era de reproche, sino de curiosidad.

—El tirano del gobernador ha muerto —respondió don Bernardo de Centelles—. La batalla está ganada. Vosotros, los castellanos, regresaréis pronto a vuestras tierras, pero nosotros nos quedaremos aquí, en Valencia, conviviendo con quienes han sido nuestros enemigos. Han muerto muchos valencianos. Demasiados —al mayor de los Centelles se le veló la mirada al recordar a su hermano. Un nudo en la garganta le impedía hablar. Carraspeó y continuó—: Hemos vencido. Más muertes no harán que esta victoria sea más gloriosa, sino todo lo contrario. Generará más odios y rencores entre nosotros. Ahora es momento para la generosidad, para el perdón y la clemencia. Sólo así lograremos algún día vivir en paz.

Don Diego contempló cómo el enemigo huía aterrado en desbandada y se desvanecía velado por la intensa lluvia. Sobre el

barro y las marismas yacían cientos, miles de soldados valencianos. Las palabras de don Bernardo eran acertadas. Sólo el paso del tiempo revelaría si los valencianos lograrían reponerse a la masacre, restañar profundas heridas y vivir sin odios ni rencores. Pero cómo se desarrollaría la convivencia entre valencianos a partir de ese día no era asunto suyo. El adelantado mayor de Castilla alzó la espada y gritó:

—¡Victoria! ¡Viva don Fernando de Antequera! ¡Viva Castilla!

Los soldados castellanos aullaron el nombre del infante y de Castilla. Aragoneses y valencianos se unieron, elevando el clamor de la victoria a los cielos brumosos que cubrían las marismas.

52

Balaguer, marzo de 1412

Los parlamentos de Alcañiz y Tolosa acordaron el procedimiento de elección del nuevo monarca: se nombraría a nueve compromisarios que se reunirían en Caspe el 29 de marzo. En la ciudad zaragozana escucharían a los embajadores de cada uno de los candidatos, procediendo a elegir al que obtuviera un mínimo de seis votos y al menos un voto por cada territorio de la Corona de Aragón; Cataluña, Valencia y Aragón. Los candidatos al trono propuestos por los parlamentarios aragoneses fueron don Juan de Castilla, don Luis de Calabria, don Fernando de Antequera, don Alfonso de Gandía, don Fadrique de Aragón y don Jaime de Urgel. Una vez acordado el procedimiento de elección y los candidatos al trono, los parlamentos de Aragón, Cataluña y Valencia debían ratificar los nombres de los nueve compromisarios, tres por territorio, propuestos por don Gil Ruiz de Lihori y don Juan Fernández Cerdán. De todo esto daba buena cuenta don Ramón Berenguer de Fluvià al conde Jaime en el castillo de Balaguer. Don Ramón era caballero hospitalario y leal consejero de don Jaime. Era un hombre de alta talla, entrado en carnes, de rostro redondo, barba canosa y descuidada y movimientos lentos y pesados debido a su corpulencia. Se encontraban en la sala principal de la torre del homenaje. Era una tarde luminosa. El cielo estaba despejado de nubes y por las ventanas entraba radiante la claridad del sol. Parecía que la primavera se había anticipado unas semanas. Con el conde y con don Ramón Berenguer de Fluvià se encontraba don Artal de Alagón, sobrino de don Antonio de Luna e hijo del conde de Pina. Al igual que su padre, se trataba de un contumaz partidario del conde de Urgel.

—¿Quiénes son los nueve compromisarios propuestos por don Gil Ruiz de Lihori y por el justicia mayor? —quiso saber don Jaime. Su designación sería clave para sus aspiraciones al trono, aunque no era muy optimista teniendo en cuenta que habían sido elegidos por sus enemigos.

—Por Aragón han sido propuestos don Domingo Ram, obispo de Huesca —comenzó a enumerar don Ramón—, don Francisco Aranda, donado de la cartuja de Portaceli y el jurisconsulto don Berenguer de Bardají.

Don Jaime torció el gesto al escuchar los nombres de los procuradores aragoneses y dijo:

—No voy a dudar de los conocimientos en leyes ni de la autoridad entre los prelados de don Domingo Ram, pero sí de su imparcialidad en todo este asunto —hizo una pausa y paseó la mirada por don Artal y don Ramón—. Benedicto XIII, que como bien sabéis se ha declarado partidario del infante de Castilla, le nombró obispo de Huesca. Mucho me temo que su voto estará más que condicionado por sus obligaciones con el papa —don Artal y don Ramón asintieron con gesto severo, confirmando sus palabras—. Don Francisco de Aranda fue partidario de legitimar a don Fadrique de Aragón y además se trata de un hombre de confianza del papa —prosiguió—, y qué decir de don Berenguer de Bardají, cuñado de don Domingo Ram y sobre quien se sospecha que está a sueldo del infante.

—Salvo sorpresa, Aragón está perdida. Esta es la realidad —apostilló don Artal. El noble aragonés tenía algo más de treinta años, ojos inquietos y oscuros, rostro alargado, nariz aguileña y barbilla estrecha rematada en una cuidada perilla castaña.

—Está perdida desde que don Antonio de Luna cometió la insensatez de asesinar al arzobispo de Zaragoza —sentenció en tono de reproche don Ramón.

—Centremos nuestros esfuerzos en la circunstancias presentes y futuras. De nada sirve regodearnos en el pasado —terció el conde, recordando que su madre, doña Margarita, tuvo mucho que ver en un crimen cuyas consecuencias no habían sido calculadas con precisión —. ¿Quiénes son los compromisarios de Valencia?

Don Ramón carraspeó antes de responder.

—En representación de Valencia acudirá a Caspe el dominico fray Vicente Ferrer, quien es bien conocido por el poder de sus sermones, con los que, según dicen, ha logrado convertir al cristianismo a miles de judíos y musulmanes.

—Un hombre sabio a quien acompaña un halo de santidad —confirmó con un asentimiento el conde. No le desagradaba esa designación—. Sus argumentos serán muy valorados en el parlamento de Caspe.

—Su hermano, don Bonifacio Ferrer, prior de la Cartuja, es otro de los compromisarios —prosiguió don Ramón.

Don Artal de Alagón chasqueó los labios y preguntó:

—¿No es consejero de Benedicto?

—Así es —confirmó don Ramón.

Don Jaime arrugó el entrecejo y soltó un largo suspiro.

—Mal asunto si don Bonifacio Ferrer es consejero del papa… —observó.

—Es experto en derecho civil y tiene reputación de ser un hombre prudente y justo —dijo don Ramón—. Que sea partidario de Benedicto no significa que esté de acuerdo con él en las cuestiones relativas a la

sucesión.

El conde negó con la cabeza y apretó los labios no muy convencido, pero todavía era muy pronto para conjeturar.

—Continua, ¿quién es el tercer compromisario? —preguntó.

—El letrado micer Giner Rabaça, un anciano versado en leyes elegido por el parlamento de Vinaroz. Según tengo entendido, es proclive a vuestra candidatura.

—Al menos una buena noticia… —El conde tomó asiento algo más sosegado—. ¿Quiénes son los compromisarios de Cataluña?

Don Ramón Berenguer de Fluvià bebió un trago de vino, se paseó la lengua por los labios y comenzó a enumerar:

—El arzobispo de Tarragona don Pere de Zagarriaga, el jurisconsulto y doctor en leyes don Guillem de Vallseca y el síndico don Bernardo de Gualbes.

—Don Pere de Zagarriaga fue nombrado arzobispo de Tarragona por el papa Benedicto, pero es buen amigo. No tengo duda de a quién concederá su voto —comenzó a explicar el conde—. Don Guillem es un buen catalán. Ha servido en cargos de responsabilidad al rey Pedro y a don Martín. Jamás permitirá que un extranjero se siente en el trono de Aragón. Quizá vote por don Fadrique, pero lo dudo. Es un hombre práctico que entiende que, en estos momentos de incertidumbre, Aragón no puede permitirse ser gobernada por un niño.

—¿Y don Bernardo de Gualbes? —preguntó don Artal de Alagón.

—A mis partidarios en Cataluña hay que buscarlos entre los miembros de la nobleza y el alto clero —comenzó a responder el conde—. En el parlamento catalán tengo parciales, pero también numerosos contrarios y quizá don Bernardo se encuentre entre ellos.

—Habrá que estar muy atento, pues su voto podría ser definitivo —afirmó don Artal de Alagón.

—Cada voto será definitivo, querido amigo —replicó el conde. Comenzó a pasear por la estancia. Su mente ponderaba las preferencias de cada uno de los compromisarios. Después de unos instantes verbalizó sus pensamientos—: En resumen, Aragón está perdida, Valencia dividida y Cataluña me es favorable. Y ahora que conocemos a los compromisarios, ¿sabemos cómo se van a desarrollar las votaciones? —preguntó a don Ramón.

—Los compromisarios escucharán los argumentos de los procuradores y abogados de los candidatos durante treinta días. Después dispondrán de sesenta días para discutir quién debe ser el sucesor de don Martín —explicó don Ramón Berenguer de Fluvià.

—El candidato elegido deberá tener un mínimo de seis votos de los compromisarios y al menos uno por cada territorio, ¿verdad? —preguntó con el gesto arrugado don Artal de Alagón.

Don Ramón asintió. Don Artal de Alagón soltó un bufido.

—Esto es absurdo, una pérdida de tiempo. Es imposible que se pongan de acuerdo.

—Lo que es absurdo es que un rey deba ser elegido por nueve personas —dijo don Ramón con una mueca de desagrado—. Es necesario remontarse a los tiempos de los bárbaros godos para ver algo así y de eso han pasado más de setecientos años. Es un completo desatino.

—Estoy de acuerdo —dijo don Artal de Alagón—. Sólo la cuna debe determinar quién reina, no el criterio de un puñado de curas, juristas y letrados —se aproximó a don Jaime y añadió—: Sólo hay un candidato legítimo y este es vos.

Don Jaime sonrió complacido. Lógicamente era de la misma opinión. No contemplaba otra posibilidad que ser el elegido por los parlamentarios de Caspe.

—Necesitaréis al menos el voto de un compromisario de Aragón, dos de Valencia y los tres de Cataluña —intervino don Ramón Berenguer de Fluvià—. Sinceramente, mi señor, dudo mucho que seáis el elegido. No salen las cuentas. Vuestra mejor opción es que el parlamento de Caspe concluya sin acuerdo.

—Los compromisarios deberán ser ratificados por las distintas Cortes del reino —comenzó a decir don Jaime algo molesto. La explicación de don Ramón Berenguer de Fluvià era tan certera como contraria a sus aspiraciones. La verdad a veces resulta incómoda—. Y estoy seguro de que esta negociación no será fácil. Nada fácil. Además, en Valencia, el gobernador Arnau está librando batalla con los Centelles. Si los vence, impugnará el nombramiento de los compromisarios valencianos y los sustituirá por otros afines a mis intereses. Entonces contaré con el voto de los tres compromisarios.

—Aún necesitaréis el voto de un compromisario aragonés —replicó don Ramón empeñado en rebajar las expectativas del conde.

—No hay nada que no se pueda comprar con dinero. Bastará con sobornar a uno de ellos. Sólo a uno. —Don Jaime tomó asiento satisfecho y bebió un trago de vino. La victoria del gobernador Arnau Guillem de Bellera y de Ramón de Perellós sobre los Centelles era imprescindible para lograr sus propósitos. Necesitaba tener el control del parlamento valenciano. Luego ya se ocuparía de investigar y tantear a los compromisarios aragoneses. Todos tenemos un precio. Sería su cometido averiguar cuál era el que debía satisfacer para inclinar el voto del compromisario aragonés hacia su candidatura.

—Dios os oiga, mi señor —terció don Artal de Alagón, alzando su vaso a modo de brindis.

De pronto la puerta de la estancia se abrió con brusquedad. Los tres hombres desviaron la vista hacia la entrada.

—Mi señor, el gobernador de Valencia ha sido derrotado —anunció casi sin resuello Ramón de Perellós.

53

Cuenca, marzo de 1412

—¿Entonces don Alfonso de Gandía ha muerto? —preguntó el infante Fernando.

Paseaba con el abad de Valladolid por los jardines interiores de su palacio en Cuenca, donde se había desplazado para estar próximo a los acontecimientos que se sucedían en Aragón y así poder intervenir con rapidez si se presentaba la ocasión, como cuando envió sus tropas en apoyo de los Centelles. En la frontera aragonesa había armado un poderoso ejército y tenía las arcas colmadas de maravedíes para comprar las voluntades y favores de los notables díscolos o indecisos. El infante estaba siendo bien aconsejado y utilizaba los recursos de los que disponía con habilidad e inteligencia.

—Así es, mi señor —confirmó don Diego Gómez de Fuensalida—. El duque de Gandía era muy anciano. Las posibilidades de ser elegido por el parlamento de Caspe eran escasas. Su hijo, don Alfonso, conde de Denia, no sólo heredará sus títulos y posesiones, sino también su candidatura al trono de Aragón. Don Juan de Prades, hermano del fallecido duque, ha reclamado sus derechos al trono de Aragón, pero su candidatura ha sido desestimada por los parlamentarios aragoneses.

—¿Esta muerte puede afectar a nuestros intereses? —quiso saber don Fernando.

El abad negó con la cabeza y respondió:

—No lo creo. Vuestro principal adversario sigue siendo el conde de Urgel.

—¿Tenemos alguna noticia de Valencia?

—Vuestras órdenes fueron ejecutadas con precisión y don Diego Gómez de Sandoval partió en ayuda de don Bernardo de Centelles, pero desconocemos si ya se ha librado batalla con las tropas del gobernador.

—Una victoria en Valencia es fundamental para mis aspiraciones al

trono —observó el infante.

El abad ya le había puesto al corriente de los nombres de los nueve compromisarios que tendrían la responsabilidad de elegir rey en Caspe. Don Fernando era relativamente optimista. Contaba con el apoyo de los tres compromisarios aragoneses y al menos con dos valencianos, pero le inquietaba Cataluña, donde el conde Jaime disfrutaba de sus principales partidarios. Para ser el sucesor de don Martín, necesitaba que al menos uno de los compromisarios catalanes votara a su favor.

—Es necesario tener controladas las Cortes valencianas, pero sabéis que no es suficiente —observó el abad.

El infante asintió.

—Don Bernardo de Gualbes es síndico de Barcelona y los parlamentarios barceloneses son reacios al conde —comenzó a explicar don Fernando—. Temen perder autoridad y que sus privilegios sean revisados —se detuvo y miró al abad con determinación—. Partiréis de inmediato a Cataluña con el doctor Juan González de Acebedo. Os reuniréis con don Bernardo de Gualbes y con los representantes barceloneses. Les aseguraréis que si soy proclamado rey de Aragón juraré respetar sus fueros y leyes en Barcelona.

El abad se acarició pensativo la barbilla al tiempo que negaba con la cabeza.

—Es cierto que don Jaime no cuenta con las simpatías de muchos síndicos catalanes, pero si os soy sincero, dudo mucho que les agrade rendir vasallaje a un rey castellano. Los catalanes son muy suyos. Siempre van a preferir servir a un mal gobernante catalán, que a uno bueno castellano.

—Necesito un voto, sólo uno —replicó el infante mirando al abad con determinación—. Concede a don Bernardo todo lo que pida. Su voto puede decidir un reino.

—¿Y si no sois elegido rey en Caspe? —preguntó el abad con una ceja levantada—. ¿Y si a pesar de todos vuestros esfuerzos los compromisarios determinan que sea el conde de Urgel quien se siente en el trono de Aragón?

Don Fernando ya había valorado con tiento esa posibilidad. El destino le negó con crueldad la corona de Castilla. Y desempeñó con lealtad y resignación el papel que la historia le había encomendado. Era regente y a pesar de la insistencia de muchos nobles castellanos nunca pasó por su cabeza alzarse contra su sobrino. No, jamás sería un usurpador. No pasaría a la historia como el infame y cobarde ladrón que había robado el trono a un niño para saciar sus ambiciones. Pero ahora ante él se abría la posibilidad cierta y legítima de ser rey de Aragón. Al principio era un sueño ilusorio y remoto, pero con el paso del tiempo, el sueño se había tornado en realidad. Casi podía tocar la

corona de Aragón con sus manos. Nadie, absolutamente, nadie se interpondría en su camino. Ni mucho menos nueve compromisarios reunidos en cónclave. Había decidido que sólo aceptaría su resolución si esta le era favorable.

—Soy el legítimo rey de Aragón. El derecho me ampara, pero si los compromisarios reunidos en Caspe concluyen que debe ser otro quién ocupe el trono que por derecho me corresponde, no dudaré en cruzar la frontera con mis ejércitos y tomar por las armas lo que me corresponde por ley.

—Sería la guerra —afirmó el abad.

—La justicia se presenta ante nosotros de distintas formas y el uso de las armas es una de ellas —repuso el infante con frialdad. Sus ojos refulgían de determinación.

—Ruego a Dios porque ilumine a los compromisarios y les conduzca a tomar la justa y sensata decisión de elegiros rey.

—Mucho me temo, querido amigo, que la guerra será inevitable, aunque sea elegido por los compromisarios, pero este es un asunto del que me ocuparé llegado el momento. Ahora lo urgente es ganarnos el favor de los representantes catalanes. Luego ya veremos.

Ambos continuaron el paseo inmersos en sus pensamientos. El sol brillaba en un cielo azul y cristalino. Una bandada de chovas sobrevoló sobre ellos emitiendo agudos graznidos. El infante estaba convencido de que, de un modo u otro, sería proclamado rey de Aragón. Si el abad y el doctor tenían éxito en su cometido y lograban persuadir a don Bernardo de Gualbes, quizá podría evitarse un baño de sangre, pero sólo quizá. Era castellano, un extranjero. ¿Aceptarían aragoneses, valencianos y catalanes la decisión de nueve parlamentarios? ¿Reconocerían como rey a un castellano? El infante lo dudaba, pero era un hombre sagaz y había calculado con precisión todos los escenarios. Y la guerra era uno de ellos.

54

Balaguer, marzo de 1412

Ramón de Perellós irrumpió jadeando y con el rostro desencajado en la sala principal del castillo de Balaguer, donde se encontraban el conde, don Ramón Berenguer de Fluvià y don Artal de Luna. Había galopado casi sin descanso durante días para informar de la inesperada derrota del gobernador de Valencia frente a don Bernardo de Centelles.

—Fue un insensato —seguía explicando el capitán—, presentó batalla sin esperar mi llegada. Confió en que su superioridad numérica sería suficiente para vencer a los Centelles y a sus aliados.

Don Jaime había tomado asiento y se mesaba pensativo la barba. Intentaba calcular la magnitud del desastre. Apenas le escuchaba. Don Arnau Guillem de Bellera había sido derrotado. Todo lo demás carecía de importancia.

—¿Qué aliados? —preguntó don Artal de Alagón.

—Aragoneses y castellanos —respondió Ramón de Perellós.

—¡Cómo se atreven los castellanos a inmiscuirse en asuntos aragoneses! —espetó don Ramón Berenguer de Fluvià. Su voz resonó en la estancia cargada de ira, pero también de temor. La participación castellana en Murviedro revelaba que don Fernando de Antequera no tendría ningún reparo en servirse de sus ejércitos para hacer valer sus derechos al trono de Aragón.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el conde, ahora sí interesado en el desarrollo de la batalla. Sus parciales valencianos habían sido derrotados a manos de sus adversarios aragoneses y, lo que era aún más preocupante, por la intervención del ejército de su rival más temible y peligroso.

Ramón de Perellós bebió un trago de vino. Tenía la garganta seca por la galopada. Vació el cubilete y se aproximó al conde.

—La batalla se libró en unas marismas próximas a Murviedro. Bajo un terrible aguacero. El gobernador se lanzó contra los Centelles convencido de la victoria. Los soldados de don Arnau eran más, eso es cierto, pero la mayoría eran campesinos obligados a luchar. No tenían habilidad con la espada ni experiencia en combate. Fueron presa fácil para las lanzas enemigas. El muy estúpido consideró que mis cuatrocientos mercenarios gascones no eran necesarios. Pero se equivocó. Y su error no sólo les condujo a la derrota, sino también a su muerte.

—¿El gobernador ha muerto? —preguntó don Ramón Berenguer.

Ramón de Perellós asintió y prosiguió:

—Según han relatado varios supervivientes de la batalla, fue asesinado por un jinete castellano. Luego don Bernardo de Centelles le cortó la cabeza, la clavó en una lanza y obligó a su hijo, don Arnau, a que la exhibiera en la plaza de Murviedro para horror de unos y mofa de otros. Ahora cuelga de una viga como si fuera un trofeo de caza.

El conde soltó un largo suspiro al tiempo que negaba incrédulo con la cabeza. Se preguntaba cómo el gobernador había sido tan insensato. Cómo había concluido que un ejército de campesinos podría vencer a caballeros y peones bien armados y experimentados. En la batalla no importa el número sino la calidad de los combatientes. Su error le había costado la vida, pero también había perjudicado notablemente sus aspiraciones de ser elegido rey de Aragón.

Don Artal de Alagón y don Ramón Berenguer de Perellós le contemplaban en silencio. No era necesario describir las terribles consecuencias que la derrota de Murviedro tendría en su candidatura. Aragón y Valencia estaban perdidas, sólo Cataluña le apoyaba. Y de los tres compromisarios catalanes albergaba serias dudas sobre la elección de uno de ellos. De ningún modo sería elegido rey en el parlamento de Caspe. Sus esperanzas radicaban más que nunca en que los compromisarios no llegaran a un acuerdo, que ninguno de los candidatos tuviera al menos seis votos y uno por cada territorio. Sólo alargando el interregno podría albergar alguna posibilidad de ser rey de Aragón.

—El infante de Castilla ha hecho un uso ilegítimo de las armas —comenzó a decir don Ramón Berenguer de Fluvià—. Ha invadido nuestro reino con un ejército extranjero. Los compromisarios reunidos en Caspe jamás deberían optar por su candidatura, pero si lo hicieran, si fuera el elegido para suceder a don Martín, su elección no sería en justicia y libertad, sino por coacción y miedo. ¿Cómo los compromisarios pueden votar libremente cuando las tierras de Aragón han sido mancilladas por tropas extranjeras? ¿Cuándo lanzas y espadas castellanas han derramado sangre aragonesa? Sólo los usurpadores y los tiranos llegan al poder mediante el uso de la violencia. No, el infante jamás sería un rey digno y legítimo.

El conde escuchó sus palabras con los ojos entornados. No estaban exentas de lógica. Amparados por el gobernador de Aragón, don Gil Ruiz de Lihori, las tropas castellanas habían cruzado las fronteras y campaban a sus anchas por tierras aragonesas con el pretexto de capturar a los asesinos del arzobispo de Zaragoza. Pero esta argucia no justificaba su presencia en Murviedro, pues ni don Arnau Guillem de Bellera ni los Vilaragut tuvieron nada que ver en la muerte de don García Fernández de Heredia. La única razón que condujo al infante a

favorecer a los Centelles fue debilitar a sus parciales y controlar las Cortes valencianas. Con su participación en Murviedro, con su desmedida exhibición de fuerza y poder, don Fernando pretendía manipular a su favor la decisión de los compromisarios.

—¿Qué proponéis? —preguntó el conde.

—Debemos contemplar el peor de los escenarios posible y estar preparados.

—¿Preparados para qué? —inquirió don Artal de Alagón.

—Para la guerra.

55

Caspe, marzo de 1412

El 14 de marzo las Cortes de Valencia y de Tortosa ratificaron a los nueve compromisarios propuestos por las Cortes de Alcañiz y el 29 del mismo mes ya se encontraban en Caspe. En la ciudad aragonesa escucharían durante un mes los argumentos de los procuradores y abogados de los candidatos al trono y luego deliberarían y votarían al candidato que, por derecho y en justicia, considerasen que debía reinar en Aragón.

Uno de los compromisarios, don Giner Rabaça, debido quizá a su avanzada edad, pues tenía más de ochenta años, a la tensión o a la fatiga, comenzó a comportarse de forma un tanto peculiar y extraña. Incluso su yerno, don Francesc Perelló, solicitó su licencia y que fuera retirado del parlamento, pues aseguraba que había perdido la razón y no se hallaba en plenas facultades para tomar la grave decisión de elegir a un rey. Los ocho compromisarios analizaron su caso y concluyeron que, efectivamente, don Giner Rabaça se encontraba enajenado e incapaz. Lo más conveniente era retirarlo de tan importante votación y sustituirlo por otro compromisario que, para evitar demoras, debía ser elegido por ellos mismos. Así pues, el 5 de mayo, don Giner Rabaça abandonó la congregación de Caspe y el 16 fue elegido para sustituirle don Pedro Beltrán, consejero en tiempos del rey Pedro IV. Durante este tiempo, fueron innumerables las reuniones que los compromisarios mantuvieron tanto con los embajadores de los candidatos como entre ellos para dilucidar a quien correspondía suceder a don Martín. Pero las semanas pasaban sin llegar a un acuerdo. Es más, las diferencias entre los compromisarios se acentuaban según se reunían con los enviados de uno u otro candidato.

Los abogados y procuradores de don Fadrique de Aragón aseguraban que, si bien era el hijo ilegítimo de don Martín *el Joven*, era deseo de su abuelo, el rey Martín, que heredara no sólo el reino de Sicilia, donde su padre había sido rey, sino también de Aragón, pues era bien conocido por todos que don Martín, antes de morir, estaba negociando su legitimación con el papa Benedicto XIII. A pesar de que su padre había sido rey de Sicilia y su abuelo de Aragón, su condición de hijo bastardo ponía en duda su derecho al trono.

Los procuradores del conde de Urgel argumentaron que fue el propio rey Martín quien nombró a don Jaime lugarteniente y

gobernador general de la Corona de Aragón, títulos y responsabilidades que por tradición ocupaba el primogénito del rey y, por lo tanto, su heredero. Sólo las malas artes y las argucias de don Gil Ruiz de Lihori y de micer Juan Jiménez Cerdán le privaron de tomar posesión del cargo de gobernador general. Insistían en que en Aragón los títulos y propiedades son heredados por los descendientes varones, así como por naturales del reino de Aragón y no por extranjeros, aduciendo por tanto la preminencia de su candidatura frente a la del infante Fernando de Antequera y a la de don Luis de Calabria. Recordaron a los compromisarios que el linaje del conde procedía de tiempos de su tatarabuelo, el rey Jaime II, quien tuvo como hijo a Alfonso IV, este a su abuelo, el conde Jaime de Urgel y este a su padre don Pedro de Urgel. Por lo tanto, todos sus ascendientes eran varones y aragoneses.

Los abogados y embajadores de don Fernando de Antequera señalaron que su madre, doña Leonor de Aragón, era hermana de don Martín, así pues, el infante era el pariente más cercano al rey de Aragón. Sin embargo, don Fernando era heredero al trono por línea materna, cuando en Aragón la sucesión la determinaba la línea paterna. Los enviados el infante procuraron solventar este escollo expresando con vehemencia su experiencia de gobierno como regente de Castilla, su prestigio militar y sus orígenes aragoneses por parte de madre.

Poco discutieron los compromisarios sobre las posibilidades de don Juan, el rey de Castilla, pues concluyeron que, por cercanía al rey de Aragón, tenía preferencia don Fernando, pues era su tío, mientras que para don Juan II se trataba de su tío-abuelo.

Don Luis de Calabria era nieto del rey Juan I, y sobrino-nieto del rey Martín, pero al igual que sucedía con el infante, descendía del rey por línea materna, siempre relegada a la línea paterna.

El duque Alfonso de Gandía sustituyó en la pugna por el título de rey a su padre fallecido, pero su grado de parentesco con don Martín era más lejano que el de los otros candidatos y su legitimidad se remontaba a su bisabuelo, el rey Jaime II. Desde este rey, todos sus ascendientes fueron varones, lo que le otorgaba ciertas posibilidades de ser el elegido.

Durante tres meses los nueve compromisarios deliberaron y negociaron los derechos al trono de cada uno de los candidatos. Finalmente, el 24 de junio tomaron una decisión y el día 28 del mismo mes la hicieron pública.

56

Caspe, junio de 1412

Tal fue la aglomeración de gentes venidas de todas partes del reino, que se tuvo que construir un estrado frente a la escalinata de la iglesia de Santa María la Mayor. Los aragoneses estaban expectantes, nerviosos, felices. Por fin se pondría fin a un interregno, a un vacío de gobierno y poder que sólo había provocado guerras y desgracias. Era un día claro, despejado y muy luminoso. El vocerío era constante, ensordecedor. Trescientos jinetes desfilaron vestidos con brillantes corazas y bacinetes que refulgían en plata iluminados por el sol. Cerraba el desfile don Martín Martínez de Marcilla, uno de los tres capitanes que custodiaron la ciudad de Caspe durante las deliberaciones de los compromisarios. Portaba orgulloso el estandarte real de Aragón. A las nueve de la mañana los compromisarios, seguidos de una larga comitiva de clérigos, notables, autoridades y ricohombres aragoneses, salieron del castillo de Caspe y se dirigieron a la iglesia, que se hallaba a una distancia no superior a cien pasos. Las campanas repiqueteaban y los niños corrían divertidos entre una muchedumbre que no cesaba de aplaudir dichosa y esperanzada al paso de la comitiva. Los compromisarios llegaron al estrado y tomaron asiento en unos escaños elevados. A la derecha de los nueve compromisarios tomaron asiento los embajadores valencianos y aragoneses, y a la izquierda los representantes catalanes. La multitud de personas congregadas fue tan colosal que se consideró más prudente celebrar la misa y declarar el nombre del elegido en el exterior del templo. El obispo de Huesca se incorporó del escaño y celebró misa. Una vez hubo concluido, cedió la palabra a fray Vicente Ferrer, dominico de la orden de predicadores considerado por muchos como un hombre santo. El fraile alzó los brazos y la multitud enmudeció. Fray Vicente Ferrer con voz grave y potente, pero agradable a los oídos, con el tono de prédica con que había embriagado los corazones de miles de infieles conminándoles a abrazar la fe verdadera, comenzó a hablar:

—Nosotros, Pere de Zagarriaga, arzobispo de Huesca; Domingo Ram, obispo de Huesca; Bonifacio Ferrer, prior de la Cartuja, Guillem de Vallseca, doctor en Leyes; fray Vicente Ferrer de la orden de predicadores y maestro en teología; Berenguer de Bardají, señor de Zaidín, Francisco de Aranda, donado del monasterio de Portaceli, de la orden cartuja; Bernardo de Gualbes, doctor en derecho civil y

canónico, y Pedro Bertrán doctor en decretos, esto es, los nueve diputados elegidos por los parlamentos generales, decidimos que aquel que sea elegido por los nueve por unanimidad o al menos por seis de nosotros, y uno por territorio, este será tenido por justo, válido y firme. Hechas las investigaciones debidas, hacemos público que los parlamentos, súbditos y vasallos de la Corona de Aragón deben prestar juramento de fidelidad y tener al excelentísimo señor don Fernando, infante de Castilla, por rey y señor. ¡Viva nuestro rey y señor! ¡Viva don Fernando!

El estandarte real fue elevado a los cielos entre vítores y exclamaciones de alegría de la multitud congregada frente a la escalinata de la iglesia de Santa María la Mayor. Bandadas de palomas surcaron los cielos asustadas por la algarabía y la música de trompetas y tambores que amenizó la gran fiesta a la que todos los aragoneses fueron invitados. Pero varios de los allí presentes no quedaron satisfechos con la decisión de los compromisarios. Desde el escaño donde habían tomado asiento los embajadores y notables catalanes se observaba con preocupación la designación del infante, un castellano, como rey de Aragón.

—¿Cómo es posible que se haya designado rey de Aragón a un extranjero? —inquirió don Galcerán de Rosanes, señor de Rosanes y Sant Boi, aún confuso con la sentencia del parlamento de Caspe.

—Don Jaime es el legítimo rey de Aragón. Esta elección ha sido una farsa, una burda mentira —observó don Marco de Aviñón, caballero leal al conde.

—Conteneos —terció don Francés Clemente, obispo de Barcelona —. La decisión ya ha sido tomada y poco más se puede hacer que plegarse a la voluntad de los compromisarios y aceptar al infante como rey.

—¿Al infante? ¿A ese impostor? —espetó don Galcerán de Rosanes —. Estoy seguro de que ha sobornado a los compromisarios. Y por si no fuera suficiente con atraerlos con su dinero, ha desplegado un formidable ejército en la frontera para intimidarlos. Si el conde de Urgel hubiera sido el elegido, no habría dudado en invadir Aragón para usurparle el trono. Es un rey ilegítimo. ¡No debemos aceptarlo!

—¿Y qué tenéis pensado hacer?

Tan inmersos estaban los enviados catalanes en su conversación que no repararon en la llegada de fray Vicente Ferrer. Desde la tribuna, el dominico no había perdido detalle de los gestos de desagrado y disgusto de alguno de los notables que ocupaban la bancada catalana. Anticipaba problemas y, hombre arrojado y dispuesto, se encaminó hacia ellos.

—¿Cómo os atrevéis a elegir a un castellano para gobernar Aragón? —le espetó don Galcerán de Rosanes sosteniendo su mirada

sin amedrentarse, indiferente a la pátina de santidad que revestía al venerado fraile—. ¿Por qué habéis despreciado al conde de Urgel? Es aragonés. Su linaje es antiguo. Sus antecesores son todos varones. En cambio, os habéis decantado por un extranjero cuya estirpe deriva de la línea materna. ¿Por qué habéis cometido tal desatino?

—Don Fernando es tan aragonés como don Jaime. La madre del infante es aragonesa, mientras que la del conde es lombarda —comenzó a explicar el fraile con voz serena, confiada, cautivadora. El fraile era un hombre menudo, de nariz recta y rostro ovalado rematado en una barbilla con hoyuelo. Sus ojos eran alegres y de mirada bondadosa. Vestía el hábito propio de los dominicos; túnica blanca con capucha y capa negra sobre sus hombros—. Don Fernando es hijo de rey de la misma nación que lo eran los reyes de Aragón. Su linaje es tan antiguo y aragonés como lo pudiera ser el del conde o el de cualquier otro candidato. En cuanto a su dignidad, ánimo y semblante se podría afirmar que ha nacido para reinar. Si fuera nuestra costumbre como las de otros pueblos que eligen a sus reyes, no encontraríamos mejor rey. No sólo debéis aceptarlo y acogerlo, sino congraciaros por haber sido bendecidos con este regalo divino.

—Pero sus derechos de sucesión son ilegales, pues siguen la línea materna, en lugar de la paterna. El rey Jaime I dejó escrito en su testamento que ninguna mujer podía suceder al rey, sólo los descendientes varones tienen este derecho —protestó airadamente don Marco de Aviñón, señalando al fraile con un dedo acusador. El caballero catalán tenía unos cincuenta años. Era de corta talla, cuerpo orondo, ojos claros y pelo escaso y cano por las sienes.

Fray Vicente Ferrer miró el dedo desafiante del caballero catalán y este, sintiéndose de pronto avergonzado, cerró el puño y lo ocultó tras su espalda.

—Se ha debatido mucho en el parlamento sobre si las mujeres disfrutan o no del derecho de sucesión —explicó entonces el dominico —. Y, efectivamente, en ausencia de un heredero varón, las hijas de reyes no pueden reinar.

Don Marco de Aviñón asintió con los brazos cruzados y miró con ojos satisfechos a los embajadores y notables catalanes, como si su argumento hubiera hecho trizas en un instante los tres meses de deliberaciones de los compromisarios y su decisión final de nombrar a don Fernando rey de Aragón.

—No, las mujeres no pueden reinar, pero sus hijos sí —prosiguió fray Vicente Ferrer.

—Pero… —intentó protestar don Marco de Aviñón, confuso ante la tajante afirmación del dominico, pero el fraile le interrumpió.

—Hemos tenido que remontarnos al reinado de doña Petronila de Aragón para llegar a esa conclusión —comenzó a explicar el dominico

—. Como vos bien sabéis, doña Petronila se casó en 1150 con don Ramón Berenguer, conde de Barcelona. Este enlace histórico unió en un solo reino a la Corona de Aragón y al condado de Barcelona. Tras la muerte de don Ramón Berenguer, doña Petronila abdicó en su hijo Alfonso II, cediéndole el gobierno de Aragón. Si los primogénitos varones no hubieran podido suceder a sus madres, el rey Alfonso II jamás podría haber reinado en Aragón.

—Pero en su testamento, el rey Jaime I dispuso que las mujeres carecían de derecho a la sucesión —insistía el caballero catalán—. Y este testamento fue posterior al reinado de doña Petronila y don Alfonso II.

El fraile soltó un largo suspiro. Había sido una mañana cargada de emociones. Estaba cansado y aburrido de tanto debate. Durante tres meses había permanecido encerrado y aislado en el castillo de Caspe, manteniendo largas reuniones con los abogados y procuradores de los candidatos. No fueron menos largas y agotadoras las sesiones y deliberaciones entre los nueve compromisarios. Todo anunciaba que no llegarían a un acuerdo, que después de tres meses de negociaciones el parlamento concluiría en otro fracaso. Como sucedió en Calatayud. Aragón no se lo podía permitir. Y ahora que por fin Aragón tenía un rey, y el fraile no tenía ninguna duda de que era a don Fernando a quien en justicia correspondía el trono, se encontraba con aquellos catalanes que en lugar de sentirse dichosos y agradecidos, no hacían más que quejarse y lamentarse de su suerte.

—Don Jaime I niega el derecho de sucesión a las mujeres, pero no a sus hijos. Si un rey fallece sin designar un sucesor claro, deberá reinar su pariente varón más próximo, independientemente de que sus ascendentes fueran mujeres o varones. Y don Fernando era sobrino de don Martín. Si alguno de los otros candidatos era familiar más cercano al rey que el infante, os ruego que me lo hagáis saber.

Los embajadores y notables catalanes se miraron entre ellos, pero nadie habló. Los argumentos del fraile eran de lo más convincentes.

—El reino necesita paz —prosiguió fray Vicente Ferrer—. No sembréis la semilla de la división y de la discordia entre los aragoneses. Aceptad a don Fernando como legítimo rey y persuadid al resto de nobles y clérigos catalanes para que le juren lealtad y le rindan homenaje, pues de otro modo la ruina, la destrucción y la guerra se abatirán sobre el reino.

Todos entendieron que el dominico se refería a que deberían persuadir a don Antonio de Luna y al conde de Urgel, enconados rivales del infante, para que acataran el nombramiento. Nadie en Aragón osaría enfrentarse a don Fernando si ambos nobles se sometían a la voluntad de los compromisarios y lo aceptaban públicamente como rey. Pero en cambio, si se oponían a su elección, la guerra sería

inevitable.

El fraile ocultó las manos en las mangas de la túnica y se despidió con una leve inclinación de cabeza. Encaminó sus pasos hacia la iglesia. Al fraile le urgía rogar al Todopoderoso, para que, con su infinita generosidad, ablandara los corazones y concediera la suficiente lucidez y entendimiento a los adversarios del infante para que asumieran con humildad la elección de los compromisarios.

Los embajadores y notables catalanes le observaron hasta que quedó oculto por la oscuridad que envolvía la entrada de Santa María la Mayor. El público presente en la proclamación había abandonado prácticamente en su totalidad la entrada de la iglesia. Se escuchaba el sonido de trompetas, tambores y el cántico dichoso de los aragoneses alejarse por las calles aledañas. Era un día de fiesta y el pueblo se disponía a celebrarlo.

—Fray Vicente tiene razón —dijo don Galcerán de Vilanova, obispo de Urgel y, hasta ese mismo instante, fiel partidario del conde, sin apartar la vista del templo—. Cuando se estableció el parlamento de Caspe, todos consentimos en aceptar la decisión que tomaran los compromisarios. Fuera esta de nuestro agrado o no.

Los representantes catalanes asintieron en silencio.

—Cualquier otra opción que no sea jurar a don Fernando como rey y señor resultará ruinosa para Cataluña —terció el obispo de Barcelona. Miró a don Galcerán de Rosanes y le preguntó—: ¿No estáis de acuerdo?

—No os voy a negar que los argumentos de fray Vicente Ferrer parecen sólidos, pero no soy experto en leyes —comenzó a responder el interpelado—. Lo único que sabemos es que un castellano ha sido elegido por nueve diputados para ser nuestro rey. Es costumbre que el rey sea designado por sucesión y no por elección. Este proceso ha sido ilegal y contra toda natura. Pero esta es sólo mi opinión. No deseo hacer ningún mal a Cataluña. Si el parlamento de Tortosa acepta este nombramiento, yo también lo haré.

—Confío en que el conde de Urgel sea de vuestra misma opinión… —afirmó el obispo de Barcelona.

—Pronto lo sabremos —apostilló con gesto serio don Galcerán de Rosanes. Le disgustaba terriblemente rendir pleitesía a quien consideraba un rey extranjero, pero si el parlamento catalán se sometía al criterio de los nueve compromisarios, tendría que hacerlo. No era necio. No había más alternativa. Don Fernando contaba con el apoyo de Aragón y Valencia y, sobre todo, con el ejército castellano. Cualquier rebelión en su contra sería aplastada con contundencia. Sólo un loco embriagado de ambición se atrevería a cuestionar su nombramiento. Sólo un loco o un necio mal aconsejado.

57

Cuenca, junio de 1412

Fue un caballero de nombre Jaime Cerezuela quien informó al infante de la decisión de los nueve compromisarios. Don Fernando se encontraba paseando por un monte cercano a Cuenca con su mujer, doña Leonor de Alburquerque y sus siete hijos; don Alfonso, doña María, don Juan, don Enrique, doña Leonor, don Pedro y don Sancho. Era un día cálido y despejado. Había sido informado del curso de las deliberaciones de los compromisarios. En unos días tomarían una decisión. Su corazón se agitaba convulso en su pecho. Tal era el estado de nervios en los que se encontraba don Fernando, que el amanecer solía sorprenderle sin haber pegado ojo. Nervios que se acrecentaron cuando fue informado de que en breve sería anunciado el nombre del rey de Aragón. Fue doña Leonor quien le insistió en salir de la ciudad y tomar el aire fresco envuelto en el aroma a jara y romero de los montes que la circundaban. Intentaba distraer su mente y alejarlo, aunque fuera por un instante, de las preocupaciones que le abrumaban.

—Todo saldrá bien, ya verás. Confía en mí —le decía doña Leonor. Tenía cuarenta años y algo de peso como consecuencia de sus numerosos partos. No era una mujer hermosa, pero sus facciones eran suaves y agradables a la vista. Sus cejas finas y delicadas coronaban unos expresivos ojos marrones, la nariz era pequeña y recta, y los labios carnosos. Todo ello enmarcado en un rostro ovalado de mejillas generosas y barbilla redondeada. Era la hija del infante Sancho, conde de Alburquerque y hermano del rey Enrique II de Trastámara, y de la infanta Isabel de Portugal. Se trataba de una dama rica y distinguida, por cuyas venas corría la sangre de los reyes de Castilla y Portugal. Su padre le legó amplias posesiones y una colosal fortuna. Sus propiedades cruzaban media Castilla desde Portugal hasta Aragón. Su riqueza era tal, que en Castilla la llamaban *la Ricahembra.* En 1393 se casó con el infante Fernando, su primo-sobrino, pero el matrimonio no se consumó hasta dos años después, cuando el infante alcanzó la mayoría de edad. Ella tenía veinte años y él sólo catorce. Al principio fue reacia a contraer matrimonio con quien ella, toda una mujer, consideraba un niño, pero no tardó en tomar afecto por aquel ambicioso y apuesto joven. Y el afecto se convirtió en poco tiempo en entregada pasión. Fue aquel uno de los pocos y extraños matrimonios concertados en los que inesperadamente floreció el amor.

Don Fernando y doña Leonor paseaban juntos del brazo por un sendero flanqueado de encinas y jaras. A pocos pasos, charlando con su hermano don Enrique, le seguía don Alfonso, el primogénito. Detrás caminaban el resto de los hermanos. Una docena de jinetes bien armados protegía a la poderosa familia castellana.

—Estos nervios me van a matar —dijo don Fernando tocándose los riñones. No era la primera vez que sentía ese dolor. Era como si le clavaran afiladas agujas en la espalda. Algunas veces el dolor era más intenso y descendía hacia la zona genital.

—¿Te duele? —preguntó doña Leonor preocupada. Esa misma mañana don Fernando había vomitado un par de veces.

—Un poco —reconoció don Fernando.

—No ha sido buena idea dar el paseo. Regresemos al palacio.

—Andar me hace bien —repuso el infante con una sonrisa tranquilizadora—. Me distrae de mis pensamientos y dolores.

Doña Leonor le miró con preocupación. El infante llevaba varios meses sintiendo molestias, pero las achacó a los nervios por la pugna por el trono de Aragón. Hacía menos de un año permaneció dos meses postrado en la cama con altas fiebres y dolores intensos en la espalda y en el abdomen. Los médicos le administraron tisanas, le hicieron sangrías y cubrieron su frente con paños húmedos, pero los dolores y la fiebre no remitían. Incluso llegaron a temer por su vida. La prematura muerte de su hermano, el rey Enrique III, a quién ya en vida llamaban *el Doliente*, por su salud débil y quebradiza, no auguraba nada bueno. Aunque don Fernando disfrutaba de mejor salud y mayor fortaleza que su hermano, los físicos temían que hubiera heredado algunos de los numerosos males que don Enrique padeció en vida. Finalmente, don Fernando se recuperó de sus males, pero siguió sintiendo dolores puntuales en el abdomen y en la espalda, pero no avisó a los médicos para no preocupar a su esposa. Pero él sí estaba preocupado. Tenía treinta y dos años. Aún era joven, pero la temprana muerte de su hermano pesaba como una losa en su ánimo. Don Fernando miró a su espalda. Sonrió orgulloso al contemplar a sus siete hijos. Origen de todos sus desvelos. Su hija doña María estaba comprometida con el rey Juan II, con quien se casaría tan pronto el joven rey fuera mayor de edad. Doña María estaba llamada a ser reina de Castilla. Sus labios esbozaron una sonrisa. Su hija sería lo que él siempre había deseado, pero el destino y las circunstancias se lo impidieron. Su hermano don Enrique dejó por escrito en su testamento el compromiso de su hija doña María de Castilla con don Alfonso. La vida de su primogénito también estaba resuelta. Su hijo don Sancho era el maestre de Alcántara y don Enrique de Santiago. Al resto de sus hijos, don Juan, doña Leonor y don Pedro, no les faltarían riquezas ni títulos, pero aún era necesario concertar acertados matrimonios que

garantizasen su fortuna y bienestar. Esta era la mayor preocupación de don Fernando; la salvaguarda y protección de sus hijos. Sintió un pinchazo en el abdomen. Apretó los dientes disimulando el dolor. Ya se le pasaría, como había sucedido en decenas de veces desde hacía años.

—¡Alguien se acerca! —observó don Alfonso señalando a un jinete que cabalgaba a uña de caballo por el estrecho camino, levantando una nube de polvo a su paso.

El jefe de la guardia personal del rey no tardó en interceptar al jinete acompañado de dos caballeros. Hablaron entre ellos. El infante les contemplaba con interés. Al menos, el dolor había desaparecido. El jefe de la guardia asintió y franqueó el paso al jinete, que aminoró el paso escoltado por la guardia personal del rey.

—Mi señor, soy Jaime Cerezuela. Traigo un mensaje urgente de Caspe.

El caballero alargó la mano y le ofreció un documento al infante, que inmediatamente lo tomó con manos temblorosas. Su corazón se agitaba convulso en su pecho. Lo leyó en voz baja ante la atenta mirada de su esposa y de sus hijos. Cerró los ojos. Soltó un largo suspiro de alivio y anunció:

—Los compromisarios ya han tomado su decisión —hizo una cruel pausa para acrecentar la impaciencia de su familia.

—¿Y? —preguntó nerviosa doña Leonor.

Alzó los brazos a los cielos y exclamó:

—¡Soy el rey de Aragón!

58

Balaguer, junio de 1412

El conde de Urgel tenía el rostro oculto entre sus manos. Estaba digiriendo la noticia que acababa de recibir. Pero le costaba. Le costaba horrores. No podía creer que los compromisarios reunidos en Caspe hubieran elegido a un extranjero como rey de Aragón. Era castellano y descendiente de los reyes de Aragón por línea materna. No tenía sentido. Ningún sentido. ¿Cómo era posible? ¿Por qué los aragoneses le odiaban, le despreciaban, le humillaban de esa manera tan cruel y despiadada? ¿Qué les había hecho? Estaba aturdido, desorientado, bloqueado. Su esposa, doña Isabel, y su madre, doña Margarita de Montferrato, le contemplaban con una mezcla de rabia, decepción y lástima. Ver tan destrozado al conde era desolador.

—Son unos corruptos. —Doña Margarita se incorporó de la silla y comenzó a pasear por la amplia sala del *castell Formós*—. ¿Quiénes son esos nueve compromisarios para decidir quién merece reinar en Aragón? —miró a su hijo. Este seguía con el rostro hundido entre sus manos, devorado por la decepción y el desengaño—. Sí, son unos corruptos. Sobre todo los compromisarios catalanes que hayan votado a favor del castellano. Esos, además, son unos traidores a la patria. Tendrá su recompensa. Te lo juro.

Doña Isabel de Aragón les contemplaba en silencio, con los ojos húmedos por las lágrimas. Se hallaba terriblemente afectada por el estado tan lamentable en el que se encontraba su marido. Temía que, dominado por terribles sentimientos, tomara desastrosas decisiones. Y la verborrea de su suegra no ayudaba precisamente a calmar sus ánimos.

—Los ha comprado a todos. ¡A todos! —persistía doña Margarita de Montferrato con su voz aguda cargada de maldad y de acento lombardo—. Incluso a ese que todos tienen como un santo.

—¿A fray Vicente Ferrer? —preguntó con el ceño fruncido doña Isabel, quien consideraba al dominico un lechado de virtud, sabiduría y santidad.

—Sí, ese —confirmó—. Es el peor de todos. Seguro que con sus prédicas ha manipulado la voluntad de los compromisarios. ¿Qué se puede esperar de un valenciano?

—Madre, no creo que…

Doña Margarita alzó la mano haciendo callar a su nuera.

—Es un corrupto como todos los demás. El castellano los ha

comprado haciendo uso de la fortuna de su mujer y de las arcas castellanas. La regente, doña Catalina de Lancaster, es una mujer inteligente. Estará harta de compartir regencia con ese vanidoso e insufrible infante. Habrá hecho todo lo posible para quitárselo de en medio, para enviarlo lejos de Castilla y poder gobernar sola hasta que su hijo sea mayor de edad. Pero no la culpo. Yo habría hecho lo mismo.

El conde de Urgel negaba con la cabeza escuchando en silencio el insistente parloteo de su madre.

—En justicia el trono de Aragón te pertenece. —Doña Margarita se encontraba de pie, frente a su hijo—. No son los compromisarios quienes deben decidir quién reina o no en Aragón, sino la pureza de la sangre y el lugar de nacimiento. Tú eres catalán y por tus venas corre la sangre de los reyes aragoneses. En cambio, el infante nació en Castilla y sus derechos al trono se los debe a su madre. Es un extranjero. Es un rey ilegítimo. Su proclamación ofende a Dios. Su prestigio, su oro y sus ejércitos han doblegado la voluntad de los compromisarios. El oro y el miedo han elegido al infante como rey, no la legitimidad ni la justicia —se agachó, tomó de las manos a su hijo y contempló sus ojos rojos y su gesto afligido—. Hijo mío, serás rey de Aragón por las buenas o por las malas.

El conde alzó la vista y miró a su madre. ¿Qué debía hacer? ¿Revelarse contra la decisión de los compromisarios de Caspe? ¿Contra los parlamentos de Aragón, Valencia y Cataluña si estos aprobaban el nombramiento del infante Fernando como rey de Aragón? Su madre le miró con decisión. Sus ojos grises refulgían, revelando que algo tramaba su retorcida mente. Su hijo estaba aturdido, confuso, derrotado. Necesitaba con urgencia que alguien le orientara. ¿Y quién mejor que su madre?

—Tú serás rey. Yo te diré lo qué has de hacer.

59

Cuenca, junio de 1412

Don Fernando estaba tan dichoso que invitó a comer al caballero Jaime Cereceda. Se encontraban en una amplia sala del palacio. Los sirvientes habían servido carnero asado, pierna de cordero, fruta y varias jarras de vino y agua. La familia del infante se había dispuesto en una larga mesa presidida por don Fernando.

—Contadme todo lo que sepáis del parlamento de Caspe —dijo don Fernando.

Jaime Cereceda se había sentado a su derecha. Era un joven caballero de alta talla, complexión fornida y buena presencia.

—Según tengo entendido, los compromisarios tomaron la decisión el 24 de junio —comenzó a narrar el caballero, tan abrumado como emocionado por compartir mesa con el futuro rey de Aragón y su noble familia—. Don Bonifacio Ferrer escribió tres copias con el resultado de las votaciones y se las dio a los compromisarios para que las firmaran. Una de las copias fue entregada al arzobispo de Tarragona como representante del parlamento catalán, otra al obispo de Huesca en representación del reino de Aragón, y la última la guardó el propio don Bonifacio, como nuncio valenciano. Un día después, se redactó otro documento en presencia de seis notarios, dos por cada territorio, y de los alcaides de Caspe, en el que se declaraba que todo súbdito y vasallo de la Corona de Aragón debía prestaros fidelidad y homenaje a vos, don Fernando, infante de Castilla, y teneros como único rey y señor.

Jaime Cereceda inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Sois mi primer vasallo aragonés —observó el infante con una sonrisa.

—¿Sabéis cómo se desarrollaron las votaciones? —preguntó curiosa doña Leonor.

—Interesante cuestión —comentó don Fernando.

El caballero aragonés bebió un trago de agua y respondió:

—Los tres compromisarios de Aragón votaron por vos.

—El obispo de Huesca, don Francisco de Aranda y don Berenguer de Bardají —enumeró el infante.

—Por Valencia votaron a su favor don Bonifacio Ferrer y fray Vicente Ferrer. Don Pere Beltrán se abstuvo, pues se unió tarde al parlamento y alegó que no disponía de la suficiente información para decantarse por ninguno de los candidatos.

—Eso hace cinco votos —observó don Fernando.

—Te falta uno —dijo divertida doña Leonor.

—En cuanto a los compromisarios catalanes, el arzobispo de Tarragona se decantó tanto por el conde de Urgel como por el duque de Gandía, pues ambos eran sucesores de los reyes de Aragón por línea paterna y consideraba que tenían… —aquí se detuvo, no pretendía ofender al infante.

—Más legitimidad, pues la mía proviene de mi madre, doña Leonor de Aragón, hermana del rey Martín, y para los aragoneses la descendencia paterna prevalece sobre la materna —concluyó don Fernando con el ceño fruncido. La opinión del arzobispo sería compartida por muchos aragoneses. Esto anticipaba problemas.

—Don Guillem de Vallseca votó por el conde de Urgel —prosiguió Jaime Cereceda, dejando cerrado el asunto de la legitimidad de la línea de sucesión del infante.

Don Fernando asintió. Guardó con mucho tiento ese nombre en su memoria. ¿Aceptaría su nombramiento a pesar de haber votado por el conde? ¿Se uniría a don Jaime si este se rebelaba? Debía tenerlo vigilado. Estaba dispuesto a perdonar a todos sus rivales y enemigos, salvo a los que participaron en el asesinato del arzobispo de Zaragoza, pero no le temblaría el pulso a la hora de ordenar la ejecución de aquellos que cuestionaran la legitimidad de su reinado y que, persistiendo en su desobediencia, arrastraran a Aragón a la guerra.

—Y don Bernardo de Gualbes votó por vos —continuó Jaime Cereceda, distrayendo al infante de sus pensamientos—. Seis votos a favor de vos, dos en contra y una abstención. Vuestra victoria es incuestionable, mi señor.

—Realmente le debo el trono al catalán don Bernardo de Gualbes —observó el infante con semblante preocupado—. Si su parecer hubiera sido otro, los cinco votos del resto de los compromisarios no habrían servido para nada.

Durante unos instantes la sala quedó envuelta en un espeso silencio. Don Fernando ponderaba el resultado de las votaciones y nadie se atrevía a distraerle de sus pensamientos.

—Aragón me es fiel —comenzó a decir—, Valencia aún está dividida y Cataluña…

—Cataluña dará problemas —intervino don Alfonso.

Don Fernando asintió. Su arrojo le agradó. Su hijo estaba llamado a sucederle, a ser rey, y cuanto antes se comportara como tal, mucho mejor. Era buena señal que don Alfonso hubiera advertido que haber sido elegido rey por los compromisarios de Caspe no le garantizaba el trono.

—Los dará si no actuamos con decisión —afirmó don Fernando mirando a su hijo con firmeza—. Marcharé cuanto antes a Zaragoza.

Los notables del reino deberán jurarme fidelidad. Será el momento para desvelar quién está de mi lado y quién no. Entonces obraré en consecuencia.

—Lo que afirmáis es cierto, mi señor —comentó con tono grave Jaime Cereceda. Todos desviaron la vista intrigados hacia él—. Cuando fray Vicente Ferrer pronunció vuestro nombre y os anunció como rey de Aragón, desde el escaño de los embajadores catalanes se elevó un murmullo de desaprobación y descontento. —El infante arrugó las cejas y apoyó los codos en la mesa. Le interesaba especialmente lo que el caballero aragonés se disponía a decir—. Tuvo que acercarse fray Vicente a la bancada catalana para poner un poco de orden y apaciguar los ánimos. Incluso al día siguiente, día de San Pedro y San Pablo, en el mismo lugar donde anunció vuestra proclamación, pronunció un largo sermón donde explicó los motivos por los que vos sois el mejor de los candidatos para suceder al rey Martín. Muchos quedaron convencidos por la prédica del dominico, pero otros no.

—Vuestras palabras me alientan a acudir a Zaragoza con mayor motivo —dijo el infante, asintiendo agradecido por la información que el caballero aragonés le acababa de facilitar. Bebió un trago de vino y dijo—: Por cierto, vos sois el portador de la noticia de mi elección como rey y por tanto mi primer vasallo aragonés.

—Os ruego no tengáis duda de ello, mi señor —confirmó Jaime Cereceda con una simpática sonrisa.

—No, no la tengo. Me habéis prestado un gran servicio. —El infante se incorporó, se dirigió a un arcón y sacó una bolsa de cuero. Luego volvió a tomar asiento frente a la mesa—. Tomad —dijo, dejando sobre la mesa la bolsa—. Doscientos florines de oro como pago por vuestra celeridad y fidelidad.

El caballero tomó la bolsa, la sopesó complacido y dijo:

—Siempre a vuestro servicio, mi señor.

Don Fernando asintió. Estaba convencido de que no sería el último pago que tendría que hacer para ganar afectos y desgastar a sus rivales. Temía que estos no serían ni pocos ni débiles. Había sido elegido rey de Aragón por el parlamento de Caspe. Ahora había llegado el momento de comprobar si sería aceptado por los aragoneses. El trono aún no estaba asegurado.

60

Loarre, Huesca, julio de 1412

El castillo de Loarre se erigía majestuoso sobre un cerro de roca caliza. Estaba protegido por recias murallas y torreones, y sus cimientos de pura roca hacían inútil cualquier intento de cavar minas para derribar sus infranqueables muros. La fortaleza era inexpugnable. Don Antonio de Luna se refugió en el castillo tras la entrada en Aragón de las tropas castellanas. Allí se hizo fuerte. Los castellanos intentaron tomarlo, pero desistieron. Era imposible asaltar las altas y sólidas murallas que circundaban la fortaleza. Le habían dejado tranquilo desde entonces. Don Antonio de Luna era un proscrito, un excomulgado, pero poco le importaba. A Loarre llegaron las noticias de la elección del infante Fernando como rey de Aragón y su posterior ratificación por el parlamento catalán. Aragón por fin tenía rey y este no era su amigo don Jaime. Desde el adarve contemplaba la inmensidad del llano. Era un día claro. El sol brillaba en lo más alto y media docena de buitres volaba en círculos buscando los restos de algún animal que llevarse al pico. Don Antonio de Luna se preguntaba cuánto tardaría en aparecer por el horizonte el infante con sus tropas. Él jamás rendiría vasallaje a un rey ilegítimo, a un usurpador, a un extranjero. No se arrodillaría a sus pies como un perro. Eso nunca. Había enviado mensajeros a los partidarios catalanes y aragoneses del conde de Urgel, pero pocos habían respondido. Muy pocos. El bastardo de don Artal de Alagón fue el primero en jurar homenaje al infante. Don Guillem Ramón de Moncada fue otro de los parciales del conde que no tardó en traicionarlo. Y el número aumentaba. Los apoyos a don Jaime disminuían. Los parlamentos de Aragón, Cataluña y Valencia confirmaron la decisión de los diputados de Caspe. No podía hacer nada para evitar que un castellano se sentara en el trono de Aragón. ¿O tal vez sí? Se tocó el pecho. Sintió un documento que guardaba en un bolsillo interior del jubón. Sonrió. Era una carta que había recibido de Balaguer esa misma mañana. El conde de Urgel no se rendiría. Presentaría batalla al usurpador.

—¿Me habéis hecho llamar?

Don Antonio de Luna se giró. Sus ojos se cruzaron con los del capitán gascón Menaut de Favars.

—Ve a Gascuña y contrata mercenarios.

—¿Cuántos?

—Todos los que estén dispuestos a ganar una fortuna. El dinero no será problema.

Los labios de Menaut de Favars dibujaron una perversa sonrisa llena de codicia. Era un mercenario. La guerra era su oficio. El dinero y la ambición guiaban su espada, no el derecho ni la justicia. El bando al que servir era lo de menos siempre y cuando recibiera una buena recompensa por sus servicios. Y don Antonio de Luna y el conde de Urgel eran generosos con quienes les servían bien.

—Eso significa…

—Que habrá guerra —concluyó don Antonio de Luna.

61

Zaragoza, julio de 1412

El rey Fernando cruzó las murallas de Zaragoza entre vítores y aclamaciones de un pueblo feliz y entregado a su nuevo señor. Aún estaban recientes en su memoria los estragos causados en la ciudad por don Antonio de Luna, quien había sido excomulgado por el asesinato del arzobispo García Fernández de Heredia. Condenado y apartado por todos, don Antonio de Luna sólo encontró refugio y apoyo en don Jaime de Urgel. Con tal consejero temían que el reinado del conde hubiera sido violento y cruel, y que los aragoneses que habían apoyado al candidato castellano hubieran sido perseguidos y castigados. Por tal motivo recibieron con alivio y regocijo la noticia de que don Fernando había sido el elegido por los compromisarios, y ahora clamaban felices a su paso por las calles de Zaragoza. Don Fernando, montado en un hermoso alazán revestido con una gualdrapa con las enseñas aragonesas, saludaba complacido al pueblo. Le acompañaba una larga comitiva de notables y clérigos castellanos y aragoneses. La ciudad había sido engalanada y decorada para tan alta ocasión. Se dirigía al palacio de la Aljafería, residencia de los reyes de Aragón. Don Fernando sonreía complacido. Disfrutar del apoyo de sus súbditos no era garantía de tener un gobierno plácido, pero tener al pueblo en contra nunca es conveniente. La nobleza y el clero aragonés, en mayor o menor medida, también le apoyaba. Todos los estamentos aragoneses habían aceptado su condición de rey. Todos salvo una parte de la aristocracia catalana. El rey saludaba al tiempo que meditaba sobre las primeras medidas de gobierno que debía afrontar. Su máxima prioridad era evitar la guerra. Si tenía que perdonar a sus rivales y concederles regalos y privilegios lo haría. Estaba dispuesto a ser generoso con aquellos que la aceptaran como rey. Pero también implacable con quienes, a pesar de su generosidad, persistieran en su rebeldía. Con estos no habría ni compasión ni piedad. Era necesario extirpar la enfermedad de la rebeldía de raíz o se extendería por todo el reino como la peste. Inmerso en sus pensamientos y embriagado por el clamor del pueblo, el rey llegó al palacio de la Aljafería. Quedó maravillado por la belleza y el esplendor de aquel palacio de recreo de los antiguos reyes musulmanes. Se trataba de un edificio de planta rectangular con amplios salones de techos altos cubiertos por bóvedas decoradas con madera tallada con motivos geométricos y versículos del Corán. Las

paredes estaban revestidas por arcos ciegos, cerámicas vidriadas y yeserías. Varios patios ajardinados rodeados por intrincados pórticos refrescaban las estancias durante los tórridos meses de verano. Era realmente asombroso.

Don Fernando se hallaba en el Salón del Trono, una impresionante sala de planta rectangular que se encontraba en el corazón del palacio. El techo estaba decorado con madera labrada y un revestimiento de estuco vestía las paredes. El trono se encontraba en el extremo norte de la sala, sobre una plataforma elevada. Era de mármol blanco y estaba decorado con delicados detalles en relieve.

Don Fernando se sentó en el trono. Estaba cubierto por cojines de exquisitas sedas y de otras lujosas telas que el rey de Aragón fue incapaz de identificar. Ahora sí, don Fernando se sentía rey. Además de otras muchas personalidades castellanas y aragonesas, le acompañaban en la sala el abad Diego Gómez de Fuensalida, el doctor Juan González de Acebedo, don Diego Gómez de Sandoval y los aragoneses don Gil Ruiz de Lihori, micer Juan Jiménez Cerdán y don Berenguer de Bardají.

—Vuestra entrada a la ciudad no ha podido ser más satisfactoria —observó don Gil Ruiz de Lihori—. El pueblo os adora.

—Son cientos los notables aragoneses que han acudido a Zaragoza para juraros como rey y rendiros homenaje —comentó micer Juan Jiménez Cerdán, justicia mayor de Aragón.

—¿Se encuentran el conde de Urgel y don Antonio de Luna entre ellos? —preguntó don Fernando con aire distraído, sintiendo en las yemas de los dedos la suavidad del mármol del reposabrazos del trono.

El gobernador de Aragón y el justicia mayor intercambiaron una mirada. Don Gil Ruiz de Lihori se aclaró la garganta antes de responder.

—No nos consta su llegada, mi señor.

Don Fernando asintió. Esperaba esa respuesta.

—Bien, en los próximos días sabremos quiénes han aceptado la decisión de los compromisarios de Caspe y quienes no —comenzó a explicar el rey—. No tomaré ninguna medida contra aquellos que hayan defendido la candidatura de mis rivales. No, no lo haré. Sus inclinaciones pasadas serán olvidadas, pero no así las futuras. Es mi deseo que el 3 de septiembre se celebren las Cortes de Aragón aquí, en Zaragoza. Durante estas Cortes juraré los fueros aragoneses y seré reconocido como rey. Pasada esta fecha no aceptaré excusas. Todos los notables del reino deberán haberme rendido juramento de fidelidad. Quién no lo haya hecho será acusado de rebeldía y traición, y me ocuparé personalmente de que sea juzgado y ejecutado. No permitiré que la sombra de la traición sobrevuele impune por mi reino.

—Ser generoso con los partidarios de los candidatos derrotados es una decisión prudente, mi señor —afirmó el gobernador de Aragón.

—Hasta ahora, los aragoneses habéis sido muy libres de tener vuestras preferencias, pero ya no. Los compromisarios de Caspe y los parlamentos de Alcañiz, Tortosa y Valencia han determinado que en Aragón sólo hay un rey y señor, y este soy yo. Mi generosidad no es infinita —pronunció don Fernando con determinación. No dudaba de la lealtad de los aragoneses que se hallaban presentes en aquella sala, pues si don Jaime hubiera sido elegido rey, posiblemente sus cabezas ahora reposarían en un cesto. Pero nadie debía albergar ninguna duda de que al igual que podría ser generoso con sus enemigos, también podría ser implacable con quienes se negaran a someterse a su poder y autoridad.

El rey se incorporó del trono y caminó hacia los aragoneses.

—Si consideráis que soy generoso con mis enemigos, ¿cómo no voy a serlo con mis amigos? —le dijo al gobernador, al justicia mayor y a don Berenguer de Bardají—. Mañana regresad al palacio. Os recompensaré por vuestro apoyo y fidelidad durante todo este largo y tedioso proceso. Ahora marchaos y preparad las Cortes.

—Mi señor. —El gobernador se despidió con un gesto con la cabeza.

—Siempre a vuestro servicio, mi señor —dijo don Berenguer de Bardají.

—Mi señor.

—Vos quedaos un instante —dijo el rey al justicia mayor.

Don Gil Ruiz de Lihori y don Berenguer abandonaron la estancia. Entonces el rey habló:

—Es mi deseo confirmaros en vuestro cargo de justicia mayor de Aragón.

—Gracias, mi señor —dijo micer Juan Jiménez Cerdán, con una leve inclinación de cabeza.

—Y este no será el único reconocimiento que recibáis —prosiguió el rey—. Ya dije que soy muy generoso con mis parciales.

—Os lo agradezco, mi señor, pero para mí, el mayor reconocimiento sería que intercedáis con don Antonio de Luna por la liberación de mi hijo.

Don Fernando asintió.

—Precisamente este era el motivo por el que quería hablar con vos. Sé que vuestro hijo luchó con bravura y honor por defender la vida del arzobispo de Zaragoza —el justicia mayor le miraba con suma atención con ojos esperanzados. Llevaba más de un año sin tener noticias de su hijo, preso en Loarre—. Ordenaré a don Jaime de Urgel que persuada a don Antonio de Luna para que libere a vuestro hijo. No es de recibo que un notable aragonés tenga prisionero al hijo del

justicia mayor del reino. Confío en que entre en razón, por su bien y por el de su partidario.

—Os lo agradezco, mi señor —dijo sincero micer Juan Jiménez Cerdán con ojos emocionados.

Don Fernando le tomó de los hombros.

—Ahora, marchad y ayudad al gobernador de Aragón en los preparativos de las Cortes.

—Mi señor.

El justicia mayor de Aragón abandonó la Sala del Trono del palacio de Aljafería con el corazón henchido de emoción y esperanza.

—Habéis obrado con astucia —observó el abad de Valladolid—. No encontraréis en todo el reino un partidario más fiel.

—He obrado en justicia —replicó el rey, desviando la mirada hacia el rey—. No necesito ganarme el favor de quien ya lo tengo. Son, como decís los clérigos, las ovejas descarriadas las que me preocupan, las que necesito reunir en el redil.

—Don Antonio de Luna y el conde de Urgel… —observó el doctor Juan González de Acebedo.

—Seguro que habrá muchos más, pero esos son los dos carneros que más me preocupan —confirmó don Fernando esbozando una sonrisa.

—¿Creéis que don Antonio de Luna liberará al hijo del justicia mayor? —intervino el adelantado de Castilla don Diego Gómez de Sandoval.

—Por su bien espero que así sea —respondió con rotundidad. Su voz grave y potente resonó como una sentencia en las abigarradas paredes de la espléndida sala.

Don Fernando volvió a tomar asiento en el trono. Se sentía cómodo en él. Representaba todo por lo que había luchado. Colmaba todos sus sueños, sus deseos, sus anhelos. Por fin era rey.

62

Balaguer, julio de 1412

Don Galcerán de Rosanes caminaba por el patio de armas del castillo de Balaguer. Cuatro lanceros y un oficial le escoltaban muy de cerca con las manos aferradas a sus armas. Era evidente que don Jaime desconfiaba de todo y de todos. Hacía calor y don Galcerán de Rosanes sudaba profusamente. Dos soldados le precedían y le costaba horrores seguirles el paso. Su cuerpo orondo, sus piernas cortas y rechonchas le dificultaban moverse con la misma celeridad que los guardias. Quien fuera consejero y alguacil de don Martín, se había entregado a los placeres de la buena vida. Con sumo esfuerzo ascendió por las escaleras de piedra que conducían a la sala principal de la torre del homenaje. Los parlamentarios del Principado le habían encomendado la misión de hablar con el conde, de consolarle y persuadirle para que jurara fidelidad al nuevo rey. Era amigo de don Jaime. Una persona cercana y respetada. El parlamento no encontraría mejor embajador. Era preciso evitar que el conde reclamara por las armas lo que se le había negado por la negociación y el consenso. A don Galcerán no le agradó la decisión de los compromisarios. Esperaba que el parlamento de Tortosa rechazara la resolución de Caspe, pero no fue así. Los parlamentarios catalanes entendieron que no era prudente cuestionar el nombramiento del infante de Castilla. Aragón y Valencia lo habían aceptado. Si ellos se oponían, estallaría una guerra que estaba perdida de antemano. Y una derrota significaba perder derechos, fueros, privilegios. Las guerras no son buenas para los negocios. Y más si se pierden. ¿Merecía la pena luchar por la causa del conde de Urgel, quien ya había sido derrotado en Murviedro? Era mejor aceptar a un rey castellano que arriesgarse a perderlo todo por defender los derechos al trono de un candidato doblemente derrotado por muy catalán que fuera. Los parciales del conde acusaron a los parlamentarios de débiles y cobardes, mientras que sus rivales concluyeron que actuaron de forma práctica y sensata.

A don Galcerán de Rosanes no le agradaba la misión que le habían encomendado. Convencerle de que aceptara como rey a su peor enemigo se anticipaba como una misión imposible. Pero debía hacerlo por el bien de Cataluña y el suyo propio. Por fin llegó a la sala principal de la torre del homenaje. El oficial anunció su visita y el conde autorizó su entrada. Don Galcerán respiró algo más aliviado cuando advirtió que don Jaime se encontraba solo. Sin la presencia de

su madre, quizá tuviera alguna posibilidad de éxito.

—Mi señor —saludó don Galcerán, mientras se dirigía al conde.

—Don Galcerán de Rosanes, que grata sorpresa.

El conde le miró con frialdad. Estaba al corriente de que el señor de Rosanes, como otros tantos notables catalanes que en su día le fueron leales, no había dudado en someterse al rey castellano. Estaba sentado en torno a una mesa. Bebía vino. Sus mejillas sonrosadas revelaban que su gaznate ya había disfrutado de varios cubiletes. Tenía los cabellos revueltos, la barba descuidada y el jubón sucio de grasa y vino. Quizá llevaba varios días sin cambiarse. Don Galcerán se acercó a él. El olor que emanaba confirmó sus sospechas. Su aspecto era lamentable. Sintió una sincera lástima por el conde a quien el destino le había negado ser rey. Don Jaime se sirvió vino y dio un largo trago. Don Galcerán ni siquiera tomó asiento. En cualquier momento podría aparecer doña Margarita de Montferrato. Cuanto antes trasmitiera el mensaje que le había encomendado el parlamento y concluyera su embajada mucho mejor.

—Estoy aquí como embajador del parlamento…

—¿Qué parlamento? ¿Ese que se ha humillado ante un usurpador, un extranjero? —prorrumpió el conde, soltando un sonoro eructo—. Perros traidores. Algún día les daré su merecido.

Don Galcerán carraspeó. La cosa no pintaba bien.

—Os ruego, amigo mío, que aceptéis a don Fernando como rey.

—¡Jamás! —gritó el conde, arrojando furioso el cubilete contra una pared de la que colgaba un repostero con el emblema de los Urgell.

—Conteneos, mi señor, os lo ruego —insistió don Galcerán con voz suave, conciliadora—. Debéis conduciros con sabiduría y prudencia. No os obcequéis con lo que no se puede cambiar. Don Fernando ha sido elegido rey. Y los parlamentos de la Corona de Aragón han ratificado la decisión de los compromisarios de Caspe. A mí tampoco me agrada esta elección. La considero injusta e ilegal. Mi señor, podemos discutir si le correspondía el trono al infante o a vos, pero nada de esto cambiará la realidad.

—¿Discutir? ¿Qué habría que discutir? —protestó balbuceante el conde. El vino comenzaba a hacerle efecto—. Yo soy el legítimo rey de Aragón. El otro es un usurpador. Se ha servido de su oro y de sus soldados para amedrentar a unos compromisarios miserables y corruptos.

—Estoy de acuerdo con vos, pero las circunstancias no siempre se desarrollan como nos gustaría.

Don Jaime negó con la cabeza y volvió a soltar un eructo.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó, mientras se servía otro cubilete de vino.

—Os lo he dicho, mi señor; que juréis fidelidad a don Fernando, que abandonéis cualquier iniciativa de reclamar el trono por las armas. Porque si lo hacéis, mi señor, si decidís enfrentaros a don Fernando, os encontraréis enfrente al parlamento del Principado —advirtió con voz grave.

—Normal, son unos traidores —comentó el conde con indiferencia—. ¿Algo más? —preguntó aburrido por la conversación.

Don Galcerán negó con la cabeza, persuadido de lo inútil de su embajada, pero aún tenía un requerimiento más del parlamento catalán.

—El parlamento os ruega que mediéis con don Antonio de Luna para que libere a don Jaime Cerdán, el hijo de…

—Sé de quién es hijo —interrumpió el conde.

—¿Hablaréis con don Antonio?

—Es su prisionero no el mío, que el parlamento negocie con él su liberación, no conmigo.

—Así lo ha solicitado don Fernando.

—¡Pues que vaya el infante a Loarre, por todos los santos! —le espetó el conde con un aspaviento.

Don Galcerán de Rosanes comprendió que no tenía sentido continuar la conversación. La reunión había terminado. Se despidió en silencio con una inclinación de cabeza y encaminó sus pasos hacia la puerta de la sala.

—La corona es mía —musitó el conde. Don Galcerán detuvo el paso al escuchar su ronca y borracha voz—. Lucharé por lo que en justicia me pertenece. Estoy resuelto a perder mi fortuna, mis posesiones, mi castillo. A perderlo todo, incluso la vida —alzó la vista de la mesa y la desvió hacia el señor de Galcerán—. Decidle esto al parlamento, al usurpador o a quien queráis —y hundió la cabeza entre los brazos. Se había quedado profundamente dormido.

Don Galcerán soltó un largo suspiro. A sus oídos llegaban los ronquidos del conde. La embajada había sido un fracaso. Don Jaime estaba furioso, desesperado, fuera de sí. Era más peligroso e imprevisible que nunca. Si el conde no entraba en razón, toda Cataluña ardería en horribles llamas. Este sería el único y terrible mensaje que trasladaría a los parlamentarios catalanes.

63

Balaguer, julio de 1412

Fue doña Margarita de Montferrato quien persuadió a don Antonio de Luna para que liberara a don Jaime Cerdán. No fue fácil. El señor de Almonacid estaba escaso de recursos y tenía en mente entregarlo a cambio de un jugoso rescate, pero tuvo que liberarlo forzado por la condesa-viuda. La anciana era muy persuasiva. Necesitaba que don Fernando no albergara sospecha alguna de sus verdaderas intenciones. Liberar a don Jaime Cerdán sería un exiguo sacrificio por ganarse su confianza. Y un rey confiado es un rey débil.

Doña Margarita contemplaba a su hijo. Estaba sentado frente a una mesa con semblante ausente y la mirada distraída. Delante de él habían tomado asiento dos nuevos embajadores que había enviado el parlamento catalán para persuadirle de que aceptara a don Fernando como rey. Se trataba de don Galcerán de Vilanova, obispo de Urgel, y don Guillem Ramón de Moncada, señor de la baronía de Mequinenza. Ambos reconocidos partidarios del conde. Y ambos no tardaron en jurar obediencia a don Fernando. Doña Margarita, sentada al lado de su hijo, intentaba contener la repugnancia y desprecio que aquellos dos traidores le causaban. Don Jaime jugaba aburrido con un vaso de vino vacío. Su madre le había ordenado beber con mesura delante de las visitas. Su situación era ya de por sí demasiado comprometida, como para empeorarla por la desmesurada ingesta de vino.

—Hablaremos con el rey —comenzó a decir el obispo de Urgel, un hombre mayor, algo encorvado, de mirada triste y movimientos lentos y cansados, como si sobre su espalda pesara la vergüenza de quien considera que ha actuado con deslealtad. Había defendido la candidatura del conde hasta el último momento, pero la decisión ya estaba tomada y no quedaba más opción que aceptarla por el bien de Aragón y de Cataluña. Persistir en lo que no se puede cambiar es un ejercicio inútil y lleno de riesgos innecesarios—. Sabrá resarciros por no haber sido el elegido.

—Es un rey prudente y justo. No desea enfrentarse a vos, sino reconciliarse —intervino don Guillem Ramón de Moncada, señor de la baronía de Mequinenza e influyente aristócrata catalán. Estuvo presente en el lecho de muerte de don Martín y fue testigo de sus últimas y confusas voluntades.

—Está muy complacido por la liberación de don Jaime Cerdán —dijo el obispo.

—¿Gratificará mi obediencia? —preguntó el conde sin apartar la vista de la mesa.

—Así es, mi señor —confirmó Guillem Ramón de Moncada.

—¿Me concederá títulos, tierras, oro? —volvió a preguntar don Jaime.

—El rey hará todo lo que esté en su mano para evitar la guerra —dijo el obispo de Urgel, incorporándose en la mesa. Tenía muy pocas esperanzas en aquel encuentro, pero la actitud del conde parecía muy distinta a la que le había referido don Galcerán de Rosanes. Quizá todavía existía la posibilidad de orientarle hacia el camino de la resignación, la obediencia y la paz.

Los labios de doña Margarita dibujaron una sutil sonrisa. Después del desastre de la reunión que su hijo mantuvo con don Galcerán de Rosanes, le había instruido en cómo debía actuar con la nueva delegación enviada por el parlamento del Principado. Y sus enseñanzas parecían que estaban dando sus frutos.

—He perdido un reino. ¿Cómo tiene pensado el infante compensarme por esta perdida? —el conde alzó la vista de la mesa y miró a los embajadores. Su madre se aclaró la garganta intentando llamar su atención—. Y títulos… vos me aseguráis que me concederá títulos. Eso está bien —asintió varias veces con los labios apretados—. ¿Incluso el de rey de Aragón? —preguntó, lanzando al obispo una extraña mirada—. Este es el único título que me interesa.

El obispo de Urgel y don Guillem Ramón de Moncada intercambiaron una mirada de tristeza y decepción.

—Mi hijo está cansado —intervino con rapidez doña Margarita antes de que el conde malograra la reunión con más impertinencias—. Os ruego que lo entendáis.

—Nos hacemos cargo, mi señora —comenzó a decir el obispo—. No es una situación fácil en la que os encontráis, pero os ruego que obréis con prudencia y no os embarquéis en pleitos que de ningún modo estáis en disposición de ganar.

Doña Margarita contuvo el gesto. Habría disfrutado abofeteando al obispo por su nada sutil sugerencia. Recordó cómo hacía pocos meses habían compartido mesa en aquella misma mesa y se dirigía a su hijo como rey y señor de Aragón. El destino podría ser extremadamente caprichoso e injusto. Pero allí estaba ella para revertir el curso de los acontecimientos. Sonrió. La cabeza del obispo sería la primera en reposar en la cesta del verdugo cuando su hijo fuera rey.

—Siempre os he apoyado —terció don Guillem Ramón de Moncada, mirando al conde—, pero la decisión de los compromisarios es firme y ha sido ratificada por nuestro parlamento. No es motivo de

esta reunión entrar en consideraciones sobre si esta elección se ha tenido a derecho. No, no lo es. Lo único cierto es que Aragón ya tiene un rey y este es don Fernando. Sabéis muy bien que hubiera preferido que hubierais sido vos el elegido, pero muchas veces nuestros deseos son incompatibles con la realidad. Como catalán no ha sido de mi agrado jurar a un rey castellano, pero entre dos males uno siempre debe elegir el menos dañino.

—Es conveniente rendir homenaje a don Fernando, si con ello evitamos que Cataluña sea asolada por la guerra —explicó el obispo.

—Ruego porque estas no sean vuestras intenciones —prosiguió don Guillem Ramón de Moncada, mirando al conde con ojos preocupados —, pero si pretendéis enfrentaros al rey, os encontraréis con la oposición del parlamento catalán.

Don Jaime apretó los puños rojo de ira. Se disponía a soltar algún exabrupto cuando la condesa-viuda intervino:

—Esas mismas fueron las palabras que nos trasladó don Galcerán de Rosanes —hizo una pausa y miró alternativamente a ambos enviados—. No es nuestro deseo enfrentarnos al parlamento, pero debéis entender que hemos sido víctimas de una terrible injusticia. Necesitamos tiempo para poder asimilar esta nueva realidad. Os ruego que lo entendáis —concluyó doña Margarita con voz templada y conciliadora.

Los embajadores desviaron la vista hacia el conde y este asintió en silencio. Sentía como la rabia le bullía por dentro. Si esos dos, que se habían hecho llamar amigos, ahora le traicionaban, ¿en quién más podría confiar? En su mente brotó un nombre; don Antonio de Luna. Había sido condenado por asesinato. Era un proscrito, un excomulgado. No tenía nada que perder, salvo la vida. Era el único en el que podría confiar. El resto no eran más que unos miserables cobardes sometidos a la voluntad de un usurpador extranjero. Estaba demasiado furioso para hablar. Era más sensato que su madre condujera la reunión.

—Enviaremos nuestra respuesta al parlamento de Tortosa —dijo doña Margarita, advirtiendo los enormes esfuerzos que hacía su hijo por contenerse. Sus ojos rojos llenos de ira anticipaban problemas. Era conveniente que el encuentro concluyera lo antes posible—. Podéis marcharos.

El obispo de Urgel y don Guillem Ramón de Moncada se incorporaron de la silla y se despidieron en silencio con una leve inclinación de cabeza.

—No tenemos noticias de don Antonio —comenzó a decir doña Margarita una vez los embajadores hubieron abandonado la estancia —. Desconocemos si Menaut de Favars ha contratado a los mercenarios. Debemos ganar tiempo. Hijo mío, se prudente y no lo

estropees todo con alguno de tus arrebatos.

—¿Qué tenéis pensado hacer?

El conde estaba demasiado ofuscado para pensar. Sería su madre quien tomara las decisiones.

—Esperaremos unas semanas y como he dicho a esos traidores, enviaremos nuestra respuesta al parlamento.

—¿Y cuál será?

Doña Margarita sirvió vino a su hijo. Los enviados del parlamento ya se habían marchado y un poco de vino le alegraría el ánimo. Demasiado amarga se había vuelto su existencia.

—Dependerá de las gestiones del capitán Menaut de Favars en Gascuña.

64

Zaragoza, julio de 1412

Don Fernando de Aragón aprovechó su estancia en Zaragoza para agradecer el apoyo recibido de los aragoneses. A don Ruiz Gil de Lihori lo nombró camarlengo mayor y a don Blasco Fernández de Heredia, hijo de don Ruiz, lo nombró gobernador de Aragón en sustitución de su padre. Más generoso fue con los compromisarios que apoyaron su candidatura al trono. Al obispo de Huesca lo promovió a la sede episcopal de Lérida y al virreinato de Sicilia; a don Berenguer de Bardají le recompensó con cuarenta mil florines y a don Bernardo de Gualbes lo nombró vicecanciller de la Cancillería Real. Tanta generosidad con los compromisarios que votaron a su favor levantó ciertas suspicacias. Se rumoreaba que don Berenguer de Bardají y don Bernardo de Gualbes estaban a sueldo de don Fernando. Su voto estaba manchado y corrupto por intereses personales. Pero el rey, para no soliviantar los ánimos de los catalanes y atraerse las simpatías de sus adversarios, aceptó la obediencia de los parciales del conde de Urgel, como don Artal de Alagón o don Guillem Ramón de Moncada y nombró al arzobispo de Tarragona, don Pere de Zagarriaga, canciller de la Cancillería Real, a pesar de haber votado a favor de sus rivales durante las deliberaciones de Caspe. Prácticamente toda la Corona de Aragón había asumido la decisión de los compromisarios y aceptado como rey a don Fernando.

***

El caballero Ponce de Perellós fue el enviado de doña Margarita de Montferrato a Tortosa para trasladar a los parlamentarios catalanes la decisión del conde de Urgel. Ponce de Perellós expuso los lamentos de don Jaime ante los representantes del Principado. El conde juzgaba que, una vez muerto el rey Martín, era opinión de letrados y juristas que él, como gobernador general de Aragón y lugarteniente del reino, responsabilidades propias del heredero al trono, debería ser el sucesor de don Martín. Y en defensa de estos derechos había asumido numerosos gastos, quedando pobre y desheredado, pero si don Fernando se apiadaba de él y le compensaba por la pérdida y los gastos en los que había incurrido, haría lo que en justicia y por ley

debía. La liberación de don Jaime Cerdán, hijo del justicia mayor de Aragón, era muestra de la sinceridad de sus palabras. Los parlamentarios catalanes quedaron muy satisfechos y decidieron que fuera el propio Ponce de Perellós, acompañado de don Guillem Ramón de Moncada, quien informara a don Fernando.

—Me complace escuchar que el conde de Urgel se ha atenido a razones.

El rey se encontraba en la Sala del Trono del palacio de la Aljafería. A su lado, don Diego Gómez de Fuensalida, abad de Valladolid, asentía aliviado tras escuchar a Ponce de Perellós. Su mensaje revelaba que la rebeldía del conde del Urgel podría ser aplacada con el simple pago de una determinada cantidad de florines, pues todo ser humano, por muy noble, justo y honesto que se considere, tiene un precio. La única dificultad radica en averiguar cuál es.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó el rey de Aragón con sinceridad.

Ponce de Perellós torció el gesto y respondió:

—Triste y apenado por todo lo sucedido, mi señor, pero está en vuestra mano arreglarlo.

—Y lo haré —confirmó don Fernando con determinación—. No es mi deseo causarle ningún daño a mi primo —el rey recordó su parentesco con el conde—. No, no pretendo destruirlo —hizo una pausa y exhaló un leve suspiro—. Ruego porque no se deje perder y me jure fidelidad, pues jamás será tan poderoso como para arrebatarme el trono.

—No es esa su intención —intervino con agilidad don Guillem Ramón de Moncada.

—El conde confía en la generosidad del rey para restituir la fortuna que ha perdido por defender sus derechos al trono —dijo Ponce de Perellós.

Don Fernando asintió comprendiendo lo cierto de sus palabras, pues él también tuvo que hacer frente a enormes gastos durante la elección, pero a diferencia del conde de Urgel, él era infante de Castilla, poseía una inmensa fortuna y tenía a su disposición el Tesoro Real. La situación económica en la que habría quedado el conde sería precaria. El rey de Aragón sintió compasión.

—Es de justicia que se compense al conde, mi primo, por las pérdidas sufridas durante el proceso de elección. Así pues, le concedo ciento cincuenta mil florines de oro y el ducado de Montblanc con todas sus rentas.

—Vuestra propuesta es espléndida mi señor —reconoció Ponce de Perellós.

—Además es mi deseo que forme parte de mi consejo personal —

prosiguió el rey—. Es un miembro destacado de la aristocracia aragonesa. Debe ser tratado y considerado con la dignidad que merece.

—El conde os estará muy agradecido, mi señor —dijo don Guillem Ramón de Moncada.

—Tendrá ocasión de demostrarme su gratitud personalmente —comenzó a decir el rey—. Regresad a Balaguer y decidle a mi primo que le espero impaciente en Zaragoza.

—Así haremos, mi señor —dijo muy complacido Ponce de Perellós.

—Partiremos de inmediato, mi señor. —Don Guillem Ramón de Moncada respiró aliviado. Los ecos de la guerra habían enmudecido definitivamente.

Ambos se despidieron del rey con un movimiento de cabeza y abandonaron la Sala del Trono.

—Vos iréis a Balaguer con los enviados del parlamento catalán. —El rey desvió la vista hacia el abad.

—¿Dudáis de la palabra del conde? —preguntó el clérigo arrugando las cejas.

—Si he llegado a ser rey es porque no suelo dejar nada al azar.

—Lo más complicado no es alcanzar la cima, sino mantenerse en ella —observó con buen criterio el clérigo.

Don Fernando asintió y dijo:

—Vos me confirmaréis si el conde de Urgel realmente ha aceptado someterse a mi autoridad. En caso contrario, estaré preparado para responder con rapidez y contundencia a su desafío.

65

Zaragoza, agosto de 1412

—El conde nos atendió con mucha cordialidad en su castillo. Nos prodigó con exquisitas viandas y un espléndido vino. —El abad de Valladolid se encontraba en la Sala del Trono del palacio de la Aljafería. Explicaba al rey Fernando los detalles de su viaje a Balaguer y su reunión con don Jaime—. Agradeció el dinero ofrecido y el ducado de Montblanc.

—Todo sea por evitar la guerra —intervino el rey—. ¿Me jurará lealtad?

—Así es —confirmó el abad—. No pretende enojaros, sino serviros. Creo que por fin el conde ha asumido el lugar que le corresponde en Aragón.

—Es inteligente aceptar con resignación y humildad el lugar que Dios nos ha asignado, sin pretender aspirar a más de lo que uno merece —afirmó don Fernando con una media sonrisa.

—La gente descontenta con su suerte suele generar molestias y dificultades —confirmó el abad.

—¿Cuándo vendrá a Zaragoza? En pocas semanas se celebrarán las Cortes. Es conveniente que antes me haya jurado lealtad para evitar suspicacias y malentendidos. Nobleza y monarquía deben permanecer unidas.

En este punto el abad carraspeó un poco incómodo.

—Veréis, mi señor, el conde ha asegurado que cumplirá con su deber cuando reciba el dinero y títulos convenidos.

—¿No confía en que vaya a cumplir mi palabra? —preguntó el rey más sorprendido que indignado—. Voy a recompensar su hostilidad con ciento cincuenta mil florines, los mismos que me comprometí con don Luis de Anjou y que ya han sido pagados. Y también le voy a conceder el ducado de Montblanc con sus cuantiosas rentas. ¿Y aún así no es capaz de acudir a Zaragoza y jurarme homenaje?

—Mi señor…

Don Fernando alzó la mano y el abad se detuvo.

—He sido excesivamente condescendiente con el conde. —El rey comenzó a pasear por la inmensa sala con los dedos de las manos entrelazadas en la espalda. Temía que la demora de don Jaime en jurarle fidelidad no era más que una argucia por algún oscuro propósito. ¿Estaría armando un ejército? ¿Necesitaba tempo para ganar partidarios a su causa? Sea como fuere el tiempo jugaba en

contra del conde. Si tenía algún plan debía desarrollarlo lo antes posible, pues pronto se celebrarían las Cortes. En Zaragoza se congregarían los notables, clérigos y representantes aragoneses. El conde, aunque era catalán, estaba obligado a asistir, pues era dueño de numerosas propiedades en Aragón. Las Cortes revelarían sin margen de duda quién se había sometido a su voluntad y quién no—. El día 5 de septiembre se celebrarán las Cortes de Aragón. Espero que para entonces don Jaime me haya jurado como rey y señor. En caso contrario, iré a buscarlo personalmente a Lérida.

—Mi señor, no creo que sea sensato emprender una campaña militar contra Cataluña —comentó don Diego Gómez de Fuensalida.

—No es una campaña contra Cataluña, abad, es contra un rebelde —matizó el rey—. El parlamento de Tortosa me apoya, así como la Iglesia, las ciudades y los síndicos catalanes. Sólo la alta nobleza se resiste a mi gobierno. Quizá estén esperando una orden del conde para alzarse en armas —el rey se detuvo. Esta era una posibilidad nada descabellada. El temor a que la aristocracia catalana se sublevara empezó a pesar en su ánimo—. Si los notables catalanes osan rebelarse, si se atreven a cuestionar mi reinado, los exterminaré a todos. A todos. Con la traición, querido abad, no conviene ser tibio.

El clérigo no había dado mayor importancia a la dilación del conde para jurar fidelidad a don Fernando. Durante toda la reunión se mostró atento y receptivo, dispuesto a acatar de una vez por todas la autoridad del rey, pero ahora en la distancia, entendía perfectamente las suspicacias de don Fernando. Al clérigo le horrorizaba la posibilidad de que en Cataluña estallara la guerra entre los partidarios del rey y los del conde. Este miedo había confundido su percepción de lo acontecido durante la reunión y de los verdaderos motivos del conde para no jurar obediencia al rey. No obstante, una guerra sería un suicidio para el conde de Urgel. Don Jaime carecía de los apoyos suficientes, pues la inmensa mayoría de sus parciales ya habían jurado fidelidad a don Fernando. Pero en las guerras cualquier circunstancia inesperada podría revertir el curso normal de los acontecimientos. Don Fernando no podía transigir más con el conde o su autoridad sería cuestionada. Debía mostrar firmeza y actuar con contundencia ante sus súbditos y vasallos. Un reinado pusilánime y débil es terreno propicio para la rebeldía y el desorden.

—Hablaré con el conde y le persuadiré para que os jure obediencia antes de la celebración de las Cortes —aseguró con determinación el clérigo.

El rey desplazó una mirada gélida hacia el abad y dijo:

—Por el bien de mi *primo* —el rey pronunció esta palabra con una mueca de desprecio—, confío en que tengáis éxito. No pienso tolerar más demoras.

66

Balaguer, octubre de 1412

En septiembre se celebraron las Cortes en Zaragoza. Don Fernando juró los fueros, privilegios y leyes de Aragón y fue reconocido como rey. Dos días después, su hijo, el infante Alfonso, fue jurado como príncipe de Gerona y legítimo sucesor. La dinastía castellana de los Trastámara quedó definitivamente asentada en la Corona de Aragón. Pero a las Cortes no acudieron ni don Antonio de Luna ni don Jaime de Urgel. El conde justificó su ausencia por enfermedad, pero don Fernando, advertido de su insolencia y rebeldía, armó un ejército y marchó a Lérida al mando de dos mil lanceros. El rey entró en Cataluña y ordenó que mil lanzas, al mando del mariscal de Castilla don Álvaro de Ávila y de los aragoneses don Blasco Fernández Heredia, gobernador de Aragón, y de don Juan Fernández Heredia, marcharan hacia las tierras del conde en la comarca del Segre, mientras él se dirigía a Lérida con el resto de las tropas. Durante varias semanas los ejércitos castellanos devastaron los territorios del conde sin sufrir oposición. Quemaron las cosechas y saquearon el ganado dejando un rastro de ruina y hambre a su paso. Cuando hicieron todo el daño posible, se reunieron con las tropas del rey Fernando en Lérida, donde fueron recibidos con simpatía y cordialidad por las autoridades y el pueblo leridano.

En Balaguer, el conde Jaime contemplaba impotente el avance de las tropas castellanas. No había calculado que el rey de Aragón actuaría con tal contundencia simplemente por no haber acudido a las Cortes. Concluyó que bastaría con argüir cualquier excusa para eludir la ira del rey. Pero se equivocó. No sólo los castellanos habían arrasado sus tierras y propiedades, sino que habían entrado en Lérida sin oposición. Y según le habían informado, los leridanos le recibieron con gran júbilo y expectación, celebrando fiestas y juegos en su honor. La sumisión de los leridanos llenó de dudas su corazón siempre vacilante e inseguro. Sus parciales le abandonaban y Menaut de Favars seguía sin aparecer con los mercenarios gascones. ¿Realmente merecía la pena continuar la lucha? Sentado en una silla de tijera, frente a la chimenea de la sala principal de la torre del homenaje, don Jaime se masajeaba las sienes intentando desprenderse de un dolor que amenazaba con hacerle estallar la cabeza.

—Tu abuelo fue un gran hombre.

Don Jaime se apretaba las sienes con los pulgares, con la vista fija

en un tronco que crepitaba furioso cuando la resina que sudaba era lamida por las llamas, sin reparar en la aguda voz de su madre, que se encontraba sentada a sus espaldas, en una zona sombría próxima a una ventana. Era de noche y la luz de la luna llena acariciaba a doña Margarita confiriéndole una apariencia etérea, irreal, fantasmal. Era como un espectro que había sido liberado del infierno para anunciar alguna terrible desgracia o para arrastrar a su oscura morada el alma de algún desdichado.

—¿Sabes que hizo cuando su hermano, el rey Pedro IV, nombró a su hija doña Constanza su heredera?

—Lo sé, madre.

—¿Cómo se le pudo ocurrir a don Pedro nombrar sucesora a su hija? —prosiguió doña Margarita ignorando la respuesta del conde—. En ausencia de un heredero varón, el siguiente en la línea sucesoria del rey Pedro era su hermano, tu abuelo Jaime. Era un hombre valiente y audaz. Jamás se dejó avasallar por nadie. Ni siquiera por su hermano, el rey de Aragón.

—No le conocisteis —repuso don Jaime negando aburrido con la cabeza. Había escuchado la historia cientos de veces—. Murió cuando mi padre tenía siete años.

—Cuando supo que el rey Pedro había nombrado a su hija su sucesora, tu abuelo armó un ejército y apoyado por notables de todo el reino defendió sus legítimos derechos al trono —continuó doña Margarita ignorando de nuevo a su hijo—. Don Pedro le acusó de traidor en las Cortes de Aragón, pero no tuvo valor para enfrentarse a él. Tal era su temor, que le invitó a su boda con doña Leonor de Portugal.

Don Jaime se giró y buscó con la mirada a su madre. Se sobresaltó al descubrir su figura enjuta oculta entre las sombras, apenas iluminada por la plateada luz de la Luna.

—Murió poco después de la boda. Se sospecha que fue envenenado por orden del rey —explicó don Jaime, aunque la condesa-viuda bien que conocía esa parte de la historia.

—Se desconocen los verdaderos motivos de su muerte —replicó la anciana.

—Tenía veintisiete años y no padecía enfermedad alguna. Lo envenenaron. Eso fue lo que consiguió mi abuelo por enfrentarse a su hermano; ser asesinado.

—Tu abuelo defendió su legítimo derecho al trono. Eso fue lo que hizo y eso es lo que tienes que hacer tú.

—¿Aunque sufra el mismo destino que mi abuelo? ¿Aunque muera en el empeño?

Doña Margarita suspiró. Había sido idea suya que su hijo no asistiera a las Cortes de Zaragoza y así evitar jurar lealtad a don

Fernando. Confiaba en que el capitán gascón hubiera regresado antes a Balaguer al mando de miles de mercenarios gascones e ingleses. Entonces, apoyado por don Antonio de Luna se revolvería contra el yugo del usurpador. Pero Menaut de Favars llevaba semanas sin dar señales de vida. ¿Habría huido a Gascuña con el oro que le entregaron para contratar a los mercenarios? Esta era una posibilidad que le aterraba. Sus tropas y las de don Antonio de Luna no eran suficientes para vencer a don Fernando. Necesitaba a los mercenarios. Pero estos no llegaban. Debía suplir la falta de soldados con audacia. Una vez más, necesitaba ganar tiempo. Y, sobre todo, convencer a su desanimado hijo de que la victoria era posible.

—Muchos de los que hace meses presumían de ser tus parciales, ahora rinden pleitesía a un rey extranjero —explicó doña Margarita—, pero la voluntad de los traidores es frágil y variable. Fácil de manipular. Basta una victoria o un rumor para que todos los que te han abandonado regresen al redil —hizo una leve pausa para que sus palabras fueran moldeando lentamente la voluntad de su hijo—. Los aragoneses están descontentos con la presencia de las tropas castellanas. Actúan de forma arrogante y pendenciera, pues se sienten amparados y protegidos por el infante. Además, muchos capitanes están decepcionados y enojados con él, pues no han recibido ni las pagas ni las recompensas prometidas. Las tropas descontentas son proclives a la desobediencia y a la rebelión. Bien sabes que mantener un ejército alejado de las fronteras es costoso. Y más si en este anida la sombra de la insubordinación. A nadie sorprendería que el infante los devolviera en breve a Castilla.

—Pero ahora están en Lérida y pronto avanzarán hacia Balaguer —afirmó don Jaime con un timbre de temor en su voz.

—No voy a negar que la ausencia de noticias de Menaut de Favars ha supuesto un inesperado contratiempo, pero aún no está todo perdido.

—¿Pretendes que sigamos luchando? —preguntó sorprendido—. Sin *las compañías* gasconas de ningún modo podremos derrocar al infante.

—Si en breve no tenemos noticias del gascón, enviaremos a don Antonio de Luna a Aquitania.

—¿A Aquitania? —repitió el conde con los ojos entornados.

—Negociará con el duque de Clarence la intervención inglesa en la guerra.

—El duque es el segundo hijo del rey Enrique de Inglaterra… —susurró admirado don Jaime. La implicación de Inglaterra en la guerra arrastraría a un gran número de notables aragoneses a su causa. Sería el golpe definitivo contra el usurpador. Debía confiar más en su madre. Siempre encontraba alguna forma audaz de poner en aprietos

al infante. Quizá aún no estaba todo perdido. Su madre estaba convencida de que sería rey, ¿por qué él seguía hostigado por el miedo, la inseguridad y las dudas?—. ¿Hasta dónde pretendes llegar? ¿Qué quieres de mí? —preguntó, rendido a la absorbente y nociva personalidad de la anciana.

—Quiero que luches por lo que te corresponde, por lo que mereces. Que defiendas con la fuerza de las armas tu derecho al trono de Aragón. Quiero que ocupes el lugar que Dios y la historia te tienen reservado. Quiero, hijo mío, que seas rey.

—¿Aunque me cueste la vida?

—Mejor morir luchando con honor en defensa de tus derechos al trono que entregarle el reino a un castellano.

Doña Margarita se incorporó de la silla y se aproximó a su hijo, abandonando las trémulas sombras donde había permanecido oculta durante toda la conversación. Posó su mano con suavidad sobre su hombro y le dijo:

—Tu abuelo prometió no cortarse los cabellos ni afeitarse la barba hasta que fuera rey. Su rostro le recordaría todos los días que tenía una deuda pendiente con su estirpe, con Dios y con la historia de Cataluña.

Don Jaime asintió. No tardó en entender lo que la condesa-viuda pretendía de él.

—Sea madre, yo tampoco me cortaré los cabellos ni me afeitaré la barba hasta que sea rey de Aragón. Este es mi compromiso.

Doña Margarita de Montferrato sonrió satisfecha.

—*Fill, o rei o res.*

—O rey o nada —repitió el conde. Había dado comienzo un viaje sin retorno.

67

Burdeos, octubre de 1412

Sir Thomas Plantagenet, duque de Clarence y segundo hijo del rey Enrique IV de Inglaterra, miraba distraído por la ventana el lento discurrir del río Garona, cuando un paje le anunció la llegada de una delegación del conde de Urgel. Estaba bien informado de todo lo que acontecía más allá de los Pirineos y de la elección como rey de Aragón de don Fernando por una asamblea de nueve diputados, en detrimento, precisamente de don Jaime. Una decisión que el duque entendía como exótica y extravagante, propia de costumbres antiguas y bárbaras, pues los tronos o se heredan o se toman por la fuerza. Un rey jamás debe ser elegido. Sir Thomas se hallaba en Aquitania preparando con el duque de Orleans la invasión de Francia en un nuevo capítulo de la interminable guerra que se empeñaban en librar ambos reinos. El duque de Clarence autorizó la visita con un gesto de mano y tomó asiento en un sitial elevado. Al poco hicieron entrada dos embajadores aragoneses.

—Alteza real —saludó en un inglés más que aceptable don Antonio de Luna con una inclinación de cabeza.

Saludo que repitió su acompañante, don García de Sesé, hijo de don García López de Sesé, y primo de don Antonio de Luna.

—Sed bienvenidos —dijo el duque con un leve asentimiento. Se trataba de un joven apuesto de algo más de veinte años, de cejas finas, nariz recta y labios gruesos en una barbilla estrecha y bien perfilada.

—Mi nombre es don Antonio de Luna y él es el caballero don García de Sesé, venimos en nombre y representación del rey de Aragón, don Jaime.

—Corregidme si me equivoco, pero creo que el rey de Aragón es don Fernando de Trastámara —dijo el duque con las cejas arrugadas.

—El infante es un usurpador —intervino don García de Sesé, un notable aragonés de complexión fornida, mirada intensa y mentón rasurado y anguloso. La familia Sesé era fiel partidaria del conde de Urgel y de don Antonio de Luna, a quien acogió y protegió tras el

asesinato del arzobispo de Zaragoza, hecho por el que los Sesé fueron excomulgados por el papa Benedicto XIII.

—Entiendo… —dijo el duque de Clarence entornando los ojos.

Ante la falta de noticias de Menaut de Favars, doña Margarita de Montferrato envió un mensaje a don Antonio de Luna para que se reuniera con sir Thomas Plantagenet en Aquitania. Era imprescindible conseguir su apoyo para contener a los castellanos antes de que estos llegaran a los muros del castillo de Balaguer.

—Mi señor, el legítimo rey de Aragón, solicita vuestra ayuda para recuperar el trono que tan injustamente le ha sido arrebatado —dijo don Antonio de Luna.

—Bueno, realmente no se puede perder lo que nunca se ha tenido —observó divertido el duque—, aunque he de reconocer que no conozco todos los detalles de la elección.

—Un parlamento de nueve compromisarios se reunieron en Caspe y…

El duque alzó la mano y don García de Sesé se detuvo.

—Sinceramente, tampoco me interesan —comentó sir Thomas Plantagenet con un tono que sonó algo brusco.

—Sois un hombre práctico a quien no interesa perder el tiempo —intervino don Antonio de Luna con una mueca a modo de sonrisa—. Sea, iremos directamente al grano; el rey de Aragón os solicita mil caballeros y tres mil arqueros para recuperar el trono. A cambio, don Jaime ofrecerá en matrimonio a su hija mayor, doña Isabel, a vuestro hijo Henry.

El duque de Clarence se casó en 1411 con lady Margaret Holland, hija del conde de Kent. No habían tenido descendencia, pero lady Margaret tenía seis hijos de su primer matrimonio con sir John Beaufort, conde de Somerset, fallecido en 1410. El mayor era Henry de once años. Sir Thomas Plantagenet se mesó indiferente la barbilla. Consideraba que don Jaime era un rebelde que pretendía servirse de sus soldados para alzarse con un trono que desconocía si realmente merecía. Sea como fuere, el riesgo y el coste eran demasiado altos para tan exigua recompensa. Se disponía a despedir a la delegación aragonesa cuando don Antonio de Luna, adivinando su desinterés, se apresuró a añadir:

—El acuerdo también incluye el reino de Sicilia.

El duque de Clarence miró con más atención al aragonés.

—¿Sicilia? —preguntó algo confuso.

—Si mi señor recupera el trono de Aragón, os concederá los títulos y derechos sobre el reino de Sicilia. Vos seríais rey.

Sir Thomas se recostó en el sitial. Quizá un reino sí mereciera el esfuerzo.

—Aragón e Inglaterra estarían unidas por lazos familiares —

comenzó a decir don García de Sesé—. Es de recibo que esta relación sea afianzada con una alianza militar que os sería de gran ayuda en vuestra guerra contra Francia.

El duque le miró con interés. Sus labios esbozaron una sonrisa difícil de disimular. Era el segundo hijo del rey Enrique IV, el trono de Inglaterra estaba reservado a su hermano mayor el príncipe Enrique. Las posibilidades de reinar en Inglaterra eran muy limitadas, en cambio, las de ser rey de Sicilia sonaban realmente atractivas a sus oídos. No obstante, cualquier intervención militar en Aragón debía ser autorizada por su padre, el rey de Inglaterra. Pero estaba convencido de que no sería demasiado difícil de convencer. Con los aragoneses como aliados, sería mucho más sencillo doblegar a los tercos franceses, pues se abriría un inesperado frente por el sur. París caería en manos inglesas si les atacaba simultáneamente desde Aquitania, Gascuña y ahora Aragón. Y si la capital francesa caía, probablemente lo haría todo el reino. Inglaterra ganaría la guerra. Y todo habría sido gracias a él, a su pacto con los aragoneses. Su padre, Enrique IV, sería por fin rey de Francia. ¿Con qué títulos, riquezas y propiedades le gratificaría? Daba igual, ninguna recompensa, por grande que fuera, igualaría a todo un reino.

—No voy a negar que vuestra propuesta me parece interesante —comenzó a decir el duque, intentando reprimir la emoción que le recorría todo el cuerpo—. Permitidme que la medite durante unos días.

—Mi señor, las tropas castellanas se hallan a pocas leguas de Balaguer, donde se encuentra el legítimo rey de Aragón acuartelado con sus parciales —explicó don Antonio de Luna con gesto apremiante —. Tiempo, precisamente, es lo que menos tenemos.

—Os entiendo, pero antes de tomar una decisión, debo hacer una serie de consultas a Londres —repuso con acritud el duque, a quien no agradaba que nadie le presionara.

Don Antonio de Luna inclinó levemente la cabeza. Tanto la suerte del conde como la suya dependían de la intervención inglesa en Aragón. No era prudente irritar al duque.

—Disculpad, mi señor. No era mi intención importunaros. Regresaremos de inmediato a Aragón, donde nuestros servicios son necesarios. Allí esperaremos vuestras noticias.

El duque asintió y les despidió con un movimiento de mano. Cuando los enviados aragoneses se hubieron marchado, pidió pluma y pergamino. Tenía un documento urgente que enviar a Londres.

68

Lérida, octubre de 1412

El rey Fernando se alojó en el castillo de Lérida, donde estaría bien protegido ante un intento de ataque. Las autoridades y el pueblo lo recibieron con gran entusiasmo y cordialidad, no obstante, aún eran numerosos los partidarios que el conde tenía por aquellas tierras próximas a Balaguer. Era conveniente ser prudente y el castillo, situado en una colina y rodeado de gruesas murallas, ofrecía protección suficiente al nuevo rey de Aragón. El alcaide don Guillem de Masdovelles le informó que en 1150 en ese mismo castillo se celebró el enlace entre doña Petronila de Aragón y el conde Ramón Berenguer IV, que selló la unión entre el reino de Aragón y el condado de Barcelona. Posteriormente, en 1214 los notables catalanes y aragoneses juraron fidelidad al infante Jaime, futuro rey Jaime I *el Conquistador*. Los muros del castillo de Lérida rezumaban historia por los cuatro costados. Por tal motivo, don Fernando interpretó como un buen augurio la visita de una embajada enviada por el conde de Urgel. El rey se encontraba en una amplia sala de la que colgaban reposteros con las barras doradas y rojas de las enseñas aragonesas. Era una sobria estancia de la que destacaba un trono elevado sobre un escaño, flaqueado por dos bancadas de madera oscura de nogal con respaldo labrado con representaciones de santos y apóstoles. Don Fernando estaba sentado en el trono. A ambos lados, sentados en las bancadas, le acompañaban don Diego Gómez de Fuensalida, abad de Valladolid; don Alfonso Enríquez, almirante de Castilla; don Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo mayor y los aragoneses don Bernardo de Centelles y don Lope de Urrea. Los embajadores catalanes Ponce de Perellós, don Francisco de Vilanova y fray Dalmau Çacirera hicieron acto de entrada con gran solemnidad.

—Mi señor —saludó Ponce de Perellós con una respetuosa inclinación de cabeza—, el conde Jaime os presenta sus respetos. Me complace informaros que nos ha encomendado el honor y la responsabilidad de juraros obediencia en su nombre. —Alargó el brazo y le entregó al rey un documento.

Un murmullo de incredulidad recorrió la estancia. Los notables allí presentes intercambiaron miradas de confusión y sospecha. ¿Sería una nueva artimaña del conde? Don Fernando leyó el documento y se lo ofreció al abad de Valladolid. Este se levantó del escaño, lo leyó en silencio y dijo:

—Es cierto, mi señor, el conde de Urgel ha nombrado procuradores al caballero Ponce de Perellós, a don Francisco de Vilanova y fray Dalmau Çacirera para que en su nombre os juren obediencia. Este poder notarial lo certifica.

—El conde siente el malentendido generado por su ausencia en las Cortes de Zaragoza —comenzó a explicar Ponce de Perellós—. En ningún momento tuvo intención de enemistarse con vos. Como os dije en la reunión que mantuvimos en el palacio de la Aljafería, simplemente desea recuperar la fortuna que perdió durante el proceso de elección de rey.

—Y en esa reunión le concedí ciento cincuenta mil florines y el ducado de Montblanc —repuso el rey con aspereza—. Sólo exigí que su juramento se realizara antes de la reunión de las Cortes. El conde no cumplió.

—Mi señor, tampoco el conde recibió el pago convenido ni el título de duque de Montblanc —recordó Ponce de Perellós.

—Ese dinero y ese título era la recompensa por jurar obediencia y fidelidad. Juramento que nunca llegó a materializarse. La obstinación del conde me ha generado grandes molestias y gastos.

—Y don Jaime lo lamenta profundamente, mi señor.

—Por tal motivo estamos hoy aquí —intervino fray Dalmau Çacirera, un anciano de corta estatura y rostro redondo de mejillas sonrosadas que vestía un viejo y desgastado hábito franciscano—, para reparar ese malentendido.

—¿Me juraréis entonces obediencia en nombre del conde? —preguntó don Fernando enarcando desconfiado una ceja.

—Es el deseo de don Jaime —respondió Ponce de Perellós.

—Mi señor, el conde se encuentra muy apurado por esta situación —explicó el fraile—. Tropas castellanas han asolado sus propiedades causando grandes destrozos e incontables pérdidas económicas. Lamenta haberos ofendido o que hayáis considerado que su intención era rebelarse contra vuestra legítima autoridad. Nada tiene que reprocharos y asume toda la responsabilidad en todo este asunto, pero fue la enfermedad lo que le impidió juraros fidelidad en las Cortes, no una supuesta rebeldía que en ningún caso ha germinado ni en su corazón ni en su ánimo. Sino todo lo contrario. Tal es su voluntad de estrechar lazos con el rey, que os suplica que consideréis el matrimonio de vuestro hijo, el infante Enrique, con su hija doña Isabel.

—A falta de herederos varones, doña Isabel heredará el título y las propiedades de don Jaime —terció don Francisco de Vilanova, notable catalán de unos cuarenta años, barba espesa y oscura, y ojos negros e intensos coronados por espesas cejas.

Don Fernando se mesó pensativo la barba e intercambió una

mirada con el abad de Valladolid. Había calculado casar a su hijo el infante Enrique, maestre de la Orden de Santiago, con doña Catalina, la hermana del rey Juan de Castilla, pero un matrimonio con la hija del conde tampoco era mal negocio. Su hijo sería conde de Urgel, un título prestigioso y cargado de significado. El abad se agachó y le susurró al oído:

—Si aceptáis, el conde se quedará sin excusas para no rendiros homenaje.

Don Fernando asintió levemente. Habían pasado dos años desde la muerte de don Martín. Durante todo este tiempo Aragón había permanecido sin rey ni gobierno y muchos eran los asuntos que reclamaban su atención. No podía dedicar todo su tiempo a someter al díscolo del conde. Doña Isabel, la hija de don Jaime, tenía sólo tres años y su hijo don Enrique doce. Tendrían que esperar once años para celebrar el enlace, pero con el acuerdo de matrimonio debería ser suficiente para apaciguar los ánimos rebeldes del conde.

—Sea pues —aceptó don Fernando—. Mi hijo el infante Enrique se casará con doña Isabel, la hija mayor del conde.

Los embajadores catalanes asintieron satisfechos.

—Y decidle al conde que reitero mi compromiso de entregarle ciento cincuenta mil florines y el ducado de Montblanc. Es más, como muestra de mi felicidad por haber reconducido nuestra relación, añadiré la villa de Tárrega y una renta anual de dos mil florines a su esposa, doña Isabel, y a su madre, doña Margarita de Montferrato —el rey se incorporó del trono y se acercó a los embajadores. Tomó de los hombros a Ponce de Perellós y añadió—: Don Jaime disfrutará de un lugar destacado en la Corte y entre mis consejeros de confianza.

—Mi señor, el conde os estará muy satisfecho y agradecido por vuestra infinita generosidad.

—Bien, me juraréis fidelidad en su nombre el día de San Simón y San Judas, en la Iglesia Mayor de Lérida.

—Será un honor y un privilegio —dijo Ponce de Perellós.

—Podéis retiraros.

El 28 de octubre de 1412, en la Iglesia Mayor de Lérida, en presencia del obispo de Barcelona, del abad de Valladolid, del gobernador de Cataluña y de numerosos notables castellanos y aragoneses, los procuradores del conde de Urgel juraron en su nombre fidelidad y obediencia al rey Fernando de Aragón. Las disputas entre el rey y el conde parecían que, por fin, habían quedado resueltas.

69

Barcelona, marzo de 1413

Solucionadas las desavenencias con el conde de Urgel, don Fernando celebró las Cortes de Cataluña en Barcelona, donde, tal y como se había comprometido, juró los fueros y privilegios del pueblo catalán. Por su parte, los notables prestaron homenaje y juramento de fidelidad a don Fernando como rey de Aragón, y a don Alfonso como su legítimo sucesor. Las sesiones de la Cortes se desarrollaron con total normalidad. Pero por desgracia, no todo era paz en Aragón. Don Antonio de Luna, refugiado en su inexpugnable fortaleza de Loarre, seguía empeñado en revolverse contra el rey y había contratado los servicios de *compañías* gasconas que correteaban descontroladas por el norte de Aragón al mando de Menaut de Favars.

—Nos han informado de que el gascón Menaut de Favars se refugió en Loarre antes de atacar los castillos próximos a la frontera —le anunciaba don Diego Gómez de Sandoval.

El rey se encontraba dando un paseo a caballo por las afueras del monasterio de Valldonzella, donde había fijado su residencia. No había pasado mucho tiempo desde que la ciudad de Barcelona fuera azotada por la peste y era conveniente estar alejado de gentes y multitudes. Le acompañaba el abad de Valladolid y don Álvaro de Ávila, mariscal de Castilla.

—¿Creéis que el conde Jaime está detrás de estos ataques? —preguntó el rey con gesto preocupado.

—Lo desconocemos, mi señor, pero es una posibilidad que no deberíamos ignorar —respondió con voz grave don Álvaro de Ávila, un recio soldado de cerca de cuarenta años, con la tez curtida por el sol, barba espesa pincelada con hebras plateadas, frente despejada y nariz gruesa.

—No lo creo, mi señor —intervino el abad de Valladolid—. Habéis sido extremadamente generoso con él. El conde es muy ambicioso, pero no es estúpido.

—¿Entonces qué pretende don Antonio de Luna? Su rebeldía no tiene ningún sentido.

—Ha sido excomulgado y sus propiedades confiscadas. Quizá pretenda forzaros a alguna suerte de negociación —sugirió el mariscal castellano.

—Fue el papa Benedicto quién le excomulgó, sólo él podría

levantarle el castigo —dijo don Fernando.

—Pero vos podríais mediar con el papa, al igual que con las Cortes aragonesas para que le devuelvan las propiedades confiscadas —dijo don Álvaro de Ávila—. No estoy diciendo con esto que debáis hacerlo, mi señor, simplemente estoy intentando buscar una explicación a los ataques de don Antonio de Luna.

—Ha contratado mercenarios gascones —afirmó don Diego Gómez de Sandoval—. Son soldados experimentados y caros. Muy caros. Alguien le debe estar financiando. Dudo mucho que después de haberse quedado sin bienes ni propiedades, don Antonio disponga de muchos recursos.

Don Fernando asintió. El nombre del conde de Urgel volvió a surgir en su mente.

—Don Jaime se encuentra en Balaguer y no nos consta que se haya reunido con el señor de Almonacid —observó el abad de Valladolid.

—No es necesario que se reúnan para conspirar, basta con enviarse mensajeros —replicó don Álvaro de Ávila.

El rey detuvo el paso y descabalgó. Se encontraban en un bosque de pinos, retamas y quejigos. El cielo estaba despejado y el sol se encontraba en lo más alto. Habían ascendido a una pequeña colina. A pocas leguas se distinguían el monasterio de Valldonzella y la ciudad de Barcelona. Los notables castellanos descabalgaron. El capitán de la guardia real y la veintena de jinetes que le escoltaban no perdían detalle de los alrededores. Todos eran castellanos. Que la guardia personal del rey fuera castellana revelaba que don Fernando no confiaba plenamente en sus vasallos aragoneses.

—Don Antonio merodea por Jaca —prosiguió don Álvaro de Ávila—. Ha saqueado la Peña y Biniés. Después huyó con el botín a Gascuña por el Valle de Hecho.

—Mucho me temo que con el dinero obtenido de la rapiña contrate a más mercenarios —dijo oportunamente el adelantado de Castilla.

—Debemos proteger con mayor empeño los pasos de los Pirineos —dijo el rey con determinación—. No es de recibo que tropas mercenarias crucen nuestras fronteras con tanta facilidad. *Las compañías* asolan nuestras comarcas, matan o arruinan a nuestras gentes y luego regresan a Gascuña con el botín de sus correrías. Esto ha de terminar.

Don Fernando desvió la vista hacia Barcelona. Su gesto mostraba una honda preocupación. Había contenido la ambición del conde de Urgel con oro y títulos, pero don Antonio de Luna era distinto. No era de esos hombres que ponían precio a su rebeldía. Era un fanático peligroso. Un loco. ¿Quién sino un desquiciado es capaz de asesinar y mutilar a un arzobispo? Desconocía cuáles eran sus propósitos, pero algo estaba seguro; don Antonio de Luna no se detendría ante nada ni

ante nadie. Había sido excomulgado. Su alma ardería por siempre en los infiernos. ¿Qué más podría perder? Nada tiene un hombre más valioso que su alma inmortal. El enemigo más peligroso es aquel que no tiene nada que perder. Había que exterminarlo como a un perro rabioso.

—Enviad tropas al norte, a Huesca, al mando de los capitanes don Suero de Nava y don Francisco de Eril —El rey fijó la vista en el mariscal de Castilla—. Quiero ver la cabeza de don Antonio de Luna clavada en una lanza.

—Y la veréis, mi señor, os lo aseguro —dijo con gélida determinación don Álvaro de Ávila.

Don Fernando apretó los labios preocupado. Las aisladas algaradas de don Antonio de Luna eran el inicio de un conflicto mucho más dramático y terrible. Cuatro gotas no hacen diluvio, pero todo diluvio empieza con cuatro gotas.

70

Balaguer, abril de 1413

—¡Madre, madre! —gritaba don Jaime dando largas zancadas por los pasillos del castillo—. ¡Madre!

Doña Margarita de Montferrato estaba sentada en un banco de piedra en el patio de armas. Era una mañana espléndida. Disfrutaba sintiendo sobre su arrugada piel los tibios rayos del sol de primavera. Vio cómo su hijo salía de la torre del homenaje y se dirigía hacia ella a toda velocidad. Su mano derecha portaba un legajo.

—¡Madre! —exclamó el conde casi sin resuello.

—¿Qué ocurre hijo? ¿A qué viene tanto revuelo?

—Es un mensaje de don Antonio de Luna —respondió don Jaime mostrándole el documento—. ¡Ha tomado el castillo de Trasmoz!

Doña Margarita leyó el mensaje y sus labios esbozaron una sonrisa.

—No sólo ha arrebatado la fortaleza a don Fadrique de Aragón, sino que ahora por toda la comarca ondean victoriosas nuestras banderas —dijo entusiasmado el conde.

—Hijo mío, esta es la primera victoria de otras muchas que estarán por llegar, hasta que logres lo que por derecho te corresponde.

Después de largos meses sin tener noticias, el capitán gascón Menaut de Favars cruzó la frontera aragonesa por Navarra con un ejército de mercenarios gascones e ingleses. Hizo de Loarre su cuartel general y junto con don Antonio de Luna y el conde de Urgel idearon un plan de ataque con el propósito de destronar al rey castellano y proclamar al conde en su lugar. El regreso del gascón marcó el inicio de las hostilidades. De momento debían parecer los ataques aislados de un resentido, de un proscrito. Una vez que don Antonio sumara más victorias y conquistas, don Jaime abandonaría la madriguera donde se había ocultado y atacaría a don Fernando para lograr por la fuerza de las armas lo que los compromisarios le negaron en Caspe. La conquista de Trasmoz fue esa primera victoria, pero aún era pronto para desvelar sus verdaderas intenciones.

—¿Has recibido noticias de Basilio de Génova?

—Está en la frontera con sus hombres, en espera de nuestras órdenes.

—¿Y de los mercenarios franceses? —preguntó doña Margarita.

Don Jaime asintió varias veces entusiasmado y respondió:

—Eimeric de Comenge y Juan de Malleó cruzarán la frontera en septiembre por el condado de Castellbó. Serán más de dos mil caballeros, ochocientas lanzas y dos mil ballesteros. ¡Todos soldados bregados en cien batallas!

—Excelente, hijo mío —dijo satisfecha la anciana—. Armarás un ejército formidable, invencible.

—Y no olvidéis a los ingleses —añadió el conde—. Tres mil arqueros y mil lanceros. Aún estoy esperando la respuesta del duque de Clarence, pero estoy seguro de que aceptará mi generosa oferta. Le estoy ofreciendo un reino. Sería un necio si la rechazara.

Doña Margarita sonrió mostrando una boca desdentada. Esa idea, como otras tantas, había surgido de su malévola mente. Al igual que fue idea suya enviar procuradores a Lérida para que jurasen lealtad al rey Fernando en nombre de su hijo. Micer Francés de Moçon, el notario que firmó el poder, fue excomulgado por el papa Benedicto, pero este detalle muy pocos lo conocían. Y un documento firmado por un excomulgado carecía de valor. Su juramento fue una farsa, una mentira. Era tan válido como un maravedí de madera. Esta argucia sirvió para que don Fernando se confiara, permitiendo que el conde maniobrara con libertad y esperara la llegada de *las compañías* al tiempo que negociaba el apoyo militar del duque inglés. Miles de mercenarios cruzarían muy pronto las fronteras aragonesas. Nada podría evitar que su hijo derrocara al usurpador, por muchas tropas castellanas que acudieran en su auxilio.

—Debemos ser prudentes y no caer en un exceso de entusiasmo —aconsejó la anciana—. Todo marcha según lo previsto. No tomemos decisiones erróneas.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ordena a Basilio que cruce la frontera y ataque con sus mercenarios plazas pequeñas y desprotegidas. Sus ataques deben generar en el infante desconcierto, alarma, temor. Hemos conseguido que se confíe. Ha llegado el momento de demostrarle que no hay mayor error que menospreciar al enemigo.

71

Burdeos, abril de 1413

El 20 de marzo murió el rey de Inglaterra Enrique IV. Cuando la noticia llegó a Balaguer, el conde ordenó a don Antonio de Luna que viajara inmediatamente a Burdeos para entrevistarse con el duque de Clarence. Sir Thomas debía responder de una vez a su propuesta de intervenir en la guerra por el trono de Aragón a cambio de Sicilia y de la mano de su hija doña Isabel. Don Jaime temía que la muerte del rey inglés pudiera afectar a su decisión. Y debía saber a qué atenerse. No podía esperar más, pues pronto se lanzaría contra los castellanos y necesitaba saber si contaba con las tropas inglesas. A don Antonio de Luna le acompañaron en el viaje don García de Sesé y el gascón Menaut de Favars. La ciudad de Burdeos bullía de actividad. La muerte del rey de Inglaterra había causado una gran conmoción. Francia había aprovechado esos momentos de desconcierto e incertidumbre para atacar las posesiones inglesas en Aquitania. Llovía a mares y una multitud de gentes y soldados atestaban las estrechas y embarradas calles. Don Antonio se abrió paso a empellones entre la muchedumbre hasta que llegó al palacio del duque de Clarence. Media docena de soldados se interpusieron en su camino y les amenazaron con sus lanzas. Don Antonio se identificó al oficial de guardia y unos minutos después le autorizaron el paso. La actividad era frenética en el palacio del duque. Soldados subían y bajaban escaleras cargando baúles y pertrechos. Escoltados por cuatro guardias llegaron a las dependencias privadas del duque. Cuando entraron se encontraron a sir Thomas Plantagenet de pie, mirando con atención un mapa desplegado sobre la mesa.

—Mi señor, os saludo en nombre del rey de Aragón, quien os expresa su más sentido pésame, y os ruega aceptéis sus condolencias por la muerte de vuestro padre, el rey Enrique —dijo don Antonio de Luna, flanqueado por Menaut de Favars y don García de Sesé.

—¿En qué puedo servir al conde? —preguntó con frialdad el duque sin despegar la vista del mapa.

A don Antonio de Luna no le pasó desapercibido que el duque se dirigiera a don Jaime como «conde» en lugar de rey. Así como la indiferencia ante su llegada. ¿Tanto había afectado en su ánimo la muerte del rey de Inglaterra?

—Sabemos muy bien que la muerte de un rey siempre va

acompañada de nerviosismo y desconcierto. Don Jaime, el rey de Aragón —insistía don Antonio, para que el duque fuera asimilando quién, según él, era el verdadero y único rey—, quiere saber si vais a aceptar su propuesta. Entendemos que quizá no sea el mejor momento para vos, pero en Aragón ya se han abierto las hostilidades. Los partidarios de don Jaime hemos tomado el castillo de Trasmoz y en breve lanzaremos una campaña por todo el reino. El rey necesita saber si contará con vuestras tropas.

El duque de Clarence soltó un bufido. Otros asuntos más apremiantes que las luchas internas en un reino extranjero reclamaban su atención.

—Los franceses han aprovechado la muerte de mi padre para atacar las villas fronterizas de Aquitania y Gascuña —comenzó a explicar el duque, desviando la vista hacia el aragonés—. Las tropas del delfín de Francia, y del duque de Borgoña han pasado a la ofensiva —sir Thomas hizo una pausa y asintió—. Por supuesto que estoy interesado en la propuesta del conde… del rey de Aragón, pero ahora no puedo desprenderme de los soldados que me solicitasteis. Son demasiados.

Don Antonio cruzó los brazos en un evidente gesto de contrariedad. El duque aceptaba la propuesta de don Jaime, lo cual era una buena noticia; sin embargo, no podría enviar a Aragón las tropas comprometidas, algo que era de esperar después de encontrarse Burdeos sumida en una terrible confusión. Tenía todo el sentido que el delfín de Francia tomara ventaja de la muerte del rey de Inglaterra para intentar recuperar parte del territorio que le habían arrebatado los ingleses. La muerte de Enrique IV no podría haber ocurrido en peor momento.

—Mis obligaciones me impiden comandar las tropas solicitadas por el rey Jaime, pero enviaré a Aragón quinientos peones y una compañía de arqueros.

—¿Quién financiará estas tropas? —quiso saber don Antonio con tono seco.

El duque de Clarence desplazó la vista hacia el señor de Almonacid. Comenzaba a molestarle la presencia del aragonés.

—Yo sufragaré los costes de esos soldados durante dos meses. A cambio, don Jaime deberá entregarme el reino de Sicilia y concederle al hijo de mi esposa la mano de doña Isabel, tal y como fue convenido.

Los arqueros ingleses eran famosos por su letalidad. Las derrotas francesas en Crécy y Poitiers daban buena fe de ello, pero dos meses era tiempo insuficiente para ganar la guerra y el conde carecía de recursos para soportar su alto coste.

—No, mi señor, eso no fue lo convenido —protestó don Antonio—. Os recuerdo que el pacto incluía mil lanceros y tres mil arqueros.

Tropas comandadas y pagadas por vos hasta que mi señor expulsara al usurpador del trono.

—Esto es lo que os ofrezco. O lo tomáis o ya podéis regresar a Aragón —replicó el duque con firmeza, desviando de nuevo la vista hacia el mapa.

Menaut de Favars se aproximó a don Antonio y le susurró al oído:

—Aceptadlos. Nos serán muy útiles durante esos dos meses. Luego, ya veremos…

En los labios de don Antonio asomó una perversa sonrisa. Dos meses en una guerra es mucho tiempo. Una vez concluido el plazo acordado, podrían negociar con el duque que prorrogara su presencia en Aragón. Lo importante era contar cuanto antes con ellos.

—Sea, contad con el título de rey de Sicilia y con la mano de doña Isabel para el hijo de vuestra esposa a cambio de vuestra colaboración.

El duque asintió con los labios apretados y despidió a los enviados aragoneses con un movimiento de mano sin apartar la vista del mapa. Estaba preocupado por la sorprendente ofensiva francesa. Esa era ahora su mayor inquietud. Había ofrecido ayuda al conde aragonés, pero dudaba mucho si podría cumplir con su palabra. La compañía de arqueros sería imprescindible si los franceses seguían reuniendo tropas. Además, el duque omitió que, muerto su padre, necesitaba la aprobación de su hermano el rey Enrique V para disponer de unas tropas necesarias en la guerra contra los franceses. Al menos había logrado desprenderse de la irritante presencia de ese noble aragonés. Paso a paso. Ahora lo prioritario era contener a los ejércitos del delfín de Francia y del duque de Borgoña.

Don Antonio de Luna abandonó satisfecho Burdeos y se dirigió a Gascuña, donde se reunió con el capitán Basilio de Génova, a quien ordenó que cruzara las fronteras aragonesas con sus mercenarios. Pocas semanas después de su partida, regresaba a Loarre. Había cumplido con éxito las misiones encomendadas por el conde Jaime. En unos días Aragón sería devastada a sangre y fuego por un despiadado torrente de violencia irrefrenable.

72

Barcelona, junio de 1413

El rey de Aragón se encontraba postrado en sus aposentos del monasterio de Valldonzella. Tenía fiebre, sufría terribles dolores abdominales y orinaba sangre. Los médicos le administraron tisanas de hierbas y le aconsejaron que bebiera agua en abundancia. Pero sus males no remitían. La Corte estaba preocupada. *Las compañías* del capitán Basilio de Génova habían cruzado las fronteras por Navarra y devastado la comarca de Jaca. Las villas de Lorbés y Embún cayeron en sus manos y obligaron a sus habitantes a jurar como rey a don Jaime. Don Antonio de Luna había tomado el castillo de Montearagón y las tropas realistas de don Francisco de Eril fueron derrotadas en Margalef por don Ramón Berenguer de Fluvià. Don Fernando se encontraba enfermo y el avance de las tropas rebeldes era imparable. Nunca su corona, su dinastía, habían estado tan amenazadas.

Don Álvaro de Ávila caminaba dando largas zancadas por el claustro del monasterio. Acababa de recibir una carta del Parlamento de Cataluña. Sus labios apretados y su frente arrugada revelaban que no eran buenas noticias. Los rebeldes eran cada vez más numerosos. Los ecos de sus victorias se propagaron con asombrosa celeridad por toda Cataluña, sembrando de dudas los corazones de los notables más indecisos. El fuego de la rebeldía amenazaba con extenderse por todo Aragón. Y, por si fueran pocos los problemas que abrumaban al rey, ahora tenía en sus manos una carta que anunciaba más dificultades. Don Álvaro respiró hondo antes de entrar en los aposentos de don Fernando. No le agradaba importunarle, pero el asunto era de especial importancia. Abrió la puerta y entró. Gruesas cortinas tapaban las ventanas de una alcoba que olía a orines y a enfermedad. El mariscal quedó envuelto en la penumbra. Reparó en una sombra que estaba sentada en un escabel al lado del lecho del rey. El corazón le dio un vuelco. Sus ojos tardaron un instante en habituarse a la oscuridad y advirtió que la sombra siniestra que había confundido con la muerte era el médico de don Fernando. Suspiró aliviado.

—¿Qué tal se encuentra? —murmuró.

Don Fernando dormitaba arrebujado en gruesas mantas a pesar de que era primeros de junio y que la temperatura en la estancia era agradable.

—Algo más repuesto —respondió en un susurro el físico, incorporándose del escabel—. La fiebre ha remitido, pero su estado

sigue siendo grave.

Don Álvaro asintió con pesar desviando la vista hacia don Fernando.

—El rey debe descansar —sugirió el físico, un judío enjuto, algo encorvado, de barba rala, larga y gris.

—Asuntos urgentes requieren de su atención —dijo el mariscal en voz alta con la intención de despertar al rey.

—No está en condiciones —replicó el médico.

—¿Qué… qué sucede? —preguntó el rey con voz trémula, despertándose de su duermevela.

—Mi señor, ha llegado una carta urgente del Parlamento de Cataluña.

El rey intentó incorporarse, pero las fuerzas le flaqueaban. El físico le ayudó tomándole de los hombros.

—Podéis marcharos —dijo don Fernando al médico.

—Mi señor…

—Podéis marcharos —repitió.

El físico soltó un bufido de disconformidad y mirando al mariscal dijo:

—Os ruego que no le agotéis. Necesita descansar.

El mariscal no se molestó ni en mirarle, su mente estaba ocupada en las dificultades que estaban generando los enemigos del rey en Cataluña. El físico negó con la cabeza y abandonó la alcoba.

—¿Y bien? ¿Qué dice esa carta? —preguntó el rey con voz cansada. Cada palabra que pronunciaba le suponía un terrible esfuerzo.

—Es un documento que don Jaime ha enviado al Parlamento. —El mariscal de Castilla hizo una leve pausa, tomó un poco aire y prosiguió—: Revoca el juramento de obediencia y fidelidad que sus procuradores Ponce de Perellós, Francisco de Vilanova, y fray Dalmau Çacirera os hicieron en Lérida.

—¿Es que su palabra no vale nada?

—Se ha servido de una argucia.

—¿Qué argucia?

—Micer Francés de Moçon, el notario que firmó los poderes de los procuradores, estaba excomulgado —respondió el mariscal.

Los labios del rey esbozaron una amarga sonrisa. Sabía muy bien lo que eso significaba, pero don Álvaro se lo recordó:

—Está excomulgado, cualquier documento rubricado con su firma carece de valor.

—El conde no tenía intención de jurarme fidelidad en ningún momento —comentó el rey.

—El juramento de sus procuradores fue una burda farsa, una mentira. Posiblemente pretendía ganar tiempo para reunir partidarios

en Cataluña y contratar mercenarios en Gascuña. No hay duda de que el conde está detrás de esta sublevación.

El rey no lo podía entender. Le había ofrecido oro, títulos, propiedades y rentas. Incluso aceptó la boda de su hijo el infante Enrique con doña Isabel, la hija del conde. Había cedido a cada una de sus peticiones con el propósito de evitar la guerra. No era posible que el conde se alzara en armas contra su autoridad. No, no era posible.

—El conde no tiene motivo para sublevarse —repuso el rey, negándose a creer lo evidente.

—El Parlamento ha requerido la presencia de don Jaime de Urgel para que se explique, pero no ha obtenido respuesta. Mi señor, el conde está detrás de la financiación de las tropas mercenarias y de los ataques de Basilio de Génova y de don Antonio de Luna —insistió el mariscal.

—Le he concedido todo. Todo. ¿Qué es lo que quiere? —El rey sintió un pinchazo en el abdomen y contrajo el rostro de dolor.

—Vuestro trono, mi señor —respondió con contundencia el mariscal sin apartar la vista del gesto de sufrimiento del rey—. Hay que tomar graves decisiones con urgencia o lo conseguirá.

Don Fernando respiró hondo y apretó los dientes dolorido. Eran como terribles y dolorosas cuchilladas que al poco desaparecían. Lamentó encontrarse tan enfermo. Si se hallara en condiciones, armaría un ejército contra ese desagradecido y cobarde traidor, y lo comandaría personalmente.

—Dadme agua —ordenó.

Don Álvaro de Ávila tomó una jarra que había sobre una mesa auxiliar, llenó un cubilete y se lo ofreció al rey, quien bebió con fruición. No se había dado cuenta de lo sediento que se encontraba.

—Los mercenarios gascones que están asolando el norte de Huesca han entrado por Navarra, ¿verdad? —inquirió don Fernando.

—Unos por Andorra, otros por Cataluña y, efectivamente otros por Navarra. Desconocemos si don Jaime está en tratos con el rey Carlos.

—Enviad a Navarra una embajada con urgencia. Don Carlos debe impedir que más mercenarios crucen a Aragón por sus fronteras. Si persiste en franquearles el paso, lo trataré de enemigo y una vez someta la rebelión le ajustaré cuentas.

Don Álvaro de Ávila asintió algo más sosegado. Parecía que el rey estaba recobrando las fuerzas.

—Necesito que vayáis a Medina del Campo, a Cuéllar, a Arévalo. Debéis recorrer mis posesiones en Castilla y reunir a mis vasallos.

—Así haré, mi señor.

—Y hablad también con la reina-regente —prosiguió don Fernando —. Desconocemos de cuántos soldados dispone el conde. Necesitamos que doña Catalina autorice el envío a Aragón de más tropas

castellanas.

—¿Cuántas, mi señor?

—Las que sean necesarias para someter la sublevación.

—¿Qué tenéis pensado hacer con don Jaime? Debería ser castigado por su insolencia y rebeldía.

El rey había procurado por todos los medios que el conde se plegara a su autoridad, que le jurara obediencia y fidelidad. Había cedido a todas sus exigencias y aun así persistía en su rebeldía. Y además se había burlado de él. Don Jaime de Urgel envió procuradores para que le rindieran homenaje en su nombre cuando su juramento era nulo. El muy bastardo le había engañado. Don Fernando sentía como la ira ardía en sus entrañas. Deseaba aplastar al conde felón como si fuera una asquerosa cucaracha, pero había jurado los fueros y privilegios catalanes. Ya había reunido demasiadas enemistades en Cataluña como para también enfrentarse a su Parlamento.

—Convocaré las Cortes de Cataluña. Expondré la situación y serán los parlamentarios catalanes los que decidan cómo debo proceder con el conde.

El mariscal negó con la cabeza en silencio. Don Álvaro de Ávila era partidario de extirpar la traición de raíz, sin contemplaciones, sin diálogos ni negociaciones. No tenía sentido reunir a las Cortes. Además, el rey se hallaba demasiado débil y enfermo.

—Me recuperaré —susurró el rey, interpretando oportunamente los silencios del mariscal.

—Vos sois rey, no deberíais plegaros al criterio de nadie, y mucho menos de unos catalanes cuya lealtad es cuanto menos discutible —protestó el mariscal. No estaba nada convencido de que el rey pudiera recobrar las fuerzas necesarias para enfrentarse a los parlamentarios catalanes.

—Esto es Cataluña, no Castilla. Aquí conviene hacer las cosas de otra manera. Si el Parlamento se posiciona en contra del conde, este se quedará sin argumentos para persistir en su desobediencia. Y sus partidarios serán considerados rebeldes y traidores, y no sólo a mí, sino también al Parlamento y al pueblo catalán. Puedo vencer al conde con las armas, pero sin el apoyo del Parlamento, jamás podré ganarme la obediencia sincera y el respeto de los catalanes. Un rey no puede estar eternamente enfrentado a sus vasallos —concluyó entre jadeos. Estaba exhausto. Dio la conversación por terminada con un gesto de mano. Necesitaba descansar.

Don Álvaro le contemplaba con ojos preocupados. Grandes eran los desafíos que debía arrostrar y pocas, muy pocas, sus fuerzas. Los físicos eran pesimistas. Y tenían motivo. El rey se retorcía entre terribles dolores y una intensa fiebre le abrasaba el cuerpo sumiéndole

en incontrolables temblores. El mariscal dudaba no sólo de que pudiera contener la sublevación, sino de que sobreviviera a la enfermedad. Y si moría… El infante Alfonso había sido jurado príncipe de Gerona y legítimo heredero a la corona por las Cortes de Aragón, pero tenía tan sólo dieciséis años. Edad suficiente para reinar, pero escasa para gobernar. ¿Le aceptarían sus vasallos como rey? Los aragoneses y valencianos quizá, pero ¿y los catalanes? No, los catalanes de ningún modo le rendirán obediencia. Don Fernando debía vivir o la dinastía Trastámara sería borrada irremediablemente de Aragón. El mariscal lanzó un largo suspiro y abandonó la estancia invadido por una insoportable inquietud.

73

Balaguer, junio de 1413

El conde de Urgel disfrutaba de sus triunfos en el castillo de Balaguer. La sublevación marchaba mejor de lo previsto. Las villas caían en sus manos con facilidad y comarcas enteras del norte de Huesca le aclamaban como rey. Don Antonio de Luna y don Ramón Berenguer de Fluvià estaban haciendo un magnífico trabajo. Pero sus éxitos estaban empañados por un molesto inconveniente; el duque de Clarence aún no había enviado las tropas prometidas. De momento se trataba de un problema menor, pues todavía no las necesitaba, pero los arqueros ingleses eran imprescindibles si pretendía derrotar al usurpador. El conde paseaba a caballo por los alrededores del castillo. Le acompañaba don Ramón Berenguer de Fluvià, el célebre vencedor de Margalef. Una pequeña victoria que el conde había sabido muy bien rentabilizar magnificando su importancia y valor.

—El infante ha convocado las Cortes en Barcelona para el 26 de junio —anunció el caballero hospitalario.

Don Jaime asintió. Estaba al corriente de esa información.

—Es una maniobra hábil, no lo voy a negar. Pretende contar con las bendiciones del Parlamento antes de enfrentarse a mis ejércitos.

—Así es, mi señor. El infante ha sido muy astuto. Quiere trasladar a los consejeros que está dispuesto a respetar las leyes e instituciones catalanas, y a someterse a las decisiones de sus representantes. Si iniciara hostilidades sin el consentimiento del Parlamento, perdería muchos apoyos y simpatías entre los parlamentarios y los síndicos.

Paseaban por un monte de retamas y enebros. Les escoltaba una docena de jinetes. Era un día claro de finales de primavera. El monte olía a jara, romero y tomillo, y en el cielo volaban en círculo varios buitres oteando algún despojo que llevarse al pico. Don Jaime estaba satisfecho. Su estrategia de diseminar *las compañías* de mercenarios por todo Aragón estaba dando sus frutos. No se trataba de grandes villas ni de victorias aplastantes, sino de aldeas dispersas por las montañas y de pequeñas escaramuzas, como la de Margalef, pero el conde supo sacar provecho de cualquier victoria por insignificante que fuera.

—Posiblemente el Parlamento apoye al infante —comentó don Ramón.

—Tomaré buena nota de los traidores y les pediré explicaciones cuando sea rey —repuso el conde. Tenía los ojos entornados y los

labios muy apretados. Era incapaz de entender cómo don Fernando, un extranjero, podría disfrutar del apoyo de tantos catalanes. Una vez hubiera recuperado el trono, haría una buena purga. Se ocuparía personalmente de limpiar de traidores primero Cataluña y después el resto de la Corona de Aragón.

—Y yo os ayudaré encantado en ese menester —se ofreció el caballero hospitalario, quien sentía una enfermiza animadversión por los parlamentarios, consejeros y síndicos, pues suponían un obstáculo para el rey, quien de ningún modo debía rendir cuentas ante nadie, pues reinaba por obra y gracia de Dios y plegarse a los requerimientos de un Parlamento era cuestionar su Voluntad. Una herejía. Don Ramón sentía admiración por Castilla, donde el poder del rey no estaba tan sometido a las Cortes ni a los parlamentos, como sucedía en Aragón y especialmente en Cataluña.

—Me han llegado rumores sobre la salud del infante —dijo don Jaime—. Según parece, se encuentra muy grave.

—Quizá todos nuestros esfuerzos resulten inútiles y la Providencia nos facilite el trabajo —comentó don Ramón con esperanza.

—Es posible que el infante haya heredado la precaria salud de su hermano, el rey Enrique.

—Roguemos porque así sea. Su muerte nos evitaría muchos inconvenientes.

Que don Fernando muriera consumido por la enfermedad era una posibilidad cautivadora, maravillosa. Una suerte de castigo divino por haber cometido el terrible pecado de robarle el trono de Aragón. Un castigo, por otro lado, justo y proporcionado. Pero la muerte de don Fernando no le garantizaba el trono de Aragón. Un serio obstáculo se interpondría en su camino.

—Si el infante muriese, su hijo don Alfonso sería jurado rey y la guerra continuaría. Debo alzarme con el trono lo antes posible.

—Es cierto, mi señor. La muerte del infante allanaría el camino hacia la corona, pero aún serían numerosos los escollos que necesitaríais sortear. Como bien decís, don Alfonso sería uno de ellos, pero no sería el único. En el Parlamento se reúne un nutrido número de vuestros enemigos. Perros traidores que osarían ofrecer el trono de Aragón incluso a don Alfonso de Gandía antes que a vos.

El conde asintió. Don Ramón tenía razón. El Parlamento de Cataluña era un nido de víboras. Un problema que tendría que resolver una vez hubiera derrocado al castellano. No sería posible gobernar con un Parlamento colmado de traidores. Tenía grabada en su memoria los nombres de los parlamentarios que habían apoyado al infante, quienes, con su voto, habían ratificado su elección como rey por los compromisarios de Caspe. Eran la mayoría. Una mayoría incómoda de la que debería desprenderse.

—Necesitamos dar un importante golpe de mano —dijo don Ramón, distrayéndole de sus pensamientos.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el conde con los ojos entornados.

—Hasta ahora, sólo hemos tomado pequeñas villas y castillos. Debemos conquistar una ciudad importante que atraiga más partidarios a nuestra causa. Muchos catalanes odian ser gobernados por un rey castellano. Están agazapados, escondidos, esperando la ocasión para unirse a vos. La toma de una ciudad les alentaría a tomar por fin la decisión. Mi señor, con pequeñas victorias jamás podréis derrotar al castellano. Necesitáis de un gran triunfo que trascienda más allá de las fronteras de Aragón. Franceses e ingleses deben comprender que vais en serio en vuestras aspiraciones. Sólo así os ganaréis su respeto y admiración y, lo que más os importa; su apoyo.

—Supongo que ya tenéis esa ciudad en mente.

Don Ramón Berenguer de Fluvià sonrió.

—Lérida.

El conde asintió y se mesó pensativo su rojiza barba.

—Es una ciudad próxima a Balaguer —explicó don Ramón—. Y tenéis muchos partidarios en ella. No sería difícil persuadirlos para que os abran las puertas de las murallas o que provoquen disturbios y algaradas para distraer a sus defensores mientras nuestras tropas escalan sus muros. Si Lérida cae en vuestras manos, muchas otras ciudades lo harán sin rendir batalla. Ya puedo imaginar las enseñas de los Urgel ondeando en sus torreones.

—Sus muros son recios y está bien guarnecida. —El conde dudaba. La ciudad estaba protegida por don Riambau de Corbera, lugarteniente del gobernador de Cataluña y por el alcaide don Guillem de Masdovelles, ambos fieles al Parlamento y, por lo tanto, a don Fernando. Necesitaría la colaboración de sus parciales o el asalto sería un fracaso. Conquistar Lérida impulsaría sus aspiraciones al trono, pero si fracasaba, si no lograba tomarla, su prestigio y reputación serían gravemente dañados. Una victoria atrae partidarios con la misma facilidad que una derrota los repele. Era una apuesta considerable, pero el premio bien que merecía el riesgo. Con pequeñas victorias es complicado ganar una guerra. Don Fernando contaba con el apoyo de Castilla. Sus tropas y recursos eran casi inagotables. La guerra no podía alargarse en el tiempo. *Las compañías* eran extremadamente costosas y sus arcas se hallaban casi vacías. Si deseaba ser rey de Aragón debía apostar fuerte por ello. Y la toma de Lérida era una apuesta magnífica, colosal. Al igual que lo era la recompensa.

—Podemos lograrlo, mi señor —insistió don Ramón con determinación, cerrando con fuerza los puños ante el silencio

impregnado de indecisión del conde.

Don Jaime asintió varias veces y dijo:

—Sí, lo lograremos. ¡Conquistaremos Lérida! —exclamó entusiasmado.

74

Valladolid, junio de 1413

Doña Catalina de Lancaster recibió a don Álvaro de Ávila en el palacio de Valladolid. Con la reina-regente se encontraban don Juan de Velasco, don Diego López de Estúñiga y don Diego de Anaya Maldonado, obispo de Cuenca. El mariscal de Castilla había referido con detalle la necesidad de enviar más tropas al rey de Aragón para someter al conde de Urgel, pero tuvo la prudencia de omitir la grave enfermedad que padecía.

—¿Cuántos soldados hemos enviado ya a Aragón? —preguntó de forma retórica doña Catalina, una vez don Álvaro de Ávila hubo abandonado la sala. La reina-regente se había comprometido en darle una respuesta ese mismo día, pero precisaba conocer la opinión de sus consejeros—. ¡Si incluso el mariscal de Castilla está al servicio de don Fernando!

Doña Catalina se encontraba sentada en el sitial. Ella, al igual que don Fernando, también se encontraba enferma. Sus dolencias no habían remitido, sino todo lo contrario, habían empeorado con el paso del tiempo. Su debilidad le obligaba a permanecer sentada o postrada en la cama cada vez más tiempo. Le flaqueaban las fuerzas de brazos y piernas. Más de una vez se desplomó de bruces contra el suelo en uno de esos ataques en los que sus piernas se negaban a sostenerla. Y, a pesar de la insistencia de sus médicos, no había reducido un ápice su ingesta de comida y vino. Había ganado mucho peso. Su salud estaba muy mermada. Había perdido gran parte de la belleza que en el pasado enamoró al rey Enrique. La debilidad, la impotencia ante la enfermedad y su falta de voluntad para eludir el vino y las comidas abundantes le habían agriado el carácter.

—¿Cuánto ha costado a las arcas castellanas el capricho de mi cuñado de ser rey? ¿Cuánto más nos debe costar? ¿No es el rey de Aragón? Pues que actúe como tal y se sirva de las tropas aragonesas para someter a ese conde rebelde.

Los consejeros se mantuvieron en silencio. Conocían muy bien los arrebatos de la reina-regente. Sabían que lo más prudente era dejar que se desahogara, que verbalizara sus pensamientos. Una vez se hubiera calmado, probablemente entraría en razones.

—Mi señora —comenzó a decir don Juan de Velasco, cuando advirtió que la reina-regente había apaciguado sus ánimos—, vos sabéis mejor que nadie que después de la muerte de vuestro esposo el

rey Enrique, Dios lo tenga en su Gloria, entre don Fernando y yo estallaron fuertes discrepancias. Pero he de reconocer que siempre ha sido fiel a don Juan, vuestro hijo, y aunque me consta que pretendieron persuadirle para que le arrebatara el trono, siempre actuó con sincera lealtad y asumió con dignidad las responsabilidades que don Enrique le encomendó en su testamento.

—Eso es cierto —hubo de reconocer doña Catalina—, pero su fidelidad no fue gratuita. Sus hijos son maestres de Santiago y Alcántara y mi hija María está comprometida con su hijo el infante Alfonso.

—¿Y eso es malo, mi señora? —intervino don Diego López de Estúñiga, justicia mayor de Castilla—. Doña María será reina de Aragón, siempre y cuando don Fernando conserve la corona.

—El mariscal lo ha ocultado intencionalmente, pero todos sabemos que mi cuñado está gravemente enfermo —apostilló doña Catalina. Los consejeros asintieron con pesar. El precario estado de salud del rey de Aragón era bien conocido en las cuatro esquinas del reino—. Si enviamos tropas y don Fernando muriese, quedarán desasistidas en un reino extranjero.

—El mariscal Álvaro de Ávila es un experimentado militar, sabría cómo actuar llegado el caso —dijo don Juan de Velasco.

—¿Estáis sugiriendo que debo enviar más soldados a Aragón? —Doña Catalina se apoyó en los reposabrazos del trono y lanzó una mirada furiosa al camarero mayor del rey.

—Mi señora —terció don Diego de Anaya, obispo de Cuenca y uno de los hombres de su máxima confianza—, ese conde ha protegido a un tal don Antonio de Luna, un notable aragonés que asesinó cruelmente a don García Fernández de Heredia, arzobispo de Zaragoza. Un hombre de Dios con más de setenta años. Un pobre anciano. Tiemblo sólo de pensar que un tirano que protege a criminales de esa catadura se le permita gobernar un reino como Aragón. Vuestro hijo y Castilla se hallarían en constante peligro. Como regente, debéis proteger al rey y al reino de posibles amenazas. Y sin duda alguna ese conde es la peor de todas.

—Es cierto, mi señora —confirmó don Diego López de Estúñiga—. El conde Jaime es un peligro no sólo para don Fernando, sino también para Castilla.

—¿Y si don Fernando muriese? —preguntó doña Catalina.

—Si don Fernando muriese, Dios no lo quiera, sería vuestra obligación enviar aún más tropas si fuera preciso para defender los legítimos derechos de vuestro sobrino don Alfonso y de vuestra hija doña María al trono de Aragón.

—¿Legítimo? —doña Catalina soltó un soplido junto con una risa sarcástica—. Todos sabemos que mi cuñado tenía a sueldo a la

mayoría de los compromisarios reunidos en Caspe y que en la frontera aguardaban miles de soldados dispuestos a invadir Aragón si la elección no era de su agrado. Sus rivales no tenían ninguna posibilidad de ser elegidos. Ninguna.

—No voy a entrar en las motivaciones que condujeron a los compromisarios, todos ellos hombres sabios y formados, a decantarse por don Fernando —comenzó a decir el obispo de Cuenca—, pero al albor de los acontecimientos, me atrevería a afirmar con toda rotundidad que su decisión fue la más acertada. Ese conde es un desalmado tirano protector de asesinos. Un peligro para Aragón, para Castilla y para la cristiandad.

—Quizá don Fernando no sea el más legítimo de entre los candidatos —dijo don Juan de Velasco—, lo desconozco, pero sin duda es el más conveniente para los intereses de Aragón… y de Castilla.

—Por tal motivo lo apoyé, ¿o es que lo habéis olvidado? —espetó doña Catalina—. Buen uso hizo mi cuñado de mis ejércitos y de mis maravedíes.

—Y debéis seguir apoyándolo —afirmó don Diego, mirando a don Juan y a don Diego de Anaya, quienes confirmaron sus palabras con varios asentimientos.

—Es más sencillo sofocar la sublevación ahora, que aún está en ciernes, que cuando se haya extendido por todo el reino —afirmó el obispo de Cuenca—. Debemos actuar con presteza y decisión antes de que sea demasiado tarde. Si no lo hacéis por don Fernando hacedlo por doña María. No privéis a vuestra hija del trono que por derecho le corresponde.

Doña Catalina estaba agotada. En los últimos meses se cansaba con facilidad. Quizá demasiada. Sus labios dibujaron una amarga sonrisa. Se preguntaba quién estaría más grave de sus dolencias, quién viviría más años si ella o don Fernando. La enfermedad había acompañado a su marido el rey Enrique toda su vida hasta llevarlo a la muerte y ahora se cebaba con ella y con su cuñado. Era cruel, despiadada, insaciable. Pero si don Fernando moría y ella también, tanto Castilla como Aragón quedarían a merced de sus enemigos. El rey Juan de Castilla tenía siete años y el infante Alfonso dieciséis… Uno era aún un niño y el otro demasiado joven para gobernar. Ambos serían presa fácil en un mundo infestado de fieras hambrientas. Desconocía cuándo Dios reclamaría su presencia, pero con el corazón oprimido por la angustia y el dolor, entendió que no tardaría mucho. Y antes de marcharse, antes de abandonar definitivamente a sus hijos, debía dejarlos a buen recaudo y protegidos; don Juan asentado en el trono, doña María casada con el príncipe de Gerona y doña Catalina… Bueno a doña Catalina habría que encontrarle un buen matrimonio. Tenía

sólo nueve años, pero era conveniente dejar ese asunto cerrado cuando antes. La misión de una madre es proteger a sus hijos y prepararlos para afrontar con éxito los innumerables desafíos que se encontrarán a lo largo de su vida. Y ella debía hacerlo. Debía cuidar de sus hijos.

—Bien, apoyaré con dinero y soldados al rey de Aragón en su guerra contra ese conde rebelde —decidió al fin, pensando en lo conveniente que sería para su hijo don Juan que en Aragón reinara su hermana doña María. Ayudar a don Fernando era un buen negocio si con ello garantizaba la paz con los aragoneses. El conde de Urgel suponía una peligrosa amenaza que era preciso neutralizar.

—Es una decisión prudente y sabia —concedió el obispo de Cuenca con una sonrisa de alivio.

—Castilla será un lugar más seguro cuando ese don Jaime haya sido ejecutado —dijo don Juan de Velasco.

—Y también don Antonio de Luna. Ese criminal enemigo de Dios y asesino de arzobispos —espetó don Diego de Anaya Maldonado. Su voz, cargada de odio y deseos de venganza, resonó con gravedad en la sala.

—Recemos porque don Fernando se recupere de su enfermedad y someta a los rebeldes —dijo la reina regente y, mirando a don Diego López de Estúñiga, añadió—: Hablad con el mariscal de Castilla. Concretad las tropas que necesita mi cuñado y organizadlo todo para que marchen cuanto antes a Aragón. Podéis marcharos.

Los consejeros se despidieron con una inclinación de cabeza. Doña Catalina les siguió con la mirada hasta que se quedó sola. Cerró los ojos. Había ayudado a un Trastámara, al nieto del asesino de su abuelo don Pedro I, a alzarse con el trono de Aragón y ahora, además, le socorría con tropas y oro para aniquilar a sus rivales y ayudarle así a asentarse definitivamente en el trono. Se preguntaba qué habría opinado su madre doña Constanza de su decisión. Prefirió desechar tal pensamiento. Su madre estaría feliz de que su nieto don Juan fuera el rey de Castilla. De un modo u otro, se habían cerrado las heridas que abrió don Enrique II cuando asesinó a su hermano el rey Pedro I en Montiel. Y no era prudente volver a abrirlas. En Castilla y Aragón reinaban dos reyes que compartían el mismo apellido: Trastámara. ¿Serían ambos reinos gobernados en el futuro por un mismo rey? ¿Por un Trastámara? Probablemente. La ambición de esa familia no conocía límites.

75

Lérida, junio de 1413

Las Cortes catalanas apoyaron sin fisuras a don Fernando. El conde fue procesado por lesa majestad y sus bienes confiscados. Los parlamentarios sólo suplicaron al rey de Aragón que fuera generoso y clemente con él. Don Fernando debía entender el terrible dolor que le afligía por no haber sido elegido por los compromisarios de Caspe y que estaba siendo muy mal aconsejado. El rey aseguró a los parlamentarios que sería indulgente con el conde y con los sublevados que no hubieran participado en el crimen del arzobispo de Zaragoza, pero con los asesinos sería implacable. La justicia humana y divina debían aplicarse con contundencia sobre los asesinos de un clérigo inocente. Para ellos no habría perdón ni misericordia. Don Fernando asistió personalmente a las deliberaciones. Se encontraba cansado, pero bastante restablecido de su enfermedad. Los dolores abdominales remitieron y la fiebre había desaparecido. Una vez más, había superado los males que le afligían. El apoyo incondicional del Parlamento catalán y de doña Catalina de Lancaster infundieron renovados ánimos en él. Ahora por fin, estaba en disposición de aplastar a los rebeldes.

Don Jaime de Urgel acampó sus tropas a dos leguas de las murallas de Lérida, ajeno a la decisión de las Cortes catalanas. Le acompañaban don Ramón Berenguer de Fluvià y don Artal de Alagón, quien había regresado a su servicio a pesar de haber jurado fidelidad a don Fernando. El sol comenzaba a descender formando una estrecha línea rosada en el horizonte. El conde se hallaba en su tienda con don Artal de Alagón y don Ramón Berenguer de Fluvià. Disfrutaban de un vaso de vino cuando un soldado descorrió las telas de la entrada, saludó con un leve gesto de cabeza y entregó un mensaje al caballero hospitalario, desapareciendo con la misma celeridad con la que había aparecido. Don Ramón leyó el legajo. Alzó la mirada y mostrando una gran sonrisa, dijo:

—Está todo listo, mi señor, mañana al alba vuestras enseñas ondearán en las murallas de Lérida.

—Excelente. —El conde alzó su vaso a modo de brindis y bebió un trago. Sintió el vino recorrer su garganta. Era suave, dulce, embriagador. Al igual que el sabor de la victoria.

***

Era la noche del Corpus Christi, celebración en honor al Sacramento de la Eucaristía y donde tradicionalmente se rinde homenaje a la sangre y el cuerpo de Cristo mediante el Santísimo Sacramento. El vino tenía un gran protagonismo el día del Corpus, más allá de la propia liturgia religiosa. Y los guardias que custodiaban la puerta que conducía a Balaguer habían dado buena cuenta de ello. Andrés Villas era un leridano partidario de don Jaime. Habían pasado pocos días desde que se reuniera con don Ramón Berenguer de Fluvià a las afueras de la ciudad. Andrés Villas se comprometió a abrir las puertas de las murallas a cambio de una buena cantidad de florines de oro y de un título nobiliario. Era una fabulosa recompensa para un ser insignificante como él. Un hombre que pasaba desapercibido en la ciudad. Una sombra que deambulaba por los callejones sin mayores ambiciones que sobrevivir y llevarse un mendrugo a la boca. Don Ramón le ofreció dinero y un título. El riesgo era grande, pero la recompensa bien que lo merecía. Si la empresa tenía éxito sería un hombre rico y con tierras, pero si fracasaba, simplemente se acortaría su triste existencia, su lenta agonía. Todo eran ventajas. Oculto entre las sombras de la noche, Andrés Villas vigilaba que los guardas quedaran dormidos por la ingesta de vino. Era noche cerrada. A lo lejos se escuchaban los cánticos de unos borrachos y el ladrido furioso de un perro al que acababan de despertar. El cielo estaba despejado y la luna llena brillaba con todo su esplendor barnizando en plata las azoteas y las calles de Lérida. Era la noche perfecta. Los soldados de guardia se apoyaron en los muros y quedaron profundamente dormidos. Sus ronquidos les delataba. Había llegado el momento. Sigilosamente, Andrés Villas se acercó a la puerta y levantó el travesaño que la bloqueaba. Era terriblemente pesado, pero lo logró. Lo dejó en el suelo con suavidad, evitando hacer el mínimo ruido y abrió una de las hojas de la gruesa puerta de madera. Los goznes chirriaron como si protestaran por haber sido despertados a deshoras. El corazón de Andrés Villas se agitó en su pecho y su pulso se aceleró. Desvió la vista hacia los soldados. Exhaló un largo suspiro cuando advirtió que seguían durmiendo. Asomó entonces la cabeza. Fuera le esperaba media docena de sombras armadas. Eran los hombres del conde. Uno, el que parecía estar al mando, se le acercó, le asintió y le tocó el hombro agradeciéndole su colaboración. Luego desenfundó una daga y cruzó la puerta. Los otros cinco le siguieron y poco después, una larga hilera de docenas de sombras entró en Lérida.

El corneta no tendría más de quince años. Había estado bebiendo

con sus compañeros hasta altas horas de la madrugada. Vivía en una casa próxima a la puerta de Balaguer. Se levantó para aliviarse en la muralla. Estaba medio desnudo, pero llevaba su corneta. Jamás se separaba de ella desde que hacía dos semanas se uniera a las milicias de la ciudad. Don Riambau de Corbera había alistado a gente del pueblo para defender Lérida ante un previsible ataque de las tropas del conde. No había leridano que no tuviera una espada, una lanza, una horca o cualquier otra arma a mano. El joven corneta aún se tambaleaba. Había sido una noche divertida. Su primera borrachera con sus compañeros de armas. Estaba feliz. Beber con soldados fogueados le hizo sentirse como si fuera uno de ellos. Un veterano de mil batallas. Salió de la casa. A lo lejos escuchó a un perro ladrar. Orinaba cuando un chirrido metálico llamó su atención. Giró la vista y advirtió cómo decenas de hombres armados entraban en la ciudad. Sus espadas y dagas resplandecían bajo la luz de la luna llena. Estaba cansado y todavía algo borracho, pero no tardó en entender que estaban siendo atacados. Y él estaba desarmado, desnudo. Pero algo debía hacer para evitar que la ciudad cayera en manos del enemigo. Entonces se llevó la mano a la corneta que colgaba de su pecho. Realmente no estaba del todo desarmado. Con todas sus fuerzas tocó la llamada a las armas. Los invasores detuvieron el paso y dirigieron la mirada donde sonaba el agudo e inoportuno toque de corneta. Al poco se fueron prendiendo velas en las casas y varios leridanos salieron a la calle armados. La ciudad se había despertado.

Don Jaime escuchó el sonido de la corneta. Se hallaba a media legua de las murallas que protegían la ciudad. Su ejército estaba preparado para el ataque. Sólo aguardaban la señal convenida que anunciaba que la puerta de Balaguer había sido despejada de guardias. El toque de corneta no auguraba nada bueno. Les habían descubierto antes de lo previsto.

Avisados por el sonido de la corneta, centenares de leridanos salieron a las calles dispuestos a defender a sus familias. Don Riambau de Corbera y don Guillem de Masdovelles avanzaban a toda prisa hacia la puerta de Balaguer con cincuenta ballesteros. El joven corneta, oculto entre las sombras, no dejaba de tocar. Soldados y milicianos corrieron hacia la puerta. El jefe de la avanzadilla invasora no sabía qué hacer. Miraba hacia el lugar donde procedía el sonido de alarma. Estuvo tentado de ir y acallar de una maldita vez a ese inoportuno corneta.

—¿Qué hacemos? —preguntó un soldado con ojos asustados.

El capitán miró hacia los lados sin saber muy bien qué responder. El toque de alarma no cesaba. A pocos pasos se iban congregando los vecinos. No se acercaban a ellos, pues no dejaban de ser aldeanos armados, pero tampoco se dejarían matar sin presentar batalla. Y eran

muchos. Cada vez más. La noche se iluminó con el fuego de las antorchas. Por la calle que conducía a la puerta de Balaguer se aproximaba una multitud furiosa y armada profiriendo gritos, animando a los vecinos a defender la ciudad.

—Será mejor que nos vayamos —aceptó el jefe de la avanzadilla. Eran soldados experimentados, pero de ningún modo podrían vencer a una turba que defendía su hogar, sus propiedades, su familia—. ¡Retirada!

Don Jaime contemplaba cómo sus soldados salían en desbandada de la ciudad. Ya no había duda de que su asalto había sido descubierto. Pero la puerta aún seguía abierta. Todavía tenían una oportunidad. Alzó su espada hacia el cielo negro y estrellado y gritó:

—¡Al ataque!

Centenares de caballeros espolearon sus monturas en la oscura noche y cabalgaron hacia las murallas. No llevaban escalas ni arietes. Su única oportunidad era aprovechar que la puerta estaba abierta para entrar en la ciudad. Don Riambau de Corbera corría hacia las murallas aferrando con fuerza su espada. Los últimos invasores abandonaban a toda prisa la ciudad. Atrás dejaron los cuerpos de media docena de soldados. Habían sido degollados. Los guardias que custodiaban la puerta de Balaguer habían pagado con su vida su negligencia. Un precio muy alto por una simple borrachera.

—¡Mi señor, nos atacan! —gritó un soldado desde el adarve.

Don Riambau subió a toda prisa por las escaleras de piedra. Cuando llegó al adarve observó cómo miles de jinetes cabalgaban a galope hacia la ciudad. Y la puerta seguía abierta.

—¡Cerrar las puertas! —ordenó—. ¡Ballesteros al adarve! ¡Artilleros cebad las bombardas!

El corneta dejó de tocar. Le faltaba el aire. Su corazón golpeaba con furia las paredes de su pecho. Pero estaba feliz, orgulloso. Había evitado que Lérida, su ciudad, fuera presa del asalto y el saqueo. Había salvado cientos de vidas. Se agachó para tomar un poco de aire. Entonces vio a un hombre que se comportaba de forma extraña. No dejaba de mirar hacia la puerta de Balaguer mientras se ocultaba entre las sombras. El corneta le reconoció. Ese hombre se encontraba en la puerta de las murallas cuando entraron los invasores. ¡Él les había facilitado el paso! Estaba agotado, pero aún tuvo fuerzas suficientes para coger una piedra del suelo y acercarse sigilosamente hacia él. Lo siguió y cuando lo tuvo a su alcance, lo golpeó con fuerza en la cabeza dejándolo inerte en el suelo.

Las puertas de la muralla se cerraron justo cuando los caballeros del conde de Urgel se disponían a cruzarlas. Desde las almenas los ballesteros dispararon sus armas.

—¡Debemos retirarnos! —gritó don Ramón Berenguer de Fluvià—.

¡Atacaremos mañana con arietes y escalas! ¡Nuestras bombardas impedirán que descansen esta noche!

Don Jaime apretó los puños lleno de furia. Era su primer tropiezo. Y no estaba acostumbrado. No quería aceptarlo. Lérida se encontraba a sólo trece leguas de Balaguer. Supuestamente entre sus muros tenía numerosos parciales. ¿Dónde se encontraban? ¿Por qué no habían luchado por él? ¿Por qué se habían sometido cobardemente a la voluntad de un rey extranjero?

—¡Mañana Lérida será nuestra! —insistía don Ramón.

Una lluvia de flechas cayó sobre ellos hiriendo a jinetes y monturas. Eran caballeros vestidos con armaduras y celada. De ningún modo estaban en disposición de escalar murallas. Esta era labor de peones. Lleno de rabia e impotencia, el conde ordenó la retirada.

Desde las almenas, don Riambau y don Guillem de Masdovelles, alcaide de Lérida, contemplaban cómo las tropas de don Jaime se retiraban. Habían resistido el primer ataque, pero aún no habían vencido al enemigo.

76

Lérida, junio de 1413

Durante toda la noche las bombardas del ejército del conde no dejaron de lanzar proyectiles contra las recias murallas de Lérida. Cuando el sol comenzó a emerger por el horizonte, las tropas ya estaban preparadas para el asalto. Las bombardas, armas sumamente imprecisas, dejaron de vomitar bolaños, pues podían causar más destrozos entre los sitiadores que entre los sitiados. Había llegado el momento de los arietes y escalas. La infantería tomó protagonismo en el asalto. La caballería participaría una vez se hubieran tomado las murallas y abierto las puertas. De momento no podían hacer más que esperar. Desde su montura, don Jaime de Urgel contemplaba los muros de Lérida. Eran altos, gruesos, infranqueables. La brisa hacía ondear los pendones y banderas con las enseñas de Aragón y del rey Fernando; un escudo dimidiado con un castillo dorado en campo de gules y un león rampante púrpura en campo de plata en una parte, y barras verticales de gules y oro en la otra. Escupió furioso al suelo. En el adarve, sobre la puerta de Balaguer, advirtió que se encontraban el lugarteniente y el alcaide de la ciudad. Le miraban desafiantes y confiados. Unos soldados arrastraban a un prisionero. Quizá fuera uno de los soldados que habían intentado tomar la puerta de Balaguer durante la noche. El hombre se resistía. Lloraba desconsolado aterrorizado ante el fatal destino que le aguardaba. Don Ramón Berenguer de Fluvià aguzó la vista.

—Creo que es… Andrés Villas —dijo.

—¿El que tenía la misión de abrirnos las puertas? —preguntó don Artal de Alagón.

Don Ramón se limitó a asentir.

Dos soldados tomaron de los hombros a Andrés Villas y lo arrojaron al vacío. Ni siquiera pudo gritar antes de estrellarse contra el suelo. Estaba amordazado además de maniatado. Desde las almenas, los soldados alzaron sus armas y lanzaron gritos de júbilo por la terrible ejecución. El merecido destino para un traidor que había puesto en peligro su vida y la de sus familias. Había quienes hubieran preferido torturarlo durante días, quizá semanas, pero el lugarteniente era un hombre clemente y piadoso. Arrojarlo desde las murallas ante quienes habían comprado sus servicios era suficiente castigo y una seria advertencia para los que estuvieran considerando venderse al enemigo.

El conde frunció los labios. No sería fácil tomar Lérida. Quizá había subestimado a los leridanos o sobrevalorado sus posibilidades. Lo mismo daba. Ambos errores conducían al mismo destino: la derrota. Las dudas y el temor a un nuevo fracaso comenzaron a medrar en el ánimo del conde. Don Ramón Berenguer de Fluvià y don Artal de Alagón le contemplaban en silencio. El ejército aguardaba expectante mientras a sus oídos, arrastradas por el viento, llegaban las risas y mofas de los leridanos que, para mayor escarnio y vergüenza, clamaban vitoreando a don Fernando.

—Mi señor —dijo entonces don Ramón, intentando distraer al conde de sus pensamientos.

Don Jaime giró la vista hacia el caballero hospitalario y soltó un largo suspiro. Asintió y gritó, alzando su espada:

—¡Al ataque!

Centenares de soldados corrieron hacia las murallas portando escalas y empujando arietes protegidos por decenas de ballesteros. Proferían terribles gritos, más para darse ánimos a sí mismos que para amedrentar a los sitiados. Entonces se escuchó un ruido atronador. Y luego otro. Y uno más. Las bombardas de los defensores habían sido disparadas. No eran más de media docena, pero causaron un terrible pánico entre los sitiadores. Los ballesteros leridanos eran hábiles en su oficio y varios soldados cayeron atravesados por sus flechas. La moral de los sitiados era alta, mientras que la de los sitiadores, después del desastroso asalto nocturno, era más bien limitada. Ni siquiera el propio conde confiaba en la victoria. Y su ánimo se contagió a las tropas. La ferocidad del ataque inicial fue menguando hasta que se diluyó casi por completo. Los soldados avanzaban dando pequeños pasos, más preocupados por protegerse con los escudos que de asaltar las murallas. Murallas que, según avanzaban, se advertían más altas e infranqueables. Tan confiados estaban los sitiados que abrieron la puerta de Balaguer y la ciudad vomitó una veintena de caballeros que se lanzó sobre los peones más próximos a las murallas. Los soldados del conde fueron aplastados por la implacable violencia de la caballería leridana.

—¡Maldita sea! —gruñó don Jaime—. ¡Que los ballesteros protejan a los peones!

—Pero mi señor, los ballesteros pueden herir también a nuestros soldados —advirtió don Ramón Berenguer de Fluvià.

Don Jaime apretó los dientes lleno de impotencia. Su infantería estaba siendo aplastada por la caballería enemiga y no podía hacer uso ni de los ballesteros ni de las bombardas. Se hallaba perdido, confuso, sobrepasado por las circunstancias.

—La culpa es tuya —le espetó a don Ramón Berenguer de Fluvià—. Tú me insististe en tomar Lérida.

—Mi señor… —intentó protestar, pero el conde de contuvo con un gesto de mano.

—Esta derrota es tuya, no mía —le dijo, apuntándole con un dedo acusador. Siempre supone un tremendo alivio responsabilizar a otros de nuestros errores—. Confío en que la próxima vez tus consejos sean más afortunados.

Don Ramón Berenguer de Fluvià apretó con fuerza las mandíbulas. Culparle del fracaso en la toma de Lérida era injusto. Había fallado el asalto nocturno, pero aún disponían de un poderoso ejército. Y estaba seguro de que tenían muchos apoyos ocultos en la ciudad, esperando el momento preciso para defender su causa. Sí, aún se podía tomar Lérida, pero necesitaba que don Jaime tuviera fe en la victoria. Y no la tenía. Era absurdo y peligroso persistir en la toma de la ciudad, si quien comandaba el ejército no confiaba en las posibilidades de victoria. La derrota sería segura antes incluso de intentar asaltar las murallas.

—Ordena la retirada —dijo el conde. Giró su montura y se encaminó hacia el campamento. No quería ser él quien diera una nueva orden cargada de derrota y fracaso. Ya la había dado durante la noche. Que fuera ahora el responsable de ese desastre quien pronunciara tan infausta orden.

Don Ramón Berenguer de Fluvià siguió con la mirada al conde hasta que este se perdió entre los caballeros. Luego miró hacia la ciudad. Los peones caían abatidos por las flechas de los ballesteros o eran ensartados por las lanzas y espadas de los jinetes. La derrota era total.

—¡Retirada! —gritó—. ¡Retirada!

Los ballesteros cargaron sus armas y protegieron la desorganizada huida de los peones. Muchos cayeron por el camino, pero otros lograron escapar. La caballería leridana no los persiguió. Ya había cumplido con su cometido de repeler el ataque y evitar que escalaran los muros. Desde el adarve, don Riambau de Corbella contemplaba con alivio cómo el enemigo huía a toda prisa hacia su campamento. Lérida había sido salvada. La derrota pesaría en el ánimo del conde como una colosal y pesada losa.

77

Loarre, julio de 1413

Don Antonio de Luna y Basilio de Génova comían pollo asado y cabrito en el castillo de Loarre. Habían salido temprano de caza. Regresaron con pocas piezas en sus alforjas, pero muertos de hambre. Los ecos del frustrado intento del conde de tomar Lérida no tardaron en llegar a Huesca. Y desgraciadamente no fue la única mala noticia que llegó a Loarre. Las Cortes catalanas procesaron a don Jaime de Urgel por traición y confiscaron todas sus propiedades, y el duque de Clarence finalmente no envió a Cataluña las tropas convenidas. Sir Thomas Plantagenet necesitaba de todos sus soldados para la guerra contra los franceses. No corrían buenos tiempos para los intereses del conde. Basilio de Génova estaba al corriente de estas noticias. La guerra se torcía para don Jaime y él no estaba acostumbrado a luchar en el bando perdedor. No era bueno para el negocio. Bebió un largo trago de vino y luego se metió un trozo de pollo en la boca.

—Quiero que me paguéis —exigió mientras masticaba con fruición. El capitán genovés tenía algo más de treinta años. Era alto y fuerte, de barba abundante y aspecto fiero. Su mejilla derecha estaba surcada por una cicatriz. Se vanagloriaba de que fue el resultado del encuentro con un despechado oficial francés, cuando le sorprendió yaciendo con su mujer. Presumía de que siguió disfrutando de los encantos de la francesa una vez le hubo rebanado el cuello. Odiaba a los franceses, pero Francia paría sabrosos vinos y hermosas mujeres. Y a él le gustaba disfrutar de ambos.

Don Antonio de Luna tragó un pedazo de carne y dijo:

—Tenéis que ir a Balaguer.

No era la respuesta que esperaba el mercenario.

—Vos me contrastasteis en Burdeos.

—Es cierto, yo os hice venir a Aragón, pero en nombre del conde. Es a él a quién debéis reclamar el pago por vuestros servicios.

Basilio arrojó molesto un hueso de pollo en el plato. Se cruzó de brazos y miró fijamente al señor de Almonacid. Exigía con la mirada una respuesta más satisfactoria.

—¡Yo no puedo pagaros! —exclamó don Antonio alzando los brazos—. No tengo dinero. Mis posesiones han sido confiscadas. Ya sólo me queda este castillo y algunas propiedades en la frontera, tan lejanas y yermas que a nadie interesan. Id a Balaguer. Os prometo que

don Jaime saldará su deuda.

—Vuestra deuda —corrigió el capitán genovés.

Don Antonio de Luna se limpió las manos con un lienzo y lo arrojó sobre la mesa.

—Acompañadme —dijo, y sin esperar respuesta del genovés se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Basilio le siguió con la mano aferrada en la empuñadura de su espada. Si llevaba más de media vida en el arriesgado oficio de mercenario era porque jamás había confiado en nadie. Vendía sus servicios al mejor postor sin importarle la justicia o injusticia de sus razones. Igual luchaba por el conde que por el rey de Aragón si este mejoraba su oferta. Sólo le movía el dinero. Ni la gloria, ni la justicia, ni Dios. Sólo el oro. Descendieron las escaleras de la torre del homenaje, cruzaron el patio de armas y entraron en las caballerizas. Don Antonio de Luna se detuvo frente a un hermoso caballo blanco.

—Este caballo es uno de mis bienes más preciados —comentó—. Con él me deshice del arzobispo de Zaragoza —sus labios dibujaron una malévola sonrisa—. Le tengo un gran aprecio.

—Bello ejemplar —reconoció el genovés.

—Es vuestro.

Basilio de Génova frunció las cejas confuso.

—Es vuestro —repitió el aragonés—. No pretendo con ello saldar la deuda que el conde tiene con vos, pero en ausencia de dinero es lo único que os puedo ofrecer.

Se trataba de un magnífico corcel de guerra de poderoso porte y gran alzada. Sus ojos eran grandes y oscuros como la noche y bufaba nervioso, como si presintiera que iba a cambiar de dueño. El genovés le tocó la testuz con suavidad y el animal se relajó.

—Buen chico, tranquilo —miró a don Antonio y dijo—: Acepto vuestro regalo con gratitud, pero como bien decís, no salda la deuda que vos o el conde habéis contraído conmigo. Y pienso cobrármela. De un modo u otro.

Don Antonio de Luna engulló con dignidad la nada velada amenaza del capitán de *las compañías*. Las posesiones del conde de Urgel habían sido confiscadas por las Cortes catalanas. Don Guerau Alemany de Cervelló, gobernador de Cataluña, al mando de seiscientos caballeros, recorrió las villas y castillos propiedad del conde exigiendo a los alcaides su entrega inmediata. Naturalmente ninguno se negó. Y la campaña de Lérida sólo sirvió para que numerosos mercenarios ingleses y gascones regresaran a Gascuña y a Aquitania, pues concluyeron que la causa del conde estaba perdida. Y ahora Basilio de Génova exigía un pago que don Antonio de Luna dudaba mucho que el conde estuviera en condiciones de satisfacer. El capitán de *las compañías* se había convertido en un serio peligro.

—Mañana partiré a Balaguer a reclamar lo que es mío —dijo Basilio acariciando al animal—. Iré montado en este caballo.

—No encontrareis mejor corcel para el viaje —afirmó don Antonio con una sonrisa fingida.

El capitán de *las compañías* dio dos golpecitos en la frente del caballo y salió de las caballerizas. Don Antonio observó cómo se marchaba. Basilio de Génova no se limitaría a regresar a Burdeos si el conde Jaime no lograba satisfacer la deuda. No, exigiría el pago en oro o en sangre. Y los mercenarios eran demasiado temibles como para tenerlos de enemigos. Estaba inmerso en sus pensamientos cuando apareció un mozo de cuadras cargado con dos cubos de agua. Tendría unos doce años. Andaba descalzo y estaba sucio de barro y excrementos de caballo. Olía peor que los animales. Don Antonio sonrío.

—¿Sabes montar a caballo? —le preguntó.

Al niño le desapareció el color del rostro. Hasta ese mismo instante su existencia había pasado desapercibida para el señor del castillo. Le temblaban las piernas y los brazos. Casi derramó el agua que portaba. La sorpresa fue colosal.

—Sí, sí… mi señor —logró balbucear.

—Eso está bien, tengo una misión para ti.

78

Balaguer, julio de 1413

—Cayeron en una emboscada, mi señor —contaba don Martín López de Lanuza, caballero aragonés parcial del conde.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber don Jaime.

Se encontraban en la sala principal del *castell Formós*. Con él estaban doña Margarita de Montferrato, don Ramón Berenguer de Fluvià y el capitán Menaut de Favars.

—Parecía que les estuvieran esperando —comenzó a explicar don Martín López de Lanuza—. Basilio de Génova se dirigía a Balaguer con los mercenarios ingleses y en un camino boscoso y abrupto, próximo a Alcolea, fueron atacados por las tropas castellanas de don Diego Gómez de Sandoval, el adelantado de Castilla.

—¡Maldita sea! ¡Sé muy bien quién es ese castellano! —exclamó don Jaime incorporándose furioso de la silla.

—¿Ha habido supervivientes? —preguntó don Ramón Berenguer de Fluvià.

—Apenas lograron escapar un puñado de ingleses. El resto murieron o están presos en Lérida.

—¿Y Basilio? —preguntó don Ramón.

—Sobrevivió y está encerrado en Lérida, junto con unos doscientos mercenarios.

—No es propio de Basilio caer en una emboscada —comentó Menaut de Favars.

Don Jaime desvió la vista hacia el gascón y este verbalizó lo que muchos se temían.

—Alguien nos ha traicionado. No encuentro otra explicación.

El conde comenzó a andar inquieto de un lado a otro de la sala. ¿Traición? Sin duda era una posibilidad. Derrotado en Lérida, con sus propiedades confiscadas por las Cortes catalanas y el duque de Clarence negándole su ayuda, muchos de sus parciales habrían concluido que su causa estaba completamente perdida. ¿Y qué mejor que traicionarle para ganarse el perdón del infante? ¿Estaría Basilio entre ellos? ¿O quizá don Antonio de Luna? No, don Antonio no. Era imposible. Siempre le había servido con lealtad. Además, era un proscrito acusado del asesinato de un arzobispo. De ningún modo podría beneficiarse de la clemencia de don Fernando. En cambio, Basilio… El conde se mesó su pelirroja barba. Asintió varias veces como si hubiera descifrado un complejo acertijo. Todo en su mente

empezó a cobrar sentido; Basilio se había entregado a los castellanos. La emboscada no había sido más que un ardid, un engaño. Ahora el genovés no estaría encerrado en los lúgubres calabozos de Lérida, sino en la sala principal del castillo bebiendo vino con don Riambau de Corbera y don Guillem de Masdovelles. Riéndose de él. A carcajadas. El genovés había cambiado de bando. Eso había pasado. Algo propio entre mercenarios cuando advierten que las circunstancias se complican. Siempre del lado vencedor, siempre de quien más les puede pagar. El capitán genovés fue capaz de sacrificar a sus propios hombres por salvar el cuello. Esta explicación le satisfizo. Concluir que había sido traicionado por un mercenario extranjero en lugar de por don Antonio de Luna calmó sus ánimos.

—Basilio, maldito hijo de perra —musitó entre dientes. Nadie escuchó sus palabras.

—El rey se ha recuperado de su enfermedad y según nuestros informadores, está armando un ejército para asaltar Balaguer —intervino don Ramón Berenguer de Fluvià—. Debemos decidir qué vamos a hacer ahora.

Quedaron envueltos en un silencio tan espeso que se podía respirar. El ataque del rey Fernando no podría suceder en peor momento.

—Enviaré mensajeros a don Antonio de Luna. Con sus tropas y las nuestras —el conde miró al gascón Menaut de Favars—, podremos hacerle frente.

—¿Tenéis pensado enfrentaros al infante en campo abierto? —preguntó sorprendido don Martín López de Lanuza.

—No me esconderé detrás de estos muros como una rata cobarde —repuso don Jaime de Urgel.

—Quizá eso fuera precisamente lo que deberías hacer —dijo doña Margarita. Había permanecido en silencio, sentada oculta entre las sombras de la sala como en ella era habitual. Todos desviaron la vista hacia la madre del conde—. Este castillo es inexpugnable. Tenemos agua y víveres para soportar largos meses de asedio. Es aquí donde debes estar, protegiendo a tu mujer, a tus hijas, a tu madre. El infante se estrellará una y otra vez contra nuestros gruesas murallas. Tarde o temprano desistirá. Confía en la fortaleza de estos muros.

Don Jaime miró a don Ramón y al capitán gascón.

—Es una posibilidad, mi señor —dijo el caballero hospitalario.

—Pero si no recibimos ayuda del exterior, al final sucumbiremos —afirmó con rotundidad Menaut de Favars—. En algún momento escasearán el agua y la comida. Así como los bolaños, la pólvora, las flechas... En cambio, los castellanos recibirán suministros y soldados constantemente. Mi señor, considero que tenéis más posibilidades de victoria en una única y definitiva batalla campal. En algún afortunado

lance, don Fernando podría resultar herido… o muerto.

Esa perspectiva animó al conde, desvaneciendo todas sus dudas y temores.

—Enviad un mensajero a Loarre. Saldremos al encuentro del usurpador.

79

Loarre, agosto de 1413

Don Antonio de Luna respiró el aire fresco del amanecer. Era primera hora de la mañana y algunas estrellas todavía titilaban en el firmamento. Pronto el sol se elevaría en lo alto de un cielo azul salpicado de blancas e inofensivas nubes. El calor sería insoportable. Era más sensato partir al alba. El viaje era largo y bajo el abrasador sol del estío podría hacerse insoportable. Montado en un caballo negro como la noche, vigilaba que todo estuviera listo. En el patio de armas del castillo de Loarre formaban caballeros y peones. Todos preparados y dispuestos para la marcha. La noche anterior don Antonio recibió la visita de un mensajero de Balaguer. El conde de Urgel requería de su presencia y de todos los soldados que se encontrasen en Loarre. Pretendía enfrentarse en batalla campal al ejército de don Fernando. Los últimos soldados terminaron de formar. El castillo de Loarre estaba envuelto en un silencio casi total, sólo roto por el graznido de alguna chova y el crujido metálico de las armaduras al rozar con espadas y monturas. El ambiente era tenso. Los corazones de los soldados se agitaban inquietos en el interior de sus petos y corazas, sintiendo la inquietud propia de quién en pocas horas va a enfrentarse a la muerte. Algunos se santiguaron y rezaron plegarias, arrepintiéndose de sus pecados y poniendo sus asuntos en orden con Dios.

—¡Abrid las puertas! —ordenó don Antonio de Luna.

El rastrillo se elevó entre chirriantes crujidos metálicos. Un caballo relinchó. Alguien tosió. Don Antonio echó un vistazo a sus espaldas. Sus tropas ya estaban preparadas. Pero aún no dio la orden de marcha. Las dudas torturaban su ánimo.

—Maldita sea —musitó, preguntándose cómo había llegado a esa situación. Se tocó el pecho con el guantelete. En el interior del jubón guardaba la carta de don Jaime. Una carta cargada de impaciencia y desesperación. Las circunstancias no se habían desarrollado como él había esperado. Don Jaime se encontraba arropado en Balaguer por un puñado de fieles y por los siempre volubles y desleales mercenarios de Menaut de Favars. El conde necesitaba sus tropas si pretendía enfrentarse a don Fernando. Y, aun así, dudaba mucho de que sus soldados fueran suficientes. Pero el conde dependía de él. Dependía de él. Este pensamiento le mortificaba. Le hacía dudar sobre si lo que se disponía a hacer era lo correcto. Miró a los cielos y lanzó un largo

suspiro. Sus hombres le observaban impacientes. El viento de la mañana hacía ondear los pendones y las banderas con las insignias de los Luna. La chova volvió a graznar, apremiándole a tomar una decisión.

Don Antonio de Luna alzó el brazo derecho y ordenó:

—¡Adelante!

Espoleó su montura y se dirigió hacia la puerta del castillo. Detrás, formando en dos hileras, le siguieron caballeros, lanceros y peones. El patio de armas quedó envuelto en el sonido metálico de la marcha de las tropas. Don Antonio de Luna salió de la colosal fortaleza. Echó un último vistazo atrás. Sus enseñas ondeaban flamantes mecidas por el viento. Tiró de su montura, pero no la dirigió hacia el sur, hacia Balaguer, sino hacia el norte. Marchaba con sus tropas a Gascuña. La guerra para él había terminado.

80

Balaguer, agosto de 1413

El rey de Aragón estableció su real en el camino de Menarguéns a Balaguer, a una legua de las murallas de la ciudad del conde y próximo al río para poder abastecer de agua a las tropas y a los animales. Al día siguiente ordenó la disposición del ejército en torno a la ciudad: don Bernardo de Centelles y don Gil Ruiz de Lihori tomaron posiciones en el monasterio de Almata. Los setecientos hombres de armas de don Álvaro de Ávila se dispusieron en un lugar próximo a las murallas, donde controlaban los accesos a la ciudad por la puerta de Lérida, y don Diego Gómez de Sandoval se ocupó de tener bien custodiada la puerta de la Judería. Patrullas de cincuenta caballeros recorrían constantemente la zona y vigilaban que nadie entrara ni saliera de Balaguer. La ciudad estaba completamente cercada. Los días siguientes fueron llegando al real los partidarios del rey de Aragón; don Alfonso de Gandía, don Guerau Alemany de Cervelló, gobernador de Cataluña; don Berenguer Arnau de Cervelló y don Ramón de Bages. Todos ellos acompañados de centenares de caballeros y peones.

La actividad en el campamento era frenética. No dejaban de llegar notables aragoneses ávidos por ganarse las simpatías del rey, y carretas cargadas de trabuquetes y bombardas con toda su impedimenta. El rey reunía soldados y maquinaria de guerra, mientras que el conde se desesperaba impotente confinado tras las murallas. Don Antonio de Luna no había dado señales de vida desde que le ordenara que acudiera con sus tropas a Balaguer. Ya no podía enfrentarse en campo abierto con don Fernando como era su deseo. Su retraso le había obligado a protegerse en Balaguer. Si aparecía con suficientes tropas, podría lanzar un ataque sorpresa a la retaguardia castellana al tiempo que él rompía el cerco. Aún podría destruir al usurpador, pero necesitaba que el señor de Almonacid apareciera de una maldita vez y acompañado de miles de soldados. ¿Dónde demonios se encontraba? ¿Por qué no había obedecido sus órdenes? Se preguntaba el conde. Para mantener la moral de las tropas, ordenó fugaces salidas donde atacaban por sorpresa a los sitiadores y regresaban rápidamente a la ciudad evitando el contraataque. Pero estos ataques de ningún modo serían suficientes para romper el cerco al que estaban siendo sometidos. Necesitaba ayuda exterior. Y la necesitaba de forma urgente.

***

Una vez don Fernando hubo reunido suficientes bombardas y trabuquetes, ordenó que dispararan sin descanso contra la ciudad. Día y noche bolaños de cinco a siete quintales se estrellaban con furia contra las murallas. Algunos proyectiles alcanzaron la ciudad causando graves destrozos en edificios y matando o hiriendo a decenas de personas. Durante el día, las tropas del rey quedaban ocultas por la densa humareda de la pólvora. Desde Balaguer también disparaban sus bombardas, pero la escasez de salitre y de piedra de azufre, elementos imprescindibles para la fabricación de pólvora, las dejarían pronto inservibles. Debían ser comedidos con su uso. Pasaban los días y el conde no se rendía. Pronto el crudo invierno acecharía aquellas tierras. El cerco sería entonces especialmente penoso. Había llegado el momento de lanzar el ataque definitivo contra Balaguer.

El rey ordenó que se atacase la ciudad por seis frentes distintos. Fue la estrategia que tan buen resultado le dio en Antequera. Estaba seguro de que alguno de los frentes cedería. Entonces sería el fin. El grueso de las tropas entraría en la ciudad y el conde sería capturado o asesinado. Poco importaba. Lo esencial era exterminarlo. Durante toda la noche Balaguer no dejó de recibir los impactos de proyectiles y bolaños. Desde el monasterio de Santo Domingo, donde se encontraba el campamento del duque de Gandía, se armó una bombarda fabricada en Lérida que los aragoneses llamaban Cabrita. Esta formidable arma lanzaba bolaños de ocho quintales y causó enormes estragos en las murallas y en la torre que protegía el puente sobre el río Segre.

Don Bernardo de Centelles y el mariscal don Álvaro de Ávila atacaron las murallas por el monasterio de Almata. Apoyados por el fuego de dos bombardas, doscientos peones avanzaron hacia la ciudad profiriendo desgarradores gritos. Don Juan Hurtado de Mendoza, al mando de quinientos peones, atacó la puerta de Lérida y don Diego Gómez de Sandoval se lanzó contra la puerta de la Judería con trescientos lanceros. Trabuquetes, bombardas y centenares de ballesteros protegieron el avance de las tropas castellanas y aragonesas. Desde el adarve, don Jaime contemplaba el implacable avance del enemigo. El terrible estruendo de las bombardas llegaba a sus oídos como una promesa de muerte y destrucción. Desvió la vista hacia una bombarda que tenía a su lado. Aún podría utilizarla, pero apenas le quedaba media docena de bolaños y un puñado de pólvora. El artillero esperaba órdenes, pero el conde no decía nada. Se limitaba a desviar la mirada hacia el avance de las tropas enemigas.

—¡Ballesteros! —gritó entonces don Jaime.

Los ballesteros armaron sus armas y esperaron la orden de disparo. El conde esperó a que las tropas realistas se encontraran a tiro. Avanzaban cargando escalas y protegidos por escudos. Se encontraban próximos a las murallas y los trabuquetes y bombardas dejaron de lanzar sus temibles proyectiles. Había llegado su momento.

—¡Abrid la puerta! —ordenó el conde.

Al momento la puerta de Lérida se abrió vomitando doscientos caballeros, que cargaron contra los peones enemigos en una irrefrenable avalancha de lanzas afiladas.

—¡Apoyad a los peones! —se desgañitaba don Juan Hurtado de Mendoza al advertir cómo sus soldados estaban siendo aplastados por la caballería urgelista.

Doscientos caballeros y trescientos ballesteros acudieron en apoyo de los peones, pero fueron recibidos por un granizo de flechas. Desde las almenas, los ballesteros del conde protegían a los jinetes que ensartaban con sus lanzas y espadas a los soldados realistas. Los que intentaron huir fueron blanco fácil de los ballesteros.

Don Fernando contemplaba con preocupación la batalla que se estaba librando en la puerta de Lérida. Los caballeros urgelistas pusieron en fuga a los peones y desde las almenas, decenas de ballesteros dispararon contra las tropas de refuerzo. Pero la puerta estaba abierta… Si lograban contener a los caballeros urgelistas quizá tuvieran una oportunidad… El rey desenfundó la espada y gritó:

—¡Al ataque!

Don Fernando espoleó con furia su montura y se dirigió a galope hacia la puerta de Lérida. Quinientos caballeros le siguieron.

—¡Es el rey! —exclamó el artillero que se encontraba junto a don Jaime. El conde le fulminó con la mirada—. El infante, mi señor, quise decir el infante —se corrigió. Estaba tan atemorizado como avergonzado. El conde no toleraba que ninguno de sus vasallos llamara rey a don Fernando. Era una falta extremadamente grave que castigaba incluso con la muerte.

Don Jaime desvió de nuevo la vista hacia el campo de batalla. Ya trataría con el oficial de artilleros el desliz de ese imbécil. Ahora otros asuntos más urgentes reclamaban su atención. Don Fernando se dirigía a galope hacia las murallas seguido de varios centenares de caballeros. El conde sonrió.

—Arma la bombarda —ordenó al artillero, que no tardó en obedecer.

En la puerta de Lérida se estaba librando una feroz batalla. Los caballeros urgelistas habían matado a varias decenas de peones, pero otros tantos jinetes y lanceros habían acudido a reforzar las tropas realistas empeñadas en asaltar las murallas. Y ahora también lo hacía don Fernando con centenares de caballeros castellanos.

—Apunta al usurpador y procura no fallar —le dijo con calma.

El artillero era diestro en su oficio, pero las bombardas eran muy imprecisas. Acertar a un objetivo en movimiento era casi imposible. Una proeza. El artillero tragó saliva, pero tenía la garganta seca. Sintió la mirada apremiante del conde. Le temblaban las manos. Había llamado rey a don Fernando, ¿qué castigo le tendría reservado el conde? Si mataba al infante su error quedaría olvidado. Es más, seguramente sería recompensado con generosidad. Un futuro colmado de lujo y riquezas a cambio de la vida del infante. Le pareció un intercambio justo.

—Sí, mi señor —dijo.

Don Jaime desplazó la mirada hacia don Fernando. Sintió cómo su corazón latía con fuerza en su pecho. Si el artillero cumplía con su cometido y lo mataba, la guerra habría terminado. Los castellanos regresarían a Castilla y él sería el rey de Aragón. Un disparo, un bolaño podría cambiar el destino del reino. El infante se acercaba. Ya estaba a tiro de la bombarda. ¿Por qué el estúpido artillero no disparaba?

El artillero fijó la vista en su objetivo. Se aproximaba en línea recta hacia la muralla. Justo hacia donde estaba dirigida la caña de la bombarda. Eso facilitaba las cosas. Esperó el momento justo. Acercó la mecha a la bombarda y disparó. Un estruendo se elevó a los cielos y quedaron envueltos en una humareda blanca con olor a pólvora. Don Jaime tardó unos instantes en comprobar los efectos del disparo.

Don Fernando cabalgaba con la vista fija en la puerta de Lérida. A su alrededor todo eran gritos y estruendos de bombardas de uno y otro ejército. Olía a sudor y a pólvora. Pero ni el ruido ni el olor distraían su mente de su objetivo: la conquista de Balaguer. En la puerta de Lérida se estaba librando la batalla definitiva. Desde el adarve los ballesteros urgelistas disparaban con precisión sus armas. Pero en algún momento se quedarían sin flechas. Como también en algún momento a los artilleros les faltaría la pólvora y los bolaños. Pero mientras tanto, sus hombres morían. El sacrificio por la conquista de Balaguer sería brutal. Entonces sintió una horrible explosión. Su caballo cayó al suelo arrastrándolo con él. Don Fernando quedó envuelto en la más profunda oscuridad.

—¡Han herido al rey! —gritó desesperado don Juan Hurtado de Mendoza. Desmontó y a toda velocidad se dirigió hacia don Fernando, que yacía en el suelo, al lado de su caballo muerto.

Varios caballeros acudieron en su auxilio. El rey no se movía. Don Juan Hurtado de Mendoza le quitó la celada. Sus ojos estaban cerrados, tenía una herida en la frente y sangraba por la nariz y la boca.

La nube de humo con olor a pólvora que velaba la visión del conde

de Urgel se desvaneció barrida por el viento. Entonces lo vio. Cuatro caballeros portaban el cuerpo inerte de don Fernando. Su caballo estaba muerto. El bolaño debió impactar directamente contra él.

—¡El infante ha muerto! —gritó el artillero, señalando a don Fernando—. ¡Está muerto! —insistió mirando hacia don Jaime. Su corazón se agitaba emocionado en su pecho. No podía creer que había matado a don Fernando con un bolaño. Auguraba un futuro de lujos y riquezas. Quizá su hazaña sería reconocida por don Jaime con algún título.

Desde las murallas de Balaguer se alzó a los cielos un clamor: ¡Viva don Jaime de Aragón! ¡Viva don Jaime de Aragón! ¡Viva el rey! Los soldados y ballesteros concluyeron que don Fernando había muerto. La guerra había terminado y su señor era el rey de Aragón. Don Jaime observaba a los caballeros castellanos con atención. Respiraba agitado dentro de la celada. La batalla en la puerta de Lérida se había detenido. A oídos de los soldados realistas habían llegado los gritos de júbilo procedentes del adarve. ¿Había muerto realmente don Fernando? Las dudas impregnaron su ímpetu y se retiraron.

Don Juan Hurtado de Mendoza había tomado a don Fernando de un brazo y lo apartaba, ayudado por otros tres caballeros, a un lugar seguro alejado de las flechas y bolaños enemigos. Se desgañitaba reclamando a los físicos. El rey de Aragón no respiraba. O eso le parecía a él. El temor se había infiltrado en cada poro de su piel. Dejaron el cuerpo del rey bajo la sombra de una encina. Comenzaban a despojarle de la armadura cuando llegó el físico. Los aullidos de los urgelistas aclamando a don Jaime como rey de Aragón llegaron a oídos de don Juan Hurtado de Mendoza.

—Replegad a los soldados y descargad sobre esos bastardos hasta el último de los bolaños —ordenó a un oficial—. ¡Calladlos de una maldita vez!

El oficial asintió y se marchó a cumplir la orden.

—¿Está vivo? —preguntó don Juan Hurtado de Mendoza desviando la vista hacia el físico.

***

Las tropas realistas se replegaban. Don Jaime respiraba con intensidad. ¡Viva el rey Jaime! ¡Viva el rey Jaime! Gritaban sus soldados. Don Fernando había muerto. No podía haber otra explicación. Habían rechazado el ataque enemigo y exterminado al usurpador. Entonces un bolaño se estrelló contra las murallas. Y luego otro. Uno más chocó con furia a pocos pasos de él. El impacto le hizo

caer al suelo entre restos de polvo y escombros. Se incorporó aturdido. El bolaño había reventado una almena e inutilizado una bombarda. En el suelo del adarve yacía el cuerpo inerte del artillero. Un fragmento de piedra le había destrozado el rostro. Don Jaime no sintió lástima por él. Había muerto desempeñando su oficio. Y lo había hecho muy bien, pues había matado al usurpador. Los realistas desataban ahora toda su furia y sus frustraciones arrojándoles proyectiles. En algún momento tendrán que asimilar la muerte del infante y su derrota. Don Jaime descendió del adarve aún desconcertado por el impacto del bolaño. A sus oídos llegaban el estruendo de las bombardas y las aclamaciones de los suyos. Sonrió. Pronto sería proclamado rey de Aragón.

***

El campamento castellano estaba inmerso en una profunda confusión. Los rumores de la muerte de don Fernando se habían propagado con celeridad entre las tropas. ¿Tenía sentido continuar el asedio? ¿Lucharían ahora por el príncipe Alfonso? Los soldados castellanos se preguntaban si tenía sentido seguir luchando en una guerra que no era la suya. Si don Fernando había muerto, lo más conveniente sería regresar a Castilla. Que fuera don Alfonso con sus parciales aragoneses quien defendiera su trono.

—Está vivo —respondió el físico a la pregunta de don Juan Hurtado de Mendoza—. Su respiración es débil, pero vivirá.

Don Juan se santiguó dando gracias a Dios. Desplazó la vista hacia las tropas. Los soldados regresaban al campamento con gesto cansado y abatido, convencidos de que el rey había muerto.

—Informad que el rey está vivo —dijo a uno de los caballeros que le acompañaban.

El caballero asintió y se dirigió hacia el campamento. Se escuchó una tos y luego otra. Era don Fernando. Había recobrado el conocimiento.

—¡Mi señor! —exclamó don Juan, poniéndose de rodillas—. ¡Agua! ¡Traed agua al rey!

Don Fernando se incorporó ligeramente y volvió a toser. Un soldado le ofreció a don Juan un odre de agua. El mayordomo del rey se lo acercó a don Fernando. Este bebió un trago. Estaba magullado y aturdido por la caída. Bebió otro sorbo y algo más repuesto preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Fuisteis alcanzado por un bolaño —respondió don Juan Hurtado de Mendoza—. Vuestro caballo murió y os arrastró en su caída.

Don Fernando asintió. Entendió lo cerca que había estado de la muerte. Se incorporó ayudado por don Juan. Le dolía todo el cuerpo y se encontraba algo mareado.

—Mi señor, no deberíais hacer gestos bruscos. Desconocemos si tenéis alguna fractura —dijo el médico—. Sería conveniente que os despojarais de vuestra armadura a fin de que pueda reconoceros y confirmar que no habéis sido herido de gravedad.

—Estoy bien —dijo don Fernando con rotundidad, contemplando con gesto severo cómo las tropas se retiraban en un denso silencio embalsamado con la pestilencia de la derrota.

—Os dábamos por muerto —se justificó don Juan.

—Pero no lo estoy.

Un soldado reparó en el rey y lleno de júbilo comenzó a gritar:

—¡El rey está vivo! ¡El rey está vivo!

Los soldados castellanos se acercaron a don Fernando. Se alzó entonces un intenso clamor que llegó a las murallas de Balaguer. Don Jaime se encontraba en el patio de armas. Se dirigía hacia la torre del homenaje para informar a la condesa-viuda de la muerte del infante. Detuvo el paso. El aullido de los castellanos vitoreando a don Fernando llegó a sus oídos. ¿Qué estaba escuchando? ¿Acaso el infante seguía vivo? Corrió hacia el adarve sin preocuparse de los bolaños que se estrellaban con violencia contra las murallas. Respiraba agitadamente. Ascendió por la escalera de la muralla. Ya en el adarve, desvió la vista hacia un centenar de soldados que se encontraba en una arboleda de encinas y pinos. Entonces lo vio aparecer. No podía ser. Los castellanos aclamaban su nombre y lo llamaban rey. Estaba vivo. Nada se había conseguido. Sus esperanzas de que concluyera el asedio y de ser proclamado rey de Aragón se esfumaron arrastradas por el clamor de los soldados castellanos. Una vez más, la suerte le había sido esquiva.

81

Balaguer, agosto de 1413

Don Jaime estaba en sus aposentos privados. No podía quitarse de la cabeza lo cerca que había estado de poner fin al asedio, de obligar a esos perros castellanos a abandonar su amada patria. Durante unos instantes creyó que el infante había muerto aplastado por un bolaño. Que terrible y caprichosa es la fortuna, que juega con nuestros sentimientos y maneja a su capricho los hilos de nuestro destino, castigándonos y premiándonos según le convenga a sus oscuros y misteriosos propósitos. El infante estaba vivo y Balaguer seguía sometida al asedio de las tropas realistas. Esta era la cruel y despiadada realidad que ahora la fortuna le tenía deparada. Una realidad que por más que se empeñaba era incapaz de cambiar. La guerra continuaba. Debía evitar caer en el desánimo. Aún no había sido derrotado. Comenzó a revisar unos documentos. No tenía sentido perder un solo segundo inmerso en un pasado que no se podía cambiar. Pero era incapaz de concentrarse. Eran demasiadas las inquietudes que atormentaban su mente. Habían rechazado el ataque realista, pero las bajas habían sido cuantiosas y la pólvora y las armas arrojadizas escaseaban. Incluso comenzaron a estar faltos de piedras y rocas que arrojar desde los matacanes. Se hallaba sumido en sus pensamientos, cuando Menaut de Favars entró en la estancia.

—Mi señor —saludó.

El gascón era un experimentado soldado. Le bastaba con respirar el ánimo de las tropas para saber si saldrían victoriosas de las batallas. Y el aire de Balaguer apestaba a derrota. Sólo había una posibilidad de revertir la situación, de eludir el aciago destino que les aguardaba a los sitiados.

—Es el inventario de pólvora y bolaños —dijo el conde arrojando un documento sobre la mesa con amargura y desesperación—. No sé cuánto tiempo más podremos resistir.

—De eso precisamente quería hablaros, mi señor —dijo el capitán gascón. Don Jaime le hizo un gesto para que tomara asiento.

—Cualquier propuesta será bienvenida por descabellada que parezca.

Menaut de Favars se sentó. Sí, tenía una propuesta, pero antes tenía que anunciar una mala noticia. La peor de las noticias.

—Don Antonio de Luna nos ha traicionado.

—¿Cómo? —preguntó el conde sin entender muy bien lo que

acababa de escuchar.

El gascón negó con la cabeza y respondió.

—Ha huido a Gascuña o a Francia.

—¿Estás seguro? —El conde se incorporó de la silla. Respiraba agitadamente.

—Un oficial del gobernador de Cataluña se lo ha revelado a uno de mis hombres. Aún despertáis simpatía entre muchos catalanes.

—¿No puede tratarse de un engaño para forzar nuestra rendición? —preguntó el conde con expresión sorprendida y contrariada. Sumido en la desesperación, no quería creer que su fiel amigo lo hubiera traicionado.

—No hay duda. Don Antonio ha ignorado vuestra orden —el gascón cabeceó negativamente. La deserción del señor de Almonacid también había supuesto para él toda una sorpresa. Una terrible decepción—. Mi señor, debéis aceptar la realidad. Estamos solos. No vamos a recibir ayuda exterior.

Don Jaime arrojó los documentos que estaban sobre la mesa al suelo con violencia. Estaba rojo de ira, de rabia, de frustración. Su más fiel partidario no sólo había desoído su llamada de auxilio, sino que además había huido para ponerse a salvo de la justicia de don Fernando. La noticia de su traición sería un golpe extremadamente duro para la moral de las tropas. Quizá el definitivo. Sintió una honda tristeza. Don Antonio fue quien le instigó a reclamar el trono, a alzarse contra el usurpador. Fue él quien asesinó al arzobispo de Zaragoza para facilitarle su ascenso al trono. Un grave error, un terrible disparate. El crimen de don García Fernández de Heredia, partidario de don Luis de Calabria, le cerraron las puertas a la corona. Hasta aquel instante nadie había tenido en cuenta la candidatura de don Fernando. Un castellano jamás reinaría en Aragón. Pero el crimen del arzobispo y la ausencia de respuesta de don Luis de Calabria a la llamada de auxilio del gobernador de Aragón, obligaron a este a suplicar la ayuda de don Fernando. Las tropas del infante de Castilla no solo pusieron en fuga a don Antonio de Luna, sino que permanecieron acechantes en Aragón hasta que don Fernando fue elegido rey por los compromisarios de Caspe. Don Antonio de Luna no había dejado de darle malos consejos. Incluso el conde comenzaba a cuestionarse si don Antonio había tenido algo que ver en la captura en Alcolea del mercenario Basilio de Génova. Había sido una posibilidad demasiado incómoda como para valorarla con mesura, pero ahora, tras su sorprendente y cobarde deserción, se habría paso con fuerza en la mente del conde. ¿Realmente necesitaba las tropas de un traidor, de un desertor? Quizá su huida no fuera tan mala noticia. Su presencia sólo le había causado graves infortunios.

—El destino es caprichoso, juega con nosotros como un niño lo

hace con un caballo de madera —se lamentó el conde, abrumado por una incesante concatenación de infortunios—. Se divierte durante un tiempo y cuando se aburre lo deja abandonado en un olvidado arcón o, peor aún, lo arroja al fuego para contemplar cómo arde.

La luz del atardecer iluminó el rostro de don Jaime. Estaba abatido, hundido en un tempestuoso mar de desolación y tristeza. La fortuna le había sido esquiva desde que acudió a Zaragoza para jurar sus responsabilidades como gobernador de Aragón. Desde entonces, todo había sido una sucesión de desgracias. El conde era el amargo reflejo de la derrota. Menaut de Favars se aclaró la garganta. Había llegado el momento de exponer su plan. Un plan que podría liberarle de aquel atolladero.

—Ambos estamos de acuerdo en que es prácticamente imposible que recibamos ayuda exterior —comenzó a explicar con su marcado acento gascón. El conde asintió con pesar—. Debemos pues ir a buscarla.

—¿Cómo? —preguntó don Jaime incorporándose ligeramente sobre la mesa.

—Dadme oro. Cruzaré las líneas enemigas y contrataré soldados en Gascuña.

El conde apretó los labios y arrugó el entrecejo. Balaguer estaba completamente rodeada por las tropas de don Fernando. Era un cerco asfixiante, inquebrantable. Lo que pretendía el gascón era una locura. Menaut de Favars leyó la duda en los ojos del conde y aclaró.

—Mi misión no es vencer en batalla al enemigo, sino abrir una brecha en el cerco al que nos tiene sometido para escapar. Lo tengo todo pensado —pero el conde seguía dudando—. Mi señor, ¿qué tenéis que perder? —insistió el capitán gascón—. Estáis rodeado. Tarde o temprano seréis derrotado por las armas o el hambre, salvo que se tomen decisiones audaces.

Don Jaime ponderó la propuesta del gascón. Era cierto que algo tenía que hacer si pretendía evitar el desastre. Don Fernando no cejaría en su empeño de mantener el sitio o de asaltar las murallas si advirtiera una buena ocasión para hacerlo, y la llegada del invierno no sería suficiente para disuadirlo de sus propósitos. La situación era desesperada. Y las situaciones desesperadas requieren de decisiones igualmente desesperadas.

—¿Cuánto oro necesitáis? —preguntó don Jaime.

—Todo el que tengáis.

—¿Todo?

—¿Para qué lo queréis, mi señor? Si sois derrotado ese oro os será inútil, pero si me lo dais, regresaré no sólo con cientos, sino con miles de mercenarios. Es una apuesta arriesgada. Lo sé. De todo o nada —se acercó al conde y mirándole con determinación, añadió—: Vos os

jugáis vuestro oro, pero yo arriesgo mi vida.

El conde asintió. Si era derrotado, don Fernando ordenaría su inmediata ejecución. El oro no le serviría de nada en el otro mundo. En cambio, si destruía al usurpador y se hacía con la corona, dispondría de las riquezas de todo un reino. El oro tiene un valor relativo cuando se trata de salvar la vida.

—Tendréis mi oro. Todo mi oro —aceptó—. Ahora, contadme vuestro plan.

Menaut de Favars asintió satisfecho y profundamente aliviado. Había culminado con éxito la primera parte de su plan. Ahora quedaba por concluir la más arriesgada. En un susurro, como si pretendiera evitar ser escuchado por oídos inapropiados, explicó al conde su idea para sortear el cerco enemigo y llegar a Gascuña, donde se serviría de las riquezas del conde para contratar a miles de mercenarios gascones e ingleses. Regresaría entonces a Balaguer y atacaría la retaguardia de las tropas de don Fernando. El usurpador, derrotado, moriría en la batalla o tendría que regresar humillado a Castilla. La victoria sería total y definitiva. Y don Jaime sería proclamado rey de Aragón. El plan era atrevido y valiente, pero factible. En labios del gascón sonaba hasta sencillo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

82

Balaguer, agosto de 1413

No había despuntado el sol por el horizonte cuando un centenar de jinetes salió a galope de la puerta de Lérida y arremetió con furia desesperada contra el campamento de don Luis de la Cerda.

—¡Nos atacan! —gritaron alarmados los soldados de guardia.

Eran apenas cincuenta los caballeros castellanos encargados de evitar que nadie entrara ni saliera del castillo por esa puerta.

—¡Pedir refuerzos! —gritaba don Luis de la Cerda, saliendo de la tienda apenas vestido con coraza y espada en mano, sorprendido ante el inesperado ataque de las tropas del conde de Urgel. Es un grave error subestimar al enemigo cuando se encuentra acorralado y herido, pues en su desesperación es capaz de realizar las más increíbles hazañas.

El fragor de la lucha llegó a oídos de don Fernando, que no necesitó de ningún mensajero para comprender lo que estaba sucediendo.

—¡Enviad a don Juan Hurtado de Mendoza y a don Diego Gómez de Sandoval con todas sus tropas! —ordenó a un capitán castellano temiendo que se tratara de un insensato intento de fuga de don Jaime. Si el conde lograba huir, la guerra continuaría. No habría conseguido nada. Absolutamente nada.

Los caballeros de don Luis de la Cerda se defendían con valor, pero el enemigo les doblaba en número. No podrían resistir mucho más si no llegaban pronto los refuerzos.

Mientras en la puerta de Lérida se libraba una lucha feroz, por otra puerta, la de la Judería, el gascón Menaut de Favars salía de la ciudad acompañado de cincuenta mercenarios. El campamento que protegía la puerta ya estaba en alerta por los gritos que les llegaban del otro lado de las murallas y habían formado un muro de escudos y lanzas esperando el ataque. Solo peones y lanceros protegían ese lado de las murallas, pues los caballeros habían acudido en ayuda de don Luis de la Cerda. Pero el propósito de Menaut de Favars no era entablar combate, sino sobrevivir.

—¡Adelante! —bramaba el gascón apuntando a los castellanos con su espada.

Los mercenarios se lanzaron a galope hacia el flanco menos protegido de los lanceros, rompiendo sus organizadas filas y causando

grandes destrozos. Pero los ballesteros castellanos acudieron pronto al auxilio y una lluvia de flechas cayó sobre ellos. Desde su montura, Menaut de Favars se batía con un lancero. A su alrededor acudían más castellanos armados con lanzas y ballestas. Un mercenario fue alcanzado por una flecha y cayó al suelo. Fue rematado por varios soldados con una saña incontrolable.

Desde la muralla, don Jaime de Urgel contemplaba la lucha del capitán gascón y sus mercenarios. Una terrible angustia oprimía su corazón. Se sentía impotente. No podía ayudar al capitán mercenario con las ballestas o las bombardas, pues podrían herirle a él o a sus hombres. Con el conde se encontraban don Ramón Berenguer de Fluvià y don Artal de Alagón. Todos permanecían en un tenso silencio. De aquella refriega dependía sus vidas.

Las tropas de don Juan Hurtado de Mendoza y del adelantado de Castilla no tardaron en acudir en auxilio de don Luis de la Cerda. Los mil soldados que los acompañaban disuadieron a los mercenarios de continuar el ataque. Ya habían cumplido con su cometido de distraer a los sitiadores. Había llegado el momento de regresar a la protección de las murallas.

—¡Retirada! ¡Retirada! —gritó el capitán de los mercenarios. Giró su montura y la dirigió al galope hacia la puerta de Lérida.

Mientras tanto, en la puerta de la Judería, Menaut de Favars seguía batiéndose con los lanceros castellanos, intentando encontrar un resquicio entre sus organizadas filas para poder escapar. Entonces lo vio. Un caballo fue herido por un lancero en el vientre y cayó profiriendo horribles relinchos de dolor sobre varios castellanos, otros se apartaron evitando ser aplastados por la bestia dejando un espacio libre entre sus filas. El gascón no se lo pensó. Espoleó con furia a su montura y cruzó a galope por entre los castellanos, que intentaron lancear sin éxito a su animal. El gascón cabalgaba a toda velocidad entre la espesa arboleda. Escuchaba muy próximo el inquietante silbido de las flechas de los ballesteros, pero para su fortuna, ninguna le acertó. Echó un vistazo a sus alforjas. Estaban repletas de joyas y florines de oro. Miró atrás. Le seguía un puñado de mercenarios que también habían logrado escapar. Aún no estaba fuera de peligro, pero se permitió una sonrisa. Sentía el aire fresco de la mañana acariciar su rostro. Echó un último vistazo atrás. No había rastro de los castellanos. Ahora sí respiró con tranquilidad. Regresaría a Gascuña inmensamente rico.

—¡Ha escapado! —exclamó don Jaime apoyándose sobre una almena—. ¡Ha escapado!

La figura del gascón se perdía entre los árboles, cuando el sol emergió por el horizonte y tiñó de rosa y malva el límpido cielo de la mañana.

—¡Lo ha conseguido! —gritaba lleno de júbilo.

Don Artal de Alagón observaba en silencio la huida a galope del gascón y de varios mercenarios. Había escapado. Eso era bueno, pero aún tendría que regresar a Balaguer con miles de mercenarios. Este era otro asunto. Don Artal decidió desechar de su mente funestos pensamientos. Ahora lo importante era que Menaut de Favars había sorteado el cerco castellano. Todavía había tiempo para la esperanza.

83

Balaguer, septiembre de 1413

El rey convocó al consejo de guerra. La huida de Menaut de Favars le había puesto en alerta. Igual que había escapado el gascón lo podría haber hecho el conde de Urgel. Habría sido un desastre. Sólo podría disfrutar de un reinado tranquilo con don Jaime muerto o encerrado. Pero la huida del gascón tampoco era una buena noticia. Posiblemente cabalgaría hasta Francia o Gascuña con la intención de contratar tropas mercenarias. El invierno acechaba y a pesar de varios intentos, las tropas realistas no fueron capaces de asaltar las sólidas murallas de Balaguer.

—El invierno se acerca. Y en estas tierras es especialmente frío y húmedo —comentó don Alfonso de Aragón, duque de Gandía.

—Y podemos encontrarnos con el enemigo a nuestras espaldas si Menaut de Favars regresa con miles de mercenarios —intervino don Juan Hurtado de Mendoza.

Los ánimos no se hallaban en su mejor momento. Sufrían problemas de abastecimiento y el coste de mantener las tropas durante tanto tiempo estaba siendo cuantioso. Don Fernando había requerido de nuevo de la ayuda económica de su cuñada, doña Catalina, y esta se lo había concedido, pero las arcas castellanas tampoco rebosaban. La ayuda de Castilla no sería infinita. Pero Menaut de Favars suponía una terrible amenaza para el asedio y su más que probable regreso con un ejército mercenario preocupaba a don Fernando. Habían sido negligentes en el cerco y ahora estaban pagando las consecuencias. Ordenó que doblaran las guardias y reforzó los campamentos que vigilaban las puertas de las murallas. Encargó a don Diego Gómez de Sandoval que se ocupara de este cometido. Pero Balaguer debía caer. Para don Fernando no había otra posibilidad. Debía rendir a don Jaime de Urgel y a todos los rebeldes que cuestionaban su poder y legitimidad como rey de Aragón. Eran muchas las dificultades que debía afrontar. Nadie dijo nunca que conseguir un reino y mantenerlo fuera una tarea fácil.

—Deberíamos enviar tropas a Huesca para proteger las fronteras —sugirió don Gil Ruiz de Lihori—. Con unos mil o mil quinientos soldados debería ser suficiente para mantener a *las compañías* alejadas de Aragón.

—No es conveniente dividir nuestros ejércitos —objetó don Álvaro de Ávila—. Necesitamos a todos nuestros hombres para estrechar el

cerco y evitar que alguien vuelva a escapar o que reciban alimentos y armas del exterior.

—Corren rumores inquietantes entre los soldados —intervino don Bernardo de Centelles—. Hay quien asegura que el rey de Inglaterra está dispuesto a acudir en ayuda del conde. Y en Gascuña se han observado movimientos de tropas. Quizá Menaut de Favars haya contratado los servicios de *las compañías* gasconas. Él es gascón y conoce a muchos capitanes. Se desenvuelve con soltura entre rufianes y asesinos, pues es uno de ellos. Si huyó con el oro del conde no le será difícil contratar sus servicios. Estoy de acuerdo con don Gil, debemos enviar tropas a la frontera. Y cuanto antes, mejor.

Ese era el mayor riesgo al que se enfrentaba don Fernando; que don Jaime recibiera refuerzos de Inglaterra o de Gascuña. Suponía una amenaza tan grave como real. Pero dividir el ejército no era una solución. Asediar una ciudad como Balaguer con sólo mil quinientos soldados era imposible. Se abrirían demasiadas brechas por donde los asediados podrían escapar, lanzar furtivos e inesperados ataques y recibir suministros. No podía prescindir de la mitad de sus soldados. Era demasiado comprometido.

—Enviaremos doscientos caballeros al norte —decidió al fin el rey—. Vigilarán las fronteras y hostigarán sin descanso a los invasores hasta la llegada de más tropas. El asedio se prevé largo y fatigoso, y debemos obrar con inteligencia. Quizá deberíamos servirnos de otras estrategias además de las armas para rendir la ciudad.

—¿Qué queréis decir? —preguntó don Álvaro de Ávila.

—Concederé el perdón a todos los que en los próximos quince días abandonen Balaguer y no hayan participado en el asesinato del arzobispo de Zaragoza —respondió don Fernando—. Muchos notables y caballeros se sienten atrapados dentro de las murallas. Sus mujeres y sus hijos están con ellos. Les facilitaremos la ocasión de ponerlos a salvo. Además, respetaré sus títulos y propiedades. Sólo les exigiré que abandonen al conde y me juren lealtad. Es un trato generoso que sólo los más necios rechazarán. Sembraremos la duda y la división entre los partidarios de don Jaime.

Los consejeros asintieron. Ambas decisiones eran sensatas. Doscientos caballeros serían suficientes para retrasar el avance de *las compañías* hasta la llagada de refuerzos y el perdón del rey llenaría de confusión, dudas y esperanzas a numerosos sitiados persuadidos de que la derrota del conde era inevitable.

—Fabricaremos bombardas, bastidas, torres y escalas —prosiguió don Fernando—. Reclamaremos canteros de Aragón y Castilla para que fabriquen bolaños para las bombardas y proyectiles para los trabuquetes. Construiré casas para los soldados y cuadras para las bestias. Si el invierno nos sorprende sitiando Balaguer, nos encontrará

frente al calor del fuego de la chimenea. Don Jaime ha de advertir que no descansaré hasta verle arrodillado a mis pies. Balaguer será el fin de mis enemigos y el inicio de mi dinastía.

84

Balaguer, septiembre de 1413

La actividad en el campamento del rey de Aragón era frenética. Los carpinteros construían bastidas, los canteros picaban la roca y los herreros perfilaban espadas y fabricaban bombardas. Don Luis de la Cerda anunció, voz en grito frente a las murallas de Balaguer, que don Fernando concedería su perdón a quienes abandonaran al conde. Los soldados catalanes y los mercenarios gascones e ingleses escuchaban con atención al castellano al tiempo que intercambiaban miradas cargadas de indecisión. Los mercenarios se habían quejado al conde en repetidas ocasiones de que la comida que les servían era escasa y que no les pagaba el sueldo que les debía. Había un profundo malestar entre ellos. Estaban al corriente de que Menaut de Favars había escapado de Balaguer con el oro del conde y temían que este no pudiera satisfacer sus deudas. Los mercenarios no participaron en la muerte del arzobispo de Zaragoza. Si se entregaban, el rey les concedería un salvoconducto y podrían regresar a Gascuña. Eran soldados. Su forma de vida era la guerra y ahora estaban encerrados, rodeados por un enemigo muy superior y al servicio de un señor arruinado y derrotado. Las perspectivas no eran nada prometedoras. En Balaguer estaban perdiendo dinero y si Menaut de Favars no regresaba con un ejército, no cobrar los sueldos atrasados no sería la mayor de sus preocupaciones. Los mercenarios más indecisos y proclives a la deserción dudaban si el conde les permitiría abandonar la ciudad y regresar a Gascuña. Un inglés de largas y rubias barbas, con aspecto fiero y amenazante, desvió la mirada hacia los soldados catalanes que vigilaban desde el adarve. Estaban hambrientos y asustados. Y los soldados asustados se derrotan con facilidad. Sonrió. Si las circunstancias se complicaban abandonarían Balaguer con o sin la licencia del conde.

Don Martín López de Lanuza y don Artal de Alagón se dirigían a la sala principal de la torre del homenaje. Don Jaime había convocado una reunión del consejo. Había que calcular los efectos que el perdón del rey había provocado en el marchito ánimo de notables y tropas.

—Menaut de Favars no volverá —dijo don Martín López de Lanuza. Tenía el rostro macilento, los pómulos ligeramente hundidos y la barba descuidada.

Don Artal le escuchaba en silencio.

—Se ha marchado con una inmensa fortuna en sus alforjas —

prosiguió don Martín—. ¿Para qué arriesgarse a perderlo todo cuando podrá vivir holgadamente en Gascuña lo que le queda de vida? Ya tiene cierta edad. Con el oro del conde puede abandonar su peligroso oficio para siempre. Es un mercenario y los mercenarios sólo deben lealtad al oro.

—Si pretendéis decir algo decidlo ya —apremió don Artal de Alagón. Ascendían por la escalera de piedra que conducía hacia la sala principal, pronto se reunirían con el conde.

—Temo por mi familia —susurró don Martín temiendo ser oído. Don Artal detuvo el paso—. No tiene sentido continuar esta guerra. Debemos convencer al conde para que se rinda. Su obstinación por ser rey de Aragón nos va a matar a todos. Si él no quiere rendirse, pues que siga luchando, pero que permita abandonar Balaguer a quién así lo decida.

La voz de don Martín López de Lanuza sonaba temblorosa. Su demacrado rostro revelaba que el asedio castellano estaba dejando una profunda huella tanto en su físico como en su voluntad. Pero don Artal de Alagón no se encontraba de mejor ánimo. También temía por su familia. También creía que, sin la llegada de ayuda exterior, todo estaba perdido. Don Fernando había prometido ser compasivo con los que abandonaran Balaguer, pero ¿cuánto duraría su clemencia? Los reyes no suelen dominar el arte de la paciencia.

—¿Vos no teméis por vuestra familia? —Don Martín le tomó del brazo. Don Artal asintió.

Se escucharon unos pasos y la conversación concluyó. Al poco, ascendiendo por la escalera de la torre, apareció don Ramón Berenguer de Fluvià.

—¿Qué hacéis aquí parados? —preguntó desconfiado—. Don Jaime nos espera. Vamos.

Y sin esperar respuesta se abrió paso entre ambos y prosiguió su camino. Don Martín y don Artal cruzaron una mirada cómplice y le siguieron.

En la sala principal, sentado en torno a la cabecera de una larga mesa de nogal se encontraba el conde de Urgel. Con él estaban doña Isabel y doña Margarita de Montferrato. Los tres nobles saludaron y tomaron asiento.

—Pronto regresará Menaut de Favars con miles de mercenarios —anunció el conde con una sonrisa confiada.

—¿Habéis recibido noticias suyas? —preguntó esperanzado don Martín López de Lanuza.

El conde se aclaró la garganta antes de responder. Por un instante dudó si mentir. En los momentos de miedo e incertidumbre una mentira piadosa es a veces más útil que la verdad. Le permitiría elevar los ánimos y ganar algo de tiempo. Pero las mentiras son castillos de

arena que tarde o temprano acaban por desmoronarse.

—No, pero pronto volverá. Estoy seguro.

La sala quedó envuelta en un silencio tan denso que casi se podría respirar. Habían pasado varias semanas desde que el capitán gascón escapara del cerco con las alforjas repletas de oro. Tiempo más que suficiente para haber regresado con miles de mercenarios, pero nada se sabía de él. Absolutamente nada. Y todo estaba perdido si Menaut de Favars no regresaba con refuerzos. Don Fernando estaba construyendo refugios para las tropas y el humo de innumerables fuegos alertaba de la fabricación de un gran número de bombardas.

—Y cuando lo haga, ¡contraatacaremos! —prosiguió el conde, intentando reconducir el ánimo derrotado que revelaba el semblante de sus consejeros—. Menaut de Favars arrasará la retaguardia del usurpador y nosotros abriremos las puertas de las murallas y nos lanzaremos sobre el enemigo como un enfurecido e incontenible vendaval. Formaremos una pinza que aplastará al usurpador y a los traidores que se han humillado a sus pies. —El conde apretó el puño como si aplastara una fruta madura—. Será el fin del infante y el inicio de mi reinado.

—¿Y si el gascón no regresara? —se atrevió a preguntar don Artal de Alagón—. Es más, ¿por qué debería regresar? Ha marchado a Gascuña cargado con más oro del que jamás podrá gastar —prosiguió, haciendo suyos los argumentos de don Martín López de Lanuza.

—Le prometí que le daría el triple si regresaba con *las compañías* —replicó el conde—. Le concederé tierras, propiedades, títulos. Los florines que portaba en sus alforjas son un premio insignificante comparado con las recompensas con las que le voy a premiar cuando haya expulsado al usurpador del trono de Aragón. ¿No os parece este suficiente motivo?

Don Artal de Alagón calló y bajó la vista. Era evidente que el conde no estaba dispuesto a considerar por un instante la posibilidad de que el capitán gascón prefiriera disfrutar de una fortuna en la seguridad de Gascuña, que la promesa incierta de recibir una recompensa mucho mayor si regresaba a Balaguer y derrotaba al usurpador.

—Si mi hijo dice que Menaut de Favars va a regresar es que va a regresar —intervino tajante la anciana de doña Margarita con su voz estridente, mirando con sus ojos grises, acuosos y desafiantes a don Artal de Alagón.

Un nuevo silencio. La duda, la desconfianza y el desaliento habían anidado en los corazones de los notables. Incluso en el más incondicional; don Ramón Berenguer de Fluvià. Y el conde lo percibió. Difícil es ganar una batalla cuando los capitanes están convencidos de la derrota. Los ojos de los notables estaban hundidos en unas mejillas

enjutas y macilentas. Los alimentos en Balaguer escaseaban. Y si la moral de sus nobles se encontraba en un estado tan triste y lamentable, ¿cómo estaría la de los soldados y la de la población? ¿Y la de los mercenarios? En varias ocasiones le habían reclamado los pagos atrasados. El conde les respondía con evasivas. No tenía dinero. Menaut de Favars se lo había llevado todo. Y apenas quedaba comida en los almacenes para alimentar a las tropas y a la población durante unas semanas. ¿Cuánto más podrían aguantar si Menaut de Favars no regresaba? Don Jaime de Urgel no culpó a sus notables de su falta de entusiasmo y confianza en la victoria. Hacía tiempo que él mismo deseaba negociar una rendición digna con don Fernando, ahora que aún disfrutaba de cierta posición de fuerza. Pero su madre se oponía. Le espetaba con su acento lombardo que es en la lucha y en el sufrimiento donde se forjan el carácter, el esfuerzo y la virtud de los héroes. Rendirse es de cobardes y traidores. Una afrenta para su apellido, para su regio linaje. La condesa-viuda le insistía en que debía aguantar, no derrumbarse ni caer en el desánimo, pues en cualquier momento divisarían por el horizonte las enseñas del gascón. El conde no era necio. Al igual que les ocurría a sus notables, las dudas sobre el regreso del capitán impregnaban su vacilante corazón. Su voluntad languidecía en un mar de desesperación y angustia, y aunque intentaba hacer denodados esfuerzos por ocultarlo, sus ojos, su mirada, su sonrisa insegura y nerviosa le delataban.

—No os he convocado para hablar de Menaut de Favars, pues doy por hecho de que volverá —comenzó a explicar don Jaime, dando el asunto del gascón por cerrado—. Ya sabéis que el infante ha prometido perdonar a quienes abandonen Balaguer y le juren lealtad. También está construyendo casas y fabricando más bombardas y trabuquetes. La llegada del invierno no va a detenerlo. Mantendrá el asedio hasta que logremos expulsarlo de Cataluña.

—Debes reforzar las guardias y evitar que nadie salga de la ciudad —dijo doña Margarita—. Hay muchos cobardes entre nosotros —miró con toda la intención a don Artal de Alagón y a don Martín López de Lanuza, como si hubiera leído sus pensamientos—. No dudarán en humillarse ante el usurpador, para salvar sus miserables vidas.

—Pienso todo lo contrario —replicó don Ramón Berenguer de Fluvià ante la sorpresa de los allí presentes. Nadie cuestionaba su férrea lealtad.

Don Jaime le miró con interés y dijo:

—Os escucho.

—Los ánimos están muy revueltos entre las tropas —comenzó a explicar—. El trigo y el vino empiezan a escasear. Los mercenarios llevan semanas sin recibir sus pagos. La justicia y los motivos de esta guerra les trae sin cuidado. A *las compañías* sólo les mueve el oro y el

botín. Un oro que se les debe y un botín que encerrados entre estos muros no están en disposición de robar. A nadie sorprendería que los mercenarios se sublevaran.

—¡Les contendríamos con firmeza! ¡No podemos permitir la indisciplina y la rebelión! —exclamó el conde.

—Estoy seguro de ello, mi señor, pero la sublevación de las tropas descontentas no sería nuestro mayor problema.

—¿Entonces cuál sería? —preguntó doña Margarita con los labios torcidos.

—La traición —respondió don Ramón Berenguer de Fluvià con rotundidad.

Don Jaime asintió.

—Entiendo —dijo.

—Dentro de estas murallas deben permanecer vuestros soldados y notables más leales, aquellos que os apoyarán sin fisuras ni dudas hasta las últimas consecuencias —explicaba don Ramón Berenguer de Fluvià—. Los abatidos, los desesperanzados, los que no creen en vuestra victoria es conveniente que se marchen. Cuanto más alejados estén de estas murallas mucho mejor, pues si permanecen en Balaguer os traicionarán. En un acto de desesperación abrirán las puertas de las murallas y permitirán el paso de las tropas del usurpador. Entonces, mi señor, entonces sí será el fin.

Don Artal y don Martín intercambiaron una mirada de perplejidad ante la inesperada sugerencia de don Ramón de Berenguer de Fluvià. ¿También tendría pensado acogerse al perdón de don Fernando? Lograron reprimir la sonrisa de alivio que amenazaba con brotar en sus labios.

—¿Creéis que el infante va a cumplir su palabra? —repuso el conde—. Ha movilizado un poderoso ejército y sitiado Balaguer durante meses. Ha apostado su fortuna y su prestigio en el proceso de elección de rey y ahora se está jugando la corona de Aragón en esta guerra. Demasiado esfuerzo, demasiado riesgo para permitir que sus enemigos queden impunes —soltó una carcajada que resonó amarga en las paredes de la sala—. Yo os diré lo que hará el usurpador: a todos los que se rindan, a los que deserten y me traicionen, los encerrará en profundos calabozos de Lérida. Luego confiscará sus propiedades y riquezas. Los desertores quedarán presos y arruinados.

—Mi señor, lo que el infante haga con los traidores es asunto suyo —objetó don Ramón Berenguer de Fluvià—. Lo cierto es que su oferta ha llegado a oídos del pueblo y de las tropas, causando un gran desconcierto entre los más indecisos y temerosos. Ahora mismo la incertidumbre es nuestro mayor enemigo.

—Es una insensatez —protestó doña Margarita—. ¡Todos querrán huir! —exclamó incorporándose del asiento. El conde y los notables

fijaron la mirada en ella. Llevándose por uno de sus arrebatos, había cometido un terrible desliz. Volvió a sentarse y desvió en silencio la vista hacia la mesa.

—¿Vos tampoco confiáis en que la victoria sea posible? —preguntó el conde enarcando las cejas.

—Yo no he dicho eso —masculló entre dientes.

—Sí, lo habéis dicho —el conde exhaló un largo suspiro—. Si según vos todos querrán huir es porque están convencidos de que la victoria es imposible —hizo una pausa y negó con la cabeza—. Si antes de la batalla los soldados buscan con la mirada la protección de la retaguardia en lugar de las lanzas y espadas del enemigo, esa batalla, madre, esa batalla está perdida. Sería de necios librarla. La decisión más sensata que podría tomar el capitán sería ordenar la retirada. Huir, como vos muy bien habéis dicho —explicaba el conde sin apartar la mirada de la condesa-viuda, quien permanecía con la vista fija en la mesa, persuadida de su imperdonable error. Su madre, la persona que le había arrastrado a desafiar a don Fernando, a tomar tan desacertadas decisiones, tampoco confiaba en la victoria. Entonces, ¿por qué resistir cuando la derrota era segura? ¿Por qué retrasar lo inevitable? ¿No sería más prudente huir, escapar a Gascuña y esperar tiempos mejores? Pasó entonces por su mente la idea de escapar. Sí, podría intentar sortear el cerco y llegar a Gascuña. Allí pediría explicaciones a don Antonio de Luna y a Menaut de Favars. Recuperaría el oro que le había entregado al gascón ladrón y desertor. Regresaría entonces a Aragón con un ejército y reclamaría lo que en justicia le pertenece.

—Quizá debería huir —dijo en apenas un susurro inaudible, como si sintiera vergüenza de haber expresado tales palabras.

Pero su murmullo llegó a oídos de su madre, que incorporándose de nuevo de la silla exclamó:

—¡No! ¡No puedes huir como un cobarde!

—Tampoco creo que sea buena idea, mi señor —afirmó don Ramón Berenguer de Fluvià—. El infante Fernando reforzó el cerco a la ciudad desde la huida de Menaut de Favars. Escapar es prácticamente imposible y si os capturan os ejecutarán.

—No puedes huir y dejar desamparada a tu familia —dijo doña Margarita señalando a doña Isabel, que permanecía en silencio tocándose el vientre, sintiendo cómo se movía la criatura que crecía en su interior—. ¿Qué será del niño que pronto nacerá? ¿Y de tus hijas? ¿Qué le diremos de su padre? ¿Qué huyó en lugar de defender sus derechos con la espada en la mano? ¿Qué abandonó a su familia para ponerse a buen recaudo en un reino extranjero?

Eso decía doña Margarita, pero sus temores eran otros. Sin la protección de don Jaime, temía que doña Isabel, que era tía de don

Fernando, pudiera pactar con el rey acuerdos ventajosos en los que ella quedaría excluida por haber incitado a su hijo a la rebelión. La relación entre nuera y suegra había empeorado en las últimas semanas. Doña Isabel podría entregarla en sacrificio, cual chivo expiatorio. Don Fernando descargaría entonces en ella toda su ira, toda su rabia por haberle arrastrado a una guerra tan absurda como inútil. Su castigo sería ejemplar, implacable, demoledor.

—Si huyes mancillarás el honor de la familia —prosiguió la anciana lombarda—. Nos avergonzarás. Serás tildado de cobarde y traidor por abandonar a su suerte a todos los que han arriesgado sus haciendas, sus títulos y sus vidas por seguirte y apoyar tus derechos al trono de Aragón —pronunciaba estas palabras entre dientes, con furia contenida, con desprecio y frustración—. Aunque regreses, si es que regresas —sonrió con amargura, como si dudara de que su hijo, una vez a salvo en el extranjero, tuviera realmente valor e interés en regresar a Aragón y luchar por la corona—, ¿quién va a seguirte? ¿Quién va a seguir a un rey que entregó a su familia, a sus parciales, a su reino al enemigo sin entablar batalla? Tu abuelo luchó por defender sus derechos. Hijo mío, no huyas y haz tú lo mismo. Si es voluntad de Dios que mueras, hazlo con la espada sucia de sangre enemiga. Defendiendo a tu familia, a tu reino, a tu pueblo de las tropas invasoras del infante Fernando. ¡Yo estoy dispuesta a morir! ¡¿Vosotros no?! —paseó la mirada en torno esperando que sus palabras hubieran infundido renovados bríos en los allí presentes, pero sólo halló silencio y ojos esquivos. Soltó un bufido de decepción y volvió a tomar asiento—. ¡Cobardes! —espetó con desprecio.

El conde ignoró la soflama de su madre. Haber seguido sus instrucciones le había conducido a aquel atolladero. Jamás volvería a escucharla. Ahora valoraba la huida como una posible opción para poner fin a aquel asedio, a aquella angustia que le atormentaba. Miró a doña Isabel. Su esposa le mostró una triste sonrisa mientras se acariciaba el vientre. Un hijo. Un nuevo vástago vendría en pocos meses al mundo. ¿A qué mundo? Se preguntaba el conde. Si huía y era capturado, no tardaría en ser ejecutado. Tampoco podía permanecer eternamente tras las murallas de Balaguer. Sin ayuda exterior tarde o temprano sería derrotado. Y Menaut de Favars no regresaría. No, no lo haría. Ahora, por fin, se había convencido. El gascón le había engañado y robado. Había huido con todo su oro. El conde era un necio rodeado de nefastos consejeros y de aliados interesados que no tardaron en traicionarle cuando se torcieron las circunstancias. Las malas compañías le habían llevado a la ruina. Pero aún tenía quince días de margen. Los quince días que había concedido don Fernando a sus parciales para que se rindieran. Utilizaría ese estrecho margen de tiempo para intentar cambiar el curso de los acontecimientos.

—El infante nos ha presentado una magnífica ocasión para ponderar la moral y la fe en la victoria de mis capitanes y soldados —comenzó a explicar, eludiendo de momento la opción de escapar—. Ellos serán los que me indiquen el camino a seguir. En quince días, si Menaut de Favars no ha regresado, abriremos las puertas de las murallas y permitiremos que todo aquel que lo desee abandone Balaguer. Veremos quiénes lo hacen. Podéis marcharos —añadió sin dar lugar a la réplica. Había tomado una decisión y no tenía ni ánimos ni fuerzas suficientes para discutir sobre ella.

Los nobles se incorporaron, se despidieron en silencio con un gesto de cabeza y se dirigieron hacia la puerta. El conde miró a su madre. Esta le devolvió una mirada ceñuda y soltando de su boca todo tipo de imprecaciones salió de la estancia.

—¡Don Ramón, vos quedaos! —ordenó el conde.

Don Martín López de Lanuza y don Artal de Alagón se detuvieron e intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Vosotros podéis marcharos —dijo don Jaime con un gesto despectivo de mano.

—Mi señor —dijo don Martín y encaminó sus pasos hacia la puerta de la sala seguido de don Artal.

El conde observó cómo se marchaban. Cuando hubieron abandonado la sala, dijo con tristeza:

—Estos dos serán los primeros en desertar tan pronto abra las puertas de la ciudad.

Don Ramón Berenguer de Fluvià guardó silencio. Era de la misma opinión, pero no era inteligente reforzar el atribulado ánimo del conde con comentarios negativos sobre dos de los pocos notables que aún le apoyaban.

—Esta guerra ha llegado a su fin —anunció don Jaime.

Doña Isabel comenzó a llorar en silencio. Don Ramón de Berenguer intentó replicar, pero el conde le detuvo con un gesto de mano.

—Ni siquiera mi madre confía en que logre arrebatarle la corona al usurpador, sino llega ayuda del exterior. Y esta, amigo mío, no llegará. Ambos los sabemos. Sólo nos aguardan dos posibilidades; la huida o la rendición.

Don Jaime se detuvo. Tenía un nudo en la garganta. Las palabras se negaban a continuar brotando de sus labios. La orden que se disponía a darle a don Ramón le causaba un profundo sufrimiento. Reconocer la derrota ante un enemigo despreciado y odiado es terriblemente doloroso y humillante. Pero era preciso. Continuar la lucha cuando no hay posibilidad de victoria es de insensatos. Sólo causaría más muertes, desgracias y tristezas. El conde se sentía fuerte tras los muros de Balaguer. Aún podría negociar ventajosas condiciones de rendición. Rendición… esta palabra resonaba una y

otra vez en su mente como una aciaga letanía. Rendición… Iba a rendirse. Por tal motivo había pedido a su madre que se marchara. No podría soportar durante más tiempo sus recriminaciones, sus reproches y sus estúpidas arengas. Ella y don Antonio de Luna le habían arrastrado a la rebelión, a alzarse contra un rey elegido en Caspe y refrendado por las Cortes. Don Jaime se consideraba el legítimo sucesor de don Martín, pero la legitimidad carece de valor cuando el poder, el oro y las armas prevalecen sobre los derechos de sangre y herencia. Don Fernando hizo un mejor uso de sus recursos y sin duda estuvo mejor aconsejado. Ahora el objetivo no era un reino, sino la supervivencia. Don Jaime exhaló un largo suspiro y dijo:

—Debéis contactar en secreto con alguien próximo al infante. Le diréis que estoy… —se resistía a pronunciar las fatídicas palabras, pero finalmente brotaron de su boca como un torrente desbocado—… que estoy dispuesto a negociar mi rendición.

Doña Isabel se llevó las manos a la boca. Estaba tan sorprendida como aliviada. Continuar con la guerra era un sinsentido. Su marido por fin se había dado cuenta de ello. Sus hijas y el pequeño que se movía inquieto en sus entrañas sobrevivirían. Las lágrimas comenzaron a horadar sus pálidas mejillas.

—Haces lo correcto —dijo tomándole de las manos.

El conde esbozó una triste sonrisa y asintió varias veces con los ojos cerrados.

—Sin duda es mejor negociar las condiciones de rendición ahora que dentro de quince días, cuando, muy probablemente, sean numerosos los notables y soldados que abandonen vuestra causa —afirmó don Ramón Berenguer de Fluvià.

—¿Creéis que debo continuar la lucha? —quiso saber el conde.

Don Ramón Berenguer de Fluvià estaba persuadido de que las posibilidades de victoria del conde se esfumaron en las alforjas de Menaut de Favars. Estaban atrapados en Balaguer y don Fernando persistía en construir trabuquetes y bombardas y ahora también casas y barracones para guarecer a las tropas durante el invierno. Don Antonio de Luna había huido y el rey de Inglaterra y el duque de Clarence se habían desentendido completamente de los asuntos aragoneses. Las tropas estaban hambrientas y desmoralizadas y los mercenarios gascones e ingleses reclamaban unos pagos que de ningún modo el conde estaba en disposición de satisfacer. El escenario al que se enfrentaban no podía ser más adverso. Sólo una intervención divina podría reconducir el fatigoso camino que les guiaba inexorablemente hacia la derrota. Hacía tiempo que don Ramón tenía pensado plantearle al conde la posibilidad de la rendición, pero temía ser censurado por cobarde o traidor. Se alegró pues de que tal iniciativa saliera de él.

—Habéis hecho lo que habéis podido, pero por ventura todas las circunstancias os han sido adversas —comenzó a responder—. Nada tenéis que reprocharos y nada os podrán reprochar, si decidís alcanzar un acuerdo con el infante de Castilla que evite más penurias y derramamiento de sangre.

—No dudes de que la paz es la única solución —intervino doña Isabel. Hasta ese momento había permanecido en silencio, contemplando y escuchando a unos y a otros, pero siempre intimidada por la larga y tenebrosa sombra de su suegra. Pero ahora no estaba. Su marido, por fin, había determinado desprenderse de ella. La influencia que doña Margarita ejercía sobre él había sido terriblemente perjudicial y dañina. Y si persistía en continuar la rebelión, acabaría siendo mortal. Ebria de codicia y poder la anciana lombarda había regalado sus oídos con sueños peligrosos e irrealizables. Era necesario poner fin a esa pesadilla antes de que fuera demasiado tarde—. Don Fernando es mi sobrino, tú eres su tío y nuestras hijas son sus primas. ¡Somos familia! Es un hombre piadoso y razonable. Estoy segura de que te perdonará si le juras lealtad.

El conde apretó los dientes. Las últimas palabras de doña Isabel le hicieron más daño que si le hubieran abrasado los ojos con hierros incandescentes. Pero tenía razón. Triste es el destino del hombre cuya vida depende de la generosidad del enemigo.

85

Balaguer, octubre de 1413

Don Ramón de Berenguer de Fluvià contactó con el caballero aragonés don Pere Maza de Lizana y le trasladó la voluntad del conde de rendirse y de jurar fidelidad a don Fernando, si este, a cambio, le perdonaba la vida a él y a quienes habían participado en su causa. El rey de Aragón, convencido de que Balaguer pronto caería en sus manos, decidió rechazarla y exigió al conde que acudiera en persona a su real y se rindiera sin condiciones y sin más esperanzas que depender de su piedad y clemencia. Don Jaime recibió la respuesta de don Fernando con decepción, tristeza y resignación. Pronto abriría las puertas de Balaguer a todos aquellos que quisieran abandonar la ciudad y jurar fidelidad a don Fernando. Sería el momento de sopesar lealtades y tomar decisiones.

—¡A las armas! ¡A las armas! —se desgañitaba el oficial de guardia encargado de custodiar la puerta de Lérida—. ¡Han abierto las puertas de la muralla! ¡Todos a las armas!

Al momento centenares de peones y caballeros formaron un muro infranqueable. Los artilleros cebaron las bombardas y los ballesteros cargaron sus armas. Los sitiadores habían aprendido la lección: nadie volvería a burlar el cerco como hizo Menaut de Favars.

—¿Qué sucede? —Don Fernando, vestido con armadura y celada, había acudido a caballo a la llamada de alarma.

—Han abierto las puertas de las murallas, pero parece que nadie sale —respondió don Juan Hurtado de Mendoza.

—Hoy se cumple el plazo que concedí a los parciales del conde para que abandonaran la ciudad —recordó don Fernando.

Se había levantado un viento frío y desapacible. El cielo estaba cubierto de nubes grises que anunciaban lluvia. Los sitiadores contemplaban con gesto tenso la puerta de Lérida, esperando que en cualquier momento salieran en avalancha las tropas enemigas.

—Enviad refuerzos a la puerta de la Judería —ordenó don Fernando, recordando la estratagema de la que se sirvió Menaut de Favars para escapar del cerco.

—Ya han sido enviados doscientos caballeros y trescientos ballesteros —dijo don Juan Hurtado de Mendoza.

El rey sonrió. Los hombres inteligentes aprenden de los errores, los necios persisten en caer en ellos.

—¡Mi señor! —exclamó un caballero. Había movimiento en la puerta de Lérida.

El primero en salir de Balaguer fue don Artal de Alagón. Vestía una bruñida armadura y montaba en un flamante caballo negro. Se disponía a desertar y jurar lealtad al rey de Aragón. Pero incluso en las ocasiones más deshonrosas, uno debe simular cierta dignidad. A don Artal le acompañaba su familia y los sirvientes. Justo detrás aparecieron don Martín López de Lanuza, su esposa doña Elvira López de Sesé, su hija doña Violante y varios miembros de la familia. Una docena de sirvientes cerraba la comitiva.

—Acercaos y dadles la bienvenida que se merecen —dijo don Fernando a don Juan Hurtado de Mendoza.

—¡Seguidme! —ordenó don Juan a una docena de caballeros.

El rey observó cómo el mayordomo acudía al encuentro de don Artal de Alagón. De la puerta de Lérida comenzaron a salir notables, caballeros y mercenarios. Todos daban la guerra por perdida. Pretendían evitar que don Jaime los arrastrara en su locura. Don Fernando suspiró complacido; el conde estaba solo, completamente solo.

Desde el adarve, don Jaime contemplaba con un profundo pesar la larga hilera de hombres, mujeres y bestias que abandonaba Balaguer. Su madre estaba a su lado. Se frotaba los ojos velados por las lágrimas mientras se preguntaba cómo habían llegado a esa situación. Estuvo a punto de decirle «te lo dije», pero tuvo el suficiente sentido común para contenerse. El conde habría sido capaz de arrojarla al vacío. Un grupo de treinta mercenarios ingleses cruzó las murallas. Las puertas de la ciudad se cerraron a su paso. Eran los últimos. El silencio era total. Los soldados del conde observaban desde el adarve cómo los nobles castellanos conversaban cordialmente con don Artal y don Martín. Dudaban si habían hecho lo correcto al decidir permanecer en Balaguer. Hasta los ingleses se habían marchado. Don Jaime leyó la duda y la desesperanza en sus ojos. Hizo un gesto a don Ramón Berenguer de Fluvià, que contemplaba la dramática escena a pocos pasos de distancia.

—Acompañadme.

Sin esperar respuesta, el conde descendió la escalera de piedra del adarve y se detuvo en el patio de armas. Miró en derredor. Podría hablar con don Ramón sin ser escuchado.

—Mañana iréis al real de don Fernando y negociaréis con él personalmente mi rendición —le dijo.

Don Ramón asintió. A la luz de los últimos acontecimientos no había otra alternativa.

—¿Cuáles son vuestras condiciones? —le preguntó.

—Decidle que le ofrezco mi lealtad a cambio de su perdón para mí

y para todos los que me han apoyado en esta guerra.

Eran las mismas condiciones que ya expuso hacía quince días a don Pere Maza de Linaza y que el rey rechazó. Y en aquellos momentos la posición de don Jaime era más sólida. Tenía con qué negociar. Pero ahora las cosas eran bien distintas. Varios notables, caballeros y soldados habían desertado y probablemente no serían los únicos. El conde no estaba en situación de exigir nada, sino de plegarse a la voluntad del rey y rogar por su vida. Pero don Ramón se contuvo de explicárselo. Al menos, entre sus condiciones había incluido a sus parciales.

—Así lo haré, mi señor. Ruego a Dios porque conduzca la voluntad del infante de Castilla por el camino de la reconciliación y el perdón.

—Del rey, querido amigo, la voluntad del rey Fernando de Aragón. Nuestro único y legítimo señor —corrigió don Jaime. Había llegado el momento de asumir con resignación y humildad quién reinaba en Aragón.

86

Balaguer, octubre de 1413

El rey recibió a la embajada del conde de Urgel en su real. Con él estaban don Álvaro de Ávila, don Juan Hurtado de Mendoza, el duque de Gandía y don Diego Gómez de Sandoval. Don Ramón Berenguer de Fluvià entró en la tienda acompañado de cuatro caballeros catalanes. Llovía con intensidad y el viento soplaba con fuerza, sacudiendo con furia la tienda como si pretendiera arrancarla de sus anclajes.

—Mi rey y señor —saludó don Ramón hincando la rodilla al suelo. Los cuatro caballeros le imitaron.

El rey sonrió. Que don Ramón le considerara su rey era un buen comienzo.

—Traigo un mensaje del conde Jaime de Urgel —anunció sin más preámbulos con la rodilla todavía clavada en el suelo y sin mirar al rey en un evidente gesto de acatamiento y sumisión.

—Levantaos y hablad —ordenó don Fernando con un gesto de mano.

Don Ramón Berenguer de Fluvià se incorporó y expuso con precisión el mensaje que el conde le había ordenado trasmitir.

—Don Jaime reconoce que jamás debió cuestionar la decisión de los compromisarios de Caspe. Vos sois el legítimo rey de Aragón, pues así se decidió en Caspe y así fue ratificado por las Cortes. Pero fue mal aconsejado. Reconoce que alzarse contra vos fue un desafortunado error, un terrible desatino —don Ramón se detuvo para ponderar el efecto que sus palabras estaban causando en el rey y en los notables que le acompañaban. No le pasó desapercibido que todos eran castellanos. Concluyó que don Fernando no confiaba plenamente en los consejeros aragoneses. Los nobles castellanos le observaban con atención con los brazos cruzados y los labios fruncidos. Sus gestos torvos y ceñudos no auguraban nada bueno. Pero no se permitió caer en el desánimo. Era mucho lo que se jugaba en aquel encuentro. Empezando por su propia vida. Respiró hondo y prosiguió—: Os ruega que no despreciéis su mano tendida y que recordéis sus orígenes, su regio linaje. Sois familia y amparándose en vuestro parentesco os suplica vuestro perdón para él y para sus parciales. Si sois clemente y con generosidad le concedéis vuestra gracia, os abrirá las puertas de la ciudad. El conde os recibirá humildemente en la entrada y os jurará fidelidad con todo el pueblo de Balaguer como testigo. Mi señor, os puedo asegurar que no encontraréis mejor vasallo.

Don Ramón Berenguer de Fluvià terminó de exponer el mensaje y volvió a hundir la rodilla en el suelo. El techo de la tienda seguía balanceándose por el furioso viento. Fuera la lluvia arreciaba. Se auguraba un invierno frío y lluvioso. Sentado en una silla frailera, don Fernando paseó la mirada por don Ramón y por los cuatro caballeros que le acompañaban. Estaban de rodillas, con la mirada fija en el suelo. Los dejó en esa posición mientras meditaba qué decisión tomar. Don Jaime se había rebelado contra su autoridad. Le había traicionado. Un rey jamás puede tolerar la traición o será tildado de pusilánime y débil por sus vasallos. Pero, por otro lado, don Jaime era el esposo de su tía, doña Isabel. Eran familia y su linaje era tan antiguo como la propia Cataluña. ¿Merecía ser ejecutado como un vulgar criminal?

—El conde no está en condiciones de exigir nada a cambio de su rendición. Absolutamente nada —comenzó a decir el rey de Aragón con voz grave, pero serena—. Su obstinación nos ha conducido a una guerra que sólo ha causado desgracias. Es cierto que el conde se ha rodeado de pésimos consejeros, vos incluido —señaló a don Ramón con un dedo acusador—, pero ha sido su ambición descontrolada lo que ha provocado su ruina. No, el conde no está en condiciones de exigir nada. Ha sido derrotado y está siendo abandonado por sus parciales —el rey hizo una pausa para que sus palabras fueran calando en el ánimo del catalán—. Pero si abandona su rebeldía y se postra ante mí, obraré con él y con los suyos con piedad y generosidad. Es lo único que le puedo ofrecer.

Don Ramón apretó los labios en señal de desagrado. El rey no había cedido un ápice desde su reunión con don Pere Maza de Linaza. Pedía que don Jaime se rindiera y acudiera a su real quedando a merced de sus designios, de su capricho. El castigo por traicionar a un rey era la muerte. Don Fernando le estaba exigiendo que don Jaime se rindiera y se entregara como un manso cordero dispuesto para el sacrificio, aceptando con resignación su fatal destino. Pero ¿tenía otra alternativa? Don Fernando contemplaba cómo don Ramón Berenguer de Fluvià se debatía en un torbellino de dudas e inquietudes. Su destino y el del conde quedaron unidos inexorablemente desde el instante en el que le animó a alzarse contra el rey.

—Sí, seré generoso con el conde y sus partidarios —prosiguió el rey—, pero si se reanudan los combates y, escuchadme bien, si se reanudan los combates y uno solo de mis hombres muere, aunque sea el más insignificante de los palafreneros, os aseguro que no habrá piedad ni para el conde ni para los suyos. Todos los rebeldes serán… seréis ejecutados —se corrigió el rey. Don Ramón tragó saliva—. Destruiré Balaguer hasta sus cimientos y sembraré con sal estas malditas tierras guarida de víboras y traidores. Borraré de la faz de

Aragón cualquier vestigio que recuerde a la familia Urgel —el rey se incorporó ligeramente de la silla para pronunciar estas palabras, que llegaron a los oídos del caballero hospitalario con ecos de terrible sentencia. Su voz resonó en la tienda con firmeza. No eran vanas amenazas lanzadas al aire. Eran un serio aviso de lo que le sucedería al conde, a su ilustre apellido y a sus posesiones, si no se rendía de una maldita vez.

Don Ramón Berenguer de Fluvià mantenía la mirada fija en el rey, haciendo denodados esfuerzos por enmascarar la angustia que le mordía las entrañas. El conde era hombre muerto. La duda era si él correría la misma suerte. Posiblemente así fuera. Su única posibilidad era que don Jaime se entregara y pusiera su vida y de la de sus partidarios en manos del rey. Y esto debería suceder antes de que se produjera una nueva muerte… No había tiempo. Debía obrar con rapidez si pretendía evitar el desastre.

—Mi señor, comunicaré vuestra decisión al conde —dijo don Ramón.

—Palabra por palabra —puntualizó don Fernando—. Podéis marcharos.

Don Ramón se despidió en silencio con un movimiento de cabeza y salió de la tienda acompañado de los cuatro caballeros catalanes.

—¿Le perdonaréis? —preguntó don Álvaro de Ávila a don Fernando, una vez se hubo marchado la embajada catalana.

El rey meditó su respuesta antes de contestar. Las dudas revoloteaban en su cabeza como un enjambre de abejas furiosas. Realmente no tenía decidido qué hacer con él.

—Aún sigue parapetado tras las murallas de Balaguer —comenzó a responder—. Primero hemos de capturarlo… —se detuvo unos instantes y prosiguió—… luego seré tan generoso como deba ser con un rebelde que ha persistido en su desobediencia.

87

Balaguer, octubre de 1413

Don Ramón Berenguer de Fluvià compartió con el conde la conversación que había mantenido con el rey de Aragón sin omitir un solo detalle. No era momento de enmascarar la realidad con palabras vacías y engañosas. Lo cierto era que aún tenían una oportunidad de salir con vida de aquel atolladero si se rendían antes de que se produjera una nueva muerte en combate.

—¿Creéis que el infante me… nos perdonará la vida? —preguntó don Jaime. Se hallaba en sus aposentos privados. Le acompañaban don Ramón y doña Isabel. A su madre la tenía recluida en sus estancias. No soportaba sus sollozos y reprimendas. La anciana se lamentaba de su falta de agallas por no luchar por sus derechos al trono hasta las últimas consecuencias.

—Dijo que sería generoso con vos y con vuestros parciales —respondió don Ramón—. La mínima muestra de generosidad sería perdonaros la vida.

—O concedernos una muerte rápida —replicó el conde—. Podría encerrarnos en lúgubres calabozos y torturarnos durante días o semanas hasta que fuéramos nosotros quienes le rogásemos que nos sacrificara para poner fin a nuestro calvario. Este, en cierto modo, sería un gesto de clemencia.

Don Ramón tragó saliva. Esa era una posibilidad que no había contemplado.

—Mi sobrino no es tan cruel. —Doña Isabel desplazó la mirada hacia don Ramón—. Si os ha asegurado que será generoso con mi marido sin duda lo será. Nunca ha incumplido su palabra —y mirando al conde, añadió con voz suplicante—. Entrégate antes de que sea tarde.

Don Jaime miró los ojos azules y cargados de miedo de su esposa. En pocos meses daría a luz. Temió por ella, por sus hijas. ¿Qué futuro les aguardaba si era ejecutado? No tenía miedo a morir. Había puesto su vida en manos de Dios y si su destino era ser ejecutado, lo asumiría con determinación y entereza, pero le preocupaba el futuro de su familia, incluido el de su madre, cuya rabia y ambición le había conducido a la ruina. «O rey o nada», le había dicho. El conde sonrió con amargura.

—Me ejecutará —suspiró con resignación—. Podré reprocharle que se sirvió de oscuras artimañas para ser elegido rey, pero jamás le

censuraré que actúe como tal. Si yo hubiera sido el elegido por los compromisarios de Caspe —cerró los ojos recordando lo cerca que había estado del trono y lo lejos que se encontraba en ese momento —-, habría ordenado la inmediata ejecución de quienes no me hubieran jurado lealtad. No, no le culparé si su decisión fuera ejecutarme. Es lo que haría cualquier rey.

—Iré a hablar con don Fernando —propuso de pronto doña Isabel —. A mí me escuchará. Es mi sobrino, parte de mi familia. Esta criatura —dijo mientras se tocaba el vientre— es su primo. ¿Dejará huérfanos a sus propios primos? Aún tienes muchos partidarios en Cataluña. No será de su agrado que don Fernando no haya sido clemente con uno de los candidatos al trono, con el principal notable catalán.

—Quizá una conversación con doña Isabel ablande su corazón —observó don Ramón Berenguer de Fluvià.

Que su vida dependiera de su mujer no agradó a don Jaime, que torció los labios en un gesto de duda. Su madre le insistía en que era preferible morir antes que rendirse, en cambio su mujer estaba dispuesta a negociar su rendición por librarle de la muerte. Dos mujeres con dos conceptos muy distintos sobre el honor y la vida.

—Mi señor, un encuentro de doña Isabel con el infante puede salvar muchas vidas. No sólo la vuestra. Piense, mi señor, en quienes os han servido con fidelidad y decidieron permanecer a vuestro lado en Balaguer cuando se abrieron las puertas de la ciudad. El destino de vuestros parciales también depende de vuestra decisión —dijo esperanzado don Ramón. La mediación de doña Isabel era su última oportunidad de salir con vida de aquella situación.

Don Jaime paseó la vista entre don Ramón y doña Isabel. Las dudas impregnaban su ánimo derrotado. La victoria era imposible. Y aunque no temía a la muerte, tampoco era cuestión de ir a su encuentro. ¿Qué tenía que perder si su mujer fracasaba? Nada. Quizá una pequeña mancha en un honor ya marchito y sucio por la deslealtad. Una mancha que pronto sería olvidada por las arenas del tiempo. Salvar la vida era ahora su máxima aspiración, su única victoria. Esa era la clave; vivir. Quizá el tiempo y una fortuna que siempre le había sido esquiva le concedieran en el futuro la oportunidad de resarcirse. Sí, pudo haber sido rey y ahora era un proscrito, pero si sobrevivía quizá podría revertirse el curso de la historia.

—Bien, habla con don Fernando —decidió al fin, mirando a su esposa—. Quizá a ti te escuche.

88

Balaguer, octubre de 1413

Doña Isabel acudió al real de don Fernando una mañana brumosa y fría. La llevaban en hombros en una litera. La distancia del castillo al campamento del rey era demasiado larga para una embarazada. Le acompañaban fray Juan Jimeno, obispo de Malta, y una pequeña escolta de cuatro caballeros. Desde las murallas, don Jaime y don Ramón Berenguer de Fluvià contemplaban su marcha con el corazón encogido. Doña Isabel era su última esperanza de alcanzar una rendición digna, de salvar su vida. Las banderas del conde ondeaban mecidas por el viento y en el cielo dos cuervos volaban en círculos emitiendo agudos graznidos. Hacía frío y la condesa se arrebujó en su abrigo. Nadie hablaba, nadie se atrevía a romper el denso silencio con palabras vacías. Sólo el metálico sonido del rastrillo de la puerta de las murallas al ser izado se atrevió a irrumpir en aquella mustia mañana de octubre. La comitiva salió de Balaguer. Con paso lento pero inexorable se dirigió hacia el campamento enemigo. No habían caminado más de doscientos pasos cuando una patrulla castellana de veinte caballeros de la Orden de Calatrava fue a su encuentro.

—Mi señora —saludó don Enrique de Villena, maestre de la Orden, identificando al momento quien viajaba en la litera.

—Avisad al rey, mi sobrino. Quiero hablar con él —ordenó doña Isabel con autoridad.

Al maestre, un hombre de alto porte, rostro agraciado y semblante recio y confiado, no le pasó desapercibido que la condesa se dirigiera a don Fernando como rey y sobrino.

—Mi señora, el rey no desea recibir más embajadas de don Jaime. En su último encuentro con don Ramón Berenguer de Fluvià quedó todo dicho. Os ruego que regreséis a Balaguer.

Al momento, los caballeros de la Orden de Calatrava formaron una barrera infranqueable impidiéndoles el paso.

—El rey, mi sobrino, me deberá escuchar —le espetó—. Somos familia y las espadas y lanzas que ahora interponéis en mi camino no pueden cambiar esta condición. ¡Avanzad! —ordenó a los cuatro porteadores que llevaban la litera sobre sus hombros.

Los porteadores dudaron unos instantes, pero con paso lento y vacilante se encaminaron hacia los caballeros. Don Enrique de Villena no sabía qué hacer. Había quedado impresionado por la fuerza y la determinación de doña Isabel. La condesa temía por sus hijas. Y una

madre es capaz de hacer las cosas más asombrosas por proteger a sus vástagos. Los caballeros miraron al maestre solicitando instrucciones. La litera se encontraba a menos de diez pasos de ellos. Don Fernando se había negado a recibir más embajadas. Sólo aceptaría la rendición incondicional de don Jaime de Urgel. Pero doña Isabel no era una embajadora cualquiera. Era tía de don Fernando, hija del rey Martín, infanta de Aragón. Un caballero demasiado nervioso o impaciente por ganarse las simpatías del maestre desenfundó la espada. ¿Qué pretendía ese insensato? ¿Matar a la infanta y al obispo de Malta? ¿A una mujer embarazada?

—¡Enfunda tu espada, imbécil! —le espetó. El caballero obedeció la orden con celeridad—. Maldita sea —musitó. Escupió al suelo y ordenó—: ¡Abrid el paso a la infanta de Aragón!

Doña Isabel se giró y agradeció el gesto del maestre de Calatrava con un leve asentimiento.

—Informa al rey de la visita de doña Isabel —ordenó don Enrique a uno de los caballeros, que de inmediato espoleó su montura y se dirigió a galope hacia el campamento.

Desde las murallas de Balaguer, don Jaime contempló con nerviosismo la breve conversación que su mujer mantuvo con don Enrique de Villena. La angustia oprimió su corazón cuando el jinete castellano desenfundó la espada. Pero ahora doña Isabel marchaba hacia el campamento de don Fernando escoltada por los caballeros de la Orden de Calatrava. Suspiró aliviado al tiempo que preguntaba al Todopoderoso si algún día acabaría su suplicio.

Cuando doña Isabel llegó al real, don Fernando ya la estaba esperando, acompañado de un nutrido número de notables castellanos y aragoneses. La noticia de la llegada de la condesa había generado una gran expectación en el campamento. El obispo de Malta la ayudó a descender de la litera. Doña Isabel se dirigió hacia el rey de Aragón, besó su mano y se arrodilló.

—Mi rey y señor, os ruego que me escuchéis —dijo doña Isabel con la voz tomada por la emoción y los ojos llenos de lágrimas.

La imagen de la infanta arrodillada a los pies del rey, ahogada en lágrimas y con las manos en la criatura que crecía en sus entrañas era sobrecogedora.

—Os prometo que lo haré, pero levantaos —dijo don Fernando conmovido—. No es conveniente en vuestro estado que permanezcáis de rodillas.

—No, mi señor, no me levantaré, hasta que no hayáis escuchado lo que he venido a decir —replicó doña Isabel.

—Como deseéis entonces, pero permitid que os traigan cojines para que no permanezcáis en el suelo húmedo y frío. Podéis enfermar.

Doña Isabel negó varias veces con la cabeza y dijo:

—Me hace feliz entender por vuestras palabras que os preocupáis por la salud de vuestra tía. Sí, vuestra tía. Permitidme, mi señor, que me atreva a recordaros nuestro parentesco, pues soy hermana de vuestra madre doña Leonor, mis hijos son vuestros primos y mi marido, el conde de Urgel, es vuestro tío —hizo una breve pausa para tomar un poco de aire. Sentía cómo el corazón le palpitaba con furia en el pecho—. Estoy aquí, de rodillas, humillada ante vos, el rey, mi sobrino, para suplicaros clemencia. En nombre de la Virgen, a quien sé que adoráis con fervor, os ruego que perdonéis a mi esposo. No ordenéis su ejecución, ni su prisión, ni su expulsión de vuestros reinos. Sé que es mucho lo que os pido, pero tened fe de que vuestra generosidad será contemplada con regocijo por la Virgen, Nuestra Señora y recompensada con infinitos dones en la tierra. Perdonadle, mi señor. Os prometo que no hallaréis en todo el reino vasallo más leal —alzó la vista y la paseó por los notables que acompañaban al rey—. Os ruego nobles caballeros que me ayudéis en mi propósito. Os ruego que mediéis con el rey por mi esposo. No olvidéis su linaje, su apellido, sus regios antepasados. No mancilléis la memoria de los antiguos reyes de Aragón condenando a muerte uno de sus descendientes como si fuera un vulgar criminal —y mirando al rey, concluyó—: Os suplico por lo más sagrado, mi señor, que seáis misericordioso con mi esposo, el conde de Urgel.

Doña Isabel, sin poder soportar durante más tiempo tanta tensión, rompió a llorar desolada y ocultó el rostro entre sus manos. La angustia y el miedo le devoraban las entrañas. Los nobles allí congregados desviaron la vista hacia el rey. Ninguno tenía intención de interceder por don Jaime. Sus delitos habían sido demasiado graves como para ser perdonados con facilidad o merecer un castigo leve. Una ráfaga de aire con olor a lluvia acarició el rostro del rey. Contemplaba con gesto severo a su tía. Permanecía de rodillas. Sollozaba y se agitaba convulsa invadida por un terrible sufrimiento.

—Mi señor.

El rey desvió la vista hacia fray Juan Jimeno. El obispo de Malta había permanecido en silencio, de pie, junto a doña Isabel. Se trataba de un hombre de corta estatura, rostro redondo, pelo cano y escaso y mirada bondadosa. Don Fernando le autorizó a hablar con un movimiento de mano.

—Os ruego que mostréis clemencia con don Jaime y seáis templado con vuestra justicia —comenzó a decir el obispo de Malta, dando un par de pasos al frente—, pues es lo que se espera de tan alto y noble rey. Vuestra generosidad será predicada por todo el reino. No sólo en Aragón, sino en todos los reinos de Europa se hablará durante siglos de vuestra generosidad. La posteridad os recordará como un rey justo, generoso y prudente. Mi señor, el perdón es la mayor de las

virtudes. Alivia tanto a quien lo recibe como a quien lo concede. Si el rey David perdonó a su hijo Absalón por rebelarse contra él, ¿vos no podréis perdonar a vuestro tío el conde? —hizo una pausa para valorar el efecto que sus palabras estaban causando en el rey. Este le miraba con la frente arrugada y los labios apretados. Pero en sus ojos fríos y penetrantes le pareció advertir un atisbo de duda—. Vuestra generosidad será recompensada por Nuestro Señor y por la Virgen María a quien tanto adoráis, alargando vuestro reinado y concediéndoos gloriosas victorias sobre vuestros enemigos—Fray Juan Jimeno inclinó la cabeza y volvió con doña Isabel.

El rey escuchó con atención las súplicas de doña Isabel y del obispo de Malta. Se había levantado un viento frío y las nubes se abigarraron en el cielo. Pronto empezaría a llover. El silencio que les envolvía era tan denso que se podía masticar. Desvió la vista hacia doña Isabel. La condesa sollozaba de rodillas, sin apartar la vista del suelo. Sintió una profunda lástima por aquella mujer embarazada que, anegada por las lágrimas, suplicaba por la vida de su marido. ¿Debía perdonarle? ¿Debía ser clemente con quién había persistido en traicionarlo? El perdón es el recurso de los reyes débiles, pero también puede tratarse de una valiosa arma política. Si era comedido con don Jaime, se ganaría el afecto y la consideración de la influyente y siempre irritante nobleza catalana. Pero también podría ser considerado un rey inseguro, pusilánime y permisivo con la traición. Una rebelión debe ser sometida a sangre y fuego, y sus cabecillas ejecutados sin contemplaciones o se corre el riesgo de que se reproduzca. Hay quien sólo aprende de sus errores cuando su cabeza reposa en un tocón de madera en espera de que el verdugo haga su trabajo. ¿Sería este el caso del conde?

—Los compromisarios de Caspe decidieron que, por derecho y en justicia, a mí me correspondía ser rey de Aragón —comenzó a explicar don Fernando—. Fui elegido rey sin haber hecho uso ni de la tiranía ni de la violencia, sino mediante el diálogo y el consenso. Doctores expertos deliberaron sobre esta causa y así lo decidieron, con seguridad y en libertad. Acudieron entonces a rendirme homenaje todos los notables y los clérigos del reino. Todos salvo vuestro esposo, el conde de Urgel, que no sólo puso impedimentos a mi nombramiento, sino que despreció a los embajadores de Cataluña que intentaron persuadirle para que desistiera de cualquier proyecto de rebelión. Yo mismo le envié a Ponce de Perellós y al abad de Valladolid para que hablaran con él y le hicieran entrar en razón. Y, como respuesta, el conde envió a sus procuradores quienes en su nombre me juraron lealtad, pero el notario que firmó los poderes estaba excomulgado, por lo tanto, su juramento carecía de valor legal. Vuestro marido, el conde, me engañó. Se sirvió de una burda treta

para ganar tiempo y conseguir recursos con el vil propósito de armar un ejército de mercenarios extranjeros para invadir Aragón y arrebatarme el trono —hizo una pausa. Este engaño le causó un hondo pesar, pues en aquel momento consideró que las intenciones del conde eran sinceras. La guerra podría evitarse. Pero don Jaime le humilló, le insultó públicamente. Fue una afrenta que de ningún modo estaba dispuesto a tolerar—. Os recuerdo que al conde le ofrecí ciento cincuenta mil florines de oro, el ducado de Montblanc y acepté el matrimonio de mi hijo Enrique, maestre de Santiago, con vuestra hija doña Isabel. Y no sólo rechazó mi generosa oferta, sino que contrató mercenarios y depredó el norte de Aragón. Tomó castillos y ondeó desafiante sus pendones y enseñas por mi reino, obligando a mis vasallos a jurarle como rey de Aragón. Vuestro marido fue juzgado por las Cortes catalanas y acusado de traición al rey. No fui yo quien juzgó su rebeldía, sino los parlamentarios catalanes. Ser juzgado y condenado por los representantes del pueblo catalán no le detuvo. Intentó tomar Lérida y ante su fracaso, se protegió con sus tropas y sus mercenarios tras las murallas de Balaguer. El conde me forzó a sitiar la ciudad con mis ejércitos. Nunca fue mi deseo hacer la guerra en Cataluña. Y ya llevo aquí más de tres meses. Centenares de mis soldados y de los vuestros han muerto en una guerra que jamás debió haber comenzado. Incluso vuestro esposo se atrevió a atentar contra mi vida. La vida de su rey y señor. ¿Pretendéis que todas estas afrentas y traiciones queden sin castigo? Lo que me pedís no complace ni a Dios ni a Nuestra Señora la Virgen como vos decís, sino que concede argumentos a otros notables ambiciosos o descontentos para que se aventuren a cometer los mismos crímenes que el conde. No sin razón concluirán que si fui capaz de perdonar tan graves delitos en justicia debo perdonar también los suyos. Decidle pues a vuestro esposo que venga a mi real y reconozca sus culpas. Entonces haré lo que un buen rey debe hacer.

Don Fernando dio la espalda a doña Isabel y se marchó dando la conversación por terminada. Comenzó a llover. La condesa seguía de rodillas sobre una tierra que no tardó en convertirse en barro. Había acudido al real con la esperanza de obtener el compromiso de don Fernando de que al menos perdonaría la vida del conde. Y no lo había conseguido. Un intenso dolor le devoraba el corazón y le consumía el ánimo. Hacía frio y no llevaba ropa adecuada para protegerse del intenso aguacero, pero su pena era tan intensa que no sentía cómo el frío y la humedad penetraban en su piel y empapaban sus huesos. Estaba destrozada. Su dolor era abrumador, insoportable. El frío y la lluvia le eran indiferentes.

—Mi señora. —El obispo la tocó el hombro invitándola a incorporarse, pero doña Isabel no se movía. Lloraba amargamente.

Sentía en sus labios el sabor salado de sus lágrimas.

Los notables castellanos y aragoneses la contemplaban en un profundo silencio con admiración y tristeza. Se trataba de una mujer valiente y decidida. Fue don Enrique de Villena quien se acercó a ella.

—Mi señora, os ruego que os marchéis o enfermaréis. El rey ya ha dicho su última palabra —le dijo con sincero pesar.

—No, no me moveré —repuso doña Isabel sin apartar la vista del charco que iba formándose bajo sus rodillas—. Permaneceré aquí, arrodillada bajo la lluvia y el frío hasta que el rey le conceda su perdón a mi esposo. Y si es voluntad de Dios que muera enferma de frío o de pena, pues que así sea. Pero no pienso moverme —apostilló con determinación.

El rey se giró y advirtió la conversación que el maestre de Calatrava mantenía con doña Isabel. Parecía que su tía se negaba a regresar a Balaguer. Sus sospechas quedaron confirmadas cuando don Diego Gómez de Sandoval le informó de las intenciones de la condesa.

—Mi señor, mucho me temo que doña Isabel sea capaz de cumplir su amenaza y se deje morir en el real si vos no perdonáis la vida al conde —concluyó el adelantado de Castilla.

Doña Isabel tenía el rostro hundido en el regazo. Estaba hecha un ovillo sobre la tierra fangosa. Si permanecía bajo la lluvia durante más tiempo enfermaría. Don Fernando no podía consentir que su tía muriera en el real cuando había acudido para suplicarle por la vida de su esposo. Y estaba embarazada. Los notables catalanes jamás se lo perdonarían. Podría ordenar a sus soldados que se la llevaran por la fuerza a Balaguer, pero tampoco era una buena solución. Cualquier movimiento, cualquier gesto brusco o mal controlado podría malograr el embarazo o hacerle daño. Igualmente sería un desastre.

—¡Maldita sea! —farfulló don Fernando.

El rey se acercó a su tía dando largas zancadas. La lluvia arreciaba y hacía un frio espantoso.

—Os ruego que os marchéis —le dijo con tono urgente y áspero.

Doña Isabel negó con la cabeza.

—No, si antes no le perdonáis la vida a mi esposo.

—La condena por alta traición es la muerte. Vos lo sabéis también como yo.

—Entonces yo también moriré.

Don Fernando buscó con la mirada la complicidad del obispo de Malta, pero este negó con la cabeza.

—No quiere moverse —dijo.

Don Enrique de Villena asintió, confirmando las palabras del obispo.

—Os ruego que seáis clemente y cedáis a sus súplicas —intervino el obispo de Malta. Se acercó al rey y le invitó con un gesto de mano a

alejarse unos pasos. Quería hablar con él alejado de su tía y don Enrique de Villena—. Ella es inocente —comenzó a explicar—. Jamás animó a su esposo a alzarse contra vos. Fueron doña Margarita de Montferrato y don Ramón Berenguer de Fluvià los que incitaron a don Jaime a reclamar un trono que, como vos habéis señalado, no le corresponde. No sería justo que doña Isabel muriera por esta causa. Su único delito es ser una mujer enamorada. Os ruego que escuchéis a vuestro corazón y meditéis convenientemente vuestra decisión.

Las palabras del obispo revelaban quiénes habían emponzoñado los oídos del conde. Le agradó saber que su tía no estaba entre ellos. Era inocente y a pesar de no tener nada que ver en la rebelión estaba dispuesta a entregar su vida en sacrificio por salvar la de su marido. Desplazó la vista hacia doña Isabel. Estaba impresionado por su férrea determinación y por el intenso amor que sentía por el conde. Tanto que estaba dispuesta a morir por él. Un sacrificio tan colosal no podía ser ignorado. Don Fernando negó con la cabeza. Respiró hondo y se acercó a ella. Había tomado una decisión.

—La condena que merece vuestro esposo por sus crímenes es la muerte, pero estoy dispuesto a ser clemente y a contener mi justicia —comentó el rey.

Doña Isabel ahora sí alzó la vista hacia el rey. Sus ojos estaban rojos por las lágrimas vertidas.

—Vuestros ruegos y súplicas me han conmovido.

—¿Le perdonaréis la vida? —preguntó esperanzada doña Isabel.

El rey asintió.

—Le perdonaré la vida —repitió las palabras de su tía—. Es lo único que os puedo conceder. Ahora os ruego que regreséis a Balaguer.

Don Fernando le ofreció su mano y la condesa se incorporó.

—Traed ropa seca —ordenó el rey.

—Gracias, sobrino —dijo doña Isabel con la voz tomada por la emoción. Sus labios dibujaron una tímida sonrisa. Desconocía qué sentencia tenía reservada don Fernando para su marido, pero al menos su ejecución no sería una de ellas.

—Dios ha sido testigo de vuestra generosidad. Sin duda recibiréis vuestra recompensa —aseguró el obispo de Malta.

—He obrado según el dictado de mi conciencia —repuso don Fernando.

Tomó una manta que llevaba don Enrique de Villena entre sus manos y se la puso a su tía sobre los hombros. Luego le ayudó a subir a la litera. La comitiva inició el camino de regreso a Balaguer escoltada por los caballeros de la Orden de Calatrava. Doña Isabel asomó el rostro por la litera. Asintió a su sobrino al tiempo que esbozaba una sonrisa de agradecimiento. Don Fernando contempló

cómo la comitiva se desvanecía en el feroz aguacero. Quizá su decisión no había sido la más justa, pues la traición hay que reprimirla con firmeza, pero estaba seguro de que era la más acertada.

89

Balaguer, octubre de 1413

El conde de Urgel caminaba hacia la plaza del Mercadal. Le acompañaban doña Isabel con sus dos hijas, doña Margarita de Montferrato, don Ramón Berenguer de Fluvià y el obispo de Malta. Les seguía una escolta de veinte caballeros. El cielo estaba gris, pero no anunciaba lluvia. En el centro de la plaza un barbero había dispuesto una silla y una pequeña mesa auxiliar con una jofaina y varios instrumentos de trabajo. Doña Margarita sollozaba lágrimas ahogadas intentando mantener la compostura regia y la dignidad intacta. Doña Isabel llevaba de la mano a la pequeña Isabel y en brazos a Leonor, de apenas dos años. Al igual que su suegra, intentaba mantener la cabeza alta y el gesto sereno, pero el temor y la incertidumbre le mordían las entrañas. ¿Respetaría don Fernando la palabra dada? ¿Qué castigo le infligiría a don Jaime? Se preguntaba llena de temor. Don Ramón Berenguer de Fluvià caminaba también en silencio inmerso en sus propios pensamientos y preocupaciones. El obispo rehuía su presencia y su mirada le era esquiva desde que regresara de su encuentro con don Fernando. Algo no iba bien, pero desconocía el qué. El rey de Aragón había accedido a perdonarle la vida al conde y a quienes no participaron en el asesinato del arzobispo de Zaragoza, pero nada se sabía sobre qué castigo les impondría. Los delitos del conde y de sus parciales eran demasiado graves como para que quedasen fácilmente perdonados y olvidados. Tenía la garganta seca. Llegaron por fin a la plaza del Mercadal. Allí les aguardaba el barbero y los habitantes de Balaguer, que formaron un círculo en torno a la plaza. El silencio era casi total. Sólo se escuchaban sollozos y toses lejanas. Los vasallos del conde le miraban con una confusión de sentimientos. Sentían lástima por su señor, quien se disponía a entregarse al rey de Aragón, pero también un inconmensurable alivio, pues su rendición ponía fin a la guerra y Balaguer no sería tomada al asalto ni entregada al saqueo. Los nobles hacen la guerra, pero es el pueblo quien sufre las consecuencias. El conde tomó la determinación de rebelarse contra el rey y fracasó en su intento de arrebatarle el trono. Debía asumir sus responsabilidades. Nadie más debía morir por satisfacer sus ambiciones. El pueblo ya padecía suficientes penurias como para ser arrastrado a guerras de las que sólo iba a obtener hambre y muerte. Don Jaime llegó al centro de la plaza. El barbero le saludó con una inclinación de cabeza. El conde le tocó el hombro y le sonrió como

saludo. La multitud allí congregada estaba expectante. Entonces don Jaime habló:

—Os doy las gracias, pueblo de Balaguer, por vuestra lealtad y fidelidad. Siempre os he amado y siempre estaréis en mi corazón. No es mi deseo ver esta ciudad asaltada ni a vosotros ni a vuestras familias maltratadas por los soldados del infante… del rey de Aragón —se corrigió. Era conveniente para su propia supervivencia que entendiera y asumiera cuanto antes la nueva realidad—. La victoria no ha sido posible. No tiene sentido alargar más esta guerra. He luchado por lo que he creído que era lo justo, pero las circunstancias me han sido adversas. Ya hemos sufrido bastante —hizo una pausa y tomó un poco de aire. Le costaba horrores pronunciar cada palabra. Tenía la garganta seca y el ánimo hundido. Pero debía continuar. Ya no había posibilidad de enmendar los errores. Sólo podía afrontarlos con entereza y dignidad—. Para libraros de más desdichas y fatigas, he decidido entregarme a don Fernando, el rey de Aragón.

Un mar de murmullos recorrió la multitud. Un vecino gritó palabras de aliento a favor del conde, otro le suplicó que mantuviera la lucha, pero la inmensa mayoría de los allí congregados se limitó a exhalar suspiros de alivio. ¿Para qué proseguir la lucha cuando la derrota era segura?

—Hace tiempo hice voto de no cortarme los cabellos ni afeitarme la barba hasta ser rey o nada —continuó el conde mirando a doña Margarita—. *O rei o res,* ¿recordáis madre?

Doña Margarita asintió con los ojos cerrados.

—Soy nada y seré nada, pues ya nunca reinaré en Aragón —dijo el conde paseando la mirada entre el público—. Queda pues mi voto cumplido.

Tomó asiento y el barbero le afeitó la barba y le cortó los cabellos. Se elevaron entonces gemidos y lamentos en la plaza ante la triste escena. Doña Margarita de Montferrato rompió en inconsolables lágrimas y doña Isabel estrechó entre sus brazos a sus pequeñas. El público observó en silencio y con el corazón encogido cómo el barbero hacia su oficio. Cuando hubo terminado, el conde se levantó de la silla y dijo:

—Pueblo de Balaguer, yo os encomiendo a mi mujer, a mis hijas y a mi madre. Os ruego que cuidéis de ellas —las miró y sus labios esbozaron una triste sonrisa—. No os preocupéis por mí —les dijo—. He sido derrotado. No tengo salvación ni esperanza.

Besó a doña Isabel:

—Te quiero.

Doña Isabel le abrazó con fuerza y rompió a llorar desconsolada. No pudo aguantar por más tiempo tanto dolor, tanto sufrimiento. Su esposo se disponía a entregarse al rey. Su vida ya no le pertenecía,

sino que estaba en manos de don Fernando. ¿Qué destino le aguardaba? ¿Sería don Fernando clemente con él como había prometido? Las dudas, la incertidumbre revoloteaban en su ánimo llenándola de angustia y tristeza. Abrazados permanecieron unos instantes hasta que el conde se separó. Su dolor no era menor que el de su mujer, pero logró contener las lágrimas que luchaban por aflorar de sus ojos. Se acercó a doña Margarita. La anciana le miraba con ojos acuosos y asustados.

—Madre —dijo el conde tomándola de los hombros. En su mirada no había un atisbo de rencor. Sus consejos le habían llevado al desastre, pero el conde asumió la responsabilidad de sus decisiones. La estrechó entre sus brazos. Sintió cómo su cuerpo frágil y enjuto se convulsionaba invadido por las lágrimas y el sufrimiento. Era su único hijo, ¿qué sería de él? Algo en lo más profundo de su interior le advertía que sería la última vez que lo vería. Le apretó entre sus brazos en un vano intento de evitar que se marchara para afrontar su destino.

El conde se deshizo del abrazo de su madre con facilidad. No era más que una anciana asustada. Luego se despidió de don Ramón Berenguer de Fluvià y de varios notables y caballeros que, a pesar de todas las dificultades, habían permanecido leales. Uno de ellos le ofreció una montura. Era un caballo blanco cubierto con una gualdrapa con las enseñas de los Urgel.

—No, esta montura es digna de un rey y yo soy nada. ¡Traedme una mula! —ordenó. Al poco apareció un palafrenero con una mula pequeña—. Esto es más apropiado.

El conde se montó en el animal y se dirigió hacia la puerta de Lérida. Dejó atrás los llantos inconsolables de su mujer, de la pequeña Isabel y de su madre. Cerró los ojos y apretó las mandíbulas. Se negó a mirarlas por última vez. Temía romper a llorar como un niño o, lo que era aún más grave, reconsiderar la decisión de entregarse y continuar la lucha. No, no era buena idea mirar atrás. Las puertas se abrieron y el conde abandonó la ciudad. Fuera le esperaba el duque de Gandía con treinta caballeros castellanos. Intercambiaron una mirada, pero nadie dijo nada. El rey prohibió al duque mantener cualquier conversación con el conde derrotado. En pocos minutos llegaron al real. Don Fernando aguardaba la llegada de don Jaime sentado en un trono sobre un escaño de madera. Don Jaime descabalgó e hincó la rodilla al suelo en señal de sumisión. Se incorporó y caminó unos pasos hasta que estuvo próximo al rey. Se arrodilló de nuevo y besó su mano.

—Mi rey y señor —dijo el conde humillando la cabeza—, reconozco mis faltas. Graves fueron mis errores, pero os ruego que tengáis en consideración que soy vuestro tío y el linaje del que

provengo. Os suplico, mi señor, que seáis misericordioso con este vasallo vuestro, con mi familia y con mis parciales. Ellos no tienen culpa de mis decisiones.

El rey le miraba con severidad sin pronunciar palabra. El conde le había engañado, humillado, despreciado. Un bolaño lanzado desde las murallas de Balaguer estuvo muy cerca de matarlo. ¿Realmente merecía su clemencia por el simple hecho de ser parientes? ¿Ser familiares no agravaba precisamente sus crímenes? Era un rebelde, un traidor que se había alzado en armas contra su poder y autoridad, que había protegido a sacrílegos asesinos y contratado los servicios de *compañías* extranjeras para invadir su reino. Sus delitos eran extremadamente graves como para ser perdonados o templados. Don Jaime de Urgel decidió entregarse cuando fue traicionado por sus partidarios como don Antonio de Luna y Menaut de Favars, y cuando sus propios nobles abandonaron Balaguer para poner sus vidas y las de sus familias a salvo. Se rindió cuando concluyó que la victoria era imposible. Fue la necesidad lo que le condujo a rendirse, no la certeza de que había obrado erróneamente. Podría ejecutarle. Sería lo más lógico y comprensible. El derecho y la justicia estaban de su parte. Sí, sería lo más justo, pero lo menos sensato. Su muerte disgustaría a los notables catalanes y elevaría al conde a la condición de mártir. Don Jaime podría ser más peligroso muerto que vivo. Además, don Fernando era hombre de palabra y se había comprometido con doña Isabel a perdonarle la vida. Las palabras pronunciadas por un rey se convierten en ley en cuanto salen de su boca. Los reyes deben encadenarse como esclavos a la palabra dada si pretenden ser respetados y considerados dignos y justos por sus vasallos. Y don Fernando necesitaba ser respetado por los aragoneses, especialmente por los catalanes. Pero poco más que perdonarle la vida podría esperar don Jaime de él. Poco más.

—Os concedí oro, posesiones, títulos… —comenzó a decir el rey— … incluso acepté el matrimonio de mi hijo don Enrique con vuestra hija. Y nada de esto fue suficiente para satisfacer vuestras ambiciones. Despreciasteis mi generosidad y pretendisteis engañarme con falsos juramentos.

Don Jaime escuchaba sumiso, con la vista fija en el suelo, la reprimenda de don Fernando. Era algo que esperaba. El rey debía recriminar su conducta delante de los nobles aragoneses como advertencia de lo que les sucedería a los que cuestionaran su autoridad.

—Vuestra intransigencia estuvo a punto de costarme la vida durante el asedio a Balaguer —añadió don Fernando.

El recuerdo de aquel instante llegó a la mente del conde. ¡Cuán distintas habrían sido las circunstancias si el necio del artillero no

hubiera fallado el disparo! Pero falló y ahora se encontraba postrado frente al enemigo, al usurpador y extranjero rey castellano.

—Os pido perdón por todas mis faltas —dijo el conde. Las palabras salían forzadas de su boca.

—Son numerosas y graves —apostilló don Fernando.

—Lo son, sin duda. El perdón a tan graves delitos sólo está al alcance de un rey extremadamente generoso.

Don Fernando contempló al conde en silencio. Hablaba sin levantar el rostro, sin mirarle a los ojos, humillado ante él. Aunque intentaba mostrarse dócil y sumiso, sus movimientos tensos y forzados, y el sonido vibrante de su voz rebelaban que no aceptaba de buen grado la situación en la que se hallaba. Era un rebelde, y los rebeldes no suelen cambiar de condición. Mantenerle con vida sólo le causaría problemas, pero su ejecución disgustaría a muchos notables y clérigos catalanes. Debía mostrarse conciliador y no como el tirano que don Jaime aseguraba que era. Los aragoneses debían respetarle no temerle. El miedo siempre genera rechazo y odio.

—Seréis juzgado por un tribunal siguiendo las costumbres y leyes catalanas —anunció con voz grave y poderosa para que fuera escuchada por los notables castellanos y aragoneses allí congregados —. Pero por mediación de mi tía doña Isabel, vuestra esposa, no seréis ejecutado. No esperéis más de mí. Mi generosidad no es infinita.

Don Jaime alzó la vista y dijo:

—Gracias, mi señor.

—Dadle las gracias a doña Isabel —replicó con aspereza don Fernando, sin ocultar el desagrado que le causaba no poder ordenar su inmediata ejecución, pero mantener la paz en Cataluña le obligaba a asumir ingratos sacrificios—. Don Álvaro, lleváoslo a una tienda propia de su dignidad.

Don Jaime se incorporó, se despidió en silencio del rey con una inclinación de cabeza y se retiró acompañado del mariscal de Castilla. El rey contempló cómo el conde de Urgel se marchaba. Se mesó la barba pensando si había hecho lo correcto. Si estuvieran en Castilla todo habría sido más sencillo. Habría ordenado su ejecución y nadie hubiera elevado la mínima protesta. Era un rebelde, un traidor y en Castilla a esta clase de criminales se les ejecuta sin contemplaciones, pero estaba en Cataluña. Allí las cosas se hacían de otro modo. Debía acostumbrarse a sus leyes y fueros. Con el tiempo lo conseguiría. Lo esencial era que había derrotado a don Jaime de Urgel. Encerrado de por vida no debería causarle ningún problema. Pero si lo hacía, si escapaba de su prisión y volvía a rebelarse contra su poder, esta vez no tendría ni piedad ni compasión. Lo ejecutaría con sus propias manos delante de su esposa y de la condesa-viuda, sin respetar ni leyes ni fueros. No era prudente abusar de la generosidad de un rey y

menos de un Trastámara.

—¡Viva don Fernando! ¡Viva el rey de Aragón! —gritó de pronto un soldado oculto entre las tropas.

No tardaron los cielos de Balaguer de inundarse de aclamaciones y vítores. El rey de Aragón se incorporó del trono y saludó con una flamante sonrisa dibujada en sus labios. Don Jaime caminaba cabizbajo hacia la tienda que le tenían reservada. A sus oídos llegaban los vítores y alabanzas hacia don Fernando. Negó con la cabeza. Él era el único y legítimo rey de Aragón. El infante de Castilla era un extranjero, un usurpador. No, no aceptaba la decisión de los compromisarios de Caspe. Y jamás lo haría. Sólo la muerte le obligaría cambiar de parecer.

—Yo soy el rey de Aragón —musitó. Sus palabras quedaron ahogadas por el clamor de los soldados y notables que vitoreaban voz en grito el nombre de don Fernando—. Yo… yo soy el rey…

90

Urueña, abril de 1416

Don Jaime de Urgel fue juzgado en noviembre de 1413 en Lérida por rebelión y crímenes de lesa majestad. Fue declarado culpable y condenado a muerte, pero don Fernando cumplió su palabra: tuvo en consideración su noble linaje y los ruegos de doña Isabel, y conmutó la condena. En diciembre, el conde de Urgel fue conducido por doscientos cincuenta lanceros al castillo de Urueña, en Valladolid, donde daría cumplimiento a la condena de cárcel.

Habían pasado tres años desde que don Jaime de Urgel se arrodillara ante don Fernando en Balaguer. Desde entonces había permanecido encerrado en una cámara del castillo de Urueña. Al menos, el rey de Aragón había sido clemente con él, permitiendo que cumpliera la condena en una cómoda estancia propia de su dignidad y no en las oscuras y lúgubres mazmorras del castillo como un vulgar criminal. El rey prohibió que recibiera visitas para impedir que pudiera alentar sublevaciones y alborotos. Aún encerrado, suponía un gran peligro para el reino. Por tanto, el conde no tenía más contacto con el exterior que las breves conversaciones que mantenía con los carceleros que le llevaban la comida y vaciaban el bacín, y con don Pedro Núñez de Guzmán, merino mayor de Castilla, a quien don Fernando había encomendado su custodia. Con el paso del tiempo nació entre prisionero y carcelero algo similar a la amistad. Fue por don Pedro que don Jaime tuvo noticia de las maquinaciones de su

madre, doña Margarita de Montferrato, que persistía en alentar a la rebelión a sus antiguos parciales, al tiempo que enviaba regalos a los carceleros de Urueña para que le ayudaran a escapar. El rey, cansado de sus intrigas, la procesó por traición y fue condenada a pasar el resto de sus días encerrada en un convento. Doña Isabel, y sus tres hijas; Isabel, Leonor y Juana, permanecieron en Balaguer, y aunque los bienes del conde habían sido confiscados, don Fernando se preocupó de su manutención. De don Antonio de Luna no volvió a tener noticia. Según le comentó don Pedro Núñez de Guzmán, el rey sospechaba que estaba en Narbona y ordenó su detención, pero jamás fue capturado. Don Ramón Berenguer de Fluvià logró eludir la ira de don Fernando y escapó a Saboya, donde puso su espada al servicio del duque Amadeo. El resto de sus parciales fueron perdonados, salvo los que participaron en el asesinato del arzobispo de Zaragoza, que fueron condenados a penas de prisión. El conde de Urgel hacía balance de su infortunio sentado en una silla frailera cerca de la ventana. Contemplaba los amplios llanos de Castilla, ahora verdes y floridos por la incipiente primavera. Había sido condenado a vivir por siempre encerrado entre aquellas cuatro paredes, sin futuro ni esperanza. A menudo se preguntaba si realmente aquello era vida. Quizá hubiera sido mejor que don Fernando lo hubiera condenado a muerte. Habría acortado así su lenta agonía. Seguía con la mirada perdida en el horizonte castellano cuando oyó los goznes de la puerta al abrirse.

—Don Jaime —saludó don Pedro Núñez de Guzmán. Era un hombre de mediana edad, frente despejada, pelo escaso y canoso, y barba rala y descuidada.

El conde desvió la vista hacia el merino mayor de Castilla. Se dirigía hacia él con paso lento y semblante serio. En sus ojos leyó que no era portador de buenas noticias. ¿Sería el mensajero de su condena a muerte? El mejor enemigo es el enemigo muerto y mientras él estuviera vivo, sería considerado un peligro para el reinado de don Fernando. Casi deseó que tal fuera la noticia que agriaba el gesto de don Pedro. ¿Qué podría ser peor que vivir encerrado de por vida? Se incorporó de la silla y se acercó al merino mayor de Castilla.

—Don Pedro —saludó—. Hace tiempo que no recibo vuestra visita. Para mí, que estoy todo el día aquí solo y encerrado, vuestra presencia es como un bálsamo que acorta el tiempo y ameniza mi aburrida existencia.

—Asuntos urgentes han reclamado mi presencia. —Don Pedro hizo un gesto a don Jaime para que tomara asiento en torno a una mesa.

—Urgentes deben ser, y además graves, por lo que leo en vuestro rostro.

—Lo son —confirmó. Puso los codos sobre la mesa y guardó silencio. Don Jaime le miraba con curiosidad y algo de impaciencia,

pero supo respetar los tiempos del merino mayor. Había sido condenado a permanecer encerrado hasta el fin de sus días. ¿Qué prisa tenía si disponía de todo el tiempo del mundo?

Don Pedro tomó una jarra que había sobre la mesa y sirvió dos vasos de vino. Era como si necesitara del rojo líquido para desvelar el motivo de su visita. Bebió un trago, suspiró hondo y anunció:

—Don Fernando, nuestro rey, ha muerto.

El conde dejó el cubilete a medio camino de sus labios. ¿Don Fernando, muerto? Una infinidad de sentimientos revolotearon en sus entrañas. Su enemigo, quien le había condenado a pudrirse de por vida en aquel castillo, había muerto. ¿Debía alegrarse? ¡Por supuesto que sí! El origen de todos sus males y desdichas había abandonado el mundo de los vivos. Su reinado no había llegado a los tres años. El rey de Aragón había muerto, mientras que él, que había sido despojado de su reino, de sus tierras, abandonado por todos y condenado a la cárcel, permanecía con vida. La fortuna disfrutaba inmiscuyéndose en los asuntos de Aragón. Jugaba con los triunfos y las derrotas, la vida y la muerte como si fuera un niño consentido y caprichoso. Sí, su corazón brincaba en su pecho feliz por la muerte de don Fernando, pero respetaba a don Pedro y era su carcelero. No era inteligente herir sus sentimientos. Intentó reprimir sus emociones. Además, la muerte de don Fernando no afectaba a su condena. ¿O quizá sí? Después de tres largos años, se despertó en su interior la llama de la esperanza. Pero no debía adelantar acontecimientos.

—¿Cómo ha sido? —preguntó interesado. Quizá fue asesinado por sus parciales o, mejor aún, por alguno de sus propios hijos para arrebatarle el trono. Era el justo destino para un usurpador.

—Nos lo ha arrebatado la enfermedad—respondió don Pedro con gesto desolado. Sus ojos estaban velados por las lágrimas.

Don Jaime asintió visiblemente decepcionado.

—Era un mal que llevaba años padeciendo. En Igualada sufrió una terrible recaída. Durante dos meses luchó por su vida. Los físicos le administraron toda clase de pócimas y ungüentos, pero no pudieron hacer nada por remediar sus males —prosiguió el merino mayor, confundiendo el semblante contrariado del conde con sincero pesar.

—Lo siento por vos —dijo el conde.

—Os doy las gracias. No será fácil para vos ofrecerme vuestras condolencias, pues era vuestro enemigo.

El conde le tomó el brazo con aprecio.

—El tiempo y la prisión me han ayudado a entender mejor los hechos y a juzgar a las personas con otra perspectiva. Don Fernando fue mi enemigo, es cierto, pero también fue generoso conmigo, pues pudo condenarme a muerte, pero por respeto a la palabra dada a mi esposa, no lo hizo. En cierto modo le debo la vida. Su muerte no me

alegra en absoluto —mintió.

Don Pedro asintió conmovido por unas palabras que consideró sinceras.

—Supongo que don Alfonso ha sido proclamado rey —prosiguió don Jaime.

—Era su primogénito, el príncipe de Gerona —dijo don Pedro con la frente arrugada.

—No me interpretéis mal —se apremió a decir don Jaime—. De ningún modo puedo considerarme el sucesor de don Fernando. Su hijo, don Alfonso, es el legítimo heredero. Dios le conceda larga vida y sabiduría para que reine en Aragón con prudencia y justicia durante muchos años. Pero… —hizo una pausa—, pero es bien conocido que cuando el rey Enrique de Trastámara murió, dio orden en su testamento de liberar de su prisión a todos los parciales de don Pedro I que aún permaneciesen encerrados. ¿Sabéis…? —don Jaime no se atrevía a lanzar la pregunta. Su corazón latía con fuerza en su pecho. Nunca había estado tan cerca de recuperar la libertad y probablemente jamás volvería a estarlo—. ¿Sabéis si don Fernando ha dejado dispuesto lo mismo en su testamento?

El merino mayor de Castilla sentía aprecio por don Jaime. Con los años y los encuentros que habían mantenido durante su cautiverio en Urueña, había nacido cierta estima y simpatía entre ellos. Habían sido enemigos, pero el clamor de las batallas y el sonido metálico de las espadas, que en otros tiempos anegaron las tierras de Aragón, habían enmudecido y ahora reinaban el orden y la paz. Don Jaime inició una guerra que perdió. Sus ambiciones le condujeron al desastre. Estaba sufriendo las justas consecuencias de sus decisiones, de sus errores. El odio eterno sólo perjudica a quien lo padece y hacía tiempo que don Pedro Núñez de Guzmán había dejado de sentir odio por don Jaime. Volvió a dar un trago antes de responder.

—Me temo que no.

Don Jaime asintió en silencio con los ojos cerrados. La llama de la esperanza se extinguió en su ánimo con la misma celeridad con la que había prendido.

—Don Fernando no os menciona en su testamento —prosiguió el merino mayor—. Y os puedo asegurar que en ningún momento se planteó vuestra liberación.

—Quizá don Alfonso… —dijo de pronto el conde. La misericordia del heredero era ahora su último recurso para abandonar su prisión.

Don Pedro negó con la cabeza. Que sintiese cierto aprecio por don Jaime no significaba que no advirtiera en su liberación un riesgo para la estabilidad de Aragón y, por tanto, de Castilla.

—Don Alfonso tiene poco más de veinte años. Es apenas un muchacho. Os considera una amenaza para el reino. La muerte de un

rey siempre genera nerviosismo e incertidumbre en un reino. Vuestra liberación añadiría aún más inquietud sobre las espaldas del joven rey. Sinceramente, no creo que os libere. Al menos, de momento. Quizá en el futuro, cuando don Alfonso sea más maduro y confiado, valore esa posibilidad.

—¡Le juraré lealtad! ¡No tendrá nada que temer de mí! —exclamaba desesperado el conde—. Os ruego que se lo hagáis saber al rey Alfonso.

—Lo siento, no está en mi mano ayudaros en este asunto.

Don Jaime era un rebelde que había puesto en peligro el reinado de don Fernando. Don Alfonso hacía lo correcto dejándole recluido. Es de insensatos liberar a un lobo cuando ha sido enjaulado, pues por muy dócil que parezca, su naturaleza le conducirá a atacar ganados y personas. El lobo enjaulado o muerto. Con las alimañas no podía haber término medio. Don Jaime debía estar muy agradecido por seguir encarcelado.

Don Pedro se incorporó de la silla y se dirigió hacia la puerta. Echó un último vistazo al conde. Este tenía el rostro oculto entre las manos. El merino mayor de Castilla salió de la estancia, llevándose consigo la última oportunidad de don Jaime de abandonar su cautiverio.

—Moriré en prisión —se lamentó el conde, negando con la cabeza—. Que aciaga ha sido mi fortuna, que ni siquiera tras su muerte, el infante de Castilla ha sido clemente conmigo.

Se levantó de la silla y regresó a la ventana. Desvió de nuevo la vista hacia los campos de Castilla. Él lo desconocía, pero contemplaba con el corazón encogido y el alma abatida el paisaje que le acompañaría durante los próximos cuatro años, hasta que fuera trasladado al castillo de Mora, dando comienzo así a una diáspora que le llevaría al alcázar de Madrid, dos años después de regreso a Urueña, luego a Teruel y finalmente a Játiva, donde moriría en 1433, después de haber permanecido en prisión veinte años. En su empeño por reclamar un trono que consideraba suyo, don Jaime de Urgel perdió sus riquezas, sus posesiones y su libertad.

EPÍLOGO

En 1418, falleció doña Catalina de Lancaster de perlesía, enfermedad que la acompañó desde que dio a luz a su primera hija, doña María, y que le provocaba debilidad muscular y temblores en las extremidades. A pesar de sus esfuerzos y sacrificios, su hijo, el rey Juan II, no disfrutaría precisamente de un reinado tranquilo debido, principalmente, a la injerencia en los asuntos castellanos de los hijos de don Fernando de Aragón; don Juan, don Enrique y don Pedro, conocidos como los Infantes de Aragón. Los conflictos del rey Juan II con sus primos se prolongaron durante gran parte de su reinado.

El Cisma de Occidente dividió a la Iglesia Católica durante casi cuarenta años (de 1378 a 1417). Tres papas; Benedicto XIII, Gregorio XII y Juan XXIII se disputaban el control de la Iglesia católica. Segismundo de Luxemburgo, emperador del Sacro Imperio Romano, propuso que los tres papas dimitieran y se convocara un Concilio Universal en el que se elegiría un único papa. En mayo de 1415, en Morella, don Fernando de Aragón y fray Vicente Ferrer se reunieron con Benedicto XIII con el propósito de convencerle para que renunciara, pero no lo consiguieron. El emperador Segismundo convocó el Concilio para el 16 de noviembre de 1415. Gregorio XII y Juan XXIII presentaron su dimisión, pero Benedicto XIII se negó, insistiendo en que él era el único y legítimo papa. Ante su intransigencia, Aragón le negó obediencia el 6 de enero de 1416, posteriormente lo haría Navarra el 28 de junio de 1416 y finalmente Castilla el 28 de enero 1417. Sólo Escocia y el Condado de Armagnac permanecían siendo fieles al papa Luna. El 26 de julio Benedicto fue depuesto y excomulgado. La elección el 11 de noviembre de 1417 de Martín V como único papa, puso fin al Cisma. Benedicto XIII murió en 1423 en Peñíscola sin que nadie hubiera conseguido convencerle para que cediera la mitra papal.

Don Fernando fue coronado rey de Aragón el domingo 11 de febrero de 1414 en la catedral de El Salvador de Zaragoza por el obispo de Huesca. Al día siguiente se nombró príncipe de Gerona a su hijo, don Alfonso, dignidad propia del sucesor a la corona. Don Fernando sometió al conde de Urgel, pacificó Cataluña y asentó la dinastía Trastámara en el reino de Aragón. Murió el 2 de abril de 1416 a causa de una litiasis renal. Su reinado no llegó a los cuatro años.

En 1469, don Fernando, nieto del rey Fernando I de Aragón, se casó

con su prima segunda doña Isabel de Castilla, matrimonio que uniría los destinos de los reinos de Castilla y Aragón. Don Fernando y doña Isabel, dos Trastámara, serían reconocidos por la historia como los Reyes Católicos. Pero esta es otra historia…

Alfonso Solís.

Si te ha gustado el libro, por favor, escribe una reseña en **Amazon**. Vuestra opinión es fundamental para los escritores independientes.

Muchísimas gracias.

Sigue al autor en Twitter @AlfonsoSolism

www.alfonsosolis.net

Otras novelas de Alfonso Solís disponibles en Amazon

De Reyes y Bastardos

26 de marzo de 1350, el rey Alfonso de Castilla muere de peste durante el asedio a Gibraltar. Con él se encuentran sus hijos bastardos don Enrique de Trastámara, don Fadrique y su amante, doña Leonor de Guzmán. Mientras el rey combatía al moro, su esposa, la reina María de Portugal y don Pedro, su hijo y heredero, permanecían en el alcázar de Sevilla, abandonados, olvidados por el rey y la nobleza. Pero tras la muerte de don Alfonso, doña María de Portugal advertirá una magnífica oportunidad para vengarse de la concubina y de los nobles que durante largos años le habían despreciado.

Se desatará así un enfrentamiento entre los bastardos y el rey Pedro I. Un conflicto que durará todo su reinado en un incesante juego de alianzas y traiciones. Una trepidante partida de ajedrez, donde Castilla será el inmenso tablero y cuyos jugadores perseguirán con engaños, pactos y conspiraciones, derrotar al enemigo.

Vikingo, las crónicas de Haakon el Cobarde

El joven Haakon disfruta de una vida tranquila y apacible en la aldea noruega de Vestfold, pero al cumplir los catorce años debe desprenderse de la inocencia que envuelve a la niñez, para convertirse en un temible vikingo: ese día, un importante acontecimiento cambiará su vida. Su padre, Gunnjorn, el jefe de la aldea, le exige, ante la presencia de poderosos guerreros nórdicos, que sacrifique a un esclavo en honor a Odín. Es su skapraun, su prueba de carácter, el día que debe comenzar a labrarse la reputación que le acompañará el resto de su vida.

Escrita de manera ágil y atractiva, esta novela nos conducirá a la Escandinavia del s. IX d.C., una tierra inhóspita habitada por los temidos hombres del Norte, los vikingos, unos intrépidos navegantes

cuya mayor gloria es forjarse una inmortal reputación y regresar a sus hogares con los langskip cargados de plata y riquezas. Eran implacables guerreros, pero también experimentados granjeros y hábiles comerciantes. Este fascinante pueblo no dejará indiferente al lector.

Conjura en Toledo

El rey godo Wamba se encuentra en el ocaso de su reinado, pero aún cuenta con el suficiente vigor y energía, para aventurarse en ambiciosos proyectos que afectarán a los intereses tanto de la nobleza, como del clero. Ideas descabelladas para unos, propósitos encomiables para otros, al que no le faltarán tanto detractores como seguidores, que verán en ellos una excelente oportunidad, para prosperar en una corte enfrentada y dividida.

Conjura en Toledo es un recorrido histórico de los últimos años en la vida del rey Wamba, monarca que sofocó revueltas y conspiraciones durante la mayor parte de su reinado. Describe con rigor las luchas de poder entre los nobles y la influencia del clero en la política y en la sociedad de Hispania.

Roma invicta est

En el año 451 d.C. Roma se encuentra hostigada por decenas de tribus bárbaras y amenazada por las huestes de Atila, el azote de Dios. El general romano Aecio, aliado con los visigodos y con otros *foederati*, se enfrenta al rey de los hunos en una inmensa llanura situada al Norte de la Galia. En aquellas tierras combaten dos formidables ejércitos, pero también dos formas de entender la civilización, la cultura y la religión: el mundo de la luz, encarnado por Roma, frente al mundo de las tinieblas y lo desconocido, el mundo de Atila.

Guiado por Salvio Adriano, un joven recluta procedente de Tarraco y protagonista involuntario en la transcendental batalla, el lector será testigo de la implacable decadencia que asola a un Imperio que agoniza, pero que se resiste a sucumbir ante las constantes acometidas bárbaras.

Salvio Adriano, acompañado por sus amigos Sextilio Arcadio y Lucio Calero, descubrirá el significado de la amistad, de la lealtad y del honor en una convulsa época impregnada con la infamia de la

corrupción, la codicia y la traición. Entretanto, la irrupción de Lughdyr, un anciano druida y, sobre todo, de Alana, una enigmática y bella sueva, marcarán su destino, envolviendo su vida en un halo de magia y misterio.

Escrita de forma trepidante y atractiva, **«Roma invicta est»** nos conduce a los últimos años del Imperio Romano, describiendo con rigor los acontecimientos que favorecieron la invasión de Hispania por parte de los pueblos godos y, posteriormente, la caída de Roma.

Tierra de Godos, el rey destronado

Santiago de Albistur es un noble cántabro a quien el príncipe godo Witiza, ha arrebatado su familia y sus tierras, obligándole a huir de Hispania y buscar refugio en Tierra Santa. Acompañado por su primo Germán y su tío Simón, viajará a Jerusalén, donde servirá como guardia personal de un rico mercader sarraceno, convirtiéndose en un hábil y valiente guerrero. En Tierra Santa vivirá sus años más felices, pero también los más aciagos, pues conocerá el lado más amargo del amor. Tras la muerte de Witiza, regresará a Hispania para reclamar los títulos y posesiones injustamente arrebatados. Pero a su regreso, se encuentra un reino dividido entre los partidarios de Agila, hijo de Witiza, y los del nuevo rey, Roderico. Santiago tomará partido por Roderico, y se convertirá en miembro de su guardia personal, sirviendo bajo las órdenes de Pelagio, capitán de los espatarios del rey. Pero la guerra civil se cierne sobre la tierra de los godos y la aparición de una bella cortesana precipitará los acontecimientos.

Tierra de Godos es un recorrido histórico de los últimos años del reino visigodo en Hispania. A través de Santiago de Albistur, seremos testigos de las luchas de poder, la ambición desmedida y la traición, que favorecieron la invasión musulmana del año 711 d.C.

El designio de los dioses

Kalam, un joven médico procedente de la ciudad de Assur, emigra con su esposa Damkira y su hijo Nabui a Nínive, capital del imperio asirio. Gracias a sus habilidades médicas, salva la vida del todopoderoso rey Assarhaddon curándole de una grave enfermedad. El rey, como agradecimiento, le nombra su médico personal y Kalam se traslada con su familia al palacio real. Pero poco le dura la felicidad al joven médico. Assarhaddon se encapricha de Damkira e intenta alejarle de ella enviándole a la guerra contra los temibles cimerios. Comienza así

un largo peregrinaje que le llevará desde el Egipto de los faraones hasta el Kushan de los yuezhi. El odio y los deseos de venganza guiarán sus pasos de nuevo hasta Nínive, con el objeto de hacer justicia y asesinar al hombre que le había separado de su amada familia.

El designio de los dioses es una novela histórica ambientada en la Asiria del siglo VII a.C. Es una historia de guerras, una historia de venganza, pero sobre todo, una historia de amor. Nos sumerge en una época de extrema crueldad y ambición, donde la superstición se confunde con la religión y la ciencia lucha por abrirse paso en un mundo sumido en la más profunda oscuridad.

[1] Sí, literal en languedociano.
[2] Literal en catalán: «Hijo, o rey o nada». *«Historia de los Condes de Urgel»* de Diego Monfar y Sors.

[3]
Castillo hermoso en catalán.
[4] Literal de “Anales de la Historia de Aragón” de Jerónimo Zurita.